Presented to the

LIBRARY *of the*

UNIVERSITY OF TORONTO

by

PROFESSOR
ROBERT JAY GLICKMAN

AÑO I — NOVIEMBRE DE 1910 — N.° 1

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION VERGARA 624—SANTIAGO DE CHILE

"Revista Contemporánea"

En nuestro pais i en nuestro tiempo es imposible que una revista séria pueda mantenerse desde su primer año de vida con la sola ayuda del público.

Así han debido de ceder ante el invencible factor económico tantos entusiastas esfuerzos, siendo los últimos *Panthesis* i la *Revista Nacional* del malogrado Luis Ross.

Pues bien, este obstáculo no puede presentarse a la Revista Contemporánea porque cuenta con una base sólida que le permitirá, en un tiempo mas o ménos cercano, ganarse la acojida del público estudioso.

¿I nuestro plan? Es demasiado vasto para especificarlo. Todo el tiende, principalmente hácia dos objetivos: proporcionar un órgano libre a todos los intelectuales chilenos i a contrarrestar en algo el ambiente frívolo creado por otras publicaciones.

Ajenos a todo sectarismo, nos haremos un deber en publicar en estas mismas pájinas cuantas observaciones concientes se nos envíe, que discutan ideas espuestas en artículos aparecidos con anterioridad. Pedimos, sí, que todo trabajo venga firmado i que trate las cuestiones escluyendo ataques personales.

LIBRARY
APR 14 1996
UNIVERSITY OF TORONTO

AP
63
R46
ano 1
no.1-5

De ENRIQUE MOLINA

Las Crísis de la Moral

JM
30-X-96

I

Crísis morales, individuales i sociales.—Crísis de creencias i de costumbres

La evolucion de la moral presenta un carácter que se repite sin cesar: el de la disolucion de las costumbres. Las costumbres no *perduran* invariables: se relajan, pierden algo de su contenido anterior, agregan nuevos modos de ser.

A las épocas en que se verifican estos inevitables procesos de disolucion, las llaman los hombres épocas de crísis moral. La crísis es rara vez total; ya son las virtudes matrimoniales las que sufren hondo quebranto, ya la honradez cívica i privada, ya el amor a la patria, ya las creencias relijiosas. Cuando las fuerzas desquiciadoras son mui poderosas, como grandes revoluciones i guerras largas i sangrientas, se debilita la práctica no sólo de una que otra virtud, sino que bambolea todo el edificio moral.

Tener la pretension de discurrir de una manera acabada sobre la crísis moral o las crísis morales, seria aspirar a la ejecucion de una obra semejante a la de un erudito i pacienzudo monje medioeval, que haya detallado en vastos cronicones la historia del mundo desde los primeros hombres hasta su época. Porque, ¿cuándo no ha estado la humanidad en crísis moral i qué individuo no ha pasado por períodos de crísis morales?

Podemos distinguir crísis morales individuales i sociales. El estudio de las crísis morales sociales es susceptible de estenderse por la vida entera de nuestra especie considerada en conjunto. Las guerras, las revoluciones, la tiranía, el surjimiento i caida de las relijiones, el pauperismo, la esclavitud, la desigualdad de clases i la esplotacion de las sometidas por las privilejiadas, son otras tantas causas de crísis morales. I estos dolores forman jeneralmente los hilos con que se teje la urdimbre de la historia toda.

¿I qué decir de las crísis individuales? Desde luego, es claro que las crísis sociales son la suma de las crísis individuales i algo mas que les comunica el hecho de su publicidad i jeneralidad. Es un no sé qué algo confuso i alambicado; pero no por esto ménos cierto. Cabe afirmar que no habrá vida de un individuo que no haya pasado a la historia, que no esté

llena de horas de desaliento, duda, incertidumbre, mortal abandono, tentaciones inmorales e impulsos criminosos. Las crónicas de los delitos lo atestiguan así. La poesía en jeneral, la novela i la trajedia en particular, se nutren de ese fondo inagotable e insaciable de las pasiones en eterno movimiento. Las biografías de muchos hombres célebres, aunque pocas veces escritas con minuciosa sinceridad i sin el propósito de enaltecer la figura del héroe, rebosan de crímenes, inmoralidades e injusticias. El hombre que gusta de imajinarse el porvenir siempre embellecido, en lo que no peca ni venialmente, procede de igual suerte con el pasado i lo embellece tambien, borrando jenerosamente todos los defectos de las individualidades i colectividades a que tributa su amor i admiracion. Por esta razon quedan para nosotros desconocidas muchas menguas i debilidades de otros tiempos i juzgamos a la edad en que vivimos con ménos justicia de la que merece. Nos induce igualmente a formarnos imájenes erróneas del pasado, la debilidad de la memoria humana que nos obliga a jeneralizar superficialmente i a formar ciclos de acontecimientos a que ponemos un marbete simple i uniforme, pasando a ser para nosotros o totalmente santos o totalmente corrompidos, o progresistas o retrógrados. Despues de catalogados así los hechos no diferenciamos nada mas en ellos i basta que se hable del Renacimiento para que celebremos su amor al arte o que se nombre el Bajo Imperio Romano, para que con voces indignadas fustiguemos su corrupcion.

Por lo mismo no es fácil fijar el contenido exacto de la espresion *crísis moral* ni tampoco establecer las condiciones que autorizan a una época para juzgar a otra como inmoral. No seria científico, ni lójico, ni adecuado al concepto de la evolucion social, afirmar que los antiguos masajetas, habitantes del norte del Iran, eran inmorales porque mataban a los ancianos de sus tribus i se los comian guisados con cordero, ni que los espartanos lo eran porque asesinaban a sus hijos raquíticos, ni que tal estigma mereciesen los fenicios porque sus doncellas se prostituían en sus templos para ofrecer a sus dioses las primicias i las utilidades de su virjinidad sacrificada. La determinacion de las costumbres de una edad cualquiera por los hechos sociales anteriores, por las múltiples influencias de la herencia social es tan inevitable que, mirado aquello a la distancia, no se puede tildar de inmoral, lo que sólo es la consecuencia precisa de antecedentes inflexibles.

Pero con mas fundamento se puede hablar de la existencia de tal crísis, cuando se hace referencia a pueblos o civilizaciones determinados,—como ser el pueblo ingles, el pueblo frances, los pueblos latinos, la civilizacion occidental,—que en un tiempo dado se hallen en un estado de retroceso o disolucion de sus costumbres i creencias, respecto de la situacion en que se encontraban en otro tiempo anterior.

Así se ha repetido que el siglo XIX ha sido una era de crísis moral para las naciones occidentales.

Enrique de Saint-Simon, el socialista romántico i uno de los mesías del positivismo, afirmaba, a principios del siglo, la existencia de esa crísis i de ella desprendia una de las concepciones nuevas que proyectaba como necesarias al órden social.

Para él, el reinado de la teolojía habia concluído i seria una locura continuar fundando la moral sobre prejuicios, de los cuales, la sátira que los ridiculiza da buena cuenta todos los dias. La filosofía del siglo XVIII, segun Saint-Simon, habia terminado su obra de crítica i de destruccion; el poder espiritual de la Iglesia estaba arruinado, i el temporal de los reyes, carcomido: era menester apresurarse a organizar un nuevo réjimen, i Saint Simon se creia señalado por el destino para ser el ajente de la reorganizacion moral, para edificar un nuevo poder espiritual sobre las ruinas del antiguo.

Centenares de voces se han levantado en el mismo sentido en el transcurso de la centuria para lamentar la crísis e imajinar las nuevas bases i las nuevas formas de las doctrinas éticas del porvenir.

Se entiende que no merecen nuestra atencion las declamaciones,—que sólo nombramos para olvidarlas de una vez,—de los histriones mundanos que en plazas, clubs i congresos, periódicos i púlpitos, vociferan contra la relajacion de las costumbres, i aprovechan las flaquezas de los demas para justificar ante su propia conciencia i ante los otros, las flaquezas i corrupciones en que ellos mismos incurren. No de otra manera se disculpa el que por capricho o vanidad engaña i deshonra a una doncella, pensando que, si no lo hubiera hecho él, lo habria llevado a cabo cualquier tenorio despues de él. El político que falsifica elecciones para ocupar majistraturas que no le corresponden i miente para mantenerse en ellas; el abogado que despoja a una viuda de su pequeño haber o roba a un menor o a un pazguato inocente su escasa fortuna; el hipócrita de ánimo débil que, contra las voces de su razon i de su conciencia, practica las jenuflexiones del fanatismo vulgar o de buen tono: estos i muchos mas padecen de tales inmoralidades o de otras de diversos jéneros, porque los demas adolecen de ellas. Los hombres forman así una especie de jigantesco círculo vicioso en que las culpas de cada cual se apoyan en las de su vecino i tratan como de defenderse con ellas.

* * *

Para mayor claridad, conviene que hagamos una nueva distincion.

Es posible distinguir *la crísis de creencias i la crísis de costumbres:* es decir, la falta de ideas relijiosas i morales que merezcan una aceptacion

uniforme de parte de la comunidad, i la falta de buenas prácticas morales, de buenas costumbres.

Es indudable que la humanidad, por lo ménos desde el siglo XVIII está en crísis de creencias.

Como se ha dicho, el cristianismo no se ha sustraído a la lei jeneral de la evolucion de las relijiones. El sentimiento relijioso i la idea relijiosa revisten nuevas formas, a medida que la mente va descubriendo lo inadecuado de las antiguas.

Con el renacimiento intelectual empiezan las ciencias, desde el siglo XVI, a minar de una manera incesante e irreparable los cimientos de las doctrinas tradicionales.

La tierra ya no es el centro del mundo, inmóvil bajo la bóveda celeste, tachonada de estrellas fijas; i el hombre no es ya un sér aparte, rei de la creacion, modelado con arcilla por un escultor divino i sometido a las reglas que su deidad omnipotente le impuso i que para su bien le reveló oportunamente a fin de que en esta vida se preparase i padeciera resignado, porque mas allá de la tumba le esperaba una dicha eterna e inefable.

Ya el hombre piensa que tiene un oríjen mas humilde, que «segun muchas probabilidades» proviene de la transformacion de especies animales inferiores; pero del conocimiento mismo de su ascendencia deriva su confianza en un destino superior i llega a concebir la posibilidad de hombres mejores, que sean el producto de la evolucion del hombre actual.

Entre tanto, rotas las tablas de la revelacion, apolillados los lazos del dogma i desvanecido el tranquilizador i resignado ensueño de ultratumba, que era un sedativo para las almas inquietas i atormentadas por el dolor, se ha hallado la humanidad de repente algo abismada al contemplar su nueva situacion. No se familiariza la jeneralidad de los hombres con la idea de que de la accion de la especie humana sólo depende su propia suerte i de que la humanidad debe sólo trabajar para si misma, impulsando el *devenir* contínuo, que va impidiendo que esta tierra sea considerada como un valle de lágrimas, transitoria residencia del hombre i que debe ir haciendo de ella un valle de rosas, mansion perdurable de la forma mas perfecta de la vida en este rincon del universo.

II

Exámen de la crísis de creencias.—Opiniones de Bayle, Fourier, Stendhal, Gobineau, Barrés, Levy Brühl, Small i Ward. La moral de la ironía de Paulhan i el pragmatismo.—El inmoralismo de Stirner i Nietzsche

Esta crísis de creencias morales del siglo XIX presenta mui variados aspectos.

Algunos pensadores han sostenido que la influencia de la moral es mui débil o casi nula.

El padre del inmoralismo entendido en este primer sentido, es el filósofo frances Bayle que, desde 1862, sostuvo la tésis de que la moral sólo ejerce una influencia insignificante sobre la conducta del individuo, quien hace siempre, al fin de cuentas, lo que su temperamento le ordena (1).

Fourier no hace tampoco mucho caso de la moral; sostiene que los vicios son nuestros únicos móviles i que es imposible enfrenarlos. La moral, dice, se engaña burdamente si cree tener algun valor por si sola; en el mecanismo social es con toda evidencia supérflua e impotente.

Stendhal despreciaba a la moral. En *Rojo i Negro* i en sus demas novelas, sus héroes obran siempre movidos por su temperamento. En todos sus libros corre como tema fundamental lo que se ha llamado el *beylismo* o teoría de la virtud considerada como timidez. Stendhal no pierde ocasion de ridiculizar a la moral i a los pobres medios que emplea para convertir a las almas.

En su filosofía de la historia, fundada sobre la idea de raza, el conde de Gobineau menosprecia singularmente el papel histórico de las relijiones i de las morales. Combate contra aquella fe, tan vieja como el mundo, que consiste en creer que los pueblos no tengan otro fin que realizar ideas morales. En su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas* no concede a las diversas morales, relijiones i dogmatismos sociales, mas que una influencia insignificante en el mantenimiento de las instituciones. Sostiene ahí que el fanatismo, el lujo, las malas costumbres i la irrelijion no traen necesariamente consigo la caída de las sociedades; que el cristianismo no ha creado ni transformado la aptitud civilizadora. La intelijencia i la voluntad varían segun las razas i el valor de la educacion es siempre infinitesimal.

M. Maurice Barrès, en su novela *El Jardin de Berenice,* opone a la moral *libresca,* escolar i seudo-científica, representada por el injeniero

---

(1) Citado por G. Palante. Deux types d' inmoralisme. Revue philosophique. Mars. 1908.

Cárlos Martin, el instinto seguro, delicado i encantador de Berenice. La tésis de M. Barrès no consiste en rechazar la moral racional por funesta, sino mas bien en mostrarla vana e impotente para modificar el sentido profundo de nuestro instinto.

Los sociólogos conceden jeneralmente mui poca importancia a la moral. Lery Brühl afirma que las reglas de conducta las señalan sólo las costumbres. Albion W. Small (1), ocupándose de la actual crísis moral, dice que no habrá normas morales por todos reconocidas hasta que exista una sociolojía jeneralmente aceptada. «La sociedad está moralmente en bancarrota, dice Small. Nuestro capital ético consiste en una coleccion heterojénea de moralidades provinciales, que obran juntas con aquel grado de pobre éxito que observamos en la conducta social. Por medio de ellas la sociedad se mantiene en movimiento no obstante el enorme despilfarro que resulta de los choques de los individuos, choques que retardan el progreso. No disponemos de una regla ética universal a que una clase pueda apelar en contra de otra clase i de un veredicto que el litigante vencido se sienta obligado a aceptar. Por ejemplo, todos tenemos los conceptos de «justo» e «injusto». La mayoría de nosotros creemos,—hasta que la sociedad vea razones para modificarlo,—que lo mandado por la lei civil es justo i lo que ella prohibe es injusto. Pero una minoría de nosotros no admite ni siquiera esto. Estamos así de buenas a primeras, divididos en la clase que rechaza i la que acepta los preceptos jenerales de la lei. En un estremo de la segunda clase se encuentra la conocida especie de los infractores de la lei; ahora, esta ala izquierda del grupo menor de la sociedad tiene su ética que le es propia, sus peculiares principios de lo justo i de lo injusto. Es lícito ocultar de los ajentes de la justicia a un compañero criminal. Si atisbamos las ideas morales que guian nuestra conducta, hallaremos confusion no sólo en las normas de diferentes hombres, sino en las de un mismo individuo, que dispone de un *standard* para sus negocios, de otro para su política, de otro para sus diversiones i de otro para su relijion. Esta proposicion no quiere decir que los hombres sean conscientes e intencionalmente hipócritas, sino que si nos interrogáramos a nosotros mismos con preguntas socráticas, encontraríamos que nuestros propósitos no son moralmente concéntricos i que constantemente referimos cierta parte de nuestra conducta a una clase de principios, miéntras que otra parte obedece entre tanto a principios que no forman un sistema con los anteriores. Todos sabemos que existe un código de ética profesional para los abogados, otro para los médicos, otro para los editores, uno para los patrones i otro para los empleados, uno para los profesores i otro para los ministros. La sociedad se halla dividida en grupos mas o ménos visibles, cada uno

(1) The Significance of Sociology for Ethics.

de los cuales tiene su propia tradicion reguladora. Estos códigos tradicionales implican una variedad infinita de presunciones éticas reconocidas o no reconocidas, entre las cuales no sólo no hai correspondencia, sino a menudo contradicciones flagrantes. Cada idea opuesta en un conflicto moral no es mas que el portavoz de cierta filosofía de la vida mas o ménos desarrollada, de una sociolojía mas o ménos completa. No podrá haber acuerdo sobre estos *standards* morales hasta que no haya unidad de concepto sobre la manera de considerar la vida, que es lo que presta a la moralidad sus sanciones.» (2)

En igual sentido, aunque con mayor enerjía de lenguaje, se espresa Mr. Lester F. Ward. Mr. Ward ocupa un lugar tambien entre los que creen que la moral es no solo inútil, sino perjudicial. De este grupo nos vamos a ocupar mas adelante. «Si alguien, dice Mr. Ward, se propusiese escribir un libro que por su título pareciese encaminado a establecer el valor de las maquinarias i su utilidad para la civilizacion, i luego se limitara esclusivamente a tratar del roce o frotamiento, insistiera en la necesidad de reducirlo al mínimum, describiese con tal objeto las mejores especies de ejes i tratase profundamente el asunto de los aceites lubricantes,—se encontraria en el caso de todos los escritores que se han ocupado de la accion humana o social. En este respecto, se han ignorado las mas importantes cuestiones que se relacionan con ella i pueden atraer la atencion del hombre, sus leyes, principios i métodos i sus resultados sustanciales, miéntras que se han escrito miles de volúmenes sobre los choques i conflictos que ella enjendra, i la mejor manera de suavizarlos. Este insignificante campo de investigacion ha sido dignificado con el resonante nombre de «ética» i, a veces, con el aun mas grandilocuente de «ciencia moral». Que personas que no piensan, escritores teolójicos i autores de homilías sentimentales ensalcen la moral i la tengan por el principal fin de la vida, no es de admirarse. Pero que filósofos de aliento i penetracion no le hayan señalado, en su sistema, el lugar que le corresponde, será siempre una de las curiosidades del espíritu humano. Miéntras la sociolojía se ocupa de todas las acciones humanas, i, por consiguiente, comprende a la ética, esta última trata sólo de la limitada clase de acciones señaladas con la palabra *conducta* i se refiere únicamente a los conflictos que se verifican en la accion normal. Esta clase carece de importancia no sólo por el limitado espacio que abarca, sino por su carácter esencialmente negativo. Su tendencia, como en el roce mecánico, es impedir, evitar las regulares operaciones sociales; es, por consiguiente, anti-progresista... Los preceptos morales observados en cualquier tiempo i en cualquier lugar, son el efecto i no la causa de la condicion moral de los que los observan... Un serio

(2) Obra citada. III.

daño resulta de la errónea creencia de que el carácter moral puede ser perfeccionado por medio de la enseñanza ética. Muchas personas, i especialmente los profesores, trabajan bajo tal peso de responsabilidad en cuanto a la moral de las personas sometidas a su influencia, que llegan a quedar paralizados para toda cosa útil en la vida. Ninguno se atreve a decir lo que piensa i lo que producen carece de originalidad. La noble carrera de la enseñanza dejenera en pedantería... El mas alto ideal de felicidad es el ejercicio completamente libre del mayor número de facultades i entre estas el de las mas enérjicas. Este tambien debe ser el ideal ético mas elevado. Pero es claro que su realizacion aboliria la llamada conducta moral al mismo tiempo i suprimiria la ética en todo programa de filosofía. Apartar los obstáculos que entraban la libre actividad social, es concluir con la supuesta ciencia de la ética. El declarado propósito de la ética es abolirse a si misma. La mas alta ética es la falta de ética. La conducta idealmente moral es una conducta del todo amoral. O dicho más claramente, el ideal superior de un estado moral es aquel en el cual no exista nada que pueda ser llamado moral.» (1).

Al lado de los sociólogos mencionaremos al fino psicólogo Fr. Paulhan que en su obra *La Morale de l'ironie* se esfuerza en probar, con un escepticismo casi seductor, la imposibilidad de fundar una moral cualquiera. Mas que esto: afirma que las doctrinas morales no son mas que engaños, especies de artimañas del espíritu social, que conducen mui a menudo a flagrantes inmoralidades. «Hai en la humanidad, dice Paulhan, una gran contradiccion, i esta es la razon de ser de toda nuestra moral. Es la oposicion del hombre, animal social, i del hombre, individuo egoista. Es uno de los engaños primordiales de la moral el velarnos el antogonismo irreductible i perpétuo que hace de cada individuo el enemigo de todos los demas, i presentamos realzada la solidaridad, tambien real, que los liga i los constriñe, sin quererlo, sin saberlo, i aun a pesar de ellos, a prestarse recíprocos servicios... El espíritu social mismo mal formado i mal apreciado, ha producido i sufrido estrañas desviaciones. A menudo, no ha logrado mas que una transformacion aparente i ha hecho de la humanidad una especie de teatro de decoraciones convencionales. Viéndose incapaz de vencer al individuo, i no pudiendo transformarlo en ser social se ha contentado con ponerle la máscara de tal. Un medio sencillo i curioso para salvar las imperfecciones de la solidaridad social consiste en negarlas, i en afirmar con mucha soltura que esa perfeccion existe. Proposiciones como «el crímen concluye siempre por ser castigado», «una buena accion alcanza siempre su recompensa», «amor con amor se paga» i otras muchas de igual manera moldeadas son lugares comunes de la educacion».

(1) The Psychic Factors of Civilization. Cap. XVII. Social friction.

«El alma social nos une así engañando i encadenando nuestros instintos egoistas. Una de sus principales armas es la teoría del deber. Esta teoría es un admirable ejemplo de cómo se pueden oscurecer i complicar las cosas mas sencillas. Se nos presenta el deber como un hecho absoluto para nosotros; se nos impone porque se impone. Sin embargo seria mas acertado decir que es impuesto porque él no es capaz de imponerse. El deber es «imperativo». He aquí su gran característica. No obra por persuasion o afeccion, ni por interes o simpatía; ordena; es una autoridad, esterior i embustera; una autoridad abstracta i anónima. Es una formacion del espíritu social para subyugarnos.»

«Todo principio de moral demasiado concreto del cual se quiere hacer depender una concepcion completa de la vida es una desviacion i, en consecuencia, una inmoralidad. Lo que se entiende por virtud es esencialmente una ruptura del equilibrio mental, es un exceso, es un estravío de la conducta fuera de las condiciones en que es verdaderamente buena».

¿Qué hacer entónces, se pregunta Paulhan, ante este cáos de deberes contradictorios, de tendencias opuestas que nos desgarran, de moralidades de círculos que se contradicen, de mentiras con que se quiere encadenarnos? ¿Cuál es la actitud que conviene al hombre tal como lo he presentado al frente del mundo tal como lo comprendo?

Parece, se contesta, que una actitud le conviene en efecto, i esta es una actitud irónica.

La ironía es una forma de escepticismo que regulariza la lucha de las ideas i de las creencias, sin esterilizarla. La ironía no es infecunda i contraria a la actividad. Se coloca por encima del individuo i de la sociedad, en cuanto significa tendencias irreconciliables, se complace en analizar la contra de todas las cosas i deriva de aquí, como norma, una fina tolerancia.

Por nuestra parte, nos parece mui digna de atencion esta forma francesa de la crísis de creencias éticas que se refleja en la moral de la ironía. Marca el polo opuesto de la moral del pragmatismo norte-americano. Este, en su afan de salvar a la ética, llega a predicar que se debe creer a ojos cerrados i por que sí en todo lo que sea útil i convenga para la accion. Sacrifica la nocion de verdad para que puedan vivir los imperativos del deber. Al reves, la moral de la ironía se complace en ver cuánto hai de engañoso i falso en todas las creencias. El pragmatismo, por querer asentar sobre bases sólidas a la moral, llega a representar la crísis de la filosofía misma, i el espíritu frances de M. Paulhan, en su anhelo de conocimiento de la realidad, prefiere quedarse sonriente en medio de la crísis moral.

Otro tipo de inmoralismo es representado por Stirner i Nietzsche. Al reves de los pensadores que desprecian a la moral, Stirner le concede un

papel enorme en los negocios humanos i sobre la felicidad i la desgracia de los hombres. Teme no exajerar lo bastante el poder de los ideales morales, a fin de poner en guardia a los hombres contra ellos. Toma terriblemente en serio a la moral i a los moralistas, i se asusta ante esos fantasmas que pueblan el reino del espíritu i defiende desesperadamente contra ellos la independencia i la unidad de su *Yo*. Las espresiones de combate son frecuentes en este atleta de nervios en tension i rasgos crispados. «El rudo puño de la moral, dice, cae implacablemente sobre las nobles manifestaciones del egoísmo». Este esforzado luchador encuentra acentos de compasion anhelante e indignada para lamentar a las inocentes víctimas de la moral. En la contienda entre el deber i la pasion, Stirner detesta el triunfo del deber, incita al instinto a nuevas revueltas i compadece a la pobre doncella que sacrifica su amor a la moral. Segun Stirner, no es el hombre la medida de todas las cosas, es el *Yo*. Stirner cree encontrar el verdadero punto de apoyo universal en la conciencia individual, en el Yo siempre presente que se halla en todo pensamiento. El Hombre no tiene ninguna realidad; todo lo que se le atribuye es un robo hecho al indivi duo. «El Hombre, agrega Stirner, es un fantasma que solo tiene realidad en Mí i por Mí; lo *humano* no es mas que uno de los elementos constitutivos de mi individualidad i es *lo mío*, así como el Espíritu es *mi* espíritu i la carne es *mi* carne. Yo soi el centro del mundo, i el mundo (mundo de las cosas, de los hombres i de las ideas) no es mas que mi propiedad, de la cual mi egoismo soberano usa, segun su real gana i sus fuerzas. Mi propiedad es lo que está en mi poder; mi derecho, no siendo mas que un permiso que me concede un ser esterior i «superior» a mí, no tiene mas límite que mi fuerza i no es otra cosa que mi fuerza. Mis relaciones con los hombres son de egoísta a egoista; yo los empleo o ellos me emplean; somos el uno para el otro o un instrumento o un enemigo. Aquellos mismos que atacan a la Iglesia i al Estado en nombre de la moralidad i de la justicia, apelan todavía, termina Stirner, a una autoridad esterior a la voluntad egoísta del individuo; apelan en último análisis a la voluntad de un dios. No hai otra refutacion verdadera de la moral teolójica que la supresion no sólo de la teolojía sino tambien de la moral misma. Una física de las costumbres no puede llegar a ser moral si no se hace inconscientemente relijiosa. Renunciemos, pues, a toda moral propiamente dicha si queremos renunciar en absoluto a la teolojía i establezcamos por principio el *Yo* bajo el nombre de lo *Unico*. (1)

Nietzsche se califica a menudo de inmoralista, declara que quiere suprimir la moral actual i efectuar una transmutacion de los valores morales.

---

(1) A. Fouillée. «Nietzsche et l'immoralisme», Cap. I. «L'immoralisme et l'indivi dualisme absolu de Stirner».

«El valor—entended el valor práctico—, de este medicamento, el mas célebre de todos, de este medicamento que se llama moral, no ha sido examinado hasta ahora por nadie; seria menester ante todo discutirlo. I bien, he ahí precisamente nuestra obra». (1) «He llegado a la conclusion de que no hai en absoluto hechos morales; el juicio moral tiene de comun con el juicio relijioso que cree en realidades que no existen». (2)

Lo bueno para Nietzsche es todo lo que exalta en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, i el poder mismo. Sus virtudes soberanas son la *voluptuosidad*, el *deseo de dominacion* i el *egoísmo*.

Condena Nietzsche como funestas la justicia, la compasion i la caridad; i, arrastrado por su aristocratismo radical, deja subsistentes los encadenamientos morales para los oprimidos, los esplotados, los débiles i los ciervos. La sociedad se divide en dos grandes clases: la de los asnos, de donde brotará el super-hombre, i la de los esclavos. La moral queda destruida para los primeros. Para los segundos subsiste la accion del deber del veneno llamado *moralina*.

En realidad, cuesta tomar a lo serio las lucubraciones a menudo contradictorias de Nietzsche. En todo caso, nos hemos ocupado aquí de él únicamente como de un testimonio de la crísis de creencias que existe en el mundo occidental. En cuanto a la crísis de costumbres, las obras de Nietzsche servirán para probar que en su concepto las costumbres son demasiado buenas, i que desgraciadamente los hombres toman demasiado en cuenta la moral i los preceptos del deber.

* * *

Sin comulgar con los aforismos deslumbradores de Nietzsche sobre la inmoralidad, creo por mí, como lo he dicho mas arriba, que nuestra época más padece de una crísis de creencias que de costumbres. No bastan a probar lo contrario las sombrías pinturas de los literatos, demógrafos i criminalojistas de nuestros tiempos que nos presentan a una buena parte de la humanidad debatiéndose en medio de inmoralidades i crímenes. Los adulterios, los abortos, los asesinatos i los robos alcanzan segun esos escritores cifras que se repiten año a año, cuando no van en aumento, de suerte que se puede negar, segun ellos, que la humanidad progrese moral i socialmente.

Para que esta afirmacion fuera irrefragable faltaria aun probar que

(1) La Gaya Ciencia—Citado por A. Fouillée. Nietzsche et l'Inmoralisme.
(2) El Crepúsculo de los Idolos.

en las edades históricas pasadas la humanidad habria sido mejor. I no me parece que contribuyan a sostener tal aserto la corrupcion de Babilonia i de todos los imperios orientales, sin escluir el de David i Salomon; las lincenciosas costumbres de la decadencia del Imperio Romano i de Bizancio; la brutalidad mundana de la Edad Media; el libertinaje de las cortes del renacimiento; la impudicia de la época de la restauracion de los Estuardos; la vida lijera del período de la rejencia del duque de Orleans a principios del siglo XVIII; ni las orjías del Directorio, a fines de la misma centuria.

El Alba

El alba... son las manos sucias,
i los ojos ribeteados,
i el acabarse las argucias
para continuar encantados...

Lividéces y palideces,
i monstruos de realidad...
I la terrible verdad
mucho mas clara que otras veces..

I el hallar sandias las peleas,
i las bebidas detestables,
i el creerse unos miserables
junto de unas mujeres feas.

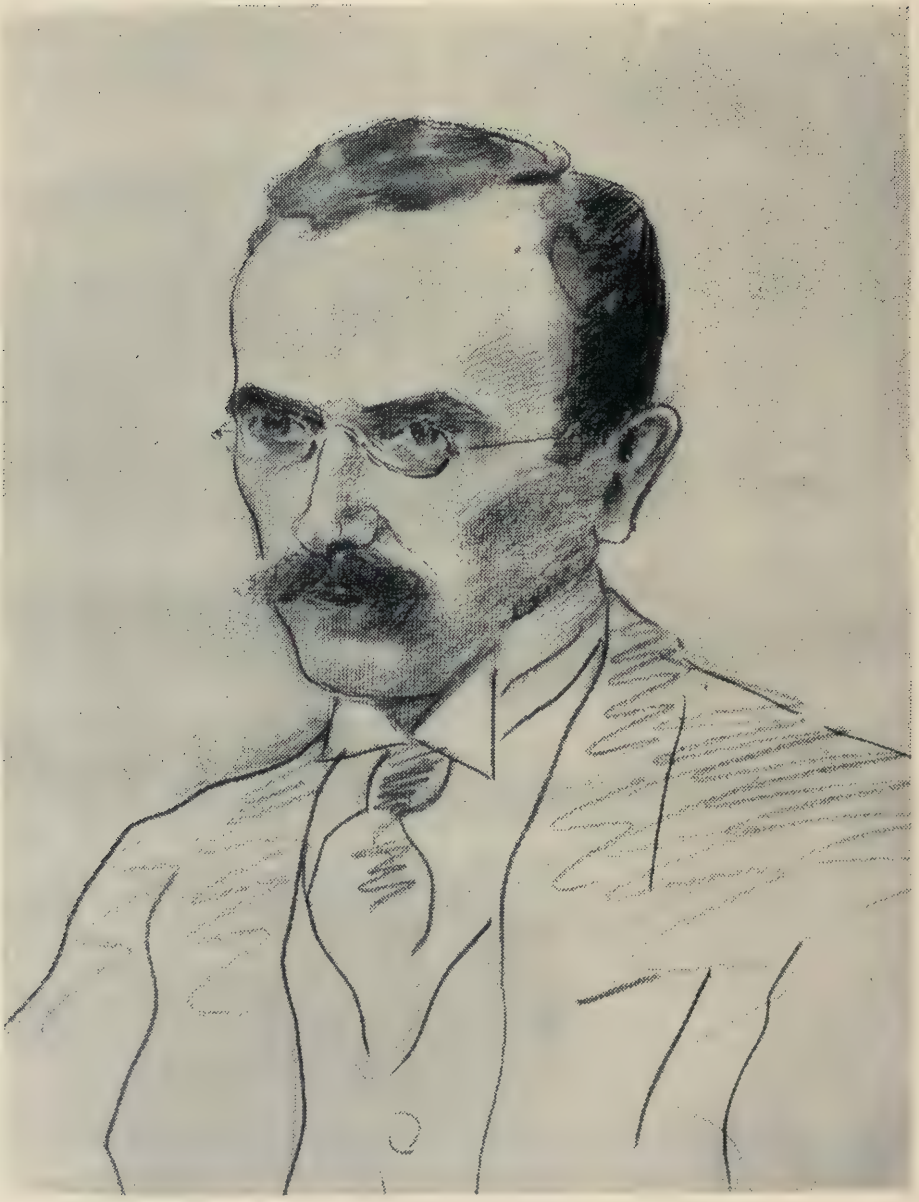
I el empezar a ver cuando
los ojos se quieren cerrar...
I el acabar de estar soñando
cuando nos vamos a acostar.

Cancion del presente

Querer es triste—¡ i no poder!—
Lo qué es tenia que pasar.
¿Para qué el plebeyo querer
i lo innoble del procurar?...

¿A qué arreglar el porvenir
i hacer del presente dolor?
¿Que tiempo hemos de vivir?...
¿I, acaso, morir no es mejor?...

I en este necesario albur,
¿qué nos queda, como saber,
sino dar el alma al azur
i todo lo demás al placer?



Cárlos Valerdi

9221
1-X-1910

De CARLOS VALERDI

La República en Portugal

Ha causado no poca sorpresa en la América española la resolucion que ha traido a tierra la monarquía lusitana.

Empero, los espíritus que conocian de cerca el modo de ser político, relijioso i económico de la pequeña monarquía, han juzgado ser natural el cambio que se ha verificado, rápido e indudablemente seguro.

Desde que el gobierno absolutista de don Miguel, el año 1828, organizó un sistema de terror, pereciendo muchas personas ilustres i muchos hombres honrados en el cadalso, confiscando los bienes a mas de 30,000 personas de las clases acomodadas, volviendo a multiplicar las ejecuciones en 1831; bombardeando la ciudad de Oporto durante once meses, sin hacerla capitular; el pueblo portugues fué incubando el odio a las monarquías i sintiendo crecer en su seno el amor a la libertad pública, pasando por la monarquía moderada, hasta llegar a ser casi un sentimiento unánime nacional en los últimos tiempos el sentimiento republicano. I todo eso, alentado por plumas sanas i vigorosas en los libros i en la prensa, debia de traer al desprecio esa corona que durante un siglo no ciñó casi cabeza digna de rejentar un pueblo oprimido i con anhelos de próspera libertad.

I si a esto se agrega la contínua emigracion al Brasil de los portugueses, que veian a esta República levantarse velozmente a una gran esfera de grandeza en el concierto universal, siendo de su misma raza, es de admirarse cómo hasta estos tiempos ha soportado el pueblo lusitano la presencia de soberanos que, con menoscabo de la honra de la nacion i derroche de su tesoro, la tenian maniatada, como débil colonia, a los piés de Inglaterra, miéntras la realeza ostentaba un fausto irritante de diversiones i magnificencias que desdecian del oprimido i casi miserable pueblo.

El asesinato del Rei de Portugal i de su heredero asombró al mundo ignorante; pero en todos los paises la prensa i los hombres que escrutan las causas de los hechos, pusieron el dedo en la llaga i encontraron lójica la encadenacion de aquellos luctuosos acontecimientos.

Existe en Portugal, débil, moribunda, la causa de los miguelistas; pero no obtendrian ni el apoyo del clero que en Europa es en todas las naciones monárquico, salvo tal vez en Portugal. Diríamos aquí algo del clero de Portugal, pero la prudencia nos aconseja callar; baste saber que en no pequeña parte del clero secular no será malquista la jóven República, i que no es allá una monstruosidad dar con clérigos afiliados a la masonería, que es la que ha dado ese golpe certero, rápido i eficaz de la revolucion.

El pueblo portugues es radical como ninguno; apénas, hace años, podian ostentar el traje talar los sacerdotes por las calles de las ciudades, i el ex-Patriarca de Lisboa i el Pontificado, son testigos de los disgustos que les ocasionó ruidosamente, el tan conocido liberalismo de los clérigos portugueses.

No recuerdo la fecha; ¿del ochenta al ochenta y cuatro? el ataud que conducia el cadáver de un obispo portugues, llevaba las insignias masónicas con escándalo del mundo católico i ostentacion de las lojias que acompañaron al sepelio, tambien con sus insignias manifiestas. ¿Habrá cambiado este modo de ser del clero lusitano? ha trascurrido mui poco tiempo para una radical reforma: esperemos los sucesos del porvenir.

Tal vez la espulsion de los relijiosos estranjeros no la miren contristados los sacerdotes del Portugal. ¿Hasta dónde llegará en sus designios respecto a la Iglesia el Gobierno republicano? No es fácil predecirlo; pero la monarquía que no era católica ha muerto, i de los caudillos católicos está ya vislumbrándose la desercion i la contienda intestina.

Ya uno de los diarios católicos aconseja a sus lectores, que siguiendo el sabio consejo de Leon XIII a los ¡lejitimistas franceses, de trabajar en Francia a favor del reinado social de Jesucristo dentro de la legalidad, dejen a un lado la restauracion de la monarquía, i trabajen adhiriéndose a la forma de gobierno republicano, en pro de la Iglesia i de la causa católica

Prueba evidente, pues apénas cuenta la República unos cuantos dias, de que, a lo ménos, algunos católicos ven imposible la restauracion dinástica i buscan en su mismo campo al enemigo para defender sus ideales relijiosos.

Mas aun; los hombres que han tomado sobre sus hombros el peso de los destinos de Portugal, son, a macha-martillo, honrados i de ideas avanzadas, pero ansiosos de ver triunfar el derecho i la justicia. Machado, Almeida, Guerra Junqueiro, Braga... enorgullecen a Portugal i enorgullecerian a las naciones mas cultas de la Europa.

De desear que empujen la carroza de la República por buen sendero i no vengan, grandes literatos e inespertos políticos a tierra, arrastrados por esa falanje de ambiciosos que tras las encrucijadas de una política maquiavélica, arman zancadillas para escalar el poder, haciendo de la patria un vivero de vampiros i escarnio i burla de sus enemigos.

No hemos querido hablar, pues todos la conocen, de la desgraciada situacion financiera que la monarquía carcomida ha dejado a la República.

No se ven nubarrones por la banda de Inglaterra, ni por el lado de Italia, naciones que, o por intereses económicos o vínculos de parentesco, podian hacer vacilar la estabilidad de la nueva forma de gobierno.

I ¿España?

La República en España

Hablando de Portugal en asunto de tanta trascendencia, no se puede prescindir de la República española. La identidad de raza, la cercanía de ámbas naciones que ha hecho de Portugal la guarida de los republicanos españoles, la unidad de anhelos que a ámbos partidos ha movido, la situacion de España entre dos Repúblicas, los movimientos contínuos que no pocas veces han regado de sangre el suelo español, las lejiones republicanas levantiscas e incansables, son causa de que la mirada del mundo entero se oriente hácia esa nacion que busca una postura de descanso, que quiere romper la costra de la monarquía i respirar aires de libertad i de desahogo.

Sin embargo, la República española no se halla en las mismas condiciones en que se desarrolló el republicanismo lusitano, i aun está léjos el dia en que flamee en el Palacio de Oriente el pabellon democrático.

Fué tal el desbarajuste de la anterior República, que aun los secuaces de ese réjimen miran con desconfianza otra prueba de esa forma de Gobierno. La administracion económica fué un desastre; el ejército quedó indisciplinado, obligando, al son de palmoteos, a bailar a sus jenerales la chusma soldadesca; la relijion fué objeto de ludibrio grosero i de persecucion sangrienta, i los buenos republicanos no han olvidado aquellos dias en que se hizo célebre la frase: «¿Qué gritan? ¿Viva la libertad? pues atranca la puerta». Los hombres de bien se plegaron a la monarquía, los católicos se lanzaron al monte, i la República fué llevada a la tumba en un sudario de odio i de desprestijio. Mas tarde, el caudillo mas elocuente de la revolucion formó el partido posibilista dentro de la monarquía. Murió monárquico don Emilio Castelar.

Sabemos que en Portugal fué el ejército de mar i tierra el que dió al traste con la monarquía. Es mui diversa la situacion del ejército i de la marina en España. Un golpe de estado tendria que abarcar las poblaciones mas importantes de España, i el único jeneral señalado como afecto a la forma republicana es Weyler, i Weyler no se sublevará, porque cuando mas jóven, i a raiz de las hecatombes de Cavite i Santiago de Cuba, no desenvainó su espada que volvia de los campos de Cuba, querida de España, ansiosa de vengar en la monarquía las vergüenzas por que la habia paseado la torpeza de los hombres consejeros de la Corona.

Ademas el foco de la República arde en Madrid, Barcelona, Valencia, i la cuenca minera de Bilbao.

I en Cataluña no hai soldados catalanes, desparramados como están por los cuarteles de Castilla i Andalucía, i en Madrid hai un pueblo que adora a su rei, i en Bilbao los vascos que ponen su fe ante las formas de

Gobierno, a pesar de ser republicanos como fueristas, o se lanzarian por don Jaime, o defenderian la monarquía contra la República, que en España no sólo es liberal i de mui avanzadas ideas, sino que llegaria hasta la persecucion de la Iglesia, i casi, casi hasta el ateísmo.

I seria de peso la misma idea de separatismo que cunde en Cataluña i que en caso de fracaso para una República peninsular, trabajaria con aceros para su propia independencia.

El pueblo español es monárquico en su gran parte, y tan arraigado está en él ese espíritu, que muchos españoles liberales que beben hace cuarenta años en la América aires republicanos, ostentan veneracion honda por las personas reales.

Luego España va despacio, pero va subiendo en la cuesta del progreso, i se mantiene, no como en épocas anteriores, pero eficaz, la fé católica para consentir en una revolucion como la de Portugal.

I a todo esto se añade la sombra del partido carlista, no mui fuerte para luchar por el triunfo de su ideal dinástico, pero incontrastable en el caso de que la caída de Alfonso XIII trajera como consecuencia la ruina de la relijion católica.

Esto no quiere decir que los caudillos republicanos no se ajiten; i aunque divididos entre sí, a diferencia de los portugueses que han ido a la brecha como un solo hombre, pueden aparecer intentonas en que se derramará mucha sangre i en que se alejará unos años mas la realizacion de un gobierno republicano. No se qué influencia pudiera tener en Inglaterra una hija suya sentada en el trono español.

Ademas, el clero español, tanto secular como regular, es intransijentemente monárquico; i su poder es invencible en el sentido de llevar los pueblos a la contienda.

Se aterra la imajinacion de crear el cáos a que hoi llegaria la nacion española si se lanzara a una revolucion como la de Portugal.

Queda la marina, que para España es mui pequeña i cuyos cañones no alcanzan al Palacio de Oriente, ni pueden medir sus fuegos con los que vomitaría Monjuich, leal hasta el sacrificio.

Sueñan, pues, los que opinan que la revolucion de Portugal ha de repercutir eficazmente en los destinos inmediatos de la monarquía española.

De FERNANDO SANTIVAN

Aves viajeras

I

El jóven fija la vista en el rostro de su padre i éste a su turno observa al hijo. Ambos se estremecen i vuelven a bajar los ojos.

Hace dos dias que el jóven ha vuelto del colejio derrotado en sus exámenes i uno i otro iban postergando este careo. Cualquiera diria que el padre, culpable tambien temiese esta entrevista tanto como el hijo. Pero era necesario una esplicacion, i he aquí que se encuentran solos, el uno frente al otro, separados apénas por una pequeña mesa, en una habitacion aislada.

El rostro pálido del jóven recibe de frente toda la luz que penetra por un resquicio que dejan los postigos a medio entornar, miéntras que el padre, vuelto de espaldas a la luz, mantiene las facciones en la sombra. En el resto de la habitacion, asimismo en penumbra, se distinguen confusamente los objetos.

Esta pieza era para el jóven como la sala del tribunal para los delincuentes, a la vez que prision i sala de torturas. Habia llegado a penetrarse del sitio que le correspondia a cada uno de los objetos de la pieza i aun cerrando los ojos i despues de trascurrido tanto tiempo desde que estuviera aquí la última vez, podria indicar el sitio i forma de cada uno de ellos. Aunque está el cuarto en penumbras, ve su contenido como si penetrase la luz por sus tres ámplias ventanas... Allí el sofá de viejo marroquí oscuro, mas acá el par de sillones de cuero, i en aquel ángulo las dos o tres sillas de mimbre que se suceden en torno en actitud de profundo aburrimiento... I en las paredes, formando mancha clara, hai algunos cuadros de oleografia: el que representa un viejo cazador haciendo fuego sobre los patos i aquel en que se ve un gallardo jinete seguido por su trailla. Tambien hai un almanaque de *El Ferrocarril* fijo a la pared por cuatro chinches, i mas allá, cuelga desde la percha una manta blanca i un latiguillo de fibras trenzadas.

¡Cuántas veces, siendo mas pequeño, ha comparecido a esta pieza, azorado de temor, al llamamiento del padre, para regresar despues con la cara roja i los ojos llorosos!

Han cambiado los tiempos, es verdad. Es hoi un alto mozo, de oscuro bigotillo caido sobre los labios, de contestura delgada i nesrviosa, que se yergue ante el padre con espresion interrogativa, casi insolente... Apoya un codo sobre la mesa i dirije la vista hacia la única ventana con luz.

Se presiente en el esterior un calor insoportable, ese sol que abrasa los potreros como una marejada ardiente i que hace dormitar a las aves, acucurradas a la sombra de las plantas. Rozando los vidrios la rama de un árbol del jardin, inmóvil, parece observar con indiferencia lo que ocurre en la sala.

El hijo espera la acusacion para esponer su defensa i el padre siente una estraña inquietud que le embarga la voz. ¿Qué decirle a este hijo que aparece de pronto entre ellos como un espectro intranquilizador? ¿Decirle que se marche, que no perturbe la paz de un hogar en que no se le espera, en que no hai para él ni lazos ni cariños?... Hacia ya un año que poco se sabia de él, en que se le creia alejado para siempre, i ahora, cuando ménos se piensa, penetra en medio de los suyos con paso firme i aspecto despreocupado de jóven vividor. ¿Decirle que se marche?... Pero, ¿cómo, si tambien es uno de sus hijos?

I pensaba con angustia:

¿Qué le diré? ¿Hasta qué punto puedo ser severo con él? ¿no tengo yo tambien parte de culpa?

Le remordia quizás un poco la conciencia por haberse desentendido de su hijo en manos casi estrañas. Hacia tiempo que habia entregado a su hijo en poder de una persona vieja; una pariente de su primera mujer; persona mui buena, pero incapaz de dominar una naturaleza jóven, tanto mas si en esta habian ya malos jérmenes. I ahí estaba sinó, sobre la mesa, la carta en que se le contaban los despilfarros de su hijo.

«Es inaguantable;—decia la vieja señora—si se le reprende, escucha sonriendo i dice a todo: «Si, está bien, no lo haré mas» i a reglon seguido vuelve a reincidir. Todo lo habria soportado en recuerdo del cariño que tuve a mi pobre sobrina (q. e. p. d.) i a la compasion que me inspiran sus hijos; pero los últimos escándalos han sobrepasado toda medida... Mi recato de mujer me impide repetir semejantes historias, pero por este mismo correo le escribe mi hermano Fabian quien lo impondrá de lo ocurrido.

«No sabe usted con cuanto dolor me veo obligada a dar este paso. Le habia tomado verdadera afeccion a este niño, que, por lo demas, no tiene mal corazon. Son las juntas las que lo hechan a perder.

«Al principio todo marchó bien; estudiaba con empeño, asistia a todas sus clases i de todas partes no me llegaban de él sino elojios. La carta de Fabian lo impondrá hasta que punto alcanzó en su degradacion, instigado por estas malas campañías.

«Yo le advertí con tiempo, Enrique, para que interpusiera su autoridad de padre, ya que la mia no bastaba, pero por desgracia, o no ha recibido usted mis cartas o no ha podido contestarlas. Es llegada la hora en que usted debe obrar con enerjía».

Estas eran las palabras de la señora: «Es llegada la hora de obrar con enerjía».

La carta de Fabian le narraba los escándalos en que se habia visto envuelto el jóven a causa de su vida licenciosa. «Una mujer de mala vida, decia, ha sido su peor consejera. Pero todo eso no seria nada si no hubiese llegado hasta a perder la vergüenza, pues en el último tiempo ha hecho pública sus malas relaciones, avergonzando con su conducta a su buena tía i a todos sus parientes. I todos lo acusan a usted, don Enrique, por haber dejado la rienda demasiado suelta a su hijo».

Al recuerdo de estas cartas don Enrique estrae su petaca de la cartera, enciende un cigarrillo i observa con atencion las volutas que fabrica el humo.

—Así es, Enrique, (el hijo lleva su mismo nombre) empieza afirmando la voz i sin dar la cara, así es que todos los sacrificios que hago por tí resultan inútiles?...

El rostro del hijo se anima por una espresion interrogativa.

—¿Qué sacrificios? parece decir.

El caballero inclina la cabeza. En seguida continúa:

—Tu tia te despide de su casa... ¿Qué piensas hacer ahora?...

El jóven se limita a asentir con la cabeza; parece responder con su espresion, mitad indiferente, mitad burlona:... I bien ¿qué?... ¡Lo que a usted le paresca!.....

El padre se siente incómodo... De nuevo, una inquietud estraña lo hace enmudecer. Da otro chupetazo al cigarrillo i vuelve a sumirse en sus cavilaciones.

Entretanto, al jóven quédanle resonando en los oidos las primeras palabras que le dirijiera. ¿Qué sacrificios? vuelve a preguntarse interiormente. ¿En qué piensa mi padre al hablarme de «los sacrificios que hace por mi?» No será sin duda a los de este último tiempo... Olvida la única carta en contestacion a las muchas mias que le he escrito en todo el año... Bien claro me decia que no se intranquilizaba por nada de lo que me ocurriese, que era yo libre de cometer todas las tropelías que se me vinieran a la cabeza con la condicion de que no llegasen a sus oidos. «Desde ahora me decia, tienes el porvenir en tus propias manos. Tu tia ha solicitado ocuparse de él. Solamente depende de tu voluntad el que quieras aprovechar su jenerosa oferta. Procura, pues, serle agradable en lo posible.

«Desde hoi, encontrándome libre de tí, podré ocuparme con mayor solicitud de la educacion de tus hermanos»...

Se detiene para observar a su padre.

—¡Encontrándose libre de mí!... Sin embargo, parece que no las tiene todas consigo... A no ser así ya hubiera caido sobre mi cabeza uno de esos torrentes de frases duras o uno de esos brutales castigos que acos-

tumbra... ¿Pero cómo puede quejarse de que lo hago sufrir? Vocifera que «voi a concluir por matarlo a fuerza de molestias» i que «lo arruino»... Agrega que le «doi mas que hacer que toda la familia por junto». Por un tiempo pude creer en mi «gran culpabilidad», i sin duda alguna, parte de culpa debo tener en todo, pero, ¿hasta dónde llega la justicia en sus apreciaciones?».

La atmósfera de la pieza va haciéndose un poco mas densa a causa del humo del cigarro i del calor que penetra de afuera. Dijérase tambien que comenzara a vibrar en el silencio algo así como el alma de los dos hombres. Parece oirse un coloquio imperceptible, como el ruido de espíritus que se debaten en los rincones oscuros.

—¡Eres tú el culpable!

—¡Eres tú, padre!

Continua pensando el hijo:

—Ni el sentido de los sacrificios pecunarios puede acusarme de haberle impuesto ninguno. Los sacrificios de dineros de mi primera educacion se hicieron cuando sonreia la fortuna, i mi padre no tuvo necesidad de abandonar por mi causa ni las comidas abundantes ni las jenenosidades de cantina con sus amigos, ni las rondas por las mesas del «baccarat». I despues, cuando la mala sombra hizo presa en nosotros, no sé que tampoco se suprimiesen por mi causa las fiestecitas que consumian mucho mas del poco dinero que demanda el vestuario de un colejial. Sin embargo, fué entónces cuando comenzaron a llegar hasta el colejio en que yo vejetaba con beca de interno, como único aliento para mis trabajos, el estribillo de sus cartas: «Mal hijo, hijo maldito, 'ves que nos quitamos por tí el pan de la boca ¡i te conduces mal!»... Despues pasé a poder de mi tia...

En los cristales de la ventana se oye un ruido vago... El jóven levanta la cabeza. Son algunas moscas que procuran salir al esterior engañadas por las trasparencia de los vidrios, dándose cabezadas i moviendo nerviosamente las alas. La rama de árbol que asoma por la ventana parece aun mas abatida por el calor. El padre medita; las concavidades de su rostro se han hecho mas intraquilas i oscuras.

—En cuanto a sacrificios morales—prosigue el jóven—no se qué pueda colocar en su favor. Mientras permanezco en poder de mi tía «el no desea saber de mí» i se «lava las manos»... ni mas ni menos como el tribuno Poncio. Me entrega en poder de otras personas no porque crea que soi un incorrejible, sino para evitarse toda responsabilidad... ¡El porvenir de un hijo!...

—«Eres culpable, padre»—habla el espíritu en el silencio.—Sólo responde un suspiro. Las moscas aletean en la ventana con mayor fuerza.

«I anteriormente, ¿dónde hallar un voluntario sacrificio? Si recorro mi vida hasta el dia de mi nacimiento ¿cuándo hallar en mi padre algo

para mí que no sea egoismo? I aun ántes de que yo naciera, ¿pensó él en mí, soñó en mí, en el que debia de venir? ¿No soi quizás el resultado de un instante de voluptuosidad? ¡Estaban ante él los grandes ojos negros de una mujer, ojos que tenian una misteriosa seduccion... i luego, sus brazos suaves, amorosos!... Sólo *cuando el mal estaba hecho*, se pensó en el que debia de venir, ella, la futura madre, con amor i temor, pero él, sólo con egoismo. Se dijo «que tendria el heredero de su fortuna, el que impediria que su trabajo cayera en manos desconocidas» o lo que es lo mismo «que ya que no podia llevarse el dinero al otro mundo, quedase al ménos en poder de uno de su sangre»...

Mi padre no fué el que *pensó* en el que debia de venir, ni el que *temió* por el futuro hijo, ni el que *sufrió* los dolores del parto. Fué ella, mi madre, la que lo sufrió todo; ella tambien la que soportó las consecuencias del mísero recien nacido, de esa pequeña masa inconsciente i deforme.... No se acercaria él a mi cuna para observar al animalillo de ojos vagos e incoloros. Besaria, sí, los negros ojos de ella. Para ella el amor. I cuando dejé de ser una masa informe, i me convertí en un muñeco de cabellos rubios, sólo entónces me atrajo hasta su cuello, me zarandeó, me levantó sobre sus hombros, me arañó con sus bigotes i dijo a sus amigos: «¿Qué tal mi hijo, eh?»

I hasta los cinco años, fuí el hijo. Sin embargo, no recuerdo que me haya respondido a una sola de esas primeras preguntas que se deben responder, ni que me tomase jamas sobre sus rodillas para enseñarme a deletrear. «¡Para eso es la madre, la criada o el preceptor!»...

Pero yo iba perdiendo mis encantos pasajeros. Primero esa confianza en sí, esa fuerza i libertad innata que todos traemos de lo desconocido.... Mi mismo padre me la hizo perder.

Recuerdo una noche en que aun era mui pequeño. Yo dormia en el cuarto de ellos. Un agudo dolor de estómago me despertó. Sentí, ademas, miedo de la oscuridad, i prorrumpí en un llanto nervioso.

—¿Qué tienes?—preguntó la voz dura de mi padre.

Cesé de llorar un instante. Luego grité con mayor fuerza.

—¿Te has de callar?—dijo la voz.—I como aun prosiguiera en mi lloro, sentí que álguien me suspendia en el aire, i luego uno, dos i muchos golpes, en la cabeza, en las piernas, en todo el cuerpo. Seguí llorando callandito i durante toda la noche no pude plegar los ojos. Desde entónces me formé una mui mala idea de lo que es un padre.

Me convertí en un muchachuelo tímido, vacilante, i fuí perdiendo el color... Entónces mi padre abandonó al favorito para escojer uno mas bello entre los pequeños.

Despues, a la muerte de mi madre i cuando aun era bastante niño, me abandonó en poder de un apoderado, persona desconocida casi, pa-

gando tanto porque me mantuviera en casa i vijilase por mi educacion. Ni siquiera se preocupó en indagar si las manos en que se me confiaba eran limpias. El apoderado era un pobre hombre postrado en su sillon de paralítico, i su mujer una vieja harpía, i los hijos unos miserables que me enseñaron todos los vicios que me podian perjudicar en salud, intelijencia i moral. El único bien que debí a tal compañía fué la sensacion de aislamiento, el despego por el mundo, una concepcion cruda i amarga de la vida. ¡Oh! cuánto me hubiera servido la mano cariñosa de un padre por aquella época! ¡Con cuánto placer no la hubiera estrechado i me hubiera dejado conducir por ella!

Pero las cartas de mi padre se limitaban a indicarme el número del jiro de la cantidad mensual con que me ausiliaba, añadiéndome, de un modo invariable, que los negocios iban mal i los sacrificios que por mi hacia eran enormes.

¡I mis cartas! Todas eran un clamor contínuo por ese algo que me faltaba, por esa intimidad de alma que hubiera sido mi salvacion.

Vino despues la época de su casamiento con la que es hoi mi madrastra. Me aseguró que deseaba crearnos un hogar... ¡Bien debió adivinar que entre ella i nosotros no podia haber ninguna relacion! Por fortuna, se me consiguió una beca en un internado, i sólo en vacaciones me fué dado probar las humillaciones de esa mujer. Basta recordar sino la escena en que fuí obligado por mi padre a pedir perdon de rodillas, trajeado de un vestido ridículo, a una hermana de mi madrastra que habia sido detenida por mi en sus burlas a mi madre difunta. O si no podria recordar la escena en que mi padre me amenazó con un cuchillo por haberle dicho a mi madrastra que no era digna ni de besarle la planta de los pies a la que habia sido mi madre.

¿Son esos los sacrificios que debo agradecer a mi padre? ¿No fuí creado, pues, por amor al futuro yo, ni fuí creado por necesidad de espansion, ni por altruismo hacia el mundo, sino por una bestial casualidad? ¿Debo mi existencia a mi padre o a esa lei fatal que rije todas las leyes?

Despues soi entregado a mi tia... ¡Padre, padre!

.....

En el silencio de la pieza parece elevarse la acusacion tácita con toda su imponente crueldad. El padre levanta la cabeza i suspira. Su mirada parece suplicar. Hai tanta fatiga en su voz que apénas se oye un susurro.

—¿Así es, Enrique, que no hai remedio?...

¡No hai remedio!

—¡Un último esfuerzo, hombre!

—Estoi fatigado, padre, siendo un niño he perdido mi juventud... ¡no puedo!... me falta voluntad, me falta todo... ¡lo he perdido todo, todo!...

El hombre deja escapar un suspiro de dolor.

—¿Eres tú el culpable, Enrique?... ¿Soi yo?...

El hijo guarda silencio, rojo el rostro e hinchado como por el esfuerzo de un trabajo interior.

Por un momento parece oirse en la estancia tan sólo un lento sufrimiento, único, desgarrador, solemne. Despues, un silencio de sepulcro. Por la ventana se asoman las ramas del árbol del jardin, aburridas, indiferentes. Del interior llegan risas de niños...

II

Cuando su padre hubo salido, el jóven se arrojó de bruces en el sofá, i revolcándose, mordiéndose los brazos con furia, ahogándose en un grito ronco que parecia venirle de las entrañas, esclamaba:

—Eh! maldita vida! ¡eh, eh!

Dábase vuelta de un lado al otro como defendiéndose de pinchazos invisibles i estendia las manos abiertas para cojer el aire que se le escapaba.

Luego, un poco mas calmado, comenzó a pasearse a trancos largos por la habitacion; abrió maquinalmente una de las ventanas i volvió de nuevo a cerrarla.

No hubiera podido definir qué es lo que deseaba, pero tenia conciencia de que era algo esencial. ¿Qué? I volvia a repetir:

—¡Maldita vida! ¡Eh, eh!

Despues, tendiéndose boca arriba en el sofá, se oprimió la cabeza con ámbas manos i quedóse largo rato con los ojos mui abiertos, fijos en el techo.

Cruzaban por su imajinacion ideas vagas, escurridizas, muchas de ellas sólo en forma de palabras: Vida: ¡hai que vencerla! ¡hai que luchar!

¿Luchar? ¿Vencer?... ¿a quién?... ¡Habia tentado ya tantas veces una lucha ciega, i, apénas en comienzo, se habia visto obligado a confesar su derrota!

Hacia un año, poco mas o ménos, habia partido con el corazon lleno de esperanzas a ese pueblo desconocido en que una buena anciana lo invitaba a su hogar. ¡Cuántas ilusiones! Era la primera vez que álguien se preocupaba cariñosamente de su porvenir i tambien la primera vez que tendria esa pobre libertad que tanto se ansía cuando se han pasado algunos años de encierro. Ya le parecia verse surjir a la luz i comenzar una verdadera vida. ¡Con qué entusiasmo iba a devorar los libros a trueque de recorrer en seguida los paseos, vagar por la ciudad, salir al campo! I sobre todo, podria aislarse, pensar, sin la vijilancia del inspector i la molesta compañía de los camaradas!

Pero, al mes, ya no soñaba con aquel remedo de hogar, demasiado añejo para ser llamado así... I luego, la vergonzosa corrida de baqueta que hubo de sufrir de sus propios parientes. ¡Se temió que el sobrino se convirtiese en heredero! ¡Era necesario hacer salir al intruso!... Principian las acechanzas, los chismes... sus mas inocentes atenciones recibidas con desconfianza, con una sonrisita persistente, abrumadora: «No, no serás mi heredero!»... parecia decirle la tia.

Un colejio habia sustituido a otro, un inspector a otro inspector, i todos lo recibian con igual hostilidad.

Entónces su aversion por el colejio i por aquella sociedad de lobos que husmean el cuerpo semiputrefacto de su pariente, lo hacen buscar un alivio en otra parte. I claro está, ¿dónde encontrar el placer sino en las casas del placer? I es allí donde una buena noche se encuentra con aquella «perdida» que tanto influjo ha de ejercer en su existencia.

¿Cómo llegan a entenderse?... Sólo podria indicar que una mañana se despierta en el regazo de una mujer de bellos ojos, en un salon semioscuro, i recuerda asimismo la dulce impresion que lo sobrecoje al percibir una mano cariñosa que le alisa el cabello i una voz suave que murmura mui quedo:

—¡Qué hubo, niño! ¿Te has dormido?

Parécele escuchar la voz de una hada. ¿O es que ha muerto i se encuentra en brazos de su madre?... ¡Ah, nó! qué sacrilejio!... no era ni una hada ni su madre la pobre! Era... la Valentina, sencillamente.

Pero siente una infinita ternura por esa mujer que lo acaricia. Le tiende los brazos, se estrecha a su cuerpo i le suplica que no lo abandone, que no se burle de él, que no es una pasion de los sentidos lo que le pide, es algo mas, algo inaprehensible que no sabe esplicar.

¿Qué hai en su voz de enternecedor que esa mujer llora amargamente i lo besa, ahogando los sollozos? ¿Qué boton desconocido es el que el azar ha tocado simultáneamente en sus corazones?

En el dia de ayer no se conocian; desde hoi ya no se separan... Se dan citas. Se fugan de sus encierros, él del colejio, i ella de la casa maldita que la retiene como un pulpo. I cuando se reunen, sienten un placer loco; saltan, rien, palpitan.

I llegan las noches que pasan en vela vagando por el pueblo desierto, procurando sacar al esterior el alma; esquisitos momentos en que invadidos de dulzura, callan para dejar discurrir las voces interiores, para oirlas como músicas misteriosas en el reposo de la noche. Luego las locuras de los labios que brotan dando libre curso al pensamiento encadenado, sin que por eso una sola palabra resulte estraña; se aprueban todo, atolondrados de alegría el verse tan intímamente juntos.

Podria venir enseguida la disipacion, el licor ¿qué importaba eso?

¿qué significaba el estudio, el porvenir, cuando habia algo mas intenso que iria mas allá de la vida?

Una noche de tempestad en que llueve a torrentes salen sin paraguas ni abrigo, apretados el uno al otro i pasan por todas las calles solitarias cantando, i golpeando en las casas dormidas.

Otra noche en medio de una orjía, quedan mirándose en los ojos i se echan a llorar desesperamente en medio de las risas de los que los rodean.

¿No es esta la señal de que algo de comun hai entre ellos que se proyecta desde otro mundo?

Al poco tiempo cae enfermo de agotamiento físico i la pobre mujer se desespera, se revuelve contra si misma. ¡Cómo! Ella que lo ama tanto, ella que tambien ha encontrado la única alma compasiva en toda una vida, ella la infame, está matando su niño, al amadito que soñó cuando jóven que tan sólo ahora lo viene a hallar? Pero el mal es grave, lo mina el desaliento, ve la vida negra, siente angustia i un terror vago por algo que no sabe qué es. Los amigos lo apodan «el chiflado», los profesores mueven la cabeza con desprecio, la parentela sonríe malígnamente...

Miéntras tanto entre ellos empiezan las escenas desgarradoras. Ella, en el momento en que pensaba hacerse una mujer buena, nacer de nuevo para él, recibe la certidumbre de la enfermedad tan temerosamente esperada, ¡i no hai remedio! debe pagar el pecado de su vida (que no sabe cual es), debe apartarse del que ama tanto para ir a podrirse en una sala de hospital!

Un dia, dia de sol radiante, llegan hasta la ribera del rio. Ella procura distraerlo, darle un tono festivo a su voz. Le señala cualquiera insignificancia i palmotea riendo a grandes carcajadas. Sólo cuando llegan fuera de la ciudad, cuando nadie los puede ver, él la detiene, sombrío:

—¿Por qué ríes? ¡tu risa me hace daño!

—¡Qué quieres, niño!...

Apoya la cabeza en su hombro i prorrumpe en un llanto histérico.

¡Deben separarse! ¿Para qué se conocieron entónces? I él, el cobarde, abandona a la mujer que se hubiera dejado descuartizar por su causa. Una sola vez la va a visitar al hospital, lleno de vergüenza, i no puede dominar su repugnancia cuando la mujer le estrecha las manos para llevarlas a sus labios.

—Enrique ¡por favor! —suplicaba...

¡Ah, el cobarde!... Despues viene su fuga a la casa paterna; fuga sin objeto, puesto que está ahí, mas vacilante, mas anonadado que nunca.

Tiene en su presencia a la vida, ese ente vago, inmaterial, contra el que en vano levantamos los puños amenazantes. Siente, sí, ansias de vencer esta vida, por el placer de vencerla, por pisotearla despues.

Pero tras de él se ajita el irónico fantasma:

—«¿Qué has de hacer, pobre i pequeño hombre, contra la fuerza fatal? Mira tus músculos raquíticos, observa esos ojos cansados i de fulgor febril, eh, bah!... no seas majadero. Ya que has de morir...que la corriente se encargue de dirijir tu bajel i... lindamente, mansamente, te dejas conducir al abismo... Nada se puede contra el enemigo invisible! Naveguemos, pues, al azar... Que lleguemos al fin de la jornada con los cascos rotos o con la bandera al tope... ¡Procuremos llegar lo mas pronto!»...

El jóven estiende los brazos al vacío i con las manos crispadas vuelve a esclamar:

—¡Maldita vida, eh, eh, eh!...

III

Pocos dias despues, en una mañana de sol, el dueño del fundo despertaba con el ruido de un galopar de caballo, firme i altanero. Era el hijo intruso que partia a otras tierras, quizás distantes, quizás próximas.

Asomado a la ventana pudo ver con emocion su manta de colores fuertes, flotando al viento semejante a una banderola de guerra. Saludó con la mano. Pero era ya tarde; el viajero no vió el saludo.

Tenia la vista puesta mas allá de los potreros, bañados por el sol, mas allá de las alamedas que finjian escuadrones interminables, mas allá de las montañas azules i nevadas.

Buscaban sus ojos horizontes nuevos con que llenar toda la gran ansia que creciera al abrigo de la soledad i que talvez no bastaria la vida entera para saciar.

JM 6-XI-1910

De EDUARDO GARCIA GUERRERO

Antropolojía criminal i derecho penal (1)

Obras citadas:

FERRI.—*Sociolojía Criminal.* Centro Editorial de Góngora.
V. BRANDAU.—Política criminal represiva. Santiago de Chile.
LOMBROSO.—*Le crime causes et remèdes.* Alcan, 1907.
GARÓFALO.—*La Criminalogie.* Alcan, 1905.
TARDE.—*La criminalidad comparada.* «La España Moderna».

I

Los organizadores de esta convencion de la juventud liberal, reconociendo la importancia que significa para un pueblo el mantener sus leyes siempre de acuerdo con los progresos realizados por las ciencias, han querido que se propongan i discutan en el seno de esta Asamblea, las reformas que es necesario introducir en nuestra lejislacion penal, en armonía con los avances realizados por las ciencias antropolójicas i sociales.

No sabria, señores, cómo aplaudir la iniciativa de los organizadores de esta Convencion, tanto mas digna de encomio cuanto que entre nosotros nadie parece preocuparse de ese importantísimo fenómeno que se llama el crímen. I no tan sólo entre nosotros.

En efecto, señores, causa verdadero desconcierto la indiferencia con que los pueblos civilizados contemplan el avance creciente de la criminalidad.

Es cierto que los Gobiernos, a costa de muchos millones, han creado en el seno de cada pais un aparatoso mecanismo que designan con el nombre de justicia penal i cuya mision consiste en velar porque los ciudadanos sean respetados en sus vidas i sus propiedades; pero no es ménos cierto que a semejanza de los monos de palo que el labriego eleva en medio del sembrado sobre cuyos brazos amenazantes el pájaro reposa tranquilamente luego de convencerse que no existe en ello gran peligro,—esta justicia nuestra, a fuerza de repartir cadenas por millares a diestro i siniestro, se ha convertido, señores, en una vieja arma mellada que para nada sirve.

Donde quiera que dirijamos nuestra vista, veremos una comprobacion constante de lo que Holtzendorff llamaba «la bancarrota de nuestros sistemas penales».

Liszt ha demostrado que en Alemania «el derecho penal actual es im-

(1) Este trabajo fué leido en una de las sesiones de la 1.ª Convencion de la Juventud Liberal, celebrada en los dias 30 de Setiembre i 1.º i 2 de Octubre últimos.

potente contra la criminalidad» i habla de «la derrota de los sistemas actuales de represion i de intimidacion». En Francia, Joly ha descrito el krach de la represion i en su estudio «Las asociaciones i el Estado en la lucha contra el crímen», invoca el ausilio de las asociaciones privadas para la represion, sin apercibirse, como observa mui bien Enrique Ferri, de que las causas del mal i, por consiguiente, los remedios, están en otra parte.

En Inglaterra, donde, como es sabido, las medidas de prevencion indirectas han producido una disminucion de la criminalidad natural i atávica, Griffiths, Inspector jeneral de las prisiones, se espresa de este modo: (Ferri. Soc. Crim. II—262) «En nuestro concepto, todos los sistemas de prision, aunque estudiados con cuidado i concebidos con injenio, no han influido de una manera apreciable sobre la criminalidad. Inglaterra lo tiene esperimentado todo. Ella ha tenido ahorcados por centenas, deportados por millares; ha aplicado la prision celular, la prision con cuarteles separados, la prision en comun i cuantos jéneros de represion han sido inventados. Pues bien ¿podemos nosotros, a fines del siglo XIX, indicar, en favor de tal o cual sistema, resultados que sean verdaderamente típicos i demostrativos, desde el punto de vista de la disminucion de la criminalidad?»

Por lo que respecta a Estados Unidos, White termina su estudio acerca del aumento de la criminalidad con las siguientes palabras (Ferri.—Id. p. 262, t. II):

«Todo esto demuestra el fracaso deplorable de nuestras instituciones penitenciarias lo mismo para la intimidacion que para la correccion».

En Italia, despues de haber demostrado Aguglia «la impotencia de la accion represiva», del estudio de las cifras proporcionales de la estadística, Ferri deduce las siguientes conclusiones (Soc. Crim. I—236-237):

«I. Esta criminalidad (la criminalidad italiana) miéntras que hasta 1890 presentaba una disposicion simétrica de oscilaciones periódicas bastante regulares alrededor de un máximum comprobado en 1880,—no ha cesado desde 1890 de sufrir un acrecentamiento mui considerable.

II. La tendencia o direccion jeneral de estas oscilaciones particulares (que en 1892 me parecian marchar hácia el aumento mas que a la disminucion de la criminalidad) está efectivamente determinada, en los últimos diez años, en el sentido de un crecimiento constante».

Otro tanto puede decirse aproximadamente de los demas paises civilizados, especialmente de Chile, a cuyo respecto nuestro jóven sociólogo crimalista Valentin Brandau, ha escrito estas elocuentes palabras:

«No obstante, si existe un pais que deba preocuparse constante i profundamente de la delincuencia i de la investigacion i aplicacion de las medidas preventivas i represivas, capaces de atenuarla o disminuirla, ya que no de concluir con ella, es sin duda el nuestro, que figura entre los mas criminales del mundo civilizado. I esto no tan sólo desde el punto de vista

cuantitativo, sino tambien, lo que es talvez muchísimo mas grave, desde el punto de vista cualitativo. No únicamente, en efecto, la criminalidad chilena se hace notar por su elevadísimo índice numérico, sino que asimismo por el estraordinario carácter de violencia i brutalidad que reviste, carácter éste que hace recordar la de los pueblos sumidos aun en la barbarie. Si, gracias en parte al sistema penal vijente, no es posible en ningun pais, esceptuando a Inglaterra, constatar un descenso mas o ménos apreciable de la delincuencia, en muchos de ellos, quédale a lo ménos al observador el consuelo de ver cómo ésta va abandonando poco a poco sus características de otrora, (violencia, crueldad, impulsividad feroz) i, en armonía con los ambientes propios de la civilizacion moderna, adoptando otras mui diversas modalidades. En Chile, hasta este consuelo nos está vedado». (Polít. Crim. Rep.—p. XI).

Señores, cuando despues de una esperiencia mas o ménos larga, los médicos llegan a convencerse de que un determinado tratamiento no sana a los enfermos, sino mas bien agrava sus dolencias, le abandonan i le sustituyen por otro que, mas en armonía con los progresos jenerales, pueda despertar la esperanza de que, aplicándole, haya de alcanzarse el éxito. I nadie podrá negar que este proceder se acomoda a los mas estrictos dictados de la lójica. ¿Qué razon abonaria la actitud de un médico empecinado en aplicar un sistema terapéutico, cuyo fracaso la esperiencia demuestra dia por dia? Nuestro organismo social padece, entre otras enfermedades, de esta plaga del crímen.

Los hombres de Gobierno, deseosos de propender al bienestar de sus conciudadanos, gastan injentes sumas de dinero para combatirla, pero la enfermedad, léjos de curar se agrava. ¿No es esta una prueba concluyente de que la táctica represiva empleada hasta el momento, si no perjudicial, es a lo ménos infructuosa? I no se sigue de aquí la necesidad imprescindible de sustituirla por otra, de relegarla al olvido, el lugar indicado para todas las instituciones humanas que caen derribadas al empuje del progreso?

Los jurisconsultos que redactaron los Códigos penales actualmente en vijencia, tanto en Chile como en los demas paises civilizados, desconocian el delito como fenómeno natural i desconocian tambien al delincuente. Lo cual es mui esplicable, porque las investigaciones científicas alrededor del crímen i del criminal sólo datan de hace treinta o cuarenta años, i la jeneralidad de los códigos actuales fueron redactados ántes de que se iniciaran estos estudios o, a lo ménos, cuando estos estudios no estaban lo suficientemente avanzados para ser tenidos en cuenta al redactar la lei.

Así, pues, nuestra lejislacion penal desconoce al enemigo de quien quiere defenderse. Considera el delito como una entidad abstracta, como una simple infraccion del derecho escrito; i al criminal, como un individuo normal, intimidable i libre de elijir entre el bien i el mal.

De este concepto, absolutamente metafísico, del delito, de este concepto no fundado en la realidad viviente, deducen estos mismos lejisladores un concepto tambien metafísico de la responsabilidad penal. El hombre, dicen los juristas, es por lo jeneral, libre de elejir entre el bien i el mal; por consiguiente, es responsable de sus acciones. I segun sea mas o ménos libre en esta eleccion, es tambien mas o ménos responsable. De ahí que la lei considere exentos de responsabilidad penal al loco o demente—para emplear sus propios términos— es decir, al individuo en quien se supone que el libre arbitrio no existe, i tambien al que obra impulsado por estímulos irresistibles, caso en que se encuentran, por ejemplo, el que mata en defensa propia o en ausilio de algun miembro de su familia, el del marido que sorprende a su mujer en adulterio, etc. De ahí tambien que la lei haya establecido las llamadas circunstancias atenuantes de responsabilidad para los casos en que si el libre arbitrio o libertad moral no ha desaparecido del todo, ha sido, por lo ménos, influenciado por circunstancias estrañas.

La responsabilidad penal i, por consiguiente, la pena, debe graduarse, pues, segun la mayor o menor suma de libertad moral de que el individuo dispuso al ejecutar el acto criminoso. He aquí la piedra angular de nuestros Códigos penales.

El criterio, señores, es absurdo. Es imposible de realizar practicamente i representa una tendencia antisocial. Desde luego ¿cómo vamos a averiguar cual fué la cantidad de libre arbitrio de que un individuo dispuso en un momento dado?

Aventurarse sólo en investigaciones de este jénero, seria manifestar una inconcebible ignorancia.

Todo lo que pasa a nuestro alrededor está contínuamente modificando nuestra libertad moral. La voluntad humana es a cada momento atraída por influencias de todo jénero, ya dependan de nuestra constitucion orgánica, ya del medio físico i social que nos rodea.

Sabemos, por ejemplo, que en los climas cálidos los delitos de sangre aumentan en los meses fríos i disminuyen en la estacion ardiente, i que en los climas templados, por la inversa, estos mismos delitos disminuyen en invierno i aumentan en verano. Lo que es una prueba de que la temperatura ambiente influye sobre la libertad moral de los individuos, puesto que les induce a cometer mas crímenes en una estacion que en otra. Es tambien una lei estadística jeneralmente comprobada que en las épocas de escasez, cuando las cosechas han sido malas, aumenta

los delitos contra la propiedad i disminuyen los delitos de sangre, i que en las épocas de abundancia sucede precisamente lo contrario, es decir, que aumentan los delitos sangrientos i disminuyen los robos. Lo que prueba que tambien la mayor o menor carestía de los artículos de jeneral consumo, influye sobre la conciencia de los individuos, ya que modifica la curva de la criminalidad.

Otro tanto puede decirse de las influencias meteóricas. Los directores de las prisiones observan en efecto, segun lo asegura Lombroso (Le Crime, p. 13) que los reos se tornan mas revoltosos en la víspera de tempestades i del primer cuarto de luna.

Por lo que respecta al factor étnico, Ferri ha demostrado claramente la influencia de la raza sobre la distribucion del homicidio en Europa.

Sabemos por otra parte que la civilizacion contribuye al aumento de ciertos crímenes, así como hace mas frecuentes ciertas formas de locura, hecho que se esplica por el uso inmoderado de excitantes casi desconocidos de los salvajes i que en los paises civilizados han llegado a convertirse en verdaderas necesidades. (Le crime, p. 65).

Ademas el progreso favorece la difusion de los periódicos que jeneralmente dedican largas columnas a la crónica del crímen i es del todo innecesario hacer notar la enorme influencia que la lectura de esos impresos ejerce sobre los individuos mas o menos predispuestos al delito.

Tambien son factores criminójenos importantes la mayor o menor densidad de las poblaciones, el grado de instruccion, la edad, sexo i estado civil de las personas i, por último, todo lo que se refiere a la herencia psicolójica. ¿I cómo podremos establecer, señores, hasta qué punto las influencias hereditarias modificaron, en un momento dado, la libertad moral de un hombre?

Comprobado lo que deciamos anteriormente, que todo lo que pasa a nuestro alrededor está contínuamente modificando nuestra libertad moral, i hemos de seguir creyendo que es aplicable prácticamente el concepto de la responsabilidad penal fundada en el libre arbitrio? ¿Cuál seria la obra de un juez que para aplicar cada pena tratara seriamente de averiguar el grado de libre arbitrio de que un individuo dispuso, en el momento de cometer un crímen?, supuesto el caso que hubiera un juez serio capaz de aventurar en esta investigacion.

Habria de comenzar, señores, por un estudio de la jenealojía del individuo con el fin de establecer la mayor o menor influencia del factor hereditario. Habria de continuar examinando la situacion económica i el grado de civilizacion del lugar en que el crímen fué cometido, para comprobar hasta donde los factores criminójenos que de allí provienen, pudieron influir sobre la libertad de los individuos. No podria dejar a un lado las influencias que provienen de la edad, sexo, estado civil, educacion, etc,

del delincuente. Le seria ademas indispensable consultar termómetros i barómetros i cartas jeográficas para establecer, segun la latitud del lugar, la fuerza que pudieron tener en un momento dado como factores criminójenos, las variaciones de temperatura i del estado atmosférico.

Pero aun, señores, cuando todo esto fuera posible, faltaria determinar el rol que pudieron ejercer en las tendencias del individuo las anomalias que dependen de la estructura de su cerebro, cosa que solo podemos conocer por la autopsia. De modo, pues, que para aplicar cada pena de nuestro Código hai necesidad de toda una serie de investigaciones entre las cuales figura la autopsia del reo.....

Pero donde se ve, señores, con caractéres grotescos el absurdo que significa esta concepcion de la responsabilidad penal fundada en el libre arbitrio es en el renuncio que los propios lejisladores hicieron de sus principios cuando trataron de establecer la responsabilidad de los ébrios. No hai necesidad de ser determinista para negar al ébrio el libre arbitrio. Uno de los efectos mas visible del alcohol, consiste precisamente en trastornar por completo las facultades mentales, del que le ha injerido.

El ébrio es, desde cierto punto de vista, asimilable al loco. Debiera, por tanto, ser tenido como irresponsable, si no en absoluto, a lo menos, parcialmente. Nuestra lei, sin embargo, ni siquiera les concede circunstancias atenuantes. ¿Por que señores, esta inconsecuencia? Por la única razon de que en el caso de los ébrios los resultados funestos que la aplicacion del criterio de nuestro Código representa para la sociedad, saltaban a la vista. Significaba nada menos que la impunidad de un número considerable de crímenes que en Chile se calcula en un 60%.

Hemos dicho que la aplicacion de los principios jenerales de nuestro Código representa una tendencia anti-social. En efecto, señores, como sólo son responsables ante la lei los que han cometido el acto criminoso en plena posesion de su libertad moral, quedan exentos de ella, i la lei lo declara espresamente, los que obran violentados por una fuerza irresistible.

Ahora, señores, ¿qué significa esto de la fuerza irresistible? Nuestro Código parece empeñado siempre en colocar a los jueces en un despeñadero. ¿Cómo va a saber el juez si un delincuente pudo o no resistir el impulso que le llevó al crímen?

Si el juez es intelijente, lójico i libre de prejuicios, raciocinará como Garófalo, i dirá: impulso resistible es aquel al cual se opone otro mas fuerte; irresistible es el que ha dominado a todos los demas. De donde resulta que el hecho mismo de la accion prueba la irresistibilidad del impulso, pues si éste hubiera sido resistible, la accion no habria tenido lugar». I en tal caso el juez deberia poner en libertad a todos los criminales.

En Italia, agrega Garófalo, en cuyo nuevo Código Penal se ha hecho desaparecer la fuerza irresistible, los jurados la habrian admitido, no sólo

una vez, sino centenas de veces en favor de toda clase de asesinos. Hasta se llegó a aplicar este principio a un sicario pagado para desfigurar a la infiel querida de su amo. Por el mismo principio de la fuerza irresistible han sido absueltos varias veces falsificadores i ladrones. En una palabra, no hai delincuente que no pueda protejerse bajo la éjida de esta fórmula, i si no siempre se ha recurrido a ella en ciertos crímenes atroces, ha sido porque los defensores desconfiaban de encontrar crédito en los jurados. Hai un sentimiento universal que impide tener induljencia para ciertos criminales. Por mas que los juristas declaren que no debe ser castigado el que obra en virtud de un impulso irresistible, los jurados condenarian siempre al asesino cuyo móvil no ha sido otro que la brutalidad, el placer de ver correr la sangre, i en el cual, evidentemente, el impulso es ciego i patolójico. Así tambien condenarán tanto mas severamente al ladron cuantas mas veces haya reincidido. I sin embargo, un ladron de oficio, hijo de delincuente, a quien se ha enseñado a robar desde su primera infancia, que repudiado por las personas honradas se ve en la necesidad de vivir entre criminales; ese individuo, privado de todo temor i de toda facultad inhibitoria, sin ninguna posibilidad i sin ningun deseo de cambiar su modo de vivir, ¿no es acaso el spécimen mas perfecto del hombre que no podria resistir al impulso criminal? En semejantes casos la irresistibilidad del impulso no tiene acojida en los jurados i los defensores no se atreven a proponerla. Pero ¿podria ser rechazada en conciencia? Lo que siempre concluye por triunfar es el interes social, que exije que no se deje en libertad a malhechores peligrosos. Para no dejarlos en libertad hai que declararlos responsables, hai entónces que afirmar que pudieron resistir a sus impulsos perversos. Pero ¿cómo resistir, se pregunta Garófalo, si no tienen en su alma ningun buen instinto, ningun amor propio, ningun temor a los hombres ni a Dios? ¿Es necesario ser determinista para sostener que en tales condiciones el delincuente no puede ser sino delincuente?—(Criminalogíe, páj. 304).

Pero dejemos a un lado este principio de la responsabilidad penal derivada de la creencia en el libre arbitrio, i examinemos otro de los criterios fundamentales de nuestro código que, aun cuando no aparece espresamente consignado en ninguna de sus disposiciones, le sirve de norma constante para graduar cada pena.

Tal principio podria formularse en estos términos: la gravedad de la pena debe hallarse en razon directa de la gravedad del delito. Así, nuestro código castiga con una pena mas grave al que ha robado mil pesos que al que ha robado ciento i con pena mas grave tambien al que comete un homicidio que al que comete heridas leves.

A primera vista este principio parece inatacable porque satisface ese sentimiento de justicia retribuitiva que existe tan arraigado entre los in-

dividuos de la especie humana, inspirados por el cual quisiéramos que todo hombre que comete una accion perjudicial sufra un daño equivalente al que ha ocasionado. Pero este criterio nos merece observaciones mui análogas a las que formulamos al principio de la responsabilidad penal fundada en el libre arbitrio; es de imposible realizacion práctica i entraña un verdadero peligro social. En efecto, señores, si queremos que la gravedad de la pena esté en razon directa de la gravedad del delito, es preciso establecer previamente la mayor o menor gravedad de los diferentes delitos i la mayor o menor gravedad de las diferentes penas. I esta tarea es irrealizable. «Puede existir un criterio moral constante, decia Rossi, para declarar que ciertas acciones son malas; pero no puede existir un criterio moral universal i constante para afirmar que una de esas acciones es mas mala que otra». «¿De qué modo, agrega Garófalo, podremos comparar dos hechos heterojéneos como el dolor causado por una herida o una calumnia, la pérdida de un objeto o de la honra? ¿Quién nos dirá cuál es el mal mas vivamente sentido, el mas irreparable, el mas terrible por sus conse cuencias?» I aun suponiendo que pudiera determinarse la gravedad relativa de los diferentes delitos, ¿cómo podríamos establecer en seguida la gravedad relativa de las diferentes penas? «Estas en efecto, dice Brandau, no existen sino en cuanto son aplicadas a alguien, es decir, sino en cuanto orijinan males sensibles a aquel a quien le son impuestas. Siendo así, una pena será tanto mas grave cuanto mayor sea la suma de dolor que ocasione al sujeto sobre el cual recae, i tanto ménos grave cuanto menor sea la suma de dolor que le ocasione. Una pena que no causara dolor o sufrimiento alguno al culpado no podria en verdad ser considerada como tal; i por el contrario una pena que ocasionara al mismo individuo un inmenso dolor, seria menester tenerla por una pena gravísima aunque no se compusiera sino de unos cuantos dias de calabozo. Lo cual equivale a decir que no hai en sí mismas penas graves, mas graves o ménos graves; todo dependerá del sujeto sobre el cual estas penas recaigan. De donde se desprende que si hai un factor importante que tener presente en la determinacion de la gravedad de las penas, este es precisamente el que nuestra lei olvida, a saber: el hombre a quien en cada caso concreto se trata de castigar. Si no se tiene en cuenta este factor ántes que ningun otro, no comprendemos verdaderamente cómo puede hablarse de penas mas o ménos graves». (Pol. crim. rep.; páj. 173).

Ademas este afán de regular la pena segun la gravedad del daño ocasionado por el delincuente, es la causa de que se hayan creado una enormidad de penas de corta duracion, con las cuales no se consigue otra cosa que corromper mas a los individuos, porque sabido es que la cárcel es la escuela del crímen, i como se encuentran ahí reunidos toda clase de delincuentes, aquellos cuyo delito es la consecuencia del medio deletéreo en que

vivian mas que de sus inclinaciones personales, despues de recibir durante un tiempo el contajio de las prisiones i despues, ademas, de que la justicia ha echado sobre ellos el estigma de criminales, con lo cual se les hace imposible toda actividad honrada fuera de la cárcel, se convierten en delincuentes habituales.

Se ha dicho, señores, que nuestras leyes son las responsables de que se haya formado en el seno de las sociedades modernas la delincuencia con carácter profesional. «La delincuencia, decia Tarde, se trasforma cada vez mas en nuestros dias en una profesion, en un oficio; i lo peor es que el oficio de malhechor se ha hecho un oficio excelente i que prospera, como lo demuestra el crecimiento numérico de la delincuencia, de la reincidencia i de los reincidentes. ¿Qué significa, en jeneral, que un oficio cualquiera marche viento en popa? Por de pronto, que reporta ventajas; despues, que cuesta ménos; por último, i sobre todo, que la actitud para ejercerlo i la necesidad de ejercerlo se han hecho mas frecuentes. Ahora bien, todas estas circunstancias se han reunido para favorecer la industria particular que consiste en despojar al prójimo; las ventajas han aumentado i los riesgos han disminuido hasta el punto de que en nuestros paises civilizados la profesion de ladron, de vagabundo, de falsificador, de quebrado fraudulento, etc., si no la de asesino, es de las ménos arriesgadas i de las mas fructuosas que puede adoptar un perezoso.

Creo haber demostrado que la bancarrota de los sistemas penales vijentes de que hablé al principio, comprobado en la totalidad de los paises civilizados, se debe a que los criterios fundamentales de nuestros códigos hacen imposible que la lucha contra el crímen pueda realizarse con fruto. Debemos, pues, abandonar aquellos criterios. Los hombres de ciencia que no discurren como los jurisconsultos, encerrados en las cuatro paredes de su escritorio, sino que observan la vida directamente i razonan sin desentenderse de la realidad de los hechos, han abierto, señores, una nueva éra para el derecho penal. Nos han enseñado a conocer el crímen como fenómeno natural, no como una creacion jurídica, i nos han enseñado a conocer al delincuente como hombre que vive, que siente, que roba, que mata.

Existe en la especie humana una variedad de individuos cuya característica esencial es la tendencia al crímen, variedad que habia sido desde antiguo observada por los grandes filósofos i artistas, pero que sólo durante el pasado siglo vino a ser objeto de estudio, dentro del terreno propiamente científico. El actual movimiento de los estudios antropolójicos criminales comienza por las investigaciones de algunos médicos carcelarios, de algu-

nos especialistas ingleses i con la obra de Despine i de Lallemant. Pero es a Lombroso, el célebre profesor de Turin, a quien corresponde la gloria de haber creado la antropolojía criminal, como rama independiente de la antropolojía jeneral. Los estudios de este eminente hombre de ciencia, a quien Max Nordau señala como una de las apariciones intelectuales mas soberbias del pasado siglo, son el punto de partida de una serie fecundísima de investigaciones alrededor del crímen, inspiradas todas por el mas estricto método positivo.

Esta nueva ciencia nos dice que el criminal, sea por atavismo, por dejeneracion o por otra condicion patolójica, reproduce verdaderamente los caractéres de la humanidad primitiva. Es un salvaje, un tipo regresivo, inadaptable, por consiguiente, a las condiciones de vida de las sociedades modernas.

No me seria posible, señores, sin llegar a fatigar vuestra atencion, hacer un resúmen, por mas abreviado e incompleto que fuera, de los datos que nos suministra la antropolojía criminal. Pero es indispensable, sin embargo, ya que ello servirá de base a las conclusiones de este trabajo, decir unas cuantas palabras respecto de las diversas categorías de delincuentes, estudiadas hasta el momento.

Los criminales no son todos idénticos, como lo suponen nuestras lejislaciones penales que a todos les aplican las mismas penas, cambiando sólo su duracion. Desde mucho ántes que se iniciaran los estudios científicos de antropolojía criminal, ya esta diferencia de categorías entre los delincuentes, habia sido observada por los directores de prisiones i médicos penitenciarios. I si de estas observaciones no nos ha quedado una clasificacion, nos quedó a lo ménos la distincion fundamental entre delincuentes habituales o incorrejibles i delincuentes de ocasion. Posteriormente son muchas las clasificaciones que se han propuesto i aun cuando todas coinciden en el fondo, como que todas tambien están inspiradas en la observacion directa de los criminales, difieren en los detalles por ser disntintos los puntos de mira que los diversos autores elijen para establecerla.

Nosotros nos ceñiremos en este trabajo a la clasificacion propuesta por el sociólogo italiano Enrique Ferri, que es la que cuenta con mayor aceptacion entre los autores.

Ferri divide los criminales en cinco categorías: criminales natos, locos, habituales, de ocasion i por pasion.

Con el nombre de criminal nato bautizó Ferri al que Lombroso habia llamado criminal conjénito o tipo criminal. He aquí como Ferri le describe: «Son tipos de hombres salvajes i brutales o pérfidos i perezosos, que no distinguen el homicido, el robo, el delito en jeneral, de cualquiera industria honrada i que son delincuentes como otros son buenos obreros.

Son ellos los que, con los delincuentes habituales, la falanje de aque-

llos que apénas se encuentran en libertad reinciden, eternos pensionistas de todas las casas de detencion, mui conocidos de sus guardianes i jueces, que cuentan sus condenas por decenas i alguna vez por veintenas, cuando no se trata de delitos graves, i contra quienes el lejislador, cerrando los ojos a una esperiencia de todos los dias, se obstina en una lucha inútil i dispendiosa entre las penas que no causan temor alguno i los delitos repetidos sin cesar». (Soc. C. p. 171).

La idea de que un individuo es criminal por tendencia inexorable de su constitucion orgánica i psíquica, despertó señores, en otro tiempo, una franca oposicion que no tenía otro fundamento que el misoneismo de la jente, es decir, ese sentimiento de repulsion que esperimentan hacia toda idea nueva i que es tanto mas fuerte cuanto mas francamente esa idea choca con nuestros modos de pensar habituales. Estamos tan acostumbrados a la creencia de que los individuos hacen el mal porque quieren hacerlo que, cuando se nos dice que hai individuos cuya característica es precisamente la tendencia al crímen i que esta tendencia es innata en ellos, esperimentamos una gran estrañeza. Pero ahora que cada vez se conocen mejor las leyes de la herencia psicolójica i que sabemos que asi como se heredan los rasgos de la fisonomía, se heredan tambien las diversas formas de alienacion mental, no es posible poner en duda que se hereda la neurosis criminal, la tendencia al crímen. Negar la existencia del criminal nato es negar la herencia de los caractéres morbosos.

Pasemos ahora a la segunda categoría de criminales, la de los criminales locos. Hai toda una falanje de desgraciados, dice Ferri, (S. C. p. 167) que están afectos de una forma comun, mas o menos aparente, de locura metal, i que en este estado patalójico cometen delitos en ocasiones atroces, por ejemplo; cuando se trata de idiotismo, de mania persecutoria, de mania furiosa, de epilepsia o atentado contra la propiedad i el pudor, en los casos de parálisis jeneral, epilepsia, imbecilidad, etc.

Vienen en tercer lugar los criminales habituales o por hábito adquirido. «Estos individuos, dice Ferri, no presentan o presentan de una manera menos clara, los caractéres antropolójicos del criminal nato; pero una vez cometido el primer delito, con alguna frecuencia en una edad mui temprana i casi esclusivamente contra la propiedad, no tanto por sus tendencias innatas como por una relajacion moral que les es propia i a la cual se une el empuje de las circunstancias i de un medio corrompido, verdadero centro de infeccion criminal, con frecuencia tambien, como lo hace notar Joly, animada de la impunidad de que son seguidas sus primeras faltas, persisten despues en el delito, adquieren el hábito crónico i hacen de él una verdadera profesion. (Soc. C. p. 172).

Los criminales por pasion son aquellos cuya vida ha sido sin tacha hasta el momento de cometer su crímen; hombres de temperamento san-

gíneo o nervioso i de una sensibilidad exajerada, a la inversa de los criminales natos i habituales. Tienen un temperamento que participa del del loco o del epiléptico. Ferri nota ademas, que entre los criminales por arrebato pasional, la causa que los lleva al crímen, es proporcionada al crimen que cometen, i si son condenados no se corrompen en la prision, dando asi una prueba de que existen en ellos mui arraigados los sentimientos comunes de sociabilidad.

Queda en fin la categoría de los criminales de ocasion, (Lombroso los llama criminaloides) que no han recibido de la naturaleza una inclinacion activa al delito, pero que caen en él empujados por el aguijon de las tentaciones que les ofrecen su estado personal o el medio físico o social en que viven, i que no vuelven a incurrir en él si tales tentaciones desaparecen (Soc. crim.; paj. 182).

II

Creo, señores, haber demostrado en el curso de este trabajo que nuestros sistemas penales han hecho bancarrota i que esto no podia ménos de suceder dados los criterios que sirven de base a nuestros códigos represivos. He indicado ademas, aunque de modo incompleto, las principales conclusiones de la antropolojía i sociolojía criminales.

Ahora, señores, para ceñirme al programa de esta convencion, deberia «proponer las medidas preventivas i reforma de las represivas que, mas en armonía con el desarrollo alcanzado por las ciencias antropolójicas i penales, sirvan mejor a la defensa social», etc. Pero despues de lo dicho hasta el momento se comprenderá fácilmente que tal tarea no es posible.

Si son los criterios fundamentales de nuestro Código los que han servido de blanco a las críticas de este trabajo, no podria, señores, sin dejar de ser consecuente con mis ideas, proponer reformas parciales. Son nuevos criterios fundamentales lo único que os puedo proponer.

Cuando un edificio ha dejado ya de servir al objeto de su destino i amenaza derrumbarse porque están carcomidos sus propios cimientos, es inútil, señores, gastar tiempo i dinero en refacciones de detalle. Hai necesidad de darle ántes que nada, cimientos nuevos, para entónces construirlo sobre bases sólidas. Es lo que ahora sucede con nuestro edificio penal.

Debemos, pues, dejar a un lado el concepto de la responsabilidad fundada en el libre arbitrio i en el daño ocasionado por el delincuente, concepto que sirve de piedra angular al edificio elevado por los redactores de nuestro código. Las razones que justifican este proceder han sido dadas ya en el curso de este trabajo. I debemos ir a otra parte a buscar la base de esta responsabilidad penal, de este derecho de castigar.

Todo organismo viviente lucha por la vida, se defiende. La lucha es la

condicion de su existencia, si no se defiende, perece. Las sociedades humanas como todo organismo están sometidas a la lei de la concurrencia vital i, así como repelen toda invasion estranjera que signifique una amenaza para su estabilidad e integridad, repelen tambien toda tendencia malsana, destructora, que jermine dentro de ellas mismas, porque la lucha es la condicion de su existencia; si no se defienden, perecen. El delincuente no es responsable en razon de su libertad moral, de su libre arbitrio. Es responsable por el hecho de vivir en sociedad i representar dentro de ella un factor anti-social, un factor nocivo.

La pena, entónces, no debe significar un castigo ni debe representar necesariamente un dolor para el criminal; pero debe estar inspirada en el propósito de que el delincuente no pueda repetir su crímen; debe colocar al delincuente en condiciones de inferioridad que le dificulten el ejercicio de su actividad nociva i le convenzan, si es posible, que la vida honrada le es mas provechosa que la vida del crímen.

De aqui se deduce que al criterio de proporcionalidad entre el delito i la pena adoptado por nuestros actuales lejisladores, hai que sustituir un criterio de idoneidad entre el delincuente i la pena.

Toda medida represiva, toda pena debe ser apropiada a la categoría antropolójica del delicuente. He aquí el primero de los principios jenerales sobre que debe reposar toda lejislacion que pretenda inspirarse en las inducciones científicas. Para un positivista el delito es sólo un síntoma, tanto o mas importante cuanto mejor sirva para determinar la categoría a que el delincuente pertenece.

I a la inversa de cómo miraban el problema los jurisconsultos clásicos, lo importante de determinar cuando un delito se comete, no es la gravedad de ese delito sino la calidad del delincuente, que es el enemigo de quien hai que defenderse, para poder en seguida aplicar el gran principio del arte terapéutico que dice: a la diversidad de males hai que oponer la diversidad de los remedios.

¿Qué logramos, señores, con aplicar penas de corta duracion, atendiendo sólo a la poca gravedad de los delitos, a delincuentes incorrejibles que apénas cumplida la condena, han de cometer forzosamente nuevos crímenes?

¿Es ésta una forma de proveer a la defensa social que es lo que se persigue al dictar leyes penales?

¿Qué logramos, por otra parte, con recluir en una cárcel a delincuentes pasionales o puramente ocasionales, cuando una simple reparacion del daño que hayan ocasionado o el destierro, bastarian para que la sociedad pudiera considerarse defendida, no amenazada i cuando, por el contrario, recluir en una cárcel a esta clase de delincuentes significa, nada ménos,

que hacer nuevos criminales ya que, como se ha dicho tantas veces, la cárcel es la escuela del crímen?

La indeterminacion del tiempo de la pena es otro de los principios jenerales que hemos de proponer. No hai necesidad de pensar si no un instante para convencerse de que es un absurdo la institucion de la pena determinada de antemano. Si la pena tiene por objeto defender a la sociedad, impedir que el delincuente ejercite su actividad nociva, ¿cómo vamos a saber de antemano la fecha precisa en que el delincuente se ha correjido i ha dejado por tanto de significar un peligro social? De otra parte, como dice Ferri, si el mayor número de los juristas están ahora de acuerdo para dar la libertad condicionalmente, ántes del tiempo fijado de un modo prévio al condenado cuya conducta parece demostrar que se ha correjido i que ya no es peligroso, se deberia sacar de aquí la consecuencia natural i lójica de que el delincuente no correjido, (i con mas razon el que no es correjible) debe ver su pena prolongada. Si se concede un favor al individuo frente a la sociedad que nada tiene que temer de él, ¿por qué no asegurar una garantía análoga a la sociedad frente al individuo que continua siendo para ella una amenaza i un peligro?

El tercero i último de los principios que han de servir de base a una lejislacion penal científica, es el de *la reparacion de los daños ocasionados por el delito*, medida ésta que no debe ser considerada como subsidiaria de la pena sino como una verdadera pena. Nuestras leyes actuales se olvidan de las víctimas del delito. Como ha dicho mui bien el escritor chileno don Luis Galdames, el absurdo de nuestra justicia, por lo que se refiere a la víctima, dejenera en sarcasmo. «El labrador, por ejemplo, que lamenta el robo de sus cosechas, de sus aperos o de sus bueyes de labranza, gasta mucho mas en la persecucion del malhechor que lo que le cuestan los objetos robados. ¿I todo para qué? Para gozarse en la voluptuosidad del castigo!

Pero este refinamiento no lo tiene él.

Pierde su tiempo i gasta su dinero en una tramitacion dispendiosa i pesada; tiene que acumular pruebas; los testigos le cuestan, de un lado sus viajes i de otra la certificacion del escribano. Prefiere, pues, quedarse en su casa golpeándose el pecho i dando gracias a Dios por haber escapado con vida. Si el bandido cae en manos de los jendarmes no le va a devolver lo que le arrebató ni nada de eso. Va a vivir cómodamente a la sombra, libre de toda preocupacion i de todo afán.

«Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido»

se repetirá con frecuencia si sabe poesías. I no importa que no las sepa;

su espíritu se orientará de esa manera. En tanto el buen hombre trabaja i trabaja a todo sol, hincha sus pulmones, desgasta su sangre i quebranta sus músculos, meses de meses i hasta años de años para rehacerse de sus pérdidas. I como si esto no bastara, paga su contribucion de cuando en cuando para que el Estado arregle cómodamente a su huésped el criminal» (1).

En consecuencia, señores, termino proponiendo a la asamblea el voto que sigue:

«La primera Convencion de la Juventud Liberal hace votos porque la lejislacion penal del pais se inspire en los siguientes principios:

a) Congruencia entre la pena i la categoría antropolójica del delincuente;

b) Indeterminacion del tiempo de duracion de las penas; i

c) Reparacion completa i efectiva de los daños causados por el delito». (2).

(1) GALDAMES, *La lucha contra el crimen.*

(2) Las proposiciones de este trabajo fueron aceptadas por unanimidad.

De PEDRO PRADO

El Estranjero

(Fragmento)

Comparándote, tú, con los humanos,
puedes concebir otro tú igual entre todos tus hermanos?
Sentirán lo mismo? Las nubes, el silencio
vibrarán para todos en el mismo sitio?
Vibrarán o se harán manifiestos en otro sentido?
Cuando tú dices esto siento i esto pienso
i contestan eso pienso i eso siento,
¿habrá igualdad en el fondo de ámbos pensamientos?

Si cruzo por las calles, soi para todos una cosa vacía
que ayuda a formar la impresion de la vida;
soi simple detalle en tu propia existencia,
soi nueva sensacion en la cual hace presa
tu alma que vive pasajera...

Ante lo irremediable, roguemos por olvido i por silencio

Oh! si yo pudiera darte
mi corazon! Tuyo es porque tú impulsaste
su rítmico latir.
Te pertenece como las flores
que plantó tu mano.
Te pertenece con todo lo que a tu alma
debe impulso o debe amparo.

Tuyo, yo; pero no tú misma;
tuyo mi corazon, pero él no alienta
en tu pecho ni en tu vida!
De las flores que plantó tu mano
ninguna te ha dado su color
que tan sólo por tus ojos resbaló!
Ninguna te empapara en perfume
que intanjible en el aire disipó!
No fundieron contigo su existencia
no amasaron su carne con tu carne
las flores! Tuyo es mi corazon; pero no es mi sangre

la que riega tus venas. Tuyas mis palabras
que el amor me dicta i vierto en tu alma;
pero no las fuentes de dónde ellas manan!

Si algo nos perteneciera por entero,
nuestro vivir perduraria eterno!
Si los graves árboles que solícitos fueron
con nuestro amor; si los mundos lejanos
que en una noche de silencio contemplamos,
entraran en nosotros, moriria nuestro cuerpo
como parte pequeña de ese todo
que seguiria viviendo
en los árboles, en el mar i en aquellos
mundos lejanos que míranse en silencio!...
I yo seguiria viviendo en tí, no en recuerdo,
sino en dolor, en ansias, en secretos,
en la sombra invisible de mi cuerpo
que, unido al tuyo, por siempre llevaria
esa absoluta entrega de mi vida.
Pero no se puede! No lo puedo yo!
Nadie lo puede! Es ríjida
la senda establecida:
«Tú vivirás tu vida; las ajenas
las verás vivirlas
a veces como un juego a tus ojos ofrecido,
otras, como rocas impasibles que rodean a tu playa
i a las que nunca amasarán tus aguas».
«Agua, la propia; rocas, las ajenas.
A tan diversa consistencia alcanza
el juicio por la tuya i por sus almas!»
Puedo hacer la entrega de mis versos;
la entrega de mi mismo, yo no puedo!

I dí, tú, que verás en ellos,
adorada mujer? ¿Los verás completos?
No habrá un detalle a tu modo de sentir ajeno?
Me creerás un loco? Sufrirás viéndome envuelto
en un dolor que no adivinas por entero?

Mujer, roguemos por olvido i por silencio!
Lo que quisiera daros, yo no puedo!
Mujer, porque venga a mi el olvido i el silencio, roguemos!

De ADOLFO POSADA

Las Escuelas del Bosque

Los oríjenes

Este librito, de Leopoldo Palacios, me sujiere mil hermosos temas. Conocia ya sus capítulos, ántes artículos de revistas o de periódicos; pero ahora he vuelto a leerlos, repasando antiguas impresiones gratas. Ayer todavía, sentado en medio del campo, bajo una encina del espléndido Pardo, tan silencioso, solemne, diáfano al sol, un sol de invierno, con un cielo sin nubes, leiá con especial deleite uno de los capítulos de «Las Universidades Populares». No podia darse nada mas en consonancia con el sitio. «Las Escuelas del Bosque» se titula el trozo del libro en que me detuve mas tiempo en mi lectura. I no es que el capítulo fuese largo; seis pájinas escasas; pero al hacerlo no podia ménos de pensar en lo que este gran bosque, este magnífico encinar al pie de Madrid, podria representar en la rejeneracion pedagójica de España. No quiero, lector amable, trasladar aquí las fantasias que en aquellos momentos de reflexion libre, mejor i mas exacto, de verdadero desenfreno imajinativo, hube de permitirme; cuesta tan leve esfuerzo dejarse llevar por un ideal, cuando éste no pasa de ahí: de la pura esfera del fantasear sin medida! Mi propósito será hoi mas concreto. En medio de las «construcciones» en que me ví comprometido, al trasformar, por arte májico, el encinar magnífico, en una especie de ciudad universitaria, sin cortar un árbol, poblándolo de alegres pabellones, de soberbios campos de juego... a veces, bajaba modestamente la proyeccion fantástica, i me daba por mui contento, con «destinar» algunos pequeños lotes de esta gran finca de recreo i solaz, a instalar unas cuantas «escuelas del bosque», de éstas precisamente de que nos habla con calurosa elocuencia Palacios.

«¡Las escuelas del bosque!» De ellas quiero hablarte, lector, de ellas sólo. Imajinémoslas ahí, en el Pardo; a dos pasos de este Madrid; a dos pasos de distancia real, a centenares de leguas por el contraste. Es, quizá, este uno de los mayores encantos de la hermosa finca; a catorce kilómetros del centro de Madrid, de la Puerta del Sol, tiene todo el aire de un bosque, sin afeites, sin artificios: rudo, agreste, apartado, lejano, perdido cerca de la sierra. ¿Dónde encontrar situacion mas admirable para instalar unas cuantas Escuelas del Bosque?

Madrid las necesita con urjencia i apremio. Madrid, como todos los grandes centros de poblacion, i mas que muchos, tiene su enorme contin-

jente de niños pobres, amiseriados, raquíticos, enfermizos, que se mueren al primer soplo, minados por la escrófula.

En todas partes son estos niños una preocupacion constante de la Escuela, que siente cada dia con mas intensidad su deber social i que no contrae su funcion a la pura enseñanza indiferente, sino que ensancha constantemente su accion rejeneradora, en lo moral i en lo físico.

Las «Escuelas del Bosque» son, en definitiva, una manifestacion, de las mas eficaces i simpáticas, de esa espansion atractiva de la primera enseñanza. I mas que esto, representa un momento mui interesante en la actual evolucion de la instruccion primaria.

¡Ah, repito, qué admirable papel podrian desempeñar estos encinares, estos i todos los campos limpios, de aire puro, que rodean a la capital de España!

Las «Escuelas del Bosque» vienen al proceso pedagójico moderno, como una prolongacion de las colonias escolares, i una vez establecidas i probadas, aspiran a ser las únicas escuelas para todo.

Palacios nos da cuenta de cómo surjen las «Escuelas del Bosque»; veámoslo. Luego añadiremos cómo se convierten en las escuelas ideales de una aspiracion pedagójica jeneral.

Ninguna persona culta ignora, de seguro, el movimiento de las llamadas «colonias escolares de vacaciones». Alguna vez hemos hablado de ellas reseñando especialmente la historia i la accion de varias de las organizadas entre nosotros. No hace mucho se publicaba en Francia un libro de M. Louis Delpérier, sobre «Les colonies de vacances», en el cual se da cuenta de las manifestaciones de este gran movimiento en todos los pueblos. Es tan jeneral el interes, que se celebran congresos para tratar de sus problemas.

«Hoi, dice M. Delpérier, casi todos los que se ocupan algo de cuestiones i de obras sociales, aunque sólo sea leyendo un periódico, tienen una idea, mas o ménos clara, de las colonias de vacaciones; muchos se interesan por ellas; todos, a lo ménos, saben que no son las jentes de los colejios los únicos que gozan del placer de las vacaciones al aire libre, sino que lo comparten con los niños ménos favorecidos por la fortuna, i a los cuales el mar o la montaña son mas necesarios. En el momento presente, las colonias de vacaciones reciben niños de los diferentes barrios de nuestras ciudades; las obras filantrópicas encuentran en ellas remedio mas seguro de atraer, hácia su paternal solicitud, la infancia obrera; la prensa defiende ante el público la causa de las colonias; en suma, hállanse ya en situacion eminentemente próspera, i un congreso celebrado en Burdeos, en Abril de 1906, ha demostrado su vitalidad i consagrado el triunfo que tan fácilmente han conseguido».

Pero ¿i cómo se esplica este éxito relativamente tan rápido i tan uni-

versal de las colonias de vacaciones? M. Delpérier confirma, con su estudio i su esperiencia, un juicio que yo, por mi parte, habia formado como resultado de observaciones i de una esperiencia personales. «Para esplicar el rápido éxito de las colonias de vacaciones, basta conocer su principio», dice el citado escritor. I yo añadiré: basta haber visto funcionar una colonia—bien dirijida, claro es.—Yo he visto la nuestra, de Oviedo: la organizada por la universidad; he visto la colonia modelo sostenida en San Vicente de la Barquera (Santander) por el Museo Pedagójico Nacional, i las que todos los años envia al mismo sitio, a su casa, la corporacion de antiguos alumnos de la Institucion libre de Enseñanza de Madrid. I soi un entusiasta de las colonias de vacaciones. Pocas obras de pedagojía social conozco tan eficaces, tan excelentemente eficaces.

«Las colonias de vacaciones, escribe M. Delpérier, tienen por objeto arrancar, durante el verano, a los niños pobres, de la atmósfera malsana de las ciudades; pertenecen, pues, a la categoría de las obras cuyo fin es acercar al hombre a la naturaleza. Ahora bien, esas obras están siempre seguras de lograr rápidamente resultados fecundos, porque responden a un instinto primordial de la naturaleza humana...»

No hai duda: el secreto del triunfo jeneral de las colonias de vacaciones, está en eso; responden a una necesidad esencial del hombre; i procuran el medio mas adecuado para crear un ambiente atractivo, excitador, donde pueda desarrollarse una accion educativa verdaderamente elevadora.

Figuraos el efecto que puede i debe producir, en el grupo de niños recojidos en los barrios mas pobres, de la vida hacinada, sin luz i entre el polvo, el viaje alegre al campo, al mar, a la fresca playa; ¡qué disposicion mas adecuada la de su espíritu regocijado, para recibir el impulso de una sujestion moral, i el influjo educador de un maestro!

Porque bien sabido es que en estas colonias de vacaciones se persigue algo mas que el alivio del cuerpo; ellas son una prolongacion de la escuela; son como retoños de la escuela, que aspira a completar por un lado la accion benéfica de su mision educadora.

De ahí que no deba encomendarse la direccion de la colonia escolar al primero que llega. Pide la tarea una vocacion i hasta una preparacion especial. No hace muchos dias leíamos en «L'Educateur Moderne», de Paris, las conclusiones de la «Société belge de Pédotechnie» sobre la «Escuela al aire libre»—de que hablaremos—i entre ellas figura ésta que señala mui bien el interes pedagójico de las colonias: reclama la sociedad citada que haya «maestros» i maestras adscriptos de una manera permanente a las residencias escolares, los cuales han de tener a su cargo la tarea de la organizacion de las colonias, a fin de contribuir tan completamente como sea posible a la educacion i a la instruccion de los niños durante el período de su estancia en el campo o cerca del mar». La colonia escolar debe, en

efecto, ser obra en la que colaboren el maestro i el médico; así pide tambien la «Sociéte belge» que «los colonos estén sometidos a la visita diaria del médico, el cual dará las indicaciones necesarias en cuanto al réjimen a que deban acomodarse los niños».

Pero la accion de las colonias de «vacaciones» tiene un grave defecto: es temporal, i por ende de efectos mui limitados; aunque en ellas se ejerza una accion intensa, ésta se disuelve i se pierde; quizá el beneficio fisiolójico persista: llega a veces en un instante «crítico», en un momento decisivo, i los veinte o treinta dias de aire, luz, alegría, juego i buena alimentacion, hacen una fecunda labor reconstituyente. Pero el otro beneficio, el moral... ese, se debilita inmediatamente, se disipa al contacto de un medio —el medio anterior—enervante, cuando no activo, pero en sentido radicalmente contrario.

«Harto conocidos son, dice Palacios, los beneficios que las «colonias» i aun las «semi-colonias de vacaciones» procuran a los niños de toda clase, sobre todo a los desvalidos, a los débiles i enfermos. Mas quienquiera que se mezcle, por poco que ello sea, en este jénero de obras, conoce desde luego sus penurias. Las estancias necesariamente han de ser cortas. ¿Cuándo alcanzan a un mes siquiera, si los niños tienen que seguir sus estudios i sus mismas familias los reclaman a su lado?... I no se cuente lo caras que son i lo difíciles. Los veinte dias de sol i de aire embalsamado, de alegría, de frescura i de goce espiritual, ¿en qué se convierten a poco en el ambiente tenebroso de las grandes ciudades?...»

La misma idea se ve espuesta en las últimas pájinas del libro de M. Delpérier.

«Hemos visto, dice, que en opinion de todos, tres o cuatro semanas al aire libre fortifican considerablemente el organismo del niño. Pero, ¿no es de temer que este efecto no resulte, en parte, destruido al volver a la atmósfera viciada de la ciudad, en la sala de clase caldeada con exceso, o en el tugurio familiar? Ademas, como la organizacion de las colonias escolares es bastante costosa, el número de los niños que pueden aprovecharlas es mínimo, con relacion a la poblacion escolar.» I cita M. Delpérier la proporcion indicada refiriéndose a Paris. «Puede valuarse, escribe, la poblacion escolar de las escuelas municipales de Paris, en 147,600 niños. Ahora bien, solo 20,650 se benefician con esas colonias.» ¡Ya quisiéramos, en Madrid, alcanzar una proporcion aproximada!

Pero aun lográndola, aun realizando los esfuerzos de Berlin i de otras poblaciones alemanas, quedará siempre en pié el problema que dejo apuntado.

La colonia de vacaciones es costosa; no puede recojer en sus filas toda la poblacion escolar necesitada. Ademas, i esto es quizá lo mas grave: la «Colonia de vacaciones» es temporal; su accion, por intensa que sea, tiene que ser efímera.

¿Cómo resolver entónces el problema?

«Hombres eminentes, dice M. Delpérier, han coincidido en preconizar los complementos i las prolongaciones de la colonia de vacaciones durante el resto del invierno, complementos que pueden, en una cierta medida, hasta reemplazar las colonias de vacaciones para los niños que no han podido aprovecharse de estas últimas».

Aquí mismo en Madrid, se procura completar la accion de la colonia, en su relacion educativa i moral. Así, por ejemplo, los sostenedores de algunas de las colonias de vacaciones organizadas bajo el influjo del Museo Pedagójico Nacional, continuan ocupándose, con los colonos, durante el invierno; los reunen los Domingos, los llevan a visitar los Museos, los conducen al campo en alegre escursion.

Pero eso es poco: el problema arriba planteado tiene mas jeneralidad. Abarca, sin duda, este aspecto del cuidado del colono, despues de la vacacion estimulante; pero entraña esta derivacion jeneral que supone la necesidad de trasformar la accion de la colonia, de «temporal» que es, en «permanente»; de «intermitente» en «constante».

La «Societé belge de Pédotechnie», ántes citada, señala una orientatacion a la estension espansiva de las colonias de vacaciones, en algunas de sus conclusiones.

«Las colonias de vacaciones, se dice, se prolongarán para ciertos niños, que designarán los médicos de las escuelas», i se añade en otra conclusion: «los niños convalecientes serán enviados en colonia durante el curso del año escolar, por un período que se determinará por el médico de las escuelas».

Pues bien, respondiendo mui especialmente a esta preocupacion de lo limitado del influjo de las colonias de vacaciones, nacen las «Escuelas del Bosque»: están éstas en la corriente que suponen las conclusiones de la «Société belge»: son las «Escuelas al aire libre».

«Los amigos del niño, escribe oportunamente M. Delpérier, han pensado que seria quizá fácil hacer que la naturaleza presida la formacion intelectual del hombre, trasladando la escuela al campo. Alemania ofrece modelos especialmente interesantes de esas «Escuelas al aire libre»; son las escuelas del bosque de Charlottenburgo, de Mulhouse i de Leipzig.» El mismo enlace que M. Delpérier lo establece Palacios, entre la Escuela del bosque i la colonia de vacaciones. Al fundar Charlottenburgo, en 1904, su famosa «Waldschule», se quiso evitar el defecto revelado en la práctica de las colonias de vacaciones.

«En 1904, escribe nuestro amigo, el municipio de Charlottenburgo debia enviar en colonias a 831 niños—el 4 por ciento de la poblacion escolar—i era menester hacer algo nuevo, especial, para los mas necesitados. Notábase que estaba a punto de cuajar una idea, que mas que en las cabezas jerminaba en los corazones hacia muchos años, que el doctor Baginski

habia propuesto en 1881, ya despues de suscitada en el congreso de hijiene escolar de Dresde, al municipio de Berlin para ensayarla en Grunewald. Ahora adquiria carne i sangre en las conferencias que los médicos de las escuelas celebraban con los delegados de la ciudad en el Consejo escolar: iba a tomar forma.

I la tomó, en efecto.

El 9 de Junio del año citado de 1904, el Consejo municipal de Charlottenburgo aprobaba el proyecto de establecimiento de una escuela en las cercanías de la ciudad i votaba un crédito de 32,000 marcos para atender a los gastos de instalacion—pabellones desmontables i anexos.—«La escuela, dice M. Delpérier, está a 3 kilómetros i medio del centro de la ciudad, sobre un alto cubierto de bosque del West-End» en terrenos cedidos grátis durante unos años, por la compañía de inmuebles propietaria de ellos...

Está la escuela destinada, de una manera especial, a los niños enfermos i hállase abierta gran parte del año.

Es la colonia de «vacaciones»; pero sin período fijo; es el sanatorio escolar.

Todas las mañanas el tranvía conduce a los escolares desde la ciudad al bosque, hasta cerca de la escuela: la administracion de la misma está a cargo de la Asociacion patriótica de las mujeres alemanas que han fundado i sostienen i dirijen los sanatorios para tuberculosos de la Cruz Roja, correspondiendo la direccion pedagójica de la escuela al doctor Koppen, ausiliado por una profesora i dos maestras ayudantes...

Pero me falta ya el espacio para esponer el réjimen de esta escuela del bosque i para historiar el desarrollo de su idea. Será preciso insistir en otro artículo: el tema lo merece. Porque, como he indicado, estas «escuelas del bosque i las colonias de vacaciones» influyen ahora, con cierta fuerza, en la orientacion de la pedagojía primaria, acentuando su compenetracion con la naturaleza. Es, en verdad, curiosa esta accion i reaccion de influjos. Surjen las colonias de vacaciones como un réjimen excepcional i temporal para los niños débiles de los grandes centros urbanos; ¡habia que llevar esa infancia triste unos dias al campo! viene la escuela del bosque a complementar la colonia de vacaciones: ¡era preciso que esos niños tristes disfrutasen de la naturaleza mas tiempo...!

I se pregunta: ¿pero es que sólo los niños débiles deben gozar del campo? ¿no merecen igual favor todos los niños? ¿será una locura pensar en que la mayoría de las escuelas sean escuelas del bosque? «¿no conviene, pregunta la «Société belge», comprender a todos los niños en una misma solicitud i poner en prevenir el mal tanta devocion, por lo ménos, como se pone en repararlo?»

De esta funcion transformadora del ideal pedagójico de las Escuelas del bosque se tratará otro dia.

De M. MAGALLANES MOURE

Maese Salomon (*)

En Paris

Aquellos que en los últimos tiempos hayan pasado
por Paris, habrán visto, de fijo, en el tablado
del teatro Olimpia al guapo Maese Salomon
enfundado en un frac de última creacion,
luciendo una chistera de ocho reflejos, una
réjia capa española de color de aceituna
zapatos charolados, elástico junquillo,
monóculo, cadena i prendedor i anillo.
En suma, un Jorje Brummel.
Noche a noche las jentes
se estrujan, riñen, gritan, codéanse impacientes
por ver ese portento de habilidad i gracia.

Fumando un rico habano, sus miradas espacia
por sobre el vasto público que lo examina atento.
Ved cómo jesticula, ved con qué movimiento
de elegancia se ajusta el monóculo al ojo
i ved con qué fruicion se goza en el sonrojo
de la tímida jóven blanco de sus miradas...
El público celebra i un trueno de palmadas
acoje las ardientes miradas de pasion
que lanza a la muchacha Maese Salomon.

Maese ama las bellas mujeres; sus ojillos
vivaces, ante ellas toman estraños brillos.

Maese ama la música, la danza, las danzantes...
Ama las actitudes graciosas, insinuantes
de las morenas i ama las lánguidas posturas
de las rubias. Maese... tiene ideas impuras.

Poco a poco se llega junto a las bailarinas
i se encoje i se tuerce i hace muecas divinas.
Maese ama el champaña...

(*) Del libro «La Jornada», próximo a publicarse.

Ello es que Salomon
ha olvidado su Selva. La Civilizacion
tiene tambien sus zarzas que atrapan al que pasa
i sus lianas que tejen un red que embaraza
la marcha del viajero; i tambien tiene fieras
de aguda zarpa i víboras venenosas, arteras
i pantanos infectos i mosquitos zumbones
i reptiles i arañas i otras mil bendiciones...

I fué así que atrapó a Maese Salomon
en sus monstruosas redes la Civilizacion...

El misterio de la pieza vacía

¿Tras de qué peripecias estrañas i admirables
Maese Salomon volvió a las insondables
selvas de donde un dia, siendo un niño inesperto,
saliera en compañía de un frances hácia el Puerto,
para de allí embarcarse con rumbo a la Pallice?

Aun es un misterio. La crónica no dice
de qué maravillosa manera Salomon
volvió al bosque nativo despues de una escursion
de años i años por tierras de Europa.
El caso es
que una buena mañana monsieur Paul,—el frances
que lo hizo abandonar la Selva i que desde ese
dia se dedicó a exhibir a Maese,—
halló vacio el lecho de su pupilo i luego
ni rastros de él. En balde monsieur Paul puso en juego
todas sus facultades para ver si podia
comprender el misterio de la pieza vacía.

Paróse, en vano, al medio de aquel desvan estrecho
i todo fué observándolo, desde el piso hasta el techo.
Sólo habia una puerta cuya gran cerradura
aseguraba él mismo i allá arriba, a la altura
del cielo, una ventana como un respiradero
por donde fácilmente pasaria un jilguero,
pero difícilmente un bicho en cuatro pies

—¿Por allí?—fué al principio lo que pensó el francés.
Refleccionó en seguida i vió lo impracticable
de una fuga por esa ventana miserable.
El tal desvan trepaba por sobre un sesto piso
i ya vereis qué salto mortal era preciso
para llegar abajo.

I pensando, pensando
se quedó monsieur Paul, i el dia de San Blando
llegará sin que logre, ni despues de ese dia,
comprender el misterio de la pieza vacía...

El regreso

El Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caia
lentamente detras de la Selva sombría
i sus saetas de oro no lograban cruzar
el enmarañamiento del Bosque Secular.

Sobre las altas copas de los robles jigantes,
trazaban los Milanos sus círculos errantes.
Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo
de la noche exhalaba como un vapor espeso
que oscurecia el verde color de los follajes;
i de aquel antro enorme, profundo, los salvajes
rujidos de las fieras se escapaban rodando
de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando
la nerviosa Pantera i el Tigre formidable
i el Lobo astuto ensayan su táctica admirable
de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta
en que el Hambre anda suelto i a ninguno respeta,
cuando por un atajo, con gran precaucion,
llegó a la oscura Selva Maese Salomon.

A pesar de que habian corrido tantos años
desde que él emigrara, no le fueron estraños
los secretos del bosque, i abrochándose el frac
para hallarse mas cómodo, en ménos de un tic-tac
saltó i encaramóse sobre una gruesa rama,
pues temia internarse i caer en la trama
de algun habilidoso i hambriento vagabundo.

I a poco, el buen Maese cojió un sueño profundo.

El asombro de la selva

Durmió, durmió... i al alba lo despertó el intenso
rumorsar de la Selva convertida en inmenso
concierto de cantantes.

Despertó, miró abajo,
luego arriba, i tratando de ensayar un trabajo
fácil para él antaño, saltó de rama en rama,
i entre los animales que andaban cerca, es fama
que nunca vió la Selva mas cómica figura
que la de Salomon viajando a esa altura.

La marcha era algo incómoda en tales condiciones.
A lo mejor un gancho cojió los pantalones
del buen Maese i ¡zas!... El tiron fué tan rudo,
que a poco mas se queda el viajero desnudo.

Detúvose éste entónces, consideró el perjuicio,
i tras prolijo exámen, temiendo otro estropicio,
se dejó resbalar por el tronco hasta el suelo
i se fué por la orilla de un alegre arroyuelo.

Cuanto sér halló al paso se quedó confundido
contemplando a aquel raro bicho desconocido.
I en verdad, lo que mas llamaba la atencion
era la indumentaria del guapo Salomon.

Ello es que fué el asombro tan estraordinario,
que todo el bosque fuese tras de aquel perdulario
i a gran distancia en torno solamente se oian
las carreras de aquellos que en tropel acudian.

Todo lo que la Selva contiene de animado
se puso en marcha. Todo; desde el mas ponderado
de sus habitadores hasta el mas miserable.
Desde el viejo Elefante de porte inmensurable
hasta el Pulgon minúsculo; desde la gran Serpiente
Piton, hasta el Gusano; desde el Leon insolente

de aterradoras fauces hasta el Pájaro Mosca
que parece una joya con alas; desde la hosca
Hiena deforme, hasta la vivaracha Ardilla.

Todo aquel torrente de vida, por la orilla
del alegre arroyuelo siguió tras Salomon,
a quien tamaña escolta metía en aprension.

El discurso

Al fin paróse en medio de un claro i su mirada
recorrió a toda esa muchedumbre asombrada,
que cual la Selva misma parecia sin fin.
Hizo luego un estraño i cómico mohin,
ajustóse el monóculo, se empinó cuanto pudo
i lanzando un chillido prolongado i agudo,
dijo así, mas o ménos:

«¡Oh Pueblo de la Selva!
No estrañeis mi presencia, ni os asombre que vuelva
trajeado de este modo. Vengo de una comarca
maravillosa, espléndida. Cuanto la Selva abarca
resulta pobre cosa comparado con esa
rejion encantadora, cuya enorme belleza
no sabria pintaros. El Hombre, ese enemigo
dueño de la Flor Roja que arde, fué mi amigo.
Porque yo vengo, hermanos, de la rejion lejana
donde habita la noble i vieja estirpe humana.
Yo viví entre los hombres, conocí sus costumbres
i os digo que su imperio se estiende de las cumbres
a los abismos. Todo, todo lo han conquistado:
la Tierra, el Agua, el Aire...»

Aun no habia acabado
Salomon su discurso, cuando toda la Selva
prorrumpió en alaridos: ¡«Echadle! ¡que se vuelva
donde el Hombre!» habló el Oso.—¡«Matémosle!»—propuso
la Hiena.—«¡Reventemos los ojos al intruso!»
dijo el Cuervo.—«¡Rompámosle los huesos! Fué el amigo
del Hombre!» gruñó el Tigre.—«¡Comámosle en castigo!»—
chilló el Chacal sangriento i el Leon en un ronco

i espantable rujido que hizo tronco por tronco
temblar el Bosque inmenso: «¡Que muera! ¡Sí! ¡Que muera!»—
gritó i el mismo grito lanzó la Selva entera.
Salomon vió cercano su fin i de improviso,
rápido como el rayo, se encojió, saltó, se hizo
casi invisible en fuerza de correr; i entretanto
que el Pueblo de la Selva reia del espanto
de aquel cobarde, el ájil Maese Salomon
proseguia su fuga como una exhalacion.

Las crueldades del bosque

Vagó por la espesura durante el dia entero.
Recordando los hábitos de su estado primero
trepó a los grandes árboles en busca de bellotas
—que son, segun las crónicas, desde edades remotas
el preciado alimento de todos los Maeses.—
Cascólas con cuidado i así, como otras veces,
las mordió haciendo jestos; pero las halló duras,
desabridas, i entónces pensó en las confituras
de Paris, i el recuerdo lo llenó de tristeza.

Se sentó en una rama, reclinó la cabeza
contra el tronco i, meciéndose con las piernas colgando,
se puso a meditar en esos tiempos, cuando
vivia entre los hombres.

Una brisa cargada
de olor a sávia hacia moverse la elevada
ramazon, i Maese, con aquel movimiento,
poco a poco era presa de un adormecimiento
delicioso. Tambien el Bosque se dormia
bajo la gran mirada del sol de mediodía
que, al traves del follaje ondulante i sonoro,
sondeaba la honda Selva con sus hilos de oro.

De súbito, una lluvia de nueces i avellanas
turbó el profundo sueño de Salomon. Cercanas
risas rodaron entre las hojas, i crujidos
de ramas que se tronchan, i toses i aullidos.

Era una alegre ronda de aventureros monos
que, con agudas voces de discordantes tonos,
espresaban la mas profunda admiracion
ante la estraña facha del pobre Salomon.

Este, al oir aquella formidable algazara,
quedóse atentamente inmóvil; por su cara
jesticulante i cómica, pasó como un reflejo
de luz; miró a los lados, estiró el entrecejo
i, tendiendo a lo alto sus espresivas manos,
esclamó en un arranque supremo: «¡mis hermanos!»

Otra lluvia de nueces i otro coro de toses
i de risas, i un nuevo rumorear de roces
fué la contestacion a aquel grito de amor...

I los monos siguieron su alegre ronda por
las rejiones arbóreas, brincando entre el follaje
como una loca banda de demonios en viaje.

Lentamente Maese dejó caer los brazos
i echó sobre su traje, que ya se iba en pedazos,
una larga mirada...

La tempestad

La brisa se hizo viento
i el viento fué soplando cada vez mas violento.
Danzaban los ramajes revueltos, sacudidos;
oscilaban los troncos exhalando jemidos;
doblábanse los tiernos árboles hasta el suelo
i, proyectando sombras enormes, por el cielo
galopaban las nubes, como una gran manada
que atropelladamente corriera, fustigada
por el látigo de oro del rayo.

Graves, lentas,
cayeron las primeras gotas i las sedientas
hojas las absorvieron rápidamente; luego,
tras un cálido instante de profundo sosiego,

rodó el ronco rujido del trueno, abrió su ancha
flor de luz el relámpago, i, como una avalancha,
que se resuelve en hilos de sonoro cristal,
sobre el Bosque su manto líquido i musical
tendió la lluvia.

En tanto, Salomón, guarecido
bajo el follaje espeso, contemplaba aturdido
el chorrear de los árboles i la alegre caida
de la lluvia que ondeaba como un velo, impelida
por la fuerza del viento. Se cargaba el follaje
de agua, i entre las hojas i por el varillaje
se escurrian los chorros, de modo que Maese
mojábase lo mismo que si al raso estuviese.

Cuando pasó la lluvia, cuando se hubo alejado
la manada de nubes i en el Bosque lavado
brilló el sol nuevamente, arrancando fulgores
a las húmedas ramas i a las perladas flores,
Salomon torpemente se levantó i se puso
de nuevo en marcha, todo pensativo i confuso.

El empapado traje pesaba sobre él como
si la liviana tela se hubiese hecho de plomo.
Las ramas se tronchaban bajo su peso i hubo
momentos en que el pobre Salomon se sostuvo
sólo por un prodijio sobre el profundo abismo.

Hasta que, fatigado, se replegó en sí mismo,
se acurrucó en el cruce de dos ramas colgantes
i mui triste quedóse meditando

Distantes
surjian las canciones del Bosque; pero ahora
ya para él la Selva no era la encantadora
patria de sus amores; ya la Selva no era
para él la querida patria en la cual pusiera
todas sus esperanzas. Ahora estaban llenos
sus cubiles de fieros enemigos; venenos,
en vez de miel, brindaban los bosques al proscrito
i el Pueblo Libre odiábalo como a un sér maldito.

La caída de Salomon

Salomon meditaba, miéntras de la distancia
traíanle las brisas, junto con la fragancia,
de los prados, el eco de las nuevas canciones
de Primavera.
Entónces un mundo de visiones
desfiló por su mente calenturienta. Hermosas
mujeres enarcaban sus formas lujuriosas
bajo las trasparentes gasas de los vestidos,
i riendo ofrecíanle sus labios encendidos.

Salomon incorpórase i su mirada espacia
por el verde follaje, que lo examina atento.
Ved cómo jesticula, ved con qué movimiento
de elegancia se ajusta el monóculo al ojo
i ved con qué fruicion se goza en el sonrojo
de la cándida flor, blanco de sus miradas...

En tanto, el Bosque aplaude con rumor de palmadas.

Mas, de pronto la rama donde está Salomon
jime i se rompe. Un grito de espanto i afliccion
se ahoga allá en el fondo del abismo ondulante.
Luego, el silencio... Luego, una cancion distante.
Luego, otra. I otra... I otra... I otra. Hasta que al final
toda la Selva entona su Himno Primaveral.

El Hallazgo

El sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía
lentamente detras de la Selva sombría
i sus saetas de oro no lograban cruzar
el enmarañamiento del Bosque Secular.
Sobre las anchas copas de los robles jigantes
los Buitres estrechaban sus círculos errantes.
Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo
de la noche exhalaba como un vapor espeso
que oscurecía el verde color de los follajes

i de aquel antro enorme, profundo, los salvajes
rujidos de las fieras se escapaban rodando
de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando
la nerviosa Pantera i el Tigre formidable
i el Lobo astuto ensayan su táctica admirable
de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta
en que el Hambre anda suelto i a ninguno respeta,
cuando un Oso que hacia su nocturna escursion
tropezó en el cadáver del pobre Salomon.

—¡Un hombre!—gritó el Oso, i a su voz acudieron
todos los de la Selva. Se acercaron, olieron,
sacaron aquel ríjido cuerpo de la enramada
i en medio de la noche rodó una carcajada
formidable, estruendosa, que retumbó en el seno
del Bosque con el ronco rumor de un largo trueno.

Sobre la hundida cuenca de aquel sér sin fortuna
rebrillaba el monóculo a la luz de la Luna...

De GUSTAVO LE BON

La psicolojía política(*)

Las persecuciones relijiosas

Los odios relijiosos constituyen una de las numerosas causas de los progresos de la anarquía social en Francia. Impelido por ardientes sectarios, el Gobierno ha entrado, desgraciadamente para él, en esta faz de las persecuciones relijiosas que jamas han aprovechado a nadie. Por lo demas, ella acusa una ignorancia completa de la psicolojía i de la historia.

Estas persecuciones se han manifestado principalmente por la lei de separacion de la Iglesia i del Estado i por la de espropiacion de las congregaciones.

El odio ciega siempre. En verdad, sólo una obcecacion ha permitido que se vote esa lei de la separacion, cuyo objetivo primordial era el despojo de los modestos emolumentos con que el clero se mantenia. Sin embargo, el resultado sera otro mui diferente.

En efecto, no es posible concebir otra medida que encarne mas peligro para la República. El clero ha hecho mal en lamentarse, pues ella le ha concedido una libertad i habrá de darle un poder que el mas católico de nuestros reyes no habria tolerado jamas. ¿Es posible idear una medida mas inoportuna que la de sustraer al clero de la autoridad secular, permitiendo que el Papa nombre a los obispos, elejidos ántes de hecho por el Gobierno, que los tenia entre sus manos gracias a esta eleccion i a los emolumentos que les dispensaba?

I nada mas torpe que la mezquina persecucion de los miembros del clero, espulsados de sus presbiterios i privados de sus medios de subsistencia. ¡Cuánto mas intelijente la conducta del Gobierno aleman en Alsacia! Secundado por el clero (1), este Gobierno ha emprendido la conquista moral del pais.

Se necesitaban mui pocos esfuerzos para plegar a la República a un

---

(*) Véase Bibliografía.

(1) A quien colma de consideraciones en lugar de perseguirlo, aumentando considerablemente sus sueldos.

clero pobre, sin opiniones políticas que defender. Cegados por nuestro imprudente fanatismo, hemos procedido en contra de nuestros mas evidentes intereses. Los poderes morales no se combaten con violencias. Es esta una verdad tan elemental que deberia enseñarse en la escuela primaria.

En cuanto a las leyes de espropiacion de los bienes de las congregaciones, no sólo fueron torpes i de una iniquidad salvaje, sino que en su concepcion se trasluce una incapacidad prodijiosa para comprender ciertas nociones de equidad.

Ellas han demostrado tambien hasta qué punto las leyes inmorales jeneran la inmoralidad en aquellos que las aplican.

Todos saben que el oríjen de estas leyes fué el designio de apoderarse de los mil millones, cantidad en que se calculaban las riquezas de las congregaciones, para distribuirlos en parte entre los obreros en forma de pensiones con el fin de conquistarse sus sufrajios. El único resultado que se obtuvo ha sido el de conquistarse su odio, pues los mil millones se desvanecieron mui luego. La liquidacion final apénas si producirá una decena de millones i la operacion será completamente desastrosa, puesto que ahora habrán de ser de cargo del Estado las innumerables obras de asistencia mantenidas por las congregaciones con sus propias entradas.

Las únicas personas que algo han ganado con la operacion son los liquidadores i los especuladores. En ella se realizan fortunas brillantes, i el principal autor de esta lei, M. Combes, tuvo razon al reconocer, en una entrevista, que su ejecucion fué un verdadero saqueo.

Las cifras presentadas en su informe al Senado por M. Regismanset arrojan la mas triste luz sobre esta tenebrosa aventura. A algunos liquidadores se les abonan por tribunales complacientes la suma de 100,000 francos de honorarios en un activo de 600,000 francos. Otro se hace dar diez mil francos con un activo de 28,000. En Niza, un liquidador percibe 16,000 francos siendo que el activo era nulo, etc.

Pero estas sumas engullidas por los liquidadores i sus protejidos son poca cosa al lado de los beneficios colosales realizados por industriales que se presentaban en calidad de adquirentes, despues de adjudicaciones hechas sin publicidad i en los precisos momentos en que se encontraban ausentes los posibles compradores.

En la sesion del 14 de diciembre de 1909, M. de Villaine ha citado hechos típicos que no han podido ser desmentidos; ántes, por el contrario, se han multiplicado en proporciones inmensas.

Así, por ejemplo, l'Abbaye-aux-Bois fué vendido 2,600.000 francos a un personaje que obtuvo inmediatamente despues 8.000,000. Otro aficionado, de la misma calidad, i que andaba al acecho, se enriqueció con la adquisicion, a un precio tres veces inferior a su valor real, del convento des Oiseaux i sus dependencias.

Actualmente se tienen fundadas esperanzas en que continúe esta serie escandalosa. La propiedad del Sagrado Corazon representa 52,000 metros cuadrados. El mínimum es de 52,000.00 francos. Bien puede suponerse que las posturas no habrán de subir mucho, pues todos saben que detras de la adquisicion global, acecha un rentista listo para entrar en escena. No es difícil entónces prever que la puja definitiva no habrá de pasar de seis millones. En consecuencia, vais a vender a X..., por seis millones, es decir, sobre la base de 100 francos el metro, una propiedad que, por su situacion en Paris, vale a lo ménos 400 francos el metro.

Vais a entregar por seis millones—agreguemos todavía dos millones de gastos, o sea por un total de ocho millones—a una sociedad o a un individuo, una propiedad que vale, en el peor de los casos, veinte millones.

Interpelado de este modo, el presidente del Consejo se vió obligado a reconocer que la adjudicacion que tan enormes beneficios habria de producir, no habia sido regular.

Hé aquí cómo se espresó:

«La venta se fijó en pleno verano, a fines de julio, época poco propicia para las operaciones de esta índole. Por otra parte, el ministro de justicia ha comprobado que la adjudicacion no fué precedida de publicidad suficiente. A este respecto, ha hecho observaciones en estrados: el procurador de la República, opinando del mismo modo, presentó al tribunal civil del Sena conclusiones que éste aceptó, apreciándolas libremente.»

Bien conocidos son los enjuagues i complicidades que indignaron a la Cámara i que han hecho decir al propio ministro de Justicia en pleno Parlamento que probablemente habia síntomas de gangrena en nuestra organizacion judicial. Debido a esas corruptelas, la fábrica i la marca de la gran Cartuja, avaluadas oficialmente en ocho millones, se abjudicaron por 500,000 francos a los amigos de un liquidador. Se sabe igualmente que a pesar de haberse hecho valer poderosas influencias, i ante la jeneral indignacion que causaban estos latrocinios, fué menester encarcelar por robo de cinco millones a uno de los miembros de la siniestra partida que vivia a espensas de las riquezas de las congregaciones.

¿I los espropiados? Nadie pensó en ocuparse de ellos. La mayor parte de estos desgraciados cayeron en la mas atroz miseria. Algunos esperan en vano desde hace cinco años los escasos socorros prometidos por sus espoliadores, los cuales no se han atrevido a proponer que se les deje morir de hambre. Mui pronto olvidaron sus promesas, como puede juzgarse por el siguiente estracto de una carta que M. Briand, presidente del Consejo, dirijia en julio de 1908 a su colega de Instruccion Pública.

«Permítame agregarle que no puedo asumir hasta el fin del año la responsabilidad de dejar en la mas atroz miseria a las mujeres que, despues de haber obedecido a la lei, se ven privadas, por causa del Estado

mismo, de la indemnizacion alimenticia que esta lei pretendia asegurarles».

Se han llevado a la Cámara, sin ser desmentidos, otros hechos que dan una tristísima idea acerca de la mentalidad de algunos lejisladores, i que nos hace pensar en la de Torquemada. ¿Si el socialismo triunfante continúa la serie de estos despojos, encontrarán esos hombres de Gobierno historiadores que se apiaden de su suerte? Confío en que no encontrarán a ninguno. No hai escusa que valga ni compasion que se tenga. Cuando se cometen semejantes espoliaciones para satisfacer solo las exijencias de unos cuantos fanáticos vocingleros.

Despues de haber citado a M. Briand, que hoi parece sentir remordimientos, i que en todo caso reconoce que el fanatismo estremado confina con la torpeza suma, doi un pasaje reproducido en el Oficial del discurso de un orador.

«Ultima pregunta capital que dirijo al señor Presidente del Consejo: ¿Quién, hoi dia, va a alimentar a esos relijiosos i relijiosas despojadas por vuestros liquidadores i cómo vais a subvenir a sus necesidades?

No tienen pension alguna, carecen de recursos! Actualmente, el director de Stanislas, un sacerdote de mas de sesenta años, no tiene ni un pedazo de pan i da lecciones para vivir. En seis ocasiones he solicitado una pension para este anciano!

Se han robado dos millones a esa casa, unida sin embargo a la Universidad, i en la cual los años de profesorado se contaban para la jubilacion.

I el que la dirijia vejeta en un sesto piso, despues de haber tendido inútilmente la mano i hecho valer sus años de servicios! ¿No es abominable?»

M. Jorje Beny.—«Comprendo vuestra indignacion i me asocio a ella.

—¿Quién proporcionará el pan a esos hermanos de las escuelas cristianas a quienes se les ha privado del dinero que les servia para instruir a los hijos del pueblo? No han encontrado gracia delante de vosotros, tampoco la encontrarán delante de vuestros liquidadores!

Conocemos ahora el primer aprovechamiento de los famosos mil millones de las congregaciones. Ya sabemos para qué han servido: para espulsar a santas doncellas, a jentes que no pedian otra cosa que hacer el bien, ser los sostenes de los desgraciados i los protectores de la infancia.

De modo que habeis espulsado, perseguido sin descanso, despojado, arruinado, haciéndoles la vida imposible en su patria, a los mejores de vosotros, ¿i con que objeto? Para permitir que algunos Duez se atasquen de dinero los bolsillos. Ah! señores, qué tristeza para nosotros, pero tambien qué responsabilidad para vosotros!»

No puedo reproducir aquí los artículos de justísimo enojo que esta

espropiacion, digna de los tiempos mas bárbaros, provocó en el mundo entero.

Me limitaré a citar las palabras de un gran personaje, candidato a la presidencia de la República de su pais, i reproducidas en un diario brasileño, que está léjos de ser clerical.

«Francia, perseguida por el fantasma eterno del clericalismo, camina sin cesar de reaccion en reaccion, inquieta, agresiva, despótica. El siglo XX asiste con ella, bajo las apariencias de la libertad republicana, a un espantoso acceso de regalismo que ya ha desterrado del pais a las congregaciones relijiosas. En el seno de América reúnense los espatriados de la persecucion de ultramar, i las colectividades relijiosas se desarrollan tranquilas, prósperas, fecundas, sin que la mas leve nube empañe su horizonte. Los prelados romanos i los miembros del Sagrado Colejio, en medio de la mas perfecta cordialidad, se sientan a la mesa del protestante Roosevelt.»

Ningun espíritu independiente podrá negar la perturbacion del sentido de la justicia i la desmoralizacion que encarna el embargo por el Estado de las propiedades privadas como la fábrica de la Gran Cartuja, perteneciente a una asociacion de individuos que la habia creado con sus capitales i su trabajo. Es algo monstruoso despojar de sus bienes a hombres que no tenian otro delito que profesar un credo relijioso que no encuadraba con las ideas de los gobernantes que se mantenian en el poder.

Con semejante desprecio del derecho, ¿sobre qué base puede vivir una sociedad? Es ésta una renovacion de las edades bárbaras en que no existia otro derecho que el del mas fuerte.

Algunos diputados de la izquierda—mui pocos desgraciadamente—comienzan a reconocer cuán abominables son estas persecuciones relijiosas que nos trasladan a la Edad Media. He aquí cómo se espresaba ante la Cámara uno de ellos, M. Labori:

«Una buena parte de la labor efectiva, desde hace veinte años, se ha reducido a una guerra relijiosa, declarada o sorda, segun las circunstancias. El anticlericalismo, tal como se le entiende, no es ya la defensa del poder contra los avances i usurpaciones del clericalismo.

Invocando la tolerancia o la libertad de conciencia, magníficas palabras de las cuales nunca se ha abusado tanto, se trata de vejar a quien conserva una fé o una concepcion filosófica que no se participan. Me ha indignado i me indigna todavía la hipocresía de aquellos que quieren destruir las relijiones, cuando ellos mismos o sus deudos observan los ritos en las circunstancias solemnes.

No corresponde al Estado procurar la unidad moral de la nacion con un ateismo oficial que aun los hombres que están en el poder no respetan cuando se trata de ellos. Harto hubo de sufrir Francia cuando Luis XIV quiso realizar esta unidad moral en la fé católica, para que el Estado re-

publicano tiente hoi dia un esfuerzo análogo en nombre de no sé qué dogma materialista que no satisface en modo alguno, segun mi opinion, a la razon.»

Las jeneraciones del porvenir habrán de juzgar seguramente las persecuciones relijiosas de hoi dia, el despojo del clero i de las órdenes monásticas, como nosotros juzgamos la Inquisicion i la Revocacion del Edicto de Nantes.

Por lo demas, nuestros gobernantes han invocado exactamente las mismas razones que Luis XIV: obtener la unidad moral i política del pais. Las consecuencias de su obra serán tan nefastas como la de los edictos del gran rei.

* * *

Una sola razon con apariencias científicas podia haberse invocado, no para justificar espropiaciones injustificables, sino para esplicar la espulsion de las congregaciones. Estas últimas enseñaban teorías relijiosas erróneas; luego propagaban errores. Era menester reemplazarlas por buenos profesores saturados de manuales científicos.

Son éstas concepciones de principiantes completamente estraños a la evolucion de la psicolojía moderna. Esta última ha enseñado, en efecto, que los dogmas no deben juzgarse segun su valor racional, sino por los actos que inspiran. Importa poco, entónces, su grado de verdad o error. Sólo deben interesarnos las acciones provocadas por su influencia. En los Estados Unidos vemos nacer todos los dias relijiones nuevas, útiles como elementos de actividad, i por esto mismo, respetadas. La relijion de los Mormones, por ejemplo, ha sido un beneficio para América, puesto que ha determinado la fundacion de varios grandes centros prósperos en comarcas ántes incultas.

Este punto de vista utilitario es prácticamente capital. Los libres pensadores al atacar los dogmas, con el pretesto de que son erróneos, no se dan cuenta del papel que desempeñan las relijiones. Es evidente que bajo el punto de vista racional ellas no contienen sino escasos elementos de verdad. Sin embargo, la historia nos enseña que las civilizaciones mas importantes se fundaron con el apoyo de las grandes creencias. Nos enseña tambien que la fé en los dogmas ha embellecido la existencia de millones de hombres, inspirando mas que ninguna doctrina filosófica, abnegaciones incomparables, heróicos sacrificios, intenso altruismo. Las relijiones constituyen una fuerza que debe utilizarse, i no destruirse. No debemos combatir a sus discípulos sino cuando éstos quieren atacar otras creencias.

Inspiradoras de infinitos anhelos, amparo de los débiles i de los des-

heredados de la suerte, las relijiones fueron siempre el asilo de los séres a quienes el destino condenaba a sufrir. Unicamente ellas han podido mitigar el espantoso horror de la muerte. Consideremos como a grandes bienhechores de la humanidad a los soñadores que con su imajinacíon encantadora inventaron i glorificaron a los dioses.

Juzgadas por las obras que alentaron i sostuvieron, esas sombras augustas merecen toda la veneracion de los pensadores. La ciencia que las conoce mejor, renuncia a combatirlas i proclama la grandeza de su papel. Esas sombras fueron en el pasado los elementos mas seguros de la estabilidad moral de los pueblos.

El futuro habrá sin duda de trasformarlas, pero miéntras en el alma humana aliente la esperanza, no podrán perecer.

IGNACIO ZULOAGA
(AUTO-RETRATO)

Ignacio Zuloaga

Familia e Infancia

Durante varias jeneraciones los Zuloagas han sido artistas e industriales del tipo mas noble. Constituyen lo que se puede llamar una dinastia artístico- industrial. Don Blas, tatarabuelo de Ignacio, fué armero del Cuerpo de Guardias de Corps; su abuelo, Eusebio, grabador, armero i decorador, famoso en su dia, fué el verdadero organizador de la Armería Real de Madrid; i su padre, Plácido, el gran artista conocido de toda Europa. A Plácido Zuloaga, discípulo de su padre i de Lienard, se debe que saliera del olvido el arte del damasquinado, i sus finísimas obras adornan la mayoría de los museos i de los Palacios Reales de Europa. Fué amigo de Carpeaux i de Bayre. Estudió durante mucho tiempo en Paris i Dresde, demostró gran habilidad en todos los ramos de la ornamentacion: en bajo relieve, en grabado, en incrustacion de oro i plata sobre acero, ademas de dibujar i modelar con maestría. El hermano de Plácido, Daniel, es el director de la interesantísima fábrica de cerámica de Segovia, i los otros hermanos se han dedicado con éxito a las artes plásticas.

Con estas tendencias de familia, era inevitable que Ignacio se inclinara hácia el arte en una forma u otra; acostumbrado desde su niñez a un esfuerzo productor, fuerte, consciente i práctico, templado siempre por el celoso culto del pasado. A pesar de su alta posicion en el mundo artístico, Plácido Zuloaga no era rico, i con el instinto práctico i sano de su raza, deseaba que su hijo siguiera una carrera mas lucrativa. Este padre artista i de carácter entero, tipo moderno de Cellini, decidió primero, que su hijo se preparara para los negocios, luego que estudiara para injeniero i últimamente transijió con la arquitectura. Pero el jóven Ignacio, tenia tambien opiniones i se rebeló contra su padre, que le castigó encerrándole en el taller, para que aprendiera como sus antecesores los intrincados secretos de la ornamentacion sobre metal. Por aquella época, Eibar, su pueblo natal, conquistaba rápidamente la fama de Toledo del Norte, i en todas sus casas se oia de contínuo el zumbido del volante i el ruido de la fragua. Con insistencia i tenacidad, Ignacio trabajó como un hombre, hasta ganarse la vida con la atencion de los ojos i el esfuerzo de las manos. Su vida por aquel entónces era la de un aprendiz cualquiera.

A punto estuvo de que Ignacio Zuloaga se quedara en Eibar i andando el tiempo reemplazase a su padre en la fábrica. Pero el azar de un viaje a Madrid, en donde vió por la primera vez los incomparables tesoros del

Prado, hizo que lo dormido durante tanto tiempo despertara de repente, e Ignacio se sintió arrastrado hácia la pintura. Sin alentar en lo mas mínimo sus ambiciones, su padre le compró los materiales indispensables; i el artista en embrion fué recorriendo Museos, i sin preparacion alguna, produjo una copia admirable de uno de los cuadros del aristocrático Greco, que representaba a un noble, vestido de negro. El instinto le habia dirijido al corazon de la pintura española.

Desde el primer momento se identificó con todo lo mejor i lo mas característico que existia en el arte de su pais, i los cambios ulteriores de escena no le han hecho desviar el camino.

Sin embargo, a pesar de sus pruebas precoces de habilidad, ni Plácido Zuloaga, ni su mujer, deseaban que su hijo se lanzase a una carrera artística. Ridicularizaron sus primeros esfuerzos, i miraron con malos ojos sus ambiciones. Él, al contrario, insistia en su resolucion i no fué sin luchas como logró ir a Roma. Entónces tenia Ignacio diez i ocho años, i de allí en adelante resolvió vivir de sus escasos recursos, aumentados afortunadamente, con la pequeña ayuda que su madre le enviaba a escondidas.

Su viaje, a Roma, siguiendo las huellas de Fortuny, Villegas i otros pintores españoles, fué un error artístico, pues que se sintió estéril ante la sombra abrumadora de Rafael i Miguel Anjel. Despues de vacilar durante algunos meses, i de sufrir el paludismo académico, volvió juiciosamente los ojos a Paris.....

CHRISTIAN BRINTON.

Incertidumbres de los veinte años

«Llegaba de Roma Zuloaga, i llegaba con el entusiasmo de sus apénas veinte años, alto, robusto, cuadrado, como esos campesinos de su patria, i con un carácter entero, noble, de una sola pieza. Para él no habia términos medios. Los hombres juzgábalos bandidos o grandes héroes, demonios o santas las mujeres; los cuadros eran para tirarlos al fuego o para llevarlos al Louvre; al dar la mano, o daba el alma con ella, o recibia a los hombres sin una palabra de las que los hombres emplean de amanerada cortesía. Para él no existia la sonrisa; reia a carcajadas o cruzaba el entrecejo; en pintura fueron i son las medias tintas su continuado tormento; gritaba o callaba enteramente, ya que nunca amó la media voz, ni juzgó oportuno los secretos entre amigos, creyendo que el hombre que obra con rectitud puede lanzar el pensamiento en voz alta.

Llegaba entónces influído de lo malo de la moderna escuela española,

con todo el fardo de casacones que habia visto i la guardarropía de una pintura de trajes desteñidos i sudados; llegaba henchido de esperanzas i ambicion de trabajar; ansioso de hallar un camino adecuado a su gran temperamento, febril de entusiasmo por su arte, al que quiere con la emocion de un ardiente corazon enamorado... i allí en su Montmartre, para vivir en silencio, para trabajar en la sombra esperando la claridad, alquiló un estudio con vistas al cementerio, rodeóse de soledad, quedóse solo con su pintura, haciéndole la corte a todas las horas del dia, i soñándola por la noche, i tomó un criado loco de estrañísima locura.

Pedro, que así se llamaba el criado, no reconocia mas que a Pí Margall como hombre i al maniquí como mujer de quien estaba enamorado como un loco. «Tu sola—le decia arrodillándose delante de aquel trasto de madera que consideraba su ídolo,—tú sola mereces el nombre de mujer en este mundo; tú eres de madera i trapo, pero tienes el corazon de oro puro. En tus oidos no entran las blasfemias de los hombres, ni brota de tu boca la falsedad ni el engaño. Pí Margall (añadia llorando a lágrima viva), tú que todo lo puedes, conserva la pureza de este astro; no la dejes caer en el fango que nos rodea; bien sabes que ella i tú sois mis dos únicos consuelos».

Este sermon repetido a lo infinito, oíalo Zuloaga todo el dia con una voz quejumbrosa; i pintaba encerrado con el loco, preguntándose muchas veces a si mismo si el arte no era tambien otra clase de locura, como tantas locuras existen de hombres que andan sueltos por la tierra... si aquella pintura idolatrada no era como el maniquí, un ser inmóvil, cuya vida teníala que hacer brotar el pobre artista, i si el hombre era capaz de lanzar sobre la frialdad de la tela, un átomo tan sólo de la luz, de aquella radiante luz, esparcida en el espacio. Por todos lados no veia mas que hombres luchando con la materia para convertirla en espíritu; bregando con la miseria para seguir adelante con la antorcha de la fé; atizando la inspiracion en el cráneo i buscando procedimientos para parir la obra vivida por dentro. Pasábale lo que nos pasa a todos al llegar a este Paris de lucha; tanta escuela, tanto refinamiento en las ideas, tanta pesquisa en pos de un estilo propio, le tenian mareado. Él, sombrío de temperamento, se aturdia ante las minuciosidades de espíritus enfermizos, ante las sutilidades de acuarelas japonesas, los refinamientos de misticismos decadentes; él, forjado, de un solo enérjico trazo, no podia comprender a las ánimas del purgatorio del sueño, los tristes visionarios de la línea, los sutiles, buscadores de la infinita armonia, i andaba de tela en tela, preguntándose tristemente qué camino era el bueno entre tanto barullo, tantas voces i tanto arte i talento gastado, en este *cerebro* ardiente, que se llama el gran Paris.

Probó diversas maneras, tanteos de un alma que duda i quiere i le falta una fé que le convenza; estremó el procedimiento en pos de la fuerza

del color, forzó la línea subrayando el carácter del dibujo, divagando entre tantas tendencias diferentes, hasta que un dia contemplando las copias fotográficas de los grandes maestros españoles, vió en su ejemplo la augusta línea de conducta que se amoldaba a sus sombrios sentimientos, i fijó el plan de sus futuros estudios con la rápida conviccion del que ve abrírsele de par en par las puertas de la esperanza.»

.....

Santiago Rusiñol.

La pintura española en Italia

En el primer certámen internacional de Venecia se vió de manera indubitable a qué grado tan bajo habia caido la pintura española, en manos de la turba de descendientes de Fortuny, talento esquisito, pero deplorable jefe de escuela, i artista inimitable.

¡Quién hubiera dicho ántes de 1877 que la técnica artificiosa i la pobreza intelectual de la escuela española de Roma, que tan perjudicial fué a muchos italianos, acabaria por hacerse patente a todos!

Débese al noble idealismo de algunos pintores ingleses, al naturalismo de los escandinavos i holandeses, el que por fin nuestro público haya caido en la cuenta de cuán falso era el jénero de los pintores españoles, virtuosos trabajando entre cuatro paredes, con todos los antiguos prejuicios i sin preocuparse para nada del pensamiento ni de la emocion producida por el modelo.

Desolados por tal estado, que tan desastroso fué para el gusto del público i para nuestros pintores, algunos de nosotros quisimos ver si habia en España alguien que pudiera intentar la rehabilitacion del arte jenuino español, naufragado hacia treinta años. Una respuesta afirmativa vino primero con Sorolla, perspicaz observador de la naturaleza, con habilidad especial para fijar en la tela los efectos de sol, pero la afirmacion realmente triunfal la dió Ignacio Zuloaga.

La aparicion en la 5.° Exposicion de Venecia, de este vigoroso pintor fué una sorpresa i una revelacion para el público italiano. Chocó al primer momento lo que hai de rudo i hasta brutal en su arte, pero dejóse pronto conquistar por su realismo que avasalla i su poderosa orijinalidad. Lo mismo habia ántes ocurrido en 1896 con el público frances i en 1900 con el belga i aún no hace 2 años con el aleman.

No tiene siempre Zuloaga la virtud de agradar, mas los que no llegan a simpatizar con su especial vision siempre objetiva de los tipos i de esce-

nas a veces triviales i crueles, no pueden ménos de admirar aquellas telas de carácter tan español i de reconocer que con él vuelve la gran tradicion de los Zurbaran, Velazquez i Goya.

Desdeñando la gracia superficial i mezquina, que fué la única preocupacion i la ruina de la pintura española de la última mitad del siglo pasado, se atiene Zuloaga a la *realidad verdadera* i al carácter espresivo. Toma sus modelos en las clases mas bajas de Madrid o Sevilla i especialmente en los lugarejos del centro donde el tipo se conserva con mas pureza.

Hace aparecer en la criatura humana el ser instintivo encubierto por los apetitos sensuales i las facciones del rostro: Bailadoras de mecánica sonrisa, muchachas de precoz lujuria, prostituídas, repintadas, toreros embrutecidos por la sangre, pordioseros acostumbrados al engaño i a la hipocresia, serenos que mas parecen cómplices que perseguidores de ladrones; estos son sus modelos favoritos, a estos evoca su pincel violento. Los colores de matices sombrios muchas veces, aunque de luminosos grises, son casi siempre estridentes. La línea es cortante i el modelado poderoso, aunándose ámbos para hacer resaltar lo que hai de sensual i de brutal en las actitudes, lo falso i simulado en las fisonomias. Así es como produce una impresion de realidad a la que pocos pintores han llegado en nuestros dias, i nos hace conocer una España violenta i concentrada, negra por completo, diferente de la España de ópera-cómica a que nuestros ojos estaban hasta ahora acostumbrados.....

Vittorio Pica.

De ERNESTO A. GUZMAN

"Por los caminos"

(Poesías de Cárlos A. Mondaca)

Si uno pudiera haber andado paso a paso «Por los caminos» de los otros, deteniéndose donde ellos se detenian, acelerando el andar donde así lo hicieron, hubiera tambien asistido al nacimiento de sus visiones, a las sacudidas de sus angustias i de sus pensamientos. Habria estado cerca de su carne atormentada o en quietud, i habria sentido, con mayor precision, el calor e intensidad de sus sensaciones. Sumerjido en el ambiente que rodeó i jeneró sus retazos de vida, casi viviéndolos uno tambien, se podria tener el «momento» con la misma intensidad con que el otro, cuando se paró en el camino sobrecojido por el peso que llegaba. I entónces justipreciaríamos sobre si aquello valia la pena de detenerse, i si las palabras sangraban ese estado. Pero si los senderos son tan numerosos como los hombres—acaso seria mejor decir que cada uno de nosotros es un sendero por donde transita el mundo—resulta que pensamos el ajeno sólo cuando logra echar un poco de la tierra levantada sobre el nuestro, cuando aquél se hace de bulto por el roce con el propio. El sér u objeto que ahí llamó la atencion, destacándose sobre la quebrada inmensidad del campo vivido, sólo puede despertarnos si se ve tambien desde nuestro plano. Es así como podemos hablar de una obra i decir sinceramente si a su lectura algo se movió dentro de nosotros.

He ido sin esfuerzo por las pájinas de este libro de Mondaca, sin propósito deliberado de escudriñar defectos ni descubrir bondades: he dejado que aquéllos i éstas salieran sencillamente a entorpecerme o a alivianarme la marcha, porque pienso que a un hombre bueno como él—uno de los cinco escritores sanos del terruño—debe uno corresponderle su elevacion de vida con una palabra de verdad. Por eso no he tratado de evitármele con un elojio desmedido, en que le dé flamante compañía, ni con un artículo en que esponga yo la jénesis i la evolucion de su sentimiento relijioso, considerado a traves de sus poesías.

En «Por los caminos», libro descoyuntado, noto yo claramente dos autores distintos, uno de los cuales no es poeta para mí. Es éste el que busca los temas, el que persigue las ocasiones i se obstina en hallarlas, i que en esta porfiada requisa, desatentado por la autosujestion, escribe bajo el espejismo de lo forzado que se le presenta como la realidad, que no llega. Es entónces nada mas que el *literato*, el que opta por el platillo fácil

del aplauso momentáneo i hace converjer el fiel de la balanza hácia la heterojénea multitud del Ateneo. Miéntras piensa en la brisa que ha de orearlo en vida, Mondaca no acierta. Es eso, el ansia del aplauso colectivo, lo que ha hecho pasar oleadas perturbadoras por el espíritu de este poeta, oleadas que, por desgracia, se han prolongado hasta mancharle este hijo que hoi lanza al mundo. (I yo felicito hoi a Mondaca en la persona de los nuevos Directores ateneistas, porque su labor futura se apartará de aquel estímulo).

Es en esas composiciones, precisamente porque al hacerlas no se tomó él en cuenta, donde se notan las mas diversas influencias. Aquel público, empapado de ciertos autores, aun no lo suelta, i aquí veo al Mondaca antiguo, que no debió aparecer en «Por los caminos». Yo siento en esta parte al vacío i sonajero González («El centro»); hasta a Silva («Por los caminos» i «Las Cantinas»); i, mas léjos, al insoportable Bodelaire («El suburbio», larga descripcion sin mas granada espiga que ésta: «i el vientre flácido se pliega—como una negra tierra arada»). «El asno» i «El sapo» son de aquéllas en que resalta la necesidad de un tema, luego buscado con teson i esplotado sin haberlos movido una sensacion intensa. «El reloj» no me da tampoco el desgarramiento de angustia que el manifiesto esfuerzo del autor reclama.

Aparece, despues, un autor pasajero. El de la poesía «Oracion. A la Vírjen», bella composicion en que el poeta canta a un símbolo en el cual no cree, es un Mondaca sentimental, transicion entre el estropeado i el nuevo.

En esta clase de trabajos, a veces el sentimiento sólo brota de la manera de terminar el verso, cuando no de la introduccion en la poesía de frases estrañas a ella. En «Los pianos viejos», percibo reminiscencias najerianas.

«Cansancio» es una poesía que responde perfectamente al dolor causado por la trisadura de una amable ilusion. Aquí el tema vino solo; llegó junto con la fuerte sensacion de desencanto.

I nótese, de paso, que este hombre, tan enamorado de la forma i del sonsonete de la rima, cae en varias desviaciones del pensamiento por la fuerza de aquélla. A menudo está desarrollando una idea, cuando ya la rima se la corta i lo hace pasar a otra que le desvirtúa la fuerza de la primera. Porque este Mondaca cree que la mitad de la poesía está en la forma, i no cree en la única poesía del concepto.

Sin embargo, su mismo libro no le da razon. Hai en el Mondaca último, en el poeta, en el bueno, una callada protesta contra el otro. Es protesta de belleza. Me refiero, sobre todo, a su poesía «Revelacion», en que el alma, poseída, aplastada del peso de la hora, deja que el tema llegue i la sensacion se abulte, rebase i llene las palabras: la poesía se le des-

parrama por dentro, i sin trabajo encuentra la frase que la esterioriza i nos la hace sentir. Aquí no se ha andado a caza de la espresion: ha nacido hecha, porque la concepcion era fruta madura que dejaba fluir sin presion el jugo que contenia, i ella iba

«pasando en la pureza de aquella hora,
como la imájen de una vida nueva
que surjiera en el prado i en mi alma».

¿No siente Mondaca cómo aquí, donde no hai manía de rima, está todo en fácil continuidad su pensamiento, sin desviaciones de compromiso formal? I yo tengo especial cariño por esta composicion, porque fué ella la que, en parte, me apartó antaño del Guzman i del Mondaca antiguos. Es cierto tambien que se nota demasiado en ella la influencia de Marquina, pero es ésta la influencia de un gran poeta sano, i Mondaca no debe sentirse pesaroso. Hai tambien mucho del poeta verdadero i definitivo en «Anunciacion», «Divagacion», «Amor», «Mi alma», «Beso», i «Muerte de don Quijote», poesía esta última que me recuerda vagamente la «Vida de don Quijote i Sancho» de Unamuno.

Cuando Mondaca ha vivido en estado de amor, ha vivido tambien en estado de poesía. I esto, ¿por qué? Porque el poeta, el hondo que él tenia ahogado bajo su prejuicio de la forma, se ha revelado i roto la presion que lo queria hacer morir. Véase cómo Mondaca ha sido poeta a pesar suyo, i cómo su sinceridad, la que acaso todavía no quiere sentir, lo ha vencido. ¿Pasará su afan de hacer forma? Sí. El mismo lo siente:

«Nuestra vida pasa!
La gota
va a hundirse en el alma del sol que la abrasa.
Nuestra vida pasa.—La flor se deshoja!
pero el fruto queda, como mancha roja
cuando en otra vida la flor se deshoja!»

Yo le pediria que se dejara salir solamente cuando el tema se le impone, cuando pueda

«Sentir en el fondo de la entraña el grito
de la especie entera!»

BIBLIOGRAFÍA

Libros estranjeros

Invitados por el amable Director de la Revista Contemporánea a colaborar en la seccion bibliográfica, damos principio a nuestra tarea presentando al público estudioso, un ramillete de buenos libros aparecidos últimamente en el Viejo Mundo.

Para esta seccion contamos con un inmenso material bibliográfico que se recibe dia a dia en la Biblioteca del Instituto Nacional. Estas someras noticias no dudamos que serán de sumo interés para nuestros lectores, a quienes tendremos al tanto de las últimas novedades literarias que se publiquen en Alemania, Béljica, Francia, Inglaterra, Italia, etc.

Arthur Bauer.—*Essai sur les révolutions*. Paris, Giard et Brière, 1908.—303 pájinas, 6 fr.

Obra de psicolojía política colectiva, como se la podia esperar del sabio profesor de filosofía, en que ha evitado, con talento sumo, caer en consideraciones políticas tendenciosas. El autor sienta en principio que las revoluciones obedecen a leyes que desempeñan los hechos históricos conocidos, i los espone con grande penetracion analítica. La obra se divide en tres partes: la *Fermentation*, la *Crise* i la *Renaissance*. Estos son, sin duda, los tres momentos del acto revolucionario i la realizacion del cambio violento del estado político (mas que social) de un pais. Su estudio da lugar a una serie de reflexiones inspiradas mas bien en el buen sentido que en la ciencia, i que, los que se ocupan de la política, estudiarán con interés.

Lucie-Félix Faure Goyau.—*La Vie et la mort des fées*. Essai d'histoire litteraire. Paris, Perrin, 1910.—430 pájinas, 3 fr. 50.

Obra compleja i un poco singular. El sub-título: ensayo de historia literaria, se justifica por la erudicion del autor i la variedad de asuntos que se abordan en el libro. Una i otra cosa sobresalen en la serie de XIX capítulos de que consta.

La hechicería la estudia desde los tiempos mas remotos hasta los presentes, tanto en Francia como en Alemania, Inglaterra, Italia, etc. Por los términos mismos de la enumeracion de los capítulos, indican, como lo prueba el testo, la suficiencia científica de la señora Faure-Goyau i de que no se ha dedicado solamente a hacer una esposicion didáctica de historia literaria. El tema que ha escojido ha sido para ella motivo de reflexiones,

pensamientos, meditaciones, pinturas morales i poéticas, a las que se abandona con toda su alma i que colora su imajinacion con los diversos matices de los paises que visita i de los autores que estudia.

Le Comte Albert de Mun, *Combats d'hier et d'aujourd'hui (1900-1907)*, Paris, Lethielleux, 1910.—2 vols. 322 i 384 pájs.—8 fr.

Esta es una compilacion de numerosos artículos i algunos discursos pronunciados por el autor en estos últimos años, sobre las cuestiones relijiosas i sociales que han ajitado la Francia. En el primer volúmen se le ve sostener las escuelas libres, despues las congregaciones; en el segundo, continúa el combate despues de la situacion creada por la Separacion. Hai en estas pájinas mas de un punto que interesa directamente a la historia contemporánea, sobre todo la carta a la Asociacion de la Juventud Católica reunida en Congreso en Chalon-sur-Saône el 9 de Mayo de 1903.

M. Louis Delzons, *Le meilleur amour*, Paris, Calmaun-Lévy.

En la «Revue des Deux Mondes» se da cuenta de esta novela en los siguientes términos: «Nuestros lectores aun tendrán presente en su imajinacion el desarrollo de esta obra para que nos creamos con derecho a repetírsela. El caso del doctor Bideau no es mui frecuente en la realidad; pero es interesante, orijinal i ha sido tratado por el autor de *Mascrans* con un vigor i franqueza poco comunes. El autor toma sus héroes de la media humanidad i se cuida mucho de idealizarlos: los buenos sentimientos e ideas jenerosas con que los adorna, como sucede en la realidad, los asocia a los defectos i a las debilidades de carácter; pero en esta ocasion la aventura es emocionante i M. Louis Delzons nos la cuenta con habilidad i talento, características que lo colocan en el rango de nuestros mejores novelistas».

J. Remember.

Libros nacionales

Firmin Roz.—*L'énergie américaine (Evolution des Etats-Unis)*, un tomo en 8.°, 339 pájinas. — Paris, Ernest Flammarion, éditeur, Rue Racine 26.

He aquí un libro que reune grandes verdades i grandes errores. Mientras se refiere a Estados Unidos, pais que estudia a grandes rasgos, revela un escritor de espíritu sagaz i ámplio, pero tan pronto las emprende con la desconocida Sud América, las apreciaciones son a mas de confusas, falsas.

No hace mucho Ferri nos confesaba en sus conferencias la impresion

revuelta i amorfa con la que en Europa se confunde en uno sólo a los pueblos de esta parte del mundo.

Si esta obra publicada en la *Bibliothèque de Philosophie Scientifique* que dirije el doctor Gustave Le Bon, una de las mas selectas del mundo entero, estampa en su último capítulo varios errores capitales; qué de estraño tiene, pues, que allá sólo se nos estime como a pueblos bárbaros, en revcluciones perpétuas i empresas estúpidas i descabelladas?

Apesar de todo i acaso por lo dicho anteriormente, esta obra debe ser leida por todo el mundo i así estimarán mejor lo que puede representar para los pueblos de América del Sur una opinion que pesará en Europa.

Gustave Le Bon.—*La Psychologie Politique*. Por falta de espacio nos limitamos a anunciar esta obra digna del famoso filósofo. De ella damos en otra seccion el capítulo sobre «Las persecuciones relijiosas en Francia.»

Ramon A. Laval.—*Cuentos Chilenos de Nunca Acabar*. Un tomo en 4.°: 44 pájinas. Santiago de Chile; Imprenta Cervantes; Bandera 50; 1910. De venta en la Librería Hume i principales librerías.

No sólo los aficionados al folklore sentirán placer con la lectura de esta obra. Ella será un nacimiento de recuerdos para todos i cada uno de sus lectores chilenos. Allí se encuentran reunidos los cuentos que en las noches lejanas de nuestra infancia oimos mudos por la mas profunda atencion, de boca de esas pobres i bondadosas mujeres que forman las servidumbres de los hogares de los ricos i que faltas de toda ilustracion son las primeras (¡ironías de la vida!) que abren ante los ojos maravillados de todos los niños, el reino estraordinario de la fantasía.

Como el título de la obra lo indica, sólo se han considerado los cuentos llamados de pega o de engaño o aquellos otros que, cada vez que agregan un nuevo detalle al desarrollo, repiten la narracion desde su comienzo.

Cuenta este trabajo con veinticinco recopilaciones; pero falta, desgraciadamente, el índice, indispensable a toda obra.

Ramon A. Laval.—*Oraciones en salmos i conjuros del Pueblo Chileno comparados con los que se dicen en España*. Obra presentada al Congreso Científico Internacional Americano de Buenos Aires, en Julio de 1910. Un tomo en 4.°. 132 pájinas. — Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, Bandera 50, 1910. De venta donde Hume i en las principales librerías.

Esta obra puede ser uno de los tantos i buenos documentos para aquellos que alguna vez quieran emprender el estudio dificilísimo de la psicolojía del pueblo chileno. Puede observarse fácilmente en la lectura de los doscientos trabajos de que consta mas o ménos esta obra, el carácter mecánico, inconsciente por lo tanto, de la comprension, mas especialmente

de la diccion relijiosa i sobrenatural del pueblo, como asimismo la inconsecuencia de muchos i el fatalismo de casi todos.

Indice: I. *Oraciones* 1) Al Amanecer; 2) Las Alabanzas; 3) Al persignarse i levantarse; 4) Actos de contricion; 5) Otras oraciones a Jesucristo; 6) A la Vírjen Maria; 7) Al Anjel de la Guarda; 8) Al acostarse; 9) Varias; 10) Contra los fenómenos de la Naturaleza; 11) Acto de ofrecimiento. — II. *En salmos i otras fórmulas usadas por los niños;* III. *Conjuros*: 1 i 2 Las doce palabras redobladas; 3) Insultos al Malo, de las doce palabras redobladas; 4) Suplemento.

Fernando Santivan.—*Ansia*, 1 volúmen de 399 pájinas. Imprenta Universitaria, Bandera 130.—Santiago de Chile, 1910. En venta en todas las librerías: $ 3.

Hemos recibido esta interesante novela del autor de *Palpitaciones de vida* i nos proponemos dar en el próximo número, un juicio sobre ella.

AÑO I DICIEMBRE DE 1910 N.° 2

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: VERGARA, 624—SANTIAGO DE CHILE

De TOMAS A. RAMIREZ.

El Liberalismo i la Cuestion Social en Chile (*)

En mi anterior conferencia procuré demostrar que el liberalismo no puede ni debe en Chile abandonar sus aspiraciones de completa libertad e igualdad relijiosa.

En esta noche me propongo demostrar que, sin perjuicio de sus ideales, al contrario, en servicio de ellos, puede i debe tambien el liberalismo preocuparse en serio de la llamada cuestion social, que toca ya a nuestras puertas i reclama una previsora solucion.

Pero, señores, yo considero esta cuestion social desde un punto de vista un poco distinto, me parece, de aquel bajo el cual se la contempla cuando, desde el campo conservador, se nos grita con M. Anatole Leroy Beaulieu: «El socialismo, hé ahí el peligro!» ¡Unámonos, liberales i conservadores, para combatirlo, defendiendo las bases de libertad individual que han sido i son el ideal del liberalismo! (1)

Segun esto, existe una cosa que se llama *socialismo*, que es dañina en sí misma, en absoluto, a que debemos combatir, así, en block, como a una epidemia mortífera para la sociedad, porque ataca bases fundamentales suyas, como son la libertad i la propiedad individuales.

Pero ¿debemos aceptar este criterio?

¿Es el socialismo una cosa única que pueda juzgarse en conjunto de una sola i misma manera?

¿Es posible i es conveniente combatirlo en la forma que se insinúa?

(1) GUILLERMO SUBERCASEAUX, «El ideal liberal fundado en el reformismo antirelijioso, como inspiracion de nuestros partidos liberales de centro,» conferencia dada en el Centro Conservador de Santiago el 9 de Mayo de 1909.

(*) Conferencia dada en el Centro Liberal el 30 de Julio de 1909. La REVISTA CONTEMPORÁNEA publica ya, con el presente trabajo, dos conferencias dadas en un mismo centro político de esta capital. Advertimos que esto no indica que ella sea órgano de ningún partido determinado.

Cuestiones son estas de la mayor importancia, teórica i prática, para el filósofo i para el estadista; i yo quiero decir algo sobre ellas como contribucion al estudio del capítulo XI del programa de nuestro partido.

II

¿Qué es el *socialismo?*

Conducido el temible Proudhon ante un Tribunal de justicia en 1848, el Presidente le dirijió aquella misma pregunta:—«¿Qué es el socialismo?

—«El socialismo», respondió Proudhon, «es toda aspiracion hacia el mejoramiento de la sociedad».—«Pero entonces todos somos socialistas», repuso el Presidente».—«Es justamente lo que yo pienso», contestó el reo. (2)

«Esta definicion», observa M. de Laveleye, (3) «es demasiado amplia.»

En efecto, es demasiado amplia; pero ella manifiesta desde luego que esa espresion tiene un significado muy vasto, que puede corresponder a conceptos distintos, que seguramente no pueden ser juzgados de la misma manera.

Según Littré (4) se llama socialismo «todo sistema que, subordinando las reformas políticas, ofrece un plan de reformas sociales.»

«Socialismo, en jeneral», dice un escritor (5), «significa una aspiracion hacia la justicia, el sueño de un porvenir mejor, el plan de una sociedad ideal en que todo el mundo sería feliz. Cualquiera que se encuentre en este estado de espíritu, que trabaje con este objeto *con método o sin él*, es socialista, hace obra socialista.»

«Esta palabra,» agrega el mismo escritor (6), «tiene demasiada elasticidad para poder definir un partido político»..... «A la verdad, todo hombre que piensa es mas o menos socialista; toda persona tiene su ideal social, que prefiere a otro».....

«El término socialismo», dice un economista historiador (7), «ha quedado para caracterizar en su mas alta espresion la idea moderna del derecho del individuo a la felicidad.»

«¿Qué es el socialismo?» pregunta Laveleye. I añade: «Jamás he encontrado ni una definicion clara, ni siquiera una determinacion precisa de esta palabra. Uno es siempre socialista para alguien. Mr. Gladstone es considerado por los conservadores irlandeses despues de sus leyes agrarias

---

(2) LAVELEYE, *Le socialisme Contemporain*, París, 1902, paj. XI. GUERIN, *La faillite du Socialisme*, París, 1902, páj. 3.

(3) LAVELEYE, obr. cit. páj. XII.

(4) Citado por Guérin, obr. cit., páj. 3.

(5) GUERIN, obr. cit. páj. 3.

(6) GUERIN, obr. cit. páj. 5.

(7) J. RAMBAUD, *Histoire des doctrines économiques*, Paris 1899, páj. 368.

para Irlanda, como un socialista de la peor especie. M. de Bismarck, el amigo de Lassalle i de Schœffle, el autor de la proposicion abominable de constituir, por medio del monopolio del tabaco, una caja de retiro para los inválidos del trabajo, apenas pudo defenderse de ser socialista, declarando por otra parte, con gusto, serlo. Los ministros que, recientemente, en Francia, querian que el Estado volviera a tomar i esplotar todos los ferro-carriles, eran, seguramente, socialistas. En fin, despues de los famosos libros de Bastiat, no hai duda de que para todo libre-cambista convencido i para todo economista ortodojo, están infestados de socialismo i de comunismo cuantos no admitan la plena libertad de comercio.» (8).

Coincidiendo en este mismo concepto, dice M. Villey (9): «El movimiento» (socialista) «cuya evolucion acabo de describir a grandes rasgos ha tenido sus teóricos: ellos i sus ideas es lo que me propongo estudiar ahora. Pero aquí se imponen distinciones. Es imposible colocar en una misma línea e Karl Marx, Lassalle, Bakounino i el cardenal Manning o el Conde de Mun; el socialismo de M. Bismarck no tiene precisamente la misma marca que el de M. Bebel i Liebkneckt, i las doctrinas del Papa Leon XIII no tienen sino un parecido mui lejano con las de M. Gesde.»

«Una palabra nueva», dice M. d'Eichtal (10), «indica casi siempre el estallido o a lo menos el esparcimiento de una idea nueva. La palabra *socialismo*, empleada primeramente en Inglaterra en las publicaciones de los discípulos de Roberto Owen, despues en Francia por Pedro Leroux i por Luis Reybaud, popularizada por la obra de este último sobre «reformadores o socialistas modernos» (1840), designa un conjunto de opiniones, de tendencias, de sistemas, que tienen ciertamente sus raices en el pasado, que han sido emitidas en parte por escritores mui anteriores al siglo XIX; i sin embargo, el grupo de reformadores i de escuelas a que se aplicó primero el epíteto tomado de la Inglaterra o creado por los publicistas franceses que acabamos de citar, se distingue por carácteres mui netos de sus precursores en el órden de las utopías o de los proyectos de renovacion social.»

«Bajo el nombre jenérico de socialismo», escribe otro economista (11), «juntamos los diferentes planes de la organizacion artificial de la sociedad... Las doctrinas socialistas pretenden remediar un mal, cuya realidad no puede ser negada por nadie, recurriendo a nuevos modos de distribucion del trabajo, sea libremente en virtud de la fuerza atractiva de ciertos pretensos principios armónicos, sea brutalmente por vía de autoridad.»

«Socialismo», dice, en fin, otro publicista, «llamamos a toda doctrina conforme a la cual compete al Estado correjir la desigualdad de riqueza

(8) Laveleye, obr. cit. páj. XI.

(9) E. Villey, *Le socialisme contemporain*, Paris, 1895, páj. 55.

(10) E. d'Eichtral, *Socialisme, communisme et collectivisme*, Paris, 1901, páj. 1.

(11) Cauwes, *Cours d'Economie Politique*, Paris, 1893, tom. I. páj. 150-151.

existente entre los hombres i restablecer legalmente el equilibrio, tomando una parte de los que poseen demasiado para dársela a los que no poseen bastante i esto de una manera permanente i no en un caso particular, una catástrofe pública por ejemplo.» (12).

Son, pues, como se dice, muchas las ideas, las tendencies o los sistemas que se comprenden con el nombre de *socialismo*. Si embargo, hai algo de común a todos ellos, que constituye en esencia.

«Toda doctrina socialista», dide Laveleye (13), tiende primeramente a introducir mas igualdad en las condiciones sociales, i en seguida, a realizar sus reformas por la accion de la lei o del Estado.»

«Hai entre todas las doctrinas socialistas», dice M. Villey (14), «un punto comun: todas parten de la premisa comun de que la organizacion económica actual fundada sobre el principio de la libre concurrencia, es una causa o un medio de esplotacion i de injusticia social. Los unos concluyen de ahí que es preciso destruir la organizacion social actual para rehacerla sobre nuevas bases; otros, que es necesario correjirla mediante la intervencion i reglamentacion del Estado: he ahí las dos grandes corrientes socialistas que, por lo demas, partiendo de la misma fuente, siguen en ciertos puntos líneas paralelas. Llamaré al primero socialismo reformista i al segundo socialismo reglamentario.»

«Estas dos grandes escuelas se subdividen en sectas mui numerosas: las que se refieren al socialismo que he llamado reformista, se distinguen sobre todo por los medios que pretenden emplear; i las que pertenecen al socialismo reglamentario, por la fuente de inspiracion de que proceden.»

En consonancia con estas definiciones o esplicaciones, que podrian aun multiplicarse, los escritores que se ocupan en la materia hacen numerosas clasificaciones de escuelas socialistas. He aquí las principales:

«El *socialismo conservador*, que es aquel que no ve la salvacion sino en la vuelta a las instituciones que garantizaban a los hombres el órden i el reposo bajo el antiguo réjimen. El libre cambio, la libre concurrencia, la usura libre, he ahí segun él las pestes que enferman a toda sociedad en que se introducen.» (15).

El *socialismo comunista* o *comunismo*, que aspira a la supresion de la propiedad privada respecto de toda clase de bienes, que pasarian a ser comunes de todos, llegándose por este camino a la comunidad de mujeres, de familia, etc (16). La produccion seria tambien en comun.

---

(12) Paul Janet, *Orijenes del socialismo contemporáneo*, Madrid. 1904, páj. 87.

(13) Laveleye, obr. cit. páj. XII.

(14) E. Villey, obr. cit. páj. 55.

(15) Laveleye, obr. cit. páj. 95.

(16) D'Eichthal, obr., cit.—Charles Gide, *Principes d'Economie Politique*, Paris 1908, páj. 28.

El *socialismo colectivista* o *colectivismo*, que es aquel que pide la espropiacion a favor de la colectividad social, de los *instrumentos de produccion*, es decir, del suelo, del sub-suelo, de las fábricas, máquinas i en jeneral toda herramienta o utensilio industrial, comercial o agrícola, reemplazando, en estas cosas, la propiedad individual por la propiedad colectiva, i reemplazando tambien la produccion individual por la produccion colectiva; pero conservando la propiedad individual sobre los productos del trabajo i demas cosas. Tiene muchos grados o matices (17).

El *socialismo nacionalista*, variedad importante del colectivismo, que solo pide la espropiacion o nacionalizacion de las propiedades raíces, rústicas i urbanas, conservando la propiedad individual de las demas cosas (18).

El *socialismo cristiano*, o *cristianismo social*, subdividido en dos ramas: a) el *socialismo católico*, que cree en las leyes naturales que rijen la sociedad bajo el punto de vista económico i defiende la libertad i la propiedad individual, pero dentro del concepto de la caridad i la resignacion cristianas; i admite como formas prácticas la creacion de asociaciones patronales i de trabajadores, es decir, la iniciativa privada para el mejoramiento de la condicion de estos i al mismo tiempo la intervencion del Estado en la reglamentacion del trabajo; b) el *socialismo protestante* o *evanjélico*, que pide la formacion de gremios de artes i oficios como en la Edad Media, o bien de asociaciones cooperativas, la reglamentacion del trabajo, el impuesto progresivo sobre la renta, la creacion de cajas obligatorias de socorro etc., pero conservando tambien la propiedad individual con mayores o menores restricciones, segun los países (19).

El *socialismo de la cátedra*, de Wagner, Schmoller i otros economistas alemanes, que admiten, en primer lugar, que la equidad debe presidir ante todo la distribucion de la riqueza, i que la parte de los trabajadores debe ser mayor; i en seguida, que este resultado no puede alcanzarse por la libertad, o sea, por lo que la escuela clásica llama *leyes naturales*, sino mediante la intervencion de la lei o del Estado (20).

El *socialismo de Estado*, el socialismo de los estadistas, que asigna a la ciencia un objeto *práctico* i amplía el concepto de las facultades del Estado en el sentido de procurar, por la vía lejislativa, el mejoramiento material de las clases obreras, combinando en distintas formas la libertad con

---

(17) GIDE, obr., cit., páj. 28.—GUERIN, obr., cit., páj. 72.—LAVELEYE, obr., cit., páj. 284.—D'EICHTHAL, obr., cit., pájs. 97, 114 etc.

(18) GIDE, obr., cit., páj. 28.—LAVELEYE, obr., cit., páj. 285.

(19) LAVELEYE, obr., cit., páj. 112....GIDE, obr, cit., páj. 34.—RAMBAUD, obr., cit., páj. 484.

(20) LAVELEYE, obr., cit., páj. 311.—VILLEY, obr., cit., páj 127.—SEIGNOBOS, *Histoire Politique de l'Europe Contemporaine*, páj. 472.

la reglamentacion del trabajo, pero conservando la propiedad privada todas las instituciones sociales (21).

El *socialismo solidarista* o *solidarismo*, que se basa en el concepto de la interdependencia o dependencia recíproca de los individuos, i quiere llegar a la transformacion del salariado, de la propiedad, a la limitacion de los efectos de la concurrencia i del poder del dinero etc., sobre todo por medio de las sociedades cooperativas, pero sin rechazar la intervencion del Estado para reglamentar el trabajo, procurar alojamientos salubres, prevision obligatoria etc. (22).

III

De todo lo que antecede resultan estas tres consecuencias principales en orden al llamado socialismo: 1.ª que esta espresion no denota una cosa única i simple, sino un conjunto de diversas tendencias hacia el mejoramiento social bajo el punto de vista económico; 2.ª que todas parten del concepto de que no hai proporcion o justicia en la actual distribucion de la riqueza en la sociedad; 3.ª que incumbe, segun ellas, a la sociedad misma por accion directa o representada por la lei, la autoridad, el Estado, intervenir con mayor o menor amplitud en la correccion de esa injusticia.

Estas dos últimas son las bases comunes i capitales de todas las doctrinas socialistas, como contrapuestas que son al individualismo, que se funda en el concepto de que las llamadas leyes naturales de la libre concurrencia, son las únicas fuerzas que deben gobernar las relaciones económicas de los individuos, debiendo limitarse el Estado, o la sociedad en jeneral, a la garantía del orden interno i del cumplimiento de los contratos, manteniendo los servicios públicos necesarios a este fin, i a la defensa de la colectividad en el esterior. Su célebre fórmula es el «*laissez faire, laissez passer.*»

Pero fuera de aquellas dos bases comunes, hai gran diverjencia i hasta oposicion fundamental entre las diversas escuelas o tendencias socialistas; pues mientras unos, como los comunistas i colectivistas, quieren ir a la supresion total o parcial de la propiedad privada, otros como los solidaristas, los cristianos sociales, los socialistas de Estado etc., defienden esta propiedad, i solamente admiten que se la someta a contribucion en cierta medida en favor de las clases menesterosas.

Por esto no estimo exacto el concepto del socialismo que se nos da, afirmando que se puede «tomar como objetivo fundamental del sistema la tendencia a la igualacion en la reparticion de los bienes entre los indivi-

---

(21) Gide, obr., cit., páj. 31.—Rambaud, obr., cit., páj. 387.
(22) Gide., obr., cit., páj. 37.

duos de una organizacion económico-social, igualacion conseguida por la supresion de la propiedad privada, por lo ménos de los bienes naturales, fuentes de produccion, como la tierra, i de los capitales como elementos de produccion o adquisicion. La propiedad privada se convertiria en propiedad colectiva o comun.» (23).

Salta a la vista que esta definicion no comprende sino los diversos matices del colectivismo i comunismo, que son precisamente las formas socialistas a que se refiere M. Millerand cuando dice: «No es socialista, a mi juicio, quien no acepte la sustitucion necesaria de la propiedad capitalista por la propiedad social» (24); i M. Sombart, cuando dice: «Están de acuerdo todos los escritores socialistas en que en la futura organizacion de las cosas por el socialismo, o no existiria la propiedad privada, o seria por lo ménos mui limitada su esfera.» (25).

Esto, repito, se refiere tan solo a los ideales del socialismo comunista i colectivista, llamado *Partido de la democracia social* o *socialismo revolucionario*, que es el que, en jeneral, figura organizado como partido político en los paises europeos, si bien con tendencias distintas i hasta opuestas de un pais a otro i aun dentro de uno mismo.

No puede afirmarse sino respecto de esas escuelas socialistas i de los matices de otras que con ellas coincidan, que su tendencia es a la igualacion económica de los individuos; porque esta aspiracion se basa en una premisa rechazada por el socialismo cristiano, por el socialismo de la cátedra, por el socialismo de Estado, por el solidarismo i por cuantos consideran como biolojicamente falsa i, en consecuencia, como practicamente imposible la igualdad de los hombres a no ser bajo el punto de vista jurídico; i por eso estas escuelas solo tienden a un mejoramiento relativo de la condicion de las masas, o mas bien dicho, a procurarles los medios de que lleguen a un mejoramiento, allanándoles los obstáculos que injustamente se oponen como barreras, pero dejando a cada cual que lo alcance o no segun sus particulares condiciones físicas, intelectuales i morales.

IV

Ahora bien: cuando se nos invita a combatir el socialismo, así en block, en absoluto, ¿se habla tan solo del socialismo comunista i colectivista en sus diversas faces, o se hace alusion a todo lo que en rigor se llama socialismo, o sea, a toda tendencia al mejoramiento económico de las masas populares por medio de la accion directa del Estado o de la sociedad?

---

(23) Guillermo Subercaseaux, *Cuestiones fundamentales de economía política*. Santiago, 1907, páj. 126.

(24) Guillermo Subercaseaux, obra cit. páj. 126.

(25) Ibid. páj. 126.

Si lo primero, estamos de acuerdo, porque, junto con los Leroy-Beaulieu, los Spencer, los Rostand i otros pensadores, consideramos ese socialismo como anticientífico, retrógrado i utopista.

Ese socialismo, en sus aspiraciones, es anticientífico; porque prescinde del testimonio de la historia i de la sociolojía, en cuanto demuestran que la sociedad no es una máquina artificial que puede ser desarmada i rehecha en otra forma por mandato del lejislador, sino que es como un organismo vivo, que se desarrolla i perfecciona en virtud de leyes naturales que, en último análisis, son análogas a las que rijen todo el mundo orgánico, i que solo en cierta medida pueden ser modificadas por la obra del hombre. Los testimonios esperimentales de esto son innumerables, ya históricos, ya de la época presente.

Ese socialismo es anticientífico, porque desconoce el principio de la desigualdad biolójica de los hombres, que se traduce en las desigualdades físicas i mentales que llevan a cada uno a situaciones, a conducta i suerte distintas, hecho natural contra el cual se estrellarán inútilmente todos los esfuerzos para igualarlos en su condicion económica, que resulta de allí, como se estrellarian si pretendieran darles una misma potencialidad mental, unos mismos sentimientos morales o un mismo organismo físico. Es falsa, como lo acredita la mas vulgar observacion, la tésis de Proudhon cuando sostiene que la desigualdad mental de los hombres no tiene una causa orgánica sino que deriva precisamente de la desigualdad económica, de tal manera que, desapareciendo ésta, concluiria aquella.

Ese socialismo es anticientífico; porque al proponer sus reformas, cierra los ojos a la evidencia de lo desastrosas que son, tal como él las concibe. Ese concepto fué el que levantó los talleres nacionales de Francia en 1848, que se derrumbaron al peso de su propio absurdo; un concepto análogo fué tambien el que inspiró las misiones jesuitas del Paraguai, una sociedad de autómatas que volvieron al estado salvaje cuando concluyó el réjimen de comunidad que los gobernaba (26).

Es anticientífico; porque desconoce igualmente el modo de ser moral del hombre mismo; manifiesta ignorar las leyes psicolójicas que constituyen parte integrante de su mentalidad en la actual civilizacion, que impulsan su accion en la vida i cuya índole i naturaleza se dejan ver en la historia de los progresos realizados en las ciencias, en las artes i en las industrias: todos estos son hijos de la libre actividad del individuo, i si los realiza, es porque lo impele el interes propio, la espectativa de ser dueño del beneficio, i desde el momento en que este grande estímulo le falta, nada investiga, nada descubre, nada hace: ningun progreso, ningun des-

(26) Barros Arana, *Compendio de Historia de América*, Santiago, 1865, parte III, páj. 43.

cubrimiento ha salido del seno de la esclavitud; es la mente libre la que piensa i la que crea; i es porque son del individuo sus facultades i sus órganos como su persona i su vida, i, por consiguiente, a él solo le incumbe, en principio al ménos, ponerlos en accion i usufructuarlos sin que ninguna autoridad estraña tenga derecho de sujetarlos i aprisionarlos o arrebatarle el fruto de sus esfuerzos; i cuando esto llega a suceder como sistema, el hombre embota sus facultades, se degrada i pierde hasta la conciencia de su propia personalidad... Todavía desconoce ese socialismo que si, en un momento dado, un hombre o una reunion de hombres consienten en hacer esa enajenacion de sí mismos, ello no puede ser permanente, porque tarde o temprano se despierta la tendencia a la libertad que sabe arrollar cuanto obstáculo se le pone por delante. Cuanto se asiente sobre el espíritu de indepencia en el hombre, tratando de ahogarlo, será como un castillo de naipes colocado sobre el dorso de un toro indómito, adormido quizas, pero no muerto.

Ese socialismo es retrógado en su concepto político; porque para realizar sus ideales quiere hacer volver las sociedades al concepto de la omnipotencia del Estado, a establecer en otra forma el Gobierno absoluto de Atenas i Esparta, del Imperio Romano, de Felipe II, de Luis XIV, como quiera que el Estado no podria despojar a los individuos de su propiedad actual i futura i de su libertad de accion, sino doblegando su naturaleza, amordazándoles la boca, atentando a la libertad del pensamiento, cohibiendo en una palabra i anonadando toda su personalidad, para lo cual necesita disponer de una autoridad que abarque, no solamente la vida pública, sino tambien la vida privada de los individuos. Seria un error profundo imajinarse que ese socialismo no se veria obligado, por la fuerza de las cosas, si su sistema hubiera de ser una realidad, a entrometerse hasta en los mas íntimos detalles de la vida doméstica.

Ese socialismo es retrógado en su concepto de la moral política; porque él no intenta concluir con el despotismo de los capitalistas, sino para reemplazarlo por el despotismo de las clases obreras como lo observa M. Anatole Leroy Beaulieu, provocando, pero con los términos invertidos, los mismos antagonismos de clases i acerbas luchas que hoi presenciamos, cuyo resultado final no seria difícil vaticinar. «Quienquiera que estudie en los escritos de M. M. Taine i Tocqueville», dice Spencer (27), «el estado de cosas que precedió a la revolucion francesa, verá que esta terrible catástrofe fué provocada por una reglamentacion de tal manera excesiva de la actividad humana hasta en sus menores detalles, una absorcion tan exhorbitante de los productos de esta actividad en provecho del Gobierno, que habia llegado a ser poco ménos que imposible la vida.» I como de tales

(27) Herbert Spencer, *L'individu contre l'Etat*, Paris, 1885, páj. 157.

causas emanan tales efectos, el resultado del réjimen socialista seria tambien, a la larga, si el cambio de rumbo hacia los abandonados senderos de la libertad humana, no se producia por medios lentos i pacíficos, una catástrofe semejante a la revolucion francesa.

Ese socialismo es retrógrado bajo el punto de vista de la moral individual i social pura, porque tiende a destruir todos los vínculos i fundamentos morales de los paises civilizados, familia, relijion, propiedad, principios éticos, etc. (28).

Ese socialismo es retrógado en su concepto económico, porque vuelve a creer en la eficacia de la reglamentacion de la industria i el comercio, de la produccion i de la distribucion i consumo de la riqueza i en la bondad de las corporaciones obreras de otros siglos, que una triste esperiencia ha demostrado ser propias tan solo para detener el progreso económico; i porque al mismo tiempo, priva al hombre del grande estímulo del trabajo, que es el derecho a lo que produce.

Ese socialismo es retrógado en su concepto jurídico como consecuencia de su falso concepto moral, político i económico; porque pretende colocar dentro de la esfera del derecho aun relaciones a que la lei no podria llegar sino resucitando inquisiciones de otros tiempos i que van precisamente contra los anhelos de libre esparcimiento de las facultades i actividades individuales, en cuyo nombre, sin embargo, pretende luchar.

Ese socialismo es utopista, en fin, como consecuencia de todo lo dicho; porque sueña con una organizacion social irrealizable, e insostenible si llegara alguna vez a realizarse. He leido muchos libros de los escritores de ese socialismo, con el deseo de encontrar, en alguna parte siquiera, un bosquejo concreto de organizacion social comunista o colectivista, una constitucion, diré, i una lejislacion ideadas en principios o artículos precisos para rejir semejante sociedad; pero en vano; todo son vaguedades, crítica en mil formas de lo existente, pero nunca fórmulas lejislativas concretas en su reemplazo. Creo que si alguna vez se redacta un Código semejante será la obra mas acabada de la opresion humana i de lo imposible en la sociedad.

Si es, pues, a este socialismo al que nos invita a combatir el partido conservador, estamos listos, eso sí que usando de las armas que mas adelante señalaré; pero creo que no conviene al partido conservador de Chile como a los partidos relijiosos intransijentes de todas partes, invocar la libertad como grito de guerra, porque incurre en la manifiesta contradiccion de combatir la reglamentacion del trabajo i de la distribucion de la riqueza

---

(28) Ese socialismo en Norte-América, es sin embargo, relijioso, en el sentido de que la masa de los individuos es relijiosa; al reves sucede en Europa, especialmente en Francia.

como contrarias a la libertad humana, cuando acepta i pide, no obstante, que la lei i la autoridad se entrometan en lo que hai de mas recóndito i sagrado en el hombre, como es su conciencia, que es su pensamiento mismo, oponiéndose a la plena libertad e igualdad relijiosa....

Pero si por socialismo entiende, ya que no se hace distincion, todas aquellas tendencias o doctrinas que he señalado ántes, entónces no podemos ni debemos, como liberales, aceptar esa invitacion, porque ella va contra nuestros ideales de progreso.

En efecto, hemos visto que el socialismo es la espresion o el síntoma de una dolencia que aqueja a la sociedad moderna en los paises civilizados i cuya existencia o realidad, como dice un economista, nadie podrá atreverse a negar, cual es la desastrada condicion económica de las clases populares que componen la gran masa de la poblacion, a consecuencia, si no esclusivamente, lo que seria un error creer, pero en gran parte al ménos, de una inequitativa reparticion de la riqueza entre los individuos, impuesta a su vez por los factores que dominan en la actual organizacion económica de la sociedad.

El sistema de la libre concurrencia, puesto al servicio del gran principio edonístico o de economía de las fuerzas, es decir, la tendencia a obtener el mayor provecho posible con el menor esfuerzo posible, amparado por un sistema político-jurídico congruente, el individualismo con su fórmula «laissez faire, laissez passer», aun con atenuaciones, es lo que en las sociedades modernas ha producido esta dolencia.

En el antiguo réjimen, ni hasta mediados del siglo XIX, habia la posibilidad de ello; porque, sin grandes maquinarias i fuerzas naturales impulsivas, no existian la gran produccion ni las grandes acumulaciones de capital; i por otra parte, el sistema de gremios de trabajadores i la reglamentacion legal de su respectiva industria, si bien era fuente de otros daños, impedia la concurrencia o la debilitaba en términos de hacerla prácticamente insensible.

Pero la Revolucion francesa abolió las trabas puestas a la libertad de industria i de trabajo: con esto cada uno quedó entregado a sus propias fuerzas, sin la tuicion de la lei; i luego sobrevinieron los descubrimientos del vapor i de la electricidad, i tras ellos, la asombrosa multiplicacion de las máquinas, con lo cual nació la grande industria, se formaron las grandes acumulaciones de capitales i se produjo naturalmente, por la fuerza de las cosas, i no por obra deliberada de nadie en particular, el avasallamiento económico de las masas menesterosas por las masas capitalistas, que les ofrecian pagarles su trabajo. Libres ámbas, se realizó la fábula de la Paloma i el Milano.

No tardó mucho en sentirse por aquéllas todo el peso de su situacion, i como por otro lado se proclamaban los principios de la soberanía popu-

lar i de la igualdad natural de todos los hombres, en cuyo nombre el proletario habia alcanzado su segunda redencion, en la tierra, su redencion política, le pareció un crímen su estado económico, comenzó la protesta, cada vez mas formidable, i se enjendró el odio al capital, a la propiedad, al maquinismo i a las instituciones sociales i políticas que los sancionaban i amparaban. I como junto a los desastres económicos de los unos i de la insaciable avaricia de los otros se esparcian mas i mas las ideas filosóficas destructoras del órden moral existente, hemos venido a dar en el deplora ble estado actual de cosas, que reclama un pronto i enérjico remedio, señalando un deber ineludible a los partidos políticos de las naciones.

El gran movimiento humanitario i salvador se ha iniciado, en efecto, en diferentes formas i con diferente intensidad en la jeneralidad de los paises cultos de Europa i América i es tambien motejado como *socialismo* por los economistas i filósofos individualistas. «El socialismo de Estado», dice Paul Leroy Beaulieu en el prefacio de una de sus obras (29), «el socialismo de la cátedra, el socialismo cristiano, todas esas variedades inconscientes o hipócritas del socialismo puro i simple, todos esos cómplices o esos precursores del colectivismo, deben ser combatidos sin descanso por todos los que se deben a la civilizacion, es decir, no solamente a un conjunto precioso de bienes materiales, sino a la libertad individual i moral.—No puede transijirse con el socialismo; no cabe sino rechazarlo.»

Así se califica i así se condena por Leroy Beaulieu, por Spencer i otros campeones del individualismo, toda tendencia que se aparte de los rumbos trazados por este sistema a la política interna de los pueblos modernos.

Pero nosotros no podemos ni debemos aceptar este criterio, porque frente a él hai otro que juzga de las cosas sin la exajeracion de los fanáticos de una escuela, que no ven sino un aspecto de la cuestion.

A aquellas palabras de Leroy Beaulieu pueden oponerse estas otras de M. Brunetière: «El individualismo, nunca lo diremos lo bastante, es la grande enfermedad de los tiempos actuales; no lo es el parlamentarismo, ni el socialismo, ni el colectivismo» (30). I la frase de M. Anatole Leroy Beaulieu, parodiando a Gambetta: «El socialismo, hé ahí el peligro» (31), puede volverse así: «El individualismo, hé ahi el peligro.»

Ese individualismo, que no es otra cosa, como doctrina política, que el egoismo elevado a la categoría de principio directriz en el gobierno de la sociedad, i que no sé si es lo que se nos preconiza desde el campo conservador cuando se nos invita a combatir el socialismo, que es su antítesis, es, en efecto, hoi dia una doctrina caduca i peligrosa desechada por el buen

(29) Citado por J. Guérin, *La Faillite du Socialisme*, páj. 7.

(30) A. Darlu, *Brunetière i el individualismo*, Revista de Chile, 15 de Enero de 1900.

(31) Anatole Leroy Beaulieu, *Discurso pronunciado en el comité de defensa i de progreso social*, Revista de Chile, 15 de Setiembre de 1899.

sentido de los estadistas dirijentes de todos los paises cultos de Europa i América, i que no resiste á un análisis hecho a la luz de la historia i de las leyes que presiden el desenvolvimiento social. Sus partidarios, esos sí que tienen sus papeles mojados...

El fué una reaccion exajerada, una protesta hiperbólica contra la pretension del antiguo réjimen de ahogar todas las libertades con las manos del absolutismo político de las oligarquías o autocracias, que nada respetaban en el individuo.

«Este concepto», dice Bluntschli, «nació en la segunda mitad del siglo XVIII de los esfuerzos contra la manía de entónces, bienhechora quizás pero insoportable, de gobernarlo todo, sistema que se justificaba por la idea del bien i del interés jeneral. Limitando el fin del Estado á la seguridad del derecho, parecia que se hallaba una fórmula victoriosa...» (32). I Laveleye dice: «Los malos gobiernos han hecho tanto mal a los hombres por la guerra, por la espoliacion organizada i por el exceso de impuestos mal establecidos, que los economistas quieren reducir lo mas posible la accion del Estado» (33).

Esta fué la doctrina política que triunfó con la Revolucion francesa de 1789 i se convirtió en la bandera de combate de los partidos liberales de los paises europeos en la primera mitad del siglo XIX. La violenta reaccion contra el antiguo réjimen que tuvo su estallido en la Revolucion francesa, continuaba i era menester mantener las conquistas de la democracia contra las tentativas i tendencias reaccionarias de los antiguos sistemas i tradiciones que luchaban por mantener o recuperar su imperio; i de consecuencia en consecuencia, se cayó cada vez mas en la exajeracion, llegando a aceptarse como ideal del gobierno social el *Estado-gendarme;* a la omnipotencia del Estado se opuso el anonadamiento del Estado, combatiendo su intervencion en todo aquello que no fuera la garantía del derecho libremente establecido en los contratos, en el órden interior, i la defensa de la colectividad en el esterior.

Pero nunca la verdad se encuentra en la exajeracion. Por eso, no obstante la seduccion que produjo la nueva doctrina política, que servia admirablemente los intereses de las clases dirijentes i que se vistió con el ropaje de la ciencia económica, que pretendia monopolizar, ella no podia prevalecer indefinidamente sin que se la redujera a sus justos límites.

Se desconocia la mision civilizadora activa, no meramente pasiva que corresponde al Estado segun las enseñanzas de la historia i que es una verdadera lei sociolójica, porque es consecuencia de la lei de perfectibilidad a que están sometidas las sociedades por estarlo el hombre mismo, accion

---

(32) Bluntschli, *Derecho Público Universal*, Madrid, 1850, t. I, páj 261.

(33) Laveleye, *Economía Política*, páj. 288.

que tiene que ser por la fuerza de las cosas tanto mas intensa i directa, cuanto mayores necesidades sociales se sientan, como lo demuestra la esperiencia. Esa era una doctrina contra la historia, contra el progreso, contra la naturaleza humana.

En materias económico-sociales, ella importaba sancionar un verdadero darwinismo social. Entregados a sí mismos el capitalista i el obrero, se lanzaba a la arena a luchar la fuerza con la debilidad. El triunfo no podia ser dudoso. Pero esta lei darwiniana pudo ser aceptada entre los hombres en la época en que disputaban un albergue a los monos en el ramaje o a los osos en las cavernas, jamas en nuestra época, en los paises cultos, en donde al imperio de la fuerza se ha sustituido i sustituye cada vez mas el imperio del derecho.

La reaccion, pues, contra el individualismo, contra esta exajeracion del liberalismo, empezó en el terreno de las ideas i en el de la política práctica.

La mayoria de los mas eminentes publicistas i pensadores contemporáneos, desde mediados del siglo último, han combatido ese individualismo, insinuando nuevas doctrinas sobre la accion del Estado i la del individuo, que si bien no son idénticas en sus fórmulas, coinciden, sin embargo, todas ellas en la necesidad i la lejitimidad de una accion mas intensa i directa del Estado en la vida social, singularmente en las cuestiones económico-sociales.

Miguel Chevalier decia: «En el hecho, se opera una reaccion en los mejores espíritus; en las teorias de economia social que ganan favor, el poder cesa de ser considerado como un enemigo natural; aparece cada vez mas como un infatigable i benéfico ausiliar, como un apoyo tutelar. Se reconoce que está llamado a dirijir la sociedad hacia el bien i a preservarla del mal, a ser el promotor activo e intelijente de los mejoramientos públicos, sin pretender el monopolio de esta bella atribucion.» (34).

Bluntschli, combatiendo la fórmula del individualismo, escribe: «El sentimiento del derecho no es el solo activo en la nacion: esta tiene igualmente necesidades económicas que no tienen nada que ver con la seguridad del derecho, tales como vías, canales, ferrocarriles, correos, que solo puede satisfacer el Estado; a lo cual no se atreveria, sin embargo, si solo fuese Estado de Derecho. Los grandes intereses civilizadores, escuelas populares, científicas, artísticas, técnicas, tampoco pueden prescindir de los cuidados del Estado ni deben abandonarse al arbitrio privado o a la autoridad calculada o dominadora de la Iglesiá». «En realidad, la fórmula es insuficiente sobre todo para los Estados civilizados del mundo moderno,

---

(34) Miguel Chevalier, citado por Cauwès, *Cours d'Economie Politique*, t. I, paj. 185.

pudiendo a lo sumo convenir al sistema misto del derecho privado de la Europa feudal.» (35).

Holtzendorff, despues de combatir las diversas formas del individualismo en nombre de la ciencia i del progreso de las sociedades, dice: «La doctrina moderna del derecho del Estado, alcanza a determinar de un modo mas preciso i políticamente mas útil, los fines de aquel, ya se investigue... mediante proceso negativo, lo que debe quedar *fuera* de la esfera coercitiva... ya se trate de señalar lo que corresponde a la naturaleza propia de cada pueblo»... «En primer término, está fuera de duda que los fines *reales* de la vida del Estado, emanan de la *conciencia* íntima de las naciones i nunca solamente de las construcciones teóricas de un Estado ideal, ni de las exijencias egoistas de los partidos, como tampoco puede atribuirse a las doctrinas jenerales del Estado otra mision, en esta materia, que la puramente crítica»... «Las relaciones fundamentales que descubre la conciencia nacional en las operaciones políticas se presentan por todas partes bajo tres formas al ménos segun se suponga: 1.° El pueblo en su territorio circunscrito frente a otros pueblos; 2.° El pueblo en la unidad conjunta de su voluntad; 3.° El pueblo en su unidad de vida enfrente al conflicto de los intereses de las personas sociales que dentro de él se dan.» «Nace de estas tres relaciones esenciales de la conciencia nacional la necesidad de admitir tres fines del Estado: de la primera, el fin de *potencia nacional:* de la segunda, el fin de la *libertad* o del *derecho individual;* i de la tercera, el fin de la *cultura social...*»

«El fin jurídico del Estado consiste... en asegurar de una manera sólida (segun la exijencia hoi jeneral en la conciencia de las naciones europeas) bajo formas claramente determinadas, el libre desenvolvimiento de la persona humana en la esfera que no está necesariamente reservada a la autoridad del mismo Estado.»

«El fin de cultura del Estado, en las condiciones presentes, consiste principalmente en la conservacion de la paz económica i relijiosa en la sociedad»... «Para conseguir este fin no basta que el Estado permanezca neutral en la lucha de intereses entre los grupos corporativos mas numerosos, que mantenga el órden público i la paz interior i tome la defensa de los derechos individuales contra los ataques de las instituciones sociales; semejante actitud tendrá un carácter esencialmente negativo. Importa que adopte una actitud positiva en esto del fin de cultura, desarrollando progresivamente el espíritu público, base necesaria de la unidad nacional.» (36).

Laveleye dice: «El progreso de la civilizacion no ha sido posible sino por la accion del Estado. El Derecho, definido e impuesto, es obra del Es-

---

(35) Bluntschli, obr. cit., t. I, paj. 261.

(36) Holtzendorff, *Principios de Política*, Madrid, 1888, pajs. 234 i siguientes.

tado, i el Derecho, garantizando el producto del trabajo a quien lo ha creado, es el que determina la produccion. Construyendo los caminos i llevando a ellos la seguridad, el Estado ha favorecido el cambio, la division del trabajo, la alta industria, el comercio, el enriquecimiento i la solidaridad del jénero humano. Por la instruccion, el Estado difunde la ciencia i los conocimientos indispensables, que son las principales fuentes del bienestar i de la verdadera civilizacion.» (37) I en otra de sus obras agrega, refutando a Spencer: «Yo pienso que el Estado debe usar de sus medios de accion lejítimos para establecer entre los hombres mas igualdad proporcional a los méritos, creo que esto es conforme a su mision propia, al derecho racional, al progreso de nuestra especie, es decir, a todos los derechos i a todos los intereses que invoca Mr. Herbert Spencer» (38).

El economista Cauwès dice: «El Estado es mas que una abstraccion, es una fuerza colectiva, un poder activo en el órden moral como en el órden económico... De este elevado concepto de la mision del Estado pueden sacarse varias consecuencias jenerales: 1.ª El Estado tiene funciones relativas al órden público o a la conservacion social. Estas son atribuciones esenciales; 2.ª pero el Estado no es un órgano pasivo, «le corresponde ser el promotor activo e intelijente de los mejoramientos públicos.» El Estado, diremos, es una palanca para el progreso social. De esta idea derivan las atribuciones facultativas de la autoridad pública; 3.ª el Estado es un poder nacional; personifica la solidaridad de las fuerzas sociales. No es un mal necesario, sino un elemento indispensable a la civilizacion; 4.ª entre el Estado i el individuo no hai antagonismo, sino cooperacion: las fuerzas individuales se desarrollan gracias al órden creado por el Estado, i su poder de espansion es secundado por el impulso que reciben de él; 5.ª esta cooperacion debe estar en armonía con el carácter i las necesidades de cada pais. Es, pues, necesario descartar la idea de un tipo inmutable de atribuciones, sea en el sentido estensivo, sea en el restrictivo. Pero teniendo el Estado un dominio propio, lo mismo que el de la iniciativa individual, se estiende con el progreso de la civilizacion. De esta presuncion Dupont-White ha hecho una verdad científicamente establecida, demostrando que el desarrollo de la iniciativa privada, léjos de hacer inútil la accion del Estado, le proporciona mas numerosas ocasiones de ejercitarse. Las atribuciones del Estado no varian en razon inversa, sino mas bien en razon directa, de la actividad económica jeneral» (39).

«Esta escuela, dice otro economista, refiriéndose al socialismo de Estado, «ha sido útil tambien demostrando que esta desconfianza excesiva en

---

(37) LAVELEYE, *Economía Política*, páj. 289.
(38) LAVELEYE, *Le Socialisme Contemporain*, páj. 379.
(39) CAUWÈS, obr. cit., t. I, páj. 187.

el Estado manifestada por la escuela liberal—no dejándole apénas otro rol que el de preparar su abdicacion progresiva—no parece científicamente establecida. La historia nos muestra al Estado como un factor mui activo del progreso social (abolicion de la esclavitud, de la servidumbre, del señorío, lejislacion industrial) i cuyas atribuciones van ampliándose sin cesar» (40).

«La doctrina del Estado-jendarme», dice Villey, «apénas si tiene partidarios hoi dia. Todo el mundo comprende que es indispensable un grande esfuerzo social para salir de un estado de malestar social preñado de amenazas para el porvenir, i la insuficiencia de la accion de las clases dirijentes es por desgracia demasiado manifiesta para que la accion del Estado no aparezca como necesaria» (41).

«En la hora actual», dice Henry Michel, «la cohesion que ántes ligaba las diversas partes del sistema (individualista) ha desaparecido, i la confianza en el valor absoluto de sus propias ideas falta, salvo raras escepciones, a los últimos representantes de la Escuela. Ademas, léjos de referirse a una filosofía como el eclecticismo, que les permita un punto de apoyo medianamente resistente, pero real, esperimentan, en mayor o menor grado, pero todos en algun grado, la atraccion de un método i de una vista jeneral de cosas incompatibles con sus principios» (42). I en seguida añade: «La excelencia de las instituciones libres, en particular del réjimen parlamentario, el principio de la no intervencion del Estado en el órden económico como en el órden de las cosas morales, el acuerdo de la libertad i de la democracia, tales eran, recordémoslo, las tésis esenciales de la escuela liberal. Estas tésis han sido desde entónces tantas veces criticadas i de tantos lados a la vez, que se encuentran hoi dia pocos escritores, aun entre los que se califican de individualistas, que las sostengan en conjunto i cada una en su integridad. Si se exceptúan los «Principios de Derecho» de M. Beaussire i «El Derecho individual i el Estado» de M. Beudant, casi no conozco libro reciente, inspirado por el pensamiento individualista, que no haga sobre cuestiones capitales, a los adversarios del individualismo, concesiones importantes, a veces decisivas» (43).

En efecto, los dos mas ilustres representantes de esta escuela en los últimos años, Mr. Herbert Spencer en Inglaterra i Mr. Paul Leroy Beaulieu en Francia, presentan la cuestion en tales términos, que importan una lucha en retirada.

Mr. Spencer, en su obra «L' individu contre l'État», despues de discurrir en cuatro largos i nutridos capítulos sobre lo perniciosa que es la

(40) Gide, obr. cit., páj. 32.
(41) Villey, obr. cit., páj. 150.
(42) Henry Michel, *L'Idée de l'État*, Paris, 1898, páj. 561.
(43) Ibidem, páj. 562.

intervencion del Estado en todo lo que no sea defensa esterior de la colectividad i la garantia de los derechos libremente contratados en lo interior, i de encarecer lo felices que serían los pueblos si aceptasen el ideal individualista, i los peligros que entraña el socialismo, dice en el último capítulo de su obra, que debió ser el primero: «¿Me será dado esperar que esta doctrina encuentre algun favor? Bien querria yo responderme que sí, pero desgraciadamente diversas razones me obligan a concluir que solo aquí i allá algun ciudadano aislado podrá modificar su credo político. De estas razones, una enjendra a todas las demas. Esta razon esencial es que la restriccion del poder gubernamental dentro de los límites asignados no conviene sino al tipo industrial de la sociedad; i que, totalmente incompatible con el tipo militar de ella, lo es parcialmente con este tipo, semi-industrial, que caracteriza a las naciones adelantadas de hoi» (44). Segun el propio Spencer, la teoría individualista no es, pues, actualmente adaptable a ninguna nacion civilizada: es, dice, un mero *ideal;* pero yo pienso con los demas que, en vez de ideal, debió escribir: «un sueño utópico i funesto.»

Paul Leroy Beaulieu aplica tambien toda su ciencia i su talento de analista en su obra «L'État moderne et ses fonctions» (45) a combatir la intervencion del Estado en negocios que, segun la doctrina individualista, quedan fuera de su órbita de accion; pero su crítica, como la crítica misma de Spencer, se refiere propiamente a los vicios de su accion por causa de la defectuosa organizacion político-administrativa, como lo observa M. Gide (46), que no a su naturaleza, o sea, la condena principalmente por lo que es en la práctica, antes que bajo el punto de vista teórico.

Pero si esta doctrina i sus variedades han hecho ya su época en el campo de la especulacion filosófica, su bancarrota en el terreno de la política práctica es aun mayor. Los estadistas de todos los paises cultos se han apartado de ella, i lo que es mas curioso i sujestivo, sus propios adalides le han vuelto la espalda cuando se han visto colocados frente a frente de la realidad de los problemas sociales. Guillermo de Humboldt, uno de los primeros campeones del individualismo, llevado al Ministerio de Instruccion Pública de Prusia, hizo todo lo contrario de lo que predicaba en su célebre obra «Ensayo sobre los límites de la accion del Estado», libro que, por ser una contradiccion consigo mismo, no se atrevió a publicar i que solo fué dado a luz despues de su muerte.

Una nueva doctrina i un nuevo criterio práctico han comenzado a aplicarse a la administracion pública de los paises cultos. La necesidad de ello fué así formulada por el gran economista aleman Schmoller en el

---

(44) H. Spencer, obr. cit. páj. 159 i sig.

(45) Leroy Beaulieu, *L'Etat Moderne et ses fonctions,* Paris, 1900.

(46) Gide, obr. cit. páj. 31 i sig.

Congreso de Eisenach de 1872, punto de partida del llamado socialismo de la cátedra: «La division profunda de clases en el seno de la sociedad actual, la lucha abierta entre patrones i obreros, entre propietarios i proletarios, el peligro, lejano todavia pero amenazador para el porvenir, de una revolucion social, han dado nacimiento, desde hace algunos años, a dudas sobre la verdad i sobre el triunfo definitivo de las doctrinas representadas por los Congresos de los Economistas, i de todas partes se pregunta si la plena libertad del trabajo i la supresion completa de los envejecidos reglamentos de la Edad Media traerá esa situacion perfectamente dichosa que nos habian prometido los entusiastas de las doctrinas del *laisses faire*.... Aunque poco satisfechos de las condiciones sociales actuales i convencidos de la necesidad de reformas, nosotros no predicamos ni el trastorno de la ciencia ni del órden social i protestamos contra todas las esperimentaciones socialistas. Los grandes progresos que constata la historia son el resultado de la obra de los siglos. La lejislacion económicu existente, los modos actuales de la produccion, las condiciones psicolójicas de las diferentes clases deben ser la base de nuestra actividad reformadora. No pedimos ni la supresion de la libertad individual, ni la supresion del salariado; pero no queremos permitir, en nombre de principios abstractos, que los abusos mas hirientes lleguen a ser cada dia mayores, i que la pretendida libertad del contrato conduzca en realidad a la esplotacion de los trabajadores. No deseamos que el Estado avance dinero a los obreros para ensayar sistemas destinados a una caida inevitable; pero pedimos que se ocupe de una manera mui distinta de como lo ha hecho hasta aquí de su instruccion i de su educacion i que vea si el trabajo no se realiza en condiciones que deban traer como consecuencia inevitable la depresion del trabajador» (47).

Esta enérjica propaganda surtió su efecto en Alemania. Bismarck, enemigo encarnizado de las escuelas socialistas, comprendió al fin que era indispensable impedir el peligro previsto, haciendo algo en pro del mejoramiento de las clases trabajadoras i concluyó por iniciar en Alemania, como se sabe, una de las obras mas completas de socialismo de Estado que se han hecho en Europa; i el actual Emperador, Guillermo II, ha puesto su mayor empeño en llevarla adelante. En su célebre mensaje al Reichstag en 1881, estos estadistas establecen el principio «del deber del Estado hácia sus miembros necesitados, no como un simple deber de humanidad i cristianismo, sino como una tarea de política conservadora. Se trata de mantener, aun en las clases sin fortuna, que son las mas numerosas i las ménos instruidas, la concepcion de que el Estado es una institucion, no solo necesaria, sino benéfica (48). Al mismo tiempo, el Emperador ha dado

(47) Citado por VILLEY, *Le socialisme contemporaine*, páj. 129.

(48) SEIGNOBOS, *Histoire Politique de l'Europe contemporain*, páj. 475.

el grito de alarma contra los avances del socialismo revolucionario: «Señores», dijo en 1894 en su discurso de Könisberg, «a vosotros se dirije mi grito de ausilio. De pié, al combate por la relijion, la moral i el órden contra los partidos de la subversion» (49).

Esta misma via de reforma social, llamada «la nueva ruta» en Alemania, era seguida ya desde ántes en otros paises de Europa, especialmente en Inglaterra. La Inglaterra nos es presentada jeneralmente como la patria del individualismo en todas sus manifestaciones, del *self-government* personal i político, del libre cambio, etc.; i sin embargo, en pocos paises del mundo el Estado o la autoridad en jeneral, central o local, ha tenido i tiene una intervencion mas ámplia i mas provechosa en el mejoramiento social. En el terreno de la economía social, Inglaterra poco o nada que envidiar tiene a Alemania o a Francia. Los dos grandes partidos históricos, conservador i liberal, pero sobre todo el primero, han coadyuvado alternativamente a esta obra (50), que ha puesto a raya allí principalmente al socialismo revolucionario, lo mismo que Estados Unidos, la segunda patria del individualismo i de la libertad.

Es jeneral hoi el movimiento en todos los paises, en mayor o menor escala, hácia el mejoramiento de las clases desvalidas por medio de una accion eficaz del Estado, conservando siempre las bases políticas i morales de la época moderna.

V

Estos nuevos estados sociales, determinando nuevos conceptos éticos, han debido naturalmente producir nuevos ideales i tendencias en los partidos políticos.

En la sociedad no puede haber doctrinas absolutas; si las necesidades i el estado social cambian, es indispensable que los partidos políticos evolucionen para procurar el bien social conforme a los nuevos medios de existencia i a los nuevos conceptos económicos, éticos i jurídicos. De otra manera son partidos políticos de una sociedad o de una época que ya pasó i no lo son de la sociedad i de la época actuales.

Si el concepto de la libertad profesado por el partido liberal en la primera mitad del siglo XIX resultaba exajerado i perjudicial a los intereses sociales tal como se le estaba aplicando, era forzosa su modificacion. De aquí ha nacido el fenómeno, anotado por muchos, de que los partidos conservadores se hayan convertido en algunas partes en los campeones de

---

(49) Ibid., páj. 484.

(50) Los nombres de Peel i Disraeli, *tories*, deben ser recordados en esta materia al mismo título que los de Russell i Gladstone, *wighs*.

las libertades conquistadas por el liberalismo. No podria ser de otra manera, puesto que el partido liberal, que es esencialmente evolucionista i representa ante todo las fuerzas dinámicas en la política, tiende a reformar su concepto político de la libertad, i que los partidos conservadores, que representan ante todo las fuerzas estáticas en la política, procuran siempre mantener las formas sociales en cierta inmobilidad, resistiendo o dificultando la reforma. Por la misma razon estos partidos conservadores combatieron ántes la libertad en todas sus formas reclamada por el liberalismo.

He dicho en otra ocasion que el ideal del partido liberal no es, en mi concepto, la libertad misma; sino la felicidad del individuo en sociedad, buscada por medio de la libertad i en cuanto ella dependa de la organizacion política. Es necesario, pues, medir la libertad con la justicia. Su fórmula práctica, a mi juicio, debe ser: El máximum de desarrollo de las individualidades dentro de los intereses jenerales de la colectividad.

Este concepto del liberalismo hace inútiles o incongruentes las objeciones que se dirijen a este cambio de su rumbo en presencia de las condiciones actuales de la sociedad, en el sentido de que el Estado ayude activamente, i no como un simple guardian del órden público, a la solucion del problema económico-social por medio de leyes que tiendan, por una parte, a establecer un equilibrio de fuerzas entre el capital i el trabajo, a fin de apartar aquellas causas de inequitativa reparticion de la riqueza que resulta de la inferioridad en que el trabajo se encuentra frente a frente al capital; i por otra, a procurar el mejoramiento biolójico i mental del mayor número posible.

Al proceder así, el liberalismo no viola el principio de la libertad, porque no puede aplicarlo sin tener en cuenta sus fines; él no va tras la libertad absoluta, porque esto es la destruccion de la sociedad. El liberalismo no viola con esto el principio de la libertad mas de lo que lo viola en cualquiera otra forma de existencia social, puesto que todo el derecho, que es indispensable en la sociedad, porque es el órden, en último análisis es una restriccion de la libertad individual.

Debe, todavía, tenerse en cuenta que la accion del Estado no tiene un cartabon fijo a qué atenerse, porque no está trazada con líneas matemáticas el límite de la accion de la autoridad i el de la accion del individuo, i es un punto que queda, a la verdad, entregado a la especulacion del entendimiento de cada cual, subordinado a la accion del medio i de otros factores variables i puede llegarse por lo mismo a soluciones distintas bajo el punto de vista positivo, sin que pueda, por consiguiente, reconocerse título, sino con muchas reservas, al criterio de unos para condenar el criterio de otros.

Tampoco esa accion del Estado importa una violacion del principio de la propiedad individual mas de lo que la importan las restricciones que

ella necesariamente sufre en cualquier forma de sociedad organizada. Cualquier impuesto seria, en este concepto, una violacion de la propiedad i ellos, sin embargo, son necesarios. Con el mismo criterio hai que juzgar la restriccion que se haga en el terreno de la economía social. Supóngase, por ejemplo, que las prestaciones que el patron es obligado a hacer al obrero en algunos casos segun ciertas lejislaciones industriales, las hiciera el Estado con fondos exijidos por vía de contribuciones a la masa de los habitantes, o solo a los capitalistas; quedarian entónces las cosas colocadas en terreno análogo, i habria que aplicarles el mismo criterio. Se objetará que las contribuciones deben ser para beneficio comun i no dádivas a un gremio de la sociedad; pero puede contestarse que es beneficio comun el que se persigue en el segundo caso, porque se busca el apártar causas de perturbacion social, que podrian acarrear catástrofes gravemente perperjudiciales para el otro gremio i para todo el cuerpo social.

Ademas, con esa accion se sirven tendencias morales que la conciencia social puede aceptar i aun imponer: en el fondo de las reclamaciones del proletariado hai un principio de justicia innegable que golpea en nuestro cerebro i clama en nuestra conciencia. Esta es la principal causa de que ellas ganen cada dia mas terreno, no solamente en las clases populares, sino en la opinion ilustrada, sin que hayan sido bastantes para matarlas ni las formas absurdas o fantásticas que toman ni los fracasos que han esperimentado. I si la mayoría del cuerpo social quiere escuchar esas reclamaciones, a lo ménos en cierta medida, ¿habria de impedírsele en nombre de otras doctrinas que a lo mas podrian alegar un título igual para ser consideradas? Es mui cierto lo que dice Holtzendorff: Los fines del Estado en un momento histórico, son decididos en primer término por la conciencia íntima de las naciones.

La conciencia íntima de las naciones civilizadas del presente puede tambien considerar la cuestion económico-social como constituyendo una cuestion jurídica de la misma laya i al mismo título que otras cuya solucion nadie disputa ahora a la autoridad social. La lei ampara al menor en sus relaciones con el mayor de edad. I bien: en la misma línea que el menor frente al mayor de edad se encuentra colocado el obrero frente al capitalista. Si se establece tuicion sobre el menor es porque carece de la fuerza moral necesaria para tratar de igual a igual con el mayor; de una manera semejante carece de ella el obrero frente al capitalista, porque la necesidad de vivir lo estrecha. El abuso de la fuerza sobre la justicia, ya espulsado de las demas relaciones sociales, está en vigor en este caso, i no podrá desaparecer, como no desapareció allí, sino mediante el amparo de la lei, que es del resorte del Estado ¿Por qué vamos a esperar el altruismo en las relaciones del capital con el trabajo abandonados a su suerte i no lo esperamos en las relaciones de un menor i un mayor de edad? La necesidad

de justicia constituye la mas alta razon de ser de la existencia del Estado en las sociedades civilizadas del presente. Ella urje en este caso.

Solo atendiéndola en la forma indicada, se realiza el ideal de la igualdad, que no consiste en aplicar precisamente un principio uniforme a todos los individuos, sino como dijo Platon i repiten Cousin i Ahrens, que consiste «en tratar desigualmente a seres que son desiguales» (51) o como pintorescamente dijo Napoleon: «la igual aptitud de todos para pedir i obtener».

Por otra parte, hai una consideracion de órden público, de tranquilidad i conservacion social que aconseja una accion rápida i eficaz del Estado, encargado de salvaguardiar estos intereses. Ciertas doctrinas i manifestaciones del socialismo son cada dia mas agresivas i perturbadoras; se pretende desquiciar la sociedad, no ya por la vía del derecho, sino por la violencia; i el anarquismo, hijo dejenerado de esas ideas, rodea la sociedad con un círculo de teas i puñales. ¿Es posible, es sensato que el Estado permanezca solo esgrimiendo el sable del jendarme?

Finalmente, es imposible aplastar estas espansiones i estas doctrinas, que dominan en grandes masas sociales i están amparadas por el sufrajio universal, circunstancia que se olvida lastimosamente, pero que las coloca en condiciones de llegar un dia a imponerse, aun por la via pacífica. Lo que incumbe a un criterio científico es estudiar un sistema preventivo ni mas ni ménos que como se hace actualmente en el campo del derecho penal para cegar las fuentes mismas o causas del delito, i no contentarse con su simple represion. Talvez falta que avanzar en este estudio positivo de la cuestion; pero algo se ha hecho i hai a la vista elementos eficientes que pueden i deben ser combatidos en forma racional, evitando así un trastorno.

Estas son las razones que han movido i deben mover al liberalismo a propiciar una accion del Estado en pro del mejoramiento de las clases trabajadoras, aceptando la tésis fundamental del socialismo. Pero conviene dejar bien establecido, como dice un publicista ingles, que «aunque ámbos pretenden operar un cambio igual en las leyes, el objeto que pretenden alcanzar es completamento diverso. El liberalismo, en presencia del hecho indiscutible de que la libertad para elejir i determinarse es coartada en el obrero, miéntras que el capitalista, que lo ocupa, goza de ella en toda su plenitud, busca el modo de enderezar la balanza por otros medios que no sean encaminados a anular toda libertad de eleccion». «Verdad es», dice tambien el mismo publicista, «que tratándose de la lejislacion del trabajo existen muchos casos en los cuales la injerencia del Estado es aceptada

---

(51) D'AGUANNO, *La Reforma integral de la lejislacion civil*, traduccion de Dorado Montero, páj 60.

por los socialista científicos i por los liberales que conservan en toda su integridad la creencia en los viejos principios de su partido. Pero esta coincidencia es solo ocasional, i es absurdo sostener que las reformas que ámbas escuelas apoyan de buen grado solo pueden ser justificadas bajo el punto de vista socialista. Para el socialista las leyes que reglamentan las condiciones en que el artesano contrata su trabajo son pasos dados hacia la abolicion de toda competencia; para el liberal al contrario, esas leyes sirven para modificar las circunstancias bajo cuya influencia la competencia misma solo seria una ilusion» (52).

VI

A estos ideales tiende el capítulo XI del programa de nuestro partido, que trata del problema obrero. «A fin de mejorar», dice, «la situacion de las clases trabajadoras i de armonizar los intereses de patrones i obreros, evitando así en nuestro pais la lucha de clases, la Convencion considera primordial: Establecer la lejislacion del trabajo asegurando sus derechos a patrones i obreros, especialmente precisando la responsabilidad del patron en los casos de accidentes que se deban a su culpa i la de los obreros que traten de impedir a sus compañeros el ejercicio de sus derechos de trabajo», etc.. etc.

De paso diré que la redaccion de este capítulo del programa no es, a mi juicio, enteramente satisfactoria, en lo que se refiere, sobre todo, al inciso que acabo de trascribir, como primera aspiracion. «Establecer la lejislacion del trabajo, asegurando sus derechos a patrones i obreros», es no decir nada o decir una cosa inútil, puesto que toda lejislacion fija estos derechos de alguna manera, en algun sentido. De indicarse algo, habria debido ser lo sustancial en esta materia, el criterio que debe informar esa lejislacion, las bases sobre que debe descansar, que para el partido liberal no pueden ser otras que la conservacion de la libertad individual i la propiedad privada, pero hasta donde sean compatibles con el concepto moral de la solidaridad de intereses entre los individuos que viven en sociedad, en contraposicion al concepto del individualismo, que impera sin contrapeso en nuestra lejislacion actual.

Decir que la lejislacion del trabajo debe especialmente precisar la responsabilidad del patron en los casos de accidentes que se deban a su culpa, tampoco es decir nada, o decir una cosa que ya está precisada en nuestra lejislacion. La responsabilidad del patron o de cualquier persona respecto

---

(52) Párrafos de la obra *Essays in liberalism*, citados en la Revista de Chile, 15 de Agosto de 1898, artículo: *La Idea Liberal*, por Luis Arrieta Cañas.

de un obrero o de cualquier otro individuo en caso de culpa o de dolo, está perfectamente precisada en el Código Civil.

Lo que qne debió indicarse aquí tambien es la sustitucion del sistema actual de responsabilidades, basado esclusivamente en el concepto ético de la imputabilidad de los actos i de la simple justicia distributiva, por el concepto solidarista que debe presidir, no diré la responsabilidad, para no usar una palabra que ya va siendo impropia en estas materias i que se presta al equívoco, sino a la obligacion de asistencia i su forma en casos de accidentes, débanse o no estos a culpa o dolo del patron. Lo que se necesita es precisar de nuevo estas relaciones jurídicas, porque la forma en que nuestra lejislacion las consulta actualmente no satisface el ideal ético-económico que hoi predomina estas materias.

Análoga crítica puede hacerse respecto de la última de las proposiciones de ese inciso. En mi concepto, debió decirse de una manera mas franca i mas directa que necesitamos una lejislacion sobre huelgas que contemple el triple aspecto del derecho de los obreros i hasta dónde llega, el derecho de los patrones i hasta dónde se estiende i la tranquilidad i seguridad públicas. El hecho que allí se contempla, de la responsabilidad de los obreros que tratan de impedir el derecho de trabajo a sus compañeros, es un punto actualmente contemplado en nuestra lejislacion penal en varios de sus aspectos.

Pero todavía falta algo mas que indicar para la resolucion del gran problema.

La cuestion social es, si se me permite la frase, una cuestion que afecta al estómago, al cerebro i al corazon.

El estómago se alimenta con pan, i para ganarlo en las mas favorables condiciones posibles, es indispensable la lejislacion industrial completa, no restrinjida tan solo a los dos o tres puntos señalados: la práctica de los paises mas adelantados nos da ya las bases de la solucion i solo faltaria adaptar a nuestro medio especial lo que fuera mas conveniente. Complemento indispensable de ella es la que tienda directamente al mejoramiento de la condicion biolójica jeneral de los individuos. Pero el cerebro se alimenta de ideas i el corazon de sentimientos, i ámbas cosas se deben adquirir especialmente en la escuela: las ideas científicas que disipen tantos errores como sostiene o en que se basa el socialismo revolucionario; i los sentimientos del deber i de la solidaridad, únicos capaces de armonizar los espíritus.

Pero esta escuela no puede ser la escuela que tenemos en Chile, que parece ideada i organizada para perpetuar i agravar la division de clases sociales, abriéndose solo para el hijo del pueblo i siendo despreciada por el acaudalado, al cual la lejislacion de este pais republicano i democrático abre establecimientos especiales en donde no se roce con aquel, al reves

de los Estados Unidos de Norte América, en donde la escuela es comun i necesaria para todos.

Esta escuela comun i una organizacion pedagójica que no la contraríe debe ser tambien un ideal nuestro en estas materias, porque inspira el sentimiento de la igualdad, que es el alma de la democracia, i el sentimiento de confraternidad, que acerca a los hombres.

Esto es de una importancia suprema. En esta época de acerbas luchas entre clases sociales separadas por un muro de preocupaciones, de recelos i rencores; en estos dias de cruenta lidia entre el capital i el trabajo, estos dos elementos matrices de la vida económica, que la naturaleza obliga a marchar unidos, la Escuela comun está llamada a una alta mision de paz.

Ella no solo ayudará a la realizacion del ideal de la democracia política, sino que tambien coadyuvará a la consecucion del ideal de solidaridad humana, suavizando las asperezas inevitables entre hombres que nunca se han conocido, que jamas han estado en contacto, que no han compenetrado sus intelijencias i sus corazones, que se imajinan enemigos i pretenden, buscando su interes, devorarse los unos a los otros, perturbando el progreso de las naciones i amenazando arrastrar con el órden social entero...

Si la coeducacion de las diversas clases sociales no puede llegar por sí sola a impedir esas luchas, porque tienen causas múltiples que, por este solo medio, son imposibles de remover, ella puede al ménos, repito, hacerlas mas cristianas i allegará un factor poderosísimo para la solucion pacífica que las naciones buscan anhelantes.

Señores: en las instituciones gremiales de la Edad Media habia, en el mundo del trabajo, un elemento de concordia que hoi no existe bajo el réjimen de la libertad. Los maestros de las artes i oficios trabajaban en los talleres confundidos con sus operarios i aprendices i a la par que ellos, padeciendo las mismas fatigas, saboreando los mismos goces, tratándose en familia i apreciándose mútuamente; i ello impedia, en mucha parte, surjir las contiendas sangrientas que hoi mantienen en perpetua inquietud a los pueblos mas civilizados i que alcanzan ya hasta nosotros. Desarrollábase en esa organizacion el mismo sentimiento de fraternidad que está llamado a inculcar desde la niñez la Escuela Comun.

Hace algunos años partió de Inglaterra hacia la República Norte Americana una comision de individuos que iban a estudiar en ésta la condicion social i económica del obrero. Esta comision comprobó, una vez mas, la superioridad, a este respecto, del obrero yankee sobre el obrero ingles i el europeo en jeneral.

Comprobó tambien esta comision otro hecho no esplicado hasta entónces i del cual se complació en dejar constancia para llamar la atencion de los estadistas ingleses: el carácter especial de moderacion i de mutuo

respeto que revisten en Estados Unidos los conflictos entre los obreros i los capitalistas o empresarios, presentando un contraste notable con las reyertas feroces que son sus características en otros paises. ¿Cuál es la causa de este fenómeno?

La comision, despues de un atento estudio del modo de ser e instituciones de esa República, no vaciló en atribuirlo a la influencia solidarista i cristiana de la Escuela Comun. Esta verdad que consignó la comision inglesa es un timbre de gloria i de progreso para una gran nacion i un hermoso ejemplo i una alentadora esperanza para las demas.

Completemos, pues, nuestro programa, no solo en lo que se refiere a la parte material o económica de la cuestion social, sino añadiendo una aspiracion encaminada a atender la parte científica i moral de la misma cuestion.

I apresurémonos a estas reformas, porque la cuestion social, si no en todos, al ménos en algunos de sus aspectos, golpea ya a nuestras puertas, por mas que algunos de nuestros hombres públicos piensen que en Chile todavía no existe, basándose en que, segun se dice, nuestros obreros ganan buenos salarios, como si esta cuestion se redujera solo al contrato de salario. Es mas racional, mas de estadistas prevenir los daños sociales que esperar que se produzcan para remediarlos. Mucho me temo que en Chile tengamos que lamentar males proporcionalmente mayores que los que se ha esperimentado en otros paises, porque aquí, como se ha observado varias veces, en realidad solo existen dos clases sociales i están separadas por un abismo mas ancho i mas profundo que en cualquier otro pais, lo que puede dar a la lucha de clases un carácter mas enconado i mas deplorable aun. Muestras dolorosas ya las tenemos.

VII

Pero estas cuestiones no solamente deben ser del resorte de los partidos liberales, sino que tambien deben serlo del partido conservador.

Es cierto que este partido, en cuanto conservador, podria sentir la tendencia a resistir innovaciones que afectan, no solo a las instituciones políticas, sino tambien las bases éticas mismas de la lejislacion; pero esta resistencia no puede ser indefinida, porque corre el riesgo de ser atropellado por la corriente i envuelto en su turbion. Ademas, en cuanto partido católico, está obligado a considerar esas cuestiones con el mismo interes i en el mismo sentido que los partidos liberales.

Nada mas conforme con el oríjen evanjélico de la Iglesia i con la doctrina que ha inspirado a sus padres de los primeros siglos. «Por mas que

digan los enemigos del cristianismo,» escribe Laveleye, (50) «es incontestablemente del Evanjelio de donde ha salido este movimiento de emancipacion de las clases inferiores, que despues de haber destruido poco a poco la esclavitud i la servidumbre, ha hecho proclamar la igualdad por la revolucion americana, primero, i despues por la revolucion francesa. Todo lo que se haga por levantar a los humildes i endulzar la suerte de los indijentes, es conforme a las enseñanzas del Cristo; i asi el socialismo en su tendencia jeneral i en tanto que no aspire segun la fórmula san simoniana, sino a mejorar la condicion moral, intelectual i material del mayor número, procede evidentemente de la inspiracion cristiana.»

El abate Winterer, diputado por Mulhouse al Reichstag, decia en una ocasion: «La cuestion social está intimamente unida a la cuestion relijiosa. La Iglesia no ha ignorado jamas la cuestion social; no la ha ignorado cuando la cuestion social se llamaba la cuestion de la esclavitud; no la ha ignorado cuando la cuestion social se apellidaba la cuestion de la servidumbre; no la puede ignorar ahora cuando la cuestion social se denomina la cuestion del salariado, la cuestion agraria, en una palabra, la cuestion del socialismo. Para hacer ignorar a la Iglesia la cuestion social menester seria borrar del Evanjelio la imborrable frase. *Miserior super turbam.*» (51)

El cardenal Gibbons, en Estados Unidos, ha dicho: «Puesto que se reconoce por todos que las grandes cuestiones del porvenir no son las cuestiones de la guerra, del comercio o de las finanzas, sino las cuestiones sociales, las cuestiones concernientes al mejoramiento de las grandes masas populares, i especialmente de las clases populares, es de una soberana importancia que la Iglesia se encuentre siempre i firmemente colocada al lado de la humanidad i la justicia hacia las multitudes que componen el cuerpo de la familia humana.» (52)

Siendo este el pensamiento i la doctrina de la Iglesia Católica, no podia tardar mucho en tomar una participacion activa en el movimiento social.

En efecto, desde mediados del siglo XIX comenzó a formarse en Francia primero i en Alemania en seguida, una opinion i un partido socialista católicos, que despues ha ido formándose tambien en otros paises de Europa.

El punto de partida en Alemania fué el Congreso de sabios católicos reunido en 1863 i la célebre obra del obispo de Mayenza Von Ketteler: «La cuestion obrera i el cristianismo», que planteó definitivamente los rumbos del catolicismo aleman en este sentido. Mas tarde vinieron diver-

---

(50) *Le socialisme contemporain,* páj. 137.
(51) Ibid., páj VI.
(52) Ibid., páj. VII.

sos Congresos i Concilios e innumerables asociaciones obreras católicas, hasta que el año 1870 se lanzaron a las elecciones encabezados por el clero i obtuvieron su primera representacion parlamentaria. Bismarck declaró la guerra a este partido como a los socialistas demócratas; pero, marchando a veces de acuerdo con éstos, a veces en pugna con ellos, el socialismo católico ha venido ganando terreno dia a dia en la opinion pública i en el Reichstag, viendo aceptado en parte su programa por el mismo Canciller de Hierro, que cambió su criterio al respecto despues de 1878.

El programa de este partido fué formulado por el conónigo Moufang, de la Catedral de Mayenza, calcándolo sobre los escritos de von Ketteler: «El dejar hacer», decia, «es impotente». «Aun la caridad católica no basta para tarea tan inmensa. Es necesario que el Estado intervenga». A su juicio, este no debe organizar el trabajo por leyes jenerales; pero debe sancionar los reglamentos que elaboren los obreros organizados en corporaciones como en la Edad Media; debe protejer la propiedad territorial, fijándose así la duracion de la jornada de trabajo, el descanso dominical, la tasa de los salarios, prohibir el trabajo de las mujeres i de los niños en las fábricas; debe tambien protejer la propiedad territorial, hacer préstamos a las sociedades obreras, disminuir las cargas fiscales i militares que pesan sobre el obrero, i finalmente poner término a la tirania del capital.

En Francia, el socialismo católico ha tenido tambien gran propaganda i jefes tan prestijiosos como el Conde de Mun, M. de Brunetière i otros; pero no ha alcanzado el desarrollo i la influencia política que en Alemania i ha estado en abierta i constante lucha con los partidos de la democracia social.

Pero aun no habia, hasta 1891, una voz de órden, precisa i completa en la materia i con ámplia autoridad sobre todos los católicos del orbe. Ella fué pronunciada por el Papa Leon XIII en su famosa Encíclica *de Conditione Opifficum*, de la condicion de los obreros, dada ese año de 1891 i que marca una verdadera época en esta cuestion social, por la doctrina que establece i por la gran resonancia mundial que ha tenido (53).

Este ilustre Pontífice i estadista, de tan poderoso talento i de tan abierto corazon, habia escrito en 1877 lo siguiente, en una pastoral lanzada como obispo de Perusa: «En presencia de estos obreros agotados en hora temprana por obra de una concupiscencia sin entrañas, uno se pregunta si los adeptos de esta civilizacion sin Dios, en vez de hacernos progresar no nos arrastran muchos años hácia atras, tornándonos a esas épocas de luto en que la esclavitud agobiaba a una parte de la Humanidad i en que

---

(53) Existe una edicion hecha por el Arzobispado de Chile, la cual tomo como punto de referencia en este trabajo.

el poeta esclamaba con triste jemido: «El jénero humano solo vive para unos cuantos privilejiados».....

Elevado a la Sede Pontificia, se preocupó hondamente de resolver esta grave cuestion. En diversas encíclicas habló de ella i esbozó su pensamiento; pero su programa difinitivo lo formuló en la famosa *Rerum-Novarum.*

«Materia es esta», dice ahí, «que ya otras veces cuando se ha ofrecido la ocasion hemos tocado; mas en esta Encíclica nos exije la conciencia de nuestro deber apostólico que tratemos la cuestion de propósito i por completo, i de manera que resalten claros los principios que han de dar a esta contienda, la solucion que demanda la verdad i la justicia.»

Despues de combatir al socialismo comunista i colectivista por cuanto pretenden «que es preciso acabar con la propiedad privada» i porque «pervierten los deberes del Estado»; de demostrar que la propiedad privada debe mantenerse por ser conforme a la naturaleza i a la justicia i por requerirlo así los derechos de la sociedad doméstica i las conveniencias individuales; de demostrar que la desigualdad entre los hombres no puede desaparecer, «porque no son iguales los talentos de todos, ni igual el injenio, ni la salud ni las fuerzas»; declara que la solucion de estas cuestiones está dentro del Evanjelio i de las doctrinas de la Iglesia, que enseñan la caridad, la resignacion, el desapego a los bienes terrenos i la justicia para que nadie abuse de los demas. La observancia de sus preceptos calmaria las luchas; pero reconoce que «para conseguir el fin propuesto, se requieren tambien medios humanos», i una porcion de estos son del resorte del Estado. «Debe el Estado por razon de su oficio atender al bien común». En este concepto incúmbele «primero ayudar en jeneral i como en globo, con todo el conjunto de leyes e instituciones, es decir, haciendo que de la misma conformacion i administracion de la cosa pública, espontáneamente brote la propiedad, así de la comunidad como de los particulares. Pero «la raza de los ricos, como que se puede amurallar con sus recursos propios, necesita ménos del amparo de la pública autoridad: el pobre pueblo, como que carece de medios propios con qué defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por esto a los jornaleros, que forman parte de la multitud indijente, debe con singular cuidado i providencia cobijar el Estado.»

«Pero será bien», agrega, «tocar en particular algunas cosas de más importancia». I señala las siguientes que incumben especialmente al Estado: 1.ª «con el imperio i valladar de las leyes, se ha de poner a salvo la propiedad privada»; 2.ª lejislar sobre las huelgas; 3.ª prescribir el descanso los dias festivos; 4.ª «procurar que el trabajo de cada dia no se estienda a mas horas de las que permiten las fuerzas del obrero», atendiendo las circunstancias de tiempo, de lugar, de salud, de estacion i de edad; 5.ª regla-

mentar el trabajo de los niños i de las mujeres; 6.ª interponer su amparo i ausilio para hacer respetar los acuerdos tomados en órden a la fijacion del salario mismo i demas condiciones de trabajo, respecto de cada industria determinada por las asociaciones de patrones i de obreros.

Atribuye a estas asociaciones una grandísima importancia, así para determinar las condiciones del trabajo, como para la asistencia mutua, levantar la condicion de los obreros i acortar las distancias entre éstos i los patrones.

Finalmente exhorta al clero i a los fieles a fomentar estas asociaciones i concluye: «La Iglesia, por lo que a ella toca, en ningun tiempo i en ninguna manera consentirá que se eche de ménos su accion, i será tanto mayor la ayuda que preste cuanto mayor sea la libertad de accion que se la deje.»

«En rigor», escribe M. Stourm, «se podria sostener que Cárlos Marx no ha dicho nada mas (sobre la condicion del obrero) que el Papa.»

VIII

La Iglesia tiene, pues, los mismos ideales humanitarios que debemos tener nosotros en esta materia; i los partidos católicos, i por consiguiente, el partido Conservador de Chile, está en el deber imprescindible de coadyuvar eficazmente a la obra de salvacion social.

Así, pues, a la invitacion que nos dirije para combatir juntos el socialismo, nosotros contestamos: Bien! unámosnos en un solo block, mas no propiamente para combatir el socialismo, sino para resolver, conforme a la conveniencia nacional i a los dictados de la justicia, este gran problema que afecta directamente a nuestro noble pueblo, e indirectamente a todos los chilenos, sin distincion de credos ni de nombres.

Santiago, 30 de Julio de 1910.

De EUJENIO DE CASTRO

Al plateado Mondego [1]

Pára, Mondego, pára; no prosigas
tu camino hácia el mar;
escucha de mi boca las palabras amigas
que te pueden salvar...

Tu ambicion es tan grande, que pareces
tener un frájil corazon humano;
de deseo enloqueces:
anhelas convertirte en oceano...

Crees ir para el sol i vas para la sombra
del mar; llegada allá
tu corriente, que hoi va sobre una alfombra
de flores abrileñas, acre se tornará...

Antes de que tu alma solloce arrepentida,
pára en el cauce ameno por donde alegre vas;
te pasará en la arena lo que al hombre en la vida:
viajador, no podrás volver atras!

En pos de un norte artero vas con impulso fuerte,
sin oir de los buhos los funestos presajios;
donde la vida buscas, encontrarás la muerte,
i siendo bueno i dócil, provocarás naufrajios.

Dejas las sierras límpidas, honestas,
las aldeas vistosas,
dejas la verde paz de las florestas,
vas a besar ciudades crapulosas.

Ora en jardines lánguidos te meces;
pronto en abismos glaucos i profundos,
arrastrarás cadáveres inmundos
roidos por los peces.

(1) Traduccion del portugues de EDUARDO CASTILLO (colombiano).

En mí fija tus ojos de berilo,
rio en que injénuo i mozo navegué;
como tú en la ambicion busqué un asilo
i ve lo que logré...

Mira como he tornado, el alma ensangrecida,
desencantado, lleno de amargor,
de aquella Babilonia mas triste i corrompida
que la del rei Nabucodonosor.

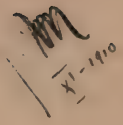
Partí en busca de rútilas grandezas,
de alcázares de oro, de mujeres divinas,
i encontré sólo infamias i torpezas,
fieras i ruinas.

Pobres de los que avanzan por la vida
en pos de fementidos ideales:
en donde imajináran los jardines de Armida,
hallan sólo fangales.

Busca en las soledades un nemoroso abrigo;
vence las ambiciones que te pueden tentar;
pára, mi dulce i plateado amigo,
no corras hácia el mar....

Antes tórnate lago de estensiones tranquilas,
i si hai en tí piedades para mi gran tristeza,
lava en tus claras ondas mis pupilas,
fatigadas de ver tanta impureza.

De ENRIQUE MOLINA



Las Crísis de la Moral

III

La causas jenerales i constantes de la inmoralidad. Sus remedios.—El carácter individual i las crísis morales.—La conciencia i las normas orijinales.

Dije, al empezar este ensayo, que el estado de crísis moral individual i social ha sido, en jeneral, mas o ménos constante.

La imperfeccion del hombre, la evolucion social i la vida misma, traen consigo ese cortejo de cambios que se nos presentan con todos sus caracteres de una crísis. Cada jeneracion ha de presenciar el perecimiento de mucho de lo que amaba i ha de ver llegar mucho nuevo que no comprende: la nostaljia del pasado que se entroniza en el alma, arranca gritos de dolor sobre el estado presente del mundo. Así los hombres al descender la pendiente de la vida se sienten inclinados al pesimismo, i proclaman que la existencia es peor que en otras edades que alcanzaron ántes, sin divisar que lo que falta no son tanto las virudes en el corazón de los hombres, como quizá la fuerza en su propio pecho, la fuerza jenerosa que sube a la conciencia en vapor de esperanza.

Ya se ha espresado que las causas de la inmoralidad son múltiples i complejas: comprenden desde la herencia física, el temperamento i la educacion, hasta los trastornos sociales.

Pero si se pidiera que se las condensara, se podrian señalar dos ante cedentes fundamentales: la injusticia i los deseos.

La injusticia es la fuente de todas las crísis sociales, i miéntras haya un sér o un grupo de seres que sientan conciente i hondamente que son tratados con injusticia, habrá ahí un motivo de crísis moral. Toda enseñanza de resignacion, por mas noble i elevada que sea, lleva aparejada sólo una eficacia efímera i transitoria: es como una ánfora de aceite vertida para calmar las aguas ajitadas; sirve para un dia, i en la mañana siguiente estalla de nuevo en la onda viva la tormenta, a que la mueven impulsos i necesidades irresistibles. Suprimir la crísis por medio de la opresion, es curar las apariencias del mal; es como querer interrumpir en un cerebro el curso de los malos pensamientos, impidiendo hablar: los malos pensamientos, irritados por el yugo que los ahoga, jiran en silencio en el alma del que los lleva, abriendo nuevos surcos, despertando odios, congregando todas las pasiones para hacer irrupcion cuando la represa de la paciencia esté colma-

da. Para curar este aspecto de las crísis morales, no hai mas que penetrar hasta la raiz del mal i cegar los pantanos morbosos de la injusticia.

¿I los deseos, anhelos i tendencias normales i anormales?. Los deseos, que son la esencia misma de la vida, enjendrarán sin cesar aspiraciones que, si no se realizan o no se encauzan, perturbarán la armonía de los caracteres i de la sociedad. Es un hermoso capítulo de la historia de la filosofía, el ideal estoico: «comprende, abstente i soporta; sé libre con la serenidad de la razon i, no aspirando a nada que esté fuera de tí, sé indifirente al placer i al dolor; obra por el deber que tu conciencia te indica, sin esperar modificar la corriente de las cosas; ama a los hombres i perdona a los malvados» dijeron Epicteto i Marco Aurelio. Bellas lecciones grabadas con caracteres indelebles en el templo de los héroes de la humanidad; pero incompletas. Hoi el hombre no renuncia a sus deseos, i, al contrario, sobre ellos, sobre su voluntad guiada por su ciencia, asienta su trono de soberano de la tierra. No queda mas que abrir a esos deseos cursos adecuados para suavizar en lo posible los conflictos sociales. En la realizacion de esta labor, cabe poner la confianza sólo en dos órdenes de actividades: en las reformas sociales, i en la educacion que ha de ser, por un lado, propulsora de estas reformas, i, por otro, templadora, edificativa de caracteres nobles i enteros, viriles i puros, que, al luchar por los mejoramientos sociales, no se olviden de mejorarse dia a dia a sí mismos.

* * *

He afirmado en un párrafo anterior que en nuestra época la inmoralidad no es mayor que en épocas pasadas. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que en materia de virtudes éticas vivamos ahora en el mejor de los mundos posibles. Nó. En nuestro tiempo reina mucha, muchísima inmoralidad. Por esta razon es mui posible que se presente repetidas veces el caso de un alma que se sienta sucumbir en medio de las malas costumbres imperantes. Conviene, pues, que examinemos la situacion que se crea en una época de inmoralidad al carácter individual, la posibilidad que tiene de ser el mentor de sí mismo, de elevarse por su personal esfuerzo sobre la comun decadencia moral.

Por lo jeneral, sólo en tiempos de dejeneracion de las costumbres resalta el brillo de las grandes virtudes, de la moralidad heróica, de la que brota a fuerza de ahondar en la propia alma, a fuerza de meditacion sincera i tenaz, de la que brota como líquido cristalino i refrescante, con el carácter de profundamente consciente. Entónces se aplica principalmente aquello que decia Kant de que sin esfuerzo no hai virtud. En las edades ordinarias, la bondad comun es una bondad mediocre, entre jenerosa i egoista, entre epicúrea i estoica; la jente es buena entónces porque no

puede ser de otra manera: lo es por imitacion i sin esfuerzo. Pero en los dias de desolacion moral, el verdadero carácter tiene que mantenerse tristemente solo; acerar su alma para resistir las tentaciones del mal i cuidar, al mismo tiempo, de que no se sequen las fibras de su ternura; tenerse enhiesto, mirando al pasado i al porvenir para renovar sus fuerzas; depositario por su voluntad del tesoro de la mas alta cultura humana, aspira a vivir intensamente i espera morir con un jesto sereno, como diciéndoles a los que despues de él han de ocuparse de las cosas del ideal i del corazon: «Os trasmito, por mi parte, inmaculada la herencia de los bienes espirituales que la humanidad ha ido acumulando penosamente en su trájica peregrinacion por la tierra.» Es posible la existencia de estos caractéres que gozan de virtud propia, miéntras que los buenos i los malos por imitacion son seres opacos, de luz refleja.

No digas, pues, hombre del siglo, sobre todo si tienes el alma jóven, que tus virtudes han quedado enredadas en los zarzales del camino; que tu honradez murió con una sonrisa irónica en esta sociedad de mercachifles i aventureros inescrupulosos; que tu respeto a la mujer se estinguió por el ridículo que los sátiros mundanos echan sobre todo idilio; que ya no crees en la patria i que el reinado de la humanidad se halla mui distante. Nó; no digas eso. Esos ideales tendrán vida si tú quieres dársela. No los busques fuera de tí. Son plantas delicadas que necesitan del calor de algun pecho jeneroso para florecer. En todos los tránsitos difíciles de la historia, ha habido individualidades que han sabido sustraerse a la universal dejeneracion; han sido los sacerdotes del ensueño que las edades futuras, depurándolo, van convirtiendo èn realidad. La grandiosa figura de Marco Aurelio se levanta imperecedera en medio de la decadencia romana. Cuando la Iglesia parecia disolverse en la Edad Media, arrastrada por sus estravíos viciosos, San Bernardo i San Francisco de Asis renovaron con su evanjélico ejemplo la abnegacion i la disciplina. Los grandes poetas, que no han necesitado beber absintio i embriagarse para alcanzar las cimas de la inspiracion jenial, han sido tambien grandes moralmente: la ecuanimidad de Milton, en un siglo de disolucion i azotado en su propio hogar por la ingratitud i la desgracia, es un caso inmortal de elevacion moral; i el valor de Schiller para soportar la pobreza i la enfermedad, enaltece su carácter de guerrero del ideal. I con seguridad, si apartas tu vista de esas figuras consagradas por la memoria de nuestra especie i la vuelves a lo que te rodea, encontrarás muchas almas delicadas e ignoradas que suspiran como tú por cosas mejores. Busca en ellas sosten para tus temporales desfallecimientos i préstales, a tu vez, el apoyo de tus convicciones i de tu corazon sano. Aspira a vencer, haciendo algo que dependa de tí i que no sea sólo para tí; i si no triunfas i tu vigor no alcanza a acompañarte a morir luchando, no vayas, por lo ménos, a engrosar

la siniestra cohorte de los malvados o la triste procesion de los abatidos. Desengañado del mundo, siempre puede haber lugar en tí para el amor i para la dignidad estoica.

Si no eres poeta, si no haces discursos i no escribes, si no predicas, no declamas ni eres artista, has hecho lo bastante si llegas a decir: «Es cierto que no he entonado himnos al idealismo, a la justicia, a la abnegacion, que no he descubierto nuevas verdades ni he labrado una forma mas de belleza artística; pero mis discursos son mis hechos; mis amores desinteresados, mis poemas; mis sacrificios i entusiasmos, mis odas: he vivido yo mismo una vida ideal, justa, noble i pura.» I por la virtud de tu personal accion, las alas de tu espíritu te sacarán de la crísis de moralidad, en que quizá se debaten los mas de tus contemporáneos; te formarás un evanjelio propio, i, aunque la armonía completa de todos los hombres entre si sea una remota fantasía paradisíaca, gozarás de la inefable satisfaccion de haberte puesto en tu conciencia en armonía con ellos, i de sentirte firme, justo, sincero, jeneroso i esforzado ante ellos.

* * *

Apelando a la conciencia, llegamos a la base de toda moralidad, base que ya hemos señalado mas atras.

Toda moral dogmática, en cuanto pretende imponerse como una institucion de carácter social, carece de fundamento racional, no puede asentarse sobre pruebas que satisfagan a la razon. Es ademas *antihumana* en el sentido de que pone trabas al natural desenvolvimiento del espíritu humano.

Pero, al mismo tiempo, cualquiera moral dogmática, en cuanto es aceptada sinceramente por un individuo, pasa a ser un hecho de conciencia acreedor al respeto de todos.

La moral, considerada en su carácter de hecho social, de disciplina de las colectividades humanas, ha de ser independiente de las relijiones. Pudo en otro tiempo hallarse ligada a éstas por lazos estrechos, como tambien lo estuvieron el derecho i la política; pero así como ahora concebimos estos órdenes de ideas de un modo independiente, de igual manera debemos otorgar en nuestras concepciones esa independencia a la moral.

Aunque la conciencia sea tenida por los psicólogos en la categoría de un simple epifenómeno, en materias morales su importancia es primordial, fundamental. Forma en cualquier momento la síntesis superior del individuo, la espresion i cifra de lo que el individuo es, como resultado de los antecedentes físicos i sociales que lo han formado hasta ese instante. Sin tomar en cuenta cualquiera coercion o dogmatismo (que sólo pueden tener

valor si son aceptados por ella misma), sus dictados son inapelables i sólo por ella pueden ser rectificados.

Seria infundado el temor de que la conciencia constituyera una base demasiado deleznable para la moral. Puede inducir a este error la creencia de que la conciencia sea una fuerza caprichosa i voluble: es un error que proviene de la concepcion metafísica del libre-albedrío. Pero la conciencia no es una fuerza que jire como una veleta movida por el viento; es una fuerza *determinada* por la herencia i las condiciones sociales que han coadyuvado a moldear al individuo.

En esta circunstancia i en el hecho innegable de la existencia en la sociedad de una *jerarquía moral,* radican los motivos para afirmar que no se dan cimientos poco sólidos a la ética, cuando se le señalan sólo fundamentos psíquicos i sociales.

La jerarquía moral se manifiesta, en todo caso, en que una persona respeta espontáneamente la autoridad moral de otra. El niño que obedece a sus padres, el estudiante que sigue las sujestiones de sus profesores, el aldeano que ve el evanjelio en las palabras de su párroco, el *politiquero* que venera a su caudillo, constituyen eslabones inferiores de la gran cadena de esta jerarquía moral.

De aquí resulta que la casi totalidad de los actos de los hombres son meras imitaciones, son repeticiones de una onda social, cuyos oríjenes se pierden en tiempos lejanos. Por esto, cuando se dice que la moral descansa en la conciencia, se espresa sólo una parte de la verdad: la parte individual que se percibe empleando esclusivamente la introinspeccion. Observándonos interiormente, alcanzamos a contemplar sólo los hechos de conciencia, que son como el coronamiento de una jigantesca fábrica que reposa sobre ámplias bases fisiolójicas i sociales. Para abarcar el edificio moral en su conjunto, debemos salir de nosotros mismos, mirar afuera i estudiar la sociedad i el organismo individual.

Fuera de las imitaciones que los hombres practican, a veces sin percatarse de ello, puede ocurrir que una persona conciba una *norma nueva* a la que considere mejor que las normas que le han sujerido las enseñanzas morales corrientes. Esa norma misma, aceptada despues de maduro exámen i honda reflexion, constituye para su autor la suprema regla moral, el *imperativo orijinal*, que es un soberano absoluto para la conciencia que lo proclama. La idea nueva, sincera i sentida, i no simplemente bulliciosa i deslumbradora, es uno de los frutos mas delicados de la creacion universal, i señala un nuevo jalon de la evolucion social i ética.

La invencion i el nacimiento de una idea nueva es el hecho psíquico i social de mas trascendencia de la historia humana. La idea nueva es el resultado de la conjuncion de una corriente social i del alma del héroe o del jenio. En el complejo desenvolvimiento del organismo social, que

vive en equilibrio inestable, surjen incesantemente oposiciones de creencias (contradicciones lójicas) i de deseos, ambiciones e intereses (contradicciones teleolójicas) que se presentan como inconciliables. Esas oposiciones hieren principalmente a las imajinaciones dotadas de mas fuerza creadora i las hacen concebir nuevos principios, para solucionar las contradicciones de la intelijencia, i nuevas vias por donde desahogar los intereses en conflictos.

En un sentido especulativo, social i moral, *las ideas nuevas son imájenes o representaciones, no debidas a una imitacion directa, i destinadas a formular o interpretaciones mas acertadas de fenómenos pasados, o proposiciones encaminadas a conseguir mejores adaptaciones en cualquier forma de vida.*

En nuestro tiempo, época de la navegacion aérea, de la maquinofactura, i cuando el fluido eléctrico producido i conducido a voluntad por la mano del hombre, brilla, palpita i mueve las cosas por doquiera, nadie duda de la jigantesca potencia inventora del hombre en el campo de la mecánica, de la industria i de las artes prácticas. Pero muchos prejuicios, como el de la existencia en el espíritu humano de principios innatos, eternos e inmutables, se han opuesto a la concepcion de que haya inventores e ideas nuevas en moral.

Sin embargo, basta volver la vista a la historia para ver la senda de la humanidad, iluminada por los destellos de tantos inventores morales.

Todos los fundadores de relijiones lo han sido. Los autores del Decálogo, los fundadores del brahmanismo, Buda, el profeta Isaías, Jesus, Pablo de Tarso, Mahoma, han sido inventores morales que han hecho penetrar sus doctrinas, ya jenerosas i sublimes como las de Buda i Jesus, ya sensuales como las del profeta del Islam, en el alma de los pueblos, poniendo al servicio de ellos la aureola i el talisman de alguna divinidad.

El heroico Sócrates, autor del «Conócete a ti mismo»; el sabio Aristóteles, el moralista que definia la virtud como el justo medio entre las pasiones i tendencias estremas del alma humana; i el sublime Marco Aurelio, cuyo dulce estoicismo deja una impresion refrescante i alentadora en el ánimo del que lo conoce, son grandes inventores morales que nos legó la antigüedad clásica.

Pero ningun tiempo ha presentado un florecimiento mas brillante de doctrinas morales que el siglo XIX. Desde Kant i Comte hasta Guyau i Wundt, los pensadores que consagraron sus fuerzas en la pasada centuria a dilucidar los problemas de la ética, forman lejion. A este hecho hai que señalarle dos causas cuyas raices arrancan del siglo XVIII. Una la forma la conquista de la libertad de pensar, definitivamente ganada para la intelijencia humana; i la otra, la crísis de creencias de que hemos hablado ántes.

La idea moral novadora tiene, como la regla de imitacion, antecedén-

tes sociales i psíquicos que son sus causas necesarias. Pero el individuo, desde un punto de vista estrictamente moral, puede desentenderse, en ámbos casos, de esos antecedentes i ver en la regla moral, ya sea ésta una imitacion o una innovacion, simplemente un dictado de su conciencia.

Así no es posible ofrecer al individuo como leyes éticas indiscutibles, sino las siguientes:

«Trata de ilustrar tu conciencia con entera libertad i cuanto sea posible hasta el momento de obrar.»

«Llegado el instante de la accion, obra conforme a los dictados de tu conciencia sin vacilar.»

Procediendo así, obrarás como el mas perfecto de los hombres.

Dib. de P. Prado

BENITO REBOLLEDO CORREA

De PEDRO PRADO

Benito Rebolledo Correa

Con su cuerpo grueso, aunque de mediana estatura, i su barba negra i abundante, Benito Rebolledo desconcierta toda apreciacion sobre su edad. Han trascurrido, sin embargo, sólo veintinueve años desde que naciera en las inmediaciones de Curicó en una modestísima casa, si fuese posible llamarla con este nombre, que ahora se ve sombreada por los árboles en la falda suave de una pequeña colina.

Contaba sólo ocho años cuando, acompañado de sus padres, vino a Santiago. Los varios oficios que, desde edad tan temprana, tuvo que desempeñar en porfiada lucha con la miseria, nos hacen pensar en la existencia vagabunda i torturada de Máximo Gorki. I existe entre el gran escritor ruso i el desconocido pintor chileno, una semejanza que abraza las ideas sociales, el amor a la vida intensa i libre, i su lucha, i su éxito, contra la pobreza, el desamparo i el ridículo.

La primera vez que le conocí fué con motivo del rechazo de su cuadro «Mercado de Blancas», hará de esto unos seis años. En la memoria frájil de las jentes, acaso no perdurarán los detalles de aquel ruidoso asunto. Rebolledo habia ejecutado una gran tela, en la que se veia el interior de uno de esos miserables establecimientos que orillan el Mapocho, i que llevan, enseguida de la puerta de calle, un biombo con un pequeño rectángulo de vidrio o papeles de color. Cinco mujeres esperaban en variadas actitudes de cansancio, de aburrimiento, de dolor.

Se estimó que la tela era impropia del ambiente insípido del salon i fué rechazada. Pues bien, ¿qué creeis que hizo entónces Rebolledo? Aguardó el dia de la apertura, repartió en persona un manifiesto cuyas últimas líneas decian mas o ménos: «se me rechaza porque mi obra no está de acuerdo con las de los famosos maestros de la antigüedad, cuando nada tengo que ver con ellos...» i exhibió su «Mercado de Blancas» en la calle pública; intervino la policía, porque el tráfico se hacia imposible; la llevó entónces a la imprenta de *La Lei* i luego... luego, sitiéndose falto de recursos despues del gasto inusitado en materiales que le demandara esa tela enorme, la dividió en trozos pequeños i se fue al campo a pintar, sobre las carnes ajadas de las prostitutas, perspectivas de la tierra fecunda bajo el sol. (*)

(*) Este mismo destrozo lo repite imperturbablemente un año, i otro, con todas aquellas obras que no le dejan satisfecho. Así hizo pedazos su cuadro «La Risa del Mar», premiado con la primera medalla en 1909.

Años ántes, uno o dos, no recuerdo bien, habia hecho, con su cuadro «Sin Pan», el primer envío al Salon. Obra llena de defectos i de grandes intenciones, realizada en los ratos libres que le dejara su ocupacion como pintor de brocha del nuevo material de artillería en la Fábrica de Cartuchos.

Pasa el tiempo; Rebolledo estudia; pero se disgusta con sus maestros. Su franqueza brusca, su impetuosidad, su sér tallado a grandes planos, incapaz de enredarse en infecundas sutilezas, no le permiten escucharlo todo.

Se le pide un arte dulce i agradable. Pero él siente que, mas que las alegres flores i los coloridos brumosos del invierno, impresionan su alma las lacras sociales, de las que sólo se aparta merced a su naturaleza inclinada a una vida sana.

Su cuadro «Dejeneracion» pertenece a esta época. Obtiene por él una mencion. Se habla entónces, como de una cosa posible, del envío de Rebolledo, de pensionado, a Europa. I ante la admiracion i ante la burla de no poca jente, declara que, si tal cosa acordara el Gobierno, él no la aceptaria, porque, dada su pobreza, la pension no alcanzaria para llevar a su mujer i a sus pequeños hijos, que no puede dejar abandonados, como otros lo hacen, ciegos por un criminal egoismo de gloria, que les resultará imposible. I ademas, agrega, i aquí lo del asombro «¿qué puedo aprender en Europa? ¿Una visita a los Museos? Mui bien; pero llevar clases con determinados maestros ¿con qué objeto? Aprender el modo de ellos, sus artificios?... Cuando uno ya conoce las pequeñas cosas que son posibles de ser aprendidas en la mecánica del arte de la pintura, debe dejar de lado toda influencia i desarrollar su personalidad, si la tiene... Yo siento la vida de manera diversa.»

Un ardiente deseo de realizar sólo la verdad lo mantiene. Conocedor por las publicaciones estranjeras de los triunfos de Sorolla, no veia en ellos otra cosa que la prueba de la virtud de parte de sus ideales acariciados desde mucho tiempo ántes.

Respecto a este deseo de verdad, sobre todo en lo que al color se refiere, i por el que tantas críticas adversas ha merecido, quiero recordar un hecho del que yo fuera parte. Era a fines de Diciembre, tres o cuatro años atras. Vivia Rebolledo en un suburbio de Santiago, «La Palma», cuando me dijo que deseaba hacer mi retrato. En su amor a todo lo que era símbolo de vigor i de salud, quiso pintarlo a pleno sol, en medio de las altas yerbas de uno de los potreros de la vecindad.

Me parece, todavía, estar en él, viendo la perspectiva amarillenta por las flores de los yuyos i el cielo deslumbrante, contra el cual se recortan las lindes de los álamos, i los cerros azules i lejanos. Al frente, Rebolledo, sudoroso, con sus gruesos pinceles, embadurnando rápidamente una gran tela.

B. Rebolledo Correa

«Dejeneracion»

Sus ojos, medio entornados, me miran escudriñadores i sus labios rojos, gruesos i sensuales, se plegan con fuerza en un jesto enérjico. Los minutos se hacian eternos bajo un sol abrumador. Nuestros pies se hinchaban i teníamos que guarecernos a la sombra de los tapiales, suspendiendo la sesion. Aquello era un martirio para ámbos.

Como el verano estaba demasiado avanzado, hubimos de desistir. Bien sé yo que otro pintor no habria dejado perderse como él lo hizo, su trabajo, lo habria terminado en su casa tranquilamente, de cualquier modo. Poco a poco, sin embargo, Rebolledo ha comprendido que su amor a la exactitud cromática no bastaba para que él la alcanzara. Una tela, por pequeña que sea, demanda, para ser ejecutada, un tiempo mas o ménos largo, durante el cual la luz va cambiando paulatinamente. Es, pues, de todo punto necesario sorprender, en pequeños apuntes, la orquestacion de color de una hora dada.

Su entusiasmo por el aire libre no es otra cosa que una consecuencia de toda su manera de amar i de apreciar la vida. Tiempo atras era un vejetariano estricto. Hoi dia, sin serlo tanto, es siempre frugal i se abstiene de toda clase de vicios. Para las jentes, dada su alimentacion, encierra un contrasentido el hecho de que Rebolledo sea un hombre estraordinariamente fuerte.

I no sólo es vigoroso, sino valiente. Valiente con un valor mas alto i mas difícil de poseer que el que acoraza el cuerpo en una lucha. Tiene la valentía de decir lo que siente sin ambajes i, sobre todo, en aquellas circunstancias en que el silencio o la mentira se encubren fácilmente con la educacion. Estábamos una vez, con él i otros pintores, recorriendo las pájinas de una revista en la que aparecian reproducciones de cuádros célebres, antiguos i modernos. Instintivamente, ántes de observar la estampa, todos leian primero la leyenda i el nombre del autor. Al dar vuelta una de las pájinas, apareció un cuadro, del que desgraciadamente he olvidado el nombre, i al ver el cual, Rebolledo esclamó, con su grosera rudeza, «qué porquería». Todos se asombraron. El cuadro era del Greco i, en realidad, era sólo una obra desgraciada.

Convinieron despues los otros, con pequeñas salvedades, (oh! las salvedades de siempre) en que aquello era un traspies.

Estas manifestaciones abiertas de Rebolledo son las que mas disgustan a nuestro público. El mundo, que tiene necesidad de usar tantas palabras para dejar ocultas su impresion o su ignorancia, quiere que cada cual mienta tambien su poco; que no lo diga todo cuando tenga mucho que decir; que guarde ese famoso silencio elocuente de los que callan con gravedad, porque no pueden hacer otra cosa, desde que en nada piensan.

Ultimamente, ántes de abrirse el Salon Internacional, Rebolledo me aseguraba que muchos famosos autores, de quienes por primera vez veia

trabajos orijinales, le dejaban frio que él tenia confianza en su cuadro «Ante el mar». Pues bien, Mr. Trask, Director de la Academia de Filadelfia i encargado de la seccion norte-americana, ha declarado, a quien ha querido oirle, que la obra de Rebolledo era una de las mejores de toda la esposicion, i que en ninguna de las numerosas telas de Sorolla que él habia tenido ocasion de observar, jamas habia encontrado semejantes cualidades. «Deben Uds. enviar esa obra a Europa», agregaba.

Pero por sobre su vida i su arte, yo admiro la consecuencia íntima de todo lo que este hombre siente, piensa i ejecuta. Es vigoroso de cuerpo, ama el sol i desprecia las convenciones morales, porque su vida recta está por sobre la moral. Ama al pueblo i piensa, porque su gran corazon lo ciega, en que son posibles i están próximas algunas humanas utopías. I toda, toda su alma, se revela en sus pinceladas rápidas i ardientes, en sus colores lujuriosos, en sus obras que cantan la vida amante de la vida, o que imploran por la estincion de los vicios que corroen al pueblo, allá en suburbio temible adonde nadie llega i de donde él salió.

B. Rebolledo Correa

«Ante el Mar»

El Regreso

Me acosté llorando por mi hogar desierto,
por mi infancia ida, por mi padre muerto...
Dias, meses, años, han pasado ya
i en la casa en ruinas, desde los cimientos
hasta las cornisas de los aposentos,
¡todo qué distinto, qué cambiado está!

Me acosté llorando por las viejas horas...
(mañanas alegres, tardes soñadoras,
perezosas siestas!) Me dormí i soñé
que «él» habia vuelto de un viaje lejano,
curvas las espaldas i el cabello cano...
¡tambien mui distinto de cuando se fué!

Aguardando siempre ¡siempre! su regreso,
no nos sorprendimos. Sentimos su beso
sobre nuestras frentes, tibio i familiar.
Mi madre suspira. Los viejos sirvientes
tienen a su vista jestos reverentes
i el can favorito se pone a brincar.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mio!
Durante su ausencia, qué rachas de hastío,
qué sombras de pena, qué nieblas de horror!
El calla. Parece que lee en nosotros:
la tristeza en unos, el cansancio en otros,
i en todos un mundo de ensueño i dolor.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mio!
Ante las cenizas del hogar ya frio,
rodeado de todos, nos pregunta:—«I bien:
¿mui viejo me encuentran? Hablen sin cuidado...»
—«Sí, padre (decimos) estás mui cambiado.»
I él:—«¡Pobres muchachos, ustedes tambien!»

De RAFAEL MALUENDA

Cuando Dios lo quiere

—Hemos llegado casi juntos, patrón, me dice Hilario. Ayer no mas bajé al plan... Me alegro de verlo, patron, i ojalá que se mejore...

—Gracias, poca cosa. I ¿qué hai de nuevo por aquí?

—No hai novedades, parece; —i volviéndose a mi madre le pregunta: —¿Contenta estará la señora con esta venida del patroncito?

Ella no responde; pero una vez mas en aquella tarde de mi arribo, sus dos brazos enflaquecidos se enlazan a mi cuello. I yo siento como si sus manos hubieran recojido la paz que flota sobre la campiña florida, la mansedumbre de la tarde, la ternura que parece fluir de los ramajes, para echarlas sobre mi fatigado espíritu.

—¿Un cigarro, Hilario?

—Si la señora lo permite!... Pero de los mios, patron: me he acostumbrado con la hoja...¿I por cuanto tiempo va a estar aquí el patron, si no es molestia?

—Hasta que lo mejoremos, Hilario, le insinúa mi madre sonriendo.

—No será grave, talvez...

—Poca cosa, el ánimo malo... Calcula tú, Hilario, si con este regalo i con este cariño no se mejora cualquier pena!

—Hai que confiarle las penas al campo; él las mejora... Quedarse aquí para siempre, eso le conviene, me parece a mi.

—¿Quedarme aqui? No: Hai cosas que sólo se conquistan en la ciudad, Hilario.

La blanca cabeza que se apoya en mi hombro se dobla melancólica.

—La gloria! —dice mi madre con dulce reproche. Pero de la ciudad no has traido nunca mas que el alma enferma.

El campañisto sonrie i asiente a lo que su señora espresa. En reposada actitud, se apoya en uno de los pilares del corredor; un largo poncho oscuro cubre su alto cuerpo; son negras la barba i la cabellera que encuadran su cara morena; bajo la angosta frente, lucen sus ojos de un verde claro. I hai en su apostura i en su habla algo tan lleno de fortaleza, que le digo:

—No pasa el tiempo por ti, Hilario; siempre el mismo, ninguna cana...

—Las cosas del patron! dice, i se pone a mirar hácia la campiña cercana, en donde pone la tarde sus melancolías.

Bajo el ancho cielo cruzan bandadas de pájaros, piando dulcemente;

Dib. de P. Prado.

RAFAEL MALUENDA

ondean los ramajes sacudidos por la brisa, i se dijera que aquel mortecino rumor que arrasta el viento, es la agonía de la luz al morir detras de las lejanas lomas.

—Quisiera saber lo que ha dispuesto la señora para alojar a los arrieros, pregunta Hilario.

Ella da sus órdenes.

Hai que quitar las carretas del cobertizo i hacerles allí una cama; por dos o tres noches no sera difícil arreglarles hospedaje... Desea, eso si, que les den por separado la racion. Para evitar riñas i disgustos, no quiere que aquellos montañeses levantiscos alternen con los inquilinos. I el próximo mártes, Hilario dará órdenes para que conduzcan los novillos señalados a la feria.

Concluye pidiendo al campañisto que alcance hasta «La Cortada» para avisar a la Juana que se apure con la ropa blanca...

—¿La Juana? pregunto. ¿No te lavaba la Florinda? ¿Qué es de la Florinda?

—Se casó, declara Hilario; se casó con Ramon, el arriero de Los Perales. Ahora vive con él en «La Cortada».

Impartidas sus órdenes, mi madre entra en la casa; i solos, bajo el corredor, Hilario i yo miramos morir la tarde... Nada ha cambiado en torno nuestro: enjabelgáda de blanco, la casa parece luchar, simulando juventud, con los floridos ramajes; reverdecidos i apretados los lindes de álamos, tejen sombras en el camino; se divisan, por sobre los árboles, los techos rojizos de la lechería i la bodega; mas léjos, los bosquecillos de castaños, i, esfumándose en una gama de colores hasta el lejano confin, los campos sembrados, que aterciopela el viento.

Una vez mas, pasajero en mi propia tierra, he venido en busca de salud; nada ha cambiado en mi heredad; sólo ha sido mas débil la presion del abrazo maternal en torno de mi cuello...

—¿En qué piensas, Hilario?

Como despertado de una preocupacion, el campañisto me mira sin comprender; despues sonrie, perplejo... I porque un súbito recuerdo me sobreviene, le digo:

—¿I cuándo se casó la Florinda?

—Hace año i medio; ya tiene un niño. Desde entónces que...

—¿Pero no decian que tú, Hilario?...

—¿Que yo?—i vuelve a sonreir.

Pero ya se han hecho en mi los recuerdos. Tres años atras se habló de que aquel campesino taciturno, recien incorporado al trabajo de la heredad, se habia enamorado de la Florinda. Se dijo de un posible matrimonio; se habló de... ¿Cómo podia entónces haber llegado ella a...? ¡Bah! Ser veleidosa, es cualidad de mujer; todo me lo esplico, perc le pregunto:

—Entónces, Hilario, tú nunca pensaste en...

—Algo me interrumpe. Desde que llegué al fundo, me gustó la Florinda por lo buena i de su casa... Me gustó, es claro; pero de ahí a.... Ella tenia compromiso desde mediana. Se casó con Ramon, i hemos seguido siendo amigos...

I ya metidos en las confidencias, me lo cuenta todo en aquel romancear de amigos... Cuando habia visto las preferencias de la moza por el arriero, comprendió que no tenia esperanzas. El hubiera sido feliz con la Florinda; pero, en mostrando ella su inclinacion, no habia para qué hablar. Porque la Florinda no era de esas mocitas que juegan con el corazon. E Hilario no le habia dicho nada. Ah! para él las cosas del corazon no se debian hablar...

—No sé, patron; pero me parece que el cariño no lo hacen las palabras. Yo la quise sin que nunca habláramos, de verla solamente; si entónces hubiera podido quererme, me hubiera querido sin que se lo pidiera... Pero no me quiso; son cosas del...

Como lo veo vacilar, le insinúo:

—Cosas de la suerte...

Asiente i se calla un momento; despues continúa hablándome, i le salen los recuerdos de tan hondo, que miéntras le escucho, me parece adivinar las penas i angustias de un desamparo que no han aliviado nunca las confidencias... No faltaron las habladurías, i la moza i él tuvieron que sufrir. El arriero era celoso; Hilario nunca hizo buenas migas con él, i, a causa de todos esos comentarios mal intencionados, en mas de una ocasion estuvieron a punto de... Entónces el campañisto cortó por lo sano: dejó de trabajar en el fundo; se hizo cargo del arreo de animales a la cordillera, i, desde aquel entónces, únicamente en el invierno, o, por urjentes necesidades en el verano, bajaba al plan. Allá arriba, solo, aprendió a resignarse i a mirar mejor las cosas; hasta pensó en no volver nunca i haber seguido al otro lado con los ganaderos que todos los años atraviesan el Neuquen. Se hizo a la idea de ver casada a la Florinda, i por eso la primera vez que la divisara en la feria agrícola, junto al marido, la saludó como siempre igual que siempre, sin hacer caso del mirar rencoroso del arriero.

—I la Florinda ha sido mui infeliz, patron. El hombre la trata mal... Dan lástima i rabia estas cosas!

—Culpa suya ha sido, le declaro.

—No diga eso. Hai mujeres que no tienen la culpa de lo que hacen. No sé cómo decírselo; pero es el caso que uno no puede mirarlas con rencor, i hai que tenerles lástima...

Despues añade:

—La veo mui poco; no es ni sombra de lo que era con lo que la han hecho sufrir... ha estado enferma...

I sobreviene un largo silencio. Las brasas de nuestros cigarros brillan en las sombras. Hilario ha vuelto a apoyarse en el barandal i soi yo quien va a su lado.

—Así es la vida, Hilario. Está hecha para que siempre haya un hombre que sufra por una mujer...

Se ha apagado el crepúsculo; en el silencio que pesa dulcemente sobre el campo, luchan el rumoroso batir de los follajes con la canturria cristalina de un arroyo cercano. I como si hubieran estado espiando en el horizonte el apagarse de aquel cárdeno reflejo, se van encendiendo en el firmamento las estrellas...

II

El Domingo siguiente Hilario vino a invitarme.

—Anímese, patron... Van a topar dos caballos mui mentados i vale la pena verlo. No se ha de aburrir, le aseguro i no está bien que se lleve encerrado... Yo me voi arriba el Mártes, talvez no vuelva quién sabe hasta cuando ¿quiere que vamos?

Media hora despues galopábamos por el camino. Mostrábase alegre el campañisto. Me adelantó algunas referencias acerca de los animales que iban a toparse... Habia apuestas... Me insinuó la idea de probar mi Tordillo... Le parecia que el fiestazo, despues, donde misiá Mónica iba a ser grande...Misiá Mónica... ¿No me acordaba de misiá Mónica? Hacia como un año que estaba instalada en La Cortada i nadie dejaba de ir allí como una devocion a echar su trago i a escuchar el canto de las «tres mitades», las tres hijas de aquella campesina veneranda. La «mitadita chica», sobre todo, con la vihuela en la mano era un ánjel: venia jente del pueblo a oirla. Pero en los dias de fiesta, los campesinos llenaban el recinto i no se veian mas que mantas. Bien cuidaban los niños a ese tesorito de quince años!...

Un momento despues nos confundíamos con los grupos de jinetes i la jente de a pié que llenaba la esplanada en cuyo estremo estaba la vara de las topeaduras. Los que se habian desmontado agruparon sus cabalgaduras bajo el ancho sauce que prestaba sombra a la vivienda de misiá Mónica; allí discurrian, en torno de las airosas «mitades» los mozos mas bien plantados i retrecheros del contorno. El ir i venir dilijente de las faldas claras arremolinaba a los jinetes dicharacheros.

Confundiéndose en los grupos, Hilario se separó de mí; volvió un instante despues, mas acentuado en su morena cara el contento de que parecia poseido.

—¿La ha visto?—me preguntó.

—¿A quién?

—A la Florinda... Está allí con las niñas... ¿Vé? Es esa del vestido rosado... ¿No es cierto que ha cambiado mucho? Pero siempre tiene no se qué en la cara i en el cuerpo...

—¿I el arriero?

—Acaba de llegar... Allí está... ese de la manta verde...

Era un hombre jóven, lampiño. Con la cabeza gacha se encojia de hombros, escuchando lo que dos mocetones le confiaban en voz baja...

A las cinco de la tarde se habia efectuado la topeadura i entre risas i dichos alegres comentaban los jinetes los incidentes; otros se apoderaron de la vara i cada uno a su turno ensayó la destreza de su caballo.

Los arrieros de los fundos vecinos saludaban al campañisto con frases intencionadas:

—¿Qué dice el hombre? Quién ha hecho el milagro de traerlo por aquí?

—Hai que tener ojo, Hilario, porque la cuida una sierpe...

Mostrábase ahora impaciente el campañisto como si algo lo preocupara i como si la jeneral excitacion se hubiera apoderado de él, con nerviosa mano sofrenaba su cabalgadura.

Logró escabullirse nuevamente de los grupos i vino hasta mí.

—Dicen que acaba de pelear con ella,— me declaró a media voz.

De pronto el de la manta verde se separó de los grupos i se acercó a la vara. Nadie parecia reparar en él, pero cuando con un golpe de chicote colocó su caballo i dijo:

—Póngale el que quiera...

Hubo varios que se ofrecieron para medirse con él. El hombre se desentendió de los que se aproximaban i por sobre los hombros de los que se acercaron, nos miró repitiendo:

—¿No hai quién le ponga?

Entónces me vinieron deseos de recordar mis buenos tiempos de jinete i como el arriero seguia mirándonos piqué espuelas. Pero Hilario me detuvo.

—¿Qué va a hacer? Espérese, patron. ¿No ve que es a mí?

I con un movimiento decidido que parecia aliviarlo, se adelantó hácia la vara quitándose la manta i afianzado los estribos.

Con rápidos manejos cruzaron sus caballos; pero aun no sacaba el campañisto el pié del estribo interior cuando el otro se le fué encima i lo arrastró hasta un estremo. Algunos protestaron. Yo mismo grité:

—¡Que se pongan bien!

Entónces fué Hilario el que puso su caballo en la vara i esperó a que el arriero lo cruzara. El campañisto espiaba los movimientos de su contendor i algo sombrio, parecia haber oscurecido el verde de sus ojos.

Un instante esperaron los topeadores acariciando el cuello de sus bestias. Alguien gritó:

—¡Ya está!

El arriero levantó las riendas i animó su caballo... pero los animales no se movieron. Visiblemente aparentaban no hacer esfuerzos, a la distancia se les hubiera creido apoyados suavemente contra la vara; pero el temblor que ajitaba los hijares del caballo de Ramon i aquel balanceo rítmico de la cabalgadura del campañisto, hacian oscilar la vara como bajo una presion poderosa. Aquellas dos bestias de trabajo no eran caballos para proezas semejantes; i con razon los baqueanos auguraban el triunfo al jinete mas diestro.

El arriero animaba su montura con gritos roncos i repentinos empujones, en tanto el campañisto procuraba sólo mantener su posicion, impidiendo que su caballo se abriera. Imperceptiblemente fué echando hácia adelante el animal, aprovechándose de los movimientos exasperados del arriero, hasta conseguir que su cabalgadura, apretándose contra la vara, separa el pecho del otro caballo... Un paso, un instante de inmovilidad, una caricia... Otro paso, acompañado de un lijero castañear de lengua...

Repentinamente Hilario levantó las riendas i con vigoroso empuje arrastró al arriero hasta el estremo de la vara. Sonaron aplausos... Mas, el arriero exasperado azotó el caballo de Hilario, haciéndolo vacilar sobre sus cuartos traseros... Se produjo un tumulto... Gritaron voces irritadas... Las mujeres que desde la ramada presenciaban la topeadura, lanzaron alaridos de temor ante la reyerta que parecia inminente. Vi que una figura pálida, destrenzada, corria hácia nosotros... Preocupados de impedir la pelea, los hombres atropellaron a aquella mujer.

Enardecido grité:

—Déjenlos solos...

Alguien suplicó con angustia:

—No, Hilario, por D...!—i dos manos se tendieron a él por sobre los caballos.

El hombre vaciló i se detuvo.

—Hágalo por mí!—suplicó aquel acento aflijido.

Súbitamente aplacado, el campañisto se separó del grupo, perdido su aire agresivo, casi tranquilo. Se acercó a mí i me dijo:

—Por ella lo hago, patron. Le habia prometido irme ántes de que él llegara i me quedé... Ahora me voi para que esté tranquila. Discúlpeme, patron, que lo deje...

I se fué solo con un aire de satisfaccion i contento que daba lástima. Los jinetes tornaron a sus risas, empezaron a desmontarse i fueron poco a poco llenando la ramada. Con truhanescos ademanes el de la manta verde se pavoneaba entre ellos, miéntras desde un estremo, dos ojos negros llenos de ternura miraban a lo largo del camino por donde entre nubes de polvo un jinete se alejaba lentamente...

III

La oscuridad de la noche sin luna, no permitia distinguir al jinete que al paso tardo de su cabalgadura se aproximaba a «La Cortada». Avanzaba lentamente, deteniéndose a intervalos como si vacilara; i en la sombra se hubiera dicho que erguia el busto para atisbar al otro lado de la cerca que limitaba el camino.

Cuando rojizos reflejos acusaron entre los ramajes las viviendas de «La Cortada», el jinete se detuvo i esperó... A poco crujieron las hojas al otro lado del seto de zarzas... El hombre se desmontó, buscó un paso entre las ramas i por allí se introdujo...

—¿Viene de acaballo? Tenga cuidado...

I despues de un instante, el mismo acento de mujer que acaso los jiros del viento hacian tembloroso, añadió precipitadamente:

—Queria verlo para darle las gracias por lo del Domingo... Pensé que todo iba a acabar mal para tener mas por qué sufrir...

—Por usted lo hice i bien hecho está, aunque crean que es cobardía —murmuró el varonil acento.

—No, yo no lo creo... I por eso queria darle las gracias... I le deseo que haga un feliz viaje... i que sea mui dichoso por allá...

El viento jugaba con aquellas voces: las llevaba i las traia, las hacia temblar, las unia; a ratos las apagaba, a ratos les prestaba sonoridad... La voz de la mujer habló de penas, de fatalidades, de resignacion. El acento del hombre dijo de esperanzas, de consuelos, de recuerdos... Se hubiera dicho que bajo las sombras de los ramajes aquel apagado murmullo era una oracion, una plegaria triste que deshilaba el viento.

—I ahora—declaró el hombre—ahora que se lo he dicho todo, me voi contento... Yo la quise de una vez para siempre i aunque no vuelva nunca...

—¡Vuelva!

No dijo mas aquella voz que temblaba.

IV

Vencido i triste, ascendia un anochecer hácia mi vieja heredad por el camino de los álamos. Era amable la paz de la campiña, mansa la quietud que envolvia la tierra, aliviador el musical murmullo del viento.

Vencido i triste ascendia lentamente hácia la vieja heredad. Detras de mi, en la distancia, se habia quedado la ciudad con sus tormentos i sus afanes, con mis esperanzas i con mi fé. Cansado, fatigado, herido, parecíame que aquella ruta habia durado veinticuatro años i que de un rico

bagaje perdido a lo largo del áspero camino, no me quedaba mas que la fatiga de la marcha i un puñado de ánsias en el corazon.

En la ciudad distante no lloraron mi partida, ni acá bajo el corredor de mi casa, me aguardaba nadie: con las hojas i las flores, huyendo de un otoño triste, se fueron dos brazos temblorosos i se apagó un acento que me llamaba «hijo».

En la atmósfera diáfana recortaban los árboles sus movibles perfiles, como gotas de agua prestas a caer cintilaban las estrellas en el firmamento de cristal i en el horizonte un fulgor opalino acusaba la próxima salida de la luna.

Todo cambiado, todo.

No viera ántes ni aquel cerco de recortados álamos, ni aquellos predios que encuadraban oscuros lindes, ni aquella blanca casita en donde reian voces de niños...

Tuve sed i en demanda de un poco de agua me aproximé a la vivienda. Al ruido de mis pasos un hombre salió a mi encuentro.

—¿Qué necesita?

—Un poco de agua, si...

El hombre se aproximó, me miró un instante.

—Pero si es Ud., patron!

—Hilario... ¿Tú?

—Yo, patron... Ande, venga... Nadie pensaba que Ud. podia venir...

Con viva curiosidad los dos niños rodearon al forastero. Hilario llamó:

—Florinda!

La mujer apareció en el dintel, Alta erguida, joven todavia, yo la vi sonreir, procurando alejar a los niños...

—Venga Florinda a saludar al patron...

Le tendí mi mano.

—Me alegro de verla, Florinda...

—Cuide que los niños, no se alejen—le previno él.

I un instante despues, calmada mi sed, sintiendo que aquella quietud me aliviaba, sin sorpresas, sin asombros, le pregunté:

—I cómo ha sido Hilario, cómo ha sido?

Vaciló recordando i luego me repuso:

—Dios lo quiso, patron.

I no fué mas verdadero el relato que me hizo de los sufrimientos de cuatro años de espera, la muerte del arriero en un rodeo, su retorno al fundo i por fin aquella union tanto tiempo deseada. Nada pudo decirle mas que su sencilla conviccion: habia sufrido, habia esperado i Dios al fin lo quiso!

Los niños reian persiguiéndose delante de nosotros. Le pregunté:

—Tuyos, Hilario?

—Uno, el hombrecito... La Florita es... mia tambien patron, como si fuera mia la quiero...

—Me alegro, Hilario, me alegro tanto...

Una hora despues al despedirme, viéndolo empecinado en acompañarme, le supliqué:

No, Hilario. Déjame ir solo... quiero llegar solo. Despues irás a verme con los niños, con la Florinda...

—Viene el patron por algun tiempo?

—Para siempre, Hilario, para siempre... No podia vivir en la ciudad, no podia... Hai que tener talento i no tener corazon...

I aquel campesino rudo me dijo convencido:

—Tiene razon; Ud. no puede vivir allá...

—Adios, Hilario.

—Hasta mas ver, señor...

Sali al camino. Lentamente ascendia la luna i me pareció que su suave fulgor, resvalando por sobre los ramajes se hacia mas vivo i dulce sobre la blanca casita. Qué inmensa la paz de la campiña! Cansados de la diaria labor, en un mismo sueño tranquilo, dormian, la tierra, los hombres i los árboles. Nada turbaba aquella quietud aliviadora. Sólo el viento saturado de aromas iba entonando una cancion de esperanzas en los oidos de aquel viajero que ascendia lentamente hacia la vieja heredad de sus mayores....

Bonito cuento — Usa un lenguaje muy académico para pintar escenas chilenas i campesinas. —

J M

De GUSTAVO SILVA

Tren en la noche

Despierto en la alta noche;
no sé lo que me pasa;
me incorporo anhelante;
abro los ojos; nada.
La impenetrable oscuridad en torno;
el reloj, anda que anda.

Un ruido se aproxima;
entre la sombra avanza;
un fogonazo súbito...
¡Ah! Es un tren en marcha!

¡Si será el tren nocturno
en que los pobres viajan;
el tren de los bohemios,
de los tunos, del hampa;
el tren de los que huyen,
el tren de la desgracia,
el tren de la miseria
que Pezoa cantara!

¡Si será algun prosaico
i tardo tren de carga
que sus enormes carros
pesadamente arrastra!
El tren en que la tierra
sus tesoros nos manda:
el cobre de sus minas,
el vino de sus parras,
el trigo de sus éras,
la leche de sus vacas,
¡las reses que el cuchillo
del matador aguarda!

Resopla que resopla,
prosigue el tren su marcha,
cual si fuera escapando de la furia
de los perros que ladran.

¿Duermo o velo? ¡Quién sabe!
Pero, al rayar el alba,
me incorporo, i de súbito
las manos se me van a la garganta...
¿Soi un ladron que huye
de la justicia humana?
¿O un bracero que busca
el trabajo que falta?
¿Soi el hijo escapado
de la paterna casa,
o la res que el cuchillo
del matador aguarda?

Se rebelan mis nervios;
¡qué cosa mas estraña!
Los ojos se me nublan;
no sé lo que me pasa...
¡Es como un ansia de llorar, como una
desoladora angustia que desgarra!

De TOMAS GUEVARA.

El reclutamiento en la independencia

6-XII-1910

Un documento orijinal

La falta de armas fué la primera i mas grave dificultad que tuvieron los jeneradores de la revolucion de la independencia americana. Sin este tropiezo, el impulso inicial habria sido en todas partes rigoroso i de consecuencias incalculables para el éxito de la empresa jigantesca. Particularmente en Chile, tan separado de Europa i de Estados Unidos, se dejó sentir esta escasez del elemento primordial de la guerra.

No ménos que las armas, faltaron en el primer momento los hombres. Comprendiendo la junta gubernativa que, sin una organizacion militar séria i efectiva, todo proyecto de emancipacion era deleznable, acordó, el 14 de Diciembre de 1810, la formacion de nuevos cuerpos, que fueron uno de infantería con 950 plazas, denominado «Granaderos», otro de caballería con 300, el «Húsares», i un aumento de 300 soldados para la artillería.

Oficiales no faltaron, pues la juventud santiaguina de familias conocidas se apresuró a pedir un puesto en los cuadros de nueva organizacion. No sucedió lo mismo con la tropa; al llamado de la patria naciente, concurrieron bien pocos.

Este escaso número de soldados i la pobreza de sus trajes, provocaron la burla de los que ya conocian las tendencias de los sostenedores del movimiento revolucionario. Llegó la acerba sátira de los partidarios de la monarquía hasta fijar en la puerta del palacio de Gobierno una caricatura que representaba a un oficial elegantemente ataviado, al mando de un sólo soldado, andrajoso como un mendigo.

Las circustancias estraordinarias exijen medidas supremas: las autoridades militares i civiles acordaron el enrolamiento por la fuerza, i despacharon a los campos comisiones que recojieran a los perdularios i ociosos que frecuentaban los caminos i las tabernas. Fué la base del sistema de reclutamiento que imperó en Chile para las épocas de guerra hasta la de 1879.

Aunque todavía no se habia formado por la guerra i la tradicion el espíritu militar que ha distinguido posteriormente al chileno, el roto diablo de las poblaciones i de los campos se hallaba dotado de un valor a toda prueba, de una indiferencia por el peligro que hacia de la vida una solucion fatalista i nada mas. No era, pues, el riesgo de los combates lo que

estaba formado ya por la guerra i tradicion anteriores a la independencia.

llevaba el temor a su alma. Aterrorizábalo, sobre todo, la rijidez draconiana del servicio permanente, que ataba al poste de espino de la ordenanza española su existencia nómada, su necesidad mental de alegría i su necesidad orgánica de chicha, entónces tan abundante i barata.

Vestido de uniforme, se veia amenazado en el cuartel por una lluvia de palos, por el cepo de campaña i por la pena capital. A esos tiempos, pertenece la salida injeniosa de un bisoño, a quien preguntó su instructor: «¿Qué le parecen, recluta, las leyes penales?» A lo que contestó el aludido: «Mi cabo, si estoi vivo es por casualidad.»

No sucedia lo mismo con los cuerpos de milicias que se formaron en las diversas secciones del pais, i de los cuales fueron en él sus organizadores infatigables don Juan Martínez de Rózas i don Bernardo O'Higgins. Los ciudadanos concurrieron gustosos a alistarse, algunos con sus propias armas, cabalgadura i vestuario.

En 1811, el Congreso ordenó la organizacion de un cuerpo de infantería de ocho compañías, que llevó el nombre de «Patriotas voluntarios de Santiago». La misma escasez de armas i hombres del año anterior. La junta ejecutiva hizo grandes esfuerzos para procurarse las primeras i reunir los segundos: las partidas reclutadoras recorrian las inmediaciones de la capital en busca de algunos defensores de la patria, que de ordinario esquivaban el enrolamiento forzoso por medio de la fuga.

Hubo de incrementarse el ejército de milicias para evitar cualquier fracaso por medio de cuadros permanentes. Ordenose que todos los hombres de 16 a 20 años reconocieran cuerpo en sus respectivas jurisdicciones.

Fácil es comprender que con tales tropas, con oficiales de escasa o ninguna instruccion militar, i con jefes entregados a emulaciones i rivalidades perturbadoras, los primeros encuentros con los realistas fueron flojos, desordenados i concluyeron a veces por el desbande.

Para obviar esta dificultad de escasez de hombres, en 1814, se dictó un bando para que todos los esclavos fueran entregados por sus dueños i enrolados en el ejército. Conminároнse con severas penas a los que huyeran, con 100 azotes, tres años de presidio i perpetua esclavitud, al arbitrio del gobierno.

Hasta esta fecha, habian sido las poblaciones del sur de Santiago las que suministraban los mayores contingentes. Debian concurrir tambien las del norte. La junta de gobierno despachó emisarios en esa direccion. El comandante don Joaquin Prieto recibió el encargo de recorrer los lugares de Choapa i Cuzcuz, para reclutar 200 hombres, «prefiriendo, decian las instrucciones, los jóvenes solteros, de buena configuracion, sin achaques, i, sobre todo, que no tengan una industria o agricultura conocida».

Ya en 1817, bajo la rijida i juiciosa direccion de O'Higgins, el ejército patriota contaba con soldados regulares de excelentes condiciones

militares, que emprendian con lucimiento las campañas, i afrontaban con serenidad el fuego de los combates. Pero quedaba subsistente el antiguo sistema de reclutamiento forzoso.

O'Higgins impartia órdenes a las autoridades de los partidos, a fin de que le enviasen porciones determinadas de reclutas. He aquí una de esas órdenes: «Aunque V. se ha exforzado p.ª hacer las remesas de reclutas de ese Partido, en ninguna ha llegado el número q.e ha designado V. en sus comunicaciones.

En consequencia, prebengo a V. que continúe embiando quanto recluta pueda p.ª limpiar ese partido de gente ociosa y mal entretenida, q.e solo está a la espectativa para fomentar el desorden e inquietud: ella se hacia util bajo la subordinacion militar y cumplirá con su primario deber en defensa de la Patria. Así es q.e espero de la actividad, y zelo de V. que sin la menor demora remitirá a este campam.to la espresada recluta en el mayor número posible, y precavida de que deserte en el camino.

Dios gue a V. m.s a.s Quartel gral. frente de Talcahuano. Diciembre 8 de 1817.

BERNARDO O'HIGGINS.

Al Ten-te Gor-or del Partido de Linares.»

(Letra orijinal de O'Higgins. Archivo del que firma).

En 1839, se adoptó igual procedimiento para completar el ejército espedicionario contra Santa Cruz.

En la guerra de 1879, llamada del Pacífico, se puso en rigor el sistema de enrolamiento practicado por los fundadores de la República. Las autoridades locales despachaban comisiones a los campos en persecucion de vagos i sospechosos; los jueces hacian ingresar los batallones a los cuatreros reconocidos i a los timadores de las ciudades.

Sin embargo, todos se transformaban en el campamento, fuera del medio de sus correrías i sometidos a la severa disciplina de campaña, en soldados sufridos, valientes i abnegados hasta los límites de un patriotismo refinado.

En mas de una ocasion, este elemento nocivo en sus tierras, en perpétua hostilidad con las policías, contribuyó a dar glorias a la patria en las jornadas mas críticas de esa contienda. El rejimiento Santiago, compuesto en mucha parte de los «patraqueros» de la capital, i el batallon Valdivia, lleno de «niños traviesos» de Linares, Curicó, Rengo i Rancagua, defendieron en Miraflores la llave de la batalla, el camino de esta poblacion a Chorrillos i sus costados derecho e izquierdo, i quedaron por centenares, muertos o heridos, en el radio estratéjico que se les encomendó defender.

El natural adelanto de las instituciones armadas, ha reemplazado en Chile, como en todas las naciones bien militarizadas, al antiguo sistema de reclutamiento forzoso por el de conscriptos, de mayor progreso moral sin duda. Ha sido una evolucion de trascendencia, de renovacion nacional, que hará de la guerra moderna una lucha caballeresca i humana, hasta donde es posible que lo sea en el choque de pueblos en estado de frenesí nacionalista. El concepto arcaico de que el ejército regular era una escuela correccional, ha cedido su lugar al moderno que lo es de cultura, de educacion militar i cívica a la vez para el ciudadano rústico si se quiere, pero de antecedentes honrados. Al culto de las armas i la admiracion por las hazañas de los héroes, van unidos la nocion del respeto a las leyes, el conocimiento de sus derechos, la formacion de sentimientos de dignidad personal i la importancia de la hijiene.

De A. BÓRQUEZ SOLAR.

Tribulaciones

Anatolio es un hombre mezcla de luz i lodo;
tiene ansias infinitas i hastiado está de todo.
Al Abismo en la noche se confiesa a su modo
sonambulesco i triste, de amarguras beodo:

—Oído del Abismo, tú que estas en mi mismo,
óyeme bien i dame tu gran palabra, Abismo:
¿De qué barro estoi hecho? Pero, ¿de qué fermento
de unas cosas protervas como zumo de yerbas
venenosas? ¿De qué blancuras de Sacramento?
Todas mis horas pasan estranguladas, siervas
del Pecado maligno i del Arrepentimiento.

Sí; tengo envenenada mi pobre carne flaca
i busco muchos años sin encontrar la triaca.
Yo quisiera ser humildemente bueno, bueno
como un árbol modesto perdido en la montaña,
dar mis flores i frutos i estar siempre lleno
de ese dulce reposo que las florestas baña;
pero son mis pasiones como potros ariscos
que corbetean, piafan i quebrantan su freno;
i desbocados saltan torrenteras i riscos,
borbotantes de espumas estos potros ariscos.

Ya todo lo he probado, lo bueno i lo vedado,
el amor inocente con el amor comprado
i de los dos, no acierto cuál mejor me ha engañado;
pero tras ellos corro como un desatentado.

No me sacian los besos i amo hasta el sufrimiento
sin compasion ninguna de la vida que gasto,
hasta al llegar las horas del arrepentimiento:
las horas mordedoras, pero sin eficacia,
en que me torno bueno i en que me torno casto.
I despues que estas cuitas me acribillan de heridas,
me parece que vuelvo otra vez a la gracia
de mis horas de armiño, de mis horas floridas.

Primero sufro mucho i me doi horror yo mismo,
me avergüenzo i me envuelvo en un puro misticismo;
con rudas disciplinas me sangro i me flajelo
hasta que el dolor me hace como un bloque de hielo.
En seguida viene la paz, un dulce consuelo
que ilumina mi alma como una luz del cielo,
i amo todas las cosas, las piedras i las rosas,
la palma del martirio, el humo de la gloria,
i torno en oro puro hasta mi misma escoria.

Mas cuando ya parece que estoi rejenerado,
caigo otra vez de nuevo en las fauces del Pecado...
¡Oh Padre i Señor mio que estás en el Abismo,
socórreme; no puedo socorrerme yo mismo!

*

I angustiado Anatolio le preguntó al Abismo:
—¿Qué debo hacer?
I Él:
—Pues, ¡véncete a tí mismo!

De ERNESTO A. GUZMAN

"La jornada"

(Poesías de Manuel Magallánes Moure)

Siento una necesidad de hacer mi confesion, ya que me he presentado, en párrafos anteriores, escribiendo sobre libros recientes. I no es porque hoi tome, mas que ayer, en cuenta el gusto literario de los que han de echar su mirada sobre cosas mias. Pienso todavía que la independencia vale mas que su sacrificio, que la individualidad que uno ha logrado reflotar, es mas valiosa que todos los aplausos con que se saluda al adaptado. I en esta creencia, que es el corazon de mi vida i la mas arraigada entraña de mi labor escrita, cojo mis alientos i reverdezco en la confianza de permanecer siempre *yo*, frente al grueso pedido de la multitud. No puedo complacer a ésta, ni avenirme a ser su consagrado. En las gavillas con que ella regala a sus elejidos, hai mas de cizaña que de espiga, i al caer sacudidas i deshechas ¡qué pobreza de granos!—No soi, pues, crítico; ménos aun soi crítico con patente profesional, de ésos que alientan en la busca de la clientela universal i lo otro. No escribo, sino cuando siento que lo debo hacer; cuando tengo que decir en voz alta lo que me he dicho en silencio; cuando mi sinceridad puede ser saludable; cuando de entre tantas hojas secas que el viento de la publicidad nos arroja, sobrenada alguna nueva. Jamas he entendido eso que llaman *la estética* de un escritor; i si no es la ausencia de pensamiento i de calor de hombre lo que con ello designan, yo no acertaré nunca con su contenido. A menudo la oigo en boca de *estilistas*, i la oigo ponderar con la misma adoracion con que a éstos, otra cosa contra la que mi sér mas íntimo se subleva. Eso de que *el estilo es el hombre*, ha hecho mucho mal. El hombre no puede ser el encadenamiento de las palabras, sino la fuerza de sus ideas; ha de ser hombre, i en la frase se ha de sentir nervio i sangre humanos, i no de palabras. El hombre es su propio estilo, i debe estar palpitante dentro de lo que escribe. Si no se da, si no hace entrega de su espíritu ¿qué dejará de su vida, i para qué le queremos?

Cuando leo una poesía que me satisface, siento impulsos de repartir mi emocion entre los que me rodean, gritándola para que los sacuda tambien, i cumplir así la obra de misericordia de dar lo mas hondamente hermoso que en mí nace. I a menudo, he recibido grosero rechazo a mi entusiasmo. Una vez fué un buen hombre, honrado padre de familia, el que reaccionó de esta manera a mi solicitacion: «Cuando yo era jóven i estaba

enamorado, tambien *hice* poesía. Oiga Ud. una que le hice a mi primera novia:

I cuando ayer pasabas por mi casa,
caminando con trancos mui lijeros,
sentí en mi pecho una gran brasa
al ver tus lindos ojos de lucero.»

He aquí un concepto de la poesía tambien. El concepto que de ella se tenga, es mas bien la resultante de la altura de educacion. Lo tienen mui poco mas elevado, aquéllos que a los versos éstos les ponen el ritmo i les dan la exacta medida, evitando ripios, i cuidando, ademas, de que la estrofa no resulte disparatada. Pero tanto el uno como los otros se quedan en la forma, en la vestidura. Han padecido incapacidad de hacer correr, por debajo de la obra del sastre, ese algo inmaterial, difuso i elevador que es la poesía misma, i que, cuando surje naturalmente del espíritu, nace con su propia vestimenta. La emocion que han querido esteriorizar se les ha quedado adentro totalmente; la han sentido, pero no han sabido vencerla i llevarla a la espresion. Son ojos que al divisar una montaña creen en la fuerza de los contornos de ella como suspendedores del macizo de tierra, i no ven que ha sido el compacto bulto lo que se ha levantado, dando nacimiento a las líneas. Es esta *poesía* del padre de familia, correjido i completado, la que siente la gran multitud i la que han tomado como la auténtica la casi totalidad de nuestros *poetas*.

Pues bien; es el instante de abrir el recuerdo. Desde todo el largo de «La Jornada», principian a pasar ante su pupila, en grupos, estas *poesias* del padre rectificado. I pasan sin que le queden de ellas ni jirones de títulos ni manchas agradables. Percibe, a veces, paisajes que no le dicen nada, parecidos a otros tantos que el autor ostenta en sus libros anteriores, i en los que el pintor le hizo olvidar su cabeza i su corazon de poeta. A ratos, contempla trabajos hechos con el único afan de dar cabida a frases injeniosas, a esas pobres muestras de ese algo fenecido que se tomó antaño como la alta espresion del arte. I así lo ve pasar,

«contemplando las huellas que dejaron
los que ántes que él cruzaron el camino».

En ocasiones, hai versos que desfilan cojeando i otros que, con violento ademan, piden al oido el esfuerzo de un reconocimiento del hiato.

Pero del fondo de todo este escenario, se adelanta un vengador que obliga al recuerdo a detener complacido su mirada. Es el poeta que llega. Uno que ha hecho espacio aparte en su éra, i amontonó allí el trigo bien granado. Fué sembrador consciente de su esfuerzo, i ha dejado que el

grano se hinche bajo tierra; que el brote rompa, con su propia enerjía, la cáscara, i se levante a echar sus frutos i derramarlos. Brota entónces su poesía injénua i sencilla, i es como frase de niño que arrastra toda la trasparencia del espíritu:

«Cesó el cantar, i púdica, i hermosa,
i fresca como el agua cristalina
que, al desbordarse del humilde vaso,
por sus desnudos brazos se escurria,
se ofreció la muchacha a las sedientas
miradas recargadas de fatiga
de aquellos caminantes. I era rubia
la carne de sus brazos, i era límpida
la espresion de sus ojos, i eran llenas,
como frutas maduras, sus mejillas.
I eran blancos los dientes i eran húmedos
los labios de la jóven campesina.

I toda ella con olor a hierbas
olorosas, i toda ella henchida
de savia juvenil, i toda ella
como un sorbo de agua cristalina...
.....
Entre tanto,
volaba por la senda el sonriënte
cantar de los viajeros, despertando
la alegría al pasar.
Pero el mas jóven
de aquellos caminantes, un muchacho
de rostro imberbe i vigoroso cuerpo,
no cantó aquella tarde.
Ensimismado
caminó, separándose de todos,
i por mas de una vez detuvo el paso
para mirar atras, como si hubiera
sentido a la distancia algun llamado
que lo invitara a regresar...

Hai tal serenidad en esta poesía «La Jornada», tan ningun esfuerzo demuestra, que yo no percibo siquiera el ritmo del verso. Verdad es que, en fuerza de todo esto, trae fácilmente a la memoria al poeta de las «Eglogas», i mui especialmente «La alegría fecunda». Tanto en esta com-

posicion, como en otras que señalo entre las mejores del libro—«Amorosa», «El Vendimiador a su Amada»—se hace demasiado visible la influencia de Marquina. Es cierto que es bien difícil ser poeta primitivo i escapar, al mismo tiempo, al parecido con el vate español. Pero en fuerza de ser simple, cae Magallánes algunas veces en el puro prosaismo. Tal acontece en las primeras estrofas de «El Jardin Secreto». Señalo como otros buenos trabajos: «Ella dice», «Dice él», «Canto de Otoño», «Nadie ve ni tú misma», «Balada de la ventana», «Es un tormento», «El sendero» i «Jamas»

Es una composicion bien hecha, aunque un tanto injeniosa, «La cancion del beso» i en ella encuentro estrofitas como éstas:

«Les dije a los pájaros:
—Os voi a enseñar:
se juntan las bocas
i surje el cantar.

A las frescas aguas
del claro arroyuelo:
—Tambien va mi alma,
reflejando el cielo.

I al cielo tranquilo
como un lago en calma:
—Mas que tú es inmensa
la dicha de mi alma.

Respecto al poema «Maese Salomon», publicado ya en esta revista, debo decir que, aunque la idea que lo informa es admirable, no me satisface como ejecucion, porque está demasiado estirado i lleno de prosaismos. Apénas si está, allí, bien tratada «La caida».

En suma, el libro «La Jornada» es mui desparejo, i muestra a un poeta cuya personalidad no es aun definitiva, porque ni hai uniformidad en el tono, ni todas las composiciones están dentro de una misma concepcion de la poesía.

De PEDRO PRADO

Mi Hijo

Héme por fin renovado en vuestro ser!
parcial renuevo
que me permite vivir en vos
i morir en mí!

Seguiré viviendo con mi sangre,
con mis nervios,
i no serán ya los mios,
los que son los vuestros i no lo son,
mis pensamientos!

Seguiré viviendo así,
i estaré muerto
sin haberme consumido por completo;
seréis la parte salida de mi cuerpo,
miéntras mi cuerpo se estará pudriendo...

Oh! fruto desprendido de los árboles;
oh! último dolor del nacimiento;
oh! momento supremo del misterio,
en que parte de una vida es vida aparte;
en que mi carne es i no la siento;
en que luz hai de pensamientos que no pienso;
en que léjos van sus pasos, miéntras quedo
contemplando
la vida que se separa de mi lado!

Si solos se quedan los muertos
¡cuán solos se viven los vivos
dentro de sus cuerpos!

¿Qué puedo daros ya?
Todo os lo he dado!
En mi sangre ardiente
i en mi carne sana
afluyen hácia vos mis esperanzas.
¿Realizareis los sueños no logrados?
En vos creo alcanzar lo no alcanzado.
I si para siempre de mi mismo os fuisteis,
haya siempre tambien un eco abierto
a las palabras mias;
último lazo que a los hombres une,
sean ellos o no los hijos vuestros;
único lazo en que convive
nuestra vida que es, con las que fueron.

Hijo mio, mi hijo, en mi solicitud,
mi ser que es el vuestro,
i que guarda la nostaljia de aquel desprendimiento,
por su medio os queda perennemente abierto!

De RAFAEL ALTAMIRA

Los medios de cultura en América durante el siglo XVIII

La situacion en las colonias era igual que en la metrópoli, con el aditamento de las preocupaciones de raza, que oponian dificultades a la cultura de gran número de jentes. Así, al insuficiente número de establecimientos de enseñanza (escuelas primarias, sobre todo), se añadían los recelos que apartaban de la instruccion a las clases sospechosas para el Estado i que llegaban hasta denunciar en un criollo (el profesor, consejero i fiscal de la Casa de Contratacion, don José Perfecto Salas) la instruccion i las riquezas como «calidades malas en un vasallo indiano.»

A las Indias llegaron, no obstante, los vientos de reforma. Los jesuitas habian procurado, en la medida que les aconsejaba su propio interes, proveer a las necesidades de la enseñanza con escuelas i colejios, i hasta crear, coincidiendo con el espíritu de la época, cursos i escuelas técnicas, como los talleres modelos que, con artífices i obreros alemanes, organizó en Chile el P. Haymhaussen. Las otras órdenes les seguian en el empeño; i así era frecuente que en los conventos i residencias hubiese estudios de primeras letras, de gramática i de filosofía, que constituyeron pequeños focos de cultura. Espulsados los jesuitas, se fundaron con los bienes i elementos que ellos poseyeron, varios centros: v. gr. los convictores o Colejios de San Francisco Javier i Carolino, en Santiago de Chile (reorganizado en 1775 por el citado Salas, porque no tenia ni alumnos ni profesores); el de San Cárlos, en Lima en éste se esplicaba relijion, derecho natural, metafísica, física, matemáticas i teolojía), i otro en la misma ciudad, establecido sobre la base del ántes creado por Esquilache para los hijos de indios nobles i, en parte, renovando los estudios de latinidad de los jesuitas. Tambien se pensó (en el Perú) en crear escuelas de primeras letras, en número suficiente para los indios; pero faltaron locales, maestros, medios i discípulos. Por este tiempo (1773), habia en Buenos Aires tres colejios: el Real de San Cárlos (fundado por el Virrei Vértiz, con 17 alumnos de filosofía, 89 gramáticos i 232 de primeras letras; el del Convento de Santo Domingo, con 18, 9 i 123; el de San Francisco, con 13, 38 i 108; el de la Merced, con 29, 8 i 83, i la escuela primaria de los Bethlemistas, con 89 alumnos. Centros iguales habia en los demas virreinatos, i proveian, aunque deficientemente, a la cultura jeneral, primaria i superior. A fines del siglo, se fundaron tambien escuelas de dibujo, música i otras

materias; conforme habian hecho en la Península las Sociedades Económicas. La enseñanza universitaria estaba representada por las antiguas Universidades de Méjico i Lima i otras nuevas, hasta 18 a fines del siglo; pero muchas de ellas mal dotadas i sin condiciones para cumplir propiamente sus fines. A estos centros, en que se enseñaban las materias tradicionales, se unieron otros reveladores de tendencias nuevas: como la Escuela de Medicina (1768), la de Minas (1791) i el Real Estudio de Botánica con su Jardin (Mayo de 1788), los tres en Méjico, el Anfiteatro Anatómico de Lima (1753); la cátedra de química fundada por el arzobispo de Méjico en el Hospital de San Andres; el Observatorio Astronómico de Santa Fe de Bogotá; la cátedra de matemáticas de la Universidad de Lima, reorganizada en 1776 para que en ella estudiasen los cadetes de marina, base de una escuela de injenieros militares; las de ciencias naturales, en varios puntos; el observatorio de Santa Ana, en California, organizado i dirijido por el notable astrónomo Velázquez, etc. Al mismo tiempo, se publicaban obras de vulgarizacion, se fundaban periódicos i revistas, como el Semanario de Nueva Granada, mui interesante por sus memorias de ciencias naturales i físicas; a la vez que la espediciones de los naturalistas españoles i de Humboldt, despertaban el espíritu de investigacion.

Bien necesitaba todas estas novedades la enseñanza universitaria, tan decaída i atrasada allí como en la Península. Sirvan de ejemplo la Universidad de Córdoba (Virreinato de Buenos Aires), donde sólo se estudiaba teolojía, cánones, filosofía i lengua i literatura latina; la de San Márcos de Lima, cuya cátedra de matemáticas estaba en suspenso a mediados del siglo, por falta de alumnos; la de San Felipe de Chile, fundada en 1738, inaugurada en 1747, con cátedra de matemáticas que no empezó a funcionar hasta 1758 i nunca llegó a formar un solo doctor (porque los estudios matemáticos como los de medicina, eran mirados con prejuicio), que en 1769 aun no tenia biblioteca i que en todas sus materias arrastró siempre vida lánguida, etc. En jeneral, la enseñanza universitaria adolecia en América, quizá mas que en España, de los defectos del memorismo, el verbalismo i el sistema libresco, acentuados con el sistema de dictar las lecciones i el empleo del latin como lengua académica, recordado e impuesto en una órden, de tiempo de Fernando VI.

Nada de experimentos ni de métodos prácticos, como ya en la Península comenzaron a implantarse. De aquí la ineficacia que, por lo comun, tuvo la enseñanza i la escasez i la vulgaridad de sus frutos literarios i científicos; cosa que se repetia en los estudios secundarios, reducidos ordinariamente a una preparacion para las Facultades, con abundante entrada de prácticas relijiosas; pero escasa actividad en lo docente i hasta penuria de libros, como se vió en 1790 en la propia Universidad de Chile, cuando quiso limitar el dictado. Pero las nuevas ideas de cultura habian pene-

trado profundamente en América, en parte por trasfusion de la Metrópoli (donde se educaron algunos de los hombres mas radicales de las colonias, jefes futuros de la revolucion de la independencia) en parte por el contacto con los ingleses, franceses i norteamericanos, que introducian con profusion libros prohibidos e ideas de renovacion científica; i así se habian formado en todas partes núcleos de jentes que aspiraban a reformas en la enseñanza, en el sentido de ampliacion de sus cuadros i de libertad en la esposicion. Manifestaciones de estos anhelos fueron las creaciones docentes de Medicina i Ciencias Naturales que ántes se han referido; las novedades filosóficas defendidas por dos profesores de Caracas que, abandonando el sistema aristotélico, adoptaron las nuevas direcciones de la filosofía; el sentido ámplio comunicado a las enseñanzas del Colejio de San Cárlos de Buenos Aires, por su director, el clérigo español Fernández, maestro de todos los futuros revolucionarios platenses; las reformas introducidas en los establecimientos de Chile i Perú por Ahumada, Salas i otros hombres del mismo corte; la orijinal creacion, en Santiago de Chile, conforme a los planes de don Manuel de Salas, hombre de gran cultura i buen sentido, de una escuela de aritmética, jeometría i dibujo (1797) que, con el título de Academia San Luis, vino a representar en aquellos paises lo que en España las escuelas i cursos de las Sociedades Económicas i el Instituto de Jovellanos, esto es, un centro de educacion popular técnica, abierto a las clases mas pobres i que bien pronto vió ampliada su enseñanza con un museito de mineralojía i de ciencias naturales, organizado por el español Rodríguez i Brochedo; i, en fin, solicitudes como la del canónigo bonaerense Maziel, quien, en 1772, pedia la libertad de la cátedra, defendiendo la doctrina de que los maestros no habian de seguir «un sistema determinado, especialmente en la física; que se podrian apartar de Aristóteles i enseñar, o por los principios de Cartesio, i de Gasendo, o de Newton, o algunos de los otros sistemáticos, o arrojando todo sistema para la esplicacion de los efectos naturales i seguir sólo la luz de la esperiencia por las observaciones i esperimentos en que tan utilmente trabajan las academias modernas.»

Pero el espíritu de reforma, aunque compartido por muchos de los hombres que ocupaban puestos en el gobierno i que iniciaron las grandes mejoras del tiempo de Cárlos III, tropezaba en América con mayores dificultades que en España. La principal procedia del recelo (fundado, no pocas veces) de las autoridades, por la propaganda de las ideas enciclopedistas, mas aun en lo que se referia a la crítica del Estado i del organismo colonial, que a las cuestiones relijiosas. Las repeticiones de los motines i conspiraciones fortalecia ese recelo que se traducia—como siempre, en casos semejantes—en trabas para la difusion de la cultura o para la libertad de ésta. Naturalmente, las mayores trabas eran para aquellas clases

de estudios que mejor podian despertar la conciencia política de los criollos, es decir, los estudios jurídicos.

Tradicional era en Las Indias la prevencion contra los abogados, segun sabemos. Los antiguos motivos de ella se mezclaron a los políticos que acabamos de mencionar i produjeron una viva resistencia a la difusion de la abogacía, singularmente entre los criollos i mas entre las otras razas mezcladas. Así, cuando despues de la espulsion de los jesuitas se introdujeron reformas en las Universidades, se prohibió matricularse en la del Perú a los mestizos, negros, zambos i mulatos. En esta oposicion el clero estaba del lado de las autoridades suspicaces. Cuando los vecinos de Buenos Aires pidieron que se fundara allí una Universidad, el obispo don Manuel Antonio de la Torre declaró su opinion contraria, entre otras razones, «porque de la cátedra de leyes no se sacaria mas que mayores enredos, pues habiéndolos hoi con cuatro abogados, qué fuera con mucho mas que se crearian faltos de práctica i de aplicacion.» La espresion mas aguda de esta enemiga la representa cierto gobernador de Buenos Aires que, al derrumbarse paulatinamente la antigua catedral, en 1762, atribuyó el hecho a castigo divino «por los contínuos pleitos, odios i rencores que fomentaban los abogados entre los vecinos.» Mui probablemente, esta acusacion de fomento de pleitos, odios i rencores, no era del todo infundada; pero la preocupacion política no fué, por ello, ménos causante del temor a los letrados. Por esto sin duda no llegó a producir todas las consecuencias beneficiosas que de ella podian esperarse, la reforma iniciada bajo el Virreinato de Guior, en el Perú, para acomodar el estudio de la jurisprudencia a las necesidades del derecho colonial. Las autoridades sabian que las ideas revolucionarias cundian en América a pesar de todas las precauciones, i procuraban atajarlas. Así, eran frecuentes medidas como la del Virrei Arredondo, que en una instruccion dirijida a los alcaldes de barrio de Buenos Aires excitaba el celo de éstos para atajar el «vicio dominante que insensiblemente se ha ido radicando en jentes ociosas i díscolas, de censurar i criticar las providencias i disposiciones del Gobierno, exceso que, sobre ser tan reprensible, ocasiona la desconfianza pública.» De aquí las persecuciones a los hombres tachados de profesar ideas peligrosas, en lo cual se une al Estado la Inquisicion que en Méjico, v. gr., procesa a los profesores tachados de liberalismo, como Abad i Queipo i Rojas; confisca o suspende la publicacion de libros sospechosos, i pone, en fin, las trabas que cree indispensables para evitar la difusion del espíritu crítico i revolucionario que, con motivo real, consideraba peligroso para la fé católica i la organizacion que entónces tenia el Estado. Esta oposicion tomaba, a veces, el fácil camino de las dilaciones burocráticas, que servia incluso para eludir los buenos propósitos de los ministros españoles reformistas. Así, la tramitacion del espediente incoado a instancias de

los vecinos de Buenos Aires para crear allí una Universidad, duró 19 años i llegó a promover hasta las quejas del mismo monarca, quien en una Real Cédula se lamentó de no ser obedecido i de que el informe a las autoridades bonaerenses sobre el asunto no hubiese llegado tedavía a pesar de los muchos años trascurridos.

La censura i vijilancia en punto a la introduccion de libros estranjeros corrieron en un principio a cargo de la Inquisicion, la cual, para mas asegurarse de que no entraban impresos heréticos o de malas doctrinas (libros protestantes, ante todo; luego, tambien, los de teorías políticas revolucionarias) fijó como único puerto por el cual podrian importarse impresos en el Perú, el del Callao, haciendo vijilar tambien, a su llegada a Panamá, los paquetes i cajas que los contenian, por un inspector especial. Es de presumir que estos rejistros dieran lugar repetidas veces a la detencion de libros de los contenidos en los índices o de los prohibidos por las diferentes leyes, circulares, etc., que ya se han citado i que, naturalmente, eran aplicables a las colonias; así como que habria a menudo rejistros en las casas de los habitantes de aquéllas i procesos por la posesion de escritos prohibidos. Sin embargo de esta presuncion, las noticias que poseemos respecto de la Inquisicion en Méjico, en el Perú i en otras rejiones americanas, arrojan relativamente mui pocos casos de procesamiento por aquel motivo, aunque lo cierto era, como sabemos, que se introducian muchos libros vedados, singularmente de los enciclopedistas i de los revolucionarios franceses. Los motivos que principalmente ocupan a la Inquisicion americana son: la bigamia, la solicitacion de penitentes, el judaismo i el protestantismo, que siempre recae en estranjeros. Como escepciones conocidas referentes al lema presente, hai que citar las que siguen:

En Méjico, un edicto de 1870 que ordena la denuncia, en el término de seis dias de los confesores que utilizasen la confesion para propagar ideas contrarias al respeto i sumision del monarca; lo cual parece indicar que existia cierta efervescencia antirealista en el clero; la persecucion de varios franceses establecidos en el pais i afectos a las nuevas ideas, como el capitan Juan Maria Murgier i el doctor José Francisco Morel, acusados en 1794 de conspiracion contra los poderes públicos, i la de los mejicanos José Antonio Rojas, Juan W. Bosquera i José J. Fernández de Lizardi, por sus ideas liberales. Si bien se mira, ninguno de estos tres casos hace referencia directa a manifestaciones concretas de la cultura, aunque sí a ideas políticas que en los libros se aprendian. Mas estrecha conexion con éstos tiene el curioso ejemplo de suspicacia tocante a los libros de Robertson i de Raynal relativos a la colonizacion española i que, aparte de estar incluidos en el Indice por sus ideas heréticas o sospechosas, eran mal vistos por su hipanosfobia. Encargado Fray Melchor de Talamante, en 1806, de

redactar un informe sobre los límites de Méjico con los Estados Unidos, pidió a la Iquisicion que le autorizase para la consulta de aquellos dos autores, cuyas obras—aunque detestables en otros respectos, dijo Frai Melchor—contenian datos importantes, especialmente en los mapas, para el desempeño del informe pedido. La Inquisicion negó el permiso i sólo se avino a que dos de sus calificadores estrajesen de aquellos libros los datos que Talamante necesitaba i se los comunicasen.

En el Perú, la vijilancia de la importacion estuvo a cargo, en un principio (como ya lo hemos dicho), de la Inquisicion, la que se mostró mui celosa en el cumplimiento de su cargo; pero despues de 1773, i de conformidad con las reformas de Cárlos III en este punto, la censura pasó a ser ejercida por el poder civil, aunque en union de un representante del Santo Oficio para el exámen de las cajas de libros que llegasen de fuera. Los datos concretos que poseemos anteriores a 1808, se refieren al decomiso de estampas mitolójicas o simbólicas (Hércules, Venus, Cupido, etc.), que se consideraron sospechosas o perjudiciales, pero no alude a ningun proceso por ocupacion de libros prohibidos. La instrucciones jenerales, sí que eran severísimas, pues hasta se declaró necesario el permiso o licencia para imprimir los discursos de salutacion que la Universidad dirijia habitualmente a los nuevos virreyes i las oraciones latinas que se leian al terminar el curso.

El sentido preferentemente político que tuvo allí, como en España, la persecucion del poder civil, no impedia (segun ya va indicado) la vijilancia en punto a lo relijioso, cuya consideracion importante se evidencia en la mucha entrada que tenian en los reglamentos de los centros docentes las prevenciones i prácticas de este órden. Sirvan de ejemplo la disposicion de los estatutos de la Universidad de Santiago de Chile, que ordenaba la presencia de un teólogo en los exámenes de medicina, para fiscalizar la ortodoxia de las proposiciones i doctrinas que en aquellos actos se vertiesen; los números, 12, 13 i 15 de los estatutos del Convictorio Carolino, que comienza afirmando ser «el principal fin con que se admiten (los alumnos) al Convictorio, el adelantamiento en la virtud» i de conformidad con esto, prescriben numerosos actos de culto i ejercicios espirituales diarios, quincenales i anuales; el compromiso que debian contraer los doctores de la Universidad Chilena, de «constituir una hermandad, a contar desde 1769 obligándose cada uno, los sacerdotes a decir i los seculares a mandar decir dos misas por el alma de cada doctor que fuese muriendo; hermandad en la que tenian que consentir forzosamente, cuantos en adelante se fuesen graduando», etc.

Pero si todas estas medidas i prácticas referidas, o venian a impedir la difusion de determinadas ideas consideradas como heterodojas o como contrarias al órden político establecido, o a distraer las fuerzas del estu-

diante en ocupaciones que restaban tiempo i atencion al fin docente propio de los establecimientos de enseñanza, los verdaderos i principales obstáculos hai que buscarlos en el espíritu de rutina i en los recelos de razas, algunas de cuyas manifestaciones ya se han indicado antes. En lo que toca a la educacion de los indios, aunque hubo en mas de una ocasion buen deseo, unas veces por deficiencia del plan i de la manera de enseñar, otras veces por interposicion de motivos políticos, (v. g., el de tener en rehenes a los hijos de los caciques para evitar sublevaciones), fracasaron todos los intentos o dieron pequeñísimos frutos. Sirva de ejemplo el colegio de naturales o indios fundado en Chillan en 1700, con 16 becas, confiado a los jesuitas i dirijido a formar predicadores i misioneros.

El P. Olivares, en su «Historia militar, civil i sagrada de Chile», dice de este colejio «que salieron de él algunos indiecillos buenos lectores i que sabian escribir; tambien empezaron a estudiar algunos, mas no tuvieron paciencia para proseguir i, despues del libro segundo de Nebrija, lo dejaron». La sublevacion india de 1723 vino a interrumpir la vida del establecimiento por falta de alumnos, que se sustituyeron por hijos de españoles, hasta que se reanudó conforme a su antiguo propósito en 1775. A pesar de la prodigalidad con que se atendió a los gastos del colejio (su presupuesto era de 5 869 pesos; mas de lo que se empleaba en la Universidad), sus resultados fueron escasísimos, pues en cuarenta años sólo produjo «una media docena de eclesiásticos i un número insignificamente reducido de operarios mecánicos, de pendolistas para ocuparse en los bufetes de abogados, o de oficiales subalternos de las oficinas judiciales o administrativas.» Sobre la masa jeneral, la influencia fué escasa. No se consiguió estirpar «sus hábitos nativos, i, al regresar al pais de sus mayores, volvian a la vida bárbara, cual si nunca hubieran conocido la civilizada.»

Volviendo a las dificultades puestas a las aspiraciones de cultura i de libertad de pensamiento del resto de la poblacion, debe hacerse notar que exasperaban mas a los americanos que a los españoles; de una parte, por que la propaganda de que se alimentaban aquellos anhelos era en América mas viva, i de propósito (en los estranjeros que la realizaban) mas irritante i de espíritu mas rebelde; de otra parte, porque, complicándose con las divisiones de razas i con las cuestiones políticas, los americanos (criollos i mestizos) veíanse inclinados a interpretar toda obstruccion, aun la ménos dependiente de aquellos motivos, como resultado de una inquina particular contra ellos i de un propósito deliberado de tiranizarlos i detener su progreso político. Así se agravó, por otros caminos, el problema colonial español.

De LUIS CANO

Leon Tolstoi

La muerte de Tolstoi fué la caida majestuosa de un roble antiguo. La humanidad volvió sus ojos durante una semana hácia ese pobre rincon de la estepa rusa donde terminaba su existencia abatida el viejo de ámplias barbas heladas que llenó todo un siglo con su nombre, i que supo conservar hasta la muerte toda la serenidad de su grandeza. No lo abatió el poder ominoso del Zar ni el horror de lo misterioso desconocido, i fué en la muerte lo mismo que en la vida, un sereno convencido de su ilusion.

Es indispensable para el que quiera apreciar con justicia la obra del glorioso viejo de Yasnaia Poliana, sustraerse a todo prejuicio de relijion o de arte; llegar hasta él con el espíritu limpio, i estudiarlo en toda la plenitud de su obra. Si ella misma no tiene unidad en el fondo, es injénuo pretender descubrir en ella una filosofía aceptable; i acusarla por que carece de esta unidad es restrinjir el criterio artístico, empobreciéndose uno sin que la obra se resienta, porque Tolstoi es grande dentro de la ruina de su doctrina social i filosófica. El mismo ha facilitado la tarea de sus detractores, renegando con fiero arranque de sinceridad de casi toda su ámplia produccion artística. Se le condena con palabras suyas, pero se le condena inútilmente, porque para el juicio sereno de los espíritus libres su gran tarea literaria es el mas rico monumento de arte i de observacion que en el siglo pasado alzó la mano de un hombre sólo.

Su cristianismo radical e intransijente—mística embriaguez de lo absoluto—su teoría de la abolicion de la propiedad agrícola, su antimilitarismo fogoso i cándido, i su concepto simplista del principio de autoridad i de la forma i reglas de gobierno, no han tenido ni podrán tener aplicacion provechosa en este mundo inferior a los nobles deseos del fiero soñador eslavo. Pero qué importa que a su grito evanjélico de renovacion no responda ningun eco en la sorda realidad de la vida i de la época? El estuvo siempre solo en su empresa ideal, amasando la tierra con sus manos, enseñando a los niños i a los humildes, amenazando con franca resolucion a los zares i los sacerdotes, i arrimando piedras para el monumento de su gloria. No le faltó sino una cruz para ser el Cristo de su pueblo aflijido en la esclavitud ominosa, que oyó, con interes i sin esperanza, su evanjelio de piedad, nuevo Sermon de la Montaña.

Si el tolstoismo no es una doctrina capaz de resistir al análisis frio, en cambio la vida de Tolstoi es un ejemplo vivo de desprendimiento i de

valentía serena que influirá en el espíritu humano con mas eficacia que su doctrina de ilusion i de renunciamiento. El predicó la sumision, pero no se sometió nunca, i así lo que hizo compensa i rectifica el error de lo que dijo a sus pobres compatriotas esclavos. Ahora mismo, cuando aun no han entregado su carne a la tierra, los estudiantes universitarios de San Petersburgo honran ya su memoria levantándose para exijir de las autoridades del imperio la abolicion de la pena de muerte, que es una de las necesidades del espíritu liberal.

Pero Tolstoi no fué sólo un apostol fuera de la realidad, ni debe su consagracion gloriosa al digno i severo recojimiento de su vida en Yasnaia Poliana. Fué un gran artista, el mas grande artista de su tiempo, i no se olvidarán en muchos años las pájinas admirables de Ana Karenine, Resurreccion, Mis Memorias, o Los Cosacos, que son maravilla de observacion i de estilo, i reflejo de un alma atormentada por el dolor de los demas i por la miseria de la vida injusta.

No soi tolstoiano, ni me han convencido nunca sus teorías de arte i de ética; huyo de su pesimismo morboso i no me dejo alucinar por sus sueños de redencion en un futuro distante, pero no puedo sustraerme a la admiracion de este alto espíritu de idealidad que animaba la solemne figura del apóstol ruso, Moises de un pueblo triste, que lo siguió penosamente por una senda equivocada, camino de la felicidad.

El perro muerto

Jesus llegó una tarde a la puerta de una villa e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien i a la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del Mercado.

Allí vió en un rincon algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, i acercose para ver qué cosa podia llamarles la atencion.

Era un perro muerto, atada al cuello la cuerda que habia debido servir para arrastrarle por el lodo. Jamas cosa mas vil, mas repugnante, mas impura, se habia ofrecido a los ojos de los hombres.

I todos los que estaban en el grupo junto a la carroña, miraban con asco.

—Esto emponzoña el aire—dijo uno de los presentes, tapándose la nariz.

—¿Cuánto tiempo aun, dijo otro, este animal putrefacto estorbará en la via?

—Mirad su piel—dijo un tercero; no hai un trozo en ella que pudiese aprovecharse para cortar unas sandalias.

—¿I sus orejas—esclamó un cuarto—asquerosas i llenas de sangre?

—Habrá sido ahorcado por ladron, añadió otro.

Jesus les escuchó, i echando una mirada de compasion sobre el animal inmundo:

—Sus dientes son mas blancos i hermosos que las perlas—dijo.

Entónces el pueblo admirado, volviose hácia él, esclamando:

—¿Quién es éste? ¿Será Jesus de Nazareth? El sólo podia encontar alguna cosa de qué condolerse i hasta algo que alabar en un perro muerto...

I cada uno, avergonzado, siguió su camino, inclinando la cabeza ante el Hijo del Hombre.

LEON TOLSTOI

Párrafos

Omer Emeth hace, en el N.° 3.° de «La Semana», observaciones a la crítica que Ernesto A. Guzman publicó, en estas mismas pájinas, sobre «Por los caminos» de Cárlos R. Mondaca.

Se estraña el conocido escritor de que Guzman pueda afirmar que Mondaca revela, en determinadas composiciones, bien la influencia de González, bien la de Silva o la de Bodelaire, Marquina, etc. Sobre esto, dice «Por lo jeneral: se es hijo de álguien, es decir, se imita a álguien; pero como es difícil ser hijo de treinta i seis (*) padres, no se comprende que un poeta imite a tantos poetas.»

Emplea aquí O. E., como medio de prueba ,el sistema de las comparaciones, medio falso, que sujestiona con facilidad i con el cual se puede probar todo lo que se guste... sin probarlo. Sin embargo, el mismo me recordaba, hace poco, hablando sobre este punto, un proverbio frances que dice: *comparaison n'est pas raison.* I, efectivamente, no lo es en sí, aun cuando muchas veces bien puede no estar reñida con la verdad.

Guzman, al indicar las composiciones que revelan determinadas influencias, pone en manos de todos los que saben de estas cuestiones, (los artículos que hasta aquí lleva escritos O. E. nos dicen que él no conoce las obras poéticas de los modernos autores españoles: Marquina i Unanumo), el medio mas sencillo de verificar lo que afirma.

La labor poética de Mondaca, encerrada en las pájinas de su libro, es trabajo realizado en varios años, años de juventud, época propicia a grandes entusiasmos pasajeros por autores de fama que van dejando marcada la huella de sus reinados efímeros en las producciones nacidas bajo cada una de sus respectivas influencias ¿Qué tiene, pues, de raro que poesías escritas en diversos años, bajo cambiantes admiraciones, revelen distintas influencias?

O. E. se da en suponer que Mondaca, ante estas apreciaciones, pondrá en práctica el dicho de Sócrates: «El filósofo no se rie, se sonríe...» Bueno seria saber de cuales apreciaciones se sonríe Mondaca.

(*) Treinta i seis está escrito en el sentido de muchos; Guzman señala seis.

P. Prado.

Bibliografía (*)

Norberto Estrada.—*Uruguai contemporáneo.*—Valencia, Semper i C.ª, 1910.

Señaladísimo servicio ha prestado a su patria el señor Norberto Estrada con la publicacion del presente libro en que reune, en pocas pájinas, la historia, la jeografía, el desarrollo económico i el movimiento intelectual de la República Oriental del Uruguai.

Como para nosotros es demasiado conocido su historia i jeografía, trataremos someramente de la produccion literaria del Uruguai que es mui estensa. Amigos nuestros han sido: F. Acuña de Figueroa, A. Magariños Cervantes, i sobre todo, el gran poeta Juan Zorrilla de San Martin, cuya epopeya *La leyenda patria* i el poema *Tabaré* han sido deleitosamente leidos. La literatura uruguaya cuenta hoi dia con ilustres representantes: E: Acevedo Diaz, autor de *Brenda, Ismael, Grito de gloria, Soledad*; novelistas como Cárlos Reyles, autor de la *Raza de Cain, Sueño de Rapiña*, etc.; Javier de Viana, con *Gaucha, Gurí*; críticos como Daniel Muñoz, Víctor Pérez Tetit, Enrique Rodo, autor de *Ariel i Motivos de Proteo*, i tantos otros mas, sin hablar de Norberto Estrada que ha publicado un importante libro titulado *La literatura española en las postrimerías del siglo XIX*; i que ahora anuncia un nuevo trabajo con el título de *Historia Literaria del Uruguai.*

J. Remember S.

José Nicolas de Matienzo.—*El Gobierno Representativo Federal en la República Arjentina.* 1 vol. en 8.º de 469 pájinas. Buenos Aires. Imprenta de Coni Hermanos.—684 Perú 684. 1910.

Despues de estudiar la formacion de la nacionalidad Arjentina i de sus tentativas constitucionales i de esplicar las causas que orientaron sus instituciones en el sentido federalista, el doctor Matienzo traza, con absoluto dominio de la materia, una descripcion completa del réjimen político de su patria. Nada escapa a su exámen: los partidos políticos, el Presidente de la República, las relaciones de éste con los Ministros de Estado, el Congreso Nacional, los Gobernadores de provincia, las lejislaturas provinciales, el réjimen electoral, la administracion de justicia, la moral i la educacion políticas, la opinion pública, etc., etc. Apenas si echamos de ménos algunas informaciones sobre el réjimen local i sobre la prensa.

La lectura de este libro permite adquirir sobre la República Arjentina conocimientos que en balde se buscarian en el estudio, por mas atento que fuera, de sus constituciones i leyes. Entre la lei escrita i la lei vivida existen, en efecto, en todos los paises, antinomias profundas, que los testos lejislativos ignoran i que sólo se descubren despues de una observacion atenta. Las instituciones no son, como algunos lo creen, rijidas, inflexibles, no permanecen invariables miéntras no se las modifica por los procedimientos constituyentes i lejislativos establecidos. Son, por el contrario, fuerzas vivas, que se amplian o restrinjen, que se adoptan a situaciones nuevas o que perecen segun las circunstancias. Si nuestros constituyentes del 33 conocieran la interpretacion que damos en el dia a muchos de los artículos de la Carta Fundamental, si pudieran ver funcionar el réjimen de gobierno existente, dirian quizas que habiamos falseado su pensamiento, que viviamos en plena inconstitucionalidad. I el cargo, justo en apariencias, seria en el fondo de todo punto infundado. En pocos paises hai mas respeto que en Chile por el réjimen constitucional. Pruebas harto dolorosas dimos de ello hace veinte años. Hace pocos dias no mas, salvamos con toda calma i legalidad un escollo que en la jeneralidad de los paises habria provocado una honda crísis. Pero nuestro respeto por las instituciones no es de mera forma, no las miramos como ídolos inmutables, creemos, por el contrario, que han sido creadas para servir el

(*) Desde el próximo número esta seccion, de tanta importancia, estará atendida como se debe. Pedimos, por ahora, nuestras disculpas.

progreso del pais, para adaptarse a sus necesidades. I si el pais cambia, i con él sus necesidades, nada mas natural que las instituciones esperimenten idénticos cambios. De otra suerte serian, no ya ausiliares del progreso, sino rémoras del mismo.

«La simetría de las formas constitucionales, dice M. J. Cruet, con mucha frecuencuencia, no revela sino que disimula el equilibrio real de las fuerzas políticas. Por eso, para conocer el réjimen constitucional no basta leer la Constitucion. Su testo, en efecto, no forma jamas una red ni bastante estrecha, ni bastante firme para impedir que las costumbres parlamentarias i gubernativas hagan prevalecer tácitamente contra la Constitucion regular una Constitucion oculta que excede i desnaturaliza a la primera. Por eso todos los paises tienen una Constitucion consuetudinaria, aun aquellos que parecen vivir bajo el réjimen de una Constitucion escrita.» I pocas pájinas mas adelante agrega el mismo autor: «Nacida de la costumbre i modificada por ella, la Constitucion inglesa ha alcanzado la estabilidad a fuerza de flexibilidad, casi de inconsistencia.

Las Constituciones escritas, por el contrario, quieren conservar su permanencia por medio de la rijidez. No siempre llegan a proclamarse intanjibles; pero no manifiestan nunca el propósito de facilitar su revisacion, válvula de escape reservadas para los casos estremos. Demasiada solemne en el procedimiento i demasiada rara en el empleo, la revision constitucional tiene, a pesar de su carácter regular, el aspecto i la gravedad de una crísis política. Pero hai otra clase de revision, invisible i poderosa, es la que resulta de la accion contínua de las costumbres políticas. Las Constituciones se revisan todos los dias por sus aplicaciones mismas. Las instituciones que ellas establecen tienen por elementos, sin cesar variables, a hombres que piensan i que obran en presencia de una realidad variable i movediza. En suma ¿qué quiere hacer una Asamblea Constituyente? Un mecanismo. ¿I qué es lo que en realidad hace? Un organismo.»

Estas verdades tan elementales i desgraciadamente tan desconocidas de los políticos i de los publicistas, dominan toda la obra del doctor Matienzo, que, lo repetimos, ha querido dar a conocer la República Arjentina tal cual es, no tal cual la quisieran hacer sus constituyentes i lejisladores.

Recomendamos principalmente la lectura del capítulo destinado a estudiar las corrientes de opinion i las influencias que tienden a debilitar en la vecina República el réjimen federal i hasta a transformarlo en unitario.

I no podemos resistir a copiar el siguiente párrafo del capítulo destinado al Poder Judicial, que parece escrito por un chileno en vista de lo que ocurre en su patria.

«El estudio i aplicacion de esta lejislacion por los abogados i jueces enjendra en ellos un espíritu formalista i rutinario. Con frecuencia los fallos judiciales, por ajustarse a letra de la lei o a sus principios abstractos, quebrantan la equidad i lastiman los sentimientos humanitarios. Las sentencias suelen ser precedidas de considerandos en que el análisis de la lei no deja sitio alguno para el estudio de la situacion real creada a los litigantes por la cuestion que los divide. El concepto del juez arjentino parece ser que el fin de la lei es la lei misma i no la felicidad o interés comun de los hombres. La ilustracion i sagacidad de los jueces deja mucho que desear por lo jeneral. Sea porque los sueldos no son bastante remuneradores o por otra razon, lo cierto es que los buenos majistrados duran poco en los tribunales i abandonan la carrera judicial para dedicarse al ejercicio de la abogacía, a la política o a los negocios. Con raras escepciones, los que alcanzan por ascensos sucesivos las mas altas majistraturas son los desprovistos de aptitudes para la lucha por la existencia en campo abierto, los tímidos, los débiles de carácter i los faltos de iniciativa. De allí su frecuente indecision en las causas cuya solucion interesa a los gobiernos i a los poderosos, su aficion a declararse sin jurisdiccion en los casos difíciles i su hábito de postergar las sentencias multiplicando los trámites i los incidentes dilatorios. En los tribunales colejiados, que son los de 2.ª i 3.ª instancia, pues la práctica es que los de primera sean unipersonales, el juez mas activo se impone casi siempre a sus colegas i asume la direccion de la conducta comun. Los ménos activos se adhieren jeneralmente a la opinion del mas laborioso, i acaba el tribunal por perder de hecho su carácter colectivo. De cuando en cuando se oyen censuras mas o ménos públicas contra la parcialidad de algun majistrado; pero ellos no se fundan tanto en la hipótesis de corrupcion pecuniaria cuanto en la obsequiosidad con que son atendidas las recomendaciones de los personajes de la política i de la riqueza. Las empresas de ferrocarriles dan especialmente que decir por su influencia en los tribunales, mediante la circunstancia de que ellos están casi todas en manos estranjeras.»

X. X. X.

AÑO I ENERO DE 1911 N.º 3

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: EJÉRCITO, 707—SANTIAGO DE CHILE

De BALDOMERO LILLO

Era él solo...

Esa mañana, miéntras Gabriel, arrodillado frente a la puerta de la cocina, frota los cubiertos de metal blanco, se le ocurre, de pronto, el proyecto muchas veces acariciado de huir, de ganar el monte que rodea al pueblo para dirijirse, en seguida, en busca de sus hermanas. Desde hace tiempo, el pensamiento de reunirse a las pequeñas, de verlas i de hablarlas, es su preocupacion mas constante. ¿Qué suerte les habrá cabido? ¿Serán mas felices que él? I se esfuerza por creerlo así, porque la sola idea de que tengan tambien que sufrir penalidades como las suyas, lo acongoja indeciblemente.

Mas, como siempre le acontece, las dificultades de la empresa se le presentan con tales caractéres, que se descorazona, conceptuándola irrealizable. ¡Residen tan léjos las pobrecillas, i él carece de dinero i de libertad para emprender el viaje!

Un abatimiento profundo se apodera de su ánimo. ¡Nunca podrá vencer esos obstáculos! I acometido, de pronto, por una de esas crísis de desesperacion que le asaltan de cuando en cuando, quédase algunos instantes inmóvil, con el rostro ensombrecido, llena de tristeza el alma.

De súbito, los sones bulliciosos de una charanga atruenan la desierta calle. Es la murga de unos saltimbanquis, que recorre el pueblo, invitando a los vecinos a la funcion de la noche. La música pasa i se aleja escoltada por la chiquillería cuyas voces i gritos sobresalen por encima de las notas agudas del clarinete.

Al oir aquel ruido, parecióle a Gabriel que despertaba de un profundo sueño. Animáronse con una llama fugaz sus pupilas i su marchito semblante se coloreó débilmente. En un momento, se halló trasportado a los tiempos no mui lejanos en que él tambien corria tras de los payasos; i, el cuadro de su feliz hogar, con sus cariñosos padres i sus graciosas hermanas, presentándosele vívido i tanjible, evocó en su espíritu un enjambre de recuerdos que le traspasaron el corazon como otros tantos puñales.

Una niebla densa empañó sus ojos, i, apretando con fuerza las mandíbulas para ahogar un jemido pronto a escapársele, se tendió boca abajo en el duro suelo. Con la frente apoyada en los cruzados brazos i el cuerpecillo ríjido estendido en el pavimento, hacia esfuerzos sobrehumanos para reprimir los sollozos que, en oleadas incontenibles, pugnaban por romper la barrera que les oponian los convulsos labios.

Un paso callado resonó en el corredor, i casi al mismo tiempo, una voz femenina profirió colérica:

—¡Mira, tú te has propuesto quemarme la sangre. Ya es hora de almorzar i todavía no está puesta la mesa! ¿Qué haces aquí botado en el suelo?

Gabriel, que se habia incorporado rápido, con el semblante enrojecido, inundado de lágrimas, se volvió hácia la puerta i, al ver la amenazadora figura del ama de pié en el dintel, cojió presuroso el cepillo i la tiza, i con los ojos bajos reanudó en silencio la tarea.

Nuevamente la voz resonó furiosa:

—¿Qué no oyes, bribonazo, lo que te pregunto? ¿Por qué llorabas? Dí; responde.

Un vivo rubor cubrió las mejillas del pequeño i con voz trémula balbuceó suave i dolorosamente, sin alzar la vista del suelo:

—No sé, ama señora; tenia pena.

—¡Ah! con que tenias pena! i por eso el fuego está casi apagado i el servicio a medio limpiar. I acentuando la ironía burlona de sus palabras, la dama prosiguió: Para esa pícara pena ando trayendo aquí un remedio santo, infalible. En un Jesus, vas a sanar de la enfermedad.

I diciendo i haciendo, sacó de debajo del delantal un pesado chicote i con la soltura i el garbo de una añeja práctica, lo enarboló por encima de su cabeza.

Pero el ruido de un aldabonazo en la puerta de calle detuvo en el aire la diestra flajeladora. Precipitadamente el ama volvió las disciplinas a su sitio bajo el delantal, i abandonó la cocina, murmurando entre dientes con reconcentrada ira:

—¡Espera, ya me las pagarás!

* * *

En el pequeño comedor, sentada a la cabecera de la mesa, doña Benigna, teniendo a su derecha a su vecina i comadre doña Encarnacion Retamales i, a su izquierda, a su anciano tio, un solteron de humor agrio i displicente, hace con amabilidad los honores de dueña de casa. Su voz melosa tiene inflexiones acariciantes cuando se dirije a Gabriel que va i viene trayendo los manjares.

Esta simulacion no engaña al huérfano, que sabe demasiado que tales blanduras le serán descontadas mas tarde con creces por el implacable chicote. Con los brazos arremangados i un blanco delantal anudado al cuello, se desliza, con los piés descalzos, sin el menor ruido en torno de la mesa.

El ama, vestida con su invariable traje de merino negro, peinada i acicalada con esmero, muéstrase alegre i decidora en tanto que doña Encarnacion, menuda i regordeta, embutida en un pomposo vestido de colores vivos i chillones, apénas habla, mui inquieta con el indócil resorte de su dentadura postiza que se obstina en jugarle una mala pasada. El anciano, grueso, corpulento. de ancho rostro abotagado i purpúreo, come parcamente con gran disgusto de su sobrina que le reconviene con voz melíflua:

—¡Vaya, qué desganado está hoi, tio; apénas prueba lo que le sirvo. Gabriel, hijito, no se quede dormido, quite estos platos.

Por las ventanas que dan al patio penetra a raudales la luz del medio dia, i en la pieza la atmósfera impregnada del olor de las viandas es calurosa, sofocante.

Terminado el almuerzo, i habiéndose ido el anciano a dormir su acostumbrada siesta, doña Benigna i su comadre pusiérónse a charlar de sobremesa, esplotando, con sabia erudiccion, el tema inagotable de la chismografía provinciana.

Cuando el pequeño, despues de alzar el mantel se hubo marchado a la cocina, doña Encarnacion preguntó con indiferencia:

—¿Qué es lo que tiene este niño? Anda tan encojido, tan callado. ¿Estará enfermo, comadre?

Doña Benigna respondió con viveza:

—No, no está enfermo. Es que denantes lo reprendí, i, como tiene tan mal carácter , todavía le dura la taima. I, cambiando súbitamente de tono, agregó, lanzando un profundo suspiro:

—¡Ah, no se imajina Ud lo que me hace sufrir este chiquillo! En el poco tiempo que lo tengo en casa me ha hecho salir canas verdes...

Doña Encarnacion la interrumpió silenciosa:

—Pesada cruz es hacerse cargo de hijos ajenos. Tambien a mi me hablaron para que adoptase a una de las mujercitas hermana de este niño. Ahora me alegro de no haberme dejado convencer, porque me habria pasado lo que a Ud., comadre. A estas criaturas les viene esa soberbia de familia. El padre era una pólvora. ¡Pobrecito! Dios lo tenga en su santa guarda; pero creo, i él me perdone, que educó mui mal a sus hijos. Los tenia tan regalones i consentidos que, segun dicen, no les pegó nunca. Yo, en su lugar, llevaria a este niño a la Casa de Huérfanos, porque ¿qué

obligacion tiene Ud. de atormentarse por una persona que no es de su sangre?

—Es que prometí enseñarlo i educarlo, i yo soi esclava de mi palabra. A la verdad, una no tiene peor enemigo que su buen corazon.

Al pronunciar la última frase, doña Benigna sintió que un nudo le oprimía la garganta, i, esperimentando de pronto la necesidad imperiosa de ser compadecida i consolada, pintó con los mas negros colores el cuadro de su vida, cruelmente amargada con la conducta de la perversa criatura que en mala hora acojió en su hogar. Minuciosamente relató las contrariedades que ese monstruo de ingratitud le proporcionaba con su rebeldía i soberbia en cada minuto de su existencia. Desmañado i torpe, todo lo hacia al reves: rompia la vajilla, salaba la sopa, ahumaba la leche i confundia las cosas mas simples. Al principio, cuando lo recojió, la habia hecho pasar muchas vergüenzas, diciéndole, delante de las visitas, *mamá* en vez de *ama señora,* como se lo tenia mandado espresa i terminantemente.

Estaba siempre atrasado en el almuerzo, en la comida, en el aseo de las piezas. De noche era un triunfo conseguir que no se durmiese ántes de las once, hora en que el anciano tio acostumbraba recojerse, i, como el pobrecito, gracias a su reumatismo no podia desvestirse solo, necesitaba forzosamente de la ayuda del huérfano que cumplia esta obligacion de malísima gana. I, así como era menester apelar al chicote para mantenerlo despierto pasadas las oraciones, no era ménos reñida la pelea que habia que librar por la mañana para que se levantase a encender fuego i preparar el desayuno. En fin, segun la desconsolada dama, no era una calamidad sino una plaga de calamidades la que se le habia metido en casa con el muchacho. I eso que ella, como buena enseñadora, no le dejaba pasar ninguna... Cometida la falta, castigábala incontinenti; mas era tal la soberbia de que hacia alarde el terco incorrejible, que muchas veces lo habia azotado con todas sus fuerzas sin lograr que exhalase un ¡ai! ni una queja. A cada golpe, se iba poniendo mas i mas pálido, hasta quedarse blanco como un papel. I eso era todo ¡Criatura mas emperrada no habia visto ni esperaba ver otra igual en el resto de su vida!

Doña Encarnacion, con las gruesas mejillas arreboladas i los ojos húmedos por la emocion que le producia el inmerecido infortunio de su queridísima vecina i comadre, interrumpíala a cada instante para decir, entre ahogadas esclamaciones de estupor i cólera:

—¡Jesus, qué pícaro! En mis manos, hijita, habia de caer!

I cuando doña Benigna hubo concluido, la abrazó efusivamente, susurrándole entre besos i lágrimas:

—¡Qué paciencia de santa! Voi a rezarle a la Vírjen para que los ánjeles le alivianen esta cruz, pobrecita mártir!

* * *

En la cocina se ve a Gabriel ir i venir con sus pasos menudos i silenciosos. Las paredes ennegrecidas de hollin, subrayan la anémica palidez de aquel rostro, del cual desaparecieran hace tiempo las rosas de la alegría i la salud.

Aunque su estatura—tiene doce años—es inferior a la que corresponde a un niño de desarrollo normal, el conjunto de su cuerpo es armonioso i todo él predispone desde el primer instante en su favor.

Sin embargo, hai algo que choca en este semblante de espresion tan suave, tímida i dulce. Los ojos pardos, agrandados por azuladas ojeras, tienen un mirar medroso, azorado, inquieto. I de su faz infantil, de sus apagadas pupilas, de su boca sin sonrisas, parece exhalarse perennemente una callada protesta, un llamamiento mudo i desesperado de socorro que nadie oye i que no llega nunca.

El barrido i limpieza del piso i el aseo de la vajilla han concluido. Sobre una tabla adosada al muro la batería de cocina destácase bruñida i reluciente, i las pirámides de platos lucen sobre la mesa su inmaculada blancura.

El pequeño, despues de pasear una mirada por todos los rincones para ver si todo está en órden, coje de encima de la mesa un trozo de jabon i una jofaina i sale al patio, en el cual, frente a la puerta, hai una enorme cuba llena de agua. Estrae una cantidad del líquido i, arrodillándose en el suelo, procede a lavarse manos i rostro.

Al lado de la cocina, que es la última de la serie, hai una fila de pequeñas habitaciones i, en ángulo recto con éstas, dos salas i un pasadizo que dan a la calle. Un corredor con baldosas de ladrillo rojo rodea en toda su estension el edificio bastante antiguo i deteriorado por el tiempo.

Es la hora de la siesta i el hermoso sol de Diciembre ilumina el patio con su blanca i cegadora luz.

Sentado en el corredor, con las manos en las rodillas i apoyado el busto en uno de los pilares, Gabriel recibe la ardiente caricia del astro, quieto e inmóvil, como el poste que le sirve de sosten.

Su cabeza rapada, sus piés desnudos i el traje de burda tela que viste, demuestran a las claras la especie de servidumbre a que éstá sujeto.

Ningun ruido viene de afuera a turbar la serena paz de este apacible rincon. Sólo el zumbido de alguna abeja o de una libélula, al alzar el vuelo desde el pequeño jardinillo, en el centro del patio, interrumpe, de cuando en cuando, este silencioso recojimiento.

Poco a poco, bajo la influencia enervadora del ambiente, los ojos del

pequeño, que contemplaban absorto con nostaljias de ave enjaulada el anchuroso espacio del cielo, comenzaron a entornarse. Sobrecojido de sueño, los párpados, arrastrados por el peso de las largas pestañas, fueron cayendo lentamente sobre las oscuras pupilas hasta cubrirlas por completo.

De pronto, en el interior de una de las piezas, una voz aguda profirió imperiosa:

—¡Gabriel!

Un estremecimiento sacudió al dormido; sus ojos pugnaron por abrirse; pero continuó inmóvil.

—¡Gabriel! repite de nuevo la voz con acento de impaciencia i cólera.

Esta vez el pequeño despierta sobresaltado, se levanta de un brinco i corre presuroso al dormitorio de doña Benigna.

Delante de un peinador con cubierta de marmol, el ama está terminando su minucioso tocado. Su rostro, que refleja la luna del espejo, ostenta un marcado sello de dureza e impasibilidad. El cútis mui blanco, aparece ajado i lleno de manchas i, bajo las escasas cejas, los ojos pardos, pequeños, brillan penetrantes, frios i escudriñadores. La barbilla saliente, la boca grande, de labios delgados, i la aguileña nariz, acentúan en su fisonomía los rasgos de un carácter imperioso e irritable.

A pesar de que ha pasado de los cuarenta años, en sus negros i lisos cabellos no blanquea una sola cana. Gruesa, de regular estatura, sus movimientos son vivos, ájiles i revelan gran enerjía i resolucion.

Viuda a los treinta años, sin hijos, mui devota, jamas la infancia ha despertado en ella simpatía alguna a pesar de lo cual goza en el pueblo de una reputacion de amiga de la niñez, que la enorgullece en estremo.

Miéntras estiende por sus mejillas una fina capa de colorete, no cesa de regañar al huérfano que, tímido i cohibido, permanece silencioso en el umbral de la puerta.

—¡No he visto sordera como la tuya; cada vez que te llamo, casi echo abajo la casa a gritos. Un dia agarro el pica-fuego de la chimenea i te agujereo esas orejas de paila que tienes!

En el dormitorio, ademas del peinador i del lecho, un amplio catre de hierro con adornos de bronce, hai una cómoda con enchapaduras i un ropero de nogal. Una vieja alfombra de matices descoloridos cubre el piso i, en los muros, tapizados de papel azul celeste, se ven numerosas imájenes de santos. A la cabecera del lecho, i encima de la fotografia del difunto esposo, cuelga pendiente de un clavo, un pequeño crucifijo de marfil.

Doña Benigna miéntras arregla los pliegues del manto delante del espejo, instruye a Gabriel sobre lo que debe hacer durante su ausencia.

—Oye, escucha bien lo que te voi a decir. Despues que hayas tendido as camas i arreglado los dormitorios, barres las piezas, el comedor i el

patio. En seguida, te pones a partir leña i a acarrear agua del pozo para cambiar la de la vasija, llenándola bien a fin de que no se reseque con el sol. A las cuatro, prendes fuego en la cocina i pones a calentar agua en la tetera i en la cacerola grande. Despues pelas las papas i tuestas un poco de café para la comida. Ya sabes que el tio es mui delicado i exijente. No lo vayas, pues a quemar como el otro dia. ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí, ama señora.

Antes de salir, echó la dama una última mirada al espejo; i, despues de contemplarse de frente i de perfil, abandonó el cuarto i se encaminó hacia el pasadizo.

Ya en el corredor, se detuvo i, tomando una actitud imponente, se dirijió al huérfano con acento conminatorio, remarcando con el índice en alto cada una de sus palabras.

– ¡Cuidadito con que te duermas i dejes de hacer algo de lo que te he mandado! ¡I no me vengas con disculpas: que te faltó el tiempo; que te olvidaste; que te dolia la cabeza! A mí no me la pegas, haciéndote el enfermo. Te aseguro que ni muerto te libras, porque soi capaz de resucitarte a chicotazos. Con que ya sabes; nada de lloriqueos ni disculpas. ¿Has oido?

—Sí, ama señora.

Frente a la mampara se volvió para hacer una última recomendacion:

—Ten cerradas las puertas. No vaya a entrar el gato i rompa alguna copa encima del aparador.

Cuando se hubo apagado el rumor de los pasos en el asfalto de la acera, Gabriel, que estaba en pie, en medio del dormitorio, paseó una mirada en torno, miéntras repasaba mentalmente las órdenes que acababa de recibir. Como el tio estaba tambien ausente, hallábase sólo i prisionero en la casa, porque doña Benigna no se olvidaba jamas, al salir, de echar doble vuelta a la cerradura de la puerta de calle.

Por un instante, el huérfano esperimentó un deseo irresistible de tenderse en la cama i satisfacer aquella imperiosa necesidad de sueño que lo atormentaba. Pero, la vista de las disciplinas, tiradas sobre la alfombra, le dió fuerzas para vencer la peligrosa tentacion.

Con semblante resignado, se dirijió a la puerta situada a su derecha i penetró al dormitorio del anciano. La habitacion estaba mui oscura i apénas se distinguia la imprecisa silueta del lecho, colocado en el centro del cuarto. El pequeño, que habia cerrado tras sí la puerta, avanzó a tientas hácia una de las ventanas i entreabrió uno de los cerrados postigos, apartando a un lado la cortina.

Una viva claridad inundó la pieza, cuyo mobiliario se componia de un ropero, de un lavabo, de un velador i de un raido i ámplio sillon de

marroquí negro. El pavimento de álamo con guardapolvos de raulí, era mui viejo i estaba agujereado en parte por los ratones.

Gabriel, semi-oculto por los maderos, mira con atencion, a traves de los cristales, la angosta i desierta callejuela. En la acera del frente, en una casa de modesta apariencia, por el hueco de una ventana cuyos bastidores están abiertos, se ve el interior de una pequeña sala en el fondo de la cual se distingue un lecho con colgaduras color de rosa.

Por algunos minutos, él no separó su vista de la solitaria habitacion, hasta que, haciendo un visible esfuerzo, se apartó de la ventana para comenzar la tarea de arreglar el lecho, poniendo en órden sábanas i cobertores con femenil prolijidad.

Cuando hubo concluido, fatigado por el esfuerzo, se apoyó en el borde de la cama i, con los brazos caidos i la cabeza un tanto inclinada, quedóse inmóvil en actitud meditabunda.

Poco a poco su rostro, que reflejaba sus pensamientos, fué adquiriendo una dolorosa espresion de amargura. Los tenaces recuerdos del pasado volvian a asaltarle, mostrándole por el contraste de ayer cuán penoso es el presente i que sombrío el porvenir.

De nuevo, desfilaron por su cerebro, en procesion interminable, los dias felices en el hogar i en la escuela, i los de luto i dolor que les siguieron: la trájica muerte del padre, víctima de un accidente en su taller de mecánica, i el fallecimiento de la madre que, incapaz de soportar las fatigas de un trabajo excesivo, iba a reunirse al amado esposo en el camposanto dos meses despues.

Gabriel parece complacerse en evocar éstos crueles sucesos, desmenuzando sus menores detalles. Nada olvida; pasa de un hecho a otro sin detenerse, hasta que el recuerdo de sus hermanas jemelas se fijó en su imajinacion. Dos años menores que él, mui vivas i graciosas, las pequeñuelas se le aparecieron en ese instante tales como las viera seis meses atras.

I, de repente, la escena de la separacion surjió en su espíritu, produciéndole una sensacion tan aguda de dolor que, para huyentarla, reunió todas las enerjías de su voluntad. Pero, a pesar de sus esfuerzos, la vision se precisó de tal modo en su cerebro, que le fué imposible alejar de su memoria el mas insignificante detalle.

...¡Con qué desesperados clamores se abrazaron a su cuello las pequeñas, cuando el tutor nombrado por el juez quiso llevarlas hasta el coche que esperaba a la puerta de la casa mortuoria! Aun le parecia oir sus lamentos i sus desgarradores gritos, al arrancarlos aquél, por la fuerza, de sus brazos, i ver todavía sus caritas convulsas i despavoridas asomadas a la portezuela del carruaje, llamándole frenéticas: ¡Gabriel!, no nos dejes; ven, Gabriel!

Lanzó un sordo jemido, i en un acceso de desesperacion se dejó caer de bruces en el lecho, ocultándo en las ropas el rostro bañado en lágrimas i murmurando calladamente entre sollozos:

—Papá, papacito, por qué te has muerto! Mamá, ¡dónde estás!

De pronto, se incorporó para mirar un objeto suspendido en la pared, encima del velador.

Despues de contemplarlo con atencion un instante, apartó de él los llorosos ojos, desalentado. ¡Nó, nunca se atreveria! I al recordar los detalles de su primera tentativa, se acentuó en él esta conviccion.

Al apoderarse aquella vez del arma, estrayéndola de su estuche de cuero, habia obedecido a uno de esos impulsos ciegos e inconscientes que le acometian a veces en sus horas de soledad. Con la angustia del náufrago que se toma de un hierro ardiendo, habia él cojido el revólvers i apoyado por dos veces la boca del cañon en sus sienes. Recordaba cómo sintiera ceder el gatillo bajo la presion de sus dedos; pero, cuando un pequeñísimo esfuerzo mas iba a dejar partir el tiro, una sensacion que no podia precisar habia paralizado repentinamente sus músculos. No era el temor a la tortura física, ni a la muerte, sino el miedo a la detonacion lo que lo habia acobardado. ¡Ah! si el tiro partiese sin estruendo, si la bala penetrara silenciosa en su carne, ninguna reflexion lo habria detenido, estaba de ello seguro.

¡I cómo le seria dulce morir! ¡Era tan desgraciado! ¡Estaba tan solo, tan indefenso contra los crueles rigores del destino! ¡I nunca un rostro amigo, una voz amable, una mirada compasiva que lo confortara i le diera ánimos para ascender el interminable calvario!

¡Ah, si no hubiese aparecido ella, a pesar de su repugnancia, habria intentado nuevamente acabar de una vez i para siempre una existencia tan misérrima!

Érale inolvidable, pues, aquel instante cuando, al pasar frente a esa ventana, oyó que álguien proferia en el interior con acento dulcísimo:

—¡Pobrecito, tanto que le pegan!

Alzó la cara i entrevió un níveo rostro i en él dos ojos azules que le miraban con tierna conmiseracion.

Aquella, para él, aparicion divina, fué como un rayo de luz en las tinieblas de su desesperanza; pero, como salia poco, veíala raramente i, cada vez que esto acontecia, era presa de una turbacion estraña. Una mezcla de goce, de temor i de vergüenza inesplicables, le embargaba el ánimo i su timidez era tal, que un dia, al encontrarla en la calle, estuvo a punto de soltar la garrafa de vino que traia en la mano. Un rubor ardiente le abrasó el rostro i, horrorizado de sí mismo, de su cabeza rapada, de sus piés descalzos i de su vil i sucio traje, regresó a casa con la desolacion en el alma.

Pronto tuvo la seguridad absoluta de que ella era tambien desgraciada i que, como él, estaba solita en el mundo, sin padres, sin parientes, sin hermanos. Bien a las claras lo decia la espresion melancólica de su semblante, el luto de su traje i aquella cancion tan triste que entonaba a veces i cuya melodía se aprendiera él de memoria.

Si, él no era el solo, el único. Allí, a pocos pasos, habia álguien que sufria tambien de su mismo mal, i padecia idéntico martirio.

I este vínculo que la desgracia atara entre ámbos, erále tan precioso que su solo recuerdo bastábale a veces para hacerle olvidar por un instante sus acerbas tribulaciones.

A este sentimiento egoista, agregábanse tambien otros bien contradictorios i cuya esencia era incapaz de comprender. Una tarde en que le pareció advertir que ella fijaba sus ojos en un muchacho de la vecindad, sintió que le traspasaba el corazon un dolor agudísimo i de naturaleza tan rara, que se llenó de confusion al querer analizar el estraño fenómeno.

Su mayor placer era contemplarla desde allí, sin que ella se apercibiera a traves de los cristales, apartándose bruscamente i cerrando el postigo cuando las azules pupilas se fijaban en esa direccion.

Miéntras Gabriel atisba detrás de los maderos el cuarto de su vecina, aparece de pronto en él una graciosa figura.

Es una jovencita de catorce a quince años, vestida con un modesto i elegante traje de cachemira negra. En su rostro de vírjen, de líneas purísimas, hai una espresion dulce i serena, sin asomos de melancolía. Rubia, esbelta, de tez de nácar, con ojos azules hermosísimos, aparece ante Gabriel, que la mira estático, como una de esas princesas encantadas de que hablan las historias maravillosas de jenios i nigromantes.

Apoyada en el balcon, mira distraida la solitaria callejuela, cuando, de pronto, un rubio muchacho con aspecto de estudiante en vacaciones, aparece de improviso a su espalda i, cojiéndola por la cintura, la alza del suelo i emprende una série de jiros i saltos por la habitacion. Ella grita i rie hasta derramar lágrimas i cuando, por fin, logra desacirse, toma, a su vez, la ofensiva, enlazando con sus níveos brazos el cuello del agresor. El resiste como puede las sacudidas de ese cuerpo que se enrosca al suyo i ámbos rien como locos.

De súbito, la jentil pujilista cesa en sus juegos i dice a su hermano con tono de alarma:

—Pedro ¿has oido?

—Sí; parece una puerta que el viento cerró de golpe.

* * *

Lo primero que llamó la atencion de doña Benigna al regresar a su morada, fué el gran silencio que reinaba en la casa i sobre todo en la cocina. Entró en esta última i su sorpresa, al ver el fuego totalmente apagado, no tuvo límites; pero, mui pronto, el asombro cedió el campo a la cólera, que se despertó en ella iracunda. Salió al patio i gritó temblorosa de ira:

—¡Gabriel ¿dónde estás? Gabriel!

Bruscamente se calló i se dirijió en silencio al cuarto del huérfano. Una idea repentina habia iluminado su cerebro: El mui flojo, pensó, se ha recostado en la cama i se ha quedado dormido.

Mas, una nueva contrariedad le aguardaba allí, pues el cuarto estaba vacío. Marchó, entónces, hácia el comedor i, al cruzar esta pieza, vio con creciente indignacion que no se habia hecho en ella el aseo de costumbre. Pero, donde su coraje alcanzó el máximum fué al contemplar el desarreglo de su dormitorio. Sus coléricas miradas tropezaron con el chicote, del que se apoderó al punto, encaminándose con él en la diestra a la habitacion del tio. Al abrir la puerta, era tal su obsesion de sorprender infraganti al delincuente, que apénas hizo hincapié en el acre olor que de la sala se desprendia.

Su primera mirada fué para la cama, posándose, en seguida, sus ojos en el sillon en el cual se destacaba, sumida en la vaga penumbra, la silueta del durmiente. Avanzó hácia él en puntillas i, cuando estuvo a su lado, descargó sobre la inmóvil figura una lluvia de furiosos chicotazos, miéntras vociferaba frenética:

—¡Toma, pícaro, flojonazo, bribon!

De repente, su brazo se detuvo en seco: algo líquido que destilaban las disciplinas le habia salpicado el rostro i, dando un paso hácia la ventana, abrió los postigos con violencia.

Junto con la claridad que inundó la sala, el semblante de doña Benigna se trasformó en la imájen fidelísima del espanto. Sus ojos se abrieron desmesuradamente; flaquearon sus rodillas; la sangre se agolpó al cerebro i, resbalando en algo viscoso, cayó desvanecida en el pavimento.

* * *

Minutos despues, un gato de blanco i lustroso pelaje avanza silencioso hácia ese punto del dormitorio i se detiene ante algo húmedo que hai en el piso. Observa atentamente el obstáculo, aproxima a él sus rosadas naricillas i, de súbito, con la irrespetuosidad que caracteriza a los de su raza,

salta sobre la espalda inerte de su dueña i de ahí a la repisa de la ventana, donde se arrellena muellemente junto a los cristales.

De vez en cuando, con espresion irónica i desdeñosa, fija sus verdes pupilas en aquel niño de rostro de cera, con la cabeza reclinada en un ángulo del sillon en que está sentado, i en el cuerpo informe i voluminoso del ama, echada de bruces en el suelo, con las rojas disciplinas en la diestra i la cabeza entre esos pies desnudos, que cuelgan blancos, ríjidos, i debajo de los cuales se estiende un ancho tapiz de púrpura.

MIGUEL DE UNAMUNO

De Miguel de Unamuno

.....

(1) Llevo ya mas de ciento i espero publicarlos pronto en un tomo que se titulará *Centena larga de sonetos líricos.*

.....

Sobre el estilo pienso escribir de largo i demostrar que a muchos la música esterior les impide oir la interior. I aun respecto a aquélla, su oido se complace en armonías muelles i mui simples; no han llegado a apreciar el valor sinfónico de las disonancias. Yo, por temperamento, tengo una cierta aversion a las curvas i cuando algo me sale redondeado lo quebranto para darle esquina, sin que por ello censure a los que redondean los ángulos. Pero me parece que aquí i ahí se abusa de las redondeces i blandenguerías, sobre todo por esos efebos que se desayunan a las 3 de la tarde con sopas de lilas en ajenjo.

.....

I ahora voi a su última carta. Desde luego, cuenten ustedes con mi colaboracion para su revista. Basta que sea cosa de Prado i de usted. Uno de estos dias escojeré alguna de mis poesías inéditas i con ella le enviaré dos o tres sonetos. I por de pronto ahí va éste, que hice ayer:

A Nietzsche

Al no poder ser Cristo, maldijiste
de Cristo, el sobre-hombre en arquetipo;
hambre de eternidad fué todo el hipo
de tu pobre alma, hasta la muerte triste.
A tu aquejado corazon le diste
la *vuelta eterna*, así queriendo el cipo
de ultratumba romper ¡oh nuevo Edipo
víctima de la Esfinje a que creiste
vencer! Sintiéndote por dentro esclavo
dominacion cantaste, i fué lamento
lo que a risa sonó de leon bravo;
luchaste con el hado en turbulento
querer durar, para morir al cabo
libre de la razon, nuestro tormento.

Salamanca, 18, XI, 10.

(1) Carta, a E. A. Guzman, de 19, XI, 10.

De PEDRO PRADO

Ensayo sobre la poesía

(Lo que va a leerse es sólo una parte del «Ensayo sobre la poesía», que publicaré en breve conjuntamente con varios otros. Comenzaré el volúmen que anuncio con un «Ensayo sobre la armonía» (armonía en el sentido total de la palabra), que será un preliminar obligado a una justa apreciacion de los siguientes. Para mayor claridad de este fragmento, compendio, al final, mui brevemente, algunos de los conceptos desarrollados en el estudio de la armonía).

Siguiendo un órden que podrá no parecer el mas lójico, principiaremos por hacer algunas consideraciones sobre los procedimientos usados en la esteriorizacion de las sensaciones, sentimientos i pensamientos poéticos.

Nos vemos, pues, obligados a considerar el lenguaje.

Elaborándose en un individuo todo proceso psíquico de una manera oculta, él queda ignorado para los demas, salvo lo que puede revelar la actitud particular que asuma i los visajes de la mímica. Indicios demasiado vagos i espuestos a error.

Esta incapacidad de percepcion entre sí de sus variados estados mentales, llevó a los hombres a procurarse un instrumento que les permitiera, no el percibir los ajenos, que esto aun es imposible, sino la facultad de poder revelar los propios. Estriba la base de este instrumento en convenciones establecidas entre grupos de hombres, dando lugar, cada una de ellas, a diversos idiomas i dialectos. Como todo instrumento de necesidad imperiosa en la vida social (el mas importante de todos), ha sufrido, sufre i sufrirá modificaciones i agregados que le hagan cada vez mas útil.

El lenguaje articulado es, entónces, una convencion. Así el valor de cada uno de sus términos depende del valor con el que se les haya revestido. I aun cuando algunos de nuestros procesos psíquicos parecen manifestársenos elaborándose en forma de palabras, en realidad ninguno puede estar formado por lo que sólo es su imperfecta representacion esquemática.

Este engaño se debe a la reaccion que un hábito cualquiera produce sobre aquél que lo posee. Las palabras, haciendo una mala comparacion, son lo que las monedas. Estas serán oro, plata, cobre; pero pueden representar, merced a otro convenio, los mas variados objetos. Por aquella reaccion de que hablábamos, el hombre de negocios sufre el lamentable i pernicioso engaño de no ver las cosas sino traducidas a su valor comercial. Pierden ellas, de esta manera, su significado; i la vida i el mundo se estrechan i se reducen.

Aunque es mas difícil de percibirlo, sucede tambien que el abuso del lenguaje, por el mérito propio que se le asigna, con olvido de su carácter convencional, trae consigo una limitacion comprensiva de ciertas fases de la propia vida psíquica.

Las palabras son únicamente un modo parcial de espresion, el mas perfeccionado; pero no perfecto. Las palabras, ademas, no poseen las representaciones estrictas que les asignan los diccionarios. Tomadas separadamente, i ríjidas en los caractéres tipográficos, sí; pero basta que hablemos en voz alta para considerar que el lenguaje articulado es un conjunto de significados que reaccionan unos sobre los otros, determinando la inflexion necesaria a cada término. I bien unos mismos de ellos se espresen rotunda o lijeramente, graves o agudos, pausados o de una manera atropellada, el significado i el valor de lo que se nos dice varia de un modo tan estraordinario, que es posible hacer comprender con una frase (ironía) el significado opuesto que le asignaria el diccionario al descomponerla.

Como todo el mundo lo dice, la poesía es un algo aparte de su ropaje comun, el verso.

Sin embargo, veamos qué cualidades encierra este modo especial de espresion.

Todas las formas métricas reposan en una inflexion determinada. Bien se trate de los versos llamados libres (en realidad libres sólo de la rima) o de cualquiera otro, todos poseen una cadencia precisa i repetida merced a la distribucion regular de los acentos.

La poesía, al vaciarse en un verso cualquiera, lleva, pues, de antemano, precisos no solamente el significado de las palabras, sino su inflexion i su cadencia; sufriendo variaciones sólo de grado en boca de las diversas personas que emprendan la lectura.

Vemos, así, que la poesía, aparte de su valor intrínsico, posee, al vaciarse en una forma métrica, la cualidad, no despreciable, de una determinacion que la hace mas sustancial. En un libro de versos, los caracteres i las disposiciones respectivas de los renglones cortos, al relatarnos cualquiera cosa, nos lo dicen en un tono preciso i no en otro. La poesía vaciada en forma métrica reune, pues, las propiedades de la palabra viva.

Estando determinados por medios convenidos los dos caracteres principales del lenguaje, ¿han sido ámbos vertidos en conciencia?

Lo que se ha dicho ¿es justamente el vaciado de los pensamientos, sensaciones, sentimientos etc., que fluían borrosos en el estado anterior a la cristalizacion verbal?

Estas cuestiones son dificilísimas de aclarar.

Consideremos, sin embargo, los puntos siguientes:

El establecimiento del ritmo i de la rima trae consigo selecciones entre palabras, cuyo significado es mas o ménos afin. Estas selecciones,

en fuerza del hábito, se hacen cada vez de una manera mas inconciente, pudiendo acontecer, como amenudo sucede, que algunos poetas caigan, por estas causas esternas, en preferencias demasiado marcadas i estrechas por ciertos sistemas de construcciones de frases (ritmo); por ciertos pareados (rima) i en un corto, repetido i especial vocabulario. Se orijina en ellos con facilidad el verbomotorismo.

En buena cuenta, se llama vulgarmente estilo en una composicion escrita en versos corrientes, a lo que no pasa de ser otra cosa que un *modo* formado por una necesidad preestablecida.

Sucede ademas que las palabras a que la rima o el ritmo propuesto nos obligan, despiertan como lo harian otras múltiples asociaciones de ideas; pero con la diferencia que por ser estas, diremos, en cierto modo esteriores al asunto, nos desvian muchas veces de nuestro objetivo. Es el peligro de la insustancialidad a que conduce el usar repetidamente las llamadas palabras evocativas. Aprendizaje fácil de hacer i cuyos resultados alcanzan en cierta literatura española i americana, sobre todo, éxitos pasajeros, que no envidio.

Asombra oir a Hegel proclamar las bondades que trae consigo la dificultad del ritmo i de la rima, a causa de las inesperadas asociaciones de ideas que se desprenden de esa palabra tan fatigosamente obtenida. Existen, agrega, composiciones que no hubiesen sido hechas a no mediar ese obstáculo provechoso. Existen, decimos nosotros, millones de trabajos cuya vida de artificio pueril débese esclusivamente a la lamentable eficacia de ese estimulante.

Ahora, tomando en cuenta la relacion entre el pensamiento que se espresa i el tono total con el que se le viste, no puede ménos de llamar la atencion lo siguiente:

¿Qué diríamos si en una ópera la música que acompañara al libreto, es decir, a cien variadas escenas, no se compusiera nada mas que de una sola melodía repetida imperturbablemente?

Supongamos que fuera agradabilísima al oido. ¿Bastaria ella para satisfacernos? ¿No nos chocaria, sobre todo, la falta de concordancia de su impresion lastimera (por ejemplo) con las escenas que estuviesen mui léjos de serlo?

Pues bien; aunque jamas pretenderé trasladar al verso las cualidades de la música, hago notar que en otra esfera pasa algo semejante entre las formas métricas i los pensamientos que las han llenado.

¿Están ámbos de acuerdo? ¿Fondo i tono forman un todo consecuente i complementario?

El hecho de que se use una combinacion cualquiera con esclusion de otras, o dos, o tres o veinte; pero a su vez en combinacion ríjida, revela que es imposible vestir con ellas pensamientos o situaciones variadas.

Cuántas veces hemos oido: «Fulano no sabe leer versos; en cambio, Mengano los lee admirablemente». ¿Cómo entienden esto de leerlos bien? Pues, cuando se les recita del modo mas inesperado; cuando el ritmo no lo alcanza a percibir el oido. Es decir, lee bien, ejecuta bien, aquél que hace todo lo posible porque el ritmo no aparezca.

Los actores, sobre todo, que representan de vez en cuando algunas piezas teatrales escritas en no importa qué metro, vénse obligados a suprimir toda pausa entre los versos, tal si fuese prosa, i a desvirtuar el ritmo establecido, para ajustar el tono a cada uno de los momentos de la escena.

Sin embargo, para las composiciones breves en jeneral, i para las que cantan algun dolor, se puede encontrar, entre los metros conocidos, alguno cuyo tono corresponda al sentimiento eje de todo el asunto.

Nos atrevemos a decir que esta concordancia ha sido causa, en parte, i no pequeña, de la produccion de poesías sentimentales. Pero aunque así no lo fuere, por producir ellas una impresion de mayor justeza total han contribuido no poco a robustecer la opinion vulgar de que el campo de la poesía es esclusivamente el dolor i hasta, por reaccion, la alegría. Pero un dolor i una alegría de índole principalmente amorosa.

Las discusiones que con frecuencia se producen con motivo de apreciaciones diversas, respecto al metro que deberia haberse usado en tal o cual composicion, comprueban nuestras ideas.

Ademas, poseen una notoria desventaja los ritmos que se adueñan de todo el verso. Hai algo en ellos que ya nos es conocido. Algo que se nos hace presente ántes de que aparezca en realidad. I sucede a menudo que la conciencia que tenemos de conocer ya parte de la poesía ántes de leerla (el tono), nos priva de la sensacion de novedad. Sucede en esto lo que en el baile. El ciclo de la armonía o armonías que se repiten de una manera contínua con simples cambios de grado, son los que hacen posibles llevar el compas i prever el movimiento que viene, evitando así todo entorpecimiento en la danza. Esto, que está mui bien en los bailes, no tiene razon de ser en la poesía.

I una postrera observacion.

Habiendo pertenecido un tono esclusivo a cientos de poesías que conocemos, aquello tiene que producirnos cansancio. La monotonía abruma, i yo la odio porque me ha privado de leer tantos i tantos poemas famosos

Existe la creencia errónea de que con los sistemas hasta el dia inventados, puede decirse todo lo que se guste i que, por lo tanto, no se ve la necesidad de andar quebrándose la cabeza para inventar nuevos.

I en esto último tienen razon. ¿Qué mas agrega el poseer uno, dos o diez nuevos sistemas? Si el círculo en que nos encerramos crece en uno, dos o diez metros ¿puede decirse que poseemos mas libertad? La libertad

no es una cosa a medias, como no es la salud. Cuando no se está sano del todo se está enfermo i con trabas no existe nada libre.

Causa verdadera admiracion ¡desconsoladora admiracion! el oir a tal o cual poeta la defensa que prepara al uso que ha hecho de una u otra estrofa arcaica o moderna. Fulano dice (aquí otro nombre glorioso) la ha usado tambien. Este sistema de pases libres a determinadas formas, no puede ménos de hacernos sonreir.

I volviendo a aquello de que con los sistemas hasta el dia inventados puede decirse todo lo que se quiera, diré que quien lo afirma ignora el alcance posible de lo espresable por medio de un idioma.

Hai algo que está sobre las palabras i es su modulacion. Ella es una otra ayuda que el hombre utiliza al esforzarse por salir lo mas entero posible del retiro de soledad que le forma su cuerpo i confundir su espíritu con el de los demas.

I si los versos son capaces de guardar la inflexion ¿por qué no utilizarla con toda la honradez posible?

El ritmo está mui léjos de ser una continjencia de órden inferior.

Pero, se me dirá, vuestro sistema es mui complicado; en vez de simplificar las cosas no haceis nada mas que agregar obstáculos. ¿Cómo vamos a saber ahora el tono exacto que necesitamos? Es mas sencillo seguir los caminos trazados.

¿Mas sencillo decís? ¿Qué entendeis por sencillez? Estimais que lo sencillo se reduce a hacer lo que los demas hacen i os equivocais. Eso será lo mas cómodo; pero no lo mas apropiado, ni lo mas sencillo.

La sencillez tiene para vosotros el valor que le asignan los preceptos de la literatura. Allí el estilo sencillo es aquél mas simple; i bien, si vuestro sér es complicado, si vuestro pensamiento es como una rama de zarza a todas las otras ramas engarzado, vuestra sencillez, la vuestra, está en mostraros como sois. Seria una complicacion mayor que el quedaros al natural el trabajo gastado en desposeeros de la complicacion que ya teneis. En grave error se cae al tomar una cosa en sentido jeneral para determinar un camino particular. *Mi sencillez* acaso resida en no tener *la sencillez*.

I respecto a aquello de saber el tono exacto, os puedo decir que los pensamientos vienen a la vida como los hombres; el alma que acompaña a éstos es en aquellos un agrupamiento de palabras inamovible i un tono preciso. Si no dais con ellos no pensais con justeza.

Vaz Ferreira en una hermosa «reaccion», como él la llama, «Leyendo a Verlaine» dice mas o ménos: lo que mas admiro en esta poesía es el psiqueo fluído que aquí se percibe por encima de las palabras, gracias al tono usado i a ciertas inesperadas agrupaciones.

Pero, aquí, una observacion. Cuando esa parte complementaria de la

espresion, esa presencia aprovechable de psiqueo fluído, como él la llama, se hace estribar en cosas cada vez mas sutiles, que requieren un refinamiento perceptivo estraordinario, cabe naturalmente hacerse una pregunta. Aquella espresion super-verbal, en qué estriba. Estriba en las palabras escojidas, en sus agrupaciones, en el tono, en todo en realidad; en las múltiples reacciones que se orijinan i se entrecruzan.

¿Estas reacciones suprasensibles que el lector esperimenta, son las mismas que nos quiso regalar el poeta? ¿Existe entre ellas sólo una diferencia de intensidad, siendo uno mismo el fondo?

Se efectúa este fenómeno en un sitio difícil a las averiguaciones exactas. A pesar de ello, conviene pensar que, cuando la emocion se produce por accidentes tan imprecisos, cuando las sensaciones de vaguedad i de misterio son las que predominan, puede anticiparse que en campos tan estensos como ellos, la reaccion es personal, como no podia ménos de serlo; pero personal en el sentido de único, de aparte, de especial, de distinto.

De manera que en ellas, mas que en ninguna otra, casi todo depende de la psicolojía del lector. En realidad, lo que mas a menudo sucede es que éste se hace poeta, comentando una vaguedad que, como toda cosa incierta, puede dar, aunque darlos no, puede ser causa de los mas variados jugos.

Envuelto en las sombras de la noche, cada hombre es capaz de encarnar en ellas una fantasía diversa. I no son mas que sombras lo que a veces se nos regala!

Los metros i las combinaciones inventadas hasta la época presente, tienen en realidad música; pero una armonía aparte, solitaria, como la orquesta que acompaña una comida i que se hace sensible cuando dejamos de oirla.

Me tachan algunos de no comprender la armonía, i otros, de un ansia de orijinalidad que me ciega.

A los primeros contesto que son ellos los que no comprenden la armonía.

Necesidad tuviera de entrar en largas disertaciones para hacer evidentes algunas verdades que se escapan a todos.

El concepto de armonía, en su sentido mas jeneral, i considerando sus manifestaciones en arquitectura, en pintura, en música, en la vida diaria, nos hace comprender que es armónico aquello que podemos asimilar a nuestros gustos, aquello a que estamos habituados o a lo que es posible habituarse.

De manera que la armonía no es una lei o un conjunto de leyes; nó. Es algo que no es aparte de nosotros; es la actitud resultante de nuestro sér ante determinados asuntos. Es, en buena cuenta, una de las manifestaciones de nuestra reaccion personal.

Sin embargo, podemos fijar límites fuera de los cuales toda armonía es imposible. Así sucederá cuando se contrarien para distintos casos determinadas leyes físicas, o el proceso de recepcion en nuestros sentidos de los hechos esternos.

* * *

Lo primero que emprendí ántes de comenzar esta crítica, fué la discusion de mis puntos de vista i de mis considerandos; es decir, hice la crítica de mi mismo.

En parte, con disgusto he escrito este ensayo. Prefiero los actos que son la cosa viva, a la palabra que divaga sobre ellos. Pero ¿no son actos tambien las palabras?

Habrá quien considere que a este fragmento no le cae el título de Ensayo sobre la poesia. En un dia de alegre inconciencia nos sorprende un sentimiento de estrañeza i de repulsion, cuando por imprevistas causas consideramos que, en el fondo de nuestra vida fácil, en el interior de nuestro cuerpo sano vive i se ajita la asquerosidad de las estrañas. Igual sensacion me produce el pensar que tantas intensas composiciones poéticas contienen en su urdiembre agregados mezquinos.

Aquella misma persona acaso piense que todo lo dicho es una disertacion inferior. I bien ¿qué es inferior i qué es superior? Diremos así: que un pedazo de pan está por muchos conceptos a una respetable distancia de nuestro sér pensante i bastará, a pesar de eso, que comamos de él para que sea parte de nosotros, nuestro pensamiento mismo acaso. Las cosas mas insignificantes que el hombre consume o en las que medita, se hacen humanidad i forman la suya propia. Graves cosas pueden revelar los hechos pequeños.

De R. HERMANSEN.

De la Escuela Clásica a la Escuela Criminal Positiva

Esposicion de la Escuela Positiva segun el Profesor Ferri

SUMARIO.—Beccaria i su tiempo.—La Escuela Clásica.—Carrara, Lombroso, Ferri, Garófalo.—El delito con base natural i social.—Factores del delito.—Sustitutivos penales.—Clasificacion de los delincuentes.—Delincuencia atávica i evolutiva.—Imputabilidad.—Responsabilidad social.

Existe la lucha por la existencia de las ideas, lo mismo que existe para los individuos. Nacida una idea o teoría, se estrella contra el poderoso bloque de los hábitos adquiridos, de las tradicciones, de los prejuicios, de los intereses i de las pasiones, todos hijos del tiempo i del medio en que se enjendraron.

Trabada la *struggle for life* entre estos elementos, la idea o teoría saldrá vencedora si lleva en sí la fuerza vital, si, como el Rolando de la fábula, sabe abrirse camino a traves de millares de enemigos. Ya sola, pero vencedora, empieza a reclutar adeptos en torno suyo, hasta que un buen dia estalla triunfante como el crepúsculo de una aurora de Octubre.

Penetra así en ese término medio de intelijencias, por el cual, en su mayoría, está constituido el mundo moral. Pasa luego a ser ciencia oficial i, a su vez, punto de partida para nuevas investivaciones, teorías e ideas.

Si alguna lei gobierna en absoluto el mundo, es la lei de la relatividad en los fenómenos, ya sean éstos psíquicos o sociales. Por eso no puede decirse que el término medio de hombres de que hablo sea innecesario, por cuanto sirven a una primera eliminacion de las ideas o teorías inadaptables a nuestro medio ambiente o absurdas muchas veces.

Pasadas por esta dura prueba las teorías o ideas vitales, se encarnan en la ciencia académica u oficial, nuevo formidable reducto que tendrán que abatir las que vengan en pos. Pero la ciencia académica desempeña, a su vez, un gran rol: el de someter a una nueva eliminacion las ideas o teorías que forman ya los hábitos mentales de la mayoría.

Por eso, seriamente, nada puede decirse que exista de mas en el mundo: todo se completa i converje a una armonía final: la evolucion. Son las leyes de la evolucion las que debemos procurar conocer, porque lo razonable es precisamente adaptarse a ellas. I así comprenderemos esa tarea de Sísifo del progreso que, segun la bella imájen de Goethe, es una

espiral que parece replegarse sobre sí misma, pero cuya ascension es siempre constante.

Nace la escuela clásica criminal en el siglo XVIII, merced al impulso de un hombre de jenio. Como era de esperarlo, las teorías sustentadas por esta nueva escuela, tuvieron que chocar contra los prejuicios, la rutina i los hábitos mentales que, en materia de lejislacion penal, dominaban desde la edad media.

César Beccaria, apénas salido de la adolescencia, publica, en 1764, su pequeño libro *De los delitos i de las penas*, libro que, a su valor cintífico, une el mérito de ser una airada protesta de dolor i de angustia contra la estatolatría i tiranía lejislativas medioevales.

Beccaria, como todo hombre que propaga ideas nuevas, tuvo que sufrir los ataques enconados de sus contemporáneos. Se le acusó de ir contra los principios tradiccionales de justicia, de conculcar la lei, de hacer tabla rasa del derecho i de todos sus cánones, de querer entregar la sociedad en mano de los criminales i bandidos. Se alegó aun que abolir la tortura era imposibilitar por completo la administracion de la justicia.

Hai que advertir aquí que en el Siglo de la Enciclopedia, eran puestos en práctica, para hacer confesar a los penados, delitos reales o imajinarios, aquellos abominables procedimientos de tortura de la tristemente célebre Inquisicion.

En mi jira por Europa, tuve oportunidad de visitar, en La Haya, la sala del Santo Tribunal de la Inquisicion, instituido en ese pueblo por los secuaces de Felipe II de España. Es una infecta mazmorra en la cual existen, como en un museo, los instrumentos torturatorios descritos por Octavio Mirbeau en *El jardin de los suplicios*.

El abate Fachinei publicó una réplica al libro de Beccaria, intitulada *Notas i observaciones*, en la cual decia que la obra *De los delitos i de las penas* estaba escrita basándose en todas aquellas obras que hacen mayor ruido en nuestros dias por su repugnante, odiosa novedad, de las cuales contenia, ademas, todo el veneno, eso sí que esparcido con mas honrada destreza i con mas imponente, mas noble i ménos sospechosa falta de sinceridad.

Beccaria, agrega Fachinei, dice haber escrito para pocos; yo, en cambio, escribo para todos. El autor *De los delitos* se ha servido, por decirlo así, de moneda imajinaria; yo es preciso que me sirva de moneda contante i conocida de todos... Me consuela, sin embargo, el no tener que sufrir los fastidiosos remordimientos que tendrán siempre inquieto a Beccaria. Empiezo, por esto, tranquilamente mis *Notas*.

Beccaria publicó una *Respuesta a las Notas i observaciones* del abate Fachinei. Refutó en ella veintidos acusaciones de impiedad i siete de sedicion.

La reforma iniciada por Beccaria surjió, no obstante, porque obedecia a una necesidad moral de su tiempo.

Es atributo del jenio anticiparse a la historia. Beccaria, en efecto, recojió en su libro todas las quejas i lamentos contra esos crímenes de la barbarie lejislativa medioeval, justificados hoi por la historia; pero siempre execrados por la conciencia humana, los que, veinticinco años mas tarde, debian tener una magnificente esplosion en la Revolucion Francesa.

* * *

¿Cuáles son los objetivos perseguidos por la escuela conocida hoi con el nombre de *clásica* e iniciada por Beccaria?

Desde luego, siendo como es una reaccion contra la tiranía del Estado, debia procurar anteponer al individuo i reivindicarle su dignidad humana tal como lo fué plenamente en la *Declaracion de los derechos del hombre.* I como corolario de este postulado, se propuso *la disminucion de las penas* en el órden práctico i *el estudio abstracto del delito como ente jurídico* en el órden teórico.

La ola de humanitarismo que en esa época empezaba a invadir la conciencia universal, por tantos siglos dormida, hizo que esta doctrina, despues de sufrir los rudos ataques de los misoneistas, se estendiera profusamente por toda Europa. I hubo monarcas, como los de Austria, Rusia, i otros, que llamaron al propio Beccaria a aplicarla en sus Estados.

De esta manera la escuela clásica, como el *humus* benéfico hace nacer los jardines i las flores campestres, hizo nacer este maravilloso cuerpo de ciencia jurídica penal, que debia alcanzar con Francisco Carrara, el punto mas culminante de su desarrollo i de su gloria.

* * *

Cumplido ya por la escuela clásica su ciclo glorioso con Francisco Carrara, era natural que jeniales innovadores vinieran a dar nuevo impulso a una ciencia que envejecia.

Francisco Carrara en su *Programa* habia hecho la esposicion mas completa i jenuina de la escuela clásica criminal, sin que despues de él nada se haya dicho de nuevo sobre ella, pasando a ser las producciones ulteriores, meras glosas de principios ya sustentados.

Eran menester las inducciones jeniales de Lombroso en la antropolojia criminal, de Ferri en la sociolojía i de Garófalo en la jurisprudencia, para que el derecho penal quedara encauzado en nuevos i fecundos horizontes, ántes desconocidos.

En 1878, César Lombroso, médico, naturalista i psiquiatra, publicaba

la segunda edicion de su obra majistral; *El hombre delincuente,* en la cual hacia aplicacion del método positivo o esperimental al estudio de las enfermedades mentales. Enrico Ferri, en ese mismo año, públicó su *Teoría de la imputabilidad i negacion del libre albedrío,* en la cual, —acojiendo la frase de Felipe Turati,— se veia ya la intencion esplícita de aplicar el método positivo a la ciencia del *juris* criminal.

En 1884, Ferri publica la segunda edicion de sus *Nuevos horizontes del derecho i del procedimiento penal,* (obra que llegó a ser despues la *Sociolojía criminal)* Rafael Garófalo, su *Criminolojía*, i Lombroso, la tercera edicion del *Hombre delincuente,* obras maestras que constituyen la espresion última i mas completa de la escuela criminal positiva.

Lombroso acumula, sobre todo, en su libro, los primeros materiales antropolójicos, base necesaria de toda construccion ciéntifica o sociolójica, con una orijinalidad i fecundidad de investigaciones, que lo hacen, sin disputa, el verdadero fundador de una nueva ciencia: la antropolojía criminal.

Garófalo ejecuta la distinta labor de investigar las inducciones técnicamente jurídicas de las primeras conclusiones de hecho, mirando especialmente a la lejislacion penal i a sus posibles reformas, en este período de transicion de nuestros dias.

Ferri procura que el renovamiento de la ciencia criminal asuma una proporcion aun mayor, no restrinjiéndose a un connubio de agua de rosa entre la antropolojía i el derecho penal, ni a una sola correccion de principios jurídicos o de artículos de lei, sino trasformando, con una sustancial innovacion de método, la ciencia jurídica de los delitos i de las penas, en una verdadera i propia ciencia social: en una sociolojía criminal.

* * *

¿En qué consiste la reforma sustancial de esta nueva escuela?

He dicho que la escuela clásica se propuso, en sus principios jenerales, la disminucion de las penas en el órden práctico i el estudio en abstracto del delito como ente jurídico en el órden teórico.

Ahora bien; la nueva escuela se propone tambien la disminucion de las penas i, ademas, en el campo práctico, la disminucion de los delitos que van siempre en aumento.

En el campo teórico, para alcanzar este último fin, se propone el estudio concreto del delito, no como abstraccion jurídica sino como accion humana, como hecho natural i social, i, de consiguiente, no sólo el estudio del delito en sí, como vínculo jurídico, sino ántes que todo, el estudio del que comete el delito, esto es, el estudio del hombre delincuente.

Abandonado el criterio del libre albedrío como el motivo de nuestros

actos, nuestras acciones, normales o patalójicas, sociales o anti-sociales, quedan esplicadas por el determinismo psicolójico universal.

La humanidad ha dejado ya, segun Spinoza, de soñar con los ojos abiertos, pensando que obra libremente.

La estadística nos muestra que nuestros actos, los mas independientes en apariencia, están sometidos a leyes. Así se sabe de antemano i aproximadamente, cada año, en una rejion determinada, cuántas muertes i robos se cometerán; cuántos suicidios podrán contarse; en qué pro porcion nacerán los hijos naturales; en qué estacion los matrimonios serán mas numerosos. ¿Se podrían predecir semejantes resultados si en ellos dominara lo arbitrario?

El libre albedrío no es mas sério que el fatalismo antiguo. No es verdad que nuestra conducta nos sea impuesta por una potencia superior, por un destino ciego del cual seríamos esclavos. No es mas verdad que nuestra voluntad sea completamente independiente, que nuestros actos sean arbitrarios.

En el mundo nada se orijina *ex-nihilo*. El determinismo absoluto enseña que el mundo psíquico en nada se diferencia, bajo el punto de vista de la causalidad, del mundo físico-químico. Este es un hecho que la esperiencia comprueba todos los dias. Los fenómenos del alma para manifestarse tienen necesidad de condiciones materiales exactamente determinadas; por eso se nos muestran siempre de la misma manera, obedeciendo a leyes, i no arbitraria o caprichosamente al azar de una espontaneidad sin reglas.

De ahí que el delito no pueda admitirse como un fenómeno abstracto, como un ente jurídico, como el *fiat* de la libre voluntad, sino como un hecho humano, natural i social, producto del organismo fisiolójico i psíquico del hombre i de la atmósfera física i social en las cuales se ha desarrollado.

Basado en esto, Ferri ha distinguido en tres categorías las causas jeneradoras o factores del delito: *factores antropolójicos o individuales del delito, factores físicos i factores sociales.*

Los factores antropolójicos, inherentes a la persona del delincuente, constituyen el primer coeficiente del delito. Se sub-dividen en. las tres sub-clases que siguen:

A la primera sub-clase, *de la constitucion orgánica del delincuente*, pertenecen todas las anomalías orgánicas del cráneo i del cerebro, de las vísceras, de la sensibilidad i de la actividad refleja, i de todos los caracteres somáticos en jeneral, como la especialidad de la fisonomía i del tatuaje. Estos caracteres han sido puestos en evidencia por numerosos trabajos de antropolojía criminal, recojidos i luminosamente completados en la obra

de Lombroso, a la cual han seguido nuevas indagaciones, siempre mas numerosas i fecundas.

A la segunda sub-clase, *de la constitucion psíquica del delincuente*, pertenecen todas las anormalidades de la intelijencia i de los sentimientos, máxime del sentido social, i todas las especialidades de la literatura i de la jerga criminales. De todos éstos, ya se han recojido bastantes pruebas; pero que se aumentarán siempre despues del primer i necesario desarrollo dado a las investigaciones orgánicas, porque en la jénesis natural del delito es máxima la importancia del temperamento moral, propio de los delincuentes,

A la tercera sub-clase, *de los caracteres personales del delincuente*, ademas de las condiciones biolójicas de éste, como la raza, la edad i el sexo, pertenecen tambien las condiciones biolójico-sociales, como el estado civil, la profesion, el domicilio, la clase social, la instruccion i educacion, que pertenecen ya, casi esclusivamente, al estudio de los cultivadores de la estadística criminal.

Viene despues de los factores antropolójicos, la serie de los *factores físicos o cosmo-telúricos del delito,* que son todas las causas pertenecientes al ambiente físico, cuya eficacia se demuestra tambien por la estadística criminal en las diversas manifestaciones de los delitos, tales como el clima, la naturaleza del suelo, la inestabilidad diurna o nocturna, las estaciones, la temperatura anual, las condiciones meteorolójicas, la produccion agrícola.

Finalmente, viene la categoría de los *factores sociales del delito*, resultantes del ambiente social en el cual vive el delincuente, como la varia densidad de la poblacion, el estado de la opinion pública, de las costumbres i de la relijion; la constitucion de la familia i el réjimen educativo; la produccion industrial; el alcoholismo; el equilibrio económico i político; el ordenamiento de la administracion pública, de la justicia i de la policía judicial; i, por último, el ordenamiento lejislativo en jeneral civil i penal.

* * *

Conocidas las causas jeneradoras del delito, acercado hácia nosotros este fenómeno del morbo social que ántes vagaba por las altas rejiones de la metafísica, la escuela criminal positiva tiene toda una serie de medidas preventivas, llamadas *sustitutivos penales,* que tienden a secar directamente las fuentes mismas del crímen.

La prevision es un hecho social que toma mayor incremento cada dia, a medida que las dificultades de la vida aumentan.

Tomada nuestra salud bajo el punto de vista económico, por ejemplo, tenemos el deber de tomar todas aquellas precauciones que tiendan a

conservarla en buenas condiciones de trabajo. Conseguido este objetivo, proveer a los imprevistos del futuro guardando, cuando nos es posible, algunas economías. Esto bajo el punto de vista individual.

Con mayor razon interesa el bienestar colectivo.

En Berlin, la ciudad mas aseada e hijiénica del mundo, se han colocado en las calles aparatos para recojer los corpúsculos que vuelan por el aire, para analizarlos, ver los elementos dañinos que contienen, i dictar, segun eso, los reglamentos hijiénicos.

En Francia, la prevision, el ahorro, constituyen una verdadera virtud. Ahí no hai persona que no economice un *sous* en cada franco. Von Bülow dijo: mediante el ahorro i la fertilidad de su suelo, el pueblo frances ha llegado a ser el verdadero banquero del mundo.

Al empirismo clínico de los médicos, se sustituye la fotografía de los órganos con los rayos Roentgen i cinematografía de las funciones dijestivas i circulatorias, para poder dictar luego un tratamiento adecuado a cada enfermo. La prevision justifica, finalmente, aquel aforismo popular: *saber es prever*.

Solamente en la enfermedad del delito, a cada nuevo crímen que aparece se agrega una nueva pena en el código. Esto no quita naturalmente que dadas las mismas causas se produzcan los mismos efectos; en otros términos, que los delitos se repitan.

La disposicion penal, verdaderamente draconiana, sin exajeracion superior a cuanta tiranía lejislativa medioeval pueda imajinarse, en consideracion a nuestros tiempos, que autoriza al marido a asesinar a la mujer sorprendida en flagrante adulterio, no impide que los adulterios se cometan, fatalmente mas a menudo de lo que jeneralmente se piensa.

Si, en cambio, saliendo de las nebulosidades de la metafísica a las realidades dolorosas, pero siempre edificantes de la vida diaria, se dicta una lei que consulte el divorcio, ¡cuántas zozobras, cuantas lágrimas rodadas en la sombra no se evitarian!

Dos jóvenes que de buena fé, en un momento de embriaguez amorosa, contraen un vínculo que ellos creen eterno, yerran porque no consultan los imprevistos del futuro que tan prepotente parte tienen en nuestra existencia; yerran porque todo en torno nuestro cambia, incluso nosotros mismos. Es probable que si pudiéramos poner nuestro *yo* actual en contacto con nuestro *yo* de la vida pasada, estos distintos *yo* de una misma persona no podrian entenderse, porque cada uno representaria personas completamente diferentes.

El divorcio por consentimiento mútuo de los contrayentes, tal como existe hoi dia en Francia i acaba de instituirse en la naciente República del Portugal, es una conquista reservada al mundo femenino en todos los paises.

Es indudable que el matrimonio por amor, el matrimonio natural preconizado por el *Antiguo testamento*, sin ceremonias relijiosas o civiles, se siente hoi robustecido por el vínculo social; pero que este vínculo no sea contrario a las leyes de la vida. Admítase el divorcio con disolucion del vínculo i se habrá fortificado aun mas el matrimonio, i llevado la paz a muchas conciencias i evitado muchos delitos hoi penados bárbaramente en la letra de nuestros códigos...

* * *

En la poblacion abyecta i triste de nuestros presidios, cárceles i manicomios, ¡cuántas existencias se librarian de la pendiente resbaladiza del crímen o del naufrajio intelectual, si a las inconducentes o poco eficaces penas represivas, se sustituyeran las medidas jurídicas i político administrativas propuestas por la nueva escuela!

La estadística nos prueba que el sesenta por ciento de los pobladores de los manicomios i el ochenta por ciento de los de las cárceles, se reclutan entre alcohólicos i dejenerados alcohólicos.

¿Qué se ha hecho para prevenir la embriaguez? Dictar una lei que contiene el famoso artículo número 131, que no se ha puesto en práctica porque no habria establecimientos suficientes, capaces de contener a los infractores...

¿Qué debió hacerse racionalmente? Quitar los impuestos a los artículos de primera necesidad, a fin de que el pueblo pueda nutrirse barata i convenientemente i no tenga necesidad de recurrir a estimulantes artificiales, para reparar las fuerzas perdidas, jeneralmente, en un trabajo excesivo.

Fomentar el uso de estimulantes sanos, como el té i el café, a los cuales el pueblo se habitúa con gusto i con gran facilidad. Suprimir ese impuesto vergonzoso al azúcar que, so pretesto de protejer una industria que todavía no puede existir en Chile, triplica su valor i priva de su uso cuotidiano a muchos seres de nuestro pueblo. Crear, en fin, el hábito del hogar para alejar al pueblo de las tabernas, destruyendo esos infectos conventillos, vergüenza i escarnio de nuestro pais i de nuestra sociedad.

Nada de esto se hace. Apénas si una u otra ráfaga de protestas finjidas se oyen en la prensa o en el Congreso, que van a estinguirse indefectiblemente en una próxima eleccion de senadores, de diputados o de presidente de la República. I se sigue hablando, no obstante, de patria i de intereses nacionales...

A llenar estos vacíos viene la nueva escuela criminal, con los sustitutivos penales de Ferri o con los preventivos sociales, como les llama el

ya estinto i gran Lombroso, i cuyos modestos ejemplos prácticos habeis oido.

Con la escuela clásica criminal que asiste a esta estraña antimonia: la de haber llegado a su estrema perfeccion i no haber podido disminuir esta ola del crímen que, con el tiempo, sólo cambia de forma, pero que se ajiganta, que aumenta siempre.

Los medios represivos directos no son mas que negativos i estremos, i la historia i la estadística demuestran que son los ménos eficaces para disminuir o impedir la avalancha de los delitos.

El sabio lejislador, ántes que acudir a los medios represivos, de tan cómodo i estéril uso, debe acudir a las medidas preventivas indirectas, ya que en su esencia, prevencion i represion, no son mas que dos momentos de una sola e idéntica funcion, cumplida por un mismo órgano social, en vista de un mismo i único fin: la conservacion social. De un mismo i único problema: la investigacion de los modos mas eficaces i mas útiles de obtenerla, tanto para la sociedad como para el individuo.

* * *

Otra trascendental consecuencia del estudio del delito bajo el punto de vista positivo, como hecho natural i social, es la clasificacion de los delincuentes i la distincion fundamental de la criminalidad en atávica o anti-humana i evolutiva o anti-social.

El conocimiento de las causas jenerales o factores del delito, nos demuestra la inexitencia de ese tipo abstracto de criminal de la escuela clásica, que obra de manera soberana, segun lo quiere su libre albedrío. La clasificacion natural de los delincuentes corrobora i patentiza la realidad de esas causas determinantes del delito, que actúan de un modo particular sobre cada individuo, segun cuales sean sus peculiares características antropolójicas.

Desde luego, existe una fundamental distincion de dos categorías típicas de delincuentes. La primera comprende la clase de todos aquellos que, afectados por la dejeneracion hereditaria, criados, las mas de las veces, en ambiente corrompido, presentan en máximo grado de frecuencia las anormalidades orgánicas i psíquicas. Hombres que en el ambiente esterno encuentran el pretesto de sus delitos; pero que ya sentian dentro de sí el impulso i la atraccion instintiva al crímen; rehacios, ademas, al trabajo honrado, brutalmente feroces i crónicamente ociosos, salvajes, en fin, perdidos en nuestra civilizacion.

La segunda clase comprende los delincuentes de ocasion; aquéllos que, sintiendo tambien en sí la predisposicion al delito, por debilidad de sentido moral i escasa prevision, encuentran tambien en el ambiente esterno, con

el concurso de especiales ocasiones, la impulsion decisiva al acto criminoso.

En la primera se distinguen, por de pronto, los delincuentes afectados de una forma comun de enajenacion mental, constatada ántes i despues del acceso criminoso, i son los delincuentes locos. De éstos se pasa al tipo verdadero i propio de los delincuentes natos, incorrejibles, que constituyen la figura característica de esta primera clase antropolójica i presentan la anormalidad orgánica i psíquica mas frecuente i notable, junto a los dos caractéres específicos de la precocidad i de la reincidencia en el delito.

Entre esta primera clase de delincuentes por tendencia conjénita i la segunda de los delincuentes ocasionales, hai una sub-categoría, bastante numerosa, de los delincuentes por hábito adquirido.

Cualquiera que visite las cárceles con espíritu científico, dice Ferri, se encuentra con una figura macilenta de malhechor, las mas de las veces ladron, cuya vida ha sido continuas caidas i recaidas, una ida i vuelta entre la cárcel, la taberna i el prostíbulo; pero que todavía no estaba verdaderamente predestinado al delito por un impulso tan profundo e invencible como aquel de los criminales natos. Son individuos que caen la primera vez por una ocasion desgraciada; pero que llevados a la cárcel encuentran allí, en vez de correccion, la corrupcion moral i material, i cuando salen de ella, abandonados de la sociedad, privados de trabajo, sospechosos a los honrados, se dan al alcoholismo, a la ociosidad i caen nuevamente, para volver a la misma vida apénas libertados, yendo así de cárcel en cárcel, de reincidencia en reincidencia a la completa ruina moral, a la delincuencia crónica, incorrejible. Son delincuentes de ocasion que llegan a ser incorrejibles por complicidad del ambiente social; pero que, mejor curados, habrian ciertamente, en la mayor parte de los casos, abandonado la via criminosa, despues de la primera caida.

I se pasa así a la figura típica de la segunda clase, al delincuente de ocasion, que cae por primera vez; pero que despues, por una menor debilidad de constitucion física i moral i por circunstancias ménos desgraciadas, no vuelve a caer o no cae mas de una vez i a grandes intérvalos, porque el ambiente esterno no repite contra él el asalto de las ocasiones pérfidamente seductoras.

I se llega a la última variedad de delincuentes que representan el tipo exajerado del delincuente ocasional; pero que se acercan mas que éste al hombre honrado i que ofrecen algunas veces puntos de contacto con los delincuentes locos o semi-locos, por el temperamento neurótico, excitable, que los hace ser verdaderamente bombas esplosivas, i son los delincuentes por ímpetu de pasion.

Es siempre el impulso esterno, como en los delincuentes de ocasion, el que tiene la mayor culpa en la impulsion criminal; pero miéntras que

en aquéllos el impulso esterno es un incentivo no escepcionalmente fuerte, en los delincuentes por pasion, en cambio, es un verdadero i propio huracan psicolójico. El amor contrariado, el justo dolor, la gravísima provocacion, son entre muchas, causas que lo impulsan al delito, casi siempre de sangre, cometido a la luz del dia, sin premeditacion, i seguido casi siempre de arrepentimiento i a menudo de suicidio, despues de haber vivido toda una vida sin mancha alguna. Estos pasionales se encuentran, de consiguiente, en el caso verdadero, pero mucho mas raro de cuanto comunmente se afirma, de la llamada *fuerza irresistible*.

En esta forma, cualquiera de nosotros puede violar el código penal. Siendo el delito la resultante de los factores antropolójicos, unidos a los factores del ambiente esterno, cualquiera de nosotros puede tener la absoluta certeza, —salvo el caso de enajenacion mental,— que no cometerá jamas ninguno de aquellos delitos en donde se revele al delincuente nato, al asesino por depravacion, por paga recibida; miéntras que fácilmente cualquiera de nosotros puede ser arrastrado a la lesion o al homicidio por ímpetu instantáneo de violenta pasion, quedando así en la clase de aquellos seres desgraciados, sin entrar jamas en aquélla de los malhechores vulgares.

Estas son las distintas variedades antropolójicas del mundo criminal: los delincuentes locos, natos incorrejibles, por hábito adquirido, de ocasion i por ímpetu de pasion, para cada uno de los cuales la escuela positiva propone diversos i apropiados medios de prevencion i de represion.

* * *

De lo ántes ya dicho de las causas determinantes del delito, se deduce tambien que las manifestaciones de éste, puedan ser individuales sociales. De aquí aquella distincion fundamental entre criminalidad atavica o anti-humana i criminalidad evolutiva o anti-social.

Son manifestaciones de la criminalidad atávica o anti-humana, aquellos actos criminosos en que el hechor es inducido esclusivamente a su comision por móviles egoistas. Tales son las formas violentas del delito, como el homicidio por venganza, el estupro, la rapiña, etc.; i las formas fraudulentas, como la estafa, la instigacion al suicidio de la persona de quien se espera heredar, etc.

La asociacion política con propósitos revolucionarios (no reformista), la propaganda oral o escrita, la organizacion en partido de clase, las huelgas, la oposicion a determinadas instituciones o leyes vijentes, cuando llegan a la sola manifestacion de las ideas (que no puede jamas ser delito), i tambien una agresion material al órden social concreto, son las formas

características de la criminalidad evolutiva o político-social, determinada por motivos altruistas i humanitarios, aunque sean errados o irrealizables.

Sea como fuere, en estos órdenes de criminalidad hai siempre una amenaza material o una efectiva violacion de las condiciones actuales de existencia del individuo en su personalidad bio-social o de la colectividad en su ordenamiento históricamente concreto. Pero lo que separa sustancialmente los unos de los otros, independientemente de la diversa morfolojía de la violencia o del fraude, son los motivos por los cuales el autor del hecho es determinado: motivos de interes egoista i anti-social o de interes altruista i social. De donde resulta que contra la criminalidad atávica existe interes universal de defenderse, no así contra la criminalidad evolutiva, contra la cual el interes de defensa se limita a la minoría dominante, a una defensa de clase.

Para obviar este inconveniente. la escuela criminal positiva da a la fórmula *defensa de clase* un significado mas amplio, mas completo i mas eficaz, en el sentido de que, en el estado presente, por *defensa de clase* debe entenderse, no solamente la preservacion de toda la colectividad de los ataques de la criminalidad atávica, sino tambien aquella de la clase dominante de los ataques de la criminalidad evolutiva, con la sola diferencia que el Estado debe de defenderse de la criminalidad evolutiva en un modo diverso que de la criminalidad atávica.

* * *

Reconocidas las causas naturales del delito, o, en un sentido mas jeneral, la determinacion fisio-psicolójica de todos los actos humanos, surje espontánea la objecion de la escuela criminal clásica: si el hombre es determinado, no es entónces responsable de sus actos.

La escuela positiva que ve en la existencia del libre albedrío sólo una ilusion subjetiva, sin ninguna consistencia real, afirma que el hombre es culpable, nó porque es moralmente libre en la ejecucion de un delito, sino *porque vive en sociedad.*

El sólo hecho de vivir en sociedad determina la responsabilidad del individuo, porque el que vive en sociedad se pone en una serie de relaciones,—materiales primero; morales i jurídicas después—con sus coasociados; i como de la sociedad recibe proteccion, ayuda, garantías, del mismo modo hácia la sociedad el individuo tiene la obligacion del respeto de las condiciones de existencia de los otros coasociados, necesarias al desarrollo de sus personalidades.

Un hombre aislado, Robinson Crusoe en su isla, no es responsable del mérito o demérito de sus actos, sino en cuanto éstos vayan en contra

de las leyes de la naturaleza. En este caso, las leyes naturales serian la única sancion de un hombre que se encontrara en una situacion semejante.

Trasladado este mismo sujeto al seno de una sociedad, ya no sólo seria responsable de sus actos ante las leyes naturales, sino ademas ante las leyes sociales, que la sociedad como la naturaleza tiene tambien sus leyes de conservacion, de vida i de progreso.

La sociedad premia los actos virtuosos, grandes i heroicos de los hombres que aumentan su haber intelectual o mejoran sus condiciones materiales, i reacciona o castiga los actos nocivos, que van contra su bienestar i desarrollo.

Para pasar, pues, de esta imputabilidad material de un hecho nocivo a la imputabilidad legal, no es necesario aquel eslabon intermedio de la responsabilidad moral o libre albedrío.

* * *

Contra la infraccion de las leyes de la existencia colectiva, la sociedad no debe reaccionar con la uniformidad monótona de la dosimetría penal establecida en nuestras leyes, sino en conformidad a la potencia maléfica del delincuente, manifestada por el mismo delito.

La diversidad de los factores criminójenos, con su consiguiente distincion de las varias categorías de delincuentes, deben servir de base para adoptar todas aquellas medidas defensivas, tendentes a precaver a la sociedad del delito. Estas medidas o medios defensivos, son, segun la escuela positiva, los siguientes: los medios preventivos o de hijiene social, que tienden a impedir la aparicion misma del delito; los medios reparatorios o de resarcimiento civil; los medios represivos temporales, que pueden ser algunos de aquéllos que ahora constituyen casi todo el arsenal punitivo de nuestro código penal; i, por último, los medios eliminativos, por los cuales la sociedad, reconociendo absolutamente inadaptado a la vida social a un individuo determinado, lo escluye del propio organismo, por una funcion de desasimilacion que, en todo organismo vivo, es la base misma de la vida.

Estas varias formas de defensa social están subordinadas a estos dos máximos criterios de la sociolojía criminal:

Primero. Que la sociedad debe, ante todo, trabajar principal, asídua e inexorablemente en aplicar los medios preventivos ántes que el mal se haya verificado, para evitar esa justicia retributiva de culpa i pena.

Segundo. Que en presencia de un delito cometido, la potencia maléfica del delincuente sea la norma fundamental para aplicar el medio reparatorio o recurrir a aquél represivo u optar, en fin, por el medio estremo de la eliminacion.

* * *

Estas son, en modesta síntesis, las principales conclusiones de la sociolojía criminal, o sea de esta nueva i compleja ciencia relativa a las medidas de seguridad social, en la cual los lejisladores deberán inspirarse seguramente al dictar en lo futuro los códigos de defensa social. Están tomadas, en no pocas partes, a la letra de los cursos de *Sociolojía criminal* i de *Derecho i procedimiento penal*, profesados por Ferri en la Universidad de Roma, i a los cuales tuve el honor de asistir como alumno durante el año escolar de 1908, i de los libros del mismo Ferri.

Acerbas críticas se han escrito contra ellas; críticas que tienen mucho de parecido a las que en el siglo XVIII se le hicieron al gran Beccaria.

En el caso presente, no se trata de demoler lo pasado, sino en lo pasado reedificar el porvenir.

Inclinémosnos respetuosos ante aquella ciencia criminal que de César Beccaria a Francisco Carrara ha acumulado el jénio de las jeneraciones pretéritas; pero reconozcamos tambien a las presentes el concurso que han prestado al perfeccionamiento i renovacion de esta misma ciencia. El rol de éstas no es repetir las teorías de las pasadas, sino aquélla mas fortificante i noble de hacer progresar la ciencia por investigaciones nuevas, por nuevas inducciones.

Cumplido ya su ciclo histórico por la escuela clásica criminal, no queda para el futuro mas que una sola i ancha via maestra: el estudio positivo de los hechos sociales; el determinismo universal como norma de los estudios; la escuela criminal positiva como un desarrollo ulterior de la escuela clásica iniciada por Beccaria, completada i renovada por el vivificador método esperimental o positivo de los estudios.

Ha cabido en suerte a la península itálica, a la tierra clásica del derecho penal, ser la fuente precursora de esta nueva ciencia penal, que tendrá múltiples i benéficas aplicaciones.

I hoi que nuestro pais ha escuchado a Enrico Ferri, el mas potente apóstol de la escuela criminal positiva; hoi que, como ayer, nuestra tierra presta ambiente tan favorable a la planta morbosa del delito, demos en nuestro mundo intelectual amplia hospitalidad a sus doctrinas, para curarnos eficaz i científicamente del crímen, la mas dolorosa de nuestras plagas sociales.

De GUILLERMO VALENCIA

Así hablaba Zaratustra

(Inédita)

En el mas alto pico de ese monte,
eterniza su diamantino fulgurar la nieve.
Como férvida ola de basalto
emerjió de la tierra—fatigada
por la vana equidad de las llanuras—
ese monte de cima plateada
i raíces inmóviles i duras.

Funebremente solo, su fiereza
vio los siglos pasar, hojas caidas
del áspero laurel de su cabeza.
Ni las huracanadas sacudidas
del frio Setentrion, ni la demente
voz de la tempestad,
ni las filosas dagas,
robaron la actitud impasible
de su pico.
I la montaña se levanta loca
ante la inmensidad.
I cuando irisa,
la nieve matinal su nívea toca,
parece que vagara una sonrisa
sobre la faz de la vetusta roca.

Hasta el ápice frio de la altura
no ha llegado mi pueblo todavía,
—pedestal en que el hombre se infatura—
ni las plantas de humana criatura
habrán de hollarlo hasta remoto dia.
Sólo un ciervo las pérfidas barrancas
ájil vence;
al ímpetu triunfante de sus ancas,
la piedra desprendida
rueda, al chocar de la pezuña hendida,
por el desfiladero sin salida.

Ya en la cima
su vasta cornamenta abre,
como vieja encina
a que robó las hojas la tormenta.
I el macho doble i soberbio empina
su lomo bajo el austro que revienta.
Ráfagas silbadoras
le peinan, al pasar, la piel hirsuta;
i las rojas ventanas sopladoras
de su nariz, husmean
en ajitada i bruta palpitacion, las sonoras
concavidades del abismo torvo.
I la nariz se enfría, i asemeja
un pedazo de nieve con el viento.

I dijo Zaratustra:
Cuando llegue
la hora del amor para mi raza,
enviaré a mis robustos labradores
a desprender la indómita coraza
de ese monte, —mi monte— i en la plaza
de mi libre ciudad, las muchedumbres
conquistadoras del Ideal,
oirán por qué la piedras de aquel monte
elejí para alzar vuestras estatuas.

De MAXIMO GORKI.

Un rei de la República

Los reyes del acero, del petróleo i todos los otros reyes de los Estados Unidos turbaban de contínuo mi imajinacion. Jente tan adinerada no podia ser, en mi concepto, jente vulgar.

Figurábame que cada uno de ellos tendria a lo ménos tres estómagos i centenar i medio de dientes. Estaba persuadido que los millonarios comerian sin cesar desde las seis de la mañana a las doce de la noche. Que devorarian los alimentos mas caros: ocas, gallináceas, conejos de Indias, bizcochos i demas sabrosas sustancias, de suerte que, al llegar la noche, hallaríanse tan fatigados de trabajar con los maxilares, que ordenarian a los negros mascullarles los alimentos para poderlos injerir.

Que por fin, agotadas las enerjías i sudorosos, jadeantes, serian llevados por sus criados al lecho, del cual se levantarian para reanudar al dia siguiente la misma vida tormentosa.

I que, sin embargo, semejante fastuosidad apénas les permitia consumir la mitad de sus rentas. Pensaba para mi: «En verdad que esta vida es penosa ¿Para qué todo eso? ¿Qué placer hai en poseer millones, si uno no ha de comer mas de lo que come cualquier pobre diablo?»

Imajinábame que los millonarios llevarian la ropa interior de áureos tejidos; que sus bolsillos estarian tapizados de hilos de oro; que en lugar de sombreros cubrirían sus cabezas cascos de brillantes; que sus levitas serian del paño mas costoso i de una lonjitud nunca inferior a cincuenta pies i, por lo ménos, con trescientos botones de oro. En los dias festivos, pensaba se pondrian de ocho levitas i seis pares de pantalones para arriba. Cierto que esto no es mui cómodo; pero cuando un hombre posee tantos millones, no puede vestir como todos los demas mortales.

La bolsa de estos adinerados asemejábase, en mi sentir, a unas fauces que pudieran engullir fácilmente la Iglesia, el Senado i todo cuanto se quisiera... Mas, para conceder al estómago de tales *gentlemens* la capacidad de un mostruo antediluviano, repugnábame imajinarme la largura de las piernas i de los pantalones de semejante ente. Sólo me atrevia a pensar que las ropas de su cama no medirian menos de una milla cuadrada.

Creia que, si acostumbran a mascar tabaco, meterian en la boca de cada vez dos libras, i que, si fumaban, cada carga de su pipa seria de una libra, porque al fin i al cabo, el dinero no tiene mas objeto que ser gastado.

Los dedos de sus manos pensaba tendrian un tacto esquisito, ya que no una facultad májica para prolongarse a capricho, de modo que si estando en Nueva York se acordasen de que en el fondo de la Siberia habia oculto un dollar, pudieran extender su garra a traves del estrecho de Behring i apoderarse del tesoro sin sufrir incomodo.

I era curioso que, ocurriéndoseme tamaños dislates, no acertara a imajinarme la cabeza del monstruo. Por otra parte, parecíame perfectamente inútil este órgano colectivo en una masa de músculos i huesos animada sólo por la ambicion de sacar de todas las cosas oro. Confieso que, en jeneral, mi vision, mi idea del millonario, era algo confusa, indefinida. En una palabra: caracterizábalo por sus brazos largos, elásticos, capaces de abarcar todo el orbe, para engullírselo por la enorme boca que chupa, roe i mastica nuestro planeta, babeándolo con una sustancia viscosa que le asemeja a una fruta recien salida del horno.

Imajinaos mi estupor cuando, al encontrarme con un millonario, vi que era un hombre como los demas.

Ante mi, sumido en una poltrona, habia un viejo largo i flaco; sus manos, temblonas i rugosas, de lonjitud natural, se posaban sobre un abdómen de dimensiones normales. Llevaba rasurado cuidadosamente el pálido rostro. El labio inferior, caido por la edad, cubria, sin embargo, las bien formadas encias, guarnecidas de dientes de oro. El otro labio—afectado, exangüe i fino—adheríase fuertemente a su mandíbula masticadora, permaneciendo casi inmóvil cuando el anciano hablaba. Sus ojos, incoloros, eran huérfanos de cejas i el cráneo, desnudo de cabellos. En su rostro parecia faltar la piel. Abotagado, inespresivo i lustroso, recordaba la paz de un recien nacido. Era difícil precisar si este ente comenzaba o decli naba su vida.

Vestia como cualquier otro hombre. Un anillo, el reloj i los dientes, eran las únicas joyas que llevaba sobre sí. En conjunto, parecia un criado viejo de una casa aristocrática.

El gabinete donde me recibió, no abrumaba por su lujo ni admiraba por su belleza. Unicamente llamó mi atencion la solidez de los muebles, tan bien fabricados que se me ocurrió si aquella casa seria visitada tal vez por elefantes.

—¿Es usted el millonario?—pregunté sin dar créditos a mis propios ojos.

—¡Oh, sí!—repuso, asintiendo con la cabeza.

Finjí no creerlo i resolví desenmascararlo sin perder un momento, preguntándole súbito.

—¿Cuánta carne comeis cenando?

—¡No ceno carne!—contestó.—Una ensalada, un huevo, una tacita de té i nada mas...

Confieso que no pude vislumbrar en sus ojos injénuos, de recien nacido, semejantes a dos grandes gotas de agua turbia, el mas leve asomo de mentira.

—¡Está bien!—esclamé estupefacto.—Pero séame sincero i dígame con franqueza cuántas veces come al dia.

Dos—respondió con calma.—El almuerzo i cena me bastan perfectamente.—El almuerzo: un plato de menestra, un trocito de carne, un dulce, fruta, una taza de café i un cigarro.

Mi admiracion crecia como la espuma.

El miróme con beatitud. Yo proseguí confiado:

—Pero de ser verdad eso, ¿en qué gasta usted su dinero?

Encojióse de hombros, movió un poco los ojos i repuso:

—Me sirve para hacer mas dinero.

—¿Para qué?

—Para hacer aun mas...

—¿Para qué?—insistí.

Inclinóse hácia mí, afianzando los codos sobre los brazos de la poltrona, i preguntóme con cierta curiosidad:

—¿Estais loco?

¿I vos?—interrogué, a mi vez, yo.

El anciano bajó la cabeza, murmurando a través del oro de sus dientes:

—¡Qué tipo mas interesante!... ¡Creo que es la primera vez en mi vida que hablo con un hombre tan raro!...

Despues tornó a levantar la cabeza, i alargando en estraña sonrisa su boca hasta las orejas, se puso a examinarme en silencio. A juzgar por la calma de su rostro, era evidente que se reputaba por un hombre perfectamente normal.

—¿En qué, pues, se ocupa?—le pregunté.

—¡Hago dinero!—repuso lacónicamente, alzando los hombros.

—¡Farsante!—esclamé con gozo.—Creo que no tardaré en descubrir tu misterio.

El sollozaba levemente, convulsionándose todo su cuerpo como si una mano invisible le aguijonease bajo el asiento, i contrayéndose nerviosamente sus ojos.

¡Es curioso!—exclamó calmándose poco a poco i envolviéndome en una mirada benévola.—¡Preguntadme otras cosas!...

Sus mejillas, ignoro por qué, se colorearon.

Medité durante breves instantes i proseguí interrogándole:

—¿Cómo haceis dinero?

—¡Ah! ¡ya comprendo!—dijo meneando la cabeza.—Es mui sencillo. Soi propietario agrícola Los campos producen frutos que transporto al

mercado. Luego de calcular cuánto dinero hai que dejar a los hombres para que no se mueran de hambre i puedan seguir trabajando, todo lo demas me pertenece en concepto de tarifa de trasporte. Repito que es sencillísimo.

—¿I los labradores están satisfechos?

—No todos, segun creo—replicó con infantil injenuidad.—Mas, sabido es que los hombres nunca están contentos con su suerte. Eternamente locos, somos insaciables...

—¿El gobierno no estorba vuestro negocio?—aventuré tímidamente.

—¿El gobierno?—repitió quedándose pensativo i posando la cabeza sobre la palma de su diestra.

Despues ajitó la cabeza como si recordase algo:

—¡Ah! ¡ah! ¿Sabe usted aquello... de Wáshington? No; no piden nada. Son buenos muchachos... Algunos pertenecen a mi *Club*. Pero nos vemos mui de tarde en tarde... Tampoco piensa nadie en ellos. No, no me estorban—repitió, preguntándome acto seguido con curiosidad:—¿Por qué han de impedir los gobiernos hacer dinero?

Me sentí confuso ante su injenuidad i sapiencia.

—No—dije vacilante,—no me refiero a esto... Mirad: yo creía que en ciertos casos el gobierno debiera perseguir una rapiña... manifiesta.

—¡Hum!—gruñó— ¡Eso es idealismo puro! Nosotros no robamos. El gobierno no tiene derecho a inmiscuirse en los asuntos privados.

Mi insignificancia aumentaba ante aquella plácida sabiduría infantil.

—¿Acaso la ruina de muchos para el bienestar de un solo individuo es un asunto privado?—pregunté cortestemente.

—¿La ruina?—repitió abriendo desmesuradamente los ojos.—La ruina sólo viene cuando los brazos esplotados andan caros. Cuando ocurren huelgas. Pero nosotros tenemos a los emigrantes. Estos desprecian siempre el jornal de los obreros, reemplazando gustosos a los despedidos. Cuando en el país haya muchos que trabajen a bajo precio i consuman mucho, todo marchará bien.

Su rostro animóse lijeramente, pareciendo a la vez un viejo i un niño. Sus dedos huesudos i afilados moviéronse nerviosamente, resonando con mayor claridad a mis oídos su voz monótona.

—¿El gobierno? Quizá esta es una cuestion interesante. Ella implica los problemas siguientes: En los paises ha de haber tanta poblacion cuanta sea precisa para comprar todo lo que yo quiero vender. Debe haber los obreros necesarios para que nunca se advierta falta de brazos, pero ni uno mas. Entónces serán imposibles el socialismo i la vagancia. El gobierno no debe imponer contribuciones elevadas. He aquí lo que llamo un buen gobierno.

—Esas teorías—pensé—revelan su necedad i la soberbia del propio valor. Cualquiera diria que, en efecto, es rei de algo.

—Actualmente—continuó con tono firme i convencido,— en el pais reina un órden inalterable. El gobierno retribuye mezquinamente a muchos pedagogos que todos los domingos enseñan al pueblo, durante mas de ocho horas, a respetar las leyes. Si los maestros no bastan a este objeto, se recurre a los soldados. El fin justifica los medios. Los consumidores i los obreros están obligados a acatar las leyes. ¡Esto es todo!—terminó, jugueteando con los dedos.

—No; no es un estúpido, aunque dudo que pueda ser un rei—pensé, i dije:—¿Estais satisfecho del actual gobierno?

Despues de vacilar durante breves minutos, respondiome:

—Hace ménos de lo que pudiera hacer.

«En mi opinion, ahora conviene dejar a los emigrantes el paso franco. Pero nosotros tenemos la libertad política de la que tambien ellos gozan, i que deberian pagar. Cada uno deberá poseer 500 dollars. Un individuo que tiene 500 dollar es preferible al que tiene sólo 60. ¡Jente mala, vagos, mendigos, enfermos i otros detritus de la sociedad, que no sirven a ninguna nacion!»

—¿Mas esto no hará decrecer la emigracion?—argüí.

El anciano afirmó con la cabeza.

—El tiempo se encargará de cerrar a esa canalla las puertas de América. Si no ocurre así, como llevará cada cual algun oro... el emigrante beneficia al pais... Ademas, urje ahora ampliar el plazo para adquirir los derechos civiles. En breve, será menester abolirlos por completo. Trabajen cuantos quieran laborar por los americanos, pero sin que por esto ello fuerce a que se les reconozca ciudadanía en América. Ya hai bastantes americanos. Cada uno de ellos vale para contribuir por sí solo a aumentar la poblacion. Todo esto depende del gobierno. Todos debemos ser accionistas de la hacienda industrial; de esta suerte serviremos mas rápida i fácilmente a los intereses de la nacion. Ahora me conviene comprar a los senadores para convencerles de mi necesidad... de descansar. Mañana seria inútil...

Suspiró i movió la pierna, prosiguiendo:

—Para entender, segun se debe, la vida, precisa mirarla desde la cima de un monte de oro.

—Espuestas sus ideas políticas—dije,—¿qué piensa de la relijion?

—¡Oh!—esclamó, golpeándose las rodillas i arqueando enérjicamente las cejas.—¡Este tema me place en estremo! La relijion es una cosa necesaria al pueblo. Lo creo sinceramente. Yo mismo predico todos los domingos en la iglesia...

—I ¿qué decis?

—Todo lo que un fiel cristiano puede decir en el templo. Bien es verdad que predico en una parroquia pobre; los pobres necesitan siempre una predicacion cariñosa, una enseñanza fraternal... Yo les digo a mis feligreses...

Durante un segundo, su rostro resplandeció candorosamente; mas de pronto crujieron sus dientes i se elevaron sus ojos al techo de la habitacion, donde innúmeros cupidillos velaban púdicamente las desnudeces de una opulenta matrona cuya piel se asemejaba a la de un cerdo de Yorkshire. Sus ojos incoloros reflejaban en sus concavidades los varios tonos del cuadro, lanzando rayos de todos colores. Luego comenzó con voz suave:

—¡Hermanos i hermanas de Cristo! No os abandonéis a las sujestiones del astuto demonio de la envidia: huid todas las cosas terrenales. La vida es breve; el hombre trabaja cómodamente hasta los cuarenta años; luego ya no le admiten en las fábricas. La vida es incierta. ¡Sois trabajadores; un falso movimiento del brazo i la máquina os tritura los huesos; una insolacion, i se acabó todo! ¡Por doquier os acechan las enfermedades; por doquier los infortunios! El pobre se asemeja a un ciego colocado sobre el tejado de una casa elevada: por donde quiera que avance, se abre el vacío ante sus pies i puede estrellarse... como ha escrito el apóstol Santiago, hermano de Judas. ¡Hermanos! No cuidaros de la vida acá en el mundo; esta es una creacion del demonio, ansioso de vuestras almas. Vuestro reino, hijos amados de Cristo, como él de nuestro Padre, no es de este mundo, sino que está en los cielos. Recorred, pues, con paciencia, sin lamentos ni vacilaciones, hasta su término vuestro camino terrenal. Dios os recibirá en las excelsitudes del Paraiso i compensará con dulzuras eternas vuestros sinsabores de ántes. Esta vida es sólo un purgatorio para vuestras almas: miéntras mas padezcáis aquí, mas seréis glorificados allá en el cielo, segun atestigua el mismo apóstol Judas.

I señalando con la mano hácia el infinito, reconcentróse en sí mismo, prosiguiendo, despues de corta pausa, con tono severo i frío:

—Sí, hermanos! Toda esta vida es vana i mezquina si no la consagramos al amor del prójimo, sea este quien fuere. ¡No abandonéis vuestro corazon al demonio de la envidia! ¿Qué podéis envidiar? Los bienes terrenos son despreciables, son acechanzas del infierno. Todos, ricos i pobres, reyes i mineros, banqueros i criados, hemos de morir. En la celestial Jerusalen, acaso los mineros sean reyes, miéntras éstos recojan del suelo las migajas que sobren de la comida de aquéllos. ¡Hermanos! ¿Qué merece vuestra atencion en este mundo, negra selva del pecado, donde el alma vacila como un niño? Ganad el cielo por las vías del amor i de la dulzura; sufridlo todo en silencio. Amaos unos a otros; nada os enemiste...

De nuevo movió los ojos, i, arrenellándose en la poltrona, continuó:

—Nunca querais atender a los sofismas que inocula en vuestros cora-

zones el sentimiento pecaminoso de la envidia, haciendo resaltar la miseria de los unos i la opulencia de los otros. Esos sofismas son los satélites de Satanas. Guardaos de envidiar al prójimo. A pesar de todo, los ricos son pobres, porque casi nadie los ama. «¡Amad a los ricos, porque son los hijos predilectos del Señor!», predicaba Judas, hermano de Jesus, pontífice del templo. ¡No escuchéis a los propagandistas de falsas igualdades i demas invenciones diabólicas! ¿En qué podemos ser iguales sobre la tierra? ¡Procurad serlo únicamente en la pureza de espíritu ante los ojos de Dios! Llevad pacientemente vuestra cruz, i esta misma resignacion os alijerará el peso. Dios está con vosotros hijos míos. ¿Que mas queréis?

Calló el viejo, quien en una prolongada sonrisa volvió a lucir sus dientes de oro, mirándome luego con aire de triunfo.

—¡Sabeis aprovecharos de la relijion!—esclamé.

¡Oh, sí! Conozco su valor—dijo.—Os repito que la relijion es indispensable al pueblo. ¡Que me place! «Sobre la tierra pertenece todo al demonio—enseña ella.—El hombre, para salvar su alma, no debe desear ni poseer nada en el mundo. Gozarás la vida despues de morir; te aguarda un cielo eterno.» Cuando la jente cree estas cosas, se la maneja fácilmente. ¡Que duda cabe! La relijion es como el aceite: cuanto mas engrasemos con ella la máquina de la vida, tanto ménos se desgastará i mas fácil será la mision del maquinista...

—¡En verdad que es un rei!—concluí, i con sumo respeto pregunté a este guardador de cerdos:—I vos mismo, ¿sois cristiano?

¡Oh, sí, evidentemente!—esclamó con fe profunda, añadiendo con gravedad solemne:—Pero soi tambien americano, i, como tal, moralista austero...

Su rostro adoptó una espresion dramática.

—¿Qué quereis decir?—le interrogué, bajando la voz.

—¡Esto quede entre nosotros! Un americano no puede reconocer a Cristo.

—¿No puede?—murmuré tras de una pausa.

—¡Seguramente!—afirmó, siempre a media voz.

—¿Por qué?—insistí.

—¡Porque era hijo natural!—dijo el anciano, mirando a su alrededor. —¿Comprendéis? Un hijo natural, en América, no sólo no puede ser Dios, sino ni siquiera un modesto funcionario. Ninguna sociedad, aun la mas tolerante, puede acojerle. No hallará una muchacha que quiera casarse con él ¡Oh! ¡somos mui austeros! Ved cómo de reconocer a Cristo deberíamos reconocer por fuerza a todos los hijos naturales como jentes de bien... aun siendo sus padres un negro i una blanca. ¿No seria esto horrible? ¡Ah!

Ello debia ser así, porque los ojos del viejo tiñéronse de un color verdoso, asemejándose a los de un buho.

—Respecto al negro, ¿es en absoluto inadmisible reputarle como un hombre?—le pregunté, inquiriendo la moral de los paises demócratas.

—¡Vaya una pregunta!—repuso irónicamente.—¡No haber nacido negros! Nosotros acorralamos al negro apénas sabemos que vive con una blanca... la cuerda al cuello i en el primer árbol... sin mas ceremonias. Somos severísimos en órden a la moral....

Ahora inspirábame el mismo asco que se esperimenta ante un cadáver putrefacto. Empero era preciso llegar al fin. Así, proseguí preguntándole sus opiniones sobre cuanto atañe al proceso de lapidacion de la verdad, de la libertad, de la razon i de todas las excelsas prerrogativas en que tengo fe.

—¿Qué pensais del socialismo?

—Los socialistas son, en primer término, los secuaces del diablo—respondió, golpeándose las rodillas.—Los socialistas son la savia, en la máquina de la vida; la savia que, esparciéndose por todas sus ramas, vigoriza el trabajo normal del mecanismo.

Por vez primera pude advertir de modo clarísimo la fuerza del influjo del dominio amarillo: del oro. Los frájiles huesos del anciano postrado por la gota i la artritis, su cuerpo débil i flaco, enfundado en un saco de piel vieja; toda aquella pequeña masa de órganos ruinosos, eran esclavos de la áspera i cruel voluntad del áureo enjendrador de la farsa i de la depravacion del espíritu. Los ojillos del viejo brillaban como dos monedas recien acuñadas: toda su persona tornábase mas ríjida i seca. Ahora parecia un criado, no ocultándoseme quién era su señor.

—¿Qué opinas del arte?—seguí preguntándole.

Miróme, pasó la mano sobre su rostro, cambiando, hasta hacerla casi infantil, su anterior espresion, algo áspera.

—¿Qué decís?

—¿Qué opinais del arte?

—¡Oh!—contestó con calma—. No me preocupa; le compro...

—Lo sé. Pero acaso tendreis en este punto ciertos gustos e inclinaciones especiales.

—¡Ah! Sí; tengo mis exijencias... El arte debe ser divertido. Necesito que me haga reir. Debe exitar mi alegría. Es indispensable aliviar de cuando en cuando el cerebro con algun calmante... talvez con algo que exite las enerjías del cuerpo... Para los *reclamos* conviene emplear los colores mas chillones. Ellos meten el *reclamo* por las narices del público, aun del mas distanciado, reembolsando siempre el dinero que cuestan. Prefiero en las estatuas i en los objetos de arte el bronce al mármol i a la porcelana, para que la servidumbre no los rompa. Me gustan las riñas de

gallos i la caza del raton. Las he visto en Lóndres... El *boxeo* es en sí algo bueno, pero sin exajerarlo hasta el homicidio... La música debe ser patriótica. Un pasodoble es siempre bello; el mas hermoso himno es el americano. América es el mejor pais del mundo; por eso la música americana es la mas inspirada. Se hace indefectiblemente buena música allí donde la jente es honrada. Los americanos son los mas honrados del munddo. Así son los mas ricos. Por eso no trascurrirá mucho tiempo sin que el Universo sea nuestro...

Atendía yo la petulancia con que hablaba este farsante enfermo, pensando fundadamente en los salvaje de Tasmania. Mui cierto que éstos son caníbales, pero tienen mui exquisito i educado hasta cierto punto el sentido estético.

—¿Frecuentais el teatro?—dije al viejo servidor del demonio amarillo para atajar sus majaderías sobre los pueblos que habia profanado con su vida.

—¿El teatro? ¡Oh, si! ¿Pero eso es arte?

—¿I qué os gusta del teatro?

—Me gusta ver muchas mujeres escotadas i sentarme en sitio desde donde las puedo contemplar a capricho —repuso tras de breve reflexionar.

—¿Qué preferís del teatro?—continué casi desesperado.

—¡Oh!—esclamó—; las artistas i algunas otras cosas... Si la artista es jóven i bella, dominará siempre el arte. Mas, es difícil reconocer cuáles son verdaderamente jóvenes. ¡Finjen tan bien! Se comprende; es su oficio.

«A veces ocurre pensar: «¡Ah! ¡ah! he ahí una buena muchacha.» I despues se descubre que tiene cincuenta años i que se ha acostado lo ménos con doscientos amantes. I esto a nadie agrada... Las artistas de circo son preferibles a las de teatro. Casi siempre son mas jóvenes i mas graciosas...»

Era evidente que conocia a la perfeccion la materia. Por eso yo, pecador impenitente, enfangado toda mi vida en la culpa, aprendí de él muchas enseñanzas.

—¿Os gusta el verso?

—¿El verso?—repuso mirándose las botas i frunciendo la frente.

Luego de pensar un instante i después de alzar la cabeza, en cuyo movimiento volvió a lucir sus dientes, repitió:

—¿El verso? ¡Oh, sí! El verso me gusta mucho. La vida será mui divertida cuando todos hablen en verso.

—¿Qué poeta prefiere usted?

Miróme de reojo, contestando pausadamente:

—¿Qué dice?

Repetí mi pregunta.

—¡Hum... sois divertido!...—gruñó, moviendo con aire dubitativo la cabeza.—¿Por qué sentir simpatía hacia un poeta?

—¡Perdonad!—esclamé enjugándome el sudor de la frente.—Desearia saber cuál es vuestro libro favorito, escluyendo ¡claro está! el libro de los *cheques*...

—¡Oh; esto es otra cosa!—dijo.—Mis libros favoritos son la Biblia i el *Libro Maestro*. Ambos inspiran la intelijencia. Apénas abro sus pájinas; siento en toda su intensidad cuanto ellos refieren...

—Este hombre se burla de mí—pensé, i le miraba fijamente.

No. Sus ojos desvanecieron toda duda a cerca de la sinceridad de aquel niño viejo. Apoltronado en su butaca como un nogal seco en su corteza, veíase al punto que estaba convencido plenamente de la veracidad de sus palabras.

—¡Sí!—prosiguió despues, mirándose las uñas—; ¡son dos libros inmejorables! Uno fué escrito por los profetas: el otro lo escribí yo. Mi libro consta de mui pocas palabras. En él solo hai cifras. Enseña todo lo que un hombre puede conseguir, trabajando honradamente. A mi muerte, el gobierno deberá publicar mi libro. Que el mundo aprenda qué vida es preciso vivir para escalar estas alturas.

I con el gesto triunfante de un vencedor, me indicó cuanto le rodeaba.

Comprendí que debia dar por concluida nuestra entrevista. No todas las cabezas pueden soportar impunemente el ser coceadas...

—¿Queréis decirme algo de la ciencia?—le pregunté timidamente.

—¿La ciencia?

Alzó las manos, escudriñando con los ojos en el vacío. Despues tomó el reloj, miró la hora, i arrollando en torno de un dedo la cadena, hizo oscilar en el aire el cronómetro; luego, suspirando, habló así:

—¡La ciencia... sí, ya lo sé! Son los libros. Si ellos hablan bien de América, son libros útiles.

«Pero es raro que los libros digan la verdad. Esos poetas... que los escriben, creo yo que saben poco. Forzados a hacerlos, no tienen tiempo de leer... Sí; los escritores son malos; por eso ninguno compra sus libros.

«El Gobierno debe retribuir esplendidamente a los que escriben libros. El sabio es siempre bueno i alegre. Sábese que, en tésis jeneral, si queremos libros que traten de América, se subvenciona a los buenos autores i se tienen entónces todos los libros necesarios a ese objeto. He aquí todo.»

—¡Interpretais harto mezquinamente la ciencia!—noté.

El anciano cerró los ojos, quedando pensativo. Abriéndolos de nuevo, continuó con tono firme:

—Parécenme bien, si ellos enseñan, los filósofos... ¡cuán pura es así la ciencia! Profesores, institutrices, dentistas... abogados, médicos, inje-

nieros. *All right*. Es necesario. La buena ciencia... no debe enseñar el mal... Mas un maestro de mi hija me dijo en cierto dia que hai ciencias eminentemente sociales... No comprendo esto. Creo que es hasta peligroso. Una buena ciencia no puede derivar de un socialista. Los socialistas no deben poner sus manos pecadoras sobre la ciencia.

«En un pais bien gobernado no debe haber socialistas. En América hai muchos. Esto significa que en Wáshington las jentes no tienen una nocion clara del propio deber.

«El Gobierno debia despojar a los socialistas de todos los derechos civiles. No vacilo en decirlo: el Gobierno debia tener mas apego a la vida. Por eso todos sus miembros deberian ser elejidos entre los millonarios.»

—¡Es usted mui imparcial!—exclamé.

—¡Oh, sí!—murmuró él.

Su fisonomía habia perdido en absoluto su carácter infantil, exteriorizándose su oculta ambicion. Ocurrióme saber qué pensaba del arte.

—¿Que pensais?...—inicié; pero él, alzando un dedo, dijo:

—En la cabeza del socialista anida el ateísmo, i en su vientre, el anarquismo. El diablo presta a su espíritu las alas de la locura i del odio... Para la lucha contra el socialismo se necesitan la relijion i los soldados. La relijion, contra el ateísmo; los soldados, contra la anarquía. Si se procura llenar la cabeza del socialista con el plomo de las predicaciones relijiosas, nada estraño es, por tanto, que el ejército se encargue de llenar de plomo su panza...

Meneó la cabeza como quien está convencido de la bondad de sus palabras, prosiguiendo con voz segura:

—La fuerza del demonio es enorme.

—¡Oh, sí!—asentí de buen grado.

—La ciencia es inútil i amena como la de Edison: el fonógrafo, el cinematógrafo: he aquí inventos útiles. Entretanto, muchos libros de ciencias son perfectamente inútiles... Los hombres no deben leer los libros que pueden hacer surjir en la mente... dudas. Todo ocurre en el mundo como debe ocurrir... i no hai por qué mezclar los libros con los negocios...

Me puse en pié.

—¿Os marchais? me preguntó.

—Sí—respondí—He abusado bastante de vuestra bondad. Solamente me resta saber qué placer hai en ser millonario.

En vez de contestarme, empezó a desesperarse i estirar las piernas. Acaso era su modo de reir.

—¡Es una costumbre!—exclamó alentado.

—¿Qué costumbre?—interrogué.

—Ser millonario.

—Ser millonario... ¡es una costumbre!

Medité levemente i le dirijí mi última pregunta:

—¿Creeis que los vagos, los fumadores de oro i los millonarios son manifestaciones de un ámplio órden social?

Esta cuestion debió ofenderle, porque irritáronse sus ojos, inyectados de bilis hasta aparecer verdes, i me respondió seca, desabridamente:

—Me parece que estais mui mal educado.

—¡Adios!—esclamé

Acompañóme galantemente hasta la puerta, deteniéndose en el último tramo de la escalera a curiosear con atencion la punta de sus botas. Ante su casa estendíase una plazoleta cubierta de espeso follaje verde... Yo me alejaba resuelto a no volver a tropezarme con semejante hombre.

—¡Esperad!—oí gritar detras de mí.

Me volví. Él permanecía en el portal i me esperaba.

—Decid. ¿Hai en Europa algun rei del progreso?—me preguntó pausadamente.

—Creo que todos los monarcas europeos son progresivos—repuse.

Escupió i dijo:

—Necesito dos... pero buenos.

—¿Para qué?

—Para *boxear* aquí en esa plaza... a la una i media todos los dias. ¡Ah! despues de la cena conviene dedicar media horita al arte... ¿me comprendeis?

Hablaba sériamente, no cabiéndome duda que se esforzaria hasta el último estremo por realizar sus deseos.

—¿Por qué necesitais un rei para esa empresa?—le pregunté.

—¡Seria una novedad en América!

—¡Pero si los reyes sólo se baten con los brazos ajenos—dije, i comencé a alejarme

—¡Alto!—gritó otra vez.

Me detuve de nuevo. Continuaba en el portal, con las manos a modo de bocina junto a la boca.

—¿Qué deseais?—esclamé.

Humedecióse los labios, voceando con parsimonia:

—¿Cuánto creeis que costarán dos reyes para ese *boxeo,* media hora diaria durante tres meses?

De PEDRO PRADO

Meditacion de Primavera

Suave mañana pura,
en la que el alma siente la dulzura
de la primavera.
Oh! las verdes hojas
que retornan, como dulces recuerdos
a una feliz memoria. Oh! nubes blancas
como grandes flores mecidas por el viento
en el campo ilimitado de los cielos!

Una grande inquietud a mi me embarga
al llegar vuestro turno, primavera;
inquietud temblorosa que recuerda
la del que vive en una ansiosa espera
de un bien por llegar, i del que duda.

Pasan los dias del invierno,
i la tierra monótona presenta
una triste vision. Los árboles
desnudos, nada tienen
que los haga apetecibles.
A las enormes montañas que levantan,
como un ejemplo eterno,
su deseo a los cielos,
las ocultan las nieblas.
Cuando todo se borra
i todo rumbo sólo oculto queda,
una duda profunda a mi me embarga,
un intenso temor de que no vuelva
a lucir otra vez la primavera!

Yo os admiro, maravillosa memoria de los años,
consecuente evolucion que se renueva
una vez i otra vez en toda cosa;
recuerdo imperdurable que se oculta
en todo lo que ha sido, para ser,
alma misteriosa que se encuentra

de las altivas rocas a los hombres,
llenando el vasto mundo!
Años que nos dicen de otros años,
hijos que reviven a sus padres,
olas que revientan en la playa
con la misma eterna agua....

Las ramas inmóviles i muertas
resucitan; ya el viento
puede cantar con un murmullo suave
i el sol, que las baña dulcemente,
estender las apacibles sombras.
I cuán aliviadores pensamientos
nacen en mí, como otras flores,
a perfumar el eterno descontento
que por toda vida inconsecuente llevo.
Meditaba en tu continuo vaiven,
cadena de los tiempos; pensaba
en la inconstancia por renovacion
que existe en todo el universo:
en la bondad oculta de los malos,
como ignorada i pequeña inflorescencia
de una hierba venenosa i despreciada;
en el invierno que os despoja,
árboles seculares, como sabios
cuyo amparo no alcanza hasta la duda;
en el error que sigue a la verdad;
en el bien que camina tras el mal;
en la belleza que brota
allí donde todo parecia imposible...!

De TOMAS GUEVARA

Un episodio de la guerra de tríbus en la Araucanía

El que en busca de datos de etnografía se ve precisado a visitar a los viejos caciques de la Araucanía, va sabiendo poco a poco episodios interesantes sobre aventuras guerreras, lances personales, asaltos a las posesiones chilenas o arjentinas para apoderarse de un botin abundante i, particularmente, de alguna mujer de oríjen español, tesoro que el jefe llevaba con soberano orgullo al serrallo de su reduccion.

Al cacique de noble estirpe o de familias que desde tiempos antiguos han ejercido papel predominante en alguna comarca, le agrada en estremo dar a conocer las hazañas de sus antepasados, excitar la admiracion de su interlocutor.

Entre esos recuerdos de los viejos caciques, narrados con gran acopio de pormenores i completo olvido del tiempo en que se efectuaron, interesan de preferencia las agresiones permanentes en que vivian las tribus, tanto porque en ellas se sucedian hechos dramáticos e insólitos, cuanto porque esas luchas internas dan una idea cabal de la organizacion social de todo el territorio araucano.

En las reducciones que ántes se llamaron de Temuco, al poniente de la ciudad del mismo nombre, se conserva la tradicion de una matanza de araucanos de este lugar que hicieron sus conjéneres del otro lado de los Andes. Cuando algun narrador de la familia del jefe que sucumbió en esta jornada reseña sus incidencias emocionantes, la sed de venganza atávica se dibuja en su fisonomía, i de esta ira reconcentrada parece que participan tambien sus oyentes.

En el primer tercio del siglo pasado, residia en una de las belicosas agrupaciones de Collico, cerca del pueblo actual de Ercilla, un cacique jóven i brioso llamado Nahuelhuen, tigre de arriba. Sintiéndose quizas estrecho en la tierra de sus padres, donde lo amenazaban de continuo las tropas chilenas que contenian las escursiones araucanas o que tomaban contra ellas la ofensiva, corrióse mas al sur con su jente i tomó posesion de la vasta zona comprendida entre Temuco i Pillanlelvun, a la manera de esos audaces conquistadores castellanos que dos siglos i medio ántes se habian adueñado del suelo de sus mayores.

Al correr de algunos años, los dominios de Nahuelhuen habian prosperado: deudos suyos, aliados i dependientes, ocupaban feraces i estratéjicos terrenos, sin solucion de continuidad; los animales se multiplicaron fácilmente i trescientas lanzas podian movilizarse en un momento dado.

Nahuelhuen provenia de nobles abolengos: su primo era aquel famoso cacique Mangil, caudillo de los arribanos, partidario del rei en la guerra feroz de la independencia, batallador infatigable mas tarde contra los soldados de la república i realmente dotado de una mentalidad superior a los tipos idealizados por Ercilla.

Tal prosperidad elevó el crédito y la reputacion del cacique de Temuco a jefe de primera fila, temido para el *malon* i buscado para alianzas. Rico *ulmen*, i fuerte, constituia la espresion ideal del poderío araucano.

Hallábase así en condiciones de comprar muchas mujeres. Sus animales sobraban para pagar el valor de las bellezas de su agrado i el poder de sus lanzas era un aliciente para los caciques colindantes: las uniones matrimoniales tenian el carácter de alianzas entre familias de reconocido ascendiente sobre las demas.

Huichacura, su vecino del lugar de Collahue, un poco al sureste de Temuco, le entregó la mejor de sus hijas. Provino de esta union la familia indíjena de los Lienan, dueña de la reduccion tomada i estendida por su fundador i por consiguiente de las tierras en que se fundó la próspera ciudad de Temuco. Era este Huichacura un cacique belicoso, enemigo de los patriotas i con influencia que se dilataba desde las orillas del Cautin hasta donde alza el volcan Llaima su cono de bruñida plata.

Hacia, a menudo, terribles invasiones a las estancias de la provincia de Buenos Aires, de donde volvia arreando los animales arrebatados en el *malon* o trayendo en las ancas de su caballo alguna cristiana cautiva.

En una de estas entradas de Huichacura a la Arjentina, llevó consigo a un moceton de nombre Calvucura, hijo de un cacique de Llaima, mancebo de porvenir dentro del concepto indíjena, es decir, diestro en el manejo del caballo i la lanza, astuto para tender trampas al enemigo, disimulado en sus proyectos, cruel con sus adversarios, impulsivo en sus actos.

Al regresar al hogar paterno de Llaima, el jóven Calvucura se detuvo en la comarca de la pampa denominada «Salinas Grandes» i armó, con otros mocetones de espíritu tan aventurero como el suyo, su solitario tolderío: ahí tenian caza abundante de avestruces i quedaban a pocas jornadas de lugares que ofrecian un botin seguro.

El grupo fué creciendo, i en el trascurso de algunos años tomó las proporciones de pequeña nacion araucana, con 20 mil habitantes, 3 mil lanzas, terror de las estancias mas inmediatas i en eterno choque con las guarniciones arjentinas. Manejábala con facultades omnímodas Calvucura i servia de estacion a las indiadas chilenas que pasaban a merodear a la provincia de Buenos Aires.

El yerno de Huichacura, Nahuelhuen, odiaba con toda la intensidad del bárbaro al cacique Colipí, del norte. En el primer tercio del siglo pasado, el cacique Lorenzo Colipí ejercia un mando tan real como absoluto en

la zona comprendida entre Puren i Angol. Tenia su vivienda en las cercanías del sitio que hoi ocupa el pueblo. Jefe de los abajinos, patriota amigo de Freire i Búlnes, partidario del gobierno i ausiliado por sus fuerzas, debia ser, en consecuencia, enemigo irreconciliable del poderoso Manguil. Ambos vivian acechándose; el que se descuidaba, veia de repente agredida la reduccion de algun pariente o aliado.

Por cierto que Nahuelhuen pertenecia al bando de su primo Mangil. Cuando la ocasion se presentaba favorable, se lanzaba, en compañía de algun cacique vecino, sobre las tierras de Colipí. La inquietud del dueño de la Araucanía norte era perpétua; no perdia de vista al guerrero rival de Temuco.

Allá por el año 1852, Nahuelhuen encabezó un plan de *malon* a la provincia de Buenos Aires. Juntó como 400 lanzas, secundado por Inal, cacique de Cholchol; Nahuelhual, de la misma rejion, i Huircan de Voroa.

Tenian en perspectiva un copioso botin. Cuando el éxito estimulaba la modalidad guerrera del indio, las alianzas se hacian fáciles, se ensanchaban con rapidez; todos querian participar de los despojos del enemigo. Pero, cuando el fracaso aplastaba un grupo, los otros permanecian indiferentes o sólo tomaban sus precauciones para ponerse a cubierto de igual suerte.

La banda araucana de Temuco i Cholchol se pone en marcha; atraviesa la cordillera i llega a «Salinas Grandes,» donde dominaba Calvucura. Presentan sus regalos al compatriota de Llaima, entónces en el auje de su dominacion de la comunidad independiente fundada por él; le piden, respetuosos, el paso, a lo que accede sin dificultad. Se internan por la inmensa pradera Arjentina.

Tras ellos llegó a «Salinas Grandes» una partida de 300 jinetes que Colipí mandaba adonde Calvucura con proposiciones de dar a los otros una sorpresa a su regreso. El plan se acepta i se acuerdan los pormenores de su ejecucion.

Ocultáronse los *conas* de Colipí en pequeños destacamentos i esperaron con paciencia la vuelta de los espedicionarios.

Al fin, éstos se presentaron cargados de botin i con recuas numerosas de animales. Acamparon no léjos de la habitacion de Calvucura.

Aquí los fatigados escuadrones de Nahuelhuen i de Inal se entregan al reposo, a la comida abundante de carne de yegua i al consumo del licor disponible. Cuando los vapores de la chicha i del aguardiente habian adormecido la ferocidad de los recien llegados, se presenta Calvucura a los grupos alegres i entra con ellos en trato para cambiarles sus lanzas por animales i licor. Muchos cayeron en el engaño.

Desarmados unos, dormidos otros, el *malon* para los de Colipí no ofrecia seria dificultad. Acercáronse cautelosamente; estrecharon el círculo.

A una señal dada, caen sobre sus desprevenidos enemigos con un vocerío atronador. Los sorprendidos no tienen tiempo para defenderse: muchos son lanceados al incorporarse, pocos saltan sobre sus caballos para huir en pelo, pero luego caen derribados de una lanzada. La matanza es jeneral i el campo queda sembrado de muertos en una área dilatada, entre ellos los cuatro caciques.

Uno que otro sobreviviente consigue internarse en la llanura sin fin, remontar los Andes i llegar al suelo natal con la noticia de tamaño desastre.

En 1873 Calvucura sucumbió al peso de los años i de las hazañas de la vida nómada.

Sucedióle su hijo Manuel Namuncura. En 1878 las fuerzas arjentinas emprendieron una campaña asoladora contra las indiaadas de la pampa. La monarquía de Calvucura fué barrida i los restos que escaparon con vida huyeron a Chile. Namuncura vino a pedir refujio a los descendientes de Huichacura de Collahue, aquel viejo que habia llevado a su padre a los asaltos del otro lado de la cordillera.

Mangil i Colipi ya no existian. Gobernaba la reduccion de Temuco un nieto de Nahuelhuen, el cual, por atenuarse los efectos de la venganza en jeneraciones lejanas, no hizo responsable al hijo de la felonía de su padre.

Namuncura volvió a su patria amnistiado, i ahí murió hace pocos años en calidad de ciudadano arjentino.

De CÁRLOS VAZ FERREIRA

Leyendo a Verlaine

Los procedimientos de estas escuelas son una tentativa (es algo que hemos comprendido mejor despues de James i Bergson) para espresar con palabras nuestro psiquismo no discursivo: esa realidad mental «fluida», de que no es espresion adecuada el pensamiento lójico, esquema, ni el lenguaje, esquema de ese esquema. Por contradictorio que sea ese esfuerzo para espresar por la palabra lo que es rebelde a la palabra, se obtiene con él un poco, un principio de lo que desearíamos: *sujerimos* algo del psiqueo inexpresable. Lo que resulta hermoso i bueno, ya sea, ese psiquismo no discursivo, del comun a todos los hombres o a algunos — materia simpatizable, — ya sea del esclusivamente personal, porque entónces damos un vislumbre de nuestro tesoro interior.

Comprender esto, nos hace mas simpático lo sincero de esas escuelas. I tambien (lo que espanta e indigna, teniendo en cuenta la cantidad de engaño, de exajeracion, de artificio, de *pose* i de *snobismo* que se pone en esos procedimientos, i tambien la gran disposicion de ellos, mayor todavía que en los corrientes, para hacerse mecánicos i perder el espíritu) sentimos que hai una responsabilidad inmensa en manejar procedimientos que muerden hasta una rejion tan honda de las almas.

I, precisamente, la verdad, la justeza, es mucho mas difícil de obtener i de discernir en la espresion del psiqueo fluido que en la esquematizacion discursiva, porque la falsedad no consiste ya en dar una idea por otra, lo que es grosero, sino en dar un matiz, un grado, por otro. Hai la misma diferencia que entre tocar mal el piano i tocar mal el violín: en el piano se toca una nota por otra, lo que es fácil de evitar i fácil de percibir: ese instrumento de notas fijas es el pensamiento discursivo, con sus ideas «solidificadas» por la accion de las palabras. Pero en estas otras tentativas, la determinacion de lo verdadero, la discriminacion de lo sincero i lo insincero, son cuestiones de afinacion, de una delicadeza infinita.

De ERNESTO A. GUZMAN.

La sencillez con uno mismo

Pedro Prado observaba «que nosotros no nos sentimos siempre los mismos ante la presencia de diferentes personas.» I si esta conciencia de diversidad personal no es otra cosa que el conocimiento de la natural *adaptacion* de nuestra mentalidad a las mentalidades ajenas, que en el vaiven de la vida sensible solicitan, pasajera o permanentemente, nuestra atencion, qué de estraño tiene el que este mismo proceso, involuntario en fuerza del hábito, sea tambien la médula constitutiva de nuestra manera de espresion! En efecto, es en la accion del lenguaje donde se nos hace mas visible nuestra heterojeneidad personal: a menudo, lo que hai de mas simple en nosotros nos es revelado por la estructura de nuestras frases i el ritmo de nuestras palabras, como bastan tambien ellas para darnos la vislumbre de lo que tenemos de complicado. Cuando hablamos al niño, nos representamos su mentalidad en formacion i, como consecuencia, la calidad de su bagaje de palabras. En esta tarea de hacernos comprender de él i de encadenar su voluntad a la nuestra, empleamos las voces que le son familiares, en frases cuya estension no rebase su capacidad de cojer la totalidad de la idea. Nadie empleará con un pequeño de cinco años, pongo por caso, ni vocablos de tecnicismo filosófico ni períodos desmesurados. En ocasiones, hasta llegamos a conversarle con sus propios balbuceos. Si nuestra palabra se dirije a caer en el espíritu desconfiado de un campesino, el que ve siempre en el superior o un jesto de burla o una mano que impone, un trabajo de adaptacion de todo nuestro cuerpo precederá al de la cabeza i al del lenguaje. I nuestro hablar, buscando el calor del suyo, dirá, si del estado de las sementeras se trata, de trigos *huelanes*, de *echonas* nuevas, del tiempo del soplillo o del *anchi*. Si a estas capacidades síquicas suceden las del jóven, del hombre comerciante, militar, periodista, catedrático, médico etc., el mismo buscamiento en nosotros de mentalidad correspondiente, el mismo proceso de adaptacion del lenguaje trataremos de verificar. En la estensa trama de nuestro intercambio espiritual, nada hai que escape a nuestra consideracion de lenguaje que, con respecto al *medio* tomado en cuenta, hacemos los hombres.

Si del lenguaje hablado pasamos al escrito, el mismo doble fenómeno que en aquél, la misma tarea de acercamiento se nos presenta. Los libros, revistas, periódicos, destinados a determinados círculos de indivíduos, llámense éstos de abogados, de injenieros, de agricultores, de mineros, de comerciantes, hablan, cada uno en el dialecto respectivo, de lo que a sus lectores interesa.—El periodista, que desde las columnas de su diario dice a su enorme público lo que éste desea saber, tiene que ahogar, bajo

la frase que en esa diversidad de cabezas ha de caber, su lenguaje íntimo i levantar a flor de pluma el mas tradicional. Es el caso del hombre doloroso por ausencia de si mismo ante los demas. Cierto es que, en la jeneralidad de los casos, su oido, deshabituado al dicernimiento, toma como diamantino aplauso el aprobar de tantos autómatas mentales. Es el mismo bregar de tantos autores.

Pero los hai tambien que fijan su mirada en otros horizontes. Cuando principiamos a leer por cuenta propia, dejando de mano a los tutores espirituales; cuando nos vamos enterando por nosotros mismos del pensamiento de los demas i un trabajoso esfuerzo de seleccion nos va ensanchando nuestra vida interior, insensiblemente vamos formando tambien una estructura a nuestro pensamiento i la corteza de nuestra espresion. Los centenares de libros entusiastamente leidos i admirados, van allegando su hebra a esta predisposicion de escritor, ignorado por nosotros mismos. Quien ha sido fuertemente atraido por obras de diversa índole durante larga decena de años, ha de encontrar en ellas el jénero que despierte al *yo* mas hondamente arraigado en su alma, subordinando desde entónces a todos los demas. Sus solicitaciones filosóficas, por ejemplo, lo llevarán al trato con los fuertes i los áridos de pensamiento, quienes lo habituarán a sumerjirse en las cosas ajenas a los hombres tranquilos. Un lenguaje armónico se le ha ido formando lentamente, sencillamente; porque no en vano aquellas aguas han ido arrastrando sobre su lecho un sedimento fecundo, ahito de jérmenes i de semillas. Sumerjido ya en esa selva, todo su organismo resulta saturado de ella, i no habrá en su sangre ritmo que no responda al llamado del ambiente que se la ha recargado de oxíjeno. En este ejercicio continuado, su musculatura síquica se ha ido robusteciendo, flexibilizándose. I como nada, dice el formulador de *la lei del hábito*, pasa impunemente por nuestros nervios sin dejar en ellos un recuerdo que se despierta ante una nueva e idéntica solicitacion, nuestra adaptacion ha surjido sin esfuerzo. Si llegado ya a esta postura de vida se siente imperiosamente el llamado de uno mismo, porque lo que le ha ido naciendo en lo hondo i acumulándose allí golpea con ánsia fervorosa en demanda de salida, ¿qué será lo que diga sino lo que crea que tenga que decir, i en qué forma de espresion sino en la propia con que tenga que hablar a aquéllos a quienes vá a dirijir sus palabras? Al mostrar nuestra fuerte vocacion, no hemos de tener en cuenta a todos los hombres, sino a aquéllos que pueden i deben recibirla, i para ellos i en su lenguaje hablamos. Lo que necesitamos decir sale con su propia enerjía i con el traje lingüístico que tenia ya ántes de nacer. Sus harapos le pertenecen, i en su semi-desnudez debe sentírsele con ellos. La sencillez con uno mismo es lo que se debe pedir, porque es la sinceridad, i ésta es lo sagrado de cada hombre.

De WILLIAM JAMES.

Walt Whitman

Walt Whitman, es considerado por muchos de nosotros como un profeta contemporáneo. Ha abolido las distinciones entre los hombres, ha roto con todos los convencionalismos, i difícilmente ama o celebra un atributo humano que no sea comun a todos los miembros de la raza. Por esto es una especie de vagabundo ideal: un caballero errante de los imperiales de *los ómnibus* o de los barcos de vapor, i tanto, si se le considera desde el punto de vista práctico, como desde el punto de vista académico, es un sér sin valor, perfectamente improductivo.

Sus versos son simples hilos de cosas sin tema, sin verbo, series de interjecciones hasta perder el *fiato*. Ha sentido el movimiento de la muchedumbre con el mismo arrebato con que Wordsworth sentia la montaña: lo ha sentido como una presencia, significativa como ninguna, tanto que el mero hecho de absorber en ella la propia mente constituye para él una tarea bastante a llenar la vida entera de un hombre de bien, acostumbrado a tomar las cosas por el lado serio.

He aquí lo que siente nuestro profeta cuando encuentra el barco de Brooklin: (1)

«¡Onda que surjes bajo mis pies! Yo te miro frente a frente.—¡Nieblas del Oeste! ¡Elevado sol del Mediodía! Tambien os miro cara a cara. ¡Multitud de hombres i de mujeres vestidos con vuestros trajes de costumbre! ¡Qué cosa tan curiosa sois para mi!—Los centenares i centenares que veo volviendo a casa en los barcos, excitan mi curiosidad mucho mas de lo que podeis suponer;—i vosotros que hace años atravesais de una a otra orilla, sois para mi mucho mas de lo que pensais, entrais en mis meditaciones mucho mas de lo que os es dable suponer.—Otros entrarán en el barco i pasarán de una orilla a otra.—Otros habrá que miren el curso de las ondas.—Otros verán la barca de Manhattan al Noroeste i la altura de Brooklin al Sudeste.—Otras verán las islas grandes i las pequeñas islas. —Dentro de cincuenta años, otros verán todo esto, miéntras atraviesen el rio, bajo el sol del Mediodía.—I dentro de cien años i de otros cien años mas, otros las verán.—Gozarán de la salida del sol, del flujo i del reflujo de las aguas.—Nada importa el tiempo ni el espacio, nada la distancia.— Lo mismo que sentís contemplando el rio o el cielo, lo he sentido yo a mi vez.—Como cualquiera de vosotros forma parte de esa multitud vivien-

(1) Walt-Whitman.—*Crossing Brooklin-Ferry.*

te, formo yo parte de ella.—De igual modo que vosotros, me refrescan a mi las brisas del rio.—Lo mismo que vosotros mirais los innumerables mastiles de las embarcaciones i las infinitas chimeneas de los vapores, los he mirado yo ántes.—Infinitas veces, infinitas veces he atravesado el rio a las doce del dia.

He mirado los albatros i los he visto elevarse en el aire i sostenerse sobre sus alas inmóviles.—He visto el fulgor del sol iluminar parte de su cuerpo, dejando el resto en la sombra.—He visto sus lentos i anchos círculos, inclinarse gradualmente hácia el Sud.—I las blancas velas de los bergantines i de las navecillas, i las grandes embarcaciones firmes sobre sus anclas.—I los marineros trabajando en las cuerdas, i sus gallardetes flotando al viento.—I los cendales del crepúsculo, las oleadas majestuosas, i las crestas de espuma gárrulas i centellantes.—La lontananza que se va oscureciendo.—Los muros grises de granito de los almacenes del puerto. —En la vecina playa los ardientes fuegos de los hornos de fundicion irguiéndose en medio de la noche i haciendo volar sombras negruzcas.

—Estas i otras muchas cosas eran para mi lo mismo exactamente que son para vosotros»

I así va siguiendo un poema divinamente bello. Si ademas deseais saber cuál sea—segun él—la mejor manera de aprovechar la oportunidad de la vida que el cielo ofrece, leed el delicioso volúmen de sus cartas a un jóven amigo suyo:

Nueva York, 9 de Octubre de 1868.

«Querido Pete: ¡Qué mañana tan hermosa, serena i fresca! He salido para dar un corto paseo a lo largo del rio que dista poco de mi casa. ¿Te he de decir qué es de mi vida? Jeneralmente, por la mañana escribo, despues me baño; salgo cerca de mediodía, paseando a la ventura, o llego con algun amigo hasta el centro de la ciudad, o bien hago algunas compras. Si el tiempo es a propósito, me hago llevar por algun cochero amigo sobre el Broadway de la calle vijésima tercia de Bowling Green, tres millas para la ida i tres para el regreso. Todos los dias tengo mucho que hacer: no hai hora para mi sin ocupacion. Es una diversion sin límites: un estudio i un recreo, al pasear en carroza un par de horas a lo largo del Broadway: todo lo voi viendo como en una especie de panorama viviente que nunca se acaba: muestras de comercio, espléndidos edificios con grandes ventanales; pasan de contínuo por las aceras mujeres ricamente vestidas, siempre diferentes, mucho mejores que todo lo demas que pueda verse... Un verdadero rio de jente... Hombres tambien mui bien vestidos a la última moda, infinidad de forasteros, multitud de coches particulares i de alquiler, los ómnibus de los hoteles, carros, vehículos de toda especie... I el esplendor de la calle con tan suntuosos edificios, incrustados muchos de mármol blanco; i la alegría i el movimiento que se nota en todas partes... Ya

comprendes que esto es mui bello, cuando hace buen tiempo, para un vagabundo como yo que se goza lo que no es decible viendo el mundo de los negocios ajitarse en torno, miéntras comodamente mira i observa» (1).

* * *

Fútil manera de pasar el tiempo—pensareis muchos de vosotros,—i, sin embargo, es mui conveniente para un hombre de cierta edad. Porque, vamos a ver, profundizando la materia, ¿quién es que conoce mayor parte de la verdad, i quién menor parte de ella, Whitman sobre su imperial del ómnibus, lleno de la intensa satisfaccion que le inspira el espectáculo, o vosotros llenos del desden que sentís por la futilidad de su ocupacion?

Cuando vuestro vulgar brooklines o neoyorkino, que vive una vida demasiado lujosa, o está melancólico e inquieto por sus negocios personales, encuentra el barco o pasea por el broadway, su fantasía no puede, como la de Whitman, «levantarse i cernirse entre los colores del crepúsculo», ni en su interior puede en modo alguno realizar el hecho indiscutible de que nunca, en lugar alguno, en tiempo alguno, este mundo contiene una cantidad mayor de divinidad esencial o de significacion eterna, que la que informa el espectáculo que sus ojos ven con tanta indiferencia. Allá está la vida, i un paso mas allá está la muerte. Allá está la única forma de la belleza que ha existido. Allá, la antigua batalla humana con los frutos que ha producido. Allá el espíritu i la letra: lo real i lo ideal reunidos. Pero para el ojo mortecino i flojo todo es vulgar e inespresivo, fatigoso i desagradable. «¡Puah! ¡qué repugnante vision!»—decia Carlyle cuando paseaba de noche con alguno que le llamaba la atencion sobre el esplendor del firmamento. Así ocurre que la eterna repeticion de una escena por todas las jeneraciones, que el eterno retorno del órden establecido, que llenan de íntima satisfaccion a un Whitman, constituye para un Schopenhauer una anestesia emocional, el ingrediente principal del tedio para un espíritu como el suyo lleno hasta los bordes del sentimiento de «terrible vanidad interior.» ¿Qué cosa es en suma la vida—se pregunta—sino la eterna representacion de la misma vanidad, el mismo ladrar de los perros, el mismo sempiterno graznar de las aves? I, sin embargo, de las mismas fibras de que están formadas esas futilidades, está compuesto i tejido el material de todas las excitaciones, de todas las alegrías, de todas las significaciones que fueron, son i serán en el mundo.

(1) Whitman: *Calamus*, pájs. 41-42.—Boston, 1897.

De JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Paradoja sobre la orijinalidad

...Pero ni aun en esas que llamamos vulgares, las hai que se puedan trocar sin diferencia. La orijinalidad es la verdad del hombre.

Nada mas raro que la orijinalidad en la espresion del sentimiento; pero nada mas comun i vulgar que la orijinalidad del sentimiento mismo. Por la manera de sentir, nadie hai que deje de ser orijinal. Nadie hai que sienta de modo enteramente igual a otro alguno. La ausencia de orijinalidad en lo que se escribe, no es sino ineptitud para reflejar i precisar la verdad de lo que se siente.

Figúrate ante el mas vulgar de los casos de pasion; ante el crímen de que hablan las crónicas de cada dia. ¿Por qué mató el criminal; por qué robó; por qué manchó una honra? ¿Qué fué lo que le movió a la culpa? ¿El odio, la soberbia, la codicia, la sensualidad, el egoismo?... No; esas son muertas abstracciones. Dí que le impulsó *su* odio, *su* soberbia, *su* codicia, *su* sensualidad, *su* egoismo: los *suyos*, cosas únicas, únicas en la eternidad de los tiempos i en la infinitud del mundo. Nadie odia, ni ha odiado, ni odiará absolutamente como él. Nunca hubo ni habrá codicia absolutamente igual a su codicia; ni soberbia que con la suya pueda identificarse sin reserva. Multiplíquense las jeneraciones como las ondas de la mar; propáguese la humanidad por mil orbes: nunca se reproducirá en alma creada un amor como el mio, un odio como el mio. Semejantes podrán tener mi amor i mi odio; nunca podrán tener iguales. Cada sentimiento, aun el mas mínimo, de cada corazon, aun el mas pobre, es un nuevo i diferente objetivo en el espectáculo que el divino Espectador se da a sí propio. Cada minuto de mi vida que cae al abismo de la eternidad rompe un molde que nunca volverá a fundirse. ¿I qué te asombra en esto? ¿No sabes que en la inmensidad de la selva no hai dos hojas enteramente iguales; que no hai dos gotas enteramente iguales en la inmensidad del Océano?... Mira las luces del firmamento, cómo parecen muchas de ellas iguales entre sí, como otros tantos puntos luminosos. I cada una de ellas es un mundo: ¡piensa si serán desiguales!... Cuando el pensamiento de tu pequeñez, dentro del conjunto de lo creado, te angustie, defiéndete con esta reflexion, tal vez cousoladora: tal como seas, tan poco cuanto vivas, eres, en cada instante de tu existencia, una única, esclusiva orijinalidad, i representas en el inmenso conjunto un elemento insustituible: un elemento, por insustituible, necesario al órden en que no entra cosa sin sentido i objeto.

Jamas un sentimiento real i vivo se reproducirá sin modificacion de

una a otra alma. Cuando digo «mi amor», cuando digo «mi odio», refiriéndome al sentimiento que persona o cosa determinada me inspiran, no aludo a dos tendencias simples i elementales de mi sensibilidad, sino que con cada una de esas palabras doi clasificacion a un complejo de elementos internos que se asocian en mí segun cierta finalidad; a un cierto acorde de emociones, de apetitos, de ideas, de recuerdos, de impulsos inconscientes: propios e inseparables de mi historia íntima. La total complejidad de nuestro sér se reproduce en cualquiera manifestacion de nuestra naturaleza moral, en cualquiera de nuestros sentimientos, i cada uno de éstos es, como nosotros mismos, un órden singular, un carácter.

Fijando los matices del heroismo antiguo, notaba ya Plutarco cuánta diferencia va de fortaleza a fortaleza, como de la de Alcibíades a la de Epaminondas; de prudencia a prudencia, como de la de Temístocles a la de Arístides; de equidad a equidad, como de la de Numa a la de Agesilao. Pero para que estas diferencias existan no es necesario que el sentimiento que las manifiesta sea superior i enérjico, ni que esté contenido en la organizacion de una personalidad poderosa. Basta con que el sentimiento sea real; basta con que esté entrelazado en la viva urdimbre de un alma. —¡Cuánta monotonía, aparentemente, en el corazon i la historia de unos i otros hombres! ¡Qué variedad infinita, en realidad! Miradas a la distancia i en conjunto, las vidas humanas habian de parecer todas iguales, como las reses de un rebaño, como las ondas de un rio, como las espigas de un sembrado. Se ha dicho alguna vez que si se nos consintiera abrir esos millares de cartas que vienen en un fardo de correspondencia, nos asombraríamos de la igualdad que nos permitiria clasificar en unas pocas casillas el fondo psicolójico de esa muchedumbre de documentos personales: por todas partes las mismas situaciones del alma, las mismas penas, las mismas esperanzas, los mismos anhelos... ¡Esta es la ilusion del lenguaje! En realidad, cada una de las cartas deja tras sí un sentimiento único, una orijinalidad, un estado de conciencia, un caso singular que no podria ser sustituido por el que deja tras sí ninguna de las otras. Sólo que la palabra (i sobre todo, la palabra fijada en el papel por manos vulgares), no tiene medios con que determinar esos matices infinitos. El lenguaje, instrumento de comunicacion social, está hecho para significar jéneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Espresa el lenguaje lo *impersonal* de la emocion; nunca podrá espresar lo *personal* hasta el punto de que no queden de ello cosas inefables, las mas sutiles, las mas delicadas, las mas hondas. Entre la realidad de mi sér íntimo a que yo doi nombre de *amor* i la de tu sér a que tú aplicas igual nombre, hai toda nuestra disparidad personal de diferencia. Apurar esta diferencia por medio de palabras; evocar, por medio de ellas, en mí la imájen *completa* de tu amor, en tí la imájen *completa* del mio, fuera intento compa-

rable al de quien se propusiese llenar un espacio cualquiera, alineando piedras irregulares i se empeñara en que no quedase vacío alguno entre el borde de las unas i el de las otras. Piedras, piedras irregulares, con que intentamos cubrir espacios ideales, son las palabras.

La superioridad del escritor, del poeta, que desentrañan ante la mirada ajena el alma propia, o bien, que crean un carácter novelesco o dramático, manifestándolo de suerte que, sobre el fondo humano que entrañe, se destaque vigorosamente una nota individual, de la que nazca la ilusion de la vida, está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje; está en domarle para que esprese, hasta donde es posible, la *singularidad individual*, sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto i frio. Consiste el triunfo del poeta en agrupar las palabras de modo que den la intuicion aproximada de esa orijinalidad individual del sentimiento, merced a la sujestion misteriosa que brota del conjunto de las palabras que el jenio elije i reune, como brota de la síntesis química un cuerpo con nuevas cualidades: un cuerpo que no es sólo la suma de los caracteres de sus componentes.

Si todos los que escriben arribaran a trasladar al papel la imájen clara, i por lo tanto la nota diferencial, de lo que sienten, no habria escritor que no fuera orijinal porque no hai alma que no sienta algo esclusivamente *suyo* delante de las cosas; no hai dos almas que reflejen absolutamente de igual suerte el choque de una impresion, la imájen de un objeto. De aquí que la orijinalidad literaria dependa, en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu, i, en segundo término, de la precision con que alcanza a definir lo que hai de único i personal en sus imajinaciones i sus afectos. Sinceridad i precision son resortes de la orijinalidad.

Por la *llegada* de un gran escritor, de un gran poeta, se determina siempre la revelacion de nuevas tonalidades afectivas, de nuevas vibraciones de la emocion. Es que ese hombre acertó a espresar con precision maravillosa lo *suyo:* otros esperimentaron ante el mismo objeto estados de alma no ménos ricos, acaso, de orijinalidad; no ménos fecundos, acaso, en interes; pero, por no hallar modo de espresarlos, los condenaron al silencio, o bien pasaron por mediocres escritores i poetas, sólo porque no supieron, como el jenio sabe, traducir en palabras *casi todo* lo que sintieron, ya que *todo* hemos de entender que excede de la capacidad de las palabras.

Si la sustancia de la lírica i de la psicolojía novelesca está libre de la posibilidad de consumirse i agotarse con el trascurso del tiempo, débese a la complejidad i orijinalidad de todo sentimiento real. Porque aunque cualquiera manifestacion de la humana naturaleza haya de contenerse, hasta el fin de las jeneraciones, dentro de cierto número de sentimientos fundamentales i eternos; aunque el último poeta muera cantando lo que

el primero cantó en la niñez florida del mundo, siempre cada sentimiento tomará del alma individual en que aparezca, no sólo el sello del tiempo i de la raza, sino tambien el sello de la personalidad, i siempre el poeta de jenio, al convertir en imájenes la manera como se manifiesta un sentimiento en su alma, sabrá hacer sensible ese *principio de individualizacion*, esa orijinalidad personal del sentimiento.

.....

De EDUARDO MARQUINA

Las campanas que andan

No llamamos a misa;
somos desprendimiento i somos risa;
somos flores sin fruto, eternamente
echadas a volar por el ambiente.

A libertarte de tus propias voces
acudimos veloces;
somos rumor de cosas, ajitadas
en alegres bandadas.

Pétalos esparcidos,
pajas echadas fuera de los nidos,
vida sobrera, vida redundante,
lumbre del dia i lumbre del instante;

somos campanería
sin sentido, sin ritmo ni armonía;
espuma de aguas, resplandor de llama,
voz sin verdad i mundo en panorama.

Tú, que a labor estabas
i en la raiz del mundo te aplicabas,
sal a tu puerta, i se te pase el dia
en la errante i veloz campanería...

AÑO I FEBRERO DE 1911 N.º 4

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: EJÉRCITO, 707—SANTIAGO DE CHILE

De M. ANDRÉ DE LORDE

La Dormida

PERSONAJES:

Él.
Un Curioso.
Un Doctor.
Élla.
Una Sirvienta.

Acto I.

Una estancia mui pobre, que alumbra apénas una lamparilla de aceite. Al fondo un lecho, i en él una mujer tendida, inmóvil, con el aspecto de una muerta. A la cabecera una mesita cubierta de medicinas, i unas flores marchitas en un vaso. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo una ventana con los postigos entornados.

ESCENA I.

La Sirviente i el Curioso

(Al levantarse el telon se abre silenciosamente la puerta de la izquierda i aparece por ella una sirviente de aire campesino con una luz en la mano. La sigue un hombre de cierta edad que mira curiosamente al rededor).

La Sirviente.—Entre señor. Allí está..... Mírela.

(Le señala el lecho).

El Curioso.—*(En voz baja)* Esta?...

(Se descubre i permanece tímido en el umbral, los ojos clavados en el lecho.)

La Sirviente.—Sí, sí. Acérquese no mas... Pero si le da miedo..... *(Riendo brutalmente)* Voi a alumbrarle.

(Se aproxima al lecho).

El Curioso.—*(Tratando de detenerla)* No... Déje... Si veo bien.

La Sirviente.—*(Poniendo la luz en alto)* Curioso, no?

El Curioso.— *(Despues de haber mirado largamente)* Está como muerta.

La Sirviente.—Lo mismo que muerta... I quién sabe si no despertará jamas... Hace seis años que está así... Imajínese... I seguramente va a morir así, dormida... *(Viendo de nuevo)* Pero eso debe ser agradable.

El Curioso.—¿Seis años?

La Sirviente.—Sí, señor, seis años.

El Curioso.—I este estraño sueño le sobrevino de repente?

La Sirviente.—Creo que de un gran susto... Yo no estaba empleada aquí, entónces.

El Curioso.—I hace seis años que duerme en esta misma inmovilidad?...

La Sirviente.—No, no siempre está inmóvil como ahora... Tiene a veces... así... como sobresaltos... Parece que va a despertar... I luego, nada...

El Curioso.—*(Acercándose al lecho)* ¡Qué raro!

La Sirviente.—*(Curiosa)* El caballero es médico?

El Curioso.—No...

La Sirviente.—Viene... por lo que dicen los diarios?

El Curioso.—No...

La Sirviente.—Ah! Por curiosidad no mas... Vale la pena... ¿No es cierto?

El Curioso.—¿Vienen muchos?

La Sirviente.—*(Dejando la luz sobre la mesa)* Oh! Un verdadero desfile... Ya lo creo...Ha venido una cantidad de jente!... Médicos de todas partes... hasta magnetizadores... Una romería! Yo los dejo entrar a todos... ¿Ud cree que tiene algo de particular?... *(Insinuante)* i luego que cuando ya la han visto, siempre me dan algo... Sólo que, para entrar, es preciso que no esté el patron,...por que si él supiera...A los médicos, sí, los deja entrar; él los trae... Siempre está esperando que hallen un remedio, que la curen... Pero a los otros, a los «profanadores», como los llama él, a esos, no quiere ni que les conteste... Una vez se encontró con un caballero, que habia venido por las noticias de los diarios,... ¡Dios mio! poco faltó para que lo estrangulara... Tres dias estuvo sin querer abandonar la pieza; rechazaba todo alimento, sollozaba como un niño... Vea, señor, le parece razonable esto? Fenómenos así se pueden mostrar... no deshonran a nadie.... Bah! Si yo tuviese uno en mi familia, ya estaria rica!

El Curioso.—*(Molesto con las palabras repugnantes que acaba de oir)* Bueno. Bueno!... Déjeme ver... ¡Pobre mujer!

La Sirviente.—Si no sufre... si ni se da cuenta... Acérquese, mírela... se está moviento... obsérvela... vale la pena... acérquese otro poco... Mire como ajita las ropas.

El Curioso.—Si, ya lo veo.

La Sirviente.—I que manos tan frías! tóquelas, Parecen sin sangre *(Toma una mano de la Dormida)* Son manos de muerta... Tóquelas...

El Curioso.—*(Retrocediendo)* Sí... sí... No hai para qué...

La Sirviente.—*(Soltando la mano, que cae inerte)* Tal vez le da miedo a Ud.... pero a mí...! ya estoi acostumbrada.

El Curioso.—¿Ud. la cuida?

La Sirviente.—Ah! No, señor! Yo no entiendo de eso. Hai un médico, un gran médico, venido de Paris espresamente para ella... Está alojado al frente... Viene todos los dias, por la mañana, a cuidarla, a alimentarla... Oh! una cosa sumamente complicada... No, yo no se hacerlo... Ademas, el patron no quiere que la toque...

El Curioso.—Si, lo comprendo... ¿Pero qué edad tiene?... Los cabellos con canas; la frente con arrugas... ¿Qué edad tiene?

La Sirviente.—Cuarenta años, apénas. Pero ha cambiado mucho desde que se durmió. Antes era mui hermosa! Vaya si lo era! Como que no habia otra mejor en toda la ciudad. I ella estaba orgullosa de serlo... I luego, que con el caballero hacian una linda pareja. Eran felices, eran ricos, tenian de todo... Miéntras que ahora, una verdadera miseria!...

El Curioso.—¿Miseria?

La Sirviente.—Cuando la vió así, el caballero perdió la cabeza... ya no supo qué hacer... I entónces ¡caramba!... En el comercio no entienden... Sus negocios se enredaron... I ademas, con el último golpe...! Si, señor, los dos hijos, el mismo año. Uno murió de doce, i el otro, de catorce... Estuvo a punto de volverse loco... I claro, se aprovecharon, le robaron, no le han dejado un céntimo... Ahora tiene un empréstito por ahí... Se lo dieron por lástima.

El Curioso.—¡Pobre hombre! Sus hijos muertos... i su mujer!...

La Sirviente.—Ah! si, pobre hombre! I él es mas desgraciado todavía... Porque ella está durmiendo, no sabe de nada, miéntras que él!... ¡Lo qué ha sufrido!... Se habria suicidado ya, si no se lo hubieran impedido... I si no se mata, es por ella, porque tiene la esperanza de que despierte, de que sane...

El Curioso.—¿Tiene esperanzas?

La Sirviente.—Si. Los médicos le han dicho; pero yo creo que es por consolarlo... Si Ud. lo viese! No tiene mas que cincuenta años, i parece un viejo, un viejo eterno... Anda todo encorvado. Está blanco de canas.

Tiene los ojos abiertos, abiertos, parece que no mira... Una figura!... Da lástima... Peor que élla... Uno piensa que no tuviera una gota de sangre en las venas... Ademas se priva de todo, de todo, para poderle comprar las medicinas, que cuestan tan caras...

El Curioso.—¿I por qué no la lleva al hospital? Estaria mucho mejor, no le costaria nada...

La Sirviente.—Se lo han dicho; pero no quiere ni oirlo... El hospital! Imajínese... despues de ser ricos... I el es orgulloso!... I tampoco quiere separarse de ella... Si casi no se separa nunca... No la deja mas que cuando va al empleo... I luégo que vuelve, se encierra aquí... Nadie sabe lo que hace... Yo he tratado de saberlo, mirando por las rendijas de la puerta... Parece que habla solo..., otras veces, que llora.

El Curioso.—¿I no sale?

La Sirviente.—Nada mas que a comer... Llamo a la puerta... Sale, me mira. Sus ojos dan miedo... I yo no me asusto así no mas... A veces se me ocurre que estuviera loco... I nada, perfectamente cuerdo. Concluye de comer lijerito e inmediatamente se vuelve al cuarto de ella... Sólo al amanecer, lo siento que se acuesta... Yo creo que está un poco tocado. ¿No le parece?

El Curioso.—Talvez...

(Se oye un rumor afuera).

La Sirviente.—*(Pone el oído atento i enseguida toma precipitadamente la luz).* Es él, es él... Lo conozco en los pasos... Lijero! salgamos... Si nos halla aquí, es capaz de jugarnos una mala pasada... I a mí...

El Curioso.—*(Saliendo).* ¿La despediria?

La Sirviente.—Nó, eso nó. Donde iba a encontrar otra que le sirviera como yo, con poco sueldo, trabajadora, afectuosa?... *(Deteniendo al curioso en el momento de salir)*... Si el caballero está contento...*(Le tiende la mano, i él le da una propina).* Por aquí señor *(Mostrándole la puerta de la izquierda),* por aquí...

(Sale rápidamente, precedida del curioso. La puerta se cierra.—Hai un largo silencio)...

ESCENA II

Él i la Sirviente

(La puerta de la derecha se abre con lentitud, como penosamente. Un viejo entra. Viste de negro, pobremente. Anda encorvado: sus cabellos están blancos: tiene un aire de estravío su figura, horriblemente dolorosa. Cierra la puerta con cuidado, i mira a su alrededor. Dulcemente, en la punta de los pies, se inclina sobre su mujer, la besa en la frente i le estrecha la mano).

Él.—Buenas tardes, mujercita mia. Me he atrasado un poco; pero he tenido mucho trabajo. I el empleo está tan léjos,... i me demoro tanto en escribir, i tengo las manos tan temblorosas... Pero ahora, ya no te voi a dejar hasta mañana *(Saca de su abrigo un ramito de violetas, i arrojando a un lado las flores marchitas, las coloca en el vaso).* I he pensado en tí... *(Con una sonrisa).* Mira, te he traido violetas... Cada dia se ponen mas hermosas, i están mas baratas!... ¡Si tú pudieses verlas! *(Las aproxima al lecho).* I qué fragantes están! *(Las deja sobre la mesa).* Ya está... Ahora van a pasar la noche entera contigo, como yo, porque yo tambien voi a velar tu sueño. *(Se sienta cerca de ella, i la contempla largamente).* Ah! si yo pudiese estar siempre contigo! No separarme nunca! ¡Oh! Maria! Maria! Si tú supieras todo lo que sufro!... Verte así tanto tiempo!... ¿Por qué no despiertas?... Oh! recuerda ¡por Dios!... Sólo así puedo volver a ser feliz... Ya verias tú, tanta alegria en torno tuyo! ¿Lo ves? Yo espero, espero siempre, todos los dias, a pesar de los años... Pero no puedo mas... Es demasiado!... *(Sollozando)* Maria! Maria! Despierta!... Pero te hago sufrir talvez!... Quién sabe si oyes, si te desesperas tambien!... Nó, nó... Mejor es que me calle... Así, callado,... sin un sólo rumor.

(Apoya la cabeza entre las manos. Silencio... Permanece inmóvil largo tiempo.—En el lecho, sin que lo note él, la mujer se ha movido mui suavemente. Luego tocan a la puerta de la izquierda, por donde salió la sirviente. Vuelven a llamar. El levanta la cabeza bruscamente i con voz ronca pregunta):

Él.—¿Quién?

La Sirviente.—*(Desde afuera).* Yo señor.

(El se queda un momento todavía in móvil. En el lecho se ve mas distintamente que la mujer se mueve. Ajita los brazos. El se levanta al fin i se dirije hácia la puerta de la derecha. En ese instante un movimiento del brazo de ella derriba un frasco que hai sobre la mesa, que al caer produce un ruido que suena estrañamente en el silencio.—El vuelve la cabeza bruscamente).

Él.—¿Quién? *(Un quejido apénas perceptible se escucha)* ¿Quién llama?

(El vuelve la cabeza ansiosamente, observa los movimientos de ella, i oye sus quejidos cada vez mas perceptibles. Entónces enloquecido, lanzándose hácia el lecho, grita desesperadamente):

Socorro!... Socorro!... Ella! Ella!... Socorro!...

La Sirviente.—*(En el umbral de la puerta de la derecha).* ¿Qué pasa?...

Él.—*(Perdidamente, llorando i riendo a la vez).* Ella... Ella... Que despierta!... El médico... Corriendo... Sus ojos... sus ojos... los abre... Habla... Despierta!...

La Sirviente.—*(Aparte).* ¿Estará loco? *(acercándose al lecho)* ¿Es posible?... ¡Dios mio!... Yo tambien loca?...

Él.—El médico... El médico!...

La Sirviente.—¡Milagro! Milagro! *(Sale hablando sola).*

ESCENA III

Él, El Doctor i La Sirviente

(El, arrodillado como para orar le musita una especie de plegaria, la mas humana, hecha de ternuras, de risas i de lágrimas).

Él.—Maria, mi Maria! ¿Estoi loco? ¿Sueño?... Nó, no estoi loco... no sueño... no... tú estas despierta... has abierto los ojos... me miras!... Sí,

soi yo... yo, que recojí tu última mirada i que ahora recojo la primera.

(La toma entre sus brazos i la mece como a una guagua).

¡Oh! muerta mia, resucitada! Todas las lágrimas que he derramado, todas las penas que me han desgarrado, qué importan, puesto que has despertado!... Tantos años que esperaba este milagro, yo... I al fin! Cuando ya no podia sufrir mas!... Nó! no era justo que todas las desgracias cayeran sobre mí!... I yo que habia querido morir!... Pero ya has despertado... ya estas viva otra vez... Tambien yo estaba muerto i he resucitado... Sí, otra vez vamos a ser felices, otra vez juntos... ¡Maria!

(Llega el Doctor, seguido de la sirviente; se dirije al lecho sin hablar i examina detenidamente a la enferma).

ÉL.—Doctor!... Doctor!... Está despierta?

EL DOCTOR.—*(Despues de un largo exámen).* Sí.

ÉL.—¡Despierta! ¡Dios mio! *(Besa las manos del Doctor).* I yo que queria suicidarme... Ah! Si Ud. no me hubiese jurado que ella despertaria alguna vez!

EL DOCTOR.—Sí, se lo dije; pero... francamente... yo no creia en ello...

ÉL.—¡Una mentira!

EL DOCTOR.—*(Saca una jeringuilla de su estuche).* A veces es necesario mentir para devolver el valor... Mi mentira le dió a Ud. la fuerza de vivir.

(Se inclina hácia la mujer i le hace una inyeccion en el brazo).

El telon va cayendo lentamente.

Acto II.

(La misma decoracion.—Por la ventana abierta entran la luz i el sol.—Hai un espejo pequeño adosado al muro.)

ESCENA I.

ÉL—ÉLLA

(Al levantarse el telon, ella aparece sentada en un sillon, inmóvil, los ojos obstinadamente fijos en el vacio.—El está mui cerca de la esposa.)

ÉL.—Maria, me vas reconociendo ya?... ¿No es cierto que ya me reconoces?... Nó?... Es justo. Ves? Estoi tán otro, tán viejo!... Mis cabe-

llos estan completamente canos... Ademas, he llorado tánto!... Hasta mi voz suena como voz de viejo... ¡Mujer mia!... Acuérdate... ¿Quién soi yo? Vamos... un esfuerzo... And...

ÉLLA.—*(Con voz indiferente.)* And....

ÉL.—Andres... Andres...

ÉLLA.—Andres *(Mui lijero, como para retener el nombre ántes de que se le olvide)*. Andres. Andres... Ah!... Ah!

ÉL.—María! Qué tienes? María!...

ÉLLA.—*(Llorando)*. Ah!... Ah!...

ÉL.—María!

ÉLLA.—Ah! Allá,... allá... *(Se oprime la cabeza entre las manos)*.

ÉL.—Ha despertado sólo para sufrir... ¿Qué tienes?

ÉLLA.—Ay!

ÉL.—Qué tienes?... Qué quieres?... Levanta la cabeza un poquito..... No es nada... Pasó?... Verdad?...

ÉLLA.—*(Levantando la cabeza)*. Si.

ÉL.—Ya no tienes nada?

ÉLLA.—No. *(Mira con espanto a su alrededor)*.

ÉL.—Qué miras? Qué?...

ÉLLA.—*(Como quien despierta de un sueño, hallando sus ideas, sus palabras)*... ¿Esta pieza?... Ah!... Por qué me tienen aquí?... Por qué estoi en el hospital?...

ÉL.—Si no estás en el hospital... Si es tu casa...

ÉLLA.—No, no es mi casa. Es el hospital... yo quiero irme...

ÉL.—Tiene razon... Es tan grande el cambio... ¡Qué doloroso debe ser su despertar!

ÉLLA.—*(Mirándolo con espanto)* ¿Quién es Ud?

ÉL.—No tengas miedo... ¿Que no me reconoces?

ÉLLA.—Nó.

ÉL.—Mírame, María...

ÉLLA.—Nó, no lo conozco. ¿Quién es Ud.?...

ÉL.—Mírame bien...

ÉLLA.—*(Despues de mirar largamente i de reconocerlo todo, vuelve los ojos casi indiferente)*. ¿Por qué ha cambiado todo aquí?... ¿Por qué?... ¿Estaré soñando?...

(Una angustia enorme la ahoga).

ÉL.—No estas soñando, María... No te ajites... Escúchame, yo te diré, te esplicaré... Talvez no vas a hacerte cargo... Acabas de despertar... de un sueño mui largo.

ÉLLA.—De un sueño?... Mui largo?

ÉL.—Mui largo... contra el cual nadie ha podido nada, ni los sabios, ni los médicos. Ninguna medicina...

ÉLLA.—¿He estado enferma?

ÉL.—Si... Un dia, lo recuerdo tan bien, un Domingo... Volvias de misa... Dos hombres peleaban en la calle... De repente, uno de ellos cayó mortalmente herido de una puñalada... I eso te dió tanto miedo, que, al llegar a casa, tuviste un ataque de nervios... Entónces te llevamos a la cama, te quedaste dormida, i tu sueño ha durado seis años.

ÉLLA.—¿Seis años?... Entónces debo estar sumamente cambiada, como tú, mas que tú... Quiero verme...

ÉL.—Si no has cambiado...

ÉLLA.—Quiero verme yo... Tú no me dirias la verdad...

(Muestra el espejo del muro).

ÉL.—Óyeme, Maria.

ÉLLA.—Dámelo, quiero verme.

(Tiende las manos con desesperacion)

ÉL.—*(Se resigna i le entrega el espejo).* Oh! Tú eres siempre tan bella para mi...

ÉLLA.—*(Mirándose, descompuesto su rostro por el dolor).* ¿I esta soi yo?... No,... no es posible... ¿Soi yo esta infeliz mujer?... ¡Dios mio! *(llora).*

ÉL.—¿Por qué lloras? Para qué?...

ÉLLA.—Es tan doloroso verse así... Mas valia que no hubiera despertado.

ÉL.—Ya lo sientes...

ÉLLA.—¡Cuánto sufro! Estaba como muerta; por qué no moriria del todo?

ÉL.—No piensas mas que en tí... ¿I yo?...

ÉLLA.—*(Mirándolo, con ansias)* ¿I mis niños? ¿Mis hijos?... ¿Dónde están?... Quiero verlos... ¿Por qué no están aquí?... Has hecho bien en alejarlos, talvez hubieran tenido miedo... ¡Pobrecitos!... Pero ahora, ve a buscarlos, ¿quieres?

ÉL.—*(Aterrorizado, lívido, despues de un silencio)* Los niños...

ÉLLA.—¿Dónde están?

ÉL.—Te diré...

ÉLLA.—¿Dónde están? ¿Siquiera alguien los cuida?

ÉL.—Pero *(Mintiendo desesperadamente)*, si ya no son tan pequeños... Son hombrecitos ya... Seis años.

ÉLLA.—(*Sonriendo débilmente*).... Es cierto. Jorje tiene...

ÉL.—(*Sosteniéndose apénas en el sillon*). Veinte años...

ÉLLA.—I Juan.

ÉL.—Dieciocho.

ÉLLA.—¡Es cierto! ¡Qué deseos tan grandes de verlos! de abrazarlos!

ÉL.—*(Buscando cuidadosamente las palabras i conteniendo apénas los*

sollozos que lo ahogan). Oye... Durante tu sueño... ¿comprendes?... la vida ha continuado... Jorje... es soldado... está... en Africa... Juan... en una casa de comercio,... en América.

ÉLLA.—Tan léjos! Pero, vendrán, no?

ÉL.—Sí...

ÉLLA.—¿Vas a escribirles que vengan?

ÉL.—Sí...

ÉLLA.—I los volveré a ver pronto?

ÉL.—Los volverás a ver.

ÉLLA.—Pero, cuándo?

ÉL.—Dos... tres meses... Está tan léjos eso...

ÉLLA.—¡Qué hermosos han de estar! Cuando pienso que ya son hombres!... ¿I ellos me vieron así?... Qué pena tendrian! Ah! I cuando vuelvan ya nos separaremos nunca mas... Nos iremos léjos, mui léjos, a ser felices, dónde haya un sol alegre. Iremos, no?...

ÉL.—*(Procura ocultar su rostro, su pobre rostro inundado de lágrimas, pálido de emocion, contraido por un dolor infinito)* Sí...

ÉLLA.—I si ellos no vienen, vamos nosotros, quieres? ¿Por qué los dejaste irse tan léjos? Antes decias que nunca consentirias en separarte de ellos...

ÉL.—Era necesario... Ademas, ellos mismos lo quisieron... para ganar su vida.

ÉLLA.—¿Ganar su vida?... No te entiendo...

ÉL.—Tu enfermedad me quitó el ánimo para todo... Lo perdí todo... Ahora somos pobres

ÉLLA.—¿Pobres?

ÉL.—¿Qué importa el dinero?

ÉLLA.—Sí importa, puesto que mis niños están tan léjos.

ÉL.—(*Con un acento indefinible*). Allá, allá, donde están ellos no sufren.

ÉLLA.—I tú has sufrido mucho?

ÉL.—Oh! Sí. Tanto!... Pero dime, en tu sueño, cuando te quejabas, no sentias nada? Algun dolor talvez? (*Temeroso*) ¿Nunca viste nada?

ÉLLA.—Si, algunas veces, rumores confusos... Me acuerdo una vez, mucho tiempo ya, mucho tiempo, oí una cosa rara, golpes de martillo, quejas, i unos sollozos, unos sollozos que venian de léjos, de mui léjos...

ÉL.—(*Con espanto*). Sollozos?

ÉLLA.—Sí, Me acuerdo bien. I otra vez me sucedió lo mismo: oí los mismos ruidos, los mismos sollozos... ¿Qué sería eso?

ÉL.—(*Vivamente*). Nada: alguna alucinacion.

ÉLLA.—Yo creia... Pero mírame... ¿Por qué se te han puesto tan tristes los ojos? Las manos te tiemblan... ¿Qué tienes?... ¿Por qué lloras?...

El.—(*Sin poderse contener, rompe en sollozos*). Es... alegria... Sí, de verte sana... I pena... sabes? porque ellos... (*Reaccionando ante la ansiedad de la mirada de ella*) ellos están léjos, tan léjos! I no te pueden ver... Por eso lloro... Ademas, estoi viejo... No hagas caso... Yo he velado tu sueño noche i dia... No te dejaba nunca... Te traia flores, hablaba contigo como si pudieras oirme... Yo estaba siempre espiando tus movimientos... Yo esperaba que al fin despertarías... I ya estás despierta, estás sana, estás viva! Ah! Si tu supieras... ¡Qué feliz soi!

(Sin embargo, los sollozos redoblan).

Ella.—*(Mirándolo siempre fijamente)* ¿Por qué lloras?

El.—*(Sin responder).* Esto es triste; pero ya verás... Nos mudaremos a una casa hermosa... Trabajaré como ántes; todavía tengo fuerza, tengo valor... Has de verlo... Pero, qué loco soi: habia olvidado darte el alimento.

Ella.—No importa. No siento el menor apetito. Lo que tengo es la garganta seca... querria, no sé qué, una cosa fresca, fruta... uvas, sabes?...

El.—Cómo no! *(Se acerca a la puerta i llama a la sirviente en voz baja).* Vaya a buscar uvas...

La Sirviente.—Uvas ¿en este tiempo?

El.—Sí, yo he visto en la Gran Avenida, frente a... en el almacen.

La Sirviente.—Talvez; pero Ud. sabe lo que cuestan?...

El.—Vaya, inmediatamente.

La Sirviente.—Yo no voi sin dinero... *(Brutalmente).*

El.—Dígale que mañana.

La Sirviente.—Gracias. Ya he dicho lo mismo tantas veces... Ademas, me ponen mui fea cara...

El.—Hable mas bajo.

Ella.—*(Oyendo, sin entenderlo, el rumor).* ¿Qué pasa?

El.—Nada.—*(A la sirviente).* Está bien, iré yo.—*(A Ella)* Hasta luego. murjecita mía. Voi a buscar las uvas.

(Sale rápidamente por la puerta de la izquierda).

ESCENA II

Ella i La Sirviente

La Sirviente.—*(En voz baja)* Está loco. Irse sin sombrero... *(alto, a Ella)* Ud. está mejor ahora?

Ella.—Sí.

La Sirviente.—Mui bien. Me alegro... Ya estará sintiendo mas fuerza, apostaria... Claro, quién no está descansadito despues de dormir

seis años?... I a Ud. la han cuidado harto... El caballero no la ha dejado nunca sola... No consintió jamas que la llevaran al hospital... I lo que le costaban las medicinas!

ÉLLA.—Sí, ya lo sé, somos mui pobres...

LA SIRVIENTE.—No hai que tener pena por eso... Pero tambien ha de ser duro, despues de ser ricos... Todo está en acostumbrarse... I cuando Ud. se mejore bien, le puede ayudar al patron... Yo no hago falta... La casa es chica... se arregla en un segundo... Ademas, el caballero puede hallar otro empleo mejor... El de ahora no es para él... es para otra clase de jente... El es bastante educado, puede ganar en otras cosas... Aunque está tan viejecito... I me da miedo porque se me ocurre que no va a vivir mucho... ¡Qué diantre! Despues de sufrir tanto! El ha sufrido mucho mas que Ud....

ÉLLA.—Sí.

LA SIRVIENTE.—Me dan lástima los dos... Perderlo todo...

ÉLLA.—Sí, ya lo sé... *(Con profunda tristeza)* Lo hemos perdido todo...

LA SIRVIENTE.—*(Despues de un silencio, sin comprender bien la causa de la tristeza de élla)* Ah! El le dijo? Mejor... Al fin habria tenido que saberlo, un dia u otro...

ÉLLA.—Sí, ya me lo ha dicho. *(Llora silenciosamente).*

LA SIRVIENTE.—¡Pobre señora! En fin, lo principal es que Ud. ya sanó... Hai que ser razonables... Llorando no se remedia nada... Por eso no han de resucitar...

ÉLLA.—*(Levantando la cabeza bruscamente).* ¿No han de resucitar?...

LA SIRVIENTE.—*(Continúa sin oirle)* Pobrecitos! Felices éllos! Pero tambien es triste perderlo todo por junto, la salud, el dinero, los hijos... ¡Qué fatalidad tan grande!

ÉLLA.—*(Espantada)* ¿Los hijos? ¿Qué hijos?...

LA SIRVIENTE.—*(Turbada)* ¿Cómo? ¿Qué hijos?...

ÉLLA.—Ud. habló de hijos...

LA SIRVIENTE.—*(Mas i mas turbada).* Pero yo creia que...

ÉLLA.—Ud. dijo: perderlo todo por junto: la fortuna...

LA SIRVIENTE.—*(Balbuceando)* Eso es, eso es lo que ha perdido... ¿Entónces no se lo dijo él mismo?

ÉLLA.—*(Continuando la frase interrumpida)* Sus hijos...

LA SIRVIENTE.—*(Espantada de su indiscrecion)* No... No...!

ÉLLA.—(*Procurando levantarse i acercarse a la sirviente*) Ud. ha dicho: sus hijos... Sí, si, Ud. lo dijo... Míreme... que yo lea en sus ojos. (*La sirviente vuelve la cabeza, i entónces ella lo comprende todo*) ¿Mis hijos? Muertos? Sí. No mienta... Ud. se imajinaba que yo sabia. Muertos!... Muertos mis niños! Ahora si comprendo... Por eso lloraba él, por eso...

Me engañaba... Estaban léjos... léjos... Faltaba mucho tiempo para verlos... Si, si. Él lo decia para darme valor; para que yo viviera... (*Se levanta ríjida i grita desesperadamente con una especie de ahullido*) No quiero vivir!... No quiero! Nó...

(*Quebrantada por la excitacion, vuelve a caer sobre el sillon, inmóvil, los ojos horriblemente abiertos, los brazos inertes.*)

La Sirviente.—(*Medio enloquecida*) Señora! Señora! Si no lo hice de intento... (*Sacudiéndola*) Señora!... No se mueve... ¡Señor!...

ESCENA III

Élla.—La Sirviente.—Él

Él.—(*Entra con un paquete en la mano*) Ya está, mujercita. (*Sonrie*) ¿Ves como no estamos tan pobres?... (*Se acerca i la ve inmóvil*) Maria! ¿Qué pasa? Maria! Vamos, háblame... ¿Que no me oyes?... (*Con angustia*) Háblame! ¿Pero qué tiene? ¡Dios mio! No se mueve... i sus ojos, que me miran, que miran tan fijos... ¡Maria!... I sus manos... (*Le toma las manos i luego las abandona para sacudir con furia a la sirviente*) ¿Qué ha sucedido?

La Sirviente.—¿Quién sabe? Lo juro que no he dicho una palabra.

Él.—Si. Ud. le ha dicho que...

La Sirviente.—No, señor, ella adivinó... que...

Él.—¿Qué?

La Sirviente.—Que los hijos... habian...

Él.—(*Casi estrangulándola*) Miserable! Has hablado... le has dicho... ¡Asesina!

La Sirviente.—(*Casi asfixiada*) Yo... no... ¡Socorro!... me ahogo... me...

Él.—(*Soltándola i empujándola con violencia*) Fuera de aquí! Si no, te mato! Fuera! Fuera! (*Hai un largo silencio pavoroso. Se arrodilla junto a ella*) ¿Te lo contó?... ¿No es cierto?... I no tuviste valor... no quisiste vivir... Si, comprendo... Ya no despertarás nunca. ¡Nunca! Feliz tú!... (*Cierra dulcemente los ojos de la muerta*) Cierra los ojos, mujercita mia, duerme, duerme... (*La toma entre sus brazos i la mece con infinita dulzura, con un dolor inmenso, locamente*) Duerme!... Debe ser tan bueno dormir así... tan bueno!... tan bueno!...

TELON.

Traduccion del frances de Cárlos R. Mondaca C.

De GUERRA JUNQUEIRO

Cortejo Fúnebre

¡Qué alegrías hondas, vírjenes, palpitan
en este lavado despertar de aldea!...
i los gallos cantan... i las norias gritan,
i en los olmos blancos, de hojas que se ajitan,
refuljente i nueva, la luz pajarea...

Por lo senda, que entre trigales descuella,
una rapazuela—¡tro-la-ró-la-rá!—
guia su carreta la mañana aquella:
la carreta cruje, que va el tronco en ella
de un castaño muerto, podrecido ya.

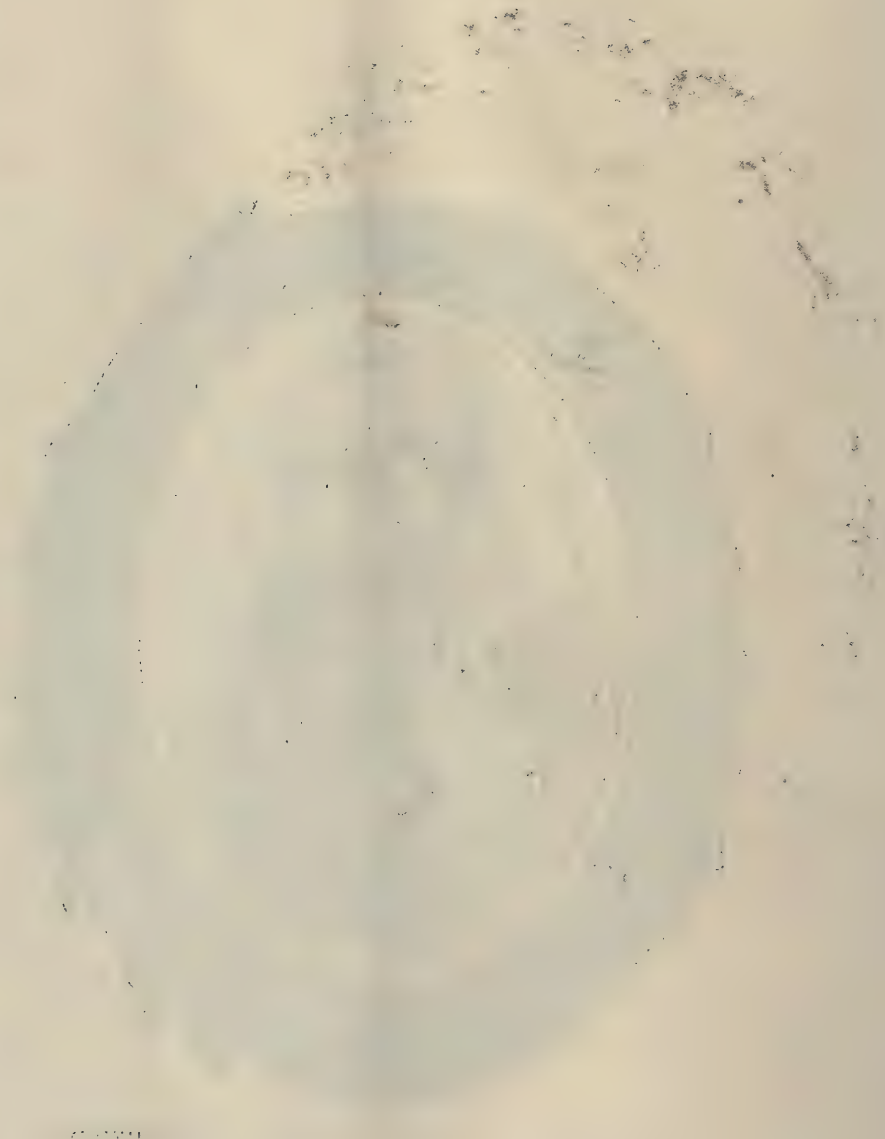
¡Oh, qué donosica, boyeriza fiera!
La sonrisa arisca, los ojos de cielo.
Su aguijon empuña, cándida i lijera
con la gracia aérea de ave de ribera,
verderon, armela, picaza o bubrelo...

Rubia, mas de un rubio dorado de abejas;
fresca, de claveles a la madrugada;
cerezas maduras lleva en las orejas,
en la boca le arden canciones bermejas,
¡i un lucero brilla sobre su aguijada!

Descalcica i pobre, sin aire mendigo,
no vi por las sendas milagro mayor:
la viste de oros el buen sol amigo,
su sombrero es paja que hace un mes dio trigo,
su basquiña es lino, que hace un mes dio flor.

I aquellos dos bueyes enormes, flemáticos,
en el aleluya triunfal de la aurora,
van, como piadosos mónstruos enigmáticos,
almas, tal vez, de ermitaños estáticos,
rumiando evanjelios en la santa hora.

GUERRA JUNQUEIRO



Al arado, al carro, presos noche i dia,
como con grilletes uncidos están;
i, sumisos, una rapaza los guia,
i en los surcos que abren, la amapola cria,
cantan las alondras, i madura el pan.

Llevan las serenas frentes majestuosas,
todas enramadas como dos altares;
madreselvas, juncias, pámpanos, mimosas;
las abejas pasan desflorando rosas
i las mariposas, en noviazgo, a pares...

I el castaño muerto, sobre el carro, en tanto,
por entre los trigos avanza tambien:
lo amortajan yedras en su verde manto,
dióle el fango leche, dale el alba llanto,
¡oh, dichoso muerto, que hasta huele bien!

Líquenes i musgos—química incesante—
ponen a hervir almas en su corrupcion...;
ya, en este esqueleto mondo de jigante,
bajo el sol, en una bacanal radiante
millones de vidas hacen irrupcion...

I la fortaleza se une a la dulzura:
el león del Libro muere en un verjel:
i del tronco muerto por la costra dura,
un enjambre de oro crepita i murmura,
labrando panales cándidos de miel...

Oh, los mansos bueyes de pupilas vastas,
que elaboran vagos fantasmas secretos!
Los gorriones pican, trepando, en sus astas
i caen de sus ojos bendiciones castas
sobre los caminos tórridos i quietos...

¿Llorarán la muerte del castaño injente
bajo el cual durmieron siestas estivales?
Almas de la Selva, su mirar doliente
¿recojerá acaso misteriosamente,
la espresion de vuestras lenguas floreales?

¿Qué es, castaño muerto, de la vida estraña,
que en el micro ovario de una flor nació,
i enjendró raíces i se hizo tamaña,
i trescientos años sobre una montaña,
sus trescientos brazos de coloso irguió?...

¿Donde, el alma, orijen de estas formas bellas?
Tanto embrión de formas ¿que quiso decir?
¿Cual fué el alma, el símbolo, diluído en ellas?
—Roto ya el encanto, no nos quedan huellas,
ni aún de qué destino te aguarda al morir.

¡Noche obscura!... ¡Enigma!...
No: lo que yo quiero,
boyeriza linda, linda i estasiada,
en esta inocencia blanca, de cordero,
la alegría de oro de tu andar lijero
i el candor de aurora que hai en tu mirada.

Bueyes que yo adoro, lo que mi alma anhela
es vivir con vuestra santa paz cristiana:
fecundar las viñas, arar mi parcela
i en los ojos garzos de una rapazuela
tener dos estrellas color de mañana.

Lo que yo quisiera, muertos castañeros,
es, como vosotros levantar mis ramas,
dar trescientos años sombra a los cabreros
i en ahumados llares de alegres braseros,
¡calentando abuelos, deshacerme en llamas!

Oracion a la luz

(Fragmento)

¡Hombre!
Cuando la aurora irradie en el oriente,
¡yérguete en pie—yergue esa frente!

Yérguete en pie, sobre la tierra esclava,
en que ha sido mudez calijinosa,
i agua, i roca, i gusano, i fiera brava...
¡Yergue esa frente humana i misteriosa,
enigmática flor crepuscular,
la flor que llora, que sonríe i piensa,
la flor que la Naturaleza inmensa,
millones de años puso en madurar!...
Yérguete en pie sobre la tierra obscura,
hijo del Diablo, padre de Jesús:
i en el arrobo, el mimo, i la ternura
de la beata madrugada pura
haz, mentalmente, el signo de la cruz:
una cruz inmortal de pensamiento,
una infinita cruz, llena de luz,
abierta al mundo en un deslumbramiento...
Cruz que recoja en sí la inmensidad...
que, moviendo de Dios, cruce el Infierno;
cruz donde un Cristo, del Amor Eterno,
¡apure el llanto de la Eternidad!
I estático, arrobado, absorto, inmerso
en una inmaterial contemplación,
ebrio de Dios, ungido de universo,
hombre, reza a la luz esta oracion:

Víctima, en el horror del infinito,
¡oh, sol crucificado, oh, sol bendito!
Tu carne de fluídos i metales
es la carne matriz del mundo todo;
carne que está en el agua i en lodo,
nuestros padres i madres naturales...
¡Por eso eres tan nuestro i no nos dejas,

i hácia ti se levantan nuestras quejas!
Es tu horrible estertor de moribundo,
la luz, la vida, que electriza el mundo.
El oro virjen de los dias castos
que echa en los orbes trémulos i vastos
los raudales calientes de su luz,
¡es sangre que chorrea tu sudario,
es sangre que ha caido en tu calvario
de tu cuerpo divino i de tu cruz!

¡Bendito el cristo-sol, de cruz ardiente!
¡el monstruo-mártir, qué infinitamente,
muere por todos, sollozando luz!

¡Oh luz, se nutre el mundo de tus haces,
mas tu, en el mundo, sin cesar, renaces!

Mueres para nacer constantemente,
mas perfecta, mas pura i mas ardiente.
¡Sí, mas ardiente!... que tu claridad
se bruñe en el amor i en la verdad.

Tu revives, oh luz, mas amorosa
en el agua fluida i relijiosa.

En el agua fecunda i virjinal,
madre del hombre i madre del cristal.

En el agua indecisa i movediza,
donde la vida hierve i fraterniza...

Por donde sangre i savia, ebrias de amor,
se llegan a la idea o a la flor...

Pero el agua te queda agradecida:
¡nunca te olvida, oh luz, nunca te olvida!

I almas del agua, si una en otra adentran,
se dan besos de luz cuando se encuentran.

Revives en la tierra áspera i dura
que es leche i miel en toda su verdura.

Que es leche i miel del floreal tesoro:
leche en el limo; en las corolas, oro.

Sí; revives mas pura, en el bendito
lecho de los metales i el granito.

La materia bruta,
no ve, no sufre, no disfruta.

I, para amar,
se ha de tocar.

I en el tocarse, allí es cuando se liga;
que ha de ser densa para ser amiga.

En la pétrea, inferior naturaleza,
amor es solidez; afeccion es dureza.

I por eso el cristal,
es un divino Santo mineral.

Mármol o bronce
guardan, estatua, el jenio creador;
porque mármol i bronce,
son dos bloques de amor.

I así el sueño ideal, sueño impoluto,
no se perdió—porque se entró
todo, en el sueño bruto...

Las piedras quietas, taciturnas,
que herimos todos, caminando,
son almas lentas, ínfimas, nocturnas,
ciegas i sordas, que se están besando...

La piedra, oh, luz, te absorbe agradecida;
¡nunca te olvida, luz, nunca te olvida!

Porque las piedras trájicas i heladas,
han sido soles, astros, alboradas...

Tu revives, oh, luz, mucho mas santa
en la alma de la planta.

Alma que encierra mil, en la corola;
¡vida enjendrada de infinitas vidas,
cuajadas todas, palpitando unidas
en una sola!

Almas que luchan con igual constancia;
en que una misma aspiración se encierra;
soñando, amando, oyéndose a distancia,
la hoja, libre en lo azul—la raíz, en la tierra.

Almas aéreas, ondulantes,
ebrias de fuego i esplendor:
que al Dios ignoto yerguen sus verduras radiantes,
que a lo Azul se subliman entre aromas de flor.

I tallos, i hoja verde i áureas flores,
labran luz, estilizan resplandores.

I en la luz incorporan el supremo deseo,
i en la luz edifican la esencia misteriosa,
que suspiro a suspiro, i aleteo a aleteo,
va del liquen al cedro, va del musgo a la rosa.

Hierbas, florestas, ramos opulentos,
cálices de oro, bosques desposados,
son esculturas en deslumbramientos,
sueños en luz i en aire condensados...

I aun mas hermosa que en la primavera,
luz, revives en el gusano o en la fiera,
que ya tienen vision ¡la divina hechicera!—

¡Luz dardeante!
maga dorada de los albos pies:
tú eres tinieblas i eres como una ciega errante;
ciega nocturna i deslumbrante,
¡porque iluminas i no ves!

Esos ojos de estrellas vagabundos,
ojos de luz tan viva i tan serena,
no descubren ni páramos ni mundos,
no distinguen las flores de la arena...

I una alimaña torva, rastreando,
ve nubes i ve pájaros en bando,
cala la noche i atraviesa el viento
i en el exiguo ardor de su pupila
asume el volcan de astros que rutila
por toda la amplitud del firmamento.

El ojo ardiente,
es luz maravillosa; es luz consciente.
Mirar,
es distinguir, unir, fraternizar
el sueño del Universo;
todo lo que está disperso
en el lodo, en la roca, en el aire, en el mar.

I, estendiendo el Amor,
es estiende la vision i crece el resplandor.

Ojos vestidos
de eterna luz,
son las pupilas de los elejidos,
son los ojos de Buda o de Jesús.

I todavia mas miraculosa
que en los ojos del gamo o el cáliz de la rosa
tu revives, oh luz, en el son de los nidos,
en los cantares de los pájaros dolidos.
El ave canta
sonorizando aurora en la garganta.

Azota-nieve, alondra o ruiseñor,
declaman luz, gorjean resplandor.

La obscuridad mata el cantar...
Cancion alada,
tu eres la voz idealizada
de la Naturaleza floreal i fecunda.

¡Toda el alma del sol que nos inunda,
el ansia de los orbes, al fulgor inmortal,
canta en la voz de una ave cuando pía,
cristaliza en la límpida armonía,
de un beso de oro ideal!

El mundo, oh luz, se nutre de tus haces;
empero tu renaces mas intensa,
i mas cercana a Dios cuando renaces
entre las vidas de esta vida inmensa;
vidas en lo viviente, almas en ti,
que el secreto de amor junta i condensa,
por mis ojos magnéticos, en mí.

Relumbran en mi cuerpo, humanizadas,
muertas constelaciones i muertas alboradas.

Desde que fuí montaña— i estrella i agua i flor,
porque la Vida me enjendró en dolor;

desde que, vil gusano, me arrastré por el suelo
i, lobo en pie, bajo la luz del cielo,
al verter una lágrima lijera,
me sentí humano por la vez primera,

¡cuántos soles de cuántos firmamentos,
barridos ya por la ala de los vientos,

han dado luz al lodo triste,
que en mí, soñando i suspirando, existe!...

Todo mi cuerpo es luz esplendorosa,
soi un himno de luz relijïosa,
gravitando en la órbita divina...
¡Miles de auroras rien en mi canto,
ondas de estrellas brillan en mi llanto,
mares de luna en mi alma cristalina!

Esta carne, esta sangre, esta miseria
este anhelo inmortal que me tortura,
ya fueron brasa en la amplitud etérea
i por eso, en la luz, viven de hartura...

Traduccion del portugues de
E. Marquina.

ENRIQUE MOLINA

JGM 6-II-1911

De ENRIQUE MOLINA

La Moral como ciencia i como arte

I. La Moral como ciencia abstracta i teórica.—II. Como ciencia histórica-social auxiliar.—III. Como creencia.—IV. Como sistema.

No se encuentran de acuerdo los sociólogos, filósofos e historiadores sobre las líneas de demarcacion que deben señalarse a las múltiples disciplinas que estudian la realidad social.

La sociolojía, las ciencias sociales especiales, la historia i la filosofía de la historia, sostienen todavía ardientes cuestiones de límites que se complican con las doctas i sutiles lucubraciones de sus diversos defensores.

Unos niegan a la sociolojía su calidad de ciencia, otros dan por definitivamente muerta a la filosofía de la historia, al mismo tiempo que algunos pensadores se empeñan esforzadamente en restaurarla i muchos conceden apénas a la historia el carácter de arte que procede empleando métodos científicos, que produzcan certidumbre respecto de los hechos particulares.

A pesar de esta carencia de armonía entre los pensadores, creemos que no ha de ser difícil señalar a la moral la situacion que debe corresponderle en el campo de los conocimientos humanos.

Podemos examinarla desde cuatro puntos de vista:

1.° En cuanto ciencia abstracta i teórica.

2.° En cuanto ciencia social e histórica auxiliar.

3.° En cuanto creencia o conjunto de creencia; i

4.° En cuanto sistema que aspira a fundir las creencias en un todo armonioso i mas o ménos artístico.

I

La ciencia se basa en la existencia de leyes jenerales que rijen todos los fenómenos de la naturaleza. Busca en medio de la aparente complejidad de las cosas, la uniformidad que hai en el fondo de ellas; trata de encontrar la unidad en la pluralidad, por medio del establecimiento de relaciones de semejanza entre los procesos naturales. Fué lo que hizo Franklin cuando esplicó el rayo diciendo que no era mas que una chispa eléctrica. La ciencia va tras la consecucion de sus fines sometiéndose a

métodos rigurosos de observaciones i esperimentaciones. Una ciencia particular estudia un órden dado de fenómenos para formular las leyes a que obedecen. Antes de llegar a leyes definitivas, concibe jeneralmente hipótesis, que son esplicaciones probables de los hechos i que esperan su verificacion por la esperiencia, para convertirse en verdaderas inducciones o leyes universales. I luego infiere de la concreta combinacion de las circunstancias o eventos con las leyes jenerales descubiertas, lo que debe suceder, o cual debe ser el estado de las cosas, allí donde la observacion no alcanza. Así, Newton descubrió i probó la lei de la gravitacion despues de varias observaciones particulares hechas por el mismo i por otros; i un astrónomo que conoce esta lei i examina las posiciones de cualquier cuerpo celeste en distintos intervalos, es capaz de decir donde estaba ántes de que él lo viese; cuando se colocará a determinadas distancias de la tierra o del sol i si ocurrirá algun eclipse u otro fenómeno cuando esto suceda. De este modo, aquel que posea una ciencia absolutamente perfecta, debe ser capaz de conocer todas las leyes relativas a los fenómenos que estudia, i partiendo del presente, reconstruir todo el pasado i prever todo el porvenir. (1)

Es verdad que en los últimos tiempos los sostenedores del pragmatismo, i a la cabeza de ellos Mr. William James, le han negado a la ciencia su condicion de intérprete perfecta de la realidad, de adivinadora del porvenir i de reconstructora del pasado, i le han negado su valor a las leyes naturales, diciendo de ellas que son solo principios de importancia transitoria, destinados unicamente a encaminar, lo mejor posible, la accion de los hombres.

De todas maneras aunque la ciencia no pueda ser tenida (por ahora) como un espejo intachable de la realidad, constituye, sin embargo, el conjunto de los mejores i únicos seguros medios de que disponemos, para conocer lo que estamos en situacion de conocer; constituye un precioso instrumento de interpretacion, de simplificacion, de unificacion i de prevision de los fenómenos naturales. I aunque no sea posible asignarles a las leyes científicas una precision matemática absoluta i libre de toda rectificacion, significan la espresion mas completa de nuestras ideas mas ciertas sobre el mundo i la vida. Ellas establecen en los fenómenos naturales, el órden que reclama nuestra intelijencia, i van afirmando i confirmando el postulado de la uniformidad esencial de la naturaleza, que es una base indispensable para nuestro pensamiento i nuestras previsiones. Que la precision de las leyes naturales no sea absoluta, no quiere decir que debamos aceptar que en el mundo impere el caos. Sin alcanzar esa perfeccion imposible, las leyes naturales nos dan una orientacion segura en nuestra

(1). Aikins - The Principles of Lojic - P. 245.

marcha por el mundo i corroboran nuestra presuncion de que, en éste, nada ocurre al azar o en virtud del mero capricho de algun poder no sujeto a reglas, sino siguiendo las ondulaciones de la uniformidad jeneral del universo.

Antes de examinar si la moral cumple con las condiciones de una ciencia, veamos cual es el campo propio de esta disciplina.

La moral saca su materia de todas las acciones humanas, desde las que tienen principal importancia para el individuo, hasta las que se refieren en primer término a la humanidad toda. Así constituyen su objeto los siguientes puntos: I. La conservacion, independencia i afirmacion del individuo, i todo lo que pueda favorecer o menoscabar estos fines, como ser la alimentacion, la habitacion, el trabajo o las injurias, la esclavitud, el homicidio, el robo etc. II. La abnegacion, la justicia i el altruismo. III. El matrimonio i la familia. IV. La asociacion de cultura que puede referirse a los siguientes tópicos: 1.° la cuestion social i la justa division del trabajo; 2.° la cultura material; 3.° la cultura intelectual i artística i el amor a la verdad; i 4.° la cultura filantrópica. V. El Estado i las relaciones jurídicas que con el mantienen el individuo i las instituciones sociales. VI. La patria i la humanidad; el patriotismo i el humanitarismo.

La moral se ocupa de las normas, de los sentimientos i de los juicios que se refieren a estos hechos, i, por abstraccion, deriva de ellos los conceptos jenerales de justicia, deber, bien, virtud, mérito, responsabilidad, fin, sancion etc. Pero si no hacemos otra distincion resulta que este estudio que señalamos a la moral, lo es tambien del derecho. Es menester, pues, señalar las diferencias que separan a una disciplina de la otra (1.°) La que debe indicarse en primer lugar como esencial, es que el derecho no se concibe sin una autoridad pública que vele por él i lo imponga, si es preciso, por medio de la coercion. En cambio, la moralidad de un acto no se juzga sino por el sentimiento i la voluntad del que lo ejecuta. La infraccion de las normas del derecho positivo trae consigo la aplicacion de las sanciones legales consiguientes, mientras que las infracciones morales no provocan otras sanciones, que las de la conciencia i de la opinion social. Cabe ademas agregar (2.°) que el derecho es mas preciso que la moral.

Por último, conviene dejar en claro que a un estudio como el de la moral, no es posible señalarle límites que pudiéramos llamar jeográficos, que nos permitieran decir «hasta tal línea» llega esa disciplina i ahí principia otra. Lo que debe entenderse mas bien es que, fuera de las acciones jenuinamente morales, cabe señalar en cualquiera accion humana, que siempre es compleja, un aspecto moral, que puede dar materia para la formacion de juicios morales. Así la moral se introduce en la vida artística i científica, en la política i en el derecho i tiende a modificar o encaminar

estas órdenes de actividad, en atencion a los fines i valores que ella considera superiores i primordiales para la vida humana.

Ahora nos toca preguntar: ¿Se ajusta la moral a los requisitos de lo que debe ser una ciencia abstracta i teórica?

Los sociólogos i un buen número de filósofos afirman que nó.

Segun Stuart Mill la moral no es una ciencia sino un arte. «El modo imperativo, dice, es la característica del arte considerado como distinto de la ciencia. Todo lo que se espresa por reglas, preceptos i no por aserciones sobre materias de hecho es arte; i la ética o la moral es propiamente una parte del arte que corresponde a las ciencias de la naturaleza humana i de la sociedad.» (1)

Los sociólogos en especial afirman que la única disciplina que se ocupa científicamente de los hechos morales es la sociolojía.

Albion W. Small, de la Universidad de Chicago, dice en su folleto *The significance of sociology for ethics:* «Hasta hace poco tiempo todos los sistemas de ética han dado prácticamente por sentado: 1.° que todas las personas son cantidades fijas i 2.° que las relaciones humanas son condiciones que pueden ser consideradas de una manera estática. Este sistema establece que tal hombre o tal acto es bueno cuando se encuentra en cierta relacion con el órden estereotipado del mundo. En otras palabras, nuestros teóricos morales creen que la vida es como una bicicleta de modelo fijo, hecha de distintas partes que pueden ser reemplazadas por otras partes fabricadas en los mismos moldes i que le deben venir perfectamente bien a la máquina. Las piezas nuevas son buenas cuando son capaces de tales ajustamientos. Las piezas que no engranan bien en el modelo son malas. Resulta una injenuidad tener que decir que la vida no es igual a ninguna máquina ni a ninguna bicicleta de un tipo dado. Es mas bien algo parecido a la progresion del modelo mas tosco de velocípedo hasta la mas perfecta bicicleta. Esta comparacion se usa únicamente para manifestar cómo lo esencial en este proceso es el movimiento i no el *status*. En realidad el hombre bueno o el acto bueno, es aquel que en el preciso punto de contacto con el proceso principal, facilita el desarrollo humano. El mismo hombre o acto puede ser malo en una etapa anterior o posterior del proceso, porque en ese grado no se ha ajustado a él. Así el bien humano no se encuentra en la permanencia en un estado inmutable, sino en la adaptacion a un proceso móvil. Siendo este el caso, nuestra única esperanza de conseguir el acuerdo sobre una regla moral, depende del establecimiento de una sociolojía que nos ofrezca una comun perspectiva de los detalles del proceso vital.»

Levy-Brühl ha estudiado detenidamente la cuestion en su obra *La*

---

(1) *Système de Logique*, II, p. 549, citado por Guyau. *Morale anglaise contemporaine.*

Morale et la science des mœurs i niega tambien que exista una ciencia de la moral ni que sea posible fundarla. Hablando de la distincion entre la moral teórica i práctica, dice: «La distincion es corriente en efecto; pero ¿es cierto que sea sólida? ¿De qué naturaleza es la teoría en las morales teóricas? ¿Qué jénero de problemas se proponen ellas resolver? que sean intuitivas i procedan *a priori* o que sean inductivas i empleen un método empírico, ellas sólo tratan de cuestiones que tengan una relacion directa con la accion: determinar, por ej., qué fines debe perseguir el hombre, encontrar el órden en que éstos fines se subordinan los unos a los otros i ver si hai alguno supremo, establecer una escala de los bienes, fijar los principios directores de las relaciones de los hombres entre sí etc. etc. Tratan siempre de obtener un órden de preferencia i de fundar, segun la espresion favorita de Lotze, *juicios de valor*. Pero, ¿es éste el oficio de la ciencia, el oficio de la investigacion propiamente teórica? La ciencia no tiene otra funcion que conocer lo que es. Ella es i no puede ser mas que el resultado de la aplicacion metódica del espíritu humano a una porcion o a un aspecto de la realidad. Tiende i conduce esclusivamente al descubrimiento de las leyes que rijen los fenómenos. Así son las matemáticas, la astronomía, la física, la biolojía, la filolojía etc. La moral teórica se propone un objeto diferente; es por esencia lejislativa. No tiene por funcion conocer sino prescribir, ordenar. Su objeto es reducir en cuanto sea posible a un principio único las reglas directivas de la accion. Sin duda una sistematizacion de este jénero puede llamarse, si se quiere, una «teoría»; pero es con la condicion de tomar esta palabra en el sentido estrecho i especial en que designa la formulacion abstracta de las reglas de un arte, —como cuando se dice «teoría de la construccion naval,» «teoría de la utilizacion de las caidas de agua,»—i no en el sentido pleno en que teoría significa estudio especulativo de un objeto propuesto a la investigacion científica i desinteresada.» (Pajs. 10 i 11). «La moral teórica i la moral práctica no difieren entre sí como las matemáticas puras i las aplicadas. En realidad ámbas tienen por objeto dar reglas para la accion. Solamente, miéntras que la moral práctica desciende en el detalle concreto de los deberes particulares, la moral teórica se esfuerza por elevarse a las fórmulas mas altas de la obligacion, del bien i de la justicia. Presenta un grado superior de abstraccion, de jeneralidad i de sistematizacion. No hai pues ciencia teórica de la moral en el sentido tradicional de la palabra i no es posible que haya, puesto que una ciencia no puede ser al mismo tiempo normativa i teórica.» (Pajs. 12, 13 i 14). «Les falta a los teóricos de la moral saber que los hechos morales son hechos sociales, que varían en relacion con los otros hechos sociales i están como éstos sometidos a leyes, es decir, que el objeto del saber teórico en moral, es la práctica misma estudiada objetivamente desde el punto de vista sociolójico.» (Paj. 18). «Así las rela-

ciones de la teoría i de la práctica en moral vuelven a ser intelijibles. En este caso, como en otros, la práctica racional, que debe venir temprano o tarde a modificar la práctica espontánea derivada de las necesidades inmediatas de la accion, depende en adelante del progreso en el conocimiento científico de la naturaleza. Salimos de la confusion inestricable en que nos mantenía la idea de una «ciencia de la moral,» de una «moral pura», de una «moral teórica» que debia ser al mismo tiempo normativa i especulativa. sin poder satisfacer simúltaneamente estas dos exijencias. En adelante la una se separará de la otra i el esfuerzo de los pensadores especulativos, no consistirá en determinar «lo que debe ser,» en dar reglas, sino estudiar una realidad objetiva dada, los hechos morales i los hechos sociales que son inseparables de aquéllos. Tendrá esa labor especulativa, como la de toda ciencia, por fin directo i único la adquisicion del saber. Llegado a ún cierto grado de desarrollo este saber permitirá obrar de una manera metódica i racional, sobre los fenómenos cuyas leyes haya descubierto.» (Paj. 33). «Así la pretendida moral teórica desaparece. La moral práctica subsiste de hecho. Aquella pasa a ser el objeto de la investigacion científica que, con el nombre de *sociolojía*, emprende el estudio teórico de la realidad moral, dentro de la realidad social.» (Paj. 34).

Haraldo Höffding disiente aparentemente de las opiniones anteriores i habla de la moral como de una ciencia práctica (1); pero casi hai contradiccion entre la espresion «ciencia práctica» que emplea Höffding i lo que a continuacion dice sobre en que consiste. En el fondo sus opiniones son semejantes a las citadas anteriormente. «Los juicios morales, dice, los juicios sobre el bien i el mal nacen en su oríjen sin ser motivados. *Eso es bueno* esclamamos en presencia de una accion humana, como esclamamos *eso es bello* en presencia de una obra de arte o del espectáculo de la naturaleza. Nos abandonamos al sentimiento inmediatamente excitado en nosotros por la vista del acto o por su recuerdo. Qué acciones serán llamadas buenas o malas, dependerá para cada cual de la «moralidad positiva» (2) en que haya vivido desde el principio de su existencia. Un problema moral sólo sobreviene cuando la voz de la moralidad positiva no es clara o bien cuando se manifiestan en ella contradicciones internas. Entónces son necesarios *principios, ideas directivas* para elejir entre las posibilidades que se presenten.»

«Se podria poner en duda la posibilidad de establecer juicios morales motivados i por consiguiente la posibilidad de una moral filosófica. En

---

(1) Morale. Pájs. 20, 21 i 22.

(2) Höffding llama moralidad positiva a la moral de hecho existente en un momento dado, al conjunto de costumbres i creencia que se imponen i comunican por la sujestion i la imitacion.

efecto, los juicios morales encierran una exijencia, espresan *lo que debe ser* i no solamente *lo que es*. Cuando alaban o censuran una accion realmente ejecutada, dan a conocer la exijencia de que tales acciones sean llevadas a cabo o evitadas en el porvenir. Ahora ¿no tiene toda ciencia por objeto esplicar lo que es i encontrar su causa? ¿Puede haber una ciencia, no de lo que es, sino de lo que debe ser? La moral filosófica va aun mas léjos: pretende enseñar qué juicios morales debemos pronunciar! ¿Cómo es posible semejante ciencia? Agregad a eso que los juicios sobre el bien o el mal emanan del sentimiento i los sentimientos no se discuten. Por los demas, ¿no demuestra la esperiencia misma que las mas de las veces las discusiones morales terminan con una apelacion de cada cual a su propio sentimiento?»

«Para esclarecer este problema notemos primeramente que lo que llamamos bueno se refiere a un fin: o bien es un fin en si mismo o es un medio en vista de un fin. De este fin no tenemos siempre conciencia. Miéntras mas involuntarios son el juicio i la apreciacion, ménos conciencia tenemos del fin: somos cojidos de repente i nos concretamos tan sólo al objeto que se trata de apreciar. La apreciacion puede hacerse de una manera enteramente instintiva. Pero sí, en los casos dudosos, debe fundarse el juicio en principios determinados, es preciso decidir de antemano, a qué fin referimos el acto. El juicio del acto dependerá de la cuestion de saber si, despues de un exámen mas amplio, favorece o perturba al fin consciente o inconscientemente presupuesto. Todo acto produce un efecto cualquiera sin el cual seria imposible i absurdo. Esta observacion no es inútil porque grandes moralistas, i principalmente Kant, han pensado que era rebajar la voluntad, el atribuir una importancia especial al efecto i acordar al fin una influencia determinante sobre la apreciacion. Lo que Schleiermacher refuta con esta excelente observacion: Si no quiero producir nada ¿para que obro?»

«Nos apoyamos ya en un terreno sólido cuando se ha establecido que todo acto debe tener un fin porque será posible averiguar si el acto ha de ser o no de provecho para el fin. La relacion del camino al lugar de término, del medio al fin puede establecerse científicamente. Señalándose con firmeza el fin, es menester aplicar ciertos medios determinados para llegar a él. La relacion del medio al fin es en suma la misma que de la causa al efecto: lo que llamamos medio es la causa que produce la realizacion del fin. Encontramos pues aquí la posibilidad de una ciencia de lo que debe ser: la palabra *debe* sólo indica *la necesidad de ciertos medios para alcanzar un fin dado*. Gracias a la relacion necesaria que existe entre el fin i los medios, una moral científica *deviene* posible. Pero tal aserto da por sentado que el fin es conocido i admitido, i el problema renace cuando se trata de saber que fin consideramos dado.»

«Llegamos al mismo resultado a que acaba de conducirnos la consideracion del acto en su relacion con el fin, si examinamos la proposicion de que los juicios sobre el bien i el mal, son manifestaciones del sentimiento. De nuevo nos apoyamos sobre un terreno sólido. Es verdad que los sentimientos no se discuten, pero, las representaciones que se asocian a ellos, pueden ser objeto de discusion para ver si tienen o no valor objetivo.»

«Así no sólo la relacion del medio al fin que interviene en toda accion humana, sino aun la relacion entre la esperiencia real i las representaciones que producen los sentimientos de donde fluyen los juicios morales, muestran la posibilidad de dar motivos a estos juicios i de establecer, por consiguiente, una moral filosófica.»

Las lucubraciones de Höffding se hallan mui puestas en razon, ménos en lo de bautizar con el nombre de ciencia, la rebusca de los medios adecuados para llegar a fines, cuya determinacion depende en último término, de los sentimientos. Eso no es una ciencia, así como no cabe tampoco señalar como materias para una ciencia aparte, las cavilaciones del abogado o del rábula que anda desazonado, discurriendo los modos de ganar un pleito, ni las del presidario que imajina los medios de evadirse de su prision.

No es tampoco un motivo suficiente para dar el carácter de ciencia a la moral, el hecho de que sea posible comprender la transformacion de los sentimientos morales por medio de análisis minuciosos, que manifiesten los errores de las representaciones que están ligadas a ellos. Esta es una tarea propia únicamente del arte educativo basado en la ciencia psicolójica. La transformacion misma de los sentimientos, ha de ser efectuada en vista de algun fin, i este fin no lo fija ninguna ciencia por ahora: ni la psicolojía, ni la supuesta ciencia moral, ni la sociolojía. Esos fines se han señalado hasta los momentos actuales i se señalarán talvez por mucho tiempo de una manera empírica.

En definitiva, la moral no es ni puede ser el objeto de una ciencia abstracta. Los hechos morales quedan comprendidos dentro de la materia de la sociolojía, i las leyes que los rijen, deben ser estudiadas en conexion con las de todos los hechos sociales. Los hechos morales no dan lugar a los trabajos e investigaciones de una ciencia abstracta aparte; pero pueden ser ordenados, como todos los fenómenos sociales o los de cualquier otro órden, dentro de principios o leyes naturales. Fuera de la parte que de los hechos morales corresponde a la sociolojía, hai otra que es materia propia de la psicolojía, como ser la que se refiere al oríjen i desarrollo de los sentimientos i conceptos éticos.

Lo que se llama la moral (o si se quiere mas bien las morales) no es mas que un término abstracto que sirve para designar un conjunto de creencias i sentimientos individuales i colectivos, que se refieren a las accio-

nes humanas, no sujetas a las prescripciones del derecho, i que dimanan de la conciencia libre i no tienen mas sancion que la de esta misma conciencia i la de la opinion social. Cuáles sean los sentimientos i creencias a que nos referimos, dependen del momento histórico en que se les examine. Una fué la moral de los florentinos del siglo XV, otra la de los puritanos del siglo XVII, otra, aun, la de la Corte de Luis XV i mui distinta i superior es la que domina en las asociaciones cultas de nuestro siglo.

II

A la sociolojía queda pues deparada la labor de investigar las leyes a que obedece la vida moral de la humanidad i la de formular las inducciones que sujieran los fenómenos sociales, entre los cuales los hechos morales son una parte.

Pero esta tarea de la sociolojía es vastísima i se ha hecho necesario dividirla. Durkheim (1) ha propuesto que se formen las siguientes ramas:

I. Morfolojía social
- Estudio de la base jeográfica de los pueblos en sus relaciones con la organizacion social.
- Estudio de la poblacion, su volúmen, su densidad, su disposicion en el suelo.

II. Fisiolojía social
- Sociolojía relijiosa.
- » moral.
- » jurídica.
- » económica.
- » lingüistica.
- » estética.

III. Sociolojía jeneral

* * *

En el cuadro de Durkheim encontramos a nuestra moral formando una de las ramas de la sociolojía con el nombre de sociolojía moral. Seria un error imajinarse que por esta circunstancia pudiera ser la moral considerada como una ciencia abstracta. En la clasificacion anotada ocupa el lugar de una ciencia social ausiliar. La sociolojía en sus vastas investigaciones, en su trabajo de jeneralizar e inducir, se basa, principalmente, en dos disciplinas que le suministran los materiales con que ella debe elaborar sus teorías, relativas a la realidad i al *devenir* social: son la historia i la estadística. Aplicando los métodos históricos i estadísticos de una

(1) De la Méthode dans les Sciences-Sociologie et sciences sociales.

manera completa a los hechos morales, obtendremos, si formamos un cuerpo ordenado con los fenómenos estudiados, la sociolojía moral. En relacion íntima con este estudio, tanto por emplear unos mismos métodos, cuanto por servir para unos mismos fines ausiliares, se hallan las ramas del saber conocidas con los nombres de *ciencia de las morales comparadas* i *ciencia de la moral histórica.*

Wundt (1) señala en parte a la moral una situacion análoga a la que acabamos de indicar. El filósofo aleman distingue frente a las ciencias de la naturaleza (Naturwissenschaften) las ciencias del espíritu (Geisteswissenschaften), que poseen tres caracteres distintivos: 1.° *la fijacion de valores*, que permiten formar juicios de valor que son completamente estraños a las ciencias naturales, porque estas no se preocupan de determinar lo bueno o lo malo, lo hermoso o lo feo, que se encuentre en los objetos de su estudio; 2.° *el establecimiento de fines*, sobre los cuales descansan los valores fijados; i 3.° *la manifestacion de voluntad*, que, a su vez fija los fines. El sentimiento que señala los fines i establece los valores, no es otra cosa que uno de los primeros grados del desarrollo psíquico de la voluntad. La psicolojía es la base amplia e imprescindible de estas ciencias del espíritu, que a su vez, se dividen en dos grandes categorías: ciencias históricas (filolojía e historia) i ciencias sociales especiales (derecho, economía, ética, etc.) Wundt habla tambien de que estas ciencias culminan en una ciencia mas vasta, mas jeneral, que es la sociolojía; pero agrega que esta se confunde un poco con la historia de la cultura. A las ciencias sociales especiales se las puede considerar o históricamente o sistemáticamente. De esta suerte tornamos a encontrar a la ética como ciencia histórica comparada i ausiliar de la sociolojía.

Debemos recordar aquí (2) lo que ya hemos espresado mas atras, de que no es concebible la formacion de una ciencia sistemática de la ética i que respecto de disciplinas, que tienen por objeto señalar fines i formular juicios de valor, sólo se puede decir que son artes i no ciencias.

Para terminar, la ética es una sola ciencia social auxiliar, de carácter histórico i comparado, que debe fundar sus afirmaciones, para no desdecir de su dignidad científica, en investigaciones sólidas i críticas, en pruebas dignas de sujerir certidumbre. Viene a ser la ética para la sociolojía, al lado del derecho, de la economía, de la lingüística, etc., lo que la epigrafía, la paleografía, la etnografía son para la historia.

Mas, conviene no olvidar que en estos casos la moral, en cuanto ciencia de carácter histórico i comparativo, tampoco da normas. Espone, compara, estudia jenéticamente las normas de las distintas épocas.

---

(1) Logik der Geisteswissenschaften.

(2) «Para aceptar en parte el cuadro del filósofo aleman».

Para llegar a la moral normativa precisa mirarla como arte empírica, basada principalmente en la creencia. Desde este punto de vista la vamos a contemplar en el párrafo siguiente, examinando al mismo tiempo los límites que la lójica señala a las creencias.

III

Ya se ha dicho que la base real, el motor efectivo de la moral de cada individuo i de los grupos sociales, es un haz de creencias i de sentimientos.

Ahora se presenta este problema: ¿Qué relacion tienen estos sentimientos i creencias con la verdad i la realidad? ¿Pueden ser formados al puro capricho, o existe alguna conexion entre el conocimiento i la accion?

Tales interrogaciones nos conducen a ocuparnos de las influencias mútuas que debe haber entre la esperiencia, la simple creencia i la accion, o sea entre la moral i la teoría del conocimiento.

Es indudable que mui a menudo el hombre ha de guiarse únicamente por simples creencias i aun conviene que robustezca su creencia, su fe en lo que va a hacer, como lo ha manifestado Williams Jaures en su ensayo *The will to believe*; pero interesa saber tambien hasta qué punto el creer depende de la voluntad o, lo que es lo mismo, qué límites pueden poner las verdades objetivas a la voluntad de creer.

No es difícil dar una contestacion a esta pregunta i dar una contestacion que sea lójica. Toda verdad objetiva reconocida como tal, es un límite que rechaza cualquiera creencia que la contradiga. La afirmacion de que la hoja de papel blanco que tengo por delante es blanca, no da lugar a dudas i no me permite sostener que esa hoja pueda ser simultáneamente negra. Toda persona adulta que tenga su sentido de la vista en un estado normal, se encontrará de acuerdo conmigo en este punto. Si tomo un compas i trazo una curva, ninguna persona normal adulta, se atreverá a sostener que esa línea es la menor distancia entre los dos puntos estremos. El principio lójico de contradiccion que se formula diciendo que «una cosa no puede a la vez ser i no ser» impide la co-existencia de afirmaciones contradictorias.

Cuando se pasa de estos casos en que la percepcion es clara a otros en que es mas confusa, a causa de la complejidad i carácter abstracto de los detalles de las cosas i de los hechos, el principio de contradiccion conserva siempre en sí todo su valor; pero las muchas contradicciones que ahora pueden asaltar a la intelijencia, no las distinguen los espíritus bastos i el notarlos queda reservado para los espíritus ilustrados.

Un salvaje, un bárbaro i aun un semi-civilizado, que ignora las grandes leyes de la causalidad, de la pesantez i de la conservacion de la ener-

jía, acepta esplicaciones de los fenómenos naturales que para una inteligencia culta, se presentan, no sólo como contradictorias, sino como ridículas. A esos tipos de hombres de edades pasadas no les cuesta creer,—en conformidad a sus tendencias animistas,—que dentro de una piedra se ajite algun espíritu benigno o maligno, que la tierra se detenga en su camino, que una deidad irritada oscurezca la luz del sol o de la luna i proyecte la sombra de los eclipses sobre nuestro planeta, i que un enfermo no sea mas que un infeliz a quien el hálito infesto de un demonio malhechor lo tiene postrado. Para quien no columbra en los hechos la sucesion rigurosa e inflexible de causas i efectos i no considera la vida como una funcion orgánica, sujeta a determinadas condiciones, pueden existir los milagros, i los muertos pueden resucitar i levantarse sin dificultad, por sí solos, de sus tumbas. Para quien no aplica esa misma causalidad a los acontecimientos sociales i no ve en estos ese encadenamiento seguro de antecedentes i consecuentes, que constituye la base de la ciencia sociolójica, no hai contradiccion en suponer una providencia que preside i dirije, patriarcalmente, desde lo alto, los acaecimientos de las sociedades humanas. Nada hai mas sencillo para quien ignora las doctrinas de la evolucion universal, que la accion de un creador omnipotente i personal, que por distintos actos de su voluntad ha improvisado sin esfuerzo, i dejado terminadas de una vez, la especie humana i todas las demas especies animales; pero tales cosas son inconcebibles para quien ha estudiado las transformaciones de la sustancia única, inorgánica i orgánica. Todo el antropoformismo envuelto en los casos citados i el antropoformismo en jeneral, es contradictorio e inaceptable para la filosofía de las ciencias.

Así, aunque la moral misma no tenga los caracteres de una ciencia, sus normas empíricas i las creencias morales tienen, por la naturaleza de la intelijencia humana, que respetar las grandes inducciones de las ciencias a fin de formular reglas que de ninguna manera las contradigan.

IV

La moral así entendida constituye un arte i todos los sistemas morales son ensayos encaminados a dar forma armónica a este arte, son ensayos dirijidos a ordenar el cáos que reina en las creencias sociales, donde las contradicciones e incongruencias se entrecruzan como maraña inestricable.

Se puede ensayar una clasificacion de estos sistemas tomando como caracteres distintivos, las bases que han señalado a la moral i los fines que han indicado a la conducta humana.

Tendremos entónces la siguiente clasificacion:

I		II	
Sistemas de base autoritaria (heteronómicos)		Sistemas de base humana i natural (autonómicos) i de fines humanos	
Fundados en la autoridad divina (Teolójicos, providenciales, sobrenaturales etc.)	Fundados en la autoridad política. (El absolutismo de Hobbes)	En cuanto a la base (forma de la moral).	En cuanto a los fines (materia de la moral).
		Intuicionista racional.	Hedonismo egoista.
		Intuicionista sentimental.	Hedonismo altruista o utilitarismo i evolucionismo.
		Tradicionalista.	Perfeccionismo individual.
		Naturalista (Evolucionista).	Perfeccionismo universal.

Todos estos sistemas son obras mas o ménos artificiales en que se pueden admirar a veces, la proporcion de sus partes i la unidad de ideas que ha guiado a su construccion; pero cualquiera de ellos, aplicado por sí solo, le resulta al jénero humano como una camisa de fuerza. La vida los rebalsa a todos; trozos de todos ellos lucen al mismo tiempo; la corriente de la existencia aprovecha ya uno de los canales que se le han construido, ya otros; i miéntras una parte de los hombres marcha al puerto de la perfeccion, siguiendo los dictados de un sistema de moral idealista, otros enderezan su nave a la ensenada del placer, movidos por un epicureismo egoista. No es posible renovar por completo el manto moral de la humanidad. Es un manto de remiendos multicolores, en que los retazos de los sistemas antiguos, una vez caducos i sin fuerzas para dar alientos a las almas, van siendo reemplazados por retazos de otros nuevos.

Pero de aquí no se puede inferir que los sistemas morales sean inútiles. Al contrario. Con sus disquisiciones, análisis i ensayos sintéticos, han introducido lei i órden en las creencias morales, i han desbrozado el camino para llegar a futuras concepciones.

Cabe tambien reprocharles a todos los sistemas que sean mas o ménos empíricos i tradicionales; pero no por esto han de ser tenidos como de ninguna utilidad para la futura ciencia deductiva de la moral, de que hemos hablado en el párrafo III. Las primeras raices de la ciencia brotan en el empirismo; i los sistemas empíricos de moral ofrecerán así a la mo-

ral científica, sólidos andamiajes i materiales abundantes para sus futuras construcciones.

Conviene, si, tener presente, al terminar, que, para alcanzar el perfeccionamiento moral de la humanidad, no debemos poner, sobre todo, nuestras esperanzas en los sistemas filosóficos, sino en la educacion de los sentimientos.

Los sistemas se ciernen en las alturas de las grandes abstracciones i para el progreso moral faltan las aplicaciones concretas i detalladas que resultan de un sentimiento jeneroso siempre en accion. Ya Mencio, filósofo chino del siglo IV A. J. C., proclamaba la doctrina fundamental de la reciprocidad entre los hombres, que Kant no hizo mas que revestir de nueva forma, al pedir que a toda persona humana se la tratara siempre como un fin i no como un medio.

I desde Mencio hasta Kant i hasta nuestros dias, la mayoría de la humanidad no ha cesado de jemir por falta de reciprocidad i porque se la trata como un medio i no como un fin.

No carece, pues, el espíritu humano de grandes i nobles principios que lo iluminen, sino que faltan las reformas jurídicas i sociales, i sobre todo, la educacion de los sentimientos que encarnen las nociones de justicia, bondad i valor moral en la vida diaria. Falta hacer de la moral, por medio de la educacion, el arte supremo de la vida, el arte de vivir de acuerdo consigo mismo, dentro de la armonía que debe existir entre el individuo i una sociedad de cultura; el arte de ejecutar actos que despierten en nuestra conciencia juicios i sentimientos que nos dejen satisfechos; i el arte de fijarnos fines que sean una espresion de la solidaridad social.

De SANTIAGO RUSIÑOL.

El dios "Peso"

Ultimamente, desde Buenos Aires, Santiago Rusiñol mandó una serie de impresiones de viaje a «La Esquella de la Torratcha», revista que se edita en Barcelona. «El deu Peso,»—«El dios Peso»—es una crónica de honda observacion.

El ser pobre, segun adónde i segun en que sociedades, tiene pequeñas compensaciones, que podríamos llamar de órden moral, que si no engordan, consuelan. Un poeta, por ejemplo, que no tiene dinero, puede mantener un poco su espíritu con una cosa que llaman gloria, engaño reluciente i venturoso que ilusiona a muchas almas; al pintor de nombre o al músico renombrado el aplauso es su delirio, viven encantados de los colores i las notas; la nobleza, los títulos i la herencia llenan el corazon de vanidades...; la relijion ha consolado tantos pobres como los que ha hecho, i si ha predicado la miseria ha dado el consuelo de sufrirla; cien otros motivos—de orgullo, de esperanza, de fé, de ideales,—han dado alas ilusorias, i el hombre que no ha tenido dinero, ha tenido... digamos, poca cosa, pero la misma poca cosa, cuando tiene alas de fantasia da un empuje espiritual que no siempre el dinero puede lograrlo.

Aquí... en Buenos aires, no; aquí..., por ahora..., hasta el momento actual, el arte, la gloria, la idealidad, la fantasia, i otras trivialidades, no son cosas cotizables ni que compensen un poco de la importancia que tiene el *peso*. Sea porque la vida es cara i antes que pensar en los postres hai que pensar en el caldo; sea que el *gringo* i el que no es *gringo* hayan tomado este pais como tierra de restauracion en vez de tierra de promision; sea porque muchos de los que llegan, llegan con hambre atrasada, despues de haber perdido la fé en toda clase de ideales, sea porque el materialismo lo invade todo, el caso que entre los que llegan i los que están la lucha por el *peso* es tan terrible que, comparando una cosa i otra, las batallas de Alejandro son juegos de criaturas.

En todas partes el *peso* es perseguido, lo acosan; pero aquí se abusa de él hasta lo absurdo. Id por la calle i de todas las conversaciones sueltas que podais escuchar, a cada diez palabras van cuatro *pesos;* hablad con algun conocido i al momento os esplicará que está aquí para hacer *pesos;* mirad las vitrinas i al lado de toda mercadería veis al *peso*. Hai quien aquilata los hombres por *pesos* i la caza al *peso* os persigue, convirtiendo la capital en una inmensa boletería, en un gran mercado, en una enorme feria.

Naturalmente, en este ambiente, el que nace con la desventura de tener sentimientos poéticos, o tiene la conviccion que el arte no se mida con *pesos*, vive, el pobre! como un pingüino que lo hiciesen vivir cerca del fuego. Si hace cuadros i no tiene protectores los tiene que vender a *palmos* o a *chacras* como lotes de belleza simétrica; si hace versos está perdido: en este pais decimal, lo único que no tiene medida es la poesía; si hace trabajos literarios, a excepcion de algun diario como «La Nacion», no encuentra colocacion; i si quiere ser artista independiente le dejan ser, (aqui hai libertad!), pero como el *peso* no va hácia a él, i él no va detras del *peso*, i el independiente tambien tiene que comer, o bien pierde la independencia, o bien, sin esperar ningun centenario, toma las ilusiones i, en tierra de inmigrantes, el emigra.

No hemos visto ningun pais, de los que conocemos, a donde los artistas i poetas alejen mas el espíritu de su tierra nativa. Por cada escritor que vaya vestido con las tradiciones de la Pampa, hai ciento que viven con Verlaine, con el señor Pelletan, con D'Annunzio, con los decadentes i sueñan, desde su *rancho* con Paris...; por cada pintor que pinte el Paraná, hai veinte que prefieren el Sena; i por cada autor dramático que arranque la vida de su pueblo, cincuenta la arrancan de otros dramas; i véanse Guinyols... Ibsen, enfriando el fuego de la tierra; como *Verbenas* i *Revoltosas* contra-ritmando las danzas tristres de estas llanuras desoladas.

Puede ser que en ninguna parte el poeta sea tan poeta como aquí; porque canta sólo, como los pájaros; porque canta por cantar; porque su alma reacciona contra el *peso* i el materialismo. En ninguna parte nos han leido mas obras que en este medio positivista, ni con mas uncion, ni con mas alas. El que lea al forastero lo hace con tanto fervor que parece que diga, leyendo: «Tú que amas el Arte, escucha lo que te dice un corazon que aun el *peso* no lo ha corrompido. Tú que no eres de los que vienen a niquelizarnos, comprende un momento a donde vivimos, i déjame fantasear un rato. Tú que eres hermano de aquellas tierras donde hai rincones solitarios para ir a soñar, soñemos juntos, i démonos la mano. Estos son los únicos centenarios que no se hacen de frac, ni con discursos, ni se ponen primeras piedras.»

Pero el *peso* es el *peso*, i ante el *peso* se inclinan las delegaciones, i las princesas, i hasta el pueblo. Puede ser que tengan razon los que creen que la riqueza es el todo en el mundo, pero tambien es mui triste, caballeros, que cuando llega un momento que el pueblo necesita su himno, lo tenga que escribir un estranjero, i que los colores nacionales los tiñan fuera de casa, i que el ritmo venga de léjos. Bueno es tener el *peso*; pero como a súbdito.

Traducido del catalan por

J. Mario Mitjans.

Del Dr. ARISTIDES AGUIRRE SAYAGO.

Los nuevos medicamentos de la sífilis

(La quimioterapia antisifilítica)

En los últimos años la sífilis ha sido objeto de numerosos estudios que han acrecentado notablemente nuestros conocimientos definitivos acerca de ella.

Primero la demostracion de su trasmisibilidad a los grandes monos antropoides (Metchnikoff-Roux, 1903), hecho de grandísima importancia no sólo desde el punto de vista biolójico, ya que el nos demuestra materialmente nuestro parentesco sanguíneo, sino tambien desde el punto de vista humano, que nos interesa mas de cerca, ya que él nos permitió estudiar *in anima vili* el desarrollo de esta temible enfermedad; luego despues (Schaudinn-Hoffmann, 23 IV 1905), el descubrimiento de su ajente específico, microbio contorneado en hélice que recibió el nombre de espiroqueta pálida *(Spirochaeta pallida)* sustituido hoi por el de treponema pálida en virtud de ciertas consideraciones morfolójicas, lo que, como se comprenderá, ha venido a dar el sello de precision i de unidad necesarios a su investigacion; resultados ámbos, sobre todo el primero, que han establecido la posibilidad de nuevas orientaciones i de nuevas vías de tratamiento.

Así, como corolario natural de tales estudios sobre la sífilis misma i junto con ellos, se han hecho grandes esfuerzos ya en el sentido de mejorar el clásico tratamiento por el mercurio i sus sales (por ejemplo, buscando nuevos modos de administrarlo, nuevos compuestos activos, etc.), ya en el sentido de encontrar otras sustancias capaces, como aquellas, de destruir los treponemas con el mínimun de daños para el organismo.

Las sustancias que últimamente se han empleado con tal objetos no o derivados del arsénico en su mayor parte, como el *arseniato de sodio*, el *atoxil*, la *arsacetina*, la *hectina*, el *606*, etc. o son algunos derivados del antimonio como el *emético*, la *estibina*; o, finalmente, son otros compuestos como el *uranato de amonio*, el *clorhidrato de quinina* etc. Un sitio aparte merecen las combinaciones en que entran asociados el mercurio i el arsénico, cuyo mas conocido representante es hasta ahora el *enesol*.

El empleo antisifilítico del arsénico i del antimonio, propiamente hablando, no son nuevos porque ámbos han sido considerados desde antiguo en tal carácter. Así, Ricord empleaba el arsénico hace ya mas de medio siglo (1856) i el uso del antimonio es mas viejo aún. Sin embargo, apesar de la boga del arsénico, del prestijio del citado Maestro i de los sifilígrafos

que seguian su ejemplo, su uso cayó en completo olvido i en la época presente para que se haya pensado en emplearlo en la enfermedad, ha sido necesario que se demostrase palmariamente la eficacia de una de sus sales (atoxil) en las enfermedades como la del sueño, la sífilis del caballo i otras, producidas por ciertos parásitos llamados tripanosomas, que se reputan próximos parientes de los treponemas de la sífilis humana.

Para ser justos debemos manifestar que si tanto el arsénico como el antimonio eran empleados antiguamente, no lo eran como verdaderos antisifilíticos sino mas bien como en el caso del primero, mui característico, porque se le estimaba un ajente capaz de modificar admirablemente el terreno, es decir el organismo en los enfermos debilitados, i aún, porque, como se decía de una manera vaga, su empleo facilitaba la absorcion del mercurio. En resúmen el arsénico era considerado de preferencia como ayudante del tratamiento mercurial.

Hoi, sin desconocer la verdad de su poderosa accion reconstituyente, hai fuertes motivos para afirmar que este elemento posee ademas verdaderas propiedades antisifilíticas, como en efecto sucede. Ellas no serían pues, lo que hasta aquí se había creido, la característica de uno de sus compuestos, el atoxil, si no la de todos en jeneral i así en este cuerpo lo que obra al inyectarlo a un sifilítico, es unicamente la regular dósis de arsénico que entra en su constitucion i no la sal de anilina a que está unida.

* * *

Como este trabajo pretende dar una idea de conjunto sobre estos nuevos remedios, vamos a pasar en rápida revista, los resultados con ellos obtenidos en las diversas esperimentaciones, tales como se pueden apreciar a traves de lo escrito.

El órden que para esto seguiremos no es rigurosamente cronolójico, como el lector lo podrá notar; pero, nos ha parecido que el presente, mas natural, consultaba mejor nuestro propósito.

Arseniato de sodio. Milian, deseoso de aprovechar su elevado tenor en arsénico (30%) casi igual al del atoxil, lo empleó por primera vez en 1908 con buenos resultados. Este autor pudo observar sobre todo que los enfermos portadores de lesiones cutáneas, sanaban de ellas, es decir, las veian desaparecer con la injestion de 0,01 gr. a 0,02 gr. de arseniato de sodio disuelto en agua, de la misma manera que si hubieran sido tratados por mercurio. Esta accion curativa del arseniato era mui notable en aquellos casos en que este último no habia ejercido influencia, como en ciertas lesiones (sifilides) superficiales de la lengua.

Continuando sus esperiencias observó que con ventajas podia fácilmente sobrepasar las dósis preindicadas i llegar hasta 0,05 gr. i aún 0,1

gr. i que el arseniato inyectado subcutáneamente, tenia todavía una considerable mayor accion.

Naturalmente estos resultados, que eran de esperar pues confirman hechos conocidos incluso lo que él demostró en los cuyes de que la toxicidad de esta sal era mui inferior a la que se atribuia, no autorizan, de ninguna manera, para comenzar el tratamiento por dósis altas ya que la tolerancia individual es tan variable, ni mucho ménos, a creer que el arsénico pueda superitar en todo caso al mercurio. Por el contrario, segun lo que ya sabemos, este método que tiene la ventaja de emplear un compuesto inorgánico conocido, de gran estabilidad i por esto seguro, convendrá particularmente en los enfermos debilitados que no soporten bien el mercurio, o en los que soportándolo deseen coadyuvar a su accion.

Atoxil, que habia sido considerado hasta ahora como un anil arsinato de sodio es mas bien la sal monosódica del ácido para amido fenil arsénico. Fué Salmon (del Instituto Pasteur de Francia) el que despues de ensayarlo en la sífilis de los monos, lo empleó por primera vez en 1907, con resultados que fueron halagadores, porque su accion sobre los accidentes inmediatos (secundarios) como lejanos (terciarios) de la enfermedad, es perfectamente clara i decisiva. Desgraciadamente estos resultados no son durables, a veces no se obtienen, i, lo que es peor, asi efímeros como son, no se alcanzan sino al precio de otras lesiones tanto mas graves (ceguera) aún la muerte misma, pues esta sustancia es bastante tóxica i su empleo se hacia casi esclusivamente por via hipodérmica, comenzando por dósis superiores a medio gramo, las que se continuaban lijeramente disminuidas durante algunas semanas. Su toxicidad se debe no sólo a que es una sal inestable i en ciertas condiciones se descompone en el organismo, poniendo en libertad mayor cantidad de arsénico que la dósis mortal, sino tambien a la anilina, fuertemente venenosa, que provoca en las personas un conjunto de síntomas, que se asemeja al del cólera en su período final, conjunto al que se asocia armoniosamente el bien conocido cuadro del envenenamiento por el arsénico.

Todavía, como si esto no fuera suficiente en el sentido desfavorable, influyen en esta sal hasta los procedimientos de fabricacion: asi el atoxil aleman parece ser mas tóxico que el frances.

En los paises civilizados numerosos son los médicos que emplearon el atoxil. Entre estos conviene citar particularmente a Hallopeau en Francia, cuyo entusiasmo por la droga hizo nacer las mismas esperanzas que ahora conocemos i atrajo la popularidad hácia estos derivados arsenicales, de los cuales se espera todo, ya que siglos de prejuicios nos han enseñado a ver en el mercurio un enemigo.

Prescindiendo de aquellas halagüeñas espectativas la esperiencia clínica falló al poco tiempo en contra del atoxil i sin ulterior apelacion:

hoi está definitivamente abandonado por peligroso e ¡neficaz. I a pesar de todo, a pesar de que aquí mismo hemos tenido accidentes desgraciados, no ha mucho que un estudiante de medicina resucitó su administracion hipodérmica con los resultados que eran de prever.

Nosotros preguntaríamos ¿existe acaso el derecho de hacer correr a seres humanos los azares de la absorcion de remedios considerados peligrosos, bajo el pretesto falaz de comprobar otras esperiencias llevadas a cabo seguramente en mejores condiciones?

El deseo de buscar una sustancia ménos tóxica que no fuese mui diversa del atoxil, que se creyó específico de la sífilis, condujo a tomar este cuerpo como punto de partida de las investigaciones. Así Ehrlich acetilando el atoxil obtuvo un cuerpo que llamó arsacetina i que reunia aquellas condiciones, el que, por otra parte, es sólo un número en una larga lista de compuestos arsenicales.

Arsacetina. Espléndidamente recibida por los antecedentes ya conocidos, ella se señala con rapidez como mui superior al atoxil. De todos lados brotan las estadísticas de miles i miles de inyecciones con resultados mui satisfactorios, sin accidentes (Neisser, Salmon, Milian, etc.); pero al poco tiempo, es decir en los primeros meses del pasado año (1910) comienzan ya a señalarse (Backers, della Favera, etc.), lo mismo que en el caso anterior, la reaparicion de la enfermedad (recidivas) i los trastornos que ocasiona el remedio, que consisten, tambien como ántes, en ceguera aunque de marcha mas lenta, albuminurias de intensidad variable, etc., en suma, los síntomas del envenenamiento por el arsénico.

Como conclusion se aconseja escojer con cuidado los enfermos que se hayan de tratar por la arsacetina i examinarlos periódicamente durante su administracion, vijilando sobre todo el fondo del ojo para despistar el estrechamiento del campo visual, que seria el primer aviso fiel de las alteraciones oculares.

Resumiendo la cuestion podemos decir que esta sal representa un paso adelante. Es ménos tóxica que el atoxil aun a mayores dósis, como las usadas (0,5 a 0,75 durante diez semanas); su inyeccion es indolora i hecha intramuscular no provoca ninguna reaccion. Sus disoluciones son mui estables i pueden fácilmente esterilizarse por ebullicion una o varias veces. En cuanto a su accion, a pesar de que su estudio es todavía mui incompleto, se puede indicar como excelente en el período secundario, especialmente sobre las sifilides ulcerosas, i aun, en el terciario; pero su accion es, sin embargo, *inferior* a la del mercurio.

Hectina. Una vez lanzados en esta via de perfeccionamiento se sospechará, sin esfuerzo, que este tercer cuerpo debe reunir las ventajas de sus predecesores unida a una disminucion de sus desventajas. I así es, en efecto: el benzo-sulfon-para amino-fenil arsinato de sodio (hectina) intro-

ducido en la terapéutica de la sífilis a mediados de 1909 por Balzer i Mouneyrat, tiene todos los buenos efectos comunes, como ya se puede colejir, a los preparados arsenicales; es mui bien soportado por el hombre, sea en inyecciones o por la via bucal i no produce (hasta ahora al ménos no se han señalado) alteraciones oculares, aunque sí lijeros fenómenos de intolerancia (dolores de cabeza, zumbido de oidos, sofocaciones, malestar, etc.) comunes tambien, por otra parte en mayor o menor grado, a todas las sales del arsénico. Su accion sobre las manifestaciones sifilíticas es verdaderamente notable sobre todo en las formas malignas o ulcerosas; en las demas su accion es buena, pero inconstante, de modo que necesita a menudo la ayuda del mercurio.

Se emplea exactamente a la dósis i en la forma del cacodilato sódico, hoi de uso casi vulgar. Conviene hacer notar que hai sífilis en donde esta sustancia ha fallado en su accion i en las cuales el mercurio se ha mostrado todavía ménos activo. Son estas las formas que han sido llamadas rebeldes i que encontraremos tambien mas adelante.

Sintetizando, se puede decir que la hectina es el mejor tolerado de los antisifilíticos arsenicales i el mas poderoso, pues a pesar de contener ménos metaloide (21 %), obra perfectamente a dósis mucho mas bajas que la arsacetina i el atoxil. En este sentido se puede hablar de ella, i esto con carácter provisorio, como uno de los remedios específicos de la enfermedad.

* * *

Tal es el estado de la situacion cuando entra en escena el **606**, salido del laboratorio Ehrlich i esperimentado únicamente por sus ayudantes i amigos (conviene no olvidar que Ehrlich es judio i que este hecho tiene en Europa un significado que apénas podemos apreciar desde acá); compuesto para el cual se tocan ámpliamente las cornetas de la fama señalándolo *urbi et orbi* como el remedio radical de la sífilis.

A semejante anuncio, que se recibe al principio con sorpresa teñida de incredulidad i en torno del cual, dada la projenie del 606, comienzan a amontonarse luego, desde el optimismo hiperbólico hasta la indiferencia irónica o la negacion rotunda (recordemos el *606=0* de Doyen, publicado en *Le Matin* de Paris), sucede rápidamente una violenta reaccion. El ruido de la polémica científica atrae la atencion pública i el entusiasmo de la masa crece sin cesar, a medida que la publicidad de nuevas i nuevas curaciones, algunas tan portentosas como las de enfermedades hasta hoi incurables, agrega nuevos elementos a este entusiasmo popular que se desborda al fin como un verdadero torrente que todo lo atropella. En vano algunos médicos quieren oponerse a esta avalancha i llamar al público i aún a ciertos colegas al cauce natural de un criterio tranquilo; en vano se repite

a los enfermos que la sífilis no se cura con una inyeccion; ya no se oye a nadie, ni nadie puede hacerse oir, i a los que tal pretenden se les reprocha sus bajos móviles, la defensa de su «negocio» comprometido i algo mas... porque todo eso significa dudar de esa panacea. Se habla de negocio i, sin embargo, los que hacen en realidad el gran i estupendo negocio, son los que han lanzado el producto 606 (los capitalistas de los *Farbwerke* alemanes) utilizando de todos los medios que la *réclame* moderna tiene para semejantes especulaciones comerciales, i como «aquellos polvos traen estos lodos», este cuerpo se ha convertido casi en todas partes en objeto de indigno e inescrupuloso tráfico.

Cabe aquí hacerse la reflexion de hasta dónde podrá llegar el derecho de un hombre a quien la suerte puso en posesion de algo, de un hecho cualquiera que atañe vitalmente a todos los demas. ¿Será correcto, será digno, será humano que ese hecho, que por el hecho de serlo ha ingresado al acervo comun, sea objeto de esplotacion?

Sin querer se nos viene a la memoria, i a modo de respuesta, la conducta de Pasteur entregando a la Humanidad sus jeniales descubrimientos, que fueron como la llave de oro que abrió un mundo nuevo a la investigacion, un mundo nuevo en beneficio de los que la enfermedad tortura, quizás el hecho mas culminante del siglo coloso. I luego Roux, su discípulo, esparciendo ámpliamente su suero antidiftérico que ha enjugado las lágrimas de tantas madres que la «membrana» hería en su descendencia. I otros, i otros mas, que como Pasteur no tuvieron otra recompensa que la dulce satisfaccion íntima i el saber, que miéntras haya hombres que merezcan el título de tales, su memoria será venerada porque son de los que redimen la especie, son Benefactores Humanos.

Antes de esponer lo que haya de verdad sobre el empleo del 606, permítasenos esponer algunos datos, a modo de cuestiones prévias, que facilitarán el trabajo del lector.

Ante todo, debemos manifestar que la personalidad de Ehrlich (Director del Instituto de Medicina Esperimental de Franckfurt a/Mein) es la de un investigador eminente cuyos derechos ya adquiridos a la gloria, son el haber tratado de identificar la constitucion íntima de la célula con la de una molécula química i, en consecuencia, el haber tratado de someter a las mismas leyes jenerales los fenómenos biolójicos, tanto normales como anormales. Entre estas hipótesis talvez la mas injeniosa i fecunda es su teoría química de la inmunidad, que nos permite comprender la esencia de esas complicadas reacciones celulares.

Es un hecho averiguado que Ehrlich con su serie de compuestos arsenicales 1, 2, 3, 4... etc , ya citados, no trataba de buscar un remedio

contra la sífilis sino contra las tripanosomiásis, especialmente contra la enfermedad del sueño, atenido al buen resultado que habia dado el arsénico en la malaria, cuyo jérmen, el hematozoario de Laveran, es pariente de aquellos. Así se llegó al compuesto 418 que era espléndido para el objeto i como una de éstas enfermedades presenta semejanza de síntomas con una tardia afeccion derivada de la sífilis (la parálisis jeneral), se pensó emplear este compuesto para combatirla aunque sin resultados apreciables. Fué así como se orientó la investigacion hácia la sífilis, la que tuvo como guía el hecho indicado por Ehrlich, de que hai algunas sustancias que parecen tener predileccion por los treponemas, con los cuales tratarian de unirse.

Ahora bien, el problema quedó circunscrito a buscar i estudiar una serie de preparados químicos en los cuales entraran aquellas sustancias fijables sobre los jérmenes, unidas al arsénico, cuya accion sobre ellos es indudable.

Conforme con estas premisas se habria llegado a obtener así compuestos que obrarian *electivamente* sobre las células estrañas (treponemas en el caso presente) sin dañar las demas células del cuerpo, accion para la cual Ehrlich ha creado el término de *parasitotropía*. Estas sustancias parasitotropas son pues lo contrario de las organotropas que influencian todas las células del cuerpo, i su accion sobre los jérmenes seria manifiestamente destructiva, paralizante o solamente entrabadora de su multiplicacion, lo que segun él, equivale a su destruccion en plazo breve. Sobre estas bases se apoya su gran terapéutica esterilizante *(therapia sterilisans magna)* que pretende librar al individuo de sus jérmenes mórbidos con una dósis apropiada de remedio.

Desgraciadamente en cuanto a la sífilis, enfermedad esencialmente crónica, esta terapéutica esterilizante no se ha realizado aun: de los enfermos tratados con el 606 sólo la mayoría ha visto mejorar o desaparecer sus síntomas, pero las recidivas ya no se cuentan, aun en los que han recibido varias inyecciones, i para los otros, para aquellos que parecen sanados ¿quién responde del futuro dada la marcha lenta de la infeccion, su naturaleza, sus inesperadas reapariciones, ya que hoi no poseemos *ningun* método de laboratorio capaz de indicarnos siempre la presencia o ausencia de una sífilis latente? La reaccion de Wassermann i sus numerosos derivados son un «peor es nada» que no cuenta en este caso. Lo único que hai utilizable por ahora (fuera de la inaceptable reinfeccion) es el tiempo, i no algunos meses 10, 20 o 30, sino que se necesitan años, para que la clínica pueda dictar su fallo decisivo i quizas para ello sea preciso haber visto morir centenarios a los que fueron sifilíticos. Paciencia, pues, ántes de hablar en sério de la curacion de la sífilis.

Hasta aquí lo que hemos denominado cuestiones previas.

El **606**, como se ha repetido hasta el cansancio en la prensa diaria, es el diclorhidrato de dioxidiamido arseno-benzol, polvo amarillo, sumamente inestable, por lo que se espende en tubos de vidrio en los que se ha hecho el vacio i que contiene 34% de arsénico incluido en su molécula benzénica, ya que este cuerpo es un derivado del arseno-benzol, preparado tambien en el Laboratorio Ehrlich.

Los datos que van en seguida provienen de la mejor fuente que haya para su estudio; de la Asamblea de médicos i naturalistas alemanes que hace algunos meses se reunió con este objeto en la Universidad de Koenisberg, i a donde concurrieron los que, de un modo u otro, han trabajado con el 606; se leyeron allí una veintena de trabajos sobre este particular i se discutió mas estensamente aun.

El 606 se ha utilizado esclusivamente en inyecciones i dada su inestabilidad es forzozo prepararlas en el momento mismo de hacerlas, para lo cual es necesario sujetarse a cierta técnica, pues hai que disolver el cuerpo i neutralizar la solucion obtenida, técnica sobre la cual no hai acuerdo definitivo. Cada autor cree que la suya es mejor que las otras i no parecen dispuestos a ceder.

Sin embargo, en este punto hai que anotar un progreso, i es la abolicion de los dolores atroces que causaban las inyecciones; por esta razon han debido ser abandonadas las primitivas soluciones mui alcalinas, las que empleaban alcoholes (metílicos u otros) como disolvente, las que neutralizaban con ácido acético, las que agregaban empíricamente la soda, etc. La simpatía jeneral estuvo por las indoloras que emplean la parafina o el suero fisiolójico como vehículos.

Respecto a la dósis que se debe inyectar, tampoco existió el menor acuerdo. Ehrlich cree buena la de 0.5 gr. en la mujer i de 0.6 gr. en el hombre e insiste en que el tratamiento no concluye con una sola inyeccion. Alt, que fué el primero que empleó el 606, cree que no debe sobrepasarse la dósis de 0.5 gr., ni aun en individuos robustos, en vista de los fenómenos de intoxicacion que ha observado; otros, la rebajan todavía hasta 0.2 gr. para las personas nerviosas; en cambio, otros jenerosamente aconsejan practicar, en todo caso, dos a tres inyecciones con 24 horas de diferencia, cada una de 0.4 gr. debiendo ser intravenosa la primera, e intramusculares las restantes. Entre estos estremos existen una infinidad de otras opiniones, cada una apoyada en tantas o cuantas observaciones i que preconizan toda una gama de dósis en forma i cantidad, las dósis proporcionadas a cada período, las dósis sumamente fraccionadas, etc., etc.

La inyeccion del 606 provoca una sensacion de molestia local variable, casi siempre acompañada de dolor, de fiebre, que puede llegar hasta 39°, de sudores, muchas veces ademas, de vómitos, diarrea, desigualdad en el ritmo del corazon, albuminaria, retencion de orina i materias fecales,

parálisis pasajeras i aun otros trastornos. Muertes se han observado mas o ménos en la proporcion de uno por cada mil enfermos atendidos.

En cuanto a la accion sobre la sífilis la mayoría está de acuerdo en la rápida desaparicion de los síntomas, sobre todo los contajiosos, lo que hace al 606 verdaderamente inapreciable para «blanquear» a las prostitutas, i en la favorable influencia que tiene sobre las sífilis rebeldes al mercurio i sobre las malignas. Algunas de las manifestaciones sifilíticas evolucionan tan lijero con una inyeccion de 606, que se ha llegado a suponerle otra accion, fuera de la antiparasitaria (formacion de anticuerpos), que esplicaria esta rapidez i en especial la precoz desaparicion del dolor.

Fuera de esto su accion sobre las formas terciarias es casi igual a la del atoxil i sobre las mas lejanas aún, sobre lo que se ha clamado la parasífilis, es absolutamente nula. El mismo Ehrlich recomienda abstenerse en ellas. Por consiguiente, las pretendidas curaciones de tabes, parálisis jeneral i otras afecciones igualmente graves, no pasan de ser unos indignos embustes lanzados seguramente para los fines comerciales. Son tan absurdas estas curaciones, que aun suponiendo se encontrase un remedio eficaz, este no haria otra cosa que impedir la marcha ulterior de la enfermedad; pero las lesiones producidas, que precisamente la constituyen, quedarian tales.

El 606 no se puede utilizar sino en las personas menores de 50 años que tengan sanos *todos* sus órganos, especialmente sus sistemas nerviosos, circulatorio i escretorio, sin que esto sea absoluto, pues el médico decidirá en cada caso, ya que hai algunas afecciones que no prohiben formalmente el 606. En los niños de pecho i en las embarazadas no se debe aplicar sino se quiere aumentar las listas de mortalidad infantil.

Este cuerpo debe aplicarse únicamente en los casos en que haya intolerancia para el mercurio o, cuando bien tratados por este, se presenten recidivas frecuentes, i en los casos de sífilis malignas o refractarias al mercurio. Junto con este último tiene un importante papel en el comienzo de la enfermedad i, segun Neisser este tratamiento asociado, debe hacerse aun en la sospecha de una infeccion sifilítica.

Aparte de esto; se ha señalado el buen efecto del 606 en el paludismo, viruela, fiebre de recaidas, etc.

Los casos de sífilis rebeldes que se citaron no fueron escasos, así como las recidivas, que en algunos enfermos se han producido aun despues de tres inyecciones.

Si el lector nos ha seguido con atencion habrá visto repetirse al hablar de este cuerpo, lo que punto mas o punto ménos hemos manifestado en cada uno de los compuestos arsenicales, lo que demuestra bien que no se trata de hechos aislados.

En resúmen, el 606 es un buen antisifilítico, que está todavia en estu-

dio como lo prueba la falta de acuerdo sobre la dósis, modo de emplearlo, i técnica de la inyeccion; que es absolutamente prematuro i falto de base científica, hablar hoi de curacion de una enfermedad que dura años; que su uso debe limitarse por ahora a los casos en que el mercurio no obra i por esto merece un sitio especial en la terapéutica, ya que caen bajo su dominio la sífilis de los tuberculosos i anémicos, en que el mercurio i iodo no están indicados i tambien las sífilis malignas o refractarias.

Respecto a su accion jeneral se puede decir que hai síntomas que son manifiestamente influenciados, otros que le resisten, que las recidivas no son raras i aun que hai numerosos casos en que es peligroso.

De este conjunto se desprende, pues, lójicamente, la nocion de que *el mercurio permanece en su sitio*, ya que sólo ha encontrado un nuevo i eficaz colaborador.

En cuanto a los pocos casos tratados en el pais (30 o mas) como no conocemos personalmente sino cuatro o cinco, en los que se justifican ámpliamente las limitadas conclusiones anteriores, no podemos emitir opiniones de conjunto, pero segun toda probabilidad los resultados no serán mui diversos de los conocidos.

* * *

Pasamos ahora al antimonio i sus sales, que despues de un largo reposo, han sido vueltos a la vida activa i rehabilitados en el tratamiento de la sífilis, porque en 1908 se demostró su favorable accion en las espirilósis esperimentales i aun en la enfermedad del sueño, lo que no tiene nada de estraño conocido su parentesco con el arsénico.

Segun Salmon el antimonio es realmente antisifilítico sobre todo en combinaciones orgánicas; las inorgánicas, incluso el metaloide mismo, no tienen casi accion en la sífilis de los monos.

El medicamento de eleccion es el **emético** (tartrato antimónico-potásico) que se ha utilizado por la via intravenosa en soluciones rigurosamente neutras a 1 por mil, las que se emplean diariamente por períodos de 12 dias, comenzando por la dósis de 0,08 gr. para llegar a 0,12 gr. al final.

La intolerancia, así como las recidivas, se manifiestan rápidamente. Aquellas consisten en conjestion de la cara, comezon en la larinje, accesos de tos i dolores musculares, que aparecen ya a las pocas horas de practicada la inyeccion.

En resúmen, el antimonio a pesar de sus propiedades antisifilíticas, no presenta ninguna ventaja sobre los otros medicamentos. Comparado con el arsénico su accion es siempre inferior; basta para ello observar la inutilidad del antimoniato de sodio, combinacion homóloga del arseniato de sodio, para que resulte gráficamente. Todavía, mas que eso, el antimonio no posee la incontestable accion reconstituyente de aquel, i a

mayor abundamiento, podríamos agregar que su administracion en la forma indicada no está exenta de peligro.

Seguimos ahora con los otros compuestos empleados tambien con el mismo objeto.

Por órden de antigüedad le corresponde el primer lugar al **uranato de amonio** propuesto i ensayado por AILLAUD (de Saint-Tropez, Francia) en 1907, que es un polvo amarillo, poco soluble en agua, soluble en alcohol, que posee propiedades radio-activas i que es inofensivo para los animales.

Ha sido empleado por diversos esperimentadores (WEILL JULLIEN, etc.) en suspension en aceite de vaselina en la proporcion de 5%, preparado que constituye lo que se ha llamado aceite amarillo, por asociacion simple, ya que el aceite gris es un utilísimo preparado mercurial; de este aceite amarillo se inyecta intramuscularmente un centímetro cúbico cada semana i esto durante meses.

Estas inyecciones no han producido ninguna clase de molestias ni aún dolor; tampoco se han observado fenómenos de intolerancia o de intoxicacion aún despues de 40 o mas inyecciones; por consiguiente no ha habido ni fiebre, ni enflaquecimiento, ni albuminurias, etc., etc.

En cuanto a la sífilis, WEILL sobre 40 enfermos en pleno período secundario, que han sido tratados durante dos i medios meses en la forma indicada, ha obtenido rápida mejoría en 25. Resultados mui semejantes ha obtenido JULLIEN.

Tales datos nos autorizan a escribir, a pesar del corto número de observaciones, que el uranato es realmente eficaz en el período secundario; pero, como el mismo WEILL declara, esto «no basta para destronar el maravilloso ajente terapéutico que es el mercurio».

Viene en seguida el **clorhidrato de quinina,** verdaderamente heróico en las fiebres palúdicas i que LENZMANN (1908) utilizó contra la sífilis basado en el parentesco de los jérmenes respectivos, base que, como ya sabemos, utilizó tambien EHRLICH aunque por otro camino.

Para que este remedio obre con la debida eficacia, es necesario que se encuentre a dósis suficiente en el torrente circulatorio i asi este autor se vió compelido a practicar inyecciones intravenosas de 0,3 gr. a 0,5 gr. i aún de 0,8 gr , las que al principio se hacen con 24 horas de intervalo, despues cada tres a cuatro dias hasta enterar 6 a 8 grs. de la sal, que es lo que necesita una curacion por término medio.

Las inyecciones suelen producir lijeros vértigos, aún conjestiones de la cabeza, pero, en jeneral, estos síntomas se disipan rápidamente.

Los resultados obtenidos, puede decirse, son satisfactorios; pero para ellos vale tambien la observacion que apuntábamos en el caso anterior.

— Para terminar esta rápida reseña debemos mencionar los resultados obtenidos con un cuerpo, en el cual se encuentran reunidos los elementos antisifilíticos de mayor eficacia; lo que a primera vista parece la resolucion

del problema de la sífilis, i que, sin embargo no ha correspondido a las espectativas que en él se cifraban. La esplicacion de este hecho, en apariencia paradojal, está quizas en que el poderoso mercurio está incluido en una molécula compleja; porque sabemos que un elemento químico es tanto mas activo cuanto mas fácimente puede ponerse en libertad en condiciones determinadas.

El **enesol**, salicilarsinato de mercurio, fabricado por los Laboratorios Clin, es un polvo blanco, soluble en agua, alcohol i acetona; sus disoluciones son incoloras i no coagulan la albúmina, lo que no debe estrañar pues tampoco dan precipitado por los reactivos ordinarios del mercurio o del arsénico i sin embargo, contiene 38 % del primero i 14 % del segundo, que a juzgar por lo que antecede, están bastante disimulados. Es mui poco tóxico (70 veces menos que el biyoduro.)

Se le ha empleado desde 1904 por diversos investigadores, disuelto en agua, a la dósis de 0,03 a 0,06 gr., cada dos dias por series de 10 a 20 inyecciones subcutáneas. Estas no son dolorosas i no se han señalado accidentes consecutivos a su empleo.

En cuanto a la accion del enesol sobre la sífilis, es inferior segun parece, a la de los compuestos mercuriales de uso diario. Sin embargo en circunstancias especiales puede prestar mui útiles servicios.

Hemos llegado al término de este trabajo i a modo de conclusion jeneral damos nuestro convencimiento de que hasta hoi, como dice pintorescamente un autor, no hai motivo suficiente «para cometerle infidelidades al mercurio»; i este convencimiento se hace tanto mas necesario manifestarlo cuanto que, despues de porfiada campaña i cuando ya el público habia comenzado a imponerse de los beneficios del tratamieuto mercurial, se le deja de repente en la duda con el 606 i se le desvia así del único antídoto conocido de la sífilis; hecho que envuelve ademas un serio peligro porque de esta manera se menosprecia lo único verdaderamente seguro, el «viejo i bien probado mercurio», para lanzarse tras la quimérica esperanza de una curacion problemática, i, entretanto, la insidiosa enfermedad gana terreno.

Para nosotros este es un deber de conciencia i nada es mas difícil, en este caso, que manifestar la verdad,— que tañerá desapaciblemente en nuestro *laissez faire* proverbial;— pero nos queda la satisfaccion de haber emprendido una obra justa i necesaria, sobre todo necesaria, para evitar, aunque sea en parte, la esplotacion de desgraciados enfermos. I en esta obra felizmente no estamos solos, pues, aunque discretamente, se han dejado oir ántes algunas palabras convencidas i mas autorizadas que la nuestra.

Válganos de escudo el hecho de que *la verdad, aunque salga de una boca desconocida, es siempre la verdad.*

Enero 1.° de 1911.

De PEDRO PRADO

El fuego

La Flor Roja, la mas estraordinaria de las flores, la que lleva el espanto a los salvajes habitantes de la selva con sus pétalos largos i múltiples como los de una chrisanthema ardiente i colosal, se enseñoreó de mi casa, ocupó mi hogar, reduciendo a cenizas trabajos realizados, i creed que, si hubiese sido posible, agostara los recuerdos, i al tener consistencia el por venir, hubiera recorrido la cadena de los años futuros hasta consumir la eternidad.

Fué, no os lo podéis imajinar, un espectáculo soberbio i cruel con el cual ¡oh alma loca! maravillado sufria.

El salvamento! Os ayudan unos cuantos vecinos de buena voluntad, otros tantos ladrones i muchachos que entran i salen a la carrera llenos de una satisfaccion estraña al sentirse hábiles i útiles. Estos diablejos darán en seguida alas a su imajinacion cuando relaten a sus abuelos, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, hazañas estupendas.

Como continuamente me ocupan pensamientos que se ligan a las cosas que no los poseen; como soi en ocasiones voz puesta al servicio de los sin voz, sentí que el incendio queria hablar por mi intermedio. He aquí, en órden de nacimiento, sus ideas locas.

«Tú que guardas preferencias por tu labor intelectual, juzgas que la olvidaste del modo mas grosero. No te inquietes, que nada de eso ha sucedido. Acontece que, ante los trances duros, los valores de la vida cambian. En medio de una existencia muelle i fácil, prima lo que colma tus goces, tu orgullo, tu parte de vanidad. Ante una catástrofe, la miseria de tu cuerpo adquiere un valor insospechado i así salvas tu vida dispersa en tu mujer, en tu hijo... ¿Has hecho otra cosa?

Cuando fuiste por tus poemas, ya te habia cerrado el paso i los leia ávidamente, tan ávidamente que los consumí.

No te apesadumbre su pérdida. Los apreció con justicia i puedo declarar que sus méritos quedaron de manifiesto en la llama pequeñita que brotara de cada uno de ellos. No puedes, si, compararlas con las que floreció la madera de tus muebles; ella habia sido cuerpo de los árboles, tierra hecha verdura, agua de mar caida de la lluvia.

Un pensamiento aislado da una llama insignificante; pero imperecedera. Ella es vuestra Flor Roja. I cuando la muerte te consuma, cuando de tu voz no quede la memoria, no habrán podido morir tus pensamientos, porque no viven en tí, ni en ellos mismos. Son eternos; vienen crista-

lizándose desde aquella época fabulosa en que nada se habia separado i en que toda era una sola i palpitante inconsistencia.

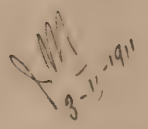
La muerte nada agota; morir es transformarse. Mutaciones contínuas que no podrán lograr que algo desaparezca para siempre. Oye, tú; la nada es ya imposible! En las nieblas, en la sombra, en el silencio que pudiera seguir a la desaparicion del universo, quedaria prendido, de una manera imperdurable, todo lo que fué.

Cada hecho, por insignificante que sea, lleva, como un estribillo eterno, un eco que se hará sensible en toda circunstancia, estendiéndose mas allá de los límites ponderables.

Os dije que ante una catástrofe los valores de la vida cambian; pero, si quieres avaluar con justicia, debes suprimir la nerviosidad que entraba, el temor que ofusca.

Despues de lo dicho, i tranquilo como ya te encuentras, da valores a tu vida para la vida i para la muerte. Hai algo que es lo primero; búscalo! Vive como ante la inminencia de un peligro i, al poseer la serenidad, serás risueño i justo.

Si en guerra por la paz suspiras, si el dolor os mueve a buscar la alegría ¡qué la muerte aconseje a la vida! es el secreto. Ser hoi plenamente, i serlo con mirada de futuro.



Así será

Por un monton vano
de tierra mas vana,
no es justo que llores:
nadie llora nada.

Otros labios ávidos
tocarán tu cara.
Déjalos que besen,
tambien son fantasmas.

Yo tendré en los ojos
dos nidos de larvas
cuando otras pupilas
te miren la cara.

Cuando en otros brazos
se doble tu espalda,
yo tendré en las manos
raiz de campánulas.

I bajo la tierra
vana, pero santa,
—oh, don de los dioses!—,
no he de sentir nada.

ENRIQUE BANCHS

De C. VIÇUÑA FUENTES

Nuestra crisis moral, segun el Dr. J. Valdés Cange

Cartas a don Pedro Montt (1909).
Sinceridad (1910)

I

En Julio de 1909 publicó el doctor J. Valdés Cange sus «cartas a don Pedro Montt sobre la crisis moral de Chile en su relacion con el problema económico de la conversion metálica,» folleto de cien pájinas que pasó casi inadvertido para el público estudioso. Tanto se habia dicho, hablado i publicado sobre la cuestion económica, tantas teorias buenas i malas, tantas patrañas, mentiras i sofismas habian circulado, que las cabezas, fatigadas de esa balumba confusa, no querian ocuparse ya de un problema que veian cada dia mas oscuro i embrollado. Así se esplica que cayeran en el vacio las «Cartas» del doctor Valdés Cange, libro nuevo por su fondo, altamente jeneroso por su espíritu i rigurosamente científico por su método histórico.

La primera de esas cartas trata de nuestra crisis moral i administrativa, que mejor debiéramos llamar crisis social, porque están sus raíces principalmente en la monstruosa organizacion oligárquica de nuestra sociedad, i en la pérdida completa del sentido social, (no propiamente moral) que se nota arriba i abajo. En los oligarcas su síntoma fundamental es una codicia desenfrenada que ha perdido todo pudor; en las clases malamente llamadas medias, que son hoi por hoi las superiores por su cultura, ha atacado la misma enfermedad i es su síntoma otro tan grave como aquél: la cobardia moral, pues como lo dice mui bien el doctor Valdés Cange, «mas que la ceguera nos impide despegar los labios la cobardia» (Carta primera páj. 32). «Es esta falta de valor moral el síntoma mas alarmante de esta sociedad enferma; casi me atreveria a decir que, mas que un síntoma, es la dolencia misma. En efecto, si se buscan las causas primeras de las prevaricaciones, los robos, los escándalos, las grandes caídas, la prostitucion de familias de buen tono, encontramos como principal i casi siempre único orijen, la cobardia moral, en unos, para afrontar dignamente las adversidades, en otros para resignarse a la condicion modesta que les cupo en suerte i en los demas *para censurar los actos que repugnan a su conciencia*. La cobardia es contajiosa i nos ha dominado a todos. He ahí un hombre honrado i bueno, i que, no obstante, no sólo no dice una palabra contra los viciosos opulentos i los malvados de alto coturno, sino que

transije con ellos, i les sonríe i se les inclina respetuoso, i los lisonjea i se arrastra a sus pies» (Ibid. pájs. 32 i 33.)

He dicho que ésta no es, a mi juicio, una crísis moral, en el sentido ámplio, pues crísis moral significa estravío jeneral de las nociones biolójico-sociales de conservacion i progreso, en su doble aspecto ontojenético i filojenético. Nuestra crísis no afecta los elementos biolójicos, por lo ménos de un modo jeneral, i sí los elementos sociales superiores; es, pues, la nuestra una crísis social o, en otros términos, parcialmente moral. Esto no quiere decir que el mal esté circunscrito a los elementos superiores, a la oligarquía. Ello es imposible: la difusion del virus corruptor se hace seguramente i llegará un momento, si el cauterio no nos salva ántes, en que, corrompidos ya todos los órganos vitales del pais, el mal no tenga remedio. ¿Qué reacciones pueden esperarse de un órgano podrido? La propia oligarquía está ya perdida sin remedio, i habrá necesariamente que cercenarla, ya por la vía ordinaria del derecho, ya por la vía ejecutiva i soberana de los hechos. Es inútil pensar que la salvacion debe «venir de las alturas», como quiere el doctor Valdés Cange (Sinceridad, páj. 11), porque son las alturas las enfermas, i mal nos pueden dar una salud que no tienen, i porque en esas alturas se marean i corrompen cuantos van de abajo, armados de jenerosos ideales, a purificar aquella atmósfera malsana. La salvacion ha de venir de abajo, de los profesores, de los escritores, de los pensadores; ha de venir de la lenta i segura elaboracion de la mentalidad i del carácter de las jeneraciones futuras. La formacion del carácter será, sobre todo, el elemento primordial, pues cuando haya una falanje de hombres resueltos, capaces de aplicar sin vacilaciones pueriles el hierro candente a la úlcera grangrenosa, se verá, como por encanto, volver la salud i la vida a este cadáver de patria escarnecido.

La segunda carta a don Pedro Montt i su *post-scriptum* estudian el problema económico de Chile, principalmente en su aspecto monetario. El doctor Valdés Cange es el único que ha estudiado con un método verdaderamente científico este problema, esto es, determinando i justipreciando sus factores con un criterio rigurosamente histórico. En el mundo científico de hoi dia, siempre que quieren estudiarse cosas humanas, el único medio aceptable es el histórico. Sea que se analice la lengua, sea que se interpreten los fenómenos económicos o que se estudien las instituciones sociales i jurídicas, sólo el método histórico puede emplearse con provecho i sólo él puede dar un concepto claro i científico del fenómeno estudiado. Esto no quieren verlo o aparentan despreciarlo los sofistas i los charlatanes, que demuestran siempre *a mas b* cuantos absursos cruzan sus cráneos vacíos; abusan de las dos limas viejas del silojismo i del dilema i creen, mui orondos, que con torcerles las narices a dos o tres palabras han probado *quod erat demostrandum*. «Nadando entre dos aguas, ocul-

tándose por aquí, inclinándose por allá, dando rodeos por acullá, aparecen constantemente los abogados, los leguleyos que, defendiendo una tésis, tratan sólo de alcanzar el triunfo del momento i para este fin aducen citas que mañana pueden retorcer i emplear en la defensa de un asunto contrario; se pescan de una frase, de una palabra, sin querer tomar en cuenta el fondo, el espíritu!... *No han tenido el valor de examinar las cosas por sí mismos*, de ver con sus ojos, de pensar con su cerebro, i se han contentado con ir a parafrasear a Julio Zegers o a cualquier otro economista adocenado. («Cartas», pájs. 102 i 103).

Prolijo en estremo seria seguir al doctor Valdés Cange en su maravillosa interpretacion histórica de nuestra vida económica: en esta parte de su trabajo es, en todo rigor, un vidente que percibe con absoluta claridad todos los detalles del drama económico-social que, desde el año 78, ha venido taladrando el estómago, oscureciendo el cerebro i atrofiando el corazón de los chilenos, i llenando las fauces insaciables de la oligarquía agricultora i bancaria. Hai, sobre todo, en estas pájinas, unas doce (45 a 57) destinadas a estudiar la revolucion del 91, aquella dolorosa convulsion que el doctor Valdes Cange, es el primero en interpretar científicamente como un fenómeno puramente económico. Hai todavía muchos desgraciados que se imajinan que hacen la historia de la crisis revolucionaria, cuando nos cuentan detalles ridículos i pueriles como la renuncia bombástica e insolente de algun empleadillo de correos, i se dejan en el tintero toda la trama sombría de nefandas e impúdicas ambiciones, que pugnaban rujientes i voraces en torno del cadáver de la patria. Allí está en esas pájinas llenas de fe, de valor i de sinceridad, historiada toda la negra maquinacion revolucionaria, analizadas sus causas i desmenuzados sus pretestos. Ya ha llegado la hora de decirlo: la revolucion del 91 no fué sino el triunfo de la oligarquía agricultora i bancaria contra un hombre de jenio, el único hombre público chileno que ha sabido comprender sus deberes de patriota i de hombre, el único que ha sabido anteponer a los mezquinos intereses personales i de clase, los bien entendidos intereses populares.

No es mi ánimo resumir aquí los principios económicos del doctor Valdés Cange: las teorías no se resúmen, pues truncas i quintesenciadas pierden todo en valor, quedan como órganos anémicos faltos del riego fecundante de sangre que le dan los hechos positivos. Quien quiera divisar la verdad, incline su espíritu curioso sobre las pájinas vibradoras i sobrias de la segunda carta a don Pedro Montt i de su *post-scriptum*. Allí la encontrará.

II

Caidas en el vacio las «Cartas a don Pedro Montt», aumentando cada dia la corrupcion administrativa i la desmoralizacion social, se vió el doctor Valdes Cange en la necesidad de acudir nuevamente a la brecha abierta por él en 1909, i dió a luz en Diciembre pasado su nueva obra «Sinceridad», con el sub-título de «Chile íntimo en 1910». Este libro, que completa i sintetiza al anterior, ha tenido un éxito formidable. La prensa, sin embargo, parece no haberlo notado siquiera.

¿Cómo va a ocuparse esa altísima señora, de libros que tienen trascendencia social cuando le roban sus columnas asuntos tan interesantes como las carreras de caballos i las sapientísimas palabras que caen de vez en cuando, de boca de los politicoides del dia? Este silencio no arguye nada contra el libro: al contrario, lo dignifica i exalta, pues indica claramente que el libro está por encima de sus ignorancias, por encima de sus cobardías, por encima de su envilecimiento moral, por encima de su mentecatez. El propio doctor Valdes Cange caracteriza a esta prensa cobarde i rastrera, en pájinas que no son ciertamente inferiores a las que Eça de Queiros pone en la pluma lapidaria de Fradique. (Sinceridad, pájs. 213 a 219). I no están allí todas las muestras del envilecimiento de la prensa, pues estas son innumerables i se repiten a diario. No hace muchos dias un periódico de la capital dió con grandes letras la noticia de haberse recibido de abogado un jóven de grandes vinculaciones sociales, pariente de casi todos los presidentes de Chile, (aquí en Chile el que es pariente de un presidente, lo es, sin gran esfuerzo, de todos los demas). El diario con una complacencia verdaderamente servil, dió dos veces, mui regocijado, la fausta nueva, i se hacia lenguas de los portentos del jóven abogado (cuya memoria habia sido una obra maestra) i agregaba, sin asomo de ironia, que el foro chileno hacia una valiosa, inapreciable adquisicion: ¡i, sin embargo, todos los que conocemos un poco la Universidad, sabemos que el jóven aquel—que sólo una complacencia inaudita, pudo unjir abogado,—es un pobre ser, por cuyo cerebro jamas, jamas ha atravesado una idea, ni por equivocacion. I ello no es todo: otro diario que alardea de honrado i justiciero publicó, no ha muchos dias, mui orlado de ditirambos laudatorios, el retrato de un jóven político (sic) que ha llegado a los mas altos puestos públicos despues de haber dejado en las aulas fama de necio: jamas pudo pasar del segundo año de humanidades de un colejio de la capital, no por falta de recomenciones ni por falta de constancia, sino por incapaz. ¡I así hai un diario que con alborozo publica su retrato i lo endiosa, i lo hace creerse, probablemente, el hombre representativo de la patria! No es de estrañarse pues, si esta misma prensa sin ideales i sin

honradez, se ha encojido de hombros, con un mohin de desprecio, ante el libro *Sinceridad*.

Esplica el doctor Valdes Cange el oríjen de nuestra crísis social por el curso forzoso de papel-moneda instaurado el 78 i mantenido artificialmente hasta el dia por la oligarquía agricultora que ve en él la panacea de todos sus males. Los grandes oligarcas, dueños de latifundios enormes, son en jeneral, rutinarios, ignorantes, indolentes i rapaces. Quieren, viviendo holgadamente en Santiago o en Paris, que sus fundos produzcan en abundancia, sin abonos, sin trabajo científico, sin cuidados i con procedimientos que eran arcaicos en el siglo XVIII. Su rapacidad insaciable los lleva a pedir cambio mas i mas bajo cada dia, para pagar en moneda depreciada a sus trabajadores i, sobre todo, para pagar sus deudas hipotecarias, contraidas muchas a 35 d., en papel moneda de valor irrisorio. El cambio bajo beneficia esclusivamente a los grandes agricultores, que son una mui escasa minoría de ociosos, i perjudica enormemente a la inmensa mayoría del pais trabajador (obreros, empleados, comerciantes e industriales). (*Sinceridad*, pájs. 1 a 26). A esto se agrega que el réjimen de papel-moneda es contrario al desarrollo industrial verdadero, porque aleja los capitales, los cuales, con él, sólo se arriesgan en negocios aleatorios de proporciones jigantescas que esquilman al pais. El resurjimiento artificial de las industrias es tambien dañoso: las industrias ficticias son una carga para el pais, porque, o viven de la prima que les paga el estado (que es quizas el único medio racional de protejerlas), o viven, lo que es mil veces mas odioso i ménos eficaz, de la proteccion aduanera (páj. 31).

Despues de estudiar el empobrecimiento del pais (pájs. 31 a 40,) pasa el doctor Valdés Cange a la «decadencia i corrupcion de los partidos,» los cuales, por uno de esos fenómenos de supervivencia tan comunes en las instituciones sociales, siguen gobernando políticamente al pais, a pesar de haber cumplido su mision mucho tiempo ha. Hoi las partidos políticos son cacicazgos oligarcas, sin ideales sociales ni políticos en el recto sentido de la palabra, que han hecho del gobierno del pais un carnaval grotesco i doloroso (pájs. 43 i sigs.) De este entronizamiento oligarca, impúdico i audaz, se siguen casi todos los males que enumera en su libro el doctor Valdés Cange, los males en el orden administrativo (corrupcion i favoritismo); en el órden social (separacion profunda de las clases sociales, culto al dios éxito); en las instituciones armadas (embrutecimiento, envilecimiento i desmoralizacion de los elementos militares); i sobre todo, los mas dolorosos quizas, los males en la instruccion. Estudia estos males el doctor en 80 pájinas (66 a 140), analizando sucesivamente la instruccion primaria, la secundaria, la especial, la superior i la privada. Son ochenta pájinas nutridas de hechos dolorosos i vergonzosos i, para mengua nuestra, estrictamente ciertos. Hai jentes por allí que dicen i repiten que esta pár-

te del libro está llena de exajeraciones, pero los que conocemos por el revés los tapices bordados de nuestra instruccion pública, podemos decir—si es que somos sinceros—que mas de una vez han sido pálidos, mui pálidos los colores del doctor, para pintar sus agujeros i sus manchas. Así por ejemplo (para no citar sino un solo caso) ¿qué grandes cosas dice el doctor Valdés Cange del curso de Derecho? Casi nada. I cuánto no habria podido decir de ese curso donde la enseñanza verdaderamente científica es desconocida! Sólo dos o tres profesores enseñan su ramo desde un punto de vista histórico-social; los demas mencionan este punto una vez, en lo que Ferri llama «el capítulo soñoliento de las ciencias ausiliares» i no vuelven mas sobre ello. Los profesores del curso de Derecho, abogados distinguidos en su mayoria, ya por su dialéctica fina para ganar pleitos, ya por sus antecedentes de familia, ignoran en jeneral los mas elementales principios de la pedagojía moderna, i quizas no hai en el curso de Leyes sino uno solo que haga una clase verdaderamente interesante. El resultado lastimoso es que la cimarra toma proporciones jigantescas i que sólo asisten con regularidad a clase los ineptos, los que *por su año* (entiéndase por su asistencia regular) quieren sacarse unas miserables tres blancas o una negra el dia del exámen. ¡I cuánto mas no pudiera decirse del curso de Leyes! Baste notar que hai ramos absolutamente añejos i ridículos, como el llamado: Derecho Canónico que hoi ha cambiado de etiqueta i se llama pomposamente «Historia Jeneral del Derecho» aunque es siempre ogaño como antaño, el mismo brevaje indijesto. El orden de los ramos no es tampoco de los mas pedagójicos; *ab uno disce omnes:* La filosofia del Derecho—que no es ni filosofia, ni derecho, ni cosa parecida—se estudia en el *primer año* (!), como si fuera posible que unos boquirrubios recien salidos de las humanidades, pudieran hacer filosofia del derecho! de una cosa que no conocen i que ni siquiera empiezan a estudiar en el primer año, pues los otros ramos del curso son la economia política dogmática, ramo qué no tiene atinjencia directa con el derecho i el Derecho Romano, que es tambien un ramo filosófico i debiera estar, como la Filosofia del Derecho, al fin de los estudios legales. El resultado de este estado de cosas tiene que ser desastroso: los alumnos aprenden *de memoria* una serie de teorias que comprenden a medias i cuyo alcance filosófico no son capaces de aquilatar. Este aprendizaje carece en absoluto de valor práctico i, lo que es mas grave, de valor educativo. ¡I asi hai jentes que dicen que el autor de *Sinceridad* es exajerado! i estas cosas, i muchas mas que pudieran decirse, apénas si las ha insinuado!

III.

¿Cuáles son las reformas urjentes que reclaman estos males sociales, políticos, económicos, de todo órden? El Dr. Valdes Cange destina las últimas cien pájinas de su libro á esta difícil i compleja cuestion; pero, siguiendo mas su espíritu que sus palabras, podemos resumir esas múltiples reformas de detalle, en una sola reforma fundamental: la destruccion de la oligarquía. A este punto céntrico han de converjer todas las reformas que quieran establecer los hombres de corazon sano i espíritu jeneroso:

1.° La reforma de la lei electoral que arrebate de una vez el predominio político a los farsantes i a los traficantes de conciencias (pájs. 254 i sigs);

2.° La *lei agraria* que acabe con los *latifundios* i los caciques rurales i que sería quizás el golpe de muerte de la oligarquía i el oríjen de una época de prosperidad agrícola i de mejoramiento social i moral para todo el pais;

3.° Las reformas de órden social, sobre todo las reformas educativas, que tiendan a formar *hombres*, bien preparados científicamente, de ideales sanos i caracteres templados. Esos hombres formarán un dia una opinion pública honrada i justiciera, que ha de ser la depuradora de la patria.

Esa opinion pública se forma por los maestros i por el ejemplo; tambien la forman el libro i el folleto. Los que escriben para el público se echan a cuestas una gran responsabilidad, i si no han de ser absolutamente sinceros, si no han de decir la estricta i santa verdad, mas bien que enfunden sus plumas vacilantes, antes que sembrar la cobardía i el error. El sembrador de ideas no ha de arrojar al surco de las intelijencias mas que simiente sana, la cual fructifica siempre, aunque el campo lleno esté de piedras i de cardos. El sembrador honrado de ideales i de verdad, merece bien de los hombres: el Dr. Valdés Cange merece el cariño i el agradecimiento de todos los chilenos.

Bibliografía

Sottfried Ephrain Lessing, *Laocoonte o de los límites de la pintura i de la poesia*. Traduccion del aleman por Luis Casanovas. F. Sempere i Cía., editor, Valencia.

La traduccion publicada recientemente por la casa editora de F. Sempere de la obra maestra de Lessing *Laocoonte*, escrita a mediados del siglo XVIII, tiene un valor inestimable, pues, con su lectura se darán cuenta cabal los mas de que, miéntras en España i Francia comenzaba a forjarse la escuela romántica, ya en Alemanaia un Winckelmann (1717-1768) un Lessing (1729-1781) i poco mas tarde un Richter, (1763-1821) echaban las bases de la preceptiva estética en obras tan sesudas como *Historia del arte en la antigüedad*, *Laocoonte*, *Dramaturjia de Hamburgo* i *Teorías Estéticas*.

Lessing es uno de los mas altos precursos de los modernos estetas. Ni un Menéndez i Pelayo entre los antiguos, ni un Benedetto Croce, entre los contemporáneos, han escapado a su influencia.

Cuando en Paris Edmundo de Goncourt escribió, a propósito de un libro del autor de *Mademoiselle de Maupin* diciendo que «Gauthier es ante todo un poeta que pinta» se promovieron no pocas polémicas en los cenáculos literarios por la frase aquella, que pretendia confundir dos ramas del arte en una. Sin embargo, mui a pesar de los asustadizos, ya un siglo ántes el autor de *Laocoonte* hablaba de los poetas que poseen el arte de pintar, con lo cual, dentro de su riguroso concepto crítico de la preceptiva, Lessing acaso preveia la no lejana época en que la literatura, valiéndose de sus moldes prefijados, llegara a hermanarse con la pintura i con la música. Así al hablar de un pasaje de *La Eneida* sobre los límites de los procedimientos descriptivos, deja entrever lo que talvez no espresó temiendo faltar a las reglas clásicas: «Si por este motivo—dice—se le quisiera aplicar lo que el viejo artista decia a un discípulo que habia pintado una belleza mui adornada: «No has podido pintarla bella i la has pintado rica», Virjilio responderia: «No es mia la culpa, sino de los límites de mi arte, i así el mérito consiste en haberme sabido encerrar en dichos límites». Pero, sin embargo, en ciertos casos: «Puede decirse tambien—agrega Lessing, comentando a Estacio—que solo el poeta posee el arte de pintar con rasgos negativos i de confundir juntas dos imájenes, gracias a la combinacion de estos rasgos negativos con otros positivos. Ya no es la dulce Vénus; sus cabellos no están sujetos con el anillo de oro; su vestido de agua no flota alrededor de su talle; ahora se presenta armada de otras llamas mas terribles i de otras flechas mas agudas, i va acompañada de las furias, a las cuales se parece. Pues porque el artista está privado de este procedimiento ¿debe tambien abstenerse de él el poeta? Si la pintura quiere ser hermana de la poesia, que no sea a lo ménos una hermana celosa, i que la mas jóven no prive a su hermana mayor de los adornos que ella no podria llevar». De todo lo cual resulta que Lessing, reconociendo claramente la necesidad de limitar las diversas ramas del arte, sobre todo la pintura i la poesia, acepta que estas se acerquen entre sí i se integren co-

mo elementos de espresion. Mas tambien huelga examinar si el pintor i el poeta han obrado con toda libertad «si libres de todo obstáculo esterior han podido proponerse por fin único, el supremo efecto de su arte.» Por cierto que Lessing al tratar de establecer una reparacion, ha pretendido dar a cada una la mayor amplitud posible, dentro de la perfeccion estética, apartándolas de las confusiones que pudieran ir en detrimento de su universalidad. «Pero como hemos observado ya—dice—el arte, en los tiempos modernos, ha ensanchado considerablemente sus límites. Su imitacion, dícese, se estiende a toda la naturaleza visible, de la cual la belleza solo forma una ínfima parte; su primera lei es la verdad i la espresion, i de igual modo que la misma naturaleza sacrifica en todos instantes la belleza a destinos mas elevados, el artista debe tambien subordinarla a su plan jeneral, sin limitarse a representarla en mas de lo que permiten la verdad i la espresion. Basta que, por medio de la verdad i la espresion, lo feo de la naturaleza se trueque en bello en el arte.»

Maurice Barrès, *El jardin de Berenice*. Traduccion del frances de Guillermo Abello Salcedo. Luis Michaud, editor, Paris.

La casa editora Michaud, de Paris, ha publicado, traducido al español, la hermosa obra de Maurice Barrès, *El jardin de Berenice*, ilustrada por el conocido dibujante parisino Geo Dupuis.

Para los que gustan de la buena literatura ningun presente mas delicado que un libro de Barrès. Este amable filósofo de salon, discípulo de Taine i de Bouget, que a pesar de su refinamientos artísticos es un nacionalista furibundo, esconde el tesoro de un alma romántica, soñadora, abierta a todos los vientos, de las mas bizarras emociones estéticas. No sin cierta razon un crítico aleman le ha llamado «dilettanti renaniano disfrazado de patriota positivista.» Bien sabido es que Barrès forma en la cámara francesa en el número de los diputados nacionalistas, dispuestos siempre a darle un zarpazo a la *bête prusien*. Sin embargo a pesar de su programa político este hombre ha producido ya una serie de libros, novelas, estudios críticos, crónicas de viaje, que le han valido un sillon en la Academia.

Un aficionado a buscar caracteres plutarquianos para una nueva serie de vidas paralelas modernas, podria escojer la de Barrés, como el mejor ejemplo de trabajo porfiado por alcanzar un fin. Es un arrivista empecinado. Es preciso triunfar se ha dicho para sí, no importa por que medios.

Recien salido de las aulas universitarias su sola preocupacion fué la de sobresalir de la vulgaridad ambiente, aun cuando fuese necesario para ello, distinguirse mediante las mas olímpicas ridiculeces. Asi vivió un tiempo en pleno *boulevard* Hausmann, sin poseer un franco, gastando el lujo de ostentar a la puerta un lacallo emperifollado, con suntuoso librea i que tenia la rigurosa consigna de responder, en toda ocasion, a los visitantes: «El señor no está visible.»

Por aquel tiempo Barrès estudiaba mucho, leia bastante, i soñaba, encerrado en un tercer piso, en la manera de darse a conocer de algun modo. Frecuentó los cenáculos literarios; admiraba a éste, ponia en berlina a aquél i pontificaba con cierta autoridad de *petit maître*. De aquí que un buen dia un diario de Paris aunciara: «Hoi a las 5 de la tarde *conferencia de Mr. lepetrimetre*, haciendo en la escritura un *calembour* franco español.

Años mas tarde Barrès se constituyó en el hierofante de la enerjia

individualista. Tuvo su cátedra i daba lecciones del culto del yó. No pocos muchachos, amantes de bizarrias supremas, fueron sus discípulos. Uno de ellos escribió un libro titulado *Mon maître Maurice Barrès*. Por cierto que nadie leyó el volúmen, mas, ya el público comenzaba a preocuparse de aquel profesor de sutiles extravagancias.

Todas aquellas sabias lecciones del *culte du moi* aparecieron, algunos años mas tarde, publicados en la introduccion del libro *Sous l'oeil des barbares*, cuando ya era conocido del todo Paris intelectual. Luego escribió *Le jardin de Berenice*, *Du sang, de la volupté et de la mort* i su famosa serie de novelas nacionalistas, desde *Au cervice de l'Allemagne*, hasta *Colette Baudroch*, aparecida hace dos años solamente.

En 1906 fué elejido Maurice Barrès miembro de la Academia Francesa, i, desde entónces, puede decirse que su nombre ha cruzado todas las fronteras.

Georges D'Esparbes, «*El Tumulto*».—Traducido del frances por Enrique Diez Canedo.—Ollendorff, Paris.

Elegantemente editado por la casa Ollendorff de Paris, ha aparecido traducido al español por el poeta Diez Canedo, el último libro de George D'Esparbes, «*El Tumulto*», serie de cuentos épicos histórico líricos.

Como la famosa «*Legende de l'Aigle*» es este libro un canto épico, escrito en cuentos vibrantes i heroicos, al heroismo de la Francia republicana que sostuvo contra Prusia, Austria, Italia, España, Inglaterra i Rusia, las mas formidable lucha que vieran los siglos.

Si la historia ha conservado en grandes hechos, los rasgos colectivos del pueblo frances durante los primeros años de la Revolucion, tócale al novelista cantar al heroismo anónimo de sus soldados, mitad leones i mitad centauros.

I es Georges D'Esparbes quien, con una vision artística mui acabada, talvez demasiado lírica, ha realizado el grande ensueño de ser el poeta del águila napoleónica i de la Francia heroica de la república.

Es «*El Tumulto*» como «*La leyenda del Aguila*», lo mas bello i lo mas puro de la moderna literatura francesa. No hai en este libro ni psicolojías complicadas, ni refinamientos escabrosos; todo en él acusa a un altísimo poeta, que, con ser tan frances, encanta i acaba por ganarnos a su favor, o, mas bien dicho, a la causa francesa. Es que nunca un escritor, con tal imajinacion i tal lirismo, alcanzó a darnos la impresion que esta obra de D'Esparbes produce; esto es, de terror i de admiracion extralimitada. Cada soldado i cada *citoyen*, es, en «*El Tumulto*», un heroe i un poeta. No vacilan, no reflexionan cuando, como en sus casos, se trata de una causa de honor i de gloria. I D'Esparbes ha barajado en las pájinas de «*El Tumulto*», a toda esta canalla gloriosa, con la matemática maestría de un jeneral, que esta vez es una especie de Atila de la literatura heroica.

Eduardo Acevedo Diaz, «*Los Nuestros*».—(estudios de crítica).—Martin Garcia, librero editor, Buenos Aires.

El conocido literato arjentino don Eduardo Acevedo Diaz ha reunido en un volúmen, una serie de estudios de crítica histórica, literaria i social, que intitula «*Los Nuestros*» por tratarse en ellos, especialmente, de asuntos arjentinos.

Un análisis somero del libro no daria una idea cabal de su contenido, mas, encontramos en las primeras pájinas unas palabras proemiales que

esplican, en síntesis, los procedimientos de su autor: Dice: «Dos son los métodos que seguiremos, segun fuere el carácter de la obra criticada. Si ella se consagra a la literatura pura, la psicolojía será la base i fundamento de nuestra crítica. Se examinará tanto el libro cuanto el sentimiento estético i la imajinacion del autor en sus relaciones con aquel. Nos domina el prurito de buscar las causas i tal vez pequemos de estremosos en algun momento; pero no concebimos el estudio de la produccion sin el de la facultad creadora del artista. La crítica que no encuadre en este cánon está destinada a caer en falacia, puesto que olvida antecedentes necesarios, que pueden ilustrar el juicio ulterior.»

Una vez leidas estas palabras proemiales, ya puede el lector, sin recelos, emprender la lectura de este libro, con la seguridad de que encontrará en él no pocas sorpresas agradables. A pesar de la gravedad con que su autor habla de la crítica, ha tratado el de desligarse en lo posible de la preceptiva retórica al juzgar a los escritores i poetas que figuran en «*Los Nuestros*». I casi me atreveria a decir que la lectura de éste volúmen deja en el lector la idea de que su autor se rie, para su majin, de todo lo que se llama crítica oficial.

Los libros que analiza el señor Acevedo Diaz, «*Rosas i su tiempo*», del doctor José M. Ramos Mejia; «*La gloria de don Ramiro*», por Enrique Larreta; «*Del Réjimen Federativo al Unitario*», de don Rodolfo Rivarola; «*La Guerra Gaucha*», por Leopoldo Lugones; «*La Restauracion Nacionalista*», memoria presentada por Ricardo Rojas sobre la enseñanza de la historia i «*El cascabel del Halcon*», del poeta Enrique Banchs, son simples motivos para que este escritor se estienda en largas consideraciones analíticas, ya sea sobre el pasado del pueblo arjentino, la España, del credo i de la Conquista o el unipersonalismo político nacional.

De todo lo cual resulta un libro serio, de estudio reposado i consciente, que sujiere no pocas consideraciones sobre el pasado i el porvenir de la nacion arjentina.

A. Donoso.

Índice

Aguirre Sayago Arístides—Los nuevos medicamentos antisifilíticos 281
Altamira Rafael—Los medios de cultura en América durante el siglo XVIII 160
Bansch, Enrique—As. será 294
Bórquez Solar, Antonio—Tribulaciones 153
Brinton, Christian—Ignacio Zuloaga 73
Cano, Luis—Leon Tolstoy 169
Castro, Eujenio de—Al plateado Mondego 116
García Guerrero, Eduardo—Antropolojía Criminal i Derecho Penal 31
Gorki, Máximo—Un rei de la República 211
Guevara, Tomas—El reclutamiento en la Independencia 149
» » Un episodio de la guerra de tribus en la Araucanía 225
Guerra Junqueiro—Cortejo fúnebre 252
» » Oracion a la luz 257
Guzman, Ernesto A.—Por los caminos 78
» » La Jornada 155
» » La sencillez con uno mismo 230
Hermansen, R.—De la Escuela Clásica a la Escuela Criminal Positiva 195
James, William—Walt Whitman 232
Le Bon, Gustavo—La psicolojía política i las persecuciones relijiosas 64
Lillo, Baldomero—Era él solo 173
Lorde, M. André de—La Dormida 239
Machado, Manuel—El Alba 14
» » Cancion del presente 14
Magallanes Moure, Manuel—Maese Salomon 54
Maluenda, Rafael—Cuando Dios lo quiere 134
Marquina, Eduardo—Las Campanas que andan 223
Molina, Enrique—Las Crisis de la Moral 2
» » Las Crisis de la Moral 118
» » La Moral como Ciencia i como Arte 265
Posada, Adolfo—Las Escuelas del Bosque 48
Pica, Vittorio—Ignacio Zuloaga 76
Prado, Pedro—El Estranjero 46
» » Ante lo irremediable 46
» » Benito Rebolledo Correa 125
» » Mi hijo 159
» » Párrafos 172
» » Ensayo sobre la poesía 188
» » Meditacion de Primavera 238
» » El Fuego 293
Ramirez, Tomas—El Liberalismo i la Cuestion Social en Chile 85
Rodó, José Enqique—Paradoja sobre la orijinalidad 235
Rusiñol, Santiago—Ignacio Zuloaga 74
» » El Dios Peso 279
Santivan, Fernando—Aves viajeras 21
Silva, Gustavo—Tren en la noche 147
Silva, Victor D—El Regreso 133
Tolstoy, Leon—El perro muerto 171
Unamuno, Miguel de—A Nietzsche 187
Valencia, Guillermo—Así hablaba Zarathustra 209
Valerdi, Carlos—La República en Portugal i España 17
Vaz Ferreira, Carlos—Leyendo a Verlaine 229
Vicuña Fuentes, C.—Nuestra Crísis Moral, segun el Dr. J. Valdés Cange 295
Bibliografia 81
» 173
» 303

GRABADOS

Guerra Junqueiro 253
Maluenda, Rafael 137
Molina, Enrique 264
Rebolledo, Benito 126
De » » Ante el Mar 133
» » Dejeneracion 129
Unamuno, Miguel de 186
Valerdi, Cárlos 16
Zuloaga, Ignacio 172

AÑO I MARZO DE 1911 N.º 5

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: CORREO COMERCIAL, CASILLA 5093—SANTIAGO DE CHILE

De FERGUS O'COGLEY

Anthea

— SERENATA —

... Aquella noche, Anthea no tuvo visitantes, i pronto se cansó de su mesa solitaria con sus candelabros de bronce i su carpeta de lienzo, i de su propia imájen que la miró con desprecio desde el espejo alto. A su mozo, grande i delgado, i a su bonita i silenciosa doncella, les ordenó retirar las viandas, las frutas i el vino, i, recojiendo sus ricas faldas, salió al vestíbulo del chalet, i subió, en seguida, por la escalera de mármol blanco, a su dormitorio. Cerró la ventana para no dejar entrar la májia turbadora de la luna ni la fragancia pesada del jardin; se desnudó a la luz débil de una lámpara de ágata, admirando neglijentemente la belleza de su cuerpo ántes de esconderlo a medias dentro de su camisa diáfana. En la cama, dormitó a la tediosa lectura de un libro de versos eróticos, regalo de un poeta que la habia amado de una a otra alba; así fué que las primeras notas del violin hilvanaron tejidos fantásticos en la tela de sus ensueños.

Cuando despertó, creyó que todavía soñaba, porque la música subia como un incienso que la envolviera. Le parecia venir del jardin, i, a veces, no venir de ninguna parte, sino permanecer, flotar en el aire, encima de los cortinajes de su cama, esconderse en los rincones oscuros de la pieza. Miró un poco asustada; pero luego se convenció de la realidad por la lámpara de ágata, por el libro de poesías amorosas caido sobre la colcha de encaje, por las joyas siniestras, rojas como sangre, que no habia aun quitado de sus dedos delgados i blancos. Se incorporó en la cama, con sus cabellos de oro desparramados sobre los hombros, i escuchó.

Un violin contaba una historia dolorosa a la noche; una guitarra acompañó al violin. Alguna persona, allá afuera, bajo la claridad de la luna, derramaba su alma en sonidos infinitamente dulces i quejumbrosos; una aria esquisita con intervalos cayendo como suspiros. Era tierna, lastimosa. Suplicó el amor, i lloró por la inutilidad de su súplica. Se compadeció de sí misma, aspiró a ser mas, i; en su impotencia, se disolvió en un

sollozo desesperado. Ascendió a un grito de tristeza: «Soi indigno»; descendió a un susurro como una caricia: «pero ámeme!» I siempre murmuró la guitarra su armonía, en un preguntar filosófico, simpático, i, a veces, medio cínico. Anthea suspiró; pero ahogó sus suspiros, de miedo que ellos rompieran el encanto. Porque unos ensueños, olvidados mucho tiempo i pertenecientes a un pasado muerto, se despertaban en su alma; pensamientos nuevos se ajitaban en su mente, i detras de sus ojos azules aumentaban unas lágrimas inacostumbradas. Recordaba los diferentes significados de aquellas palabras dulces en aquellos dias (hace largas decenas de años) cuando no habia joyas, rojas como sangre, en sus dedos; cuando ni sedas ni encajes suntuosos envolvian su cuerpo blanco; cuando un hombre pudo cortejarla llevando nada mas que un violin en sus manos... Prosiguió la música, i en su alma atormentada, la esperanza desabrocha un canto tímido. Silenciosa, secretamente, se levantó de la cama cálida i se acercó a la ventana, temerosa de que la misma pulsacion de su corazon, o el susurro de sus piececitos desnudos sobre las frazadas blandas, pudieran asustar i silenciar a aquel visitante melodioso. Para no dejar ver afuera su sombra, cuidadosamente miró al jardin por entre las cortinas.

La luna, plena i de oro, se ponia tras la cumbre oscura de los cerros que se empinaban hácia el cielo amplio i claro. Aparecia medio escondida por los altos i recortados árboles del jardin de la villa. El jardin mismo aparecia fantástico, sin realidad en sus contrastes vivos de luz i sombra, con su claridad pálida de luna, cruzada por un negro de terciopelo, con sus ninfas i dioses de mármol rudamente blanqueados en las partes donde recibieron el brillo. Del fondo de todo, surjia la música, rogando, implorando. Anthea se esforzó para fijarle el lugar, i pronto vió una forma alta i derecha bajo uno de los cónicos árboles, i otra, oscura e informe, sentada en la base. A pesar de todos sus esfuerzos, no le fué posible distinguirles las facciones a ninguno. Ardió con un deseo loco, impaciente por saber quién podia ser este que venia a cortejarla con la misma injenuidad de un jóven a su primer amor, como las vírjenes sueñan ser amadas. ¡Ai! Los amantes que iban a la villa no estaban acostumbrados a tardar en el jardin. Demasiado a tiempo abria ella la puerta.

Cesó la música del violin con una nota de sostenida melancolía, e hizo sonar la guitarra una cuerda menor final. Esperó desalentada Anthea, i sólo oyó un rumor de voces de hombre. Le pareció esperar horas enteras en su ansiosa conjetura sobre lo que podia venir despues. ¿Tocarian otra vez? ¿Se irian? ¿Se acercarian a su puerta? Sonó en una tentativa la guitarra; surjió entónces de sus cuerdas una armonía rica: invitaba, incitaba al otro a principiar. Al fin, habló el violin; pero no tristemente, sino con un verdadero furor de pasion tumultuosa. Ya no era mas el amante tímido, oprimido por la conciencia de una indignidad: ahora se precipitaba

sobre las alas de la pasion, i no habia nada que no se atreviera a imponer. Donde ántes habia llorado, ahora se encolerizaba; donde humildemente habia suplicado, se ceñia con el amor como con una armadura resplandeciente, i obligaba. Anthea inclinó su hermosa cabeza al ritmo del canto. ¡Ah, ser tan amada! ¿Aun ahora se podia serlo? ¡I si él desistiera, si se fuera, si ella nunca pudiera verlo, jamas sabria quién le habia dicho cosas tan maravillosas, tan inesperadas, a la puesta de la luna en esta bellísima noche de verano! Talvez seria mejor; pero... pero... Toda su alma salió para dar la bienvenida a aquel amor. Abandonó resueltamente la ventana.

.....

—Es inútil. No oirá. ¿I por qué debe oir?—Así habló el jóven, bajando con desánimo su arco, despues de aquella nota de sostenida melancolía del violin, i de la cuerda menor final de la guitarra.

—Es Ud. una persona de poca fé: un escéptico, dudoso de la sabiduría de sus mayores—dijo el que permanecia sentado bajo el árbol. — ¿No he dicho yo que oirá? Iré aun mas léjos, i afirmaré que en este momento está escuchando detras de esas cortinas, esperando que principiemos otra vez, i mirándonos, siempre oculta a nuestra vista.

—¡Chits! — murmuró el jóven, asustado. — Podria oir. Pero no; no puedo creer. Ud. se burla. Eso es imposible.

—¿El que Ud. cene esta noche con Anthea es imposible? No sólo es posible, sino que va a ser un hecho consumado. Así habria ocurrido hace mucho rato, si no hubiera sido por estos procedimientos románticos e indirectos, nacidos de su juventud e inesperiencia, i que yo (¡Dios me perdone!), estoi favoreciendo con esta táctica, a pesar de mis muchos años.

—Sí... riéndose... burlándose... nada mas... yo iré.

—Espere, i óigame. No puedo permitir que su impaciencia destruya un proyecto que he preparado en mi mente para esta noche; un proyecto que, no puedo dejar de pensarlo, me lo ha inspirado un Dios mucho mas viejo i mucho mas sabio que cualquiera de nosotros. Hablemos un poco de los hechos pasados. Es, Ud., mi queridísimo i jóven amigo. Yo soy su preceptor, su mentor, su hermano mayor, con inclinaciones filosóficas, rico en años i en observaciones sabias, que son el fruto de mucha esperiencia. A mi viene Ud. un dia con el secreto íntimo de su corazon, la historia de su infatuacion por una mujer de una belleza deslumbrante, que Ud. ha visto en un carruaje. Ud. la ama con toda la fuerza de su alma; pero está resignado a mantener ese fuego sin esperanza, porque ella es fria, lejana, inaccesible como una estrella. Anda en un carruaje tirado por caballos blancos, ¿quién es Ud., que va a pié, con los zapatos polvorientos, por los caminos? ¿Cómo puede aun mirar tal hermosura cuando pasa? ¿No tengo razon yo?

—Sí, sí,... pero ¿por qué me atormenta, repitiéndolo? No sé yo de-

masiado bien que estoi tonto, loco? ¿I es para mostrarme mi locura que me ha traido aquí?

—Paciencia, paciencia. Puede ser; pero no todavía. En seguida. Yo, escuchando todo esto, bien fácilmente, habria podido moralizar, haciendo reflexiones críticas sobre la simulacion del amor, la virtud de las mujeres, los prejuicios de clase i los derechos de propiedad. Habria podido sujerirle el peligro, i, por medio de eso, acrecentarle el deseo. Pero, siendo Ud., mi querido i jóven amigo, mui romántico i mui inocente, yo hago otra cosa. Yo le prometo que, habiendo Ud. dado serenatas a la hermosa, será recibido por ella, i cenará en su compañía.

Aun yo me aparto demasiado de mi acostumbrada vida estudiosa, i me procuro una guitarra para ayudarle mejor en sus tentivas musicales Míreme sentado con las piernas cruzadas como un trovador vagabundo,... i, sin embargo, Ud. no me da nada mas que oprobio.

—No es eso... pero, por piedad, dígame francamente ¿puedo de veras esperar?

—Todavía tiene dudas. Si yo no fuese, amigo Roberto, una persona de un buen jenio infinito, cargaria mi pié una, dos, tres veces sobre esta guitarra miserable, i mandándola junto con Ud. al infierno, os dejaria a ámbos destrozados. Toque otra vez, i vea si no hablo verdad. Pero no toque esos aires dolorosos, sentimentales. Vamos a tener algo de pasion borrascosa.—I tocó suavemente una nota.

—Pasion, dijo el jóven lentamente. ¿cómo me atreveria? Miró su violin.

Sacudió el otro su cabeza.—Principiaré a creer que Ud. está medio enamorado, no mas. Piense en todas esas bellezas que me ha enumerado con tanta elocuencia: la cara pequeña, oval; los labios tan rojos i tan ricos; la aureola de cabellos, tiziana. ¡Fígurese que está en sus brazos (aunque seria difícil tocar el violin así)—pero figúrese en el primer abandono del amor de una vírjen!—Tocó una cuerda profunda— ¡Así!... ¡una improvisacion!

I el jóven puso el violin bajo su barba; creó la música, de tal manera que las estrellas palpitaban de acuerdo con su pasion, hasta que la forma de una mujer apareció entre los pilares de mármol venoso, que sostenian el pórtico de la villa.

—Ah!... dijo su compañero. I, poniéndose de pié, avanzó con una reverencia profunda.

—¿Quién es? preguntó ella suavemente, i su voz era para el jóven mas dulce que lo que su música habia sido para ella.

—El mas humilde de sus servidores,—contestó el hombre de la guitarra.

Habia algo de desencanto en la voz, cuando ella dijo: Es Ud. entónces; pero... pero hai otro que lo acompaña... el que tocó el violin.

—Es este mi queridísimo i jóven amigo, que, habiéndola visto a Ud. pasar en carruaje, se sintió poseido de un intenso deseo de conocerla, i vino entónces a mí, a quien todo es fácil. Permítame presentárselo... la señorita Anthea... mi jóven i queridísimo amigo Roberto.

Contestó ella con una cierta dignidad al saludo de Roberto, i en seguida se calló un momento, como si le faltaran las palabras. Después se volvió i les invitó á cenar. Pasaron bajo los pilares de mármol venoso; entraron por la puerta alta en el vestíbulo oscuro, con sus fuentes de agua murmuradora, en donde Anthea golpeó las manos, llamando al mozo. Vino éste, i ella le dió órdenes de encender las velas, servir otra vez las viandas, las frutas i los vinos. Sin sorprenderse, el mozo obedeció, miéntras se sonreia el hombre de la guitarra, i el jóven se preguntaba si aquello seria un sueño, sueño en el cual veia a aquella mujer adorable mandando servir una cena para un humilde desconocido como él. A la espera de la luz, Anthea se impacientaba en sus ansias de ver el rostro de Roberto.

Servida la cena, se sentaron a la mesa, aquella mesa larga de la pieza alta i aireada, con su techo pintado al fresco, i sus murallas adornadas de ricas tapicerías, de entre las cuales los espejos les daban a ellos vislumbres misteriosas al mirarse furtivamente. Anthea vió que el jóven tenia una hermosa cara de santo, blanca, pura i fina. Los cabellos eran largos, negros i encrespados. Vió unos ojos profundos, fijos en ella, como en una adoracion, i tembló un poco, dirijiendo una medrosa mirada al otro, cuya fisonomía conocia demasiado: frente grande, ojos burladores, bigotes largos i marciales, de cuerpo robusto, ahora fantástico dentro de su capa de bandido, con la guitarra ornamentada suspendida de sus hombros. Roberto fijó sus ojos en Anthea. Ella habia atado sus cabellos rubios con una cinta de oro alrededor de su frente, i se habia puesto, suelto, un manto bordado, el que, cayendo descuidadamente, dejaba ver la camisa diáfana sobre su pecho blanco i bello. Brillaban sus ojos azules, i esta noche no había necesitado poner colores sobre sus mejillas; sus labios eran como un vino incitante a un hombre sediento. Ardia la sangre en las venas de Roberto. Cuando la habia considerado inaccesible para él, tan lejana de todo pensamiento egoista, era como una reina de esos cuentos viejos, alta, pura, anhelada vehementemente; una mujer por una de cuyas sonrisas pudo un hombre aceptar con alegría la muerte. Ahora, con una mesa únicamente entre él i ella, era infinitamente mas hermosa en su estado de mujer dulce, cálida, hecha para el amor, los besos i los abrazos estrechos, incitando, provocando a la locura. Sin embargo, esta misma proximidad en la villa lujosa, las circunstancias de su venida, los ojos burladores de su amigo, tenian algo de desconcertante, dando á su alma el sentido de algun peligro o el de una tristeza imprevista.

—Anthea, decia su compañero, tengo que felicitarla por su vino. No

sé cuántos años tiene, ni de que viña procede, ni quiero saberlo; pero él siempre despierta en mí una disposicion calmada i plácida, mui apta para la esposicion de una filosofía jenial como la mia. El me estimula a considerar los placeres de la vida, la deliciosa fragancia que tienen los recuerdos de esas cosas agradables hechas en el pasado, el amor. ¿Qué es este amor?

—¿Me pregunta a mí?—dijo Anthea neglijentemente... No sé.

—Es una contestacion que me gusta grandemente, viniendo de Ud. En efecto, ¿cómo sabria Ud? I, sin embargo, si tomáramos en cuenta todas las definiciones que se hacen del amor, su provision de sabiduría podria ser preciosa. Roberto, Ud. no ha tomado su vino. Descuidándole, perderia el prólogo sabroso de una conversacion que va a ser interesante, i me atrevo a decir, instructiva para Ud. en alto grado. Así, pues, ¡una copa a nuestro mejor conocimiento!

Bebieron al mejor conocimiento. I Roberto miró con ansia la garganta desnuda de Anthea, palpitadora al paso del vino; aquella garganta bella como un pilar del mas raro mármol. Otra vez se oyó la voz de su compañero.

—Hablábamos del amor i de su definicion. ¿Quién, en efecto, puede definirlo; lo que cambia de edad en edad? Es el deseo de un hombre por una mujer, i vice-versa. Es suscinta esta definicion; pero aun es incompleta. Me parece que, en los tiempos pasados, pudo esta definicion ser suficiente. No se hablaba entónces de la comuncion de los espíritus, del alma que llama a otra alma, de aquel éxtasis puro, lírico, que cantan los poetas. De veras; es un producto comparativamente moderno este amor: viene del Renacimiento. Creo que debe ser la invencion de algun poeta que se cansó de los temas viejos i heroicos, o que encontró una disminucion en sus ganancias. Los antiguos amaban un cuerpo hermoso, la línea pura de un hombro, la gracia fina de una pierna. Deseaban poseerlo todo. Ahora, tenemos la sentimentalidad que, para mi, es la sensualidad puesta en música no mas. Francamente; el amor entre nosotros es el deseo, como entre los antiguos; pero fueron ménos hipócritas los antiguos. ¿No es cierto, Roberto?

¡Nó! dijo, furiosamente, Roberto. Sus mejillas pálidas se pusieron coloradas, i sus ojos pasaron de la cara maliciosa del filósofo a la de Anthea, que lo miraba con los labios separados i los ojos abiertos i preguntadores. ¡El amor no es todo deseo! Es mas, infinitamente mas: es la adoracion; amar es servir. Uno que ama verdaderamente, ¿quiere con sus deseos viles ensuciar la imájen de la amada? ¿no la entroniza en belleza i en pureza? ¿no permanece encantado besando la tierra donde ella pisa? Es su servidor, su esclavo. Moriria con alegría por ella, aunque ella no supiera que la amaba. Si le da una sonrisa, es el paraiso que le da. Si nó, el haberla servido es su recompensa. Desear ¿qué? ¿destruir esa pureza blanca

i maravillosa; lo que es mas adorable en ella? ¡Ah, pobre filósofo; nunca ha amado Ud., porque amar es hacer sagrada a una mujer!

Se calló, medio avergonzado de su esplosion. Anthea se inclinaba hácia él; su pecho blanco se hinchaba de suspiros. El otro lo miraba, con los ojos medio cerrados, por sobre una copa llena de vino.

—Roberto, dijo, su retórica es buena. No voi a decir que su lójica sea tan buena... ¿Por qué está Ud. aquí? No... no busque una contestacion; es un gasto de tiempo. Yo le doi gracias por esta nueva i deleitable definicion. Sin duda es nueva tambien para Ud., Anthea. Ud. no ha pensado nunca, ¿no es cierto?, que las mujeres pudieran ser amadas así, que aun el destino pudiera traerle un hombre que la amara así. Por supuesto, ninguno de sus amantes le ha hablado tan elocuentemente de—por ejemplo —la pureza blanca i maravillosa...

El color habia huido de las mejillas de Anthea. Vislumbró a Roberto, i vió su mirar azorado. La voz del otro prosiguió con su entonacion monótona i burladora:

—No es probable. Han sido, todos, hombres de mundo, i todos conocian el valor de la discrecion. I aun admitiria Ud., yo creo, Anthea, que con su versacion mas comun, mas ante-Renacimiento (aun mas terrestre) del amor, ellos i Ud. han pasado muchas horas agradables. Admitiria tambien que su concepto tiene esta superioridad sobre el de Roberto, que trajo como cortejo esta hermosa villa, sedas finas, i joyas para el adorno de su sér tan admirable, i un vino que yo caracterizo como sin rival. Sí; i la han honrado, en el sentido clásico, sin ninguna invocacion a la definicion de nuestro querido jóven amigo. Aquel pintor—¿fué en el invierno pasado, o en el otoño, Anthea?...

—¡Por piedad, no diga mas!, gritó ella; su cara divina se habia tornado gris, como si hubiera enviejecido—¡Cállate o saca afuera tu amigo!...

—Ud. me sorprende. Hemos hablado tantas veces de estas cosas, ¿no es cierto? i siempre han parecido darle gusto. Sólo quiero recordar cómo aquel pintor a la primera vista de su divino cuerpo desnudo, concibió su obra maestra;... pero, Roberto, mi amigo, ¿qué tiene?

Roberto habia dejado bruscamente su silla, i el vino de su copa, vertido, manchaba como de sangre el mantel. Cerró sus manos nerviosamente. Todo su cuerpo temblaba con una emocion terrible, i sus ojos, profundos i brillantes, se clavaban sobre la infeliz Anthea.

—¿Es verdad? preguntó con voz sofocada.

Ella lo miró con deseperacion; pero no contestó, i cuando él, cruelmente, repitió la pregunta, se cubrió la cara con las manos i lloró. Entónces él tomó su violin, lo rompió i salió, hundiéndose en la noche.

El silencio fué interrumpido solamente por los sollozos de Anthea,

hasta que el hombre, habiendo bebido su copa, dijo: Este jóven tiene aptitudes dramáticas.

Ella esclamó desesperada. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Qué quieres, mi Anthea querida? contestó;— el muchacho, como te digo, se enamoró locamente de tí, creyéndote a tí lo que nunca has pretendido ser. Buscó mi ayuda. Habria podido decirle la verdad; pero no habria creido, i habria seguido perdiendo su tiempo en tejer ilusiones. Por razones de conciencia no pude permitir una decepcion. Concebí la idea de abrirle los ojos de tal manera, que mis aseveraciones serian corroboradas por tu silencio, si no por tu afirmacion. Al mismo tiempo, ví que se presentaba una oportunidad de introducir en tu mente— esa mente que, puedo decirlo, carecia absolutamente dereflexiones morales—alguna idea de los premios que se dan a la virtud, aun a este lado de la tumba. Un amor, mi Anthea, como el que describió Roberto, nunca puede ser tuyo. Si lo has pensado por un momento, ahora has comprendido la leccion, i la sabes. Es dado sólo a las bellas que no escuchan la voz de la tentacion, a las vírjenes elejidas que viven honrosa i castamente, el ser cortejadas con la música de los violines i con los apóstrofes a la pureza. Espero que tu alma, esta alma vagabunda, mi Anthea, será ahora mejor, como consecuencia de la comedia de esta noche. Ahora, si quieres, tomemos otra copa de tu vino tan rico.

Levantó ella sus ojos, i habia en ellos una fatiga inespresable. Preguntó con amargura:—¿Por qué permaneces aquí, si has terminado tu discurso moral?—

Sonrió a ella por encima de una nueva copa.—Es porque he terminado mi discurso moral, dijo, que permanezco...

De MANUEL TRUCCO

Los trasportes en 1850

En 1850 se ocupaba el injeniero Campbell en hacer los estudios del ferrocarril que debia unir a Santiago con Valparaiso; i los datos por él recojidos nos permiten comparar las dificultades de trasporte observadas en aquella época, con respecto a los actuales medios de movilizacion. El injeniero Campbell estimaba que en el año referido la carga trasportada era de 90 000 toneladas, las que exijian 20 211 viajes de carretas i 250 314 de mulas; cada carreta cargada recorria el trayecto de Santiago a Valparaiso en siete i medios dias en verano i empleaba quince dias en invierno; el flete de la tonelada de carga equivalía entónces a 43 pesos de nuestra actual moneda chilena. Hoi los trenes de carga hacen el mismo trayecto en 9 horas i el tren directo de pasajeros en tres i media horas.

La carga que en 1909 se movilizó por los ferrocarriles del Estado en su línea central, equivale a 4 022 000 toneladas que recorrieron el trayecto entero de 187 km que existe entre Santiago i Valparaiso.

Con los medios i cifras indicados por Campbell, ese trasporte habria requerido 903,229 carretas i mas de 11 millones de mulas. Por la movilizacion de la indicada carga en 1909, los ferrocarriles del Estado cobraron $ 26 664 000. Con los precios del tiempo de Campbell, el comercio habria pagado $ 172 946 000, lo que da un menor costo de trasporte de $ 146 282 000.

Segun Campbell, en 1850 el número de viajeros entre ámbas ciudades fué de 25 000, que exijian para su trasporte 16 000 viajes de birlocho. El trayecto se hacia en 16 horas i el precio por cada pasajero equivalía a $ 73 de hoi. El número de pasajeros trasportados en 1909 por los ferrocarriles en la red central del Estado, equivale a 2 657 000 personas que recorrieran la distancia entera entre Santiago i Valparaiso. Este número habria exijido 1 700 480 viajes en birlocho en 1850 i el precio de su trasporte habria sido de $ 193 961 000, miéntras que los ferrocarriles han cobrado solamente $ 14 351 000, lo que arroja una diferencia de $ 179 610 000.

Resulta, pues, que ademas de la posibilidad i de la rapidez de trasporte, merced a los ferrocarriles, ese público de hoi se habria beneficiado con una economía de $ 326 millones en un solo año.

* * *

Los ferrocarriles presentan, como empresa de trasporte, un aspecto comercial o industrial; i en tal sentido, pueden ser fuente de inversion

lucrativa de capitales. Mirándolos sólo desde este punto de vista, las compañías o empresas particulares han solido acometer la construccion i esplotacion de líneas férreas, siempre que el capital de establecimiento i esplotacion guarde con su rendimiento, una relacion que asegure gananciales suficientes.

Las condiciones naturales o topográficas del pais, son parte, desgraciadamente, para que, por ahora, la construccion de ferrocarriles no presente en Chile mucho campo ni grandes atractivos a los capitales privados.

Lo accidentado del suelo es causa de que las construcciones ferroviarias sean difíciles i de subido precio. Los movimientos de tierra suelen ser considerables i onerosos; las obras de arte se multiplican i asumen fácilmente proporciones no despreciables; los trazados adquieren formas sinuosas; las gradientes i pendientes se hacen inevitables i las distancias es forzoso alargarlas buscando pacientes i fatigosos desarrollos, circunstancias todas que exijen, no sólo fuertes sumas como capital de primer establecimiento, sino que gravan considerablemente la conservacion i esplotacion de la línea.

Por otra parte, la produccion del pais no es suficientemente intensa o está representada por frutos o artículos, que sólo resisten tarifas bajas de trasporte.

Solamente, pues, donde no se presentan esas circunstancias adversas, el capital particular ha podido esplotar ferrocarriles entre nosotros: ha buscado terreno ménos accidentado i suelo fértil; productos abundantes, valiosos i concentrados en grandes cantidades. De aquí que los ferrocarriles particulares chilenos sirvan casi esclusivamente minas o salitreras.

* * *

Pero, fuera del punto de vista en que se coloca el simple industrial, el hombre de Estado debe contemplar otro aspecto importantísimo que presentan los ferrocarriles i que está ligado directamente a la prosperidad pública. Los ferrocarriles, en efecto, aun cuando huelga decirlo, facilitan i estimulan considerablemente las relaciones comerciales de todo jénero, convirtiéndose en un instrumento poderoso que permite esplotar terrenos e industrias i valorizar productos variados que requieren, como condicion indispensable de existencia, trasportes baratos, oportunos i rápidos.

Para el intercambio comercial, para el canje de las ideas i aspiraciones, i de todo lo que constituye las necesidades morales i materiales de los pueblos; para la satisfaccion de la sed insaciable de vida i de progreso de la humanidad, los ferrocarriles tienen todo el valor inmenso de un esfuerzo jigantesco i afortunado hácia la anulacion del tiempo i de las distancias.

De ahí se deriva la accion enorme que ejercen los ferrocarriles en el desarrollo de la produccion colectiva i en el bienestar jeneral; i de ahí que hayan podido provocar, principalmente en las grandes naciones ferroviarias, una revolucion económica sin paralelo en la historia.

Autoridad tan eminente como M. Picard, ha estimado en cinco mil millones de francos el aumento de la produccion anual de Francia, debido a la sola influencia de los ferrocarriles.

Todo ésto obliga a ser debidamente considerado por los hombres de Gobierno.

Se debe pesar i tomar mui en cuenta la estraordinaria economía que el comercio, las industrias i el público, realizan en los trasportes, lo que equivale a crear, o dejar disponibles, nuevos capitales para nuevas industrias; se debe asimismo no olvidar que los ferrocarriles acrecientan grandemente las rentas fiscales, merced al considerable aumento que introducen en el rendimiento de los impuestos, como consecuencia del mayor vuelo que adquiere la riqueza pública.

Suprímanse los ferrocarriles salitreros, suprímanse los ferrocarriles de nuestros puertos, i calcúlense en seguida los reducidos derechos que recaudarian las aduanas de la República.

No ménos profunda es la influencia de los ferrocarriles como elemento de trasformacion social, de unidad política i moral de las naciones; como factor de órden, de policía i de seguridad pública; de defensa nacional i de perfeccionamiento administrativo.

Aun cuando nuestra red ferroviaria es todavía pequeña i relativamente de corta data, para medir su importancia i necesidad desde esos puntos de vista que afectan a la colectividad, para aquilatar las modificaciones que ha introducido en la vida i en los hábitos de la comunidad i del individuo, bastaria tambien imajinarse las perturbaciones i las consecuencias enormes, que la paralizacion o supresion de los ferrocarriles, nos acarrearia.

Los ferrocarriles, pueden, pues, desde un punto de vista estrecho, ser sólo una conveniencia comercial o industrial; pueden constituir un lucrativo o buen negocio; pero mas que ello, i por encima de todo eso, son i deben ser una aspiracion social, una necesidad colectiva, una entidad, un organismo del mas alto interes público.

I es ésto lo que justifica, lo que obliga la accion del Estado como constructor o empresario de aquellos ferrocarriles que no serian ventajosos desde el esclusivo i limitado punto de vista del negociante. I éste es el papel que afortunadamente han sabido desempeñar siempre nuestros poderes públicos i esa es la razon i causa de la actual red de ferrocarriles fiscales chilenos.

* * *

La eficiencia de los ferrocarriles en la economía i en los destinos de los pueblos es hoi dia comprobada e indiscutible i es, hasta cierto punto, una vulgaridad el demostrarla. Fué puesta en duda, sin embargo, i aun negada en sus principios, en la misma progresista i rica tierra de sus orí-jenes.

Se les consideraba únicamente por su faz mercantil.

Por eso, no sólo es satisfactorio para el patriotismo, sino que es un obligado homenaje de justicia, recordar que los estadistas de la República, hace sesenta años, acometieron la construccion de nuestros primeros ferrocarriles fiscales justamente con ese amplio criterio, con esa segura apreciacion del bien público que no reduce la construccion de una línea férrea, a una elemental operacion aritmética, que suma o resta los gastos o las solas entradas que en forma directa o inmediata, pueda ori-jinar.

En esa época, venciendo toda clase de dificultades políticas i finan-cieras, nuestros gobernantes emprendieron la para entónces formidable obra del ferrocarril a Valparaiso, con una fé en el porvenir i con una cla-rovidencia, que quizás no ha rayado mas alto muchos años despues.

«El ferrocarril es una de aquellas obras de una utilidad incalculable que debe acometerse sin acobardarse por las dificultades», decia el Minis-tro del Interior don Antonio Varas en 1851. I no silenciando que habria muchas dificultades para allegar los fondos necesarios i para ejecutar la obra, agregaba: «a pesar de todo debe marcharse de frente.»

Por otra parte, el Presidente de la República esclamaba al inaugurar el ferrocarril ya terminado: «Los ferrocarriles son la espresion del movi-« miento, de la industria i del desenvolvimiento de la cultura intelectual, « facilitando la comunicacion de los diversos pueblos de la tierra.»

Tal fué el espíritu con que esos mandatarios, haciendo prodijios con un erario miserable, emprendieron valerosamente nuestros primeros ferro-carriles fiscales.

Ha dicho Macaulay: «De todas las invenciones, esceptuando sólo el « alfabeto i la imprenta, las que abrevian las distancias son las que mas « han contribuido a la civilizacion de la especie humana. Cada adelanto « de los medios de locomocion beneficia moral, intelectual i materialmen-« te, i no sólo facilita el intercambio de las varias producciones de la na-« turaleza i del arte, sino que tambien tiende a remover las antipatías « nacionales i provinciales i a ligar entre sí todos los vástagos de la gran « familia humana.» (Hist. de Inglaterra, Cap. III).

De HUGO von HOFMANNSTHAL

La Balada de la Vida Esterior

I crecen los niños con ojos profundos que no saben nada,
i crecen i mueren, i todos los hombres imitan su marcha.
I crecen los árboles,
i las frutas ásperas
en dulces devienen, i las frutas dulces
—como ruedan los pájaros muertos—
se caen de noche, de las quietas ramas,
yacen pocos dias
i se pudren luego sobre la hojarasca.

I soplan i soplan i soplan las ráfagas,
i siempre i de nuevo nosotros oimos
palabras,
palabras que hablamos,
i siempre, de nuevo, sentimos
el placer i el cansancio que sienten
los miembros en todas las razas.

I corren caminos por entre la yerba,
i, desparramadas,
hai ciudades que prenden antorchas,
i viven entre árboles,
i tienen cisternas que nos amenazan,
fatídicamente, sin agua:
I por qué las hicieron? Las unas
a las otras ciudades igualan?
son muchas? son muchas? su cifra es mui larga?
i de dónde vienen los cambios que alternan
la risa con lágrimas?
i de dónde vienen
las mejillas pálidas?
i con todo ello
los hombres qué ganan?
qué ganan
estos juegos sublimes i eternos

que somos nosotros, que son nuestras almas?
seguimos siquiera
la meta deseada?
de qué pueden servirnos las cosas,
las innúmeras cosas miradas?...

...I, con todo, muchísimo dice
el que dice: la Tarde! palabra
que destila sentido mui hondo
i un raudal de tristeza que mana
cual la miel que, en suavísimos grumos,
de los huecos panales resbala.....

Traduccion de
GUILLERMO VALENCIA.

El triple velo

2 de Diciembre, 1851.—Haz de tí un sitio para el misterio: no te ares entero con la reja del exámen, sino deja en tu corazon un pequeño ángulo en barbecho para las simientes que aporten los vientos, i reserva un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasen; ten en tu alma un lugar para el huésped que no esperas i un altar para el Dios desconocido. I si un pájaro canta en tu follaje, no te aproximes precipitadamente para domesticarlo. I si sientes algo nuevo, pensamiento o sentimiento, despertarse en el fondo de tu ser, no te apresures a llevar la luz ni la mirada; proteje con el olvido al jérmen naciente, rodéale de paz, no abrevies su noche, permítele crecer i formarse i no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la naturaleza, toda concepcion debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio i de la sombra.

FEDERICO AMIEL.

De JULIO LEMAITRE

La inocente diplomacia de Elena

Un hermoso jardin sobre un terrado se estendia mas allá de las puertas Esceas; i era el paseo habitual de los Troyanos i de sus mujeres.

Una tarde, sentados en un banco del jardin, Priamo, Thimoetes, Lampos, Klitios, Antenor, Hiketaon i Ukalegon, viejos venerables, departian juntos acerca de las noticias del dia, cuando acertó a pasar Elena. I entónces se dijeron los unos a los otros en voz baja:

No es estraño que los Troyanos y los Aqueos se avengan a sufrir tantos males por semejante mujer, que se parece, por su hermosura, a las inmortales diosas.

* * *

Hablaban así, porque eran viejos próximos a morir i porque la vista de Elena les deparaba una postrera alegría.

Pero mui distinto era el pensar de la virtuosa princesa Andrómaca, mujer de Héctor. Cuando llegaron a sus oidos las palabras de los ancianos:

—No es raro—dijo—que los viejos chocheen i no comprendan la monstruosidad de que todo un pueblo soporte los males de la guerra i que millares de hombres se maten por culpa de una mujer sin pudor.

—Elena no es una mujer sin pudor—respondió Héctor.—Su comportamiento es correcto. Con frecuencia recrimina a Páris i querria sustraerse a su amante influjo. Ella misma se califica duramente. Pero ¿qué va a hacer, si es una triste víctima del destino?

—Eso se dice con mucha facilidad—replicó Andrómaca.—Sólo que, ya se ve, vosotros los hombres estremais vuestra indulgencia a favor de las mujeres descarriadas, siempre que sean bonitas, i, en cambio, la oscura virtud de vuestras esposas, maldito lo que os importa.

—Nos importa i la estimamos en lo mucho que vale. Pero lo cierto es que no puede decirse que la hija del Cisne i de Leda sea una mala mujer, i que hai en ella no sé qué encanto, suficiente para aplacar nuestro enojo.

—Unicamente los hombres—dijo Andrómaca—se dejan seducir por tales hechizos. En cuanto a mí, confieso que Elena me causa horror cuando pienso que ella es la culpable de las desgracias que aflijen a mi ciudad.

* * *

Andrómaca i su marido conversaban así en una de las cincuenta cámaras nupciales de piedra pulimentada, construidas las unas al lado de las otras, i donde dormian los hijos de Príamo con sus esposas lejítimas.

Elena habitaba, en compañía de Páris, un pabellon apartado, de donde únicamente salia algunas veces para respirar el aire libre en los jardines de las Puertas Esceas. Era sencilla, reservada, un poco tímida. Se estrañaba de su propia aventura i la atribuia de buena fé a la voluntad de los dioses. El convencimiento que poseia de su belleza i del sortilejio ejercido por su persona, la hacia insensible a los juicios desfavorables i a las palabras desabridas. Pero, sin embargo, como habia sido educada severamente en Esparta, se daba triste cuenta de lo irregular de su situacion; comprendia i hasta hallaba justa la hostilidad de que era objeto por parte de las mujeres honradas, i hubiera querido desarmar su enojo a fuerza de modestia, de recato i de dulzura.

Las Troyanas habian decidido ir en procesion al templo de Atenea i depositar a los pies de la diosa un velo ricamente bordado, para que se apiadase de la ciudad.

Elena esperimentó el vivo deseo de tomar parte en la ceremonia.

Desde que siguió a Páris, habia adoptado los dioses i, por consecuencia, la patria de su amigo, i era toda una buena Troyana. Ademas, preferia a las costumbres de su antiguo pais las costumbres i la vida de Troya: encontraba aquí un arte quizá ménos puro, pero mas comodidades i mayor lujo que en la austera Lacedemonia.

* * *

Una tarde que Elena paseaba junto a las Puertas Esceas, pasó a su lado Andrómaca.

Elena se oscureció respetuosamente ante la esposa de Héctor. Pasó Andrómaca con la cabeza erguida i la dirijió una mirada glacial. La amiga de Páris volvió a su casa, derramando abundantes lágrimas.

Pero aunque Andrómaca la habia mirado mui por encima, no dejó de reparar en la armonía de su *toilette* i en cierto bordado que adornaba su traje. Por la noche le dijo a Héctor:

—Esa mujer será lo que sea, pero reconozco que tiene mucho gusto para vestir.

Elena lo supo i se apresuró a proporcionar a una de las doncellas de Andrómaca el dibujo del bordado que habia llamado la atencion de la virtuosa princesa. Añadió a este presente algunos consejos sobre el modo de confeccionar los trajes, los cinturones i los mantos.

Andrómaca consintió en que sus doncellas se aprovecharan de estas indicaciones. Les permitió tambien que ejecutaran el consabido bordado i, pocos dias despues, se presentó en el paseo con aquel nuevo adorno.

Vió a Elena, que aquel dia llevaba un traje mui sencillo i completamente liso, i entónces Andrómaca miró sin malevolencia a la compañera de Páris.

* * *

Al dia siguiente, Elena encontró en el jardin del rei al niño Astyanax, que iba en brazos de su nodriza.

Pidió cortesmente permiso al ama para besar «al hijo del mas valeroso de los hombres i de la mas virtuosa de las mujeres». El niño, viéndola tan bella, se sonrió, prorrumpió en murmullo cariñoso i pasó sus manecitas por el suave rostro de la Tyndaride.

—¡Quién pudiera—suspiró ella—tener un niño tan hermoso! Pero los dioses me han negado esta ventura.

I sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—A vuestra edad, no hai que perder la esperanza—dijo amablemente la nodriza.

¡Ai!—respondió Elena.—Mucho me temo que los dioses me hayan condenado a ser estéril (1). De todas las señales de su cólera, ninguna me afecta tanto como esa.

* * *

La nodriza repitió este diálogo a su señora, en presencia de Héctor.

—Hai que confesar—dijo Andrómaca—que esa mujer, a pesar de todo, conserva algunos sentimientos laudables.

—Estoi convencido—dijo Héctor—de que Elena hubiera sido una buena esposa i una buena madre de familia... ¡Qué mejor prueba que su deseo de tener hijos!... No hai duda de que su destino está en contradiccion con su carácter... Su desgracia procede de haber conocido a Páris, que es el mas seductor i el mas astuto de los hombres... Pero Vénus lo ha querido así; i, seguramente, Vénus es quien la mantiene estéril, para que se conserve hermosa... Así es que lo que constituye su gloria, constituye tambien su castigo. Pues, en fin...

—Amigo mio—dijo Andrómaca—tened cuidado: la defendeis con excesivo calor i divagais un poco.

---

(1) No ignoro que, segun una tradicion, Elena tuvo de Teseo una hija: Hermione Pero deliberadamente he prescindido de este detalle.—*(N. del A.)*.

* * *

En aquel instante, una criada de Elena trajo un juguete magnífico destinado a Astyanax: un carrito de plata tirado por dos caballos de madera de cedro con arneses de oro.

El niño, encantado, batió palmas.

Andrómaca, molestada por el obsequio, trató de devolver el juguete. El niño se echó a llorar. Héctor intervino:

—Si devolvemos ese carrito—dijo—daremos un disgusto a esa pobre criatura i ofenderemos sin razon a una mujer que ha cometido indudables faltas, pero que te admira, te respeta i rinde homenaje a las virtudes que no ha sabido practicar. Aceptemos el juguete: esto no nos compromete a nada, i me figuro que no temerás que la amistad de Elena pueda ser nociva a un niño de dieciocho meses.

Añadió prudentemente:

—Tampoco debes abrigar ningun temor por lo que se refiere a tu marido. Elena no es una coqueta... Ademas, tú eres tan bonita como ella, sobre todo desde hace algun tiempo. Te compones mejor que ántes i me gustas cada dia mas.

Andrómaca oyó mui complacida estos piropos; pero se guardó mui bien de decir quién la habia enseñado a componerse mejor.

* * *

Cuando Páris, salvado por Vénus de los furores de Menelao, entró lastimosamente en su palacio, perseguido por las imprecaciones de Héctor:

—¡Ai!—dijo Elena, soltándose con arte los cabellos.—¡Qué desgraciada soi!... ¿Por qué no plugo a los dioses que el mismo dia en que mi madre me dió a luz me hubiera arrastrado un torbellino a lo alto de una montaña o me hubiera abismado en las olas, ántes de verme como me veo?... Pero ya que los dioses dispusieron estos males, querria por lo ménos ser mujer de un guerrero mas bizarro... ¡Feliz Andrómaca, esposa intachable del invencible Héctor!... Verdad que Andrómaca se lo merece todo.

No tardó en enterarse Andrómaca de este laudatorio discurso.

—Bien pensado—dijo a Héctor—la pobre Elena tiene alguna disculpa. Cuentan que su marido es un poco mentecato... Elena influiria favorablemente en Páris, si Páris tuviese corazon... No se envanece de su delito i respeta lo que es respetable.. Ademas, seria pueril suponer que ella es la verdadera causa de la guerra. Salta a la vista que su rapto ha sido un simple pretesto. A falta de él, los Aqueos hubiesen inventado otro. Con

razon se queja la pobre de su fatalidad. Es indudable que la fatalidad entra por mucho en su situacion. Es una mujer que merecia haber sido virtuosa.

* * *

Se acercaba en esto el dia designado para que las Troyanas llevaran el velo sagrado al templo de Atenea.

Elena fué a ver al rei Príamo, el cual siempre la habia tratado bondadosamente.

—Padre—le dijo:—yo querria asistir a esa ceremonia, no por vanidad, sino para demostrar que mi corazon comparte los sentimientos de mi nueva patria i que ellas no me consideran ya como estranjera. Os suplico, pues, que me conduzcais al templo en el momento en que las esposas Troyanas entren, a fin de que pueda agregarme a la comitiva.

—Querida hija—respondió Príamo—haré lo que deseas. Pero ¿no temes que las esposas de los Troyanos, i sobre todo la orgullosa Andrómaca, te hagan un bochornoso desaire?

—Allá veremos, padre, lo que ocurre.

* * *

La procesion de las mujeres llegaba al pórtico del templo cuando apareció allí Elena, conducida por Príamo.

Tímida i con los ojos bajos, se colocó en última fila.

Pero Andrómaca, que la vió, se dirijió a ella i, tendiéndo la mano le dijo estas palabras:

—¡Señora, cuánto tenemos que agradeceros que hayais venido!

La buena ladrona

Jesus, en compañía de Pedro, Andres, Santiago, Juan, Tomas i Júdas, pues los apóstoles no eran doce todavía, se dirijia a Cafarnaum.

Con el objeto de evitar las horas de bochorno habian salido poco ántes de que se pusiese el sol, i debian andar una parte de la noche.

Sus recursos estaban casi agotados. En la bolsa de cuero que Júdas llevaba debajo del manto, apénas quedaban seis denarios de plata. Pero en Cafarnaum, Pedro, Andres, Santiago i Juan se proponian trabajar durante algunos meses ejerciendo el oficio de pescadores. Tomas ejerceria el suyo de zapatero, i Júdas entraria miéntras tanto en las oficinas de un publicano para hacer escrituras. I todos vivirian en casa de Salomé, la madre de Santiago i Juan; pues la casa era grande; i luego, en cuanto recojiesen algun dinero, se pondrian de nuevo en camino i reanudarian la predicacion de Jesus por toda la Galilea.

El camino serpenteaba entre dos filas de olivos, cuyos tortuosos troncos parecian negros bajo el cielo enrojecido por el poniente.

Júdas dijo a sus compañeros:

—Me he unido a vosotros porque la justicia me gusta. Vuestra pesca no os reportará mucho, pero os seria mas fructífera si supieseis poneros de acuerdo con los demas pescadores del lago para imponer los precios a los mercaderes de pescado, hombres injustos i codiciosos.

—Es cierto—respondió Juan;—mas tú hablas como si este mundo no fuese una morada transitoria.

—Aunque sea transitoria, no por esto debe despreciarse—replicó Júdas.

Lentamente salia la luna derramando sobre los olivos una especie de ceniza azul.

El camino atravesaba una suerte de desfiladero, entre dos colinas rocosas. De repente, detras de unas malezas surjieron cinco hombres.

Tenian feroz aspecto i estaban armados con cuchillos i estiletes.

Uno de ellos, el jefe, era mui alto i llevaba un airon en el turbante.

Cerraron el paso a los viajeros, i con amenazas les intimaron a que se detuviesen.

Pedro alzó el baston para defenderse. Pero Jesus dijo:

—No resistais.

I Tomás murmuró:

—Despues de todo, los ladrones serán los robados.

I los ladrones rejistraron las vestiduras de Jesus, de Pedro, de Santiago, de Juan, de Andres i de Tomas, sin encontrar nada.

Pero Júdas quiso huir i el jefe de los ladrones le alcanzó, se apoderó de la bolsa de cuero, encontró los cinco denarios, i dijo:

Poco es; pero es algo, dado lo malo que están los tiempos.

I añadió:

—Podeis continuar vuestro camino, no quiero haceros ningun daño.

Jesus i sus discípulos continuaron, pues, su camino, i Jesus les hablaba del reino de Dios.

Júdas, que no cesaba de suspirar, dijo a Jesus:

—Maestro, no es el dinero lo que me gusta, es la justicia, i por esto quisiera que el dinero se repartiese equitativamente entre los hombres..... Sueño con una sociedad de hermanos que trabajen en comunidad i practiquen la virtud, de los cuales fuese yo el administrador i el tesorero, a fin de que pudiesen vivir en paz.

Estas palabras hicieron sonreir a Tomas, i Jesus respondió a ellas con la parábola de los pájaros del cielo i de los lirios que hilan.

I como la luna acababa de ocultarse, ninguno de ellos vió que una mujer les seguia.

Para dormir, se detuvieron en un paraje que las rocas abrigaban. I Juan dijo alegremente:

—Durmamos sin inquietud como los lirios de los campos. Puesto que nada poseemos, nada tenemos que temer de los ladrones.

Cuando al despuntar el dia despertaron, vieron a una mujer que les estaba mirando i que tenia una bolsa en la mano. Esa mujer, jóven todavía i con la cara cubierta de afeites, estaba vestida con oropeles raídos i llevaba aros en los brazos i en los tobillos.

Se dirijió a Jesus, i entregándole la bolsa, le dijo:

Señor, tened lo que os han quitado.

Jesús tendió la bolsa a Júdas, que la abrió en seguida para ver lo que contenia.

—Esta bolsa—dijo Jesus—contenia ayer seis denarios.—¿Por qué contiene hoi nueve?

—Es cierto—respondió Júdas.

La mujer se puso colorada i no acertó a responder. Al verla así, Tomas le dijo afablemente.

Señora, nuestro agradecimiento es grande; pero, cómo ha llegado a vuestras manos nuestro dinero?... I, por qué nos lo devolveis con usura?

—Yo soi, respondió la mujer—la amiga de Dímas, el jefe de los ladrones. Les preparo la comida a todos i les remiendo la ropa; pero no pertenezco mas que a Dímas. Ayer me encontraba no léjos del sitio en que os despojaron, i yo misma fuí quien les señaló vuestro paso; pero, cuando os ví de cerca, me parecisteis mui distintos a los demas hombres. A causa de esto os seguí mientras Dímas i sus compañeros volvian al viejo castillo que

nos sirve de guarida. Oí las palabras de vuestro maestro: sabia que erais pobres, comprendí que erais buenos, i entónces volví corriendo a casa de mi amigo. Cojí la bolsa miéntras éste dormia, i os la he traido despues de haberle añadido tres denarios. No me deis las gracias: Dimas encontrará la compensacion en cuanto tropiece con un rico mercader.

—Cómo es posible—preguntó Pedro—que vos, que os mostrais tan honrada como nosotros, podais vivir, con un ladron, del fruto de rapiñas i acaso de homicidios?

—Oh! Dímas rara vez hace daño a los viajeros—respondió la mujer. —A mi amigo no le gusta eso, i si alguna vez da la muerte, lo hace para no morir.

—Aun cuando así sea, eso es mui malo, i lo peor es que, segun parece, ni siquiera lo imajinais.—Acaso no os han enseñado la lei?

—La lei?—preguntó la mujer.—Qué es la lei i quién me la hubiera enseñado? Yo nací mui léjos de aquí, en la ciudad de Alejandría; mi madre era una de esas mujeres que llaman cortesanas, i de niña bailé en las tabernas. Luego, practiqué el oficio de mi madre; pero, como apénas me ganaba la vida, un mercader griego me trajo a Cesárea donde hai una guarnicion de soldados romanos. Allí conocí a Dímas, me enamoré de él i le seguí.

—Pero—dijo Santiago—es imposible que sigais viviendo con él en el pecado.

—I qué es el pecado?—preguntó la mujer.

—Quedaos con nosotros—dijo Andres.—Nuestro maestro os enseñará la palabra de Dios.

—Quedaos con nosotros—añadió Tomas—que os respetaremos como si fueseis nuestra hermana. Si volveis a reuniros con vuestro compañero, es seguro que os maltratará.

—I ademas, dijo Júdas, dirijiéndose a Tomas—puesto que sabe bailar, bailará en las ciudades por donde pasemos. Anunciaré el espectáculo, i a cada uno de los que lo presencien, les pediré una monedita de cobre.

—Eso no!—respondió Juan.—No debe bailar ni inspirar a los hombres deseos prohibidos. Si quereis, señora, os llevaremos a casa de mi madre Salomé, i vivireis con ella. Ella os enseñará a remendar redes, i varias veces al año vereis a nuestro maestro.

La mujer vacilaba, i aun cuando escuchaba a los otros, tan solo mira ba a Jesus.

I al fin, dijo:

—Si vuelvo a casa de Dímas, es seguro que me pegará, mas no me pegará mucho. Me necesita: si no estuviese con él seria mui desgraciada, i tal vez llegase a ser peor. Ademas, yo le quiero. En un principio, le quise porque le encontré hermoso, i porque ántes que vosotros, fué el primer

hombre que se mostró bondadoso conmigo. Tambien le quiero porque el oficio que ejerce no es siempre tan fácil como parece a primera vista, i porque hemos sufrido i muchas veces sufrimos juntos. Le repetiré, eso i, las cosas que esta noche he oido de labios de vuestro maestro miéntras os seguia, pues no he olvidado ninguna..... Eso es lo que pienso; sin embargo, haré lo que vuestro maestro me ordene.

—Mujer—dijo Jesus—ve a reunirte con tu compañero.

LAS ABEJAS

Pendiente de una rama desgajada, hai un enjambre.

Su situacion es provisional i debe ser cambiada. Menester es que vuele de allí i se busque otra habitacion.

Lo saben todas las abejas i desean que cambie aquella situacion; pero se hallan unidas las unas a las otras i como no pueden volar juntas, el enjambre continúa pendiente.

Si ninguna abeja volara sin esperar a las demas, el enjambre no cambiaria nunca de sitio.

Mas, que vuele una sola. Tras ella volará otra, i despues otra, i otra, hasta que, por fin, acabará por volar todo el enjambre.

Hombres de corazon, abejas precursoras, volad, volad. Las otras os seguirán.

LEON TOLSTOI

De A. C. SWINBURNE.

El jardin abandonado

En un pliegue de la costa escarpada, entre las altas i las bajas tierras, a orillas de la duna marina, entre el lado de donde viene el viento i aquel a donde va, murado de rocas, como una isla en plena tierra, el fantasma de un jardin hace frente al mar. Un cinturon de zarzas i de abrojos cierra la rápida pendiente en torno del suelo cuadrado, sin flores, en donde las hierbas salvajes, despues de haber nutrido su verdor en los sepulcros de las rosas, yacen ahora muertas.

La costa desciende hácia el sur, abrupta, asoleada, hasta abajo, hasta el estremo de la solitaria rejion. Si un paso resonara, si una palabra fuera pronunciada, no surjiría un fantasma para alcanzar la mano del intruso? Por mucho tiempo las alamedas, grises i desnudas, están sin un huésped, i si, a traves de las ramas i de los rosales silvestres, álguien se abriera paso, no hallaria otra cosa viviente sino el viento del mar que no descansa de noche ni de dia.

El camino, con su maleza impenetrable que lo ciega i ahoga, es apénas un sendero tortuoso que nadie pretende trepar; se arrastra por el espacio angosto i sombrío que los años han despojado de todo, ménos de las zarzas a quienes el tiempo no puede herir. Ahorra las espinas cuando siega la rosa: las rocas sobreviven cuando desvastan la llanura. El viento que vaga i las hierbas salvajes que el viento sacude, es lo que sobreviven.

Ni una flor para ser hollada; como el corazon de un muerto, las platabandas están secas. El ruiseñor no lanza su reclamo en las malezas, i aun cuando lo lanzara ninguna rosa hai allí para responderle. Sobre los prados que florecen i se marchitan, no resuena sino el grito de un pájaro marino. Solamente el sol i la lluvia pasan, uno tras otro, por este paraje, durante todo el año.

El sol devora con su fuego; la lluvia despoja con su aliento sin perfume una débil i pálida flor. Aquí, sólo el viento se cierne i se recrea en una ronda donde la vida es estéril como la muerte. Aquí, en pasados tiempos, hubo risas; acaso hubo lágrimas de amantes que ninguno conocerá nunca, i cuyas miradas se dirijieron hácia el mar, hace cien años.

Allí estaban los corazones estrechamente unidos como las manos.—Mira á este lado,—murmuraba él,—desvía los ojos de esas flores i diríjelos

hácia el mar, porque las flores de la onda espumante perduran todavía cuando las rosas se mustian, i los hombres que aman de prisa pueden morir... Pero nosotros?...

I el mismo viento cantaba i las mismas ondas florecian, i, ántes de que el mismo jardin dejara caer sus últimos pétalos sobre los labios que habian hablado en voz baja, sobre los ojos que se iluminaron, el amor habia muerto.

O, si amaron por toda su vida, hácia donde se fueron? Apénas hasta el fin? Pero este fin quien lo conoce? El amor, profundo como el mar, debe marchitarse como las rosas. Los muertos tendrán un recuerdo de amor para sus muertos? Qué amor fué tan hondo jamas como la tumba? I estos seres están ahora, sin amor, como el césped que crece sobre ellos o como la onda.

Yacen todos en el mismo lugar, rosas i amantes, ignorados de las riberas i de los campos i del mar. Ni un hálito de otros tiempos sopla en el aire que endulzó la proximidad del estío. Aquí, ninguna brisa endulzará en lo sucesivo la estacion de las flores o de los amantes que hoi rien i lloran, cuando, como los que están ahora libre del llanto i de la risa, nos durmamos nosotros.

Aquí, la muerte no puede contarse como una cosa eterna; aquí, la caida del dia puede no llegar hasta el dia en que terminen los dias. De las tumbas, por ellos cavadas, no se levantarán nunca mas los que nada dejaron vivo para destruir. Tierra, piedras, espinas, apretadas en el suelo inculto, miéntras duren el sol i la lluvia vivirán hasta el dia en que el último viento caiga sobre ellas i las arrastre al mar.

Hasta que el lento mar se levante i las riberas ásperas se desmigajen; hasta que los profundos abismos se beban terraplenes i prados; hasta que la fuerza de las ondas, en las grandes mareas, domine los campos recortados i las rocas que retroceden. Entónces en su triunfo, allí donde todas las cosas van a desplomarse, oculta entre los abrojos que ella sembró con propia mano, como un dios que se hubiera degollado él mismo en un estraño altar, la muerte estará estendida muerta.

DE MAX NORDAU

El sentido de la historia

Toda la historiografía cuyos trabajos atestan las bibliotecas con cientos de miles de volúmenes entretiene a veces al lector, cuando cuenta vidas interesantes i aventuras pintorescas, pero no encierra la menor suma de conocimiento científico. Su jerarquizacion tradicional de los sucesos resulta de una ilusion óptica subjetiva de los historiadores que toman por esencial lo que salta mas a la vista i no advierten que los procesos poco aparentes, pero uniformes, duraderos i jenerales, son los únicos que tienen importancia.

Aun en los casos raros en que relata con precision pasable los hechos esteriores que caen bajo los sentidos, el mecanismo íntimo de los sucesos se sustrae a ella. I es que este mecanismo opera en parte en la conciencia de los actores que es inaccesible a la mirada del historiador, i en otra parte, mayor todavía, en su subconciencia que ellos mismos ignoran. Cuando la historiografía emprende la tarea de sacar tambien a la luz las raices psíquicas del devenir, pierde por completo el terreno sólido de lo real i se cierne en el reino aéreo de la imajinacion; entónces ya ni relata ni esplica, inventa i hace pasar intuiciones, adivinaciones, elucubraciones, interpretaciones subjetivas, como si fueran investigaciones de lo verdadero.

El cuadro que la historiografía fija muestra las formas esteriores de la humanidad, no sus órganos internos; se entretiene en las magnitudes variables que pueden todas ser cambiadas, reemplazadas, aumentadas, disminuidas, suprimidas, sin que la ecuacion total de la historia sea por ello influenciada. Su obra semeja a la de un hombre de ciencia a quien preguntásemos informes sobre la composicion química i las propiedades del agua de mar i que despues de los esfuerzos más laboriosos no podria indicarnos mas que el número, la forma, los colores i la duracion de las burbujas de jabon que sirviéndose de esta agua hubiera hinchado un niño en sus juegos. Como somos hombres i todo lo que es humano nos interesa i nos emociona, seguimos con un interes apasionado todo relato vivo i convincente de un destino humano i semejante relato hallará siempre lectores agradecidos. Pero la historia, en tanto que es «biografía del poder» no nos enseña nada mas que cualquiera otra buena i verídica biografía de un individuo cualquiera; nos hace familiar una personalidad, pero nos deja en una ignorancia profunda acerca de la suerte de la humauidad i de sus leyes eternas. Una historiografía que trata i retiene como esencial el suceso concreto en sí, en lugar de concebirle como un puro síntoma i de

penetrar mas allá, hasta el decurso de la vida de la especie que se realiza detrás de él, no produce en el caso mejor mas que literatura amena Sólo cuando la historiografía renuncia a narrar, para dedicarse a estadísticas, es decir, cuando deja de fijarse en los aparentes portadores i actores individuales de la historia i en la burbuja de jabon del pintoresco suceso particular, para dedicarse a estudiar las formas, las condiciones i las trasformaciones de la existencia poco aparente, cuotidiana, de la humanidad media, sólo entónces deja de ser un arte, un jénero de poesía, para elevarse al rango de una ciencia. Sólo que entónces ya no es historiografía en el sentido tradicional de la palabra, sino que se convierte en antropolojía, etnografía, sociolojía con sus ciencias auxiliares, la bio-psicolojía i la estadística.

La filosofía de la historia, a la verdad, se eleva a un punto de vista superior; abarca de una mirada el conjunto de la evolucion de la humnidad, inquiere su punto de partida, sus caminos, sus objetivos i no atribuye valor a las personalidades i a los sucesos concretos sino en la medida en que parecen poder dar a estas preguntas jenerales una respuesta instructiva. Tal es, por lo ménos, su programa teórico, pero hemos visto cuán mal lo ha cumplido hasta ahora; ha abordado la vida de la humanidad, no interrogándola con modestia, con el humilde deseo de aprender lo que ella es susceptible de enseñar, sino con una petulancia autoritaria con opiniones hechas de las cuales queria arrancar la confirmacion a la historia planteándola preguntas tendenciosas i suprimiendo las respuestas que no la convenian. Ernesto Mach habla incidentalmente de «ciencias de impostura que se han formado con la mira de la conservacion de los resíduos de concepciones que datan del estado primitivo de la humanidad». El prototipo de esas «ciencias de impostura» es la filosofía de la historia tradicional, deductiva, apriórica, que introduce en el curso de la historia todos los ensueños, todas las pamplinas, todas las supersticiones del estado de alma teolójico i metafísico. Supone a los actos de las personalidades históricas intenciones que nunca tuvieron éstas, inventa para los sucesos un plan que ha elucubrado ella misma i asigna a toda la evolucion de la humanidad un objetivo que no existe mas que en la imajinacion de soñadores antropomórficos. Si esta filosofía de la historia apriórica quisiera reflexionar sobre sí misma, si se hiciera consciente de la tarea que se ha impuesto en realidad, retrocederia asustada ante la enormidad de su empresa i ante la insuficiencia pueril de sus métodos. El móvil al cual debe su oríjen es el deseo de comprender el enigma del Universo; el hombre quiere saber lo que significa el Universo i él mismo en el Universo, por qué ha nacido, por qué sufre, por qué muere, por qué ha recibido el soberbio i temible privilejio de la razon, qué será de esta chispa celeste en su cuerpo mortal terrestre, cuál es el objeto hácia el cual, en el

corto espacio de su vida sobre la tierra, tiende i en virtud del cual pasa fatigas, medita, investiga, ama, anhela i sufre. I puesto que está encerrado, en tanto que hombre, en los límites de su naturaleza humana, se exajera en su ilusion antropocéntrica la importancia de su especie en el Universo; está convencido sin desconfianza gnosolójica con respecto a su ilusion de grandeza, de que el sentido del Universo tiene que revelarse con evidencia, sino en el hombre individual, por lo ménos en la humanidad; de que la especie en su conjunto posee una conciencia de su destino que la conciencia del hombre individual es incapaz de penetrar a causa de su limitacion; i de que es preciso tener una vista sinóptica bastante vasta, bastante profunda de la vida de la especie, para comprender lo que ésta crea i a dónde tiende, i para reconocer cuál es la obra a la que el hombre individual coopera sin sospecharlo. Pero la historia de la humanidad no suministra mejor respuesta a todas estas preguntas de eternidad que se la dirijen que la historia de no importa cual otra especie de seres vivos; i una mirada dirijida hácia el cielo estrellado o hácia las profundidades de una mina de carbon, deja entrever acerca de la solucion del enigma del Universo tanto, si no mas, como la esploracion mas apasionada de los archivos i de las bibliotecas. El que busca la finalidad de todos los sucesos que se han realizado en el seno de la humanidad i de toda la evolucion de los pueblos i de los Estados, supone tácitamente que la historia tiene una finalidad. Ahora bien, esto no es posible mas que si álguien situado fuera de la humanidad le ha asignado de antemano un objetivo independientemente de ella, de su conciencia i de su voluntad i la impulsa incesantemente en esta direccion; este álguien no puede ser mas que un sér dotado de razon i de voluntad, omnipotente, eterno. Pero el sér dotado de estos atributos no es otro mas que el Dios de los teólogos. Toda filosofía de la historia que implica una teolojía trascendental, no es mas que una forma de la relijion i hace un rodeo supérfluo por la historia para llegar al punto de vista del catecismo. El que cree en Dios i en su gobierno del mundo, no necesita de la historia para conservar su conviccion de la existencia i de los atributos de Dios i de la realidad de un órden universal que tenga a Dios por punto de partida i a Dios por punto final. I el que no cree en Dios no encontrará nada en la marcha de la historia que sea de naturaleza a convertirle a esa fé. La historiosofía deductiva está desprovista de sentido si no es teolojía, i es supérflua si es teolojía.

Pero cuando el deseo de conocer aborda la historia sin opinion preconcebida i contempla su marcha, no con las premisas del teólogo, sino con la imparcialidad del observador científico, llega a hacer constar hechos que en ningun punto coinciden con las enseñanzas de la historiosofía tradicional. Ni un sólo suceso histórico del pasado espuesto verídicamente i sin haber introducido intenciones en él, autoriza la hipótesis de una fina-

lidad en vista de la cual los actores de la historia trabajarian sin saberlo i sin quererlo i de la cual nada sospecharian en su simpleza miope o ciega i que no se revelaria mas que a los ojos asombrados de la posteridad; ni un solo rasgo justifica la afirmacion de que no sé qué razon superior perseguiría planes para cuya realizacion utilizaria i emplearia como un instrumento pasivo a la humanidad que no lo sospecha ni por asomo. Nunca ni en ninguna parte se revela una finalidad trascendental, por lo contrario es posible referir todo acto realizado por los hombres a causas que le son jeneralmente conocidas, i que hasta cuando operan en la subconciencia no son difíciles de descubrir. No es, pues, la teolojía lo que es la lei de la historia, sino la causalidad, una causalidad por lo demas mui complicada, puesto que todo el presente i todo el pasado de la especie obran en cada instante de su vida i sobre cada hombre vivo estimulándole e impulsándole: el presente por las necesidades de la lucha por la existencia, por las relaciones con los semejantes mas fuertes o mas débiles que tienen las mismas tendencias que él o tendencias contrarias; el pasado por las instituciones que ha creado i por las maneras de pensar, las nociones de valor i las formas de sentimiento que ha legado al presente. Si descomponemos aun mas las causas de todos los actos humanos a fin de llegar hasta sus elementos mas simples, se acaba por hacer constar que la voluntad de los individuos está determinada únicamente por sus necesidades que llegan a su conciencia bajo forma de sentimientos de desagrado. Miéntras vive el hombre trata de sustraerse a esos sentimientos i todos sus esfuerzos no tienen más que este objeto único. Aun en el caso en que el hombre parece hacer alguna cosa que léjos de suprimir o de atenuar un sentimiento de desagrado, lo crea por lo contrario, esta fórmula psicolójica jeneral conserva su valor absoluto. Es que si el hombre se espone en estos casos a un sentimiento de desagrado, lo hace con la intencion de sustraerse a otro que le parece mas penoso, cualquiera que sea por lo demas la apreciacion de un estraño que no esperimenta él mismo ese sentimiento. El esclavo trabaja penosamente para un amo, hasta el desfallecimiento, sin esperanza de recompensa o de liberacion, porque siente como ménos penoso el esfuerzo del trabajo que la representacion de los latigazos, de la mutilacion, quizá de la muerte que le esperan en caso de desobediencia; es pues para sustraerse a esta representacion por lo que se impone el esfuerzo del trabajo.

La simple apetencia de sentimientos de placer no es una causa de accion; no llega a serlo mas que cuando se presenta con una intensidad tal que es sentida como una inquietud atormentadora, como una tension, como una languidez, en suma como un sentimiento de desagrado agudo. Ni siquiera puede decirse que su constitucion orgánica impulsa al hombre a la accion por el terron de azúcar i el látigo; éste sólo es su estimulante

i en cuanto al terron de azúcar no es un estimulante mas que cuando enciende una cuncupiscencia que tiene el carácter de látigo. Solamente comprendido así, el hedonismo o el eudemonismo puede ser una esplicacion exacta de las acciones humanas. El hombre no se entrega a la busca permanente de la flor azul, pero está eternamente huyendo del dolor; no marcha hacia una Jerusalen de felicidad i de alegría soñada i ardientemente esperada, pero se aleja de prisa de las moradas donde halla desagrado.

Todo proceso histórico, sin escepcion ninguna, puede ser que referido necesidades, es decir, en último resorte a sentimiento de desagrado; estos sentimientos tienen por objeto la conservacion de la vida i no se correspon den sin la hipótesis de un instinto vital, de un deseo inherente a todo lo que vive de afirmarse contra la destruccion i la desaparicion. Sólo la hipótesis de este instinto vital es lo que esplica el hecho que el sér vivo en su sentimiento, a toda apercepcion de un estado que le perjudica o le pone en peligro, asocia un desagrado que le espolea a hacer esfuerzos para sustraerse a ese estado. No es siquiera del todo exacto decir que las nocividades están asociadas a un sentimiento de desagrado, puesto que esto crearia una apariencia de dualismo, de separacion entre la apercepcion i desagrado, de relacion de causa a efecto, de acto i de estado acompañándole. En realidad, la apercepcion de nocividad i el sentimiento de desagrado son idénticos; son un solo i mismo estado del organismo; el sentimiento de desagrado es el aspecto sujetivo de la nocividad; esta no es la causa del desagrado, es el desagrado mismo; está representada en la conciencia bajo forma de desagrado i obra en ella como causa de actos volicionales que tienen por objeto la defensa, lo mismo que fuera de la conciencia obra como exitadora de movimietos reflejos. I como todo lo que perjudica a la vida es en sí un desagrado para la conciencia, la vida que evoluciona fuera de toda accion nociva es en sí misma un placer para la conciencia, i hasta es en realidad el sólo placer accesible al hombre, el único que conozca, un placer que puede variar de intensidad, pero no cambia de naturaleza. Llegamos así a esta comprension que todas las acciones de los hombres, de los aislados lo mismo que de los que viven reunidos en grupos, clases i pueblos, tienen la significacion de una salvaguardia del placer, es decir de la vida i de una defensa contra el desagrado, es decir, contra los peligros i las nocividades que amenazan la vida, i que un sólo hecho fundamental se desprende de todo el trascurso de la historia; el hecho que los hombres i la humanidad tienen la voluntad de vivir i de hacer todos sus esfuerzos para mantenerse en medio de la naturaleza hostil. Pero bajo este aspecto el hombre no difiere de todos los demas seres vivos, ya sean simples o altamente diferenciados, vejetales o animales. El instinto de la vida parece inseparable de la vida i cada sér vivo orienta toda su actividad hácia el objeto de satisfacer sus

necesidades que en lo bajo de la escala son tropismos automáticos rejidos por las leyes químicas i físicas i no llegan a ser necesidades sentidas i conscientes mas que en un grado de desarrollo mas elevado. La historia vista e interpretada con exactitud no desata en modo alguno a la especie humana de la cadena de todas las demas especies de seres vivos; la une por lo contrario a ella i atestigua de nuevo, por sus medios de espresion, la unidad de la vida.

La especie humana ha tenido mas dificultades para satisfacer sus necesidades que todas las demas especies que han vivido ántes que ella i que viven al lado de ella sobre la tierra. Venida al mundo entre dos períodos glaciales, cuando nuestro planeta presentaba de un polo a otro las condiciones de existencia mas favorables para un sér plantívoro poco o nada velloso, que tuviese necesidad de calor i temiese la humedad, ha podido desarrollarse felizmente en su paraiso tropical i sub-tropical, hasta que tuvo que sufrir un período glacial que siguió. I no sólo ella sino todo lo que entónces vivía; muchas especies animales i vejetales han perecido, otras se han retirado en una estrecha zona tropical i permanecen allí encerradas como en una prision i tienen que pagar con su vida toda tentativa de evadirse; otras aun emprendieron la lucha contra la naturaleza convertida en hostil i soportaron sus rigores adaptándose a ella. De estas es la especie humana; no sucumbió ante el soplo glacial del clima polar mortífero, no se refujió en un asilo tropical inaccesible al frio, se adaptó a condiciones cambiadas, no como los otros habitantes de la tierra con ayuda de modificaciones de su organismo, sino merced a la actividad de su espíritu que se ha mostrado capaz de inventar arreglos artificiales que le aseguran todas las condiciones de existencia que no encontraba ya en la naturaleza.

Este trabajo de adaptacion artificial con ayuda de descubrimientos no ha cesado nunca; es más ardiente i eficaz cuanto mayor es su duracion; forma el verdadero contenido de la historia humana, no el contenido visible en la superficie, sino el que llena sus profundidades. Siempre ha sido realizado segun el método del menor esfuerzo i por consiguiente ha seguido la direccion de la menor resistencia. Este método ha tenido un singular efecto: los individuos mas fuertes se han hecho asegurar por los mas débiles las condiciones de existencia favorables que les eran indispensables. Para sus medios de accion, la resistencia de sus conjéneres era menor que la de la naturaleza; les ha sido preciso un esfuerzo menor para despojar a los hombres de los frutos de su trabajo que para obtener de la naturaleza calor, sequedad, alimento, reposo agradable; aprendieron por esperiencia que para ellos la forma mas cómoda de la adaptacion era el parasitismo; en esta direccion es a la que tienden los deseos de los individuos fuertes, tan léjos como nos es trasmitida su historia. El parasitismo de los poderosos es el objetivo visible ú oculto, directo o indirecto, de casi todas las

instituciones que se han formado en el trascurso de los siglos i que constituyen el marco i en parte hasta el contenido de la civilizacion. El único servicio a cambio de esto que la masa deseaba i esperaba al principio, pedia i aun exijia despues, por parte de sus individualidades superiores, era no perturbarla en sus costumbres, no pedirla juicios i decisiones personales, no imponerla nuevas adaptaciones que rebasarán de su capacidad orgánica, en una palabra mantener el órden en torno de ella i protejerla en el disfrute de los pocos mínimos derechos que el poder constituido la reconocia.

Vista desde fuera, la historia se presenta, pues, únicamente como el melodrama del parasitismo, con escenas tan pronto movidas como mas tranquilas i súbitos efectos de teatro. Un poderoso que los débiles en su admiracion servil califican de héroe, se arroga el poder sobre algunos o sobre un gran número, quizá sobre un pueblo entero o aun sobre pueblos. Él o sus sucesores aumentan ese poder por irrupciones en territorios estranjeros i por conquistas i aseguran el mantenimiento de su prestijio por medio de una magnificencia de corte o por guerras ocasionales, inspirando así el temor i la veneracion. Los guerreros i los servidores del soberano se organizan en una clase que trata a su vez de ejercer el privilejio de la esplotacion sobre el resto del pueblo. Cuando esta clase llega a ser demasiado exijente o una parte de los esplotados adquiere poder económico i se hace consciente de su fuerza, éstos tratan de romper el poder de los esplotadores, de espulsarles de su situacion privilejiada i de ponerse en su lugar, a ménos que estos privilejiados sean bastante avisados para aceptar en sus filas a los asaltantes contra los cuales no pueden ya defenderse. De estas luchas incesantes de individuos por el poder supremo, de clases por el poder en el seno de un solo i mismo pueblo, de pueblos por la posesion de la tierra i de sus productos, surjen i se perfeccionan el Estado, el ejército, la administracion, las comunicaciones, la economía política, el derecho.

Todas estas instituciones se orijinan las unas de las otras, se determinan recíprocamente, sirven todas juntas de armas para esas luchas de individuos, de clases, de pueblos. Pero miéntras las guerras i los tratados internacionales, las revoluciones i las reacciones, las discordias de partidos, las crisis i los pactos señalan por una parte los esfuerzos del egoismo arasitario de individuos i de colectividades que llevan miras de una esplotacion lo mas provechosa posible, i por otra parte la resistencia de las víctimas que se defienden, i modifican sin cesar la superficie de la humanidad, se realiza bajo esta superficie tumultuosamente ajitada de la política esterior e interior de los Estados, silenciosa i uniformemente, el trabajo mas difícil de la adaptacion valiéndose de un conocimiento cada vez mas penetrante de la naturaleza, del cual no se aprovechan sólo los individuos superiores orgánicamente dotados, como en la adaptacion por el parasi-

tismo, mas fácil por lo ménos para los fuertes, sino que beneficia a la especie entera, hasta a la masa media, hasta a los individuos ménos favorecidos por la naturaleza. Los descubrimientos de observadores capaces i de intérpretes sagaces permiten comprensiones cada vez mas profundas, sino de la esencia, por lo ménos de las manifestaciones de las fuerzas cósmicas; inventores injeniosos i penetrantes llevan cada nuevo conocimiento de la naturaleza a una forma manejable que le hace apto a la satisfaccion de necesidades de las cuales la humanidad o una parte de ella se ha hecho consciente. La mejor comprension de los fenómenos naturales hace la educacion progresiva del espíritu humano, le enseña a distinguir el error de la verdad, a pensar lójicamente, a enlazar con prudencia en sus juicios el efecto a la causa; aguza su intencion, desarrolla su sentido de la realidad i restrinje en su conciencia la preponderancia de las palabras en provecho de la vision interior positiva i de la representacion concreta. Esta educacion del entendimiento por el conocimiento de la naturaleza tiene por efecto romper el poder de los símbolos i de las imájenes verbales.

I puesto que en presencia de una masa mas ilustrada el parasitismo cada vez es ménos provechoso i mas penoso, cesa de ser la forma de adaptacion mas cómoda para los escojidos, i la lei del menor esfuerzo les determina a someterse a las mismas obligaciones del trabajo que los hombres ordinarios para obtener la satisfaccion de sus necesidades, sea de la naturaleza, sea por cambios con los demas, cambios que siempre sabrán por lo demas hacer ventajosos gracias a su superioridad. Paralelamente a esta evolucion de la civilizacion prosigue la suya la moral; la modificacion de las relaciones entre los superiores i la masa, el desarrollo creciente del sentimiento de dignidad i de independencia aun en el hombre ordinario que no aspira a la dominacion, el valor mas grande asignado a la personalidad hasta cuando no se distingue por ningun mérito escepcional, trasforman igualmente los conceptos de moralidad. La ética del parasitismo que no aprecia los pensamientos i los actos sino en la medida en que son favorables o perjudiciales a todas las manifestaciones del poder esplotador, es decir de los hombres preponderantes, de la clase privilejiada del Estado, es poco a poco invadida i finalmente reemplazada por una ética de la personalidad soberana que considera como bueno lo que facilita la conquista de la naturaleza por el hombre i como malo lo que facilita la subyugacion del hombre por el hombre.

En la lucha de la humanidad por su existencia en medio de una naturaleza hostil la lei del menor esfuerzo no ha conducido solo al parasitismo; ha enjendrado todavía otro fenómeno: el ilusionismo. Saber orientarse en la naturaleza, evitar lo perjudicial i encontrar lo útil, tal es para todo sér vivo la condicion de su conservacion; en vista de esta facul-

tad desarrolla i diferencia todos sus órganos; cuanto mas variadas i complicadas llegan a ser sus necesidades, mas afinada i diversa tiene que ser la facultad de orientacion. En el hombre, como en todos los animales superiores, el sistema nervioso con su aparato central, el cerebro, es donde reside esta facultad. La funcion mas elevada de este órgano, el mas importante de todos, que preside tambien al quimismo del cuerpo, al movimiento, en gran parte al desarrollo, a la circulacion de la sangre, a la nutricion, es la funcion psíquica que se ha orijinado i se ha desarrollado enteramente bajo la forzosa constriccion del instinto de conservacion. La necesidad de la adaptacion a la naturaleza vigorizó la memoria, propiedad fundamental de la materia viva, hizo a la atencion sostenida i estable, creó i perfecionó el mecanisno de las asociaciones de ideas i tuvo por efecto que le es imposible al cerebro pensar de otro modo que segun el principio de causalidad.

El trabajo psíquico mediante el cual se obtiene una imájen del mundo que coincide con la realidad tan perfectamente como lo permiten la estructura i el funcionamiento de los órganos humanos de los sentidos i de apercepcion es penoso, i el saber es el fruto de duros esfuerzos. La atencion sostenida que no se deja distraer, la formacion de representaciones con las solas apercepciones sin ningun aditamento subjetivo, la evocacion para formar juicios del contenido entero de la memoria en representaciones que han sido construidas mediante apercepciones sometidas a la crítica, el exámen riguroso de todos los elementos de una conclusion desde el punto de vista de su interdependencia i de su acondicionamiento causal recíprocos, todo esto es incomparablemente ménos fácil que la instabilidad i la fuga de ideas, el ensueño, los vagabundeos caprichosos de la imajinacion.

«Existe, dice Gœthe, al lado del mundo real, un mundo de la ilusion casi mas poderoso que aquél, i en el cual vive la mayoría». Este mundo de la ilusion los hombres se lo han creado merced a su observacion defectuosa, desprovista de atencion, que se contentaba con las mas fugaces impresiones sensoriales. I aun estas impresiones las falseaban todavía con aditamentos arbitrarios e interpretaciones al reves, con sus intuiciones o adivinaciones que no son mas que una mezcla amorfa de recuerdos crepusculares cuyo oríjen sensorial se ha olvidado, con su pensamiento analójico que identifica cosas esencialmente diferentes a causa de una semejanza parcial i con su imajinacion que tiene por método de trabajo el automatismo de las asociaciones i se emancipa casi por completo de la lei del encadenamiento causal de los conceptos.

En su mundo de ilusion, los hombres se encontraban a gusto como en su cabaña caliente donde no sentian el frio, la tempestad i la lluvia que se desencadenaban fuera. Aquí, todo tenia un sentido comprensible para

ellos, encontraban una respuesta a toda pregunta angustiada o curiosa, obtenian el apaciguamiento de toda inquietud i de todo temor, el consuelo de toda pena, una solucion clara i satisfactoria de todo enigma. ¿La enfermedad? La persecucion por un enemigo invisible, i a veces tambien visible que no habia mas que apartar intimidándole o halagándole, para curarse. ¿La muerte? Una simple apariencia, siendo así que la realidad es la sobrevicencia eterna en rejiones ignoradas i, por lo ménos para los buenos o los favorecidos, soberbias. ¿El mundo? Una capa redonda de tierra situada sobre el mar i recubierta por una campana de cristal azulado. ¿Su oríjen? ¿Su fin? Unos grandes artistas, los dioses, lo han creado, lo gobiernan i lo destruirán otra vez algun dia. ¿La felicidad? Un don que puede recibirse de los dioses, cuando se ha mendigado sus favores mediante súplicas obsequiosas o comprado mediante sacrificios. Bastan estos ejemplos. Para dar una descripcion completa del mundo de la ilusion del cual los hombres se han rodeado, habria que ir pasando en revista todas las mitolojías, todas las cosmogonías fabulosas, todas las teolojías, pero tambien todos los sistemas metafísicos.

Unos hombres, mui escasos al principio, aislados, luego cada vez mas numerosos, dotados del sentido de la realidad, se salian, vacilantes, tímidos, del mundo de la ilusion que les era tan familiar i se aventuraban a tientas, con precaucion, lentamente, contando sus pasos, en el mundo real. Estaba éste desprovisto de caminos i era incomprensible; a cada paso se tropezaba con agudas encrucijadas, a cada instante los pies quedaban cojidos bajo bloques enormes o en hoyos profundos. Pero poco a poco consiguieron orientarse i en la medida en que se iban abriendo camino, sentian bajo sus plantas un terreno suficientemente sólido i el mundo de la realidad suministraba a sus investigadores un beneficio positivo que el mundo de la ilusion no habia nunca suministrado ni suministrará jamas.

Estas avanzadas están constituidas por la pequeña minoría de observadores, de esploradores, de investigadores, de pensadores, de esperimentadores a los cuales la humanidad debe sus descubrimientos, sus inventos, sus conocimientos. El trabajo fecundo de esta minoría permite a la gran mayoría continuar disfrutando impunemente de su agradable ilusion; pero la impide cada vez mas eficazmente cometer actos bajo la impulsion de sus ilusiones i repetir en una escala algo considerable aberraciones tales como las cruzadas, las hazañas de los flajelantes, las persecusiones de los heréticos, el envío de los brujos a la hoguera, las guerras relijiosas de los siglos XVI i XVII.

El mundo de la ilusion que, para el hombre no desarrollado, constituye el mundo entero, es fijado por el pensador que tiene sentido crítico en el arte que es su lujo i su alegría indispensables; en el arte halla esos li-

bres vuelos de la fantasía que han constituido casi hasta nuestros dias todo el trabajo cerebral de la humanidad; en el arte tiene de nuevo un mundo que puede, sin cuidarse de los crueles mentís que le opone la realidad, construir i adornar con sus ideas, poblar de encarnaciones de su deseo de belleza, de juventud, de fuerza, de perfeccion de toda especie; del cual puede desterrar toda fealdad, toda vulgaridad, todo lo que es malo, repugnante, todo lo que subleva, todo sufrimiento, toda miseria; en el cual puede hacer triunfar únicamente la justicia, la dulzura, el amor. En el arte, sólo las inclinaciones i los impulsos del hombre son los que actúan i hallan la satisfaccion ilimitada que les niega la realidad; aquí no está el hombre obligado a adaptarse penosa i dolorosamente a la naturaleza, es por lo contrario, la naturaleza, una naturaleza imajinada por él, la que se adapta con una complacencia inagotable a todas sus necesidades i a todos sus caprichos i no deja incumplido ninguno de sus anhelos. La necesidad de una adaptacion real al ambiente ha obligado al hombre a elevar su pensamiento al conocimiento mediante una disciplina severa i a renunciar a los atractivos de la ilusion fácil, halagadora, pero estéril; en el arte busca el desquite de la realidad.

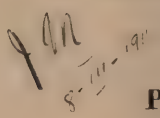
Se ha esperado que la historia diera una respuesta a las preguntas referentes a la eternidad; ha sido en vano; no la puede dar. La vida ajitada de la humanidad, en el presente como en el pasado, nos coloca ante los mismos hechos inexplicables que el fenómeno turbulento del Universo. Hechos de este órden son la existencia misma del mundo, la aparicion de la vida i de la conciencia. Están dados, tenemos que aceptarlos i ajustarnos a ellos que los comprendamos o no racionalmente. Vemos que el mundo es; que en un momento dado, en este mundo, nuestro planeta ha aparecido i ha llegado a ser el teatro de procesos vitales; que en el trascurso de la evolucion de la vida sobre la tierra hizo su aparicion un sér que tenia la masa cerebral proporcionalmente mas grande conocida hasta entónces; que la especie humana tenia el deseo i la aptitud para mantenerse en condiciones desfavorables. Esto, lo vemos; pero la historia no lo esplica ni mas ni ménos que la química o la astronomía. ¿Cómo la conciencia se da luz súbitamente en las combinaciones de la materia i se ensancha sin cesar para llegar al conocimiento? ¿Cómo las acciones de la naturaleza sobre la materia viva, es decir, los procesos dinámicos i cinéticos se trasforman en representaciones? ¿Por qué solo el hombre, con esclusion de toda otra especie viva, ha podido escalar el grado de desarrollo caracterizado por la existencia de la razon? ¿Por qué esta larga serie de nacimientos i de muertes, el esfuerzo inmenso para la adquisicion de conocimientos, las luchas i sufrimientos incesantes, si el aniquilamiento, si la desaparicion sin dejar rastro de la humanidad i quizá de la tierra misma,

ha de ser el desenlace de la creacion? Por mucho que nos quedemos en contemplacion ante los anales de la humanidad; por mucho que queramos evocar a los hombres i los sucesos desde las profundidades milenarias del pasado cuanto nos sea posible, no obtenemos la menor informacion sobre lo que nos atormenta.

Tenemos que renunciar a considerar la humanidad desde el punto de vista de la eternidad. De otra suerte, se desvanece ante nuestra mirada para convertirse en un punto apénas perceptible, sin duracion, sin importancia, sin destino, i esta contemplacion nos deja humillados, disminuidos, desanimados. Vistos *sub specie æternitatis*, no somos nada; tenemos pues que considerarnos *sub specie sæculi* para que nos parezca que vale la pena de pararnos en la contemplacion de nosotros mismos. Es vano buscar una finalidad de la humanidad i de su existencia; tanto vale buscar el objetivo de Sirio, de la vía láctea, de las migraciones de los cometas. Por lo ménos, en lo que concierne a la vida del individuo, reconocemos algo así como una finalidad subjetiva; el individuo vive porque le es agradable vivir, vive porque su vida le procura sentimientos de placer, porque ella misma es un sentimiento de placer. Sobre esto, no hai duda alguna; sólo en la enfermedad i en la vejez, es decir, cuando su enerjía vital comienza a desarecer, se apodera del hombre una sensacion angustiosa de vacío, de ausencia de objetivo, de *taedium vitae;* pero miéntras está lleno de fuerza vital, halla, aun ante su razon, una plena justificacion en esta parábola del Evanjelio: «A cada dia basta su labor». Disfruta de su mejor tiempo i de sus mas bellas esperiencias sentimentales en un mundo de ilusion que se crea él mismo, en la relijion, en el cuento de hadas i la supersticion, en el arte. En su sed de duracion, en su anhelo ardiente de porvenir, reclama para sus esfuerzos una finalidad que le abra perspectivas remotas, inventa un ideal que vaya mas allá de la hora, aun de su vida terrestre i de los límites de su existencia individual. En este ideal se yergue, adquiere ideas consoladoras de su propio valer i se imajina tener una importancia de un alto i vasto alcance. Pero ¿cuál es el ideal entre todos aquéllos a los cuáles habian aspirado los hombres mas nobles i de espíritu mas poderoso, que resista al conocimiento frio i sereno? En el fondo, uno solo: el ideal de bondad i de amor desinteresado. A los males ineluctables con que la naturaleza aflije al hombre, no añadir cruelmente males evitables, disminuir en la medida de sus fuerzas la suma de sufrimientos en la humanidad, he aquí lo que han erijido en ideal i tratado de realizar los hombres mas perfectos que nuestra especie haya producido, he aquí lo que les ha parecido suficientemente noble i grande, una fuente suficiente de inspiracion i de recompensas. Este ideal está aun léjos de haber sido logrado; durante mucho tiempo aun podemos contentarnos con él; son todavía numerosos aqué-

llos para quienes, i estarán entre los mejores, hará la vida digna de ser vivida.

Detras de todas las pariencias i de todas las ilusiones encontramos como el verdadero sentido de la historia, la manifestacion del instinto vital de la humanidad. Esta manifestacion reviste sucesivamente la forma del parasitismo, de la ilusion i del saber que constituyen en una serie ascendente el modo humano de la adaptacion a la naturaleza. El que afirma encontrar otra cosa en la historia, no lee en ella, sino que introduce en ella lo que es propio suyo.



Pensamientos

Hablar de hombres libres es una simpleza. No existen hombres libres; el matrimonio, las relaciones de hombres a mujer han corrompido la raza humana i puesto un sello de esclavitud sobre los individuos.

Es inadmisible que los sabios martiricen los animales en nombre de la ciencia. Los médicos debieran servirse para sus esperiencias de periodistas i políticos.

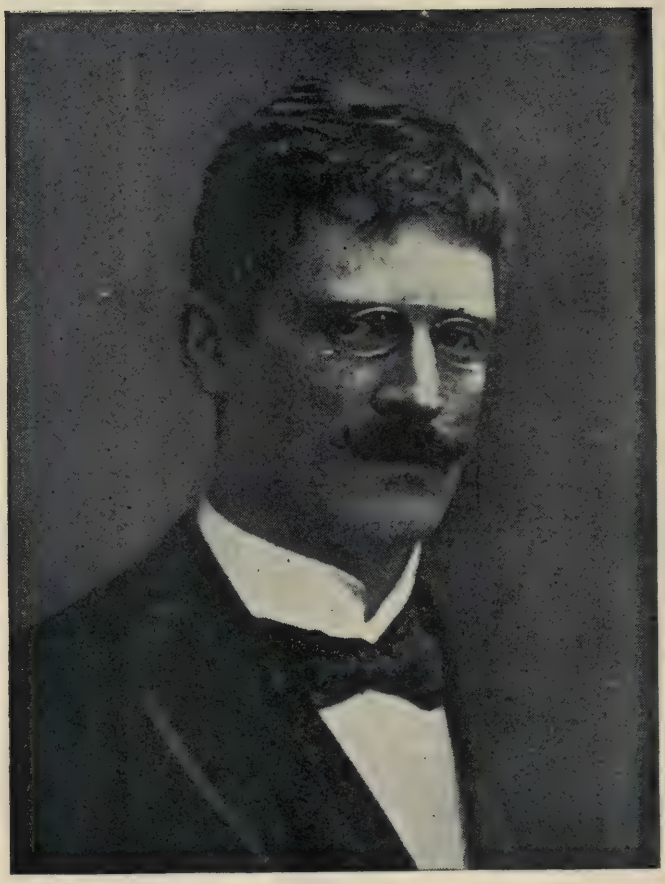
La sociedad moderna no es una sociedad de hombres i de mujeres; es una sociedad masculina.

El culto de la patria es una etapa del espíritu humano.

Dios, al que quiere herir en el combate de la vida, comienza por convertirle en personalidad independiente.

Mis simpatías son para los que buscan la verdades nuevas, por esos escojidos que léjos de la mayoría compacta, luchan por las verdades que aun no son conocidas i comprendidas por esas mayorías.

ENRIQUE IBSEN.



KNUT HAMSUN

De KNUT HAMSUN (1)

El primer dia en el bosque

Me sentía feliz i cansado; todos los animales se aproximaban a mí i me examinaban; en los árboles estaban los escarabajos, i las orugas untuosas rampaban sobre el camino. Un buen encuentro, pensé. El espíritu del bosque se impregnaba en mis sentidos, lloraba de amor i era completamente feliz i me sumia en mi gratitud. Tú, bosque de bondad, hogar mio, mi corazon te desea la paz de Dios... Me detengo, doi vueltas en todas direcciones i pronuncio llorando el nombre de pájaros, piedras, árboles, hierbas i pantanos; otra vez doi la vuelta i pronuncio unos nombres tras otros. Miro las altas montañas i pienso: sí, vengo ahora como si contestase a una llamada. Allá arriba el halcon enano prepara su nido; yo sé donde está. Pero el pensamiento de los halcones enanos, haciendo sus nidos en las altas montañas, llevaba mui léjos a mi imajinacion.

A medio dia marché en una lancha i abordé una pequeña isla, un islote que estaba fuera del puerto. Allí habia flores de color lila, de altos tallos, que subian hasta mis rodillas; caminaba entre hierbas estrañas, frambuesos, planta del cuajo i otras; no habia animales, i, probablemente, tampoco habia habido nunca hombres. El mar hacia suaves espumas contra la isla i me envolvia con un velo de murmullos; a lo léjos, cerca de las Oeggeholmene, chillaban i revoloteaban las aves de la costa. Pero el mar me rodeaba por todas partes como si fuese un abrazo ¡Bendita sea la vida, la tierra i el cielo, i benditos sean mis enemigos! Quiero en este momento ser clemente con el peor de mis enemigos i atar los cordones de su zapato...

Un «iza, oh, ah, iza» llega hasta mí desde uno de lo barcos de cabotaje de M. Mack, i mi alma se ilumina al son de este canto bien conocido. Remo hasta la escollera, paso mas allá de las cabañas de los pescadores i vuelvo a mi casa. El dia avanza, tomo mi comida que comparto con Esopo, i vuelvo al bosque. Dulces brisas acarician silenciosamente mi rostro. Benditos seais, digo yo a los vientos, porque vienen contra mi rostro; ¡benditos seais! en mis venas mi misma sangre está reconocida hácia vosotros.

La fatiga se apodera de mí i me duermo.

¡Tin! ¡Tan! ¡tin! ¡tan! ¡Son las campanas que suenan! A poca distancia de aquí una iglesia se levanta sobre el mar. Digo dos plegarias, una por mi perro i otra por mí mismo, i entramos en la iglesia. La puerta retumba tras de nosotros, siento algo que me sacude, i me despierto.

(1) Poeta norso.

El cielo está púrpura, el sol hace su obra; allá, ante mis ojos, el horizonte resplandece la luz. Esopo i yo pasamos a la sombra.

Todo está tranquilo alrededor nuestro. Nó, digo a Esopo, ya no queremos dormir mas, mañana iremos de caza; el sol rojo nos alumbra, no llegaríamos a la montaña... Estraños humores se apoderan de mí i la sangre me sube a la cabeza. Ajitado, débil aun, tengo la sensacion de que alguno me besa i que ese beso me queda sobre los labios. Miro a mi alrededor i nadie visible está presente ¡Iselin! esclamo.

La hierba murmuraba; bien pudieran ser hojas que cayesen o tambien pudieran ser pasos. Un estremecimiento pasa por el bosque i yo pienso que acaso pudiera ser el aliento de Iselin. Iselin se ha paseado por estos bosques; aquí cedia a los ruegos de los cazadores de botas amarillas i capas verdes. Habitaba allá abajo en sus dominios, a dos leguas de aquí. Estaba sentada a su ventana, hace cuatro jeneraciones de esto, escuchando resonar el cuerno de caza por todas las selvas de los alrededores. Habia renos, lobos i osos i los cazadores eran muchos i todos la veian crecer i cada uno de ellos la esperaba. El uno habia visto sus ojos; el otro, oido su voz; pero cierta vez un jóven, no pudiendo dormir, se levantó durante la noche e hizo un agujero hasta la habitacion de Iselin, i vió su vientre blanco i satinado. Cuando ella tenia doce años, Dundas llegó. Era escoces, traficaba en pescados i tenia muchos barcos. Tenia un hijo. Cuando Iselin tuvo dieciseis años, vió por primera vez al jóven Dundas. Fué su primer amor... ¡Qué estraños sentimientos se deslizaron en mí espíritu! ¡i qué pesada se hizo mi cabeza miéntras permanecí allí sentado! ¡Cerré los ojos i sentí de nuevo el beso de Iselin!

—¡Iselin! ¿estás aquí tú, la enamorada de la vida? dije ¿Has dejado a Diderik tras un árbol?... Pero mi cabeza se hizo cada vez mas pesada i caí en las ondas del ensueño.

¡Tin, tan, tin tan! Una voz habla; se me figura como si una pléyade cantase en mi sangre; es la voz de Iselin.

—¡Duerme, duerme! Voi a hablarte de mi amor miéntras que tú duermes i te contaré mi primera noche. Bien me acuerdo; me habia olvidado de cerrar con llave mi puerta; tenia dieciseis años i era el tiempo de la primavera i de las dulces brisas. Dundas vino. Me pareció que un águila avanzaba susurrando. Yo le habia encontrado una mañana ántes de la hora de la caza; tenia veinte años i volvia de lejanos viajes. Se paseaba a mi lado en el jardin i cuando me tocó con su brazo comencé a amarle. Dos rojas manchas de fiebre le vinieron a la frente, i yo hubiera podido besar esas manchas.

.....

Las noches de heladas del mes de Agosto

La primera de «Las tres noches de helada del mes de Agosto».

A las nueve, el sol se pone. Una vaga oscuridad se esparce sobre la tierra i algunas estrellas son visibles; dos horas mas tarde se ve el reflejo de la luna. Marcho al bosque con mi escopeta i mi perro, enciendo el fuego i su luz manda reflejos por entre los troncos de los pinos. No cae la helada.

¡La primera «noche de helada»! digo. I me estremezco de una manera estraña, con una alegría loca, por encontrarme allí a semejante hora...

¡Echad un «viva» a las noches solitarias en los bosques, vosotros, hombres, animales i pájaros de las selvas! ¡Vivan la oscuridad i el murmullo de Dios en los árboles i la dulce i simple armonía del silencio en mis oidos! ¡Vivan las hojas verdes i las hojas amarillas! ¡Viva el ruido de la vida que oigo! Este ruido es el de un hocico jadeante contra la hierba, un perro que husmea en la tierra. ¡Viva el gato salvaje que se arrastra por el suelo i acecha i se prepara para saltar sobre el gorrion en la oscuridad!

¡Viva la tranquilidad maravillosa de la tierra! ¡vivan las estrellas i la luna! sí, ¡viva todo!

Me levanto i escucho ¡nadie me ha oido! Vuelvo a sentarme.

¡Gracias sean dadas a la noche solitaria, a las montañas, a la oscuridad i al murmullo del mar! ¡Mi sangre bulle en mi corazon! Gracias por mi vida, por mi aliento, por la gracia de vivir esta noche; ¡por todo doi las gracias de todo mi corazon! ¡Escuchad hácia el Este, escuchad hácia el Oeste; pero escuchad! ¡Es el Dios eterno! Este silencio que murmura a mi oreja es la sangre de toda la naturaleza que hierve, es Dios que de ella impregna el mundo entero i a mí mismo tambien. Veo una tela de araña que brilla a la luz de mi hoguera, oigo los remos de una canoa en el puerto, veo una aurora boreal deslizarse sobre el cielo del norte. ¡Oh¡ Por mi alma inmortal, doi tambien gracias a esto, que soi yo, que está aquí sentado.

¡Silencio! Una piña cae a tierra sordamente. Una piña ha caido, pienso. La luna ha subido su camino; el fuego vacila sobre las brasas a medio quemar, próximo a estinguirse. I ya mui avanzada la noche, vuelvo a mi casa.

De ERNESTO A. GUZMAN

Un poeta portugues

(Guerra Junqueiro: *Los Simples*, *Patria*, *La Musa en Ocios*. Traduccion de Eduardo Marquina).

Al emprender la lectura de una obra cualquiera, conviene hacer en nosotros un balance interior i darnos cuenta, así, de nuestra actual capacidad de comprender i de sentir. Ademas de la ventaja de hacernos resaltante el estado de ánimo con que nos hemos hundido en el pensamiento del autor, esto tiene otra mayor valía aun. I es que la postura de nuestro espíritu, al finalizar la última pájina de una obra, será el preciso fiel que nos oriente en la apreciacion de lo que en él ha nacido durante el trabajar de su atencion.

La mas vulgar de las esperiencias habrá rejistrado, a veces, la ausencia absoluta de una modificacion. El estado de ánimo en que en esas ocasiones se quedó, ha sido idéntico al que se tenia al comenzar. Pero otras veces hemos constatado un alijeramiento en nosotros, especie de esponjamiento de las entrañas; un algo que nos levantaba la cáscara de la reflexion, como queriendo dar brotes; una boca abierta que, desde el fondo de la conciencia, nos pedia decir a los demas el convencimiento de habernos sentido anchamente sacudidos i modificados. Porque hai dos clases de obras. Miéntras unas solicitan del lector un estado de ánimo semejante al que las produjo, otras, por la avasalladora potencia que entrañan, i quiéralo o no lo quiera el lector, con maravilloso poder, imponen el estado que a ellas corresponde. Las primeras dejaron en el alma del autor lo que no fueron capaces de arrastrar consigo al salir: la viva palpitacion que quisieron mostrar. Las segundas enredaron en sus frases lo eterno que las movió. Si una de aquéllas, al cantar las tristezas i las desesperanzas por ejemplo, es un lamento continuado i parejo, para que logre conmovernos es necesario que seamos tierra apta para la semilla sembrada. Pero si nos encontramos en esa actitud, no será tampoco la ajena sino la propia tristeza la que nos sacuda, al cargarnos con toda su fuerza sobre la debilidad de la estraña. Es que entónces es lo que llevamos dentro lo que sale a dar la enerjía de perpetuidad que a aquéllas les faltaba.

* * *

Cuando un gran poeta traduce a otro poeta, no es aventurado afirmar que a éste se nos dé con la misma enerjía con que él esteriorizó sus sensaciones, i con las imájenes con que hizo claros i embelleció sus pensa-

mientos. Se supone entónces que la obra de hacer frases, i cuyo único mérito en ellas consistia en el orijinal, se ha quedado en la lengua materna del autor traducido, i que sólo pasó a la estranjera lo que llevaba de durable en su seno. Asombra el oir las alabanzas con que se abruma a tal o cual libro estranjero, cuando en su traduccion nos ha dejado enteramente frios. ¿Cuál era, pues, su entraña? La envoltura, el traje. Oh, el estilo! Siempre lo pasajero sobre lo permanente, el último corte de moda por sobre la eterna oracion de vida de todo el cuerpo!

Apénas si conocia a este Guerra Junqueiro por las referencias que de él hace Unamuno en «Vida de don Quijote i Sancho.» Al terminar la lectura de «La Musa en Ocios», una larga sensacion de cansancio rejistraban nuestros ojos i nuestro espíritu. Porque todas las composiciones que llenan este volúmen han sido hechas a la fuerza, en esos momentos en que, poseídos todavía por el mareo del aplauso con que se saludó nuestros aciertos, no nos resignamos a la inactividad, i queremos obligar a las sensaciones a que se esterioricen, aun no viviendo ellas con la robusta vitalidad necesaria. De intenso, no he encontrado en el libro nada mas que la tercera estrofa de «Visita a la floresta», i esto:

«i del ínfimo can, el intenso mirar
daba a entender las ánsias i la inquietud de un alma
que está encerrada i que quiere romper a hablar.....
supo ver el artista, en los ojos de brasa,
el mutismo elocuente de un corazon humano.»

En estos angustiosos momentos en que se manotea por agarrarse a un tema, cuánto mas saludable para la obra por hacer no le habria sido el abandonarse a la contemplacion de lo que él mismo dice: «dejo que pasten mis ojos—lo azul... como dos borregos.» En «Finis Patriae», tambien el versificador le estorbó la salida al poeta.

«Patria» es un poema de lamento i de ánsias esperanzadoras, en que el pueblo portugues aparece encarnado en la vigorosa figura del Idiota. Entre el tropel de corrompidos cortesanos i la imprudencia de un rei, se asiste al desfile de las miserias que los «*espectros*» de una dinastía fueron acumulando sobre la raza. I ésta, que dice:.....

«i el alma de la humanidad precaria,
en mareas de asombros, tumultuaria,
palpitó un dia encima de mi pecho!»,

aprieta en los labios del pobre Pueblo-Idiota la queja angustiadora:

«¡Ya no cabe, siquiera, en mis dominios,
la exígua sombra, al sol, de mi bordon!»

En un arranque de suprema desolacion humanitaria, se hace decir al espectro de Nuñálvarez, el jenio de la casta:.....

«¡vívida espada, que empuñé glorioso,
¡que un macilento labrador mendigo
en sus manos acójate piadoso.....
i que el yunque otra vez te dé castigo,
i que acabes, al fin, reja de arado
por los campos de Dios, labrando trigo!»...

El Loco, el pobre esperanzado, afirma, entónces, haber encontrado su alma, i frente a las llamaradas del incendio, que arrasan el castillo, llamando a sus desamparados, esclama:

.....

«venid a calentar en el árduo brasero
las pobres manos i los tristes corazones!...
ya se llenan de flores las zarzas del sendero!
ya se llenan, las bocas vírjenes, de canciones!»

En la destruccion final i frente al Idiota crucificado, Guerra Junqueiro afirma todas sus esperanzas en la criaturita que el último campesino lleva en los brazos, esa que «nació de un cadáver i en ella se enjendrarán, talvez, los bosques de mañana...»

No está este poema manchado de la vulgar patriotería ni del tono comunes a las cantatas al terruño; está saturado de una bella sinceridad i de una honda idea humana:

.....

«i el mundo es un palenque, al que me lanza
mi batalla de Amor i de Verdad.
¡Caballero de Dios, surje i avanza!
¡dale al yunque los clavos de Jesús
i haz con ellos el hierro de tu lanza!
¡Labra el asta del leño de una cruz
i, paladin de la visera erguida,
da lanzadas gloriosas a la luz!»

Acaso un tanto caricaturesco i de insuficiente calor en la espresion para los que vivimos léjos del medio en el cual sus personajes se mueven, consigue, sin embargo, darnos la vision de ser obra duradera.

En «Los Simples», canta a los sencillos de alma, a los injénuos de

pensamiento, i coje sus comparaciones e imájenes en el mismo ambiente en que ellos viven i trabajan. Las cosas, los árboles, los animales, reciben la bendicion de sus mansos sentimientos i las pueriles palabras de su amplísimo amor. El pollino de «La molinera» le hace nacer estos impulsos:

«ganas me dan, viendo su humilde ralea,
de irme a la parroquia blanca de la aldea
para bautizarlo i hacerlo cristiano.»

A su boyeriza,

«la viste de oros el buen sol amigo;
su sombrero es paja que hace un mes dió trigo,
su basquiña es lino que hace un mes dió flor»

En su poemita «Cadáver», cuenta la muerte del viejo castañero bajs el cual nacieron tantas esperanzas labriegas i que dió al campesino viga, para su techo, cunas para el nieto, luz i calor al hogar, artesa para el pan yugos i arados. I siente con propio dolor la ida de aquel árbol, i lo que quisiera,

«muertos castañeros,
es, como vosotros levantar mis ramas;
dar trescientos años sombra a los cabreros,
i en ahumados llares de alegres braseros,
¡calentando abuelos, deshacerme en llamas...»

En estos poemas humildes, el poeta triunfa, a veces, de nosotros i nos hace sentir en sus versos las tristezas que le fueron propias. Pero se nota un tan desmedido afan de alargarse, de dar importancia a lo que no lo tenia, que no sólo hai decenas de estrofas perdidas, sino composiciones enteras. Fuera de las dos citadas, apénas nos satisfacen «Preludio«i «Eras a la luna». Su «Oracion al pan» nos da, fragmentariamente, la sensacion de una intensa alma de poeta.

Pero donde Guerra Junqueiro alcanza a poner aliento de universalidad en su voz, raiz de eternidad en su pensamiento i angustias de belleza en nosotros, es en su «Oracion a la luz». Fuerte i honda oracion, en ella se hermana la gran amplitud de la vision con la mayor profundidad i la profusion de imájenes. Nos invita a orar a la luz, jeneradora de la vida universal, porque por ella la roca se

«Torna arena... i, en un momento,
la arena es lodo, i savia i fruto blando,
i carne humana, i sangre i pensamiento.»

Porque por ella

«suspiran, sin cesar, durmientes,
las almas vejetales, retenidas
en el vago estupor de las simientes.»

Porque es la sangre del mas grande de los crucificados:

«¡oh, sol crucificado, oh, sol bendito!
Tu carne de fluidos i metales
es la carne matriz del mundo todo;
carne que está en el agua i en el lodo,
nuestros padres i madres naturales»

Porque por ella

«Relumbran en mi cuerpo, humanizadas,
muertas constelaciones i muertas alboradas»

Porque por ella

«Esta carne, esta sangre, esta miseria,
este anhelo inmortal que me tortura,
ya fueron brasa en la amplitud etérea
i por eso en la luz viven de hartura.»

Para nosotros, es este luminoso ventarron panteista lo que justifica el dictado de gran poeta que se ha dado a Guerra Junqueiro.

De ZACARÍAS SALINAS

Nuevas orientaciones de la Educacion[1]

.....

En tésis jeneral, me permití manifestar entónces la conveniencia de revisar el plan de estudios de los liceos de la República, pues creo sinceramente que en mas de algun punto es susceptible de ser modificado, si no en su fondo, en la forma de su desarrollo i con atencion a las necesidades de nuestra cultura patria, así como a las exijencias generales del tiempo i del progreso universal.

Dentro de nuestras condiciones de carácter nacional, del espíritu de nuestras instituciones políticas i de los fines particulares que, de acuerdo con ellas, el pueblo de Chile, lo mismo que cualesquiera otros, debe seguir en su desenvolvimiento, conviene, pues, poner nuestra enseñanza pública en armonía con las tendencias nuevas mas salientes sobre la materia. Dicha armonía, para que produzca resultados duraderos, hai que buscarla siempre en la orientacion jeneral de la enseñanza i no sólo en un punto o detalle, como suele ser el caso entre nosotros con nuestras reformas parciales.

Con la adopcion del ahí llamado «plan o sistema concéntrico» hace ya veinte años, se concluyó con el antiguo «plan o sistema de ramos», que por tanto tiempo dominó en nuestros institutos de enseñanza, señalando, sin duda, ese hecho una nueva éra en los anales de nuestra educacion pública. Sin embargo, aquí cabria talvez preguntar si dicha sustitucion de plan ha significado, en efecto, un progreso real en nuestra enseñanza, si ha influido en mayor grado en nuestro adelantamiento intelectual i moral, o si las jeneraciones formadas segun el nuevo plan prometen mas en ese sentido que las que lo fueron segun el antiguo.

Para responder a estas preguntas habria que tomar en consideracion tambien otros factores, siendo el primero de ellos el de si la implantacion del nuevo plan ha sido perfecta o nó, o si en su desarrollo se ha seguido o no un camino conveniente en relacion al método, a la forma de exámenes, a la disciplina educativa, a la vida escolar etc. Cada uno de estos tópicos, que se refieren a lo que se llama la organizacion interna de la enseñanza, exije capítulo separado i talvez tenga oportunidad de volver

(1) En la Secretaría de la Sociedad Nacional de Profesores se ha recibido esta comunicacion del pedagogo chileno don Zacarías Salinas, actualmente en Leipzig.

sobre ellos en el curso de esta misma carta o en otras que habré de dirijir despues.

Como se sabe, segun el plan concéntrico, todas las materias del programa, o el núcleo principal de ellas, se estudian desde el primero hasta el último año del colejio, i los conocimientos van dilatándose en forma de ciclos o de círculos concéntricos. Segun el plan de ramos, por el contrario, se estudia primero uno o mas ramos hasta terminarlos, para estudiar despues otros. En el primer caso se busca el modo de relacionar los ramos entre sí (concentracion), miéntras que en el segundo cada ramo sigue un camino aislado.

El plan concéntrico considera a la vez el hombre i la materia de enseñanza, el desarrollo de las enerjías naturales i la adquisicion de conocimientos, la disciplina de la mente i el aprendizaje de los ramos del saber, la educacion i la instruccion, i si el método didáctico fué correcto, es decir, si supo despertar intereses i mantenerlos, dirijiéndolos hácia fines superiores, el educando sale de las aulas con el cerebro nutrido de ideas i provisto del equilibrio i vigor intelectual necesarios para iniciarse con éxito en las distintas faenas de la vida i trabajar con gusto en su propio perfeccionamiento. El plan de ramos carga todo el peso de la enseñanza en la materia, en el aprendizaje del ramo; considera al hombre no como un jérmen fecundo de enerjías que deben ser desarrolladas, sino como un fondo que debe llenarse, i el alumno sale del colejio con la cabeza llena de conocimientos aprendidos, cuando no de palabras i frases, pero sin ese vigor i esa frescura de cuerpo i alma que saben dar un buen desarrollo i la jimnástica del espíritu.

El plan concéntrico, bien entendido i debidamente interpretado en la práctica, ayuda a «formar el hombre», desarrollando sus facultades mediante el ejercicio de ellas mismas i lo prepara para el trabajo intensivo de la vida. El plan de ramos, al contrario, lo aplasta en su desarrollo.

Sin olvidar el lado práctico que toda enseñanza debe tener, es decir, la adquisicion de conocimientos útiles para la vida, el plan concéntrico considera la materia mas como medio que como fin, i sabe provocar el desarrollo de adentro hácia afuera, de acuerdo con las leyes naturales. Su fin es el hombre. En el plan de ramos, el fin es la materia i, como tal, procede de afuera hácia adentro, contrariando las leyes de la naturaleza. El primer plan es pedagójico. El segundo no lo es.

Tal es, entre otras, la razon por qué los pedagogos i los estadistas de muchos paises cultos han tenido que decidirse en favor del primero i organizar la enseñanza de sus respectivos pueblos en conformidad con él.

Pero como nada hai quieto en el mundo, mucho ménos en el de las ideas, he aquí que ahora las opiniones se modifican de nuevo sobre ese

punto, i lo que ayer no mas se creyó bueno o verdadero, hoi ya no lo es o no lo parece.

Cunde, pues, la desconfianza en la llamada ilustracion jeneral (allgemeine Bildung) que el plan concéntrico representa i muchas voces autorizadas se levantan contra él, unas apoyadas en los progresos de la psicolojía i la pedagojía esperimentales, i otras en las observacionee de la esperiencia.

No obstante todas las bondades a que me acabo de referir, es forzoso reconocer que el plan concéntrico, tal como está implantado entre nosotros, impone una carga casi insuperable a la juventud estudiosa, hasta obligarla a rendir sus fuerzas bajo el peso abrumador de tanto ramo científico, literario i técnico, que tiene que estudiar simultáneamente, haciendo así ilusorias sus ventajas.

Fuera de este inconveniente, que bastaría por sí solo para dudar del mérito de un sistema de enseñanza i para juzgarlo desfavorablemente, hai otro acaso mayor aun. El plan concéntrico, cerrado i aplicado con todo su rigor sistemático, retarda o dificulta el desarrollo espontáneo de las aptitudes especiales del hombre, que toda buena enseñanza debe favorecer. Obligando al jóven a seguir el curso en todos los ramos del programa desde el principio hasta el fin del colejio, no solamente se le coharta en su desarrollo individual, impidiéndole el libre juego de sus aptitudes, sino que se le desvía de la direccion que le señalan sus disposiciones, llevándolo por caminos forzados a dominios estraños a ellas.

Toda educacion, para ser correcta, tiene que procurar, en primer término, el desarrollo integral de las enerjías del hombre. La educacion moderna no se concibe de otra manera, sobre todo despues que la biolojía está considerada como una ciencia ausiliar indispensable de la pedagojía. Educar es desarrollar. Pero en ningun caso conviene sacrificar en beneficio de dicho desarrollo integral de enerjías, el desarrollo especial de las aptitudes que constituyen, por decirlo así, el talento porsonal, i que se manifiestan ya bastante temprano en la juventud, saliendo por encima de las demas. Son, pues, estas aptitudes especiales, que distinguen a un individuo de otro, las que imprimen mas tarde en el hombre ese sello característico que se designa con el nombre de *individualidad* i que la educacion debe tratar de ayudar, observando las inclinaciones naturales del niño i facilitándoles que se confirmen i verifiquen en la práctica.

Un desarrollo que se limita sólo a las aptitudes sobresalientes en el niño, con olvido o exclusion de las demas, que pueden estar ocultas o que apénas se manifiestan, es parcial, i, a su vez, uno que detiene el avance i coharta el vuelo de ellas, sujetándolas atadas al nivel de las otras para desarrollarlas todas juntas, segun un esquema o plan preconcebido, es forzado e incompleto. Ambas formas de educacion son imperfectas, porque

en ámbos casos se peca contra la naturaleza, que, si es cierto que quiere el desarrollo jeneral de todas sus enerjías, con mas razon quiere el de aquéllas que se manifiestan con mayor vigor i en la direccion que ella misma se encarga de señalar. I lo correcto en la tarea de la educacion, lo verdaderamente pedagójico es escuchar la voz de la naturaleza i seguir sus indicaciones. Me refiero, naturalmente, al dominio intelectual i estados normales.

Desarrollar por desarrollar solamente, tampoco puede ser el fin de la educacion, sino desarrollar para producir, i son precisamente las aptitudes especiales, lo mismo que las varas mas fuertes de los árboles de cultivo, que el arboricultor cuida de preferencia, las que llevan las mas hermosas flores i producen los mejores frutos. I con frecuencia vemos que en muchos casos las plantas se inclinan pertinazmente hácia el lado opuesto al que su cultivador quiso inclinarlas, burlando sus planos. Lo mismo pasa con la educacion del hombre. Tan cultivo es el uno como el otro.

La educacion de la voluntad, de que tanto se habla en nuestros dias, casi como de una panacea pedagójica (olvidando muchas veces que el pensamiento por sí solo es un poder, i en lo humano el mas grande de todos), se cumple tambien mejor cuando se sabe facilitar el ejercicio de las aptitudes especiales. Hacemos con mas gusto aquello para lo cual nos sentimos capaces, i el espíritu de empresa, de accion creadora, de trabajo i lucha se aviva i acrecienta cuando se siente el éxito del esfuerzo propio, individual, que satisface las inclinaciones naturales.

Por otra parte, si el programa de enseñanza se propone el objeto de introducir las jóvenes jeneraciones en el conocimiento de las conquistas de la cultura, a fin de que puedan mas tarde, como colaboradores activos i decididos de ella, ponerse al servicio de la colectividad, el método didáctico no puede tener entónces otro fin mas alto que el de estimular i fortalecer la actividad propia del discípulo, conduciéndolo a la independencia personal. Esto exije el *carácter moral* del hombre, que es, a juicio de los mas grandes educadores, el punto céntrico donde se juntan todos los caminos de la educacion i el faro de luz que a todos los alumbra. Pero carácter sin independencia personal no es posible, ni siquiera imajinable, i la independencia es el fruto de la actividad propia, espontánea, la cual se ejercita i desarrolla tambien mejor cuando está puesta dentro de las capacidades especiales i al servicio del talento individual. Por su medio se despierta, eleva i mantiene el interés, ese otro poderoso motor que pone en juego las enerjías del espíritu, siendo tambien mayor cuando va dirijido por el camino natural, el de la inclinacion.

No la *intuicion*, como dijo Pestalozzi, sino la *actividad propia*, como se dice hoi, es el fundamento de los conocimientos. Tal es, en mi con-

cepto, el verdadero sentido pedagójico del nombre *escuela de trabajo* que con tanto acierto se contrapone hoi al de *escuela de aprendizaje*.

Ahora, en cuanto a la parte instructiva, a la materia de los conocimientos adquiribles, tampoco es justo ofrendar a la ilustracion jeneral en todos los ramos la ilustracion o preparacion especial en uno sólo, el correspondiente a la aptitud o inclinacion individual, en el cual, pudiendo ser llevado al mas alto grado de perfeccion, halla el hombre su satisfaccion, su porvenir i felicidad.

Así como no es posible para el hombre que piensa o quiere pensar, creer en una verdad jeneral única, tampoco puede él aceptar una felicidad jeneral comun a todos los hombres. Las que se presentan como tales son construcciones de la fantasía humana, desbordes de intelijencias superabundantes, proyecciones, tambien fantásticas, de la subjetividad propia o la espresion de un jeneroso anhelo. Existen, sin duda, muchas felicidades particulares, individuales, halladas en los distintos senderos de la vida, sobre todo cuando, por el equilibrio entre el mundo interior i el esterior, se sabe encontrar el puesto que a cada uno en ella le corresponde. I el mejor ideal que los pedagogos o los estadistas pueden sujerir a los hijos de su pueblo, será siempre aquél que les señale el camino para que encuentren por si mismos su propia felicidad, dándoles todas las facilidades posibles dentro de los límites del órden social i las conveniencias económicas i políticas de la nacion, sin olvidar que tambien las fantasías i los sueños de los hombres son formas de la actividad del pensamiento, atributos de la naturaleza humana, finas manifestaciones de nuestra existencia íntima, que sirven para hermosear la vida, dándole espresion i colorido o buscando para ella un punto de mira fijado en el infinito i en cuya contemplacion encuentran muchos su dicha i alegría. No es una necesidad, pero es un goce estético. I, a su vez, el mejor sistema de enseñanza, es el que cumpla con dicho ideal.

A estas razones, que talvez pudieran llamarse de psicolojía, biolojía, hijiene, ética etc., espresadas en forma popular, se pueden agregar todavía otras de carácter social: la division del trabajo, la especializacion en las ciencias etc.; pero que me basta sólo con enunciarlas, debiendo hacer notar que tanto la necesidad de dividir el trabajo como el progreso de las ciencias, exijen cierto grado de especializacion en los estudios algo mas temprano de lo que comunmente se cree i de lo que hoi se hace. Está tambien averiguado que la direccion en que se manifiestan con mas fuerza las enerjías juveniles i su capacidad creadora deciden, por regla jeneral, de la suerte futura del hombre i de la influencia que está llamado a ejercer mas tarde en la sociedad.

Conviene, ademas, tener aquí presente que vida intelectual, de estudio, significa actividad creadora. Esta sola conviccion, que debe inculcarse

desde temprano practicamente a la juventud, es de gran importancia en la enseñanza, porque nos da la base para apreciar el mérito personal del hombre, cosa que es necesario acentuar cada vez mas al frente de la tendencia social i uniformista exajerada que algunos tratan de imprimir a la pedagojía. En ella descansa el sentimiento directo, por decirlo así, vivido por cada uno, de la libertad i la responsabilidad personal, así como el reconocimiento de que en último término toda comunidad humana es sostenida i llevada por las fuerzas vivas, productoras del individuo i que, por consiguiente, todo mejoramiento social debe partir del perfeccionamiento individual. Este hecho reconocido de la actividad creadora del alma humana está, pues, indicando, ya por si sólo, a la educacion el camino que debe seguir.

I todavía una razon práctica. Una enseñanza que sólo sirve a los propósitos de la pura ilustracion jeneral prepara, por lo comun, hombres superficiales que pueden saber de todo un poco, pero que no son capaces de profundizar en ninguna materia ni de tomar una direccion precisa i determinada en la vida. Sus frutos, en caso de producirlos, lo mismo que los de los árboles a que se deja crecer todas las ramas, son raquíticos. Tales hombres sin fondo, sin principios, sin doctrina i, lo que es peor, sin carácter moral, son un mal grave para la sociedad, porque no prestan otro servicio ni cumplen otro deber que el de la conservacion material de la especie.

En cambio, la enseñanza que facilita a su tiempo el desarrollo individual i el estudio de una especialidad, libremente elejida, ejercitada con gusto i con amor, prepara para la investigacion i la produccion a fondo, encauzando oportunamente las enerjías de la juventud en la vía del trabajo serio i positivo que afirma las convicciones i fartalece el carácter.

Por mui deseable que sea, no es posible hacer de cada hombre una enciclopedia.

Con esto no quiero significar que participe yo de la opinion de los que dicen que el tan decantado desarrollo integral de enerjías no pasa de ser una ilusion, i un engaño lo de la ilustracion jeneral, abogando por especializar los estudios ya en la escuela primaria o por el aprendizaje en ella de un oficio, una profesion o industria. Esto es exajerar.

Tampoco sigo la tendencia individualista exajerada que se exibe en la pedagojía norte-americana, porque creo ver en ella el esponente del espíritu utilitario que, por desgracia, caracteriza la cultura de aquel gran pueblo, la cual no puedo aceptar en doctrina, ni deseo para mi pais. Habilitar a tiempo a la juventud para que sepa labrarse un posicion independiente por medio del trabajo remunerador, pero honrado, es otra cosa que enseñarla a ganar dinero a toda costa i en el menor tiempo posible. Ninguno de estos dos puntos de vista puede ser jamás fin de educacion, i

el segundo es profundamente inmoral, llevando en sí jérmenes de descomposicion.

El egoismo personal ilimitado, que no reconoce ya ningun mandato de la moral, que pasa por sobre cadáveres i que, para la falta de lealtad en el trato i la palabra empeñada, apénas tiene un burlesco encojimiento de hombros o una frase irónica, cava hondas heridas en el cuerpo social i es deber de los educadores combatirlo enérjicamente desde la escuela elemental.

.....

No obstante, creo que el plan concéntrico, cerrado i estendido con todo el rigor sistemático hasta el fin del colejio, es tambien una exajeracion i, hasta cierto punto, un error pedagójico, i, al opinar, por limitarlo, abriendo en los grados superiores las puertas a las tendencias individuales i permitiendo, por consiguiente, cierta forma de especializacion en los estudios, en armonía con dichas tendencias, estoi en buena compañía. A esto me referí en mi carta anterior al hablar de la conveniencia de bifurcar la enseñanza en los dos últimos años del liceo.

No se trata de imprimir a la enseñanza en esos grados índole profesional alguna ni de establecer en los liceos cursos especiales de aprendizaje práctico, porque bien se sabe que el liceo no es escuela profesional; pero sí de soltar un poco los apretados resortes del sistema, dejando a los jóvenes cierta libertad de accion, a fin de dar lugar a que se manifiesten i encaucen por sí solas las aptitudes individuales que orientan hácia la profesion o carrera futura del educando.

El plantel por excelencia para la educacion e instruccion jeneral es la escuela primaria. Es aquí donde tienen rigorosa aplicacion las leyes del desarrollo integral i los métodos psicolójicos, sin que esto quiera decir que no se deba atender ya en ella la individualidad del niño i sus inclinaciones naturales—que se manifiestan desde los primeros juegos infantiles—i poner al mismo tiempo de relieve la utilidad de los conocimientos para la vida práctica, sobre todo en una época en que la enseñanza escolar no se da ni se demuestra con palabras, sino que se hace con las manos del alumno.

Sobre la base amplia de la escuela primaria, se levanta el liceo que debe continuar, en la misma forma i con los mismos métodos, la tarea educativa e instructiva jeneral; pues sin conocer, al ménos en sus principios fundamentales, la pedagojía de la escuela elemental, no es posible comprender bien ni aplicar con acierto la pedagojía de la escuela superior, la cual no es mas que una elevacion gradual de aquélla, constituyendo ámbas un todo armérico en la educacion. Pero llega un momento en que la psicolojía del niño cede su lugar a la psicolojía del jóven, la psicolojía del laboratorio a la psicolojía de la vida, la psicolojía del profesor a la

psicolojía del alumno, i, por su parte, la enseñanza va perdiendo poco a poco su carácter popular para tomar el carácter científico; i como la balanza va inclinándose mas i mas del lado de la materia, del ramo, los métodos psicolójicos ceden tambien paulatinamente su puesto a los métodos lójicos. Este cambio se indica por la intensidad con que se manifiestan las inclinaciones especiales del alumno, en relacion, sin duda, con transiciones en su desarrollo orgánico (despues de la pubertad) i es, a juicio de los entendidos, el momento mas oportuno para abrirles franco camino.

Detener en esa edad demasiado a los niños en los elementos, haciendo largos ejercicios educativos o de desarrollo, que, por correctos que sean desde el punto de vista didáctico, los fastidian, porque no satisfacen su sed de avanzar i aprender algo nuevo ni ven en ellos un objeto práctico inmediato, es, a mi juicio, un error pedagójico, i este error es mayor aun cuando se trata de niños latinos en quienes predomina el temperamento sanguíneo de la raza, que se caracteriza por una fuerte i rápida capacidad de percepcion, aunque de efecto poco duradero. Pero esto no significa superioridad intelectual sobre los niños sajones, por ejemplo, como afirman algunos, poseidos de esa vanidosa suficiencia que tiene, por desgracia, su espresion máxima en los pueblos de Hispano-América. Es sólo una forma distinta de manifestarse la intelijencia o, mejor dicho, la capacidad de percibir i no tiene su esplicacion en la raza por ser tal, sino en otras causas. I al reconocer como un error el hecho a que me refiero, no estoi abogando por un acortamiento en la duracion total de los estudios; ántes bien, veria con gusto, en la segunda enseñanza de mi patria, el liceo superior con ocho años, levantado sobre una escuela primaria de cuatro grados, i a condicion de disminuir en la Universidad, etc.

Fundándose en observaciones comparativas, la pedagojía esperimental se inclina a negar la precocidad en el desarrollo intelectual continuado que se atribuye a los pueblos meridionales de Europa comparados con los setentrionales. Pero, si es verdad que dichos esperimentos arrojan ya alguna luz en ese interesante problema, no constituyen todavía base suficiente para sentar leyes. I por otra parte, la misma pedagojía esperimental, en vista de los resultados de las observaciones hechas, enseña que es necesario individualizar sobre el fundamento de las razas, nacionalidad, clima, medio ambiente, costumbres sociales, jénero de alimentacion, sexo etc., que influyen notablemente en el desarrollo. Sobre el último punto hai razones para creer que los entusiasmos feministas de algunos sociólogos pedagojistas, sin base biolójica ni psicolójica, que tratan de uniformar los sexos, se disiparán en poco tiempo i su magnífica erudicion verbosa quedará, cuando mas, sonando todavía como *música celestial* en medio de la seca i fria realidad de los hechos.

Cualquiera que sea, pues, la forma de organizacion de la segunda

enseñanza, en todo caso conviene tener en vista como tarea educativa su perior la *formacion de personalidades armónicas*, i en atencion a este fin debe impartirse la instruccion i a él deben subordinarse tambien la disciplina, el trato con los alumnos i todo el conjunto de la vida del colejio. Se comprende de por sí que para alcanzar tal fin hai que tomar como supremo principio didáctico el que nos manda considerar la actividad propia del discípulo. Pero al lado de la actividad dirijida se debe dejar campo a la actividad libre, puesto que en esa edad en que están los alumnos de un liceo comienza a desarrollarse vigorosamente su individualidad, i es un error grave que la organizacion de nuestra segunda enseñanza no la tome todavía en consideracion, interior ni esteriormente. A los fines obligatorios que establece el programa, deben, pues, ser asociados los fines libres, para los cuales el liceo tiene que dejar tiempo i dar facilidades.

En todas las direcciones del trabajo escolar teórico i practico, es decir, en todos los ramos de estudios, hai que dejar lugar a la accion libre i crear estímulos para ella. Miéntras un grupo de alumnos se ejercita, por ejemplo, en estudios lingüisticos de fondo, otro puede hacer intensos estudios históricos, un tercero esperimentar en los laboratorios mas allá de los límites de obligacion, i todavía un cuarto, ocuparse con trabajos artísticos o técnicos. Sólo así será posible establecer relacion de armonía entre la base comun de la educacion escolar i el desarrollo de la persolidad individual.

En una organizacion tal no hai ramos obligatorios ni ramos facultativos; pero si hai fines obligatorios i fines libres en cada ramo, indicados estos últimos por las inclinaciones individuales. I como dichas inclinaciones se pueden clasificar en grupos, segun sean éstos así será tambien la division de la enseñanza en cursos paralelos. El estudio de un curso no escluye el de los otros; pero el peso de la enseñanza se carga en el de la especialidad libremente elejida, dándole todo el desarrollo que sea posible i que permitan las facultades de los alumnos, tanto en las lecciones teóricas como en los ejercicios prácticos. Por su parte, el exámen de grado se concreta de preferencia a dicha especialidad, siempre que se haya cumplido con los fines obligatorios del colejio i se haya adquirido la madurez necesaria en los otros ramos de instruccion jeneral.

Como se ve, el sistema de clases (así se llama por acá el concéntrico) resultaria cambiado— hasta cierto punto i en una forma nueva— en los grados superiores por el sistema de ramos, i las ventajas apuntadas no sólo redundarian en beneficio del colejio i de los jóvenes que de él salen directamente a la vida, sino de la Universidad, que empezaria su trabajo en mejores condiciones que ahora, sobre una base de conocimiento mas precisos i podria, ademas, acortar la duracion de sus estudios i entregar, por consiguiente, a la vida profesional i práctica, fuerzas mas jóvenes i

frescas, es decir, en una edad en que el hombre, por regla jeneral, revela sus mas vigorosos i orijinales impulsos creadores.

Segun opiniones mui autorizadas, la gran estension que han tomado los estudios universitarios, deteniendo a los jóvenes en las aulas hasta mas allá de los veintiseis años de edad, importa una pérdida irreparable de las mejores enerjías productivas del hombre i, por consiguiente, un daño para la economía de la nacion.

Estas ideas que no son nuevas ni yo las he sacado de la teoría solamente, serán, sin duda, del dominio de Uds., i talvez a estas horas se esté tratando allí de ponerlas en práctica para bien de nuestra enseñanza pública i mayor satisfaccion de la juventud estudiosa.

* * *

Buscando el modo de armonizar mejor en la práctica el desarrollo integral de las enerjías del educando con el particular de sus singulares aptitudes, i a fin de evitar en lo posible los excesos en que cae el plan concéntrico llevado al estremo, dividí el «Liceo de Costa Rica» en dos ciclos: el primero de tres i el segundo de dos años. En el primero, que era la continuacion directa de la escuela primaria de seis grados, se dió a la enseñanza un carácter popular, ajustándola en todo a los principios del sistema, i la atencion fué puesta de preferencia en la educacion i cultura jeneral. En el segundo, por el contrario, se le imprimió carácter científico i, sin disolver la unidad del curso, se soltaron un poco los resortes del plan.

En vista de los buenos resultados obtenidos en tres años de prueba, i para darle mayor desarrollo i profundizacion a la enseñanza en el segundo ciclo, previendo tambien una posible bifurcacion del plan, se aumentó el curso total del colejio a seis años, tres para cada ciclo. Los alumnos pasaban entonces al Liceo ya del quinto grado de la escuela primaria comun, i en el reglamento se consignó la disposicion siguiente: «El carácter de la enseñanza será elemental i práctico en el primer ciclo i de rigor científico en el segundo».

El interes de los jóvenes por el estudio se despertó luego en tal grado, que acudian en tropel al establecimiento fuera del tiempo de lecciones, en los recreos, en la noche, vacaciones etc., a trabajar por su cuenta en los laboratorios, gabinetes, salas de colecciones etc., haciendo libre uso del material científico destinado a las clases.

Como algunas familias se quejaran de que sus hijos salian demasiado temprano del hogar para ir al colejio, se ordenó no permitirles la entrada ántes de la hora reglamentaria. Pero los estudiosos no se amedrentaron por esto i buscaron paso por mis habitaciones particulares, seguros de que yo no me habia de oponer a un fin tan noble. Como creo que las leyes humanas deben ser un tanto elásticas en la práctica, como elástica es

nuestra naturaleza, sobre todo tratándose de niños, me hice, en efecto, desentendido, sin temor de esponerme a las censuras del consejo de profesores, que se manifestó siempre mui severo en el manejo de la disciplina. I confieso que hasta hoi considero aquella época, con aquel hecho de *indisciplina*, como el punto culminante en mi carrera pedagójica.

En los repasos que el programa señalaba para refrescar i afirmar mejor lo aprendido, los alumnos se dividian solos en grupos por asignaturas i los ejercicios eran dirijidos por los mejores especialistas en forma de conferencias o de perfectas lecciones.

En el curso superior, estimulados por algunos profesores, los alumnos mas aventajados daban conferencias a sus compañeros en las clases ordinarias, seguidas de discusion, que ellos mismos preparaban cuidadosamente,, investigando por su cuenta en los ramos de su predileccion.

Los buenos resultados a que me refiero no sólo se dejaron sentir en la enseñanza propiamente tal; la asistencia se mejoró tambien notablemente, i toda la disciplina del colejio se perfeccionó en grado eminente, siendo, hasta cierto punto, manejada por los mismos alumnos en los años superiores.

La observacion de estos hechos, que vinieron en apoyo de mis convicciones personales, me indujo a romper de una vez la unidad del sistema i esbocé el plan de organizacion definitiva de la enseñanza para el segundo ciclo. Lo dividí en dos cursos paralelos, a partir del quinto año inclusive; uno de lenguas e historia, i el otro de ciencias naturales i matemáticas, pudiendo este último ser subdividido en dos, segun los casos, en el sesto año. El cuarto año quedaba a manera de puente para pasar del primero al segundo ciclo propiamente tal, esto es, destinado a que se manifestaran en él las tendencias individuales por la inclinacion paulatina de la enseñanza mas del lado de los conocimientos, i a que, por su parte, los profesores hicieran, al respecto, las observaciones correspondientes.

La Escuela Normal, atendido el carácter profesional de sus estudios, la dividí en tres cursos paralelos, completamente separados en el último año: de ramos científicos, ramos literarios i ramos técnicos.

Convencido de que la disciplina escolar sólo puede prosperar i ser correcta allí donde los profesores dejan de ser los simples instructores para convertirse en verdaderos educadores, es decir, donde son, a la vez, los maestros, amigos i buenos camaradas de sus discípulos, i donde, en medio de la intimidad en el trato con éstos, saben conservar su autoridad i su prestijio, confiaba el manejo de ella mas todavía a unos i a otros, a fin de concluir tambien con los porfiados restos del sistema inspectoril, que allá reduje a su mínimo.

.....

Por causa de mi retiro, el plan a que me acabo de referir no alcanzó

a ser puesto en vijencia i me lo eché al bolsillo, sintiendo mui de veras por la juventud costarricense.

Vuelvo a Alemania, i apénas reconfortado mi espíritu por el soplo vivificante de la libertad i la ciencia,—dos cosas de que por tanto tiempo habia carecido,—tuve la satisfaccion de ver, ya en Hamburgo, que mis anhelos pedagójicos eran allí una realidad, aunque limitados sólo al último año del jimnasio i con el nombre de «libertad de movimiento», la cual se estiende hoi a casi todo el Imperio i es recomendada espresamente por las autoridades superiores del ramo.

Tal es lo que sobre el particular aquí está en práctica; la teoría, como en todo, va mas adelante, i como los informes de los directores de los colejios donde se han hecho los ensayos son todos favorables, creo que dichas recomendaciones se convertirán pronto en disposiciones legales terminantes. Ademas, es este un punto principal en el progama que se han trazado los reformadores de la enseñanza en todos sus grados.

I tal se hace o intenta hacer en Alemania, donde, como se sabe, existen tres clases de establecimientos de segunda enseñanza con iguales derechos a la Universidad: el *Jimnasio*, que representa la cultura clásica; la *Real Escuela Superior*, que representa la enseñanza científica moderna; i el *Real Jimnasio*, que es una feliz combinacion de ámbas. Con mas razon me parece, pues, que debiera hacerse en Chile, donde, al parecer, se cree haber resuelto uno de los mas difíciles problemas de organizacion pedagójica, es decir, el de la segunda enseñanza dada en un solo establecimiento.

Uno de los defectos que, a mi juicio, tiene la enseñanza alemana es su tendencia a sistematizar demasiado, a tal punto que parece que el cerebro aleman estuviera hecho espresamente para construir sistemas, sometiéndolo todo a leyes i principios fijos, a reglas, normas i programas cerrados que entraban la libre accion individual i matan la orijinalidad. Algo de esto último se ve, pues, por aquí, que yo tampoco puedo desear para mi patria. Son, sin duda, los frutos del intelectualismo exajerado, exceso de cultura intelectual, que no es siempre la mas sana ni la mejor.

Afortunadamente, contra esa tendencia se deja sentir hoi un poderoso movimiento en todo el pais, encaminado a libertar la escuela del peso de tanta doctrina i cuyos buenos resultados no se harán esperar mucho. Dicho movimiento reformador, encabezado por grandes pensadores i distinguidos pedagogos de la nueva escuela, está dirijido, por una parte, contra la centralizacion que crea el autoritarismo burocrático, i, por otra, contra las exajeraciones de la escuela pedagójica intelectualista de los herbartianos, que con sus hermosas, pero fantásticas construcciones, han contribuido a crear, en gran parte, el malestar que hoi se siente, haciendo, talvez, mas daños que bienes a la enseñanza pública.

* * *

No por medio de sistemas cerrados, de normas fijas, de reglas i doctrinas inculcadas, no por medio de conocimientos hechos i aprendidos, sino mas por la libre actividad investigadora, por la observacion i el esfuerzo personal, por el trabajo propio i espontáneo, se propone la nueva escuela educar la juventud para la independencia de carácter i la conciencia de que cada uno en su esfera debe ser responsable como hombre i como ciudadano.

Independiente, libre, quiere hacer la escuela al jóven, hasta donde sea posible i justo; libre del poder de sus propios i bajos instintos, que son un obstáculo a su desarrollo superior; libre de las influencias esternas que lo hacen chocar contra el derecho, la equidad i la justicia, i libre, por último, de todo autoritarismo didáctico que coharte el juego natural de sus aptitudes. I esa independencia que la escuela desea para la juventud no la lleva de afuera para ofrecerla como un presente, sino que la saca del fondo de cada uno, la forma con ella, la vigoriza i dirije. Nadie es capaz de poner en el hombre las condiciones que lo hacen tal, ni nadie puede plantar en el fondo de su alma las virtudes morales que constituyen la esencia de su carácter; pero la educacion puede ayudar a descubrirlas e influir sobre ellas, estimulándolas por medio del trabajo i el ejemplo. Nadie ha bajado, ni bajará jamás, de lo alto a redimirlo, porque él lleva consigo los requisitos necesarios para redimirse; él debe ser su propio redentor; pero la escuela puede i debe facilitarle el camino para que alcance su redencion por virtud propia, por obra natural i humana, dentro de las limitaciones puestas por la misma naturaleza i la vida. («Oid: el reino de Dios está en el interior de vosotros». «Las obras que yo hago podeis hacerlas tambien vosotros»).

Valor debe infundir la educacion al jóven para investigar i conocer por sí mismo, para dominar las dificultades i los padecimientos de la vida, valor para perseverar, luchar i vencer.

El método que conduce al alumno a adquirir sus conocimientos por la propia actividad i la esperiencia personal, pone sus exijencias no sólo a la memoria i al entendimiento, sino a todas sus enerjías i capacidades, impresiona el sentimiento i estimula la voluntad para la accion, le obliga a esplicarse directamente con las cosas mismas i sus relaciones inmediatas, con los hechos i fenómenos, ántes que con las palabras i frases, haciendo así de sus propias impresiones el punto de partida de toda verdadera educacion i de todo trabajo de cultura. Él enseña al hombre a ser modesto, porque le descubre la verdad de lo que puede i es capaz por sí mismo, sin esa vanidad que enjendra la enseñanza catedrática verbosa.

Él le enseña a tener dominio de sí mismo, a obedecer i tener paciencia, no con palabras sino con hechos.

A fin de estar, como debe ser, al servicio de la cultura, la escuela tiene que educar al niño en el sentido de hacerlo apto para tomar parte activa i eficaz en el trabajo de dicha cultura i en la obra del perfeccionamiento comun, de modo que tambien los pequeños se sientan impulsados por la educacion escolar a llevar con gusto su grano de arena al gran edificio del futuro. Por eso la escuela no puede quedar ni por un momento estacionaria, sino que debe buscar el medio de aprovechar siempre los resultados de las investigaciones científicas progresistas, reconocidos como verdades i saber utilizarlos con fruto en su labor, difundiéndolos i haciéndolos cada vez mas prácticos.

La historia de la cultura nos dice que el intelectualismo parcial no es el que mas impulsa a la humanidad hácia adelante, sino los hechos, i la escuela que esto olvide no sólo no cumple su mision civilizadora sino que estravia su camino.

Esa actividad intelectual limitada a imitar i decir solamente, en lugar de hacer; incapaz, por consiguiente, de crear i producir por sí misma, es la causa primera del estacionamiento, del cual dista sólo un paso mui corto la decadencia.

No es una ilusion ni una opinion aislada, sino un hecho real, jeneralmente aceptado, de que por todas partes se nota hoi cierta decadencia del talento unida a un debilitamiento de la voluntad. Se les dirije i lleva demasiado de la mano, se escribe i prescribe tambien demasiado en vez de hacer i dejar hacer. Parece que la humanidad entera estuviera como petrificada en las formas antiguas, i olvidando las leyes del desarrollo, que es la vida misma, parece que se quisiera vivir eternamente en el «buen tiempo pasado», rodeándose cada vez mas de dogmas i de reglas que matan la iniciativa i sepultan el valor.

El cultivo exajerado de la intelijencia, el olvido casi completo de las frescas i orijinales enerjías que el niño trae consigo a la escuela, la tendencia a instruirlo demasiado i autoritariamente, en una forma determinada, i la obligacion que se le impone de pensar siempre con pensamientos ajenos. producen esa pobreza de combinacion i falta de iniciativa. Todas las capacidades naturales i primitivas se las subordina al cultivo exajerado de la intelijencia i de la instruccion intelectual. El sentimiento, la fantasía, la accion etc., sólo tienen valor en cuanto sirven a aquélla.

Si la escuela debe ser en realidad una institucion de cultura, entónces no puede cerrar sus puertas a la accion creadora, fundada en la actividad espontánea del alumno, que descubre sus talentos i desarrolla sus capacidades. I si el estado moderno debe ser estado de cultura i hacer política cultural, entónces tiene que organizar sus escuelas en el sentido de estas

ideas, que son hoi las dominantes en el terreno de la educacion, sin economizar medio alguno para impulsar, elevar i aprovechar la totalidad de las enerjías productivas del pueblo.

La escuela pública, en todos sus grados, debe seguir al pueblo en su desarrollo i servir a la vida. Pero la vida no está quieta, sino en evolucion constante, en continuo movimiento de avance. A este movimiento ascendente de la vida, tiene que plegarse la escuela, si ha de ser lo que debe, es decir, un miembro activo en la cadena de las instituciones nacionales.

La "Revista Contemporánea" en el estranjero

(De «El Pais» de Montevideo)

Acusamos recibo de los dos primeros números de la REVISTA CONTEMPORÁNEA de Santiago de Chile.

La aparicion casi sincrónica de tres periódicos reflectores del arte i de la ciencia americanos, acusa una reaccion halagüeña contra la atonía reinante desde hace mucho tiempo en este órden de actividades

No sólo por esto merece todas las simpatías la publicacion chilena. Hai algo mas: es la obra de un espíritu desinteresado, que a ella aporta entusiasmos juveniles i positivas dotes de artista i pensador, sin otro móvil que fomentar la difusion de la cultura i realizar la belleza.—Hablamos de su fundador i director, el poeta chileno Pedro Prado, a quien conocimos en el Congreso de Buenos Aires.

Los que, con alguna esperiencia en hombres i cosas, diagnosticamos por eliminacion de signos secundarios o efectistas pudimos apreciarlo en lo que vale; con tanta mayor facilidad cuanto él, gran amigo de los orientales, simpatizó de inmediato con nuestro grupo, del cual no se separó durante todo el Congreso.

Sus grandes cualidades se reflejan fielmente en la revista que nos ocupa. La acertada seleccion de las firmas; la orijinalidad i el buen gusto de su colaboracion personal; la correccion de la parte gráfica: todo lo revela.

En cuanto a colaboradores, ha sabido asegurarse lo mejor de Chile. El filósofo Molina en primer término.

De su orientacion en la literatura estranjera, informa el siguiente dato: en el último número figuran William James, Vaz Ferreira, Rodó i Unamuno.

Como se ve, nuestros escritores están bien representados.

Recomendarla calurosamente a la atencion de los lectores, nos parece un deber elemental.

Bibliografía

Poesías de José Asuncion Silva

Teníamos los oídos llenos del nombre de este poeta colombiano, poeta al cual se nos presentaba como el mas encumbrado roble de la selva lírica de América i de España. Indudablemente, el sentimiento de la nacionalidad, del patriotismo, ofusca fuertemente los criterios mas sólidos i no les deja ver claro allí donde un miope distinguiria los mas menudos detalles. Acaso tambien una vida i una muerte trájicas hagan del sentimentalismo un lente-rosa que embellezca todo lo que a aquéllas concierna cuando se las mira. Quiero decir que en este libro no he encontrado mas nota personal i honda que el Nocturno III. Lo demas es pura vulgaridad i revela una personalidad de indiferenciado. I no es que no me haya esforzado por encontrarle bellezas: el hecho de prologarlo Unamuno—el mas hondo, aunque fragmentario, de *mis* poetas—me llevó con el alma abierta ante este Silva para que la llenara toda. El autor colombiano es de aquéllos que no logran modificarnos i que piden a gritos *sus estados de ánimo*.

Ernesto A. Guzman.

Remy de Gourmont.—*Sixtine* (Roman de la vie cérébrale).—Mercure de France, Paris.

Remy de Gourmont, docto maestro en cosas de estética i excelente poeta simbolista, ha pretendido hacer de la novela una mezcla híbrida de sabios trabajos metafísicos sobre lo trascendental de la Belleza i de los Sentimientos, olvidándose por completo de aquellas sencillas máximas que presidieron en las mejores producciones de Maupassant, Balzac i Flaubert. Por mas enrevesadas e interesantes que sean las psicolojías de dos personajes, como acontece con Madame Sixtine Magne i Hubert d'Entragnes, pretender desenvolverlas con lujo de detalles a traves de trescientas o mas pájinas, olvidándose por completo de toda accion novelesca, resulta una majadería soporífera. I es así como la mayor parte de las novelas de Remy de Gourmont, *Une nuit aux Luxembourg*, *Un cœur virginal* i *Sixtine*, son tiradas eruditas de divagaciones sobre motivos de estética o prontuarios de una obra futura que se completa con los *Epilogues*, las *Promenades littéraires* i las *Promenades philosophiques*.

El autor de *Le latin mystique* es, ante todo, un intelectual que bien poco se preocupa de las relaciones que median entre el público culto i el escritor. Con sobrado desden reconoce, con uno de los personajes de *Sixtine*, que «la obra del artista es la lenta i cuotidiana reaccion de la inteli-

jencia i de la voluntad sobre tal agrupamiento de células individuales.» I, luego, mas adelante, agrega: «La inutilidad de mi vida no es única: ella se confunde con la nada universal. Sí, pero yo no puedo, sin embargo, considerar mas que yo i yo solo, puesto que nada conozco fuera de mi conciencia.» Ya, ántes, al comenzar el volúmen, el protagonista Hubert d'Entragnes (léase, entre líneas, Remy de Gourmont), se esplicaba a sí mismo: «¿Si yo no soi mi propio juez, quién me juzgará, i si no me agrado a mí mismo, qué me importa agradar al prójimo?... El mundo soi yo; él me debe la existencia; yo le he creado con mis sentidos; él es mi esclavo, i nadie tiene poder sobre él.»

Bien, mui acertada toda esa teoría empírica, le argüiremos a Mr. de Gourmont. Ya sabemos que, en nuestro siglo, es preciso ser orijinal en algo para sobresalir de la solemne vulgaridad ambiente. I esto de la exaltacion del yo le ha acomodado a las mil maravillas al autor de *La physique del Amour*. Desde el buen dia en que Nietzsche tuvo la jenial ocurrencia de escribir su *Also sprach Zarathustra*, hemos asistido a diario a una especie de torneo intelectual, en el cual el arte está ensayando una jimnasia espiritualista que le va conduciendo a un refinamiento pernicioso, llámese éste simbolismo, futurismo o impresionismo. La exaltacion aristocrática del yo del huraño filósofo aleman, traducida en aquella estúpida pretension del *Über-Mensch*, tan egoista como disolvente, tiene hoi sus epigones en la caterva de seudo estetas que andan por esos mundos de Dios queriendo hacernos tragar cuantas vaciedades improvisa una cáfila de desequilibrados mentales. De aquí que, de cuando en cuando, las policías hijiénicas de un Max Nordau i de un Federico Spielhagen (este insigne novelista aleman ha refutado con notable acierto la filosofía arrivista de Nietzsche en un libro hoi célebre en la patria de Goethe), vengan como de perlas para desbrozar el campo literario de las malezas que lo invaden. Todo lo cual no lo digo, por cierto, con el objeto de allegar argumentaciones contra la obra de Remy de Gourmont en cuanto a esteta, que, como tal, es, a mi ver, con Robert de la Sizeranne, uno de los críticos mas comprensivos de la Europa contemporánea. En cambio, su sistema de hacer novelas me parece tan pretencioso como errado. *Sixtine* no es ni una buena disertacion sobre estética, ni como fábula tiene valor alguno. Hénos aquí ante Hubert d'Entragnes, el protagonista, uno de tantos *diletanttis poseur*, atiborrado de teorías metafísicas. Cierto es tambien que el subtítulo del libro, *Roman de la vie cérébrale*, debia hacernos temer algo de antemano.

Hubert sueña con Huysmans «à une thébäide raffinée, à un désert confortable, à une arche immobile et tiède où il se réfugièrait loin de l'incessant déluge de la sottise humaine». Él desea gozar, ya que «la hora presente existe para el condenado que sabe que la hora siguiente no le pertenecerá». Todo lo cual, i dicho sea con sinceridad de artista i de hom-

bre, constituye una de las tantas estupideces que se pueden decir bellamente. Es de suponer lo que una tal teoría disolvente podria significar, no ya para el porvenir de la colectividad social, sino que para la obra del artista mismo. Tengo para mí como muchísimo mas acertado aquello de un salchichero de Chicago, que acaso fué un filósofo: «Es necesario pensar en la conquista de las horas: que el tiempo caiga bajo nuestro dominio, al ménos en lo que su sucesion es perceptible para nuestra obra». Sin embargo, el misticismo de Remy de Gourmont, misticismo de *snab* que, como en el personaje de Lavedan, gusta de adorar a Dios crucificado en un bello retablo, afirmará aquella su primera elucubracion, cuando esclama con uno de sus personajes: «El dolor es inevitable; pero, léjos de ser malo, constituye el honor de la humanidad i la suprema razon de la existencia. Nosotros sufrimos para ser ménos cobardes: a fin de que en nuestra carne animal (animalidad) haya una ilusion de estética». O esta afirmacion tiene un sentido oculto, (recordemos que Mr. de Gourmont es simbolista) o lo trascrito anteriormente es una tontería.

En *Sixtine*, la accion, en el desenvolvimiento de la fábula, no existe. En las doscientas primeras pájinas de la novela, Remy de Gourmont presenta a Hubert de d'Entragnes divagando cual un lunático erudito, digno discípulo de Platon, por cierto que modernizado. El novelista se encarga de esplicarnos que éste es literato por aficion i mui dado a las altas cuestiones especulativas.

Un dia d'Entragnes conoció a Madame Sixtine Magne gracias a la condesa Aubry, que «con su gracia de negociadora de amores mundanos, le juntó bruscamente el uno al otro, cual si fuesen dos predestinados». Desde aquella entrevista, digna de dos discípulos de Kant, ella ha pasado a ocupar en su vida el lugar de una Dulcinea esotérica, tan deseada como las apariciones de ensueño de la ronda de Boticelli.

Nuevo Proteo, Sixtine pasa a ser para Hubert d'Entragnes, de un amor, el símbolo del amor mismo. I tan sólo cuando la Encantadora enigmática desaparezca para siempre de su ideal, comprenderá con Rusbroech el Admirable, en la desolacion de su soledad interior, «toda la espantosa miseria de aquellos que viven sin amor». Sin embargo, a imitacion de los santos eremitas de Fra. Dimenico Cavalca, acabará por escribir al fantasma que hizo florecer una estraña primavera de ensueños en su sér: «Yo te dejo a tus amores i yo me marcho al gran desierto. Adios».

Al terminar el último capítulo de *Sixtine*, a manera del broche de oro que cierra un misal antiguo, copia Remy de Gourmont las palabras de Santa Teresa: «Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar el vivir sin vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso».

Ainsi la Vie a tué le Rêve...

A. Donoso.

SERIA